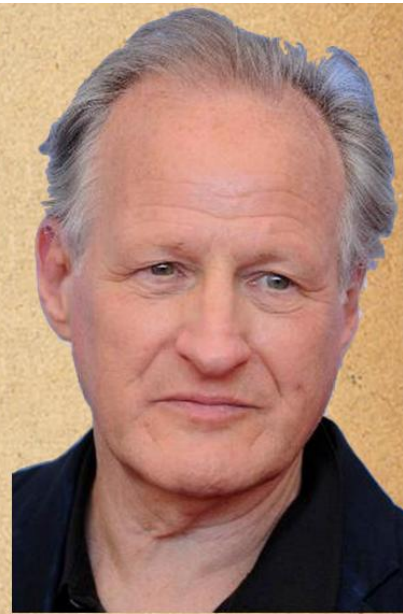


Michael Mann



FASCISTAS

2004

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Fascistas

Fascistas presenta una nueva teoría del fascismo basada en el análisis intensivo de los hombres y mujeres que se convirtieron en fascistas. Abarca los seis países europeos en los que el fascismo llegó a ser más dominante: Italia, Alemania, Austria, Hungría, Rumanía y España. Es el análisis más exhaustivo sobre quiénes eran realmente los fascistas, qué creencias tenían y qué acciones cometían. A través de estas pruebas vemos que el fascismo no es más que la forma más extrema del "estatismo-nación", que fue la ideología política dominante del siglo XX. Los fascistas sostenían que una "nación orgánica" y un Estado fuerte dispuesto a utilizar la violencia para "golpear cabezas" podían trascender los conflictos, especialmente los conflictos de clase, que desgarraban la sociedad moderna. También vemos los núcleos fascistas: lugares sociales que estaban en el corazón de la nación o estrechamente relacionados con el Estado, y personas acostumbradas a utilizar la violencia como medio para resolver los conflictos sociales y que procedían de aquellos sectores de todas las clases sociales que trabajaban fuera de la primera línea del conflicto de clases. El libro sugiere que el fascismo fue esencialmente un producto de las condiciones posteriores a la Primera Guerra Mundial en Europa y que es improbable que reaparezca con su atuendo clásico en el futuro. No obstante, algunos elementos de su ideología siguen siendo relevantes para las condiciones modernas y están reapareciendo ahora, aunque principalmente en diferentes partes del mundo.

Michael Mann es catedrático de Sociología en la Universidad de California, Los Ángeles, e investigador visitante en la Universidad de Queens, Belfast.

Fascistas

MICHAEL MANN

Universidad de California, Los Ángeles

CAMBRIDGE

PRENSA UNIVERSITARIA

CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS

Cambridge, Nueva York, Melbourne, Madrid, Ciudad del Cabo, Singapur, Sao Paulo

Cambridge University Press

Edificio Edimburgo, Cambridge CB2 2RU, Reino Unido

Publicado en los Estados Unidos de América por Cambridge University Press, Nueva York

www.cambridge.org

Información sobre este título: www.cambridge.org/9780521831314

Cambridge University Press 2004

Esta publicación está protegida por derechos de autor. Sin perjuicio de las excepciones legales y de lo dispuesto en los correspondientes acuerdos colectivos de licencia, queda prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización por escrito de Cambridge University Press.

Publicado por primera vez en formato impreso en 2004

ISBN-13 978-0-511-21651-0 eBook (NetLibrary)

ISBN-10 0-511-21651-3 eBook (NetLibrary)

ISBN-13 978-0-521-83131-4 tapa dura

ISBN-10 0-521-83131-8 tapa dura

ISBN-13 978-0-521-53855-8 rústica

ISBN-10 0-521-53855-6 rústica

Cambridge University Press no se responsabiliza de la persistencia o exactitud de las URL de los sitios web externos o de terceros a los que se hace referencia en esta publicación, y no garantiza que el contenido de dichos sitios web sea, o vaya a seguir siendo, exacto o apropiado.

Contenido

vii *Página del prefacio*

1	1 Sociología de los movimientos fascistas
31	2 Explicación del auge del autoritarismo y el fascismo de entreguerras
93	3 Italia: Fascistas prístinos
139	4 Nazis
177	5 Simpatizantes alemanes
207	6 Austrofascistas, nazis austriacos
237	7 La familia húngara de los autoritarios
261	8 La familia rumana de los autoritarios
297	9 La familia española de los autoritarios
353	10 Conclusión: Fascistas, vivos y muertos
377	<i>Apéndice Notas</i>
395	Bibliografía
417	<i>Índice</i>

Prefacio

Originalmente diseñé este estudio del fascismo como un capítulo único de un libro general sobre el siglo XX, el tercer volumen de mis *Las fuentes del poder social*. Pero mi tercer volumen aún está por escribir, ya que el fascismo creció y creció hasta absorber toda mi atención durante siete años. Mi "capítulo fascista" debía escribirse primero, ya que en ese momento estaba pasando un año en un instituto madrileño con una excelente colección de biblioteca sobre la lucha de entreguerras entre democracia y autoritarismo. Pero entonces mi investigación sobre el fascismo creció hasta alcanzar el tamaño de un libro entero. Me di cuenta con el corazón encogido (ya que no es un tema agradable sobre el que trabajar durante años) de que tenía que crecer aún más. Dado que los actos de los fascistas y sus compañeros de viaje culminaron en asesinatos en masa, tuve que ocuparme de un segundo gran corpus de literatura, sobre los acontecimientos centrados en "La Solución Final" o "Holocausto". Pronto me di cuenta de que estos dos cuerpos de literatura -sobre los fascistas y sus genocidios- tenían poco en común. El fascismo y los asesinatos en masa cometidos durante la Segunda Guerra Mundial se han mantenido en su mayor parte en compartimentos académicos y populares separados, habitados por teorías, datos y métodos diferentes. Estos compartimentos los han mantenido segregados de otros fenómenos similares de limpieza asesina que se han repetido con regularidad a lo largo del periodo moderno, desde la América del siglo XVII hasta la Unión Soviética de mediados del siglo XX, pasando por Ruanda-Burundi y Yugoslavia a finales del siglo XX.

Estas tres formas principales de comportamiento humano profundamente deprimente -el fascismo, "el Holocausto" y la limpieza étnica y política en general- comparten un parecido familiar. Este parecido viene dado por tres ingredientes principales que se revelan más abiertamente en el fascismo: *el nacionalismo orgánico*, *el estatismo radical* y *el paramilitarismo*. Lo ideal sería hablar de toda la familia a la vez. Pero siendo de tendencia empirista, sentí que debía discutirlos con cierto detalle. Esto habría generado un libro de casi 1.000 páginas, que quizá pocos leerían -y que ninguna editorial publicaría.

Así que he dividido mi estudio general en dos. Este volumen trata de los fascistas y se centra en su ascenso al poder en la Europa de entreguerras. Mi próximo

volumen, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, se ocupa de toda la franja de la limpieza étnica y política moderna, desde la época colonial hasta nuestros días, pasando por Armenia y los genocidios nazis. El punto débil de esta particular división entre los dos volúmenes es que las "carreras" de los peores tipos de fascistas, especialmente los nazis, pero también sus colaboradores, están repartidas entre dos volúmenes. Su ascenso se traza en este volumen, sus actos finales en el otro. La ventaja de esta división es que los actos finales de estos fascistas aparecen junto a otros con los que comparten un auténtico parecido de familia: las milicias coloniales, las Fuerzas Especiales turcas de 1915, los Angka camboyanos, los Guardias Rojos, los Interahamwe hutus, los Tigres de Arkan, etcétera. De hecho, el habla popular, especialmente entre sus enemigos y víctimas, reconoce este parentesco denunciándolos a todos como "¡Fascistas!" - un término bastante impreciso pero no por ello menos justificable. Porque se trata de hombres y mujeres brutales que utilizan medios paramilitares asesinos para alcanzar objetivos, aunque expresados con bastante crudeza, de nacionalismo orgánico y/o estatismo radical (todas ellas cualidades del fascismo propiamente dicho). Los académicos tienden a rechazar esta amplia etiqueta de "¡fascista!" - prefiriendo reservar el término (sin signo de exclamación) para quienes se adhieren a una doctrina bastante más estrictamente estructurada. Como yo también tengo pretensiones de erudito, supongo que en última instancia debo compartir esta preferencia por la precisión conceptual. Pero los hechos pueden compartir lo mismo que la doctrina. Este volumen se refiere a los fascistas tal y como los eruditos entienden el término; mi otro volumen se refiere a los autores y a los "¡Fascistas!" en el sentido más popular y laxo de la palabra.

Me he beneficiado enormemente de los consejos y las críticas de mis colegas a la hora de escribir este libro. Quiero dar las gracias especialmente a Ivan Berend, Ronald Fraser, Bernt Hagtvet, John Hall, Ian Kershaw, Stanley Payne y Dylan Riley. Doy las gracias al Instituto Juan March de Madrid por su hospitalidad durante el primer año de investigación para este libro, y al Departamento de Sociología de la Universidad de California en Los Ángeles por proporcionarme un hogar muy agradable durante todo el proceso.

1

Sociología de los movimientos fascistas

TOMAR EN SERIO A LOS FASCISTAS

Este libro trata de explicar el fascismo entendiendo a los fascistas: quiénes eran, de dónde venían, cuáles eran sus motivaciones, cómo ascendieron al poder. Me centro aquí en el auge de los movimientos fascistas más que en los regímenes fascistas establecidos. Investigo a los fascistas en su oleada, en sus principales reductos en la Europa de entreguerras, es decir, en Austria, Alemania, Hungría, Italia, Rumanía y España. Para entender a los fascistas será necesario comprender los movimientos fascistas. Poco podemos entender de los fascistas individuales y de sus actos a menos que apreciemos que estaban unidos en organizaciones de poder distintivas. También debemos entenderlos en el contexto más amplio del siglo XX, en relación con las aspiraciones generales de Estados más eficaces y una mayor solidaridad nacional. El fascismo no es una rareza ni un mero interés histórico. El fascismo ha sido una parte esencial, aunque predominantemente indeseable, de la modernidad. A principios del siglo XXI hay siete razones para seguir tomando a los fascistas muy en serio.

(1) El fascismo no fue una mera comparsa en el desarrollo de la sociedad moderna. El fascismo se extendió por gran parte del corazón europeo de la modernidad. Junto con el ecologismo, fue la principal doctrina política de importancia histórica mundial creada durante el siglo XX. Existe la posibilidad de que algo parecido, aunque casi con toda seguridad con otro nombre, desempeñe un papel importante en el siglo XXI. Los fascistas han estado en el corazón de la modernidad.

(2) El fascismo no fue un movimiento distinto de otros movimientos modernos. Los fascistas sólo abrazaron con más fervor que nadie el icono político central de nuestro tiempo, el Estado-nación, junto con sus ideologías y patologías. Estamos agradecidos de que hoy gran parte del mundo viva bajo Estados-nación más bien suaves, con poderes modestos y útiles, que encarnan sólo un nacionalismo bastante inofensivo. Las burocracias de los gobiernos nacionales nos molestan, pero no nos aterrorizan; de hecho, sirven predominantemente a nuestras necesidades. El nacionalismo suele aparecer también en reconfortantes formas domesticadas. Aunque los franceses suelen proclamarse culturalmente superiores, los estadounidenses afirman ser el pueblo más libre de la Tierra y los japoneses reivindican una homogeneidad racial única, estas creencias altamente sospechosas se consuelan a sí mismas, divierten a los extranjeros y rara vez perjudican a nadie más.

El fascismo representa una especie de escalada de segundo nivel más allá de ese "estatismo nacional suave". La primera escalada se produjo en dos formas paralelas, una relativa a la nación y otra al Estado. En cuanto a la nación, las aspiraciones democráticas se entrelazaron con la noción de nación "integral" u "orgánica". "El pueblo" debía gobernar, pero este pueblo se consideraba uno e indivisible, por lo que podía excluir violentamente de sí a los grupos étnicos minoritarios y a los "enemigos" políticos (véase mi próximo volumen, *The Darkside of Democracy*, cap. 1, para un análisis más detallado). En lo que respecta al Estado, a principios del siglo XX se produjo el ascenso de un Estado más poderoso, visto como "portador de un proyecto moral", capaz de lograr el desarrollo económico, social y moral.¹ En determinados contextos, esto supuso el surgimiento de Estados más autoritarios. La combinación del nacionalismo moderno y el estatismo fue dar la vuelta a las aspiraciones democráticas, convirtiéndolas en regímenes autoritarios que buscaban "limpiar" de minorías y opositores a la nación. El fascismo, la escalada de segundo nivel, añadió a esta combinación principalmente un movimiento paramilitar distintivamente "ascendente" y "radical". Éste vencería toda oposición al Estado-nación orgánico con violencia desde abajo, costase lo que costase. Tal glorificación de la violencia real había surgido como consecuencia de la moderna "democratización" de la guerra en una entre "ejércitos ciudadanos". El fascismo presentaba así una versión extrema distintivamente paramilitar del estatismo-nación (mi definición real de fascismo se da más adelante en este capítulo). No era más que la versión más extrema de la ideología política dominante de nuestra era.

(3) La ideología fascista debe tomarse en serio, en sus propios términos. No debe ser tachada de loca, contradictoria o vaga. Hoy en día, esto está bastante aceptado. Zeev Sternhell (1986: x) ha señalado que el fascismo tenía "un cuerpo doctrinal no menos sólido o lógicamente indefendible que el de cualquier otro movimiento político". En consecuencia, dijo George Mosse (1999: x), "sólo... cuando hayamos comprendido el fascismo desde dentro, podremos juzgar verdaderamente su atractivo y su poder". Como los fascistas sí ofrecían soluciones plausibles a los problemas sociales modernos, consiguieron un apoyo electoral masivo y un intenso compromiso emocional de los militantes. Por supuesto, como la mayoría de los activistas políticos, los fascistas eran diversos y oportunistas. La importancia del liderazgo y el poder en el fascismo potenció el oportunismo. Los líderes fascistas estaban facultados para hacer casi cualquier cosa con tal de hacerse con el poder, y esto podía subvertir otros valores fascistas. Sin embargo, la mayoría de los fascistas, líderes o dirigidos, creían en ciertas cosas. No eran personas de carácter peculiar, sádicos o psicópatas, o gente con un "batiburrillo" de dogmas y consignas a medio entender revoloteando por sus cabezas (o no más que el resto de nosotros). El fascismo fue un movimiento de ideales elevados, capaz de persuadir a una parte sustancial de dos generaciones de jóvenes (sobre todo a los muy instruidos) de que podía instaurar un orden social más armonioso. Para entender el fascismo, adopto una metodología que consiste en tomarse en serio los valores de los

¹ La noción de que el siglo XX ha visto el auge y la caída del Estado como portador de un proyecto moral es el tema principal de Pérez-Díaz (1993).

fascistas. Así, cada uno de mis capítulos de estudios de casos comienza explicando la doctrina fascista local, seguida, si es posible, de una explicación de lo que los fascistas ordinarios parecen haber creído.

3

(4) Debemos tomarnos en serio la circunscripción social de los movimientos fascistas y preguntarnos qué tipo de personas se sentían atraídas por ellos. Pocos fascistas eran marginales o inadaptados. Tampoco se limitaban a clases u otros grupos de interés que encontraban en el fascismo una "tapadera" para sus estrechos intereses materiales. Sin embargo, había "núcleos fascistas" entre los que los valores fascistas tenían mayor resonancia. Esta es quizá la parte más original de este libro, que aporta una nueva visión del fascismo, y se deriva de una metodología de tomarse en serio los valores fascistas. Porque el núcleo del fascismo disfrutaba de una relación especialmente estrecha con el icono sagrado del fascismo, el Estado-nación. Debemos reconstruir ese electorado amante del Estado-nación para ver qué tipo de personas pueden sentirse tentadas hacia el fascismo.

(5) También debemos tomar en serio los movimientos fascistas. Eran jerárquicos pero camaraderiles, encarnaban tanto el principio de liderazgo como una "jaula social" constrictiva, y ambos aumentaban el compromiso, especialmente de los jóvenes solteros para los que el movimiento era casi una "institución total". También debemos apreciar su paramilitarismo, ya que la "violencia popular" fue crucial para su éxito. Los movimientos fascistas también cambiaron al verse tentados por dos perspectivas diferentes. Una era utilizar el poder de forma cada vez más radical y violenta. La otra era disfrutar de los frutos del poder transigiendo por debajo de la mesa con las poderosas élites tradicionales. Esto condujo a un endurecimiento del fascismo (como en Alemania) o a un ablandamiento (como en Italia, al menos hasta finales de la década de 1930). Los fascistas también experimentaron "carreras" en el movimiento, que podían llevarles por cualquiera de los dos caminos. Debemos observar a los fascistas en acción: cometiendo actos violentos, recortando, haciendo carrera.

(6) Debemos tomarnos en serio a los fascistas "endurecidos" en un sentido mucho más siniestro, como eventuales autores de grandes males. No debemos excusar o relativizar esto, sino tratar de comprenderlo. La capacidad para el mal es un atributo humano esencial, y también lo es nuestra capacidad para cometer el mal por lo que creemos que son propósitos morales. Los fascistas eran especialmente autoengañados. Necesitamos saber más sobre las circunstancias en las que los humanos lo hacemos. Aunque preferimos escribir la historia y la sociología como un cuento feliz, progresista y moral, esto distorsiona grotescamente la realidad de la experiencia humana. El siglo XX vio el mal masivo, no como un accidente o como el resurgimiento de lo primitivo en nosotros, sino como un comportamiento deliberado, intencionado y esencialmente "moderno". Comprender el fascismo es comprender cómo personas con ideales aparentemente modernizadores pueden actuar para producir un mal que finalmente no tuvo paliativos. Sin embargo, dejo lo peor para mi próximo libro, *El lado oscuro de la democracia*.

4

(7) Debemos tomarnos en serio la posibilidad de que vuelvan los fascistas. Si

comprendemos las condiciones que generaron los fascismos, podremos entender mejor si podrían volver y cómo podríamos evitarlo. Algunas de las condiciones que generaron el fascismo siguen presentes. El nacionalismo orgánico y la adopción de formas paramilitares, comprometidas con la limpieza étnica y política, mueve en la actualidad a muchos miles de personas en todo el mundo a cometer actos supuestamente "idealistas" pero en realidad asesinos contra vecinos y oponentes políticos a los que llaman "enemigos". Esto puede horrorizarnos, pero no es descartable como un retorno a lo "primitivo" que hay en nosotros. La limpieza étnica y política ha sido una de las principales aportaciones de la civilización europea a la modernidad; mientras que el paramilitarismo violento ha sido distintivo del siglo XX. Debemos comprender estos aspectos de la modernidad. Es una suerte que hoy en día el "estatismo" (el tercer componente principal del fascismo tras el nacionalismo orgánico y el paramilitarismo) esté muy pasado de moda, ya que sus dos portadores históricos, el fascismo y el comunismo, se hundieron desastrosamente. Los actuales regímenes de limpieza tienden a ser paramilitares y autoritarios, pero pretenden ser democráticos; las palabras "fascista" y "comunista" se han convertido en gran medida en términos de abuso impreciso. Si se da tiempo a que un neoliberalismo supuestamente apátrida haga un daño similar en algunas partes del mundo, este rechazo al Estado poderoso probablemente se desvanecerá. Entonces, los valores estatistas extremos podrían encauzarse de nuevo hacia el nacionalismo paramilitar extremo en movimientos parecidos al fascismo, a menos que podamos aprender de la historia que recojo aquí. Dudo que los nuevos movimientos se llamen a sí mismos fascistas, ya que la palabra es ahora tan aborrecida. Sin embargo, algo de la esencia del fascismo sigue existiendo.

Existen dos escuelas principales de pensamiento sobre el fascismo. Una "escuela nacionalista" más idealista, que analizo en primer lugar, se ha centrado en las creencias y doctrinas de los fascistas, mientras que una "escuela de clase" más materialista, analizada en segundo lugar, se ha centrado en su base de clase y su relación con el capitalismo. Los debates entre ellos constituyen otra repetición de la tradicional polémica entre idealismo y materialismo en las ciencias sociales. Pero como los dos enfoques a menudo parecen estar discutiendo diferentes niveles de fenómenos -creencias frente a base/funciones sociales-, con frecuencia pasan el uno por encima del otro. Así pues, carecemos de una teoría general aceptable del fascismo. Dicha teoría tendría que basarse en ambos enfoques, tomando de cada uno lo que es útil y añadiendo lo que ambos descuidan.

5

He optado por no ofrecer aquí al lector una fuerte dosis de teoría sociológica. Pero mi propio enfoque del fascismo deriva de un modelo más general de las sociedades humanas que rechaza el dualismo idealismo-contra-materialismo. Mi trabajo anterior identificaba cuatro "fuentes de poder social" primarias en las sociedades humanas: ideológica, económica, militar y política.² Los teóricos clasistas del fascismo han tendido a elevar las relaciones de poder económico en sus explicaciones, mientras que los teóricos nacionalistas han hecho hincapié en la ideología. Sin embargo, las cuatro fuentes

² El lector que desee saber más de mi teoría general puede empezar por los capítulos introductorios de los dos volúmenes publicados de mi historia del poder en la sociedad (Mann 1986, 1993).

de poder social son necesarias para explicar los resultados sociales e históricos más importantes. Para alcanzar sus objetivos, los movimientos sociales ejercen combinaciones de control sobre los sistemas de significado último (ideológico), control sobre los medios de producción e intercambio (económico), control sobre la violencia física organizada (militar) y control sobre las instituciones centralizadas y territoriales de regulación (político). Los cuatro son necesarios para explicar el fascismo. El fascismo de masas fue una respuesta a las crisis ideológica, económica, militar y política posteriores a la Primera Guerra Mundial. Los fascistas propusieron soluciones a las cuatro. La organización fascista también combinó innovaciones ideológicas sustanciales (generalmente llamadas "propaganda"), electoralismo político de masas y violencia paramilitar. Todo ello se convirtió en un ritual para intensificar el compromiso emocional. Al intentar hacerse con el poder, los líderes fascistas también trataron de neutralizar a las élites económicas, militares, políticas e ideológicas (especialmente las eclesiásticas). Así pues, cualquier explicación del fascismo debe basarse en el entrelazamiento de las cuatro fuentes de poder social, como demuestran mis capítulos de estudios de casos empíricos. El último capítulo presenta el resultado de este modelo: una explicación general del fascismo.

HACIA UNA DEFINICIÓN DEL FASCISMO

Obviamente, debemos definir nuestros términos, aunque no es tarea fácil. Algunos estudiosos se han negado a definir el fascismo en cualquier sentido "genérico", creyendo que el "verdadero" fascismo sólo se encontraba en Italia, su hogar original. Al igual que muchos otros, no estoy de acuerdo. Sin embargo, en principio no busco una definición genérica que pueda aplicarse en muchas épocas y lugares. Simplemente busco una que ofrezca una utilidad heurística a lo largo del periodo de entreguerras en Europa, hasta mi último capítulo, en el que planteo la cuestión de si han existido movimientos fascistas en épocas más recientes y en otros lugares.

6

Primero vamos a hacernos una idea general del fascismo a través de las opiniones de sus intelectuales más destacados, con los comentarios de Sternhell (1976, 1986, 1994) y Mosse (1999), además de la recopilación de Griffins de textos fascistas (1995), como mis principales guías. La mayoría de ellos fueron inicialmente izquierdistas no materialistas que luego abrazaron el nacionalismo orgánico. En 1898, el francés Barres llamó a su fusión "nacionalismo socialista", aunque fue la inversión que hizo el italiano Corradini de estas palabras, como "nacionalsocialismo", la que caló, aunque por socialismo se refería realmente al sindicalismo: "Sindicalismo y nacionalismo juntos, éstas son las doctrinas que representan la solidaridad", subrayó. Los conflictos de clase y sectoriales podrían armonizarse con la ayuda de organizaciones sindicalistas coordinadas por un "Estado corporativo". Así, el socialismo nacional quedaría confinado dentro de las fronteras nacionales, y la lucha de clases se transformaría en lucha entre naciones. Las "naciones burguesas" (como Gran Bretaña y Francia) explotaban a las "naciones proletarias" (como Italia). Para resistir, la nación proletaria debe luchar, con armas

económicas y mediante "la sagrada misión del imperialismo". Excepto por la última frase, esto se parece al "socialismo tercermundista" de los últimos años. No eran ideas raras en el siglo XX.

Como izquierdistas pero no materialistas, estos hombres también alababan la "resistencia", la "voluntad", el "movimiento", la "acción colectiva", "las masas" y la dialéctica del "progreso" a través de la "lucha", la "fuerza" y la "violencia". Estos valores nietzscheanos hacían del fascismo algo "radical". Los fascistas estaban decididos a vencer toda oposición sin piedad, por la voluntad, la fuerza, lo que fuera necesario, sin concesiones ni escrúpulos. Esto significaba en la práctica formar paramilitares además de partidos. Como colectivistas, despreciaban el "individualismo amoral" del liberalismo de libre mercado y la "democracia burguesa", que descuidaban los intereses de las "comunidades vivas" y de "la nación como un todo orgánico". La nación era esencialmente una e indivisible, una entidad viva y que respiraba, definida como "integral" u "orgánica". Ser alemán, italiano o francés, afirmaban los fascistas, significaba mucho más que vivir en un espacio geográfico; significaba algo que los de fuera no podían experimentar, que implicaba una identidad y una emoción básicas, más allá de la razón. Como subraya Mosse, la versión germánica de la nación difería de la del sur de Europa en que era tanto racial como cultural. Se basaba más en el darwinismo social, el antisemitismo y otras corrientes teóricas racialistas del siglo XIX para generar un *Folk*, una unidad étnico-cultural singular que trascendía todos los conflictos posibles en su seno, pero erigía fronteras más altas frente a otros pueblos.

7

No obstante, la nación tenía una estructura tanto moral como racional. Basándose en Rousseau y Durkheim, los teóricos afirmaron que las instituciones competitivas como los mercados, los partidos, las elecciones o las clases no podían generar moralidad. Ésta debe proceder de la comunidad, de la nación. El francés Berth arremetía contra el liberalismo: "La sociedad ha llegado al punto en que sólo es un mercado formado por átomos de libre comercio, en contacto con los cuales todo se disuelve.... partículas polvorientas de individuos, encerrados en los estrechos confines de sus conciencias y sus huchas." Panunzio y Bottai siguieron a Durkheim en el elogio de las virtudes de la "sociedad civil", creyendo que las asociaciones comunitarias voluntarias eran los cimientos de la libertad. Sin embargo, debían integrarse en un Estado corporativo general que representara entonces los intereses de la nación en su conjunto. Sin este vínculo entre el Estado y las asociaciones comunales, decían, el Estado estaría "vacío", con "una deficiencia de contenido sociológico", como era el caso del Estado liberal (Riley 2002: cap. 1). Por el contrario, el Estado fascista sería "corporativo" y "sociológico", basado en fuertes lazos de asociación. De nuevo, esto suena bastante moderno. Berth y Panunzio podrían haber apuntado al neoliberalismo dominante cien años después.

Los intelectuales fascistas también atacaron a una izquierda atrapada en el "materialismo burgués" pasivo. Sus pretensiones revolucionarias habían quedado expuestas, argumentaban, por el superior poder movilizador de la guerra moderna entre naciones enteras. Las naciones, no las clases, eran las verdaderas masas de la modernidad. El conflicto de clases entre capitalistas y trabajadores no era el núcleo del problema, insistían. En su lugar, la verdadera lucha era entre "trabajadores de todas las

clases", "las clases productivas", enfrentadas a enemigos "improductivos", normalmente identificados como capitalistas financieros o extranjeros o judíos. Defenderían a los trabajadores productivos de todas las clases. El francés Valois escribió que "nacionalismo + socialismo = fascismo", y el inglés Oswald Mosley dijo: "Si amas a nuestro país, eres nacional, y si amas a nuestro pueblo eres socialista". Eran ideas atractivas a principios del siglo XX, la "era de las masas", ya que los fascistas prometían "trascender" una lucha de clases que entonces parecía desgarrar el tejido social. De hecho, la mayoría de los movimientos políticos de éxito del siglo XX han adoptado versiones más suaves de tales pretensiones de trascendencia.

La nación debería estar representada a través de un Estado corporativista y sindicalista. Podría "trascender" la decadencia moral y el conflicto de clases de la sociedad burguesa con un "plan total" que ofreciera una "tercera vía" estatista entre el capitalismo y el socialismo. El italiano Gentile (un converso tardío al fascismo) afirmaba que el fascismo resolvía la "paradoja de la libertad y la autoridad". La autoridad del Estado es absoluta". Mussolini estaba de acuerdo: "Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado". "El nuestro será un Estado totalitario al servicio de la integridad de la patria", proclamó el español José Antonio Primo de Rivera. El belga Henri de Man aplaudió la "democracia autoritaria". La "revolución fascista" produciría "el hombre total en la sociedad total, sin enfrentamientos, sin postración, sin anarquía", dijo el francés Deat.

8

Pero esto era el futuro. Ahora mismo, la nación debe luchar contra sus enemigos para realizarse. Sería dirigida por una élite paramilitar. Los fascistas más radicales apoyaban el "asesinato moral". Afirmaban que la violencia paramilitar podía "limpiar", "purificar", "regenerar" a la élite que la cometiera, y luego a la nación en su conjunto. Valois lo expresó brutalmente:

- al burgués blandiendo sus contratos y estadísticas:
- dos más tres hace....
- Nada, responde el Bárbaro, rompiéndole la cabeza.

Para Valois, el fascista "bárbaro" representaba la moralidad, ya que sólo él representaba la comunidad orgánica de la nación, de la que emanan todos los valores morales. Por supuesto, para estos intelectuales, que habitaban el mismo mundo postnietzscheano que generó el vitalismo, el surrealismo y el dadaísmo, mucho de esto no era más que metáfora literaria. Sin embargo, los fascistas de base utilizarían más tarde estas justificaciones de sus actividades.

O'Sullivan (1983: 33-69) señala que los fascistas odiaban la naturaleza "limitada" de la democracia liberal, su forma de gobierno imperfecta, indirecta y sólo "representativa" (en lugar de "directa"). La democracia liberal tolera los conflictos de intereses, las "salas llenas de humo", los "tejemanejes" y los compromisos "sucios" y "sin principios". La aceptación de las imperfecciones y el compromiso es, de hecho, la esencia tanto de la democracia liberal como de la socialdemocracia. Esto reduce la estatura de los "enemigos" potenciales a meros "oponentes" con los que se puede llegar a acuerdos. Las

democracias liberales y sociales no reconocen ningún monopolio de la virtud, ninguna verdad absoluta. Son antiheroicas. Al escribir estos dos libros he aprendido a no esperar que nuestros políticos democráticos tengan demasiados principios. Necesitamos su instrumentalismo, sus tratos sucios. Pero los fascistas diferían. Veían la política como un activismo ilimitado para alcanzar absolutos morales. En términos de Max Weber, esto era "racionalidad valorativa", conducta orientada a la consecución de valores absolutos, no meros intereses instrumentales.

Esto aportó un mayor contenido emocional. El fascismo se veía a sí mismo como una *cruzada*. Los fascistas no veían el mal como una tendencia universal de la naturaleza humana. Los fascistas, como algunos marxistas, creían que el mal estaba incrustado en instituciones sociales concretas y que, por tanto, podía desprenderse de él. La nación era perfectible si era orgánica y se limpiaba. Como señala O'Sullivan, el líder fascista rumano Codreanu era un ejemplo extremo de ello. Veía a su "Legión del Arcángel Miguel" como una fuerza moral: "Todas [las demás] organizaciones políticas. . creen que el país se estaba muriendo por falta de buenos programas; en consecuencia, elaboran un programa perfectamente cohesionado con el que empiezan a reunir partidarios". Por el contrario, dijo Codreanu, "Este país se está muriendo por falta de hombres, no de programas". "Debemos tener hombres, hombres nuevos". Así, la Legión liberaría a Rumanía del "poder del mal". Contendría "héroes", "[l]as mejores almas que nuestras mentes puedan concebir, los más orgullosos, altos, rectos, fuertes, inteligentes, valientes y trabajadores que nuestra raza pueda producir". Deben luchar contra los "enemigos" que contaminan la nación (Codreanu 1990: 219-21). Creía que, en defensa del bien contra el mal, la violencia era moralmente legítima.

9

Obviamente, sin embargo, para entender a los fascistas debemos ir más allá de los intelectuales. ¿Cómo pudieron las ideas citadas mover a la acción a millones de europeos? ¿Qué condiciones de la vida real hicieron que sentimientos tan extraordinarios parecieran plausibles? Sternhell tiende a ver el fascismo como algo completo antes de la Primera Guerra Mundial, olvidando que la guerra convirtió la retórica fanfarrona de unos pocos en movimientos de masas. Sin la Gran Guerra, el fascismo no habría pasado de ser una nota a pie de página. Pero investigar los valores y emociones de los fascistas subalternos posteriores no es fácil. La mayoría apenas dejó constancia de sus opiniones. Si lo hicieron, muchos mintieron (ya que en aquella época estaban siendo juzgados por sus Evas). Mis capítulos empíricos reúnen las pruebas que he encontrado.

El relato de Sternhell también está algo sesgado hacia los primeros intelectuales italianos, españoles y franceses y omite de forma flagrante a los alemanes. Mosse y otros dicen que "fascismo" no es lo mismo que "nazismo". Dicen que los nazis racistas y antisemitas se centraban más en el pueblo, el *Volk*, y menos en el Estado, y que los nazis carecían por completo de un modelo de Estado utópico. El movimiento nazi, y no el Estado, representaba a la nación, del mismo modo que el Führer la personificaba. Por el contrario, pocos fascistas del sur de Europa eran racistas o antisemitas, y desarrollaron modelos corporativistas y sindicalistas del Estado que deseaban. Mientras que el nazismo era *völkisch*, el fascismo era estatista (Mosse 1964, 1966, 1999; Bracher 1973:

605-9; y Nolte 1965, entre otros). Y sólo el racismo nazi perpetró el genocidio, dicen. Por tanto, el nazismo no era fascismo.

Aunque hay algo de verdad en esto, me uno a quienes creen que los nazis *eran* fascistas y que el fascismo puede tratarse como un fenómeno más general. Hitler y Mussolini pensaban que pertenecían al mismo movimiento. "Fascismo" era un término italiano, que los nazis, al ser nacionalistas alemanes, no quisieron tomar prestado (como tampoco algunos escritores españoles a los que todo el mundo llama fascistas). Pero, como veremos a continuación, los dos movimientos compartían valores básicos similares, tenían bases sociales parecidas y desarrollaron movimientos similares. El nacionalismo estaba más acentuado en el nazismo, el estatismo en el fascismo italiano. Pero se trataba de variaciones sobre temas comunes.

10

La tendencia a dicotomizar nazismo y fascismo italiano también revela una obsesión por Alemania e Italia. Sin embargo, el fascismo se extendió más ampliamente, en un contexto de fermento político más amplio, especialmente en la derecha política. Me centro en cinco casos de movimientos fascistas de masas: Italia, Alemania, Austria, Hungría y Rumanía. Aunque cada uno era único, todos compartían algunas características. Eran una familia de fascistas, que se diferenciaban principalmente por su capacidad para hacerse con el poder. Sólo los tres primeros lograron regímenes fascistas estables (aunque de corta duración). Ello se debió principalmente a que el diferente momento en que se produjeron sus avances dio lugar a diferentes estrategias de contención por parte de sus rivales políticos, especialmente los de la derecha. De hecho, Austria, Hungría y Rumanía son casos en los que podemos analizar una dialéctica entre el fascismo y formas más conservadoras de autoritarismo, una dialéctica que nos ayuda a comprender mejor la naturaleza del fascismo en general. Por último, analizo España, un ejemplo de país que contenía relativamente pocos fascistas pero muchos correligionarios, y donde los nacionalistas y estatistas más conservadores consiguieron mantener un firme control sobre sus aliados fascistas. Mi libro, de próxima aparición, incluye también una serie de movimientos nacionalistas de tendencia fascista -eslovacos, croatas, ucranianos, lituanos, etc.- que adaptaron a sus propios fines diversas mezclas de fascismo italiano y nazismo alemán. No existía una dicotomía, sino una *gama* de doctrinas y prácticas fascistas, al igual que en movimientos como el conservadurismo, el socialismo o el liberalismo.

Pero a diferencia del socialismo (que tiene marxismo), el fascismo no contiene ninguna teoría sistemática. Los hombres que he citado antes dicen una variedad de cosas dentro de sólo una *Weltanschauung* ("visión del mundo") más laxa, una serie de puntos de vista que a grandes rasgos "cuelgan juntos" y de los que diferentes movimientos fascistas hicieron diferentes selecciones. Varios estudiosos han intentado identificar este núcleo. Nolte (1965) identificó un "mínimo fascista" que combinaba tres "anti" ideológicos -antimarxismo, antiliberalismo y anticonservadurismo- más dos características del movimiento, el principio de liderazgo y el partido-ejército, todo ello orientado hacia un objetivo final: el "totalitarismo". No es muy claro sobre lo que los fascistas querían positivamente, mientras que su énfasis en los anti le hace llegar a la dudosa conclusión de que el fascismo era esencialmente una forma reaccionaria de

antimodernismo.

Stanley Payne es ahora el historiador comparativo preeminente del fascismo. Dice que el núcleo fascista comprende los tres anti de Nolte, más una lista de otros elementos: nacionalismo, estatismo autoritario, corporativismo y sindicalismo, imperialismo, idealismo, voluntarismo, romanticismo, misticismo, militarismo y violencia. Toda una lista. La reduce a tres categorías: estilo, negaciones y programas, aunque se trata más de cualidades abstractas que sustantivas. Y termina diciendo que el fascismo fue "la forma más revolucionaria de nacionalismo" y que se centró en el idealismo filosófico y la violencia moralista (1980: 7; 1995: 7-14). La conclusión no parece suficientemente centrada, y cuando intenta categorizar los subtipos de fascismo, resultan ser esencialmente nacionalidades (alemana, italiana, española, rumana, húngara y un puñado residual "subdesarrollado" de otras), lo que parece a medio camino de negar cualquier núcleo teórico al fascismo.

Juan Linz es el sociólogo preeminente del fascismo. Su definición es aún más extensa:

11

un movimiento hipernacionalista, a menudo panacionalista, antiparlamentario, antiliberal, anticomunista, populista y, por tanto, antiproletario, en parte anticapitalista y antiburgués, anticlerical o, al menos, no clerical, con el objetivo de la integración social nacional a través de un partido único y una representación corporativa no siempre igual de acentuada; con un estilo y una retórica distintivos, se apoyaba en cuadros activistas dispuestos a la acción violenta combinada con la participación electoral para alcanzar el poder con objetivos totalitarios mediante una combinación de tácticas legales y violentas.

También cita con aprobación a Ramiro Ledesma Ramos, uno de los principales fascistas españoles, que definió el fascismo con menos extensión, en una serie de frases concisas:

Idea nacional profunda. Oposición a las instituciones demo-burguesas, al Estado liberal parlamentario. Desenmascaramiento de los verdaderos poderes feudales de la sociedad actual. Economía nacional y economía popular contra el gran capitalismo financiero y monopolista. Sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia. Hostilidad a la solución antinacional y antihumana que presenta el clasismo proletario para resolver los evidentes problemas e injusticias del sistema capitalista. (Linz 1976: 12-15)

Estos escritores transmiten eficazmente la *Weltanschauung* fascista y sugieren que su núcleo es el "hiper" nacionalismo. Pero una definición genérica adecuada requeriría detalles más precisos y concisos.

Estudiosos recientes han intentado aportar una respuesta. Roger Eatwell ofrece una definición concisa. El fascismo, dice, "se esfuerza por forjar un renacimiento social basado en una tercera vía radical holístico-nacional". Añade que, en la práctica, el fascismo ha tendido a hacer hincapié en el estilo, especialmente en la acción y en el líder carismático, más que en un programa detallado, y a dedicarse a una "demonización

maniquea de sus enemigos" (2001: 33; cf. 1995: 11; y 1996). Luego amplía esto elaborando cuatro características clave: nacionalismo, holismo (es decir, colectivismo), radicalismo y "la tercera vía". La tercera vía se sitúa entre el capital y el trabajo, la derecha y la izquierda, extrayendo lo mejor de ambos. Como esto significa que el fascismo tiene algo práctico que ofrecer a la sociedad moderna, no lo ve como antimoderno sino como una visión alternativa de la modernidad. La definición de Eatwell es la que más se aproxima a la mía, que expongo a continuación.

12

Roger Griffin busca una definición genérica centrada más exclusivamente en los valores. En este sentido, sigue los pasos de Sternhell y Mosse. Ve el fascismo como un "núcleo mítico" de "ultranacionalismo populista" inspirado por la idea de un renacimiento de la nación, raza o cultura y que busca crear un "hombre nuevo". El fascismo es un "mito palingético" del ultranacionalismo populista, que busca una nación que resurja como el Fénix de las cenizas de un viejo orden social decadente. Es "un género de política moderna que aspira a llevar a cabo una revolución total en la cultura política y social de una comunidad nacional o étnica concreta...". [El fascismo genérico extrae su cohesión interna y su fuerza motriz afectiva del mito central de que un periodo de decadencia y degeneración percibidas va a dar paso de forma inminente o eventual a uno de renacimiento y rejuvenecimiento en un nuevo orden posliberal". Coincide con Eatwell en que el fascismo es una modernización alternativa. Afirma que la suya se está convirtiendo en la visión "consensuada" del fascismo, a la que sólo se oponen los materialistas, a los que ridiculiza. Revela "la primacía de la cultura" en el fascismo. También describe el fascismo como una "religión política" (1991: 44; 2001: 48; 2002: 24).

Sin embargo, el idealismo de Griffin no es nada de lo que enorgullecerse. Es un gran defecto. ¿Cómo puede un "mito" generar "cohesión interna" o "fuerza motriz"? Un mito no puede ser un agente impulsor o integrador de nada, ya que las ideas no flotan libremente. Sin organizaciones de poder, las ideas no pueden realmente *hacer* nada. Lo que falta aquí es cualquier sentido del *poder*. De hecho, incluso el sentido práctico parece faltar en tal definición. Seguramente, los fascistas deben haber ofrecido algo más útil que el mítico renacimiento de la nación. ¿Quién votaría por esto? Aunque el fascismo tenía un lado irracionalista, también era bastante testarudo y ofrecía tanto programas económicos como estrategias políticas (como también observa Eatwell 2001). También era resueltamente mundano, despreocupado del lado sagrado y religioso de la experiencia humana, aunque dispuesto a doblegarlo a sus propósitos.

Pero, en realidad, el idealismo parece estar al acecho en la mayoría de estas definiciones. En general, se da primacía a las ideas fascistas. El nacionalismo parece más bien incorpóreo, divorciado de su principal portador en el mundo real, el Estado-nación. Todos los fascistas deseaban tanto una nación muy cohesionada como un Estado muy fuerte, entrelazados. Griffin también desinfecta el fascismo, guardando silencio sobre su violencia y paramilitarismo distintivamente brutales; mientras que incluso Eatwell dice que el fascismo sólo "a veces" ejerce la violencia (Linz, Nolte y Payne no descuidaron la violencia).

La solución a tales omisiones, sin embargo, no es abrazar la tradicional alternativa

"materialista" al idealismo, añadiendo la relación del fascismo con el capitalismo y la clase. Debemos definir el fascismo en sus propios términos, pero a sus valores debemos añadir sus programas, acciones y organizaciones. El fascismo no fue sólo un conjunto de individuos con determinadas creencias. El fascismo tuvo un gran impacto en el mundo *sólo* por sus acciones colectivas y sus formas organizativas. Los fascistas se comprometieron con el elitismo, la jerarquía, la camaradería, el populismo y la violencia contenidos en una forma bastante laxa y paramilitar de "estatismo". Si el fascismo sólo se hubiera referido a los "mitos palingéticos del renacimiento", ¿qué habría de malo en ello? Si el fascismo hubiera sido sólo nacionalismo extremo, sólo habría sido desagradablemente xenófobo. Pero al abrazar el paramilitarismo, los fascistas se coaccionaron mutuamente para llevar a cabo acciones extremas, destruyeron a sus oponentes y convencieron a muchos espectadores de que por fin podrían poner "orden" en la sociedad moderna. A continuación, su Estado autoritario obligaba a sus pueblos a obedecer, sofocando la oposición y perpetrando asesinatos en masa. Así pues, nuestra definición de fascismo debería incluir tanto los valores clave como las formas organizativas clave del fascismo.

13

DEFINICIÓN DE FASCISMO

Defino el fascismo en términos de los valores clave, las acciones y las organizaciones de poder de los fascistas. De forma más concisa, el *fascismo es la búsqueda de un estatismo nacional trascendente y purificador a través del paramilitarismo*. Esta definición contiene cinco términos clave que requieren una explicación más detallada. Cada uno de ellos contiene también tensiones internas.

(1) *Nacionalismo*. Como todo el mundo reconoce, los fascistas tenían un compromiso profundo y populista con una nación "orgánica" o "integral", y esto implicaba un sentido inusualmente fuerte de sus "enemigos", tanto en el extranjero como (especialmente) en casa. Los fascistas toleraban muy poco la diversidad étnica o cultural, ya que subvertiría la unidad orgánica e integral de la nación. La agresión contra los enemigos que supuestamente amenazaban esa unidad orgánica es la fuente original del extremismo del fascismo. El nacionalismo de tinte racial resultó aún más extremo, ya que la raza es una característica atribuida. Nacemos con ella, y sólo nuestra muerte o eliminación puede eliminarla. Así, el nacionalismo racial nazi se mostró más obsesionado con la "pureza" y resultó más mortífero que el nacionalismo cultural italiano, que generalmente permitía entrar en la nación a quienes mostraban los valores y la conducta adecuados.

Considero que la noción de "renacimiento", que Griffin veía como la característica clave del fascismo, es característica del nacionalismo en general, incluidos nacionalismos mucho más suaves -como, por ejemplo, en el nacionalismo irlandés, lituano o zimbabuense. Dado que las naciones son en realidad modernas (con una o dos excepciones), pero los nacionalistas afirman que son antiguas, los nacionalistas resuelven esta paradoja con una visión de un renacimiento o resurgimiento de una

nación supuestamente antigua, pero adaptada ahora a los tiempos modernos.³ En estos casos, el mito es el de la continuidad hacia la antigua grandeza de los Altos Reyes, el Gran Ducado y el Gran Zimbabue, pero nadie supone que funcionarían en la actualidad.

14

(2) *Estatismo*. Esto implicaba tanto el objetivo como la forma organizativa. Los fascistas adoraban el poder del Estado. El Estado corporativo autoritario podía supuestamente resolver las crisis y propiciar el desarrollo social, económico y moral, como subraya Gregor (1979). Puesto que el Estado representaba a una nación que se consideraba esencialmente orgánica, tenía que ser autoritario, encarnar una voluntad singular y cohesionada expresada por una élite del partido que se adhiriera al "principio de liderazgo". Los estudiosos solían hacer hincapié en la cualidad "totalitaria" de los objetivos y estados fascistas; Burleigh (2000) y Gregor (2000) siguen haciéndolo. Otros están de acuerdo en que el objetivo fascista era la "transformación total" de la sociedad, pero hacen hincapié en los retrocesos en el camino. Consideran que el Estado fascista deseado era vago o contradictorio, que contenía elementos de partidos rivales, corporativistas y sindicalistas, y a menudo señalan que el fascismo en el poder tenía un Estado sorprendentemente débil. Han detallado el faccionalismo y el tira y afloja del régimen de Mussolini (Lyttleton 1987) y la "policracia" o incluso el "caos" del régimen nazi (Broszat 1981; Kershaw 2000). Por eso dudan con razón de la etiqueta "totalitario". Los regímenes fascistas, al igual que los comunistas, contenían una dialéctica entre "movimiento" y "burocracia", entre "revolución permanente" y "totalitarismo" (Mann 1997). También podemos detectar una tensión entre un sindicalismo/corporativismo más organizado al estilo italiano y la preferencia nazi por una dictadura más "policrática" y fluida. Y en todos los regímenes, las tendencias hacia un Estado singular y burocrático se vieron socavadas por el activismo de los partidos y los paramilitares y por los acuerdos con las élites rivales. El fascismo era más totalitario en sus objetivos de transformación que en su forma de régimen real.

(3) *Trascendencia*. Los fascistas rechazaron las nociones conservadoras de que el orden social existente es esencialmente armonioso. Rechazaron las nociones liberales y socialdemócratas de que el conflicto entre grupos de interés es una característica normal de la sociedad. Y rechazaron las nociones izquierdistas de que la armonía sólo podía alcanzarse derrocando al capitalismo. Los fascistas procedían tanto de la derecha política como del centro y la izquierda, y recibían apoyo de todas las clases (Weber 1976: 503). Atacaban tanto al capital como al trabajo, así como a las instituciones democráticas liberales que supuestamente exacerbaban sus luchas. El estatismo nacional fascista sería capaz de "trascender" el conflicto social, primero reprimiendo a los que fomentaban la lucha "golpeando sus cabezas" y luego incorporando a las clases y otros grupos de interés a las instituciones corporativistas del Estado. El término "tercera vía", preferido por Eatwell, parece demasiado débil para este objetivo de transformación revolucionaria, demasiado susceptible de ser apropiado por políticos centristas como Tony Blair. Definitivamente, no se trataba de un compromiso ni de una mera reunión de lo mejor de ambos (como dice Eatwell). Porque sí supuso la supuesta creación de un hombre nuevo.

15

El fascismo era en parte una respuesta a la crisis del capitalismo (como dicen los

materialistas), pero ofrecía una solución revolucionaria y supuestamente alcanzable. Veremos a continuación que el "núcleo de apoyo" fascista sólo puede entenderse tomando en serio sus aspiraciones a la trascendencia, ya que eran perfectamente genuinas al respecto. También era la parte ideológicamente más poderosa de su atractivo, porque ofrecía una visión plausible y practicable del movimiento hacia una sociedad mejor. La trascendencia era, de hecho, el pilar central del programa electoral del fascismo. En mis trabajos anteriores he argumentado que las ideologías son más poderosas cuando ofrecen visiones plausibles pero trascendentes de un mundo mejor. Combinan lo racional con lo más allá de lo racional.

No obstante, la trascendencia fue el más problemático y el más variable de los cinco términos clave del fascismo. En realidad, nunca se logró. En la práctica, la mayoría de los regímenes fascistas se inclinaron hacia el orden establecido y hacia el capitalismo. Los fascistas carecían de una crítica general del capitalismo (a diferencia de los socialistas), ya que en última instancia carecían de interés por el capitalismo y la clase. La nación y el Estado constituían su centro de gravedad, no la clase. Sólo por eso entraban en conflicto con la izquierda más que con la derecha, ya que los marxistas y los anarquistas, no los conservadores, solían estar comprometidos con el internacionalismo. Pero los fascistas, a diferencia de la izquierda y la derecha políticas, podían ser bastante pragmáticos respecto a las clases, a menos que las consideraran enemigas de la nación. Así, no atacaban al capitalismo en sí, sino sólo a determinados tipos de capitalismo, normalmente el financiero, el extranjero o el judío. En Rumanía y Hungría, donde dominaban estos tipos de capitalistas, esto dio al fascismo un tono claramente proletario. En otros lugares, los movimientos fascistas eran más precapitalistas. Cuando se acercaron al poder, se encontraron con un problema especial. Aunque esperaban subordinar a los capitalistas a sus propios objetivos, como autoritarios creían en los poderes directivos, pero reconocían que ellos mismos carecían de las habilidades tecnocráticas para dirigir la industria. Así pues, llegaron a un compromiso con los capitalistas. Además, los golpes fascistas alemanes y, sobre todo, los italianos contaron con el apoyo de la clase alta. En el poder, Mussolini nunca pareció corregir este sesgo favorable a la clase dominante, aunque Hitler era diferente. Si su régimen hubiera durado mucho más, dudo que la economía del Reich hubiera podido seguir llamándose "capitalista".

Pero en el corto espacio de tiempo que se les concedió, los fascistas tendieron a dar marcha atrás en su proyecto original de trascender el conflicto de clases. Esta "traición" es subrayada por interpretaciones clasistas del fascismo y por otros que dudan de la sinceridad o coherencia de los valores fascistas (por ejemplo, Paxton 1994,1996). Sin embargo, los fascistas no podían simplemente "instalarse" en la traición. Todos los movimientos fascistas seguían divididos entre "radicales" y "oportunistas", lo que imprimía una dinámica irresoluble al movimiento. Una forma de esto se reveló especialmente durante el régimen nazi. Esta dinámica desplazó, en lugar de abandonar, el objetivo de la trascendencia. Trascenderían las luchas étnicas y de clase, pero sólo eliminarían a los enemigos étnicos, ya que era necesario llegar a un compromiso con el enemigo de clase capitalista. Este desplazamiento de los objetivos trascendentes en realidad aumentó la capacidad asesina del fascismo, tanto en Italia como en Alemania,

como mostraré en mi próximo libro.

16

Limpieza. Como los opositores eran considerados "enemigos", había que eliminarlos y limpiar la nación de ellos. Era la agresión fascista en acción. Es angustioso que recientemente nos hayamos familiarizado de nuevo con la "limpieza étnica", aunque la limpieza de enemigos políticos ha sido menos publicitada a finales del siglo XX. Los nacionalistas orgánicos suelen considerar que los enemigos étnicos son los más difíciles de tratar, ya que las identidades políticas pueden cambiarse más fácilmente. Los comunistas pueden ser reprimidos, algunos asesinados, pero si se retractan, la mayoría pueden ser admitidos en la nación. Así pues, la limpieza política suele comenzar de forma asesina, pero se suaviza una vez que el "enemigo" cede y es asimilado por la nación. La limpieza étnica suele intensificarse, ya que al "enemigo" no se le permite asimilarse. La mayoría de los fascismos combinaron la limpieza étnica y la política, aunque en distintos grados. Incluso los supuestos "enemigos" de los nazis aparecían con ropajes político-étnicos mixtos, como en el temido "judeo-bolchevique". Movimientos como el fascismo italiano o el nacionalismo español identificaban a la mayoría de sus enemigos en términos predominantemente políticos. Así, el extremo nazi, más étnico, era más asesino que el italiano.

El paramilitarismo era tanto un valor clave como la forma organizativa clave del fascismo. Se consideraba "popular", que surgía espontáneamente desde abajo, pero también era elitista, ya que supuestamente representaba a la vanguardia de la nación. Brooker (1991) se centra en la camaradería de los movimientos fascistas como su característica definitoria, y ciertamente consideraban su camaradería aguerrida como un ejemplo de la nación orgánica y el hombre nuevo. La violencia era la clave del "radicalismo" del fascismo. Anulaban las formas legales mediante asesinatos. A través de ella, el pueblo lograría la trascendencia de clase, "golpeando cabezas". Su elitismo y jerarquía dominarían entonces el Estado autoritario que haría nacer. En ningún caso un movimiento fascista era un mero "partido". De hecho, los fascistas italianos sólo se organizaron en paramilitares durante muchos años. El fascismo siempre fue uniformado, marchante, armado, peligroso y radicalmente desestabilizador del orden existente.

Lo que distingue esencialmente a los fascistas de las numerosas dictaduras militares y monárquicas del mundo es esta cualidad "ascendente" y violenta de su paramilitarismo. Puede aportar popularidad, tanto electoralmente como entre las élites.

17

Los fascistas siempre describieron su violencia como "defensiva" pero "exitosa": podía arrollar a los enemigos que eran la verdadera fuente de violencia. No todo el mundo les creía, pero muchos sí, y esto aumentó su popularidad, sus votos y su atractivo para las élites. El paramilitarismo les ofrecía así un enfoque distintivo de la democracia electoral y de las élites existentes, a las que en realidad despreciaban. El paramilitarismo debe considerarse siempre entrelazado con otros dos recursos principales del poder fascista: en la lucha electoral y en el debilitamiento de las élites. Fue el paramilitarismo -enjaular a los fascistas, coaccionar a sus oponentes, ganarse el apoyo o el respeto de los transeúntes- lo que permitió a los fascistas hacer mucho más de lo que podían hacer sus meros números. Así pues, el paramilitarismo era violencia, pero siempre era mucho más

que violencia. Desde luego, no confería suficiente violencia efectiva para que los fascistas dieran golpes de Estado si eso significaba enfrentarse al ejército del Estado. El paramilitarismo no era equivalente al poder militar. Sólo si los fascistas podían neutralizar el poder militar apelando a los propios soldados podían producirse golpes fascistas.

Esta combinación de cualidades convirtió obviamente a los fascistas en "revolucionarios", aunque no en términos convencionales de izquierda-derecha. Sería inexacto llamarlos "revolucionarios de derechas", como han hecho algunos. La combinación también significa que los movimientos pueden ser más o menos fascistas. En principio podríamos trazar movimientos fascistas (cada uno obviamente único) en un espacio de cinco dimensiones, aunque confieso que esto está más allá de mis habilidades de representación. También está fuera de mi alcance comparar aquí los movimientos fascistas con los comunistas en estos aspectos, aunque hay algunas similitudes obvias, así como algunas diferencias. Han sido visiones alternativas, aunque fallidas, de la modernidad.

EL ATRACTIVO DEL FASCISMO: TEORÍA DE CLASES

¿A quién atraían estas características clave? ¿Qué tipo de personas se hicieron fascistas y qué querían conseguir con el fascismo? Curiosamente -dado que se trata de movimientos que niegan la importancia de las clases- los teóricos de las clases dominan las respuestas. Ven el fascismo como el producto de un conflicto de clases y de una crisis económica, siendo su principal logro resolver la crisis reprimiendo a la clase obrera. De este modo fue apoyado por otras clases sociales. Ha habido dos variantes, una que ve al fascismo como esencialmente de clase media o media-baja, la otra como esencialmente un aliado o herramienta de la clase capitalista. Renton (2000) las denomina teorías marxistas de "derecha" y de "izquierda", respectivamente. Los marxistas han comprendido la importancia de la violencia y el paramilitarismo en el fascismo. Otto Bauer dijo que el fascismo era "la dictadura de la banda armada". Pero los marxistas tienden a descartar las creencias fascistas, reduciéndolas a su supuesta base socioeconómica. No tienen ningún problema en ver el fascismo como un único tipo genérico. Dado que la clase y el capitalismo son características universales de las sociedades modernas, el fascismo es también una potencialidad universal. Sin embargo, dado que otras estructuras sociales eran igual de universales a principios del siglo XX, también podrían imprimirse en un único fascismo genérico, como sostengo que ocurrió con el Estado-nación y la guerra ciudadana.

18

Cualquiera que escriba sobre las clases medias tiene que enfrentarse en primer lugar a la plétora de etiquetas que se utilizan para referirse a quienes ocupan los puestos intermedios de la jerarquía de clases. Los distintos grupos lingüísticos se enfrentan a ello de forma diferente. Uno incluye a todos los que no son ni proletarios ni de clase alta en un cognado del término "pequeña burguesía". Así ocurre en italiano y español, mientras que el alemán *Mittelstand* ("clase media") puede ser igualmente amplio. Sin embargo,

"pequeña burguesía" no es de uso cotidiano en inglés. Quienes lo emplean sólo se refieren a un subconjunto de los estratos medios: artesanos, pequeños tenderos y pequeños comerciantes, pequeños propietarios independientes que pueden emplear a familiares, pero muy poca mano de obra asalariada. Llamo a este grupo "la pequeña burguesía clásica". Los alemanes suelen llamarlos, junto con los empleados estatales, la "vieja" *Mittelstand*. Aunque a menudo se cree falsamente que la pequeña burguesía clásica es proclive al fascismo, su reducido número no podría haber sostenido un movimiento de masas tan grande. Por ello, la mayoría de las teorías del fascismo sobre la "clase media" o la "pequeña burguesía" han tenido una base más amplia, viendo el fascismo como un movimiento combinado de (en el uso inglés) la "clase media baja" y la "clase media". Esta combinación la etiqueto aquí simplemente como "la clase media", en contradicción con otras dos "clases" ampliamente etiquetadas: la clase obrera y la clase alta. Obviamente, estos términos no son instrumentos de precisión, pero dado que mis capítulos empíricos exploran las clasificaciones ocupacionales con considerable detalle -y demuestran que las clases, *cualquiera que sea su definición*, sólo contribuyen de forma limitada a comprender a los fascistas-, este libro no necesita definiciones de clase más precisas.

Ya en 1923, Salvatorelli sostenía que el fascismo era un fenómeno independiente.

movimiento de burgueses descontentos (lo cito en el capítulo 3) y el dirigente judío de la Comintern Karl Radek etiquetó al fascismo como "el socialismo de la pequeña burguesía". Estas interpretaciones se reforzaron después de la Segunda Guerra Mundial, a medida que se acumulaban las investigaciones que parecían confirmar que los fascistas procedían de forma desproporcionada de grupos no elitistas y no proletarios, y especialmente de la clase media baja (por ejemplo, Lipset 1963: cap. 5; Bracher 1973: 145 K.). 5; Bracher 1973: 145; Kater 1983: 236; Stachura 1983b: 28). La explicación habitual que se ofrecía era económica:

un malestar, un desajuste de la sociedad capitalista... [... desarraigados y amenazados por el cambio social y económico, cuya posición en la sociedad estaba siendo socavada, que habían perdido su lugar tradicional y tenían miedo del futuro. Se trataba, sobre todo, de las clases medias bajas, o más bien de ciertos grupos dentro de ellas: los artesanos y comerciantes independientes, los pequeños agricultores, los empleados públicos de menor categoría y los trabajadores de cuello blanco. (Carsten 1980: 232-3)

Estos teóricos aceptan que algunos fascistas eran anticapitalistas, pero creen que muchos más eran antisocialistas. Bajo el fascismo, el capitalismo sería controlado, pero el socialismo destruido. Porque -se dice- la clase media temía más la amenaza de abajo que la de arriba.

La teoría de la clase media ha adoptado a veces formas aún más amplias. El fascismo se ha visto como el fracaso de toda una "sociedad de clase media" basada en el liberalismo y el capitalismo (Eley 1986: caps. 9 y 10). Es difícil ver un significado preciso en esto. Ni toda una sociedad ni toda una época pueden definirse únicamente en términos de una sola clase. Tampoco fracasaron el liberalismo ni el capitalismo en general. Otros han estirado la teoría vinculando la clase media a otros grupos más

marginales. Carsten (1976) resume una tradición que se remonta a los años veinte, a Togliatti, Tasca, Fromm, Reich y Nolte, identificando la columna vertebral del fascismo con estudiantes, ex soldados, "intelectuales sin trabajo", *desclasados* y el "lumpen proletariado", junto con pequeños comerciantes, artesanos y trabajadores de cuello blanco. Se trata de un grupo variopinto, que tal vez refleje más la aversión del autor por los fascistas que cualquier principio de unidad entre estos grupos. Carsten sugiere que personas tan diversas se hicieron fascistas porque compartían una experiencia de privación económica y de estatus. De hecho, algunos escritores hacen más hincapié en la privación económica que en la identidad de clase media. Zetkin, Thalheimer, Lowenthal, Sauer y Germani consideraban que los desposeídos, los perdedores, los marginales y los desarraigados acudían en masa al fascismo: "una verdadera comunidad en bancarrota", declaró Lowenthal. Cuando estos autores creen que un grupo ocupacional (ya sean soldados, estudiantes, abogados u obreros de la construcción) era especialmente fascista, tienden a atribuirlo a las privaciones económicas, al desempleo o al descenso de los niveles salariales. Curiosamente, la mayoría de las teorías psicológicas sobre el fascismo también se han basado en la clase media. La Escuela de Frankfurt reinterpretó la teoría freudiana para considerar la "represión", la "personalidad autoritaria", la "inseguridad de estatus" y la "irracionalidad" como algo distintivamente "burgués", resultado especialmente de la decadencia de la familia burguesa. Ninguna de estas teorías psicológicas del fascismo está bien apoyada empíricamente (como señala Payne 1995: 454). E incluso si algunos de estos grupos estaban predispuestos al fascismo, puede que no fuera por razones de clase. Los ex oficiales podrían volverse fascistas más por sus valores militares, los estudiantes más por su edad y el clima ideológico de las universidades. La gente no tiene simplemente una única identidad social, conferida por la clase.

20

De hecho, ninguna de estas teorías de la clase media se sostiene hoy en día. Como la mayoría de los movimientos políticos, el fascismo comenzó entre sectores de la clase media. Pero una vez que el fascismo se convirtió en un movimiento político establecido, esto cambió, como muestran los capítulos³ a 8. La mayoría de los fascistas de los movimientos más amplios no eran ni pobres ni de clase media.⁴ Después de 1930, ni los nazis ni sus votantes eran especialmente burgueses o pequeñoburgueses. Recibían apoyo de todas las clases. A los fascistas italianos se les sigue considerando burgueses, aunque los datos son escasos. Sin embargo, las bases húngaras y rumanas eran más proletarias (como ha reconocido recientemente Berend 1998: 342-3). La exhaustiva revisión de Payne acepta la mayor parte de esto, pero aún así intenta salvar algo de la teoría de la

³ Nótese que Eatwell (2001) renuncia al concepto de "renacimiento", que había utilizado anteriormente, tachándolo de "filosóficamente banal". Me ocupo de las concepciones rivales primordial, perenne y moderna de la nación en mi próximo libro, cap. 2.

⁴ Escribo movimientos "grandes" porque los movimientos fascistas solían *comenzar* entre grupos *de* clase media (especialmente estudiantes y oficiales subalternos). A medida que los movimientos fascistas crecían, tendían a ampliar su base. Así, en el noroeste de Europa, donde los movimientos fascistas seguían siendo pequeños, el fascismo seguía siendo desproporcionadamente de clase media. En Francia, donde llegó a ser bastante grande, se amplió a medida que crecía.

clase media. Concluye: "El radicalismo de clase media" sigue siendo "una de las vertientes más importantes del fascismo, pero es inadecuado para proporcionar una teoría general" (1995: 445). Aunque se trata de una conclusión sensata, no nos lleva muy lejos. Si personas de todas las clases se hicieran fascistas, parece poco probable que la conciencia de clase o el conflicto de clases explicaran directamente gran parte del fascismo.

La teoría de la segunda clase considera a los fascistas esencialmente aliados o herramientas de la clase capitalista. En su fase "imperialista" o "monopolista" o de "crisis" a principios del siglo XX, el capitalismo necesitaba un Estado autoritario para preservarse frente al proletariado en ascenso. Aunque esta teoría permitiera a los fascistas cierta "autonomía relativa" "bonapartista" respecto al capitalismo, en última instancia eran responsables ante los capitalistas. Así, Poulantzas definió de hecho el fascismo como un "estado capitalista excepcional", funcionalmente necesario en medio de la crisis para proteger a la clase capitalista del proletariado (1974: 11). Dos crisis supuestamente amenazaban al capitalismo: el auge del socialismo revolucionario después de 1918 (causante de la toma del poder por Italia) y el desempleo masivo y la presión sobre los presupuestos estatales producidos por la Gran Depresión (causantes de la toma del poder por Hitler). Algunos consideran que los capitalistas abrazaron el fascismo pronto y con entusiasmo, pero la mayoría considera que lo hicieron tarde, a regañadientes y con desconfianza.

Esta teoría ha perdido parte de su popularidad a medida que el marxismo ha decaído de forma más general. Pero Hobsbawm la ha respaldado, diciendo que "enfrentada a problemas económicos insolubles y/o a una clase obrera cada vez más revolucionaria, la burguesía tenía ahora que recurrir a la fuerza y a la coerción, es decir, a algo parecido al fascismo" (1994: 136).

Haciendo caso omiso de la expresión peligrosamente funcionalista "tenían que", incluso un vistazo casual a los cinco principales países fascistas revela una gran variación en la medida en que los capitalistas podrían considerar plausiblemente al proletariado como una amenaza peligrosa. Si temían una amenaza inexistente desde abajo, quizá deberíamos entrar en un análisis más psicológico que sociológico. Aunque no lo hago del todo, me pregunto por qué las clases propietarias parecían reaccionar de forma exagerada ante un nivel más bien pequeño de amenaza desde abajo. Mi solución se da en el capítulo final. Empíricamente, aunque el grado de apoyo capitalista a los movimientos fascistas sigue siendo controvertido, ha variado considerablemente entre los distintos países. Al igual que en la teoría de la clase media, las pruebas a veces se completan con pruebas bastante más sólidas del apoyo de grupos sociales adyacentes, en este caso del "antiguo régimen" del periodo anterior: monarcas, aristócratas, altos funcionarios, altos mandos del ejército, iglesias y profesionales superiores. Aunque estas personas también solían ser importantes propietarios, sus motivos para apoyar el fascismo podrían haber derivado de sus necesidades militares, religiosas o del antiguo régimen más que de las capitalistas. La teoría de la clase capitalista se apoya en la tendencia de los líderes fascistas a dar marcha atrás en su pretensión de trascender el conflicto de clases. Si tales "ventas" siempre se produjeran y dominaran la trayectoria posterior del fascismo, entonces el origen social de las bases fascistas sería en gran medida irrelevante: El

fascismo sería, de hecho, el sirviente o títere del capitalismo. A veces lo ha sido, más a menudo no. En general, muestro que la teoría de la clase capitalista -como la teoría de la clase media- explica algo, pero no mucho, del fascismo.

²¹ Algunos han intentado fusionar estas dos teorías de clase. Renton (2000: 101) afirma que aunque el fascismo es en origen "el socialismo de la clase media", en última instancia es reaccionario, antiobrero y partidario del capitalismo. Kitchen también cree que la "base social" del fascismo era de clase media, pero su "función" esencial era capitalista. Dice que "los partidos fascistas eran en gran medida organizaciones de la pequeña burguesía", que constituía "la inmensa mayoría". Sin embargo, su función era operar "en estrecha conjunción con la élite capitalista" (1976: 59, 65). Este enfoque dual permite entender algunas de las dinámicas de los movimientos fascistas: la tensión entre una base pequeñoburguesa "radical" y unos dirigentes más conservadores y oportunistas. El conflicto entre "radicales" como Gregor Strasser y las bases de las SA contra los más conservadores-oportunistas Hitler y Goring, o entre los "radicales" Ras (jefes fascistas locales) y Mussolini, se ve a menudo de esta manera, con los líderes derrotando a los radicales. De nuevo, todo esto tiene algo de verdad.

Pero al centrarse en la "base social" y las "funciones objetivas", la mayoría de los teóricos de clase ignoran obviamente las propias creencias de los fascistas. Contemplan el fascismo "desde fuera", desde una perspectiva que tenía poco sentido para los fascistas, que refutaban las teorías de clase como refutaban todo "materialismo". Los fascistas se centraron en otra cosa. Al principio del capítulo 3 presento una teoría de clase del fascismo italiano (derivada de Salvatorelli), y luego el relato del propio Mussolini de por qué abrazó el fascismo. Parece que discuten cosas muy diferentes. Tal vez otros sabían mejor que Mussolini lo que estaba tramando, o tal vez estaba distorsionando la verdad (de hecho, en parte lo estaba haciendo). Pero la disyuntiva es desconcertante, especialmente para un sociólogo. La mayoría de los sociólogos suscriben la máxima: "Si la gente define las cosas como reales, son reales en sus consecuencias". Si los fascistas creían que perseguían ciertos objetivos, esta creencia tuvo consecuencias en sus acciones y no puede ser simplemente descartada.

²² Existe una última dificultad para un enfoque del fascismo basado en los intereses de clase. Los fascistas estaban motivados por una lucha altamente emocional para limpiar su nación de "enemigos", por lo que se entregaron a una agresión temeraria y a una terrible maldad. Esa agresión y esa maldad no solían beneficiarles materialmente. Los fascistas eran demasiado agresivos para su propio bien, especialmente en su afán de guerra. Tenían un exceso crónico de confianza en lo que el hombre nuevo podía conseguir. Y aunque los intereses materiales impulsaron algunas de las atrocidades contra los judíos y otros "enemigos" (el saqueo era omnipresente), el genocidio es otra cosa. Sólo causó daños materiales a Alemania (y tanto los generales del ejército como los oficiales de las SS encargados de la planificación económica lo sabían). La combinación fascista de moralidad, agresión y asesinato confunde en última instancia las teorías del interés material. Los fascistas se guiaban tanto por valores como por una racionalidad instrumental. Con el tiempo, la primera predominó y los destruyó.

El fracaso de los intérpretes nacionalistas del fascismo a este respecto es otro. A diferencia de los teóricos clasistas, no exploran las bases del fascismo. Se centran en el contenido de su ideología e ignoran su base social. En ocasiones, se limitan a tomar prestada la interpretación clasista. Curiosamente, se dice que valores como el nacionalismo, el racismo o el militarismo son esencialmente "burgueses" o "pequeñoburgueses" (Mosse 1964, 1966; Carsten 1980: 232). No consigo entender por qué estos valores deberían considerarse distintivamente de clase media. A muchos estudiosos no parece gustarles la pequeña burguesía. Quizá sea el trasfondo de clase del que ellos mismos intentan escapar. Incluso algunos teóricos no clasistas parecen obsesionados por la clase. Libros con subtítulos que afirman ser "perfiles sociales" de miembros y votantes nazis resultan ser en un 90% sobre ocupación y clases (por ejemplo, Kater 1983; Manstein 1988) - ¡como si nuestras identidades sociales estuvieran en un 90% conferidas por nuestra clase ocupacional!

Payne (1995) ofrece la revisión más exhaustiva de los antecedentes de los fascistas. Analiza detenidamente sus orígenes de clase. También señala brevemente otras características sociales relevantes, como la juventud y la masculinidad, la preponderancia de los antecedentes militares, la educación superior, la religión y (ocasionalmente) la región. Pero sólo intenta relacionar los datos de clase con las teorías generales del fascismo. El resto se trata como detalles complicados y no se teoriza. Linz (1976) había proporcionado un excelente análisis previo de los antecedentes de los fascistas -sus ocupaciones, sectores, regiones, religiones, edad, género, etc.-. Pero, desconcertantemente (dado que es un sociólogo excelente), no logró encontrar patrones subyacentes a identidades tan aparentemente diversas. Aunque estos estudiosos ven el fascismo como un nacionalismo extremo, no han intentado identificar a los "núcleos nacionalistas". Existe un enorme vacío entre la ideología y la base social. Podemos llenarlo reconociendo las bases de apoyo nacional-estatales y paramilitares, junto con las bases de clase. Las teorías de clase tienen un considerable contenido de verdad. El fascismo se inspiró en gran medida en ideologías y organizaciones de clase, estaba obsesionado con la amenaza del "bolchevismo" y era sensible a los intereses de clase. Kitchen tiene razón: debemos comprender la base social y las funciones del fascismo. Sin embargo, "social" no debe equipararse a "de clase". Examinemos brevemente los entornos sociales en los que resonó el fascismo.

23

LA RESONANCIA SOCIAL DEL FASCISMO

Hasta ahora sólo han aparecido fascistas en gran número en medio de cinco entornos sociales. Empiezo por el más amplio.

El macroperiodo: Crisis de entreguerras de la modernidad europea

El periodo de entreguerras en Europa fue el escenario en el que surgieron la mayoría de los autoproclamados fascistas y los vio en su momento álgido. Mi definición pretende

ser, en primer lugar, "europeo-epocal", por utilizar el término de Eatwell (2001) (cf. Kallis 2000: 96), aplicable principalmente a ese periodo y lugar, aunque quizá con cierta resonancia en otros lugares. El periodo y el continente contenían cuatro crisis principales: las consecuencias de una devastadora guerra "mundial", pero en realidad mayoritariamente europea, entre ejércitos de ciudadanos en masa, un grave conflicto de clases exacerbado por la Gran Depresión, una crisis política derivada de un intento de transición rápida de muchos países hacia un Estado-nación democrático, y un sentimiento cultural de contradicción y decadencia civilizacional. El propio fascismo reconoció la importancia de las cuatro fuentes de poder social al afirmar explícitamente que ofrecía soluciones a las cuatro crisis. Y las cuatro desempeñaron un papel más específico en el debilitamiento de la capacidad de las élites para seguir gobernando a la antigua usanza.

No obstante, es posible que el fascismo tuviera causas diferentes en cada país: aquí generado por la derrota en la guerra, allí por la Gran Depresión. Sin embargo, el fascismo fue más fuerte allí donde encontramos combinaciones distintivas de las cuatro. El problema es de grado: ¿En qué medida contribuyó cada crisis -económica, militar, política e ideológica- al ascenso del fascismo? El problema se analiza más a fondo en el capítulo 2. Estas crisis parecen haber sido causas necesarias del fascismo. Sin ellas, no habría fascismo. Pero ninguna parece haber sido una causa individualmente suficiente. La mayoría de los países afrontaron la crisis sin recurrir al estatismo nacional orgánico, y mucho menos al fascismo. Así que esto nos lleva a un segundo nivel de análisis, y concretamente a la pregunta: ¿Qué lugares dieron estos giros?

24

El macrolugar: Media Europa

En el periodo de entreguerras, como se verá más adelante en el Mapa 2.1, prácticamente toda Europa central, oriental y meridional abrazó una familia de gobiernos autoritarios de derechas, uno de cuyos miembros era el fascismo. Sólo pequeñas minorías del noroeste del continente buscaban ese tipo de gobierno. También hubo movimientos de tendencia fascista en los países económicamente más desarrollados de otros continentes, especialmente Japón, Sudáfrica, Bolivia, Brasil y Argentina. Aquí el fascismo tuvo cierta resonancia, aunque su alcance es objeto de debate (Payne 1995: cap. 10; Larsen 2001). Mi opinión general sobre estos casos no europeos es que ninguno combinaba todos los valores esenciales del fascismo enumerados anteriormente. Japón, por ejemplo, tenía un estatismo nacional muy desarrollado que produjo la teoría económica cuasifascista más sofisticada del mundo (Gao 1997: caps. 2 y 3). Sin embargo, carecía de un movimiento de masas ascendente o paramilitar (véase Brooker 1991 para comparaciones entre Japón y Europa). El militarismo, no el paramilitarismo, dominó lo que muchos llaman el "fascismo" japonés. Por el contrario, Argentina y Brasil generaron movimientos de masas populistas y algo autoritarios con algunas tendencias "radicales" y estatistas, pero carecían de un nacionalismo depurador. Podemos encontrar teóricos en todo el mundo de entreguerras leyendo a Barres, Mussolini, Hitler, etc., adaptándolos a las condiciones locales y llegando después a sus propias doctrinas cuasifascistas. En la

India, por ejemplo, Golwalkar adaptó las teorías raciales de Hitler a su exigencia de un Estado teocrático hindú puro y orgánico. Si al movimiento paramilitar hindú RSS se le añaden estas teorías, la mezcla se acerca bastante al nazismo (Jaffrelot 1996). Pero en la década de 1930 este movimiento era minúsculo, como casi todas las demás milicias y partidos cuasifascistas de la época. Sólo un continente estuvo a punto de ser dominado por el fascismo: Europa.

¿Por qué el estatismo nacional autoritario dominó la mitad de Europa y la democracia liberal la otra mitad? No puede haber sido una crisis general de la sociedad moderna, como la Gran Depresión o los defectos del liberalismo, porque entonces habría afectado a toda Europa, no sólo a la mitad. La diferencia depende fundamentalmente del comportamiento de los conservadores políticos, de los "viejos regímenes" y de las clases propietarias. En este sentido, las clases sociales tienen una gran importancia, aunque de una forma bastante peculiar. En la mitad de Europa, las clases altas se decantaron por regímenes más represivos, creyendo que podían protegerse de la doble amenaza del desorden social y de la izquierda política. Pero no parece haber sido un comportamiento muy "racional". Exageraron enormemente las amenazas y descuidaron los medios más seguros de evitarlas que prevalecían en todo el noroeste. Reaccionaron de forma exagerada, echando mano de la pistola demasiado bruscamente, demasiado pronto. Una de las principales tareas de este libro es explicar este enigma -el comportamiento de una clase que parece un tanto irracional-. Esta explicación es esencial para comprender el entorno macrorregional del estatismo nacional autoritario en el que pudo florecer el fascismo. Pero esto no puede explicar también el surgimiento específico del fascismo, ya que sólo unos pocos países de esta zona generaron realmente un fascismo de masas, y por lo general no lo hicieron por iniciativa de las clases altas.

25

Mesolugares: Los cinco países fascistas

¿Por qué italianos, alemanes, austriacos, húngaros y rumanos abrazaron el fascismo en tan gran número cuando la mayoría de sus vecinos se detuvieron en movimientos más suaves? Es cierto que más tarde surgieron movimientos cuasifascistas bastante grandes en algunas regiones de otros países, como en los Sudetes, Eslovaquia, Ucrania o Croacia. Examinaré estos casos en mi próximo libro. Sin embargo, pocos fascistas surgieron en otros países y regiones. Los fascistas no surgieron sólo en los países económicamente más avanzados o en las Grandes Potencias del centro, este y sur (como se suele argumentar). Este argumento surge de la obsesión por Alemania e Italia. Pero Hungría y Rumanía eran países bastante atrasados y potencias menores, por lo que algunos autores sostienen que es el atraso lo que genera el fascismo (por ejemplo, Berend 1998). Sin embargo, el fascismo tenía un atractivo lo suficientemente amplio -como el socialismo- como para que pudiera interpretarse a la luz de una economía avanzada o atrasada. Para explicar esto, debemos buscar lo que tienen en común estos casos, y esto difícilmente puede ser el nivel de desarrollo. Pero esta respuesta no es suficiente. Incluso en estos países, sólo algunas personas (minorías) se convirtieron en fascistas. ¿Quiénes eran y por qué se hicieron fascistas?

Mesolugares: Núcleos fascistas

¿Qué grupos sociales concretos de estos países se sintieron más atraídos por el fascismo? Dedico muchas páginas a lo largo de varios capítulos a examinar los antecedentes sociales de los líderes, militantes, miembros, compañeros de viaje, co-conspiradores y votantes fascistas, comparándolos (siempre que es posible) con sus homólogos de otros movimientos políticos. ¿Qué edad tenían los fascistas, eran hombres o mujeres, militares o civiles, urbanos o rurales, religiosos o laicos, ganadores o perdedores económicos, y de qué regiones, sectores económicos y clases sociales procedían? He saqueado con gratitud el trabajo de los estudiosos de muchos países para reunir la más amplia colección de datos presentada hasta ahora sobre los fascistas. Estos datos sugieren tres "electorados fascistas" básicos entre los que los valores y organizaciones fascistas identificados anteriormente resonaron con más fuerza, y que por tanto llegaron a organizar movimientos fascistas reales. Por supuesto, los grupos fascistas no se crearon de antemano. Los fascistas tenían que descubrirlos y luego trabajar en ellos, organizando, persuadiendo, sobornando y coaccionando. Algunos fascistas fueron más ágiles que otros. Algunos movimientos fascistas percibieron mal a sus electores, otros tropezaron con ellos casi por accidente (como los nazis tropezaron con el protestantismo alemán). Dado que no todos los movimientos fascistas eran iguales, sus electorados también diferían en cierta medida. Sin embargo, en medio de las variaciones y los accidentes, podemos percibir los siguientes tres patrones generales de apoyo de masas. Este apoyo procedía de los millones de personas que votaban fascista y de los miles que se unían a las organizaciones fascistas. Ambos fueron fundamentales para el éxito fascista, aunque de formas muy diferentes. Por el momento, sin embargo, no voy a distinguirlos

26

(1) *Electores favorables al paramilitarismo.* El núcleo fascista estaba formado en todas partes por dos generaciones sucesivas de hombres jóvenes, que alcanzaron la mayoría de edad entre la Primera Guerra Mundial y finales de la década de 1930. Su juventud e idealismo hicieron que los valores fascistas se proclamaran como distintivamente "modernos" y "morales". Se transmitían especialmente a través de dos instituciones que socializaban a los hombres jóvenes: la educación secundaria y superior, que fomentaba nociones de progreso moral, y las fuerzas armadas, que fomentaban el militarismo. Dado que el llamamiento se dirigía principalmente a los hombres jóvenes, también era claramente machista, fomentando un ethos de violencia fanfarrona y semidisciplinada, que en tiempos de paz animaba al militarismo a mutar en paramilitarismo. El carácter del fascismo fue establecido por jóvenes socializados en instituciones favorables a la violencia moralizadora y, finalmente, al asesinato. Sin embargo, la similitud de valores entre el paramilitarismo y el militarismo siempre dio al fascismo la capacidad de apelar a las propias fuerzas armadas, no hasta el punto de inducir rebeliones militares, pero sí hasta el punto de generar en ellas una simpatía que en su punto más extremo podía inmovilizar al ejército.

(2) *Partidos favorables a la trascendencia.* Por lo general, el fascismo no era ni

particularmente burgués ni particularmente pequeñoburgués. Es cierto que hubo algunos sesgos de clase en Italia y quizá también en Austria. Pero después de 1930 no hubo ninguno en Alemania (si añadimos los paramilitares de las SA y las SS al Partido Nazi). Estos golpes fascistas también recibieron cierto apoyo de las clases altas. Pero los fascistas rumanos y húngaros se reclutaron más en entornos proletarios que burgueses y recibieron menos apoyo de las clases altas. La composición de clase era, pues, compleja y variable. Sin embargo, había tendencias más constantes de *sector económico*. Los fascistas solían proceder de sectores que no estaban en la primera línea de la lucha organizada entre el capital y el trabajo. Era menos probable que fueran trabajadores de entornos urbanos y manufactureros (aunque sí lo eran en torno a Budapest y Bucarest, porque allí la industria formaba más parte del electorado "estatista"). Era menos probable que fueran pequeños o grandes empresarios o sus directivos. Sin embargo, no eran "marginales" ni "desarraigados". Su ubicación social era (para el periodo de entreguerras) relativamente segura. Pero desde su posición ligeramente alejada veían la lucha de clases con desagrado, favoreciendo un movimiento que afirmaba trascender la lucha de clases. Por supuesto, en la mayoría de los casos no se logró la trascendencia, y encontramos tensiones (señaladas por muchos escritores) entre una base fascista más "radical" y una facción dirigente más "oportunista" que buscaba el compromiso con las élites. Del mismo modo, los capitalistas y los viejos regímenes también podrían proporcionar un electorado más oportunista para esa trascendencia viciada. Pero si tomamos en serio las creencias de los fascistas, entonces se deduciría que el fascismo atraería a quienes ven la lucha de clases desde "fuera", declarando "¡una plaga en vuestras dos casas!".

27

(3) *Grupos favorables al estatismo nacional*. Los orígenes de los fascistas parecían bastante heterogéneos. Tendían a haber tenido experiencia militar, tener un alto nivel educativo, trabajar en el sector público o de servicios y proceder de determinados entornos regionales y religiosos. Para muchos observadores, esto ha confirmado que el fascismo era un movimiento de "batiburrillo" (una opinión especialmente extendida sobre los nazis, como veremos en el capítulo 4). Pero había un principio de unidad en medio de estos variados atributos: Los fascistas estaban en el corazón de la nación o del Estado. Algunos emplazamientos "nacional-estatistas" eran similares en todos los países: Soldados y veteranos sobre todo, pero también funcionarios, profesores y trabajadores manuales del sector público eran todos desproporcionadamente fascistas en casi todos los países de fascismo de masas. Otras características variaban según el país. De forma bastante distintiva, el desarrollo industrial en torno a las capitales de Hungría y, sobre todo, Rumanía, contó con la ayuda del Estado, lo que dio a algunos trabajadores del sector privado una orientación más estatista. La religión era importante en casi todas partes, reforzando el estatismo nacional orgánico (excepto en Italia, donde la Iglesia era transnacional). Los evangélicos en Alemania entre 1925 y 1935, los fieles ortodoxos y el clero en Rumanía, y los católicos en el "austrofascismo" se sintieron atraídos por el fascismo, ya que estas religiones eran fundamentales para la identidad del Estado-nación que deseaban. Entre los alemanes, el papel de la religión varió a medida que cambiaba el propio nazismo: los perpetradores del genocidio, a diferencia de los anteriores votantes

nazis, eran desproporcionadamente ex católicos (lo demuestro y trato de explicarlo en mi próximo volumen). En algunos países, los fascistas procedían más de regiones que habían estado en el corazón del Estado o la nación históricos, pero lo más frecuente es que procedieran de territorios fronterizos "amenazados" o de refugiados de "territorios perdidos". Veremos más adelante que todos estos eran electorados distintivos del Estado-nación.

28

Obviamente, no todos los fascistas pertenecían a estas tres circunscripciones centrales, ni todos los habitantes de dichas circunscripciones eran fascistas. Tampoco el fascismo permaneció invariable en sus valores o características. Tampoco eran lo mismo las personas vagamente simpatizantes que tardaban diez minutos en registrar su voto que las élites que maquinaban desde hacía un año un acuerdo con los fascistas. Tampoco eran lo mismo que el miembro o militante fascista que dedicaba enorme tiempo y energía al movimiento -quizás incluso arriesgando la vida. Considerémoslos.

La microjaula: movimientos fascistas

Los "fascistas" no estaban completamente formados en el momento en que entraron en el movimiento. La gente puede inscribirse formalmente en un movimiento y, sin embargo, poseer sólo un conocimiento rudimentario del mismo: simpatía por algunos eslóganes, respeto por un Führer o Duce carismático, o simplemente seguir a los amigos que se han unido. La mayoría de los reclutas se unieron al movimiento jóvenes, solteros, sin formación, con poca experiencia civil adulta. Para ellos, los partidos fascistas y los paramilitares eran agencias de socialización especialmente poderosas. Estos movimientos eran orgullosamente elitistas y autoritarios, consagrando una pronunciada jerarquía de rango y un culto extremo al líder. Había que obedecer órdenes, imponer disciplina. Por encima de todo, imponían una exigencia de activismo. Así, los militantes experimentaron una intensa camaradería emocional. Allí donde el movimiento estaba proscrito, la clandestinidad lo estrechaba. Muchos activistas perdieron sus empleos o fueron a la cárcel o al exilio. Aunque esto disuadió a muchos de los más pusilánimes, entre los que permanecieron activos tales restricciones reforzaron aún más el movimiento.

Lo mismo ocurrió con el paramilitarismo. En algunos movimientos fascistas (como el italiano temprano o el rumano) el paramilitarismo *era* el movimiento; en otros (como el nazi) los paramilitares existían junto a las instituciones del partido. Los paramilitares exigían mucho tiempo, disciplina templada por la camaradería en pos de la violencia de pequeños grupos. Los miembros se sentían sometidos a fuertes presiones que eran simultáneamente coercitivas y placenteras, ya que implicaban penurias y peligros físicos, una disciplina abusiva, una intensa camaradería y una vida social colectiva muy activa que en algunos casos equivalía a una jaula, una "institución total" virtual, en el sentido que Goffman da al término. Obviamente, esto desanimó a algunos y muchos se marcharon. Pero a los que se quedaron, el paramilitarismo les proporcionó una socialización fascista distintiva. Por ejemplo, los nazis austriacos fueron perseguidos por su gobierno entre 1934 y 1938. Muchos huyeron a Alemania, donde en las SS y su

Legión Austriaca se convirtieron en revolucionarios a tiempo completo, "trabajando" juntos, bebiendo juntos en bares nazis, durmiendo juntos en barracones nazis.⁵ Era de esos grupos socialmente enjaulados de donde a los líderes fascistas les gustaba reclutar cuadros "fiables" y "endurecidos" para tareas especialmente asesinas.

29

Se prepararon bien para la violencia. La única experiencia adulta de muchos de los primeros jóvenes reclutas fue la guerra. La primera generación de fascistas, o "del frente", había luchado casi toda en la Primera Guerra Mundial; la segunda generación, o "de casa", sólo había sido escolar durante la guerra, aunque muchos habían anhelado luchar y ahora lo hacían en las numerosas campañas paramilitares de escaramuzas fronterizas que tuvieron lugar en toda Europa inmediatamente después de la guerra. La tercera generación de reclutas sólo recibió de sus mayores recuerdos distorsionados de la guerra, pero se vieron inmersos en la violencia callejera extralegal. Para entonces, los miembros más veteranos podrían estar acostumbrados a la violencia de los "tiempos de paz", y estaban al mando de los nuevos reclutas. Además, la violencia exitosa e impune puede tener un efecto catártico y liberador en los autores. Puede llevarles más allá de la moralidad convencional y llevarles a un comportamiento técnicamente ilegal, más allá de puntos de no retorno, reforzando su sentido colectivo de ser una élite segregada y endurecida, más allá de las normas convencionales de comportamiento. Para estos jóvenes, esto se veía reforzado por dos cualidades más convencionales de las "bandas": la resonancia de la violencia en medio de afirmaciones machistas de masculinidad y el consumo excesivo de alcohol liberador de inhibiciones. Es difícil pensar en los paramilitares fascistas sin la violencia de los bares. Todas estas cualidades hacen que la violencia sea más fácil de repetir, una vez emprendida.

Las carreras dentro del movimiento fascista también ofrecían recompensas materiales y de estatus. A medida que el movimiento se expandía, también lo hacían las perspectivas de ascenso y el poder, las ganancias y el estatus. Pero el ascenso exigía cualidades de carácter que iban más allá del mero oportunismo. Las élites fascistas se llenaron desproporcionadamente de miembros experimentados, "fiables" y "endurecidos". Los fiables con estudios se convirtieron en los "oficiales" del fascismo, los "viejos luchadores" con menos estudios se convirtieron en los "suboficiales". En la mayoría de los niveles, los fascistas experimentados, curtidos y "endurecidos" constituían una élite que daba órdenes, capaz de disciplinar y socializar a los recién llegados para que adoptaran un comportamiento fascista "normal". Los movimientos fascistas tuvieron trayectorias diferentes. Los movimientos más pequeños del noroeste de Europa a menudo surgieron y luego decayeron con bastante rapidez. Cuando sus miembros sufrieron lo peor de las luchas callejeras, muchos decidieron sensatamente abandonar. Pero en los cinco principales países fascistas es imposible entender el éxito de sólo miles de fascistas, en medio de la oposición/indiferencia de millones, sin apreciar la

⁵ La homosexualidad acompañó intermitentemente a esa intensa camaradería masculina, aunque éste sigue siendo un aspecto poco documentado del fascismo. Es bien sabido que los líderes nazis se volvieron enérgicamente contra los homosexuales en la purga de Roehm de 1934. Los registros de personal de las SS a veces señalaban indicios de homosexualidad, lo que implicaba que la organización podía utilizar el sentimiento de vulnerabilidad del miembro para conseguir que emprendiera tareas "duras" (es decir, asesinas).

contribución de su extraordinario y violento activismo.

30

VISIÓN GENERAL DEL LIBRO

El marco conceptual anterior ayuda a explicar los fascismos. Examinó las crisis sociales y las respuestas de las élites, de los miles de personas que se unieron a los movimientos fascistas y de los millones que simpatizaron con ellos. El siguiente capítulo examina las crisis de entreguerras, explicando el macronivel: por qué una mitad de Europa fue receptiva y la otra hostil. Como creo que puedo responder a esta pregunta, no es necesario examinar las variaciones entre los casos hostiles del noroeste de Europa. En su lugar, los siete capítulos siguientes se ocupan de la otra mitad del continente para explicar por qué unos se decantaron más por el fascismo y otros por otros tipos de movimientos autoritarios de derechas. Esta es la base de mi elección de seis países de estudio. En Italia, Alemania (que recibe dos capítulos) y Austria, el fascismo dominó y subió al poder sin ayuda. En dos - Hungría y Rumanía- los fascistas se convirtieron en actores casi iguales en una especie de dialéctica de la muerte dentro de la familia autoritaria. El último país -España- fue el más desgarrado por las luchas entre demócratas y autoritarios e ilumina aquellos casos en los que el fascismo siguió siendo un miembro subordinado de la familia autoritaria. Mi metodología en estos estudios de caso es casi enteramente el análisis secundario de la investigación primaria de otros estudiosos, con los que, por tanto, tengo una enorme deuda de gratitud. Los estudios de casos me permiten desarrollar una explicación más general del ascenso de los fascismos, que se presenta en mi capítulo final.

2

Explicación del auge del autoritarismo y el fascismo de entreguerras

INTRODUCCIÓN: EL AUGE DE LOS ESTADOS-NACIÓN FUERTES

Para explicar el fascismo debemos situarlo en su contexto. Durante tres décadas fue sólo una variante de un ideal político más amplio: el "estatismo-nación autoritario". A su vez, éste era sólo una versión del ideal político dominante de la modernidad, el Estado-nación fuerte. Pero el fascismo sólo dominó en Europa, donde se estableció dentro de un único gran bloque geográfico de regímenes autoritarios. Como en el resto de Europa seguía habiendo democracias liberales, había "dos Europas". El periodo de crecimiento explosivo del fascismo también estuvo marcado por crisis económicas, militares, políticas e ideológicas. Así pues, este capítulo analiza el ascenso de los Estados-nación a través del mapa de Europa, en medio de cuatro crisis sociales.

El poder del Estado tiene dos dimensiones, la infraestructural y la despótica (véase Mann 1988). El poder infraestructural indica la capacidad del Estado para hacer cumplir las normas y leyes mediante infraestructuras eficaces que cubran sus territorios y poblaciones. Un Estado fuerte desde el punto de vista infraestructural puede ser democrático o autoritario. Los Estados Unidos democráticos tienen más poder infraestructural que la Unión Soviética autoritaria. Este tipo de poder es el poder "a través" de las personas, no el poder "sobre" ellas. Pero el poder despótico se refiere a la capacidad de las élites estatales de tomar sus propias decisiones "sobre" sus súbditos/ciudadanos. Prácticamente todos los Estados modernos han llegado a poseer mayores poderes infraestructurales que sus predecesores históricos, mientras que algunos también han ejercido formidables poderes despóticos. La combinación de una cantidad sustancial de ambos poderes es distintiva de los Estados autoritarios del siglo XX, algo que intento explicar aquí. ¿Cómo surgió esta combinación? La respuesta es exagerando los ideales políticos modernos ordinarios.

En el siglo XX, Europa ya contenía "Estados-nación soberanos". Es decir, cada uno de estos Estados reivindicaba la soberanía política sobre determinados territorios, derivando la legitimidad del "pueblo" o "nación" que los habitaba (muchos seguían siendo multiétnicos, por supuesto). Sin embargo, los Estados-nación son jóvenes. Desde los siglos XVI y XVII, los monarcas reivindicaban la soberanía estatal en política exterior, surgían "naciones de clase alta" y las guerras religiosas podían producir "naciones del alma". Pero la masa de la población se convirtió en miembros reales de la "nación" más recientemente. Hasta el siglo XVIII, los Estados hacían más bien poco. Dirigían la

diplomacia y pequeñas guerras exteriores, ejercían la justicia y la represión al más alto nivel. Regulaban formalmente el comercio exterior y poseían monopolios económicos que normalmente subcontractaban a otros. Algunos controlaban el precio del grano para evitar disturbios cerca de la capital. Los Estados sólo penetraban en la vida social fuera de sus capitales y "condados de origen" si estaban respaldados por iglesias establecidas y dóciles. Sin embargo, los estados del siglo XVIII monopolizaron la función de la violencia militar, que ahora se disparó. Alrededor de 1700, los estados absorbían quizá el 5% del PNB en tiempos de paz, el 10% en tiempos de guerra. En 1760, la tasa de extracción en tiempos de guerra había aumentado hasta situarse entre el 15% y el 25%. En 1810, absorbían entre el 25 y el 35 por ciento y reclutaban a cerca del 5 por ciento de la población. Estas tasas (calculadas en Mann 1993: cap. 11) son similares a las de las guerras mundiales del siglo XX y a las tasas más altas del mundo actual, las de Israel y Corea del Norte. Estas comparaciones nos permiten apreciar la magnitud de la transformación del siglo XVIII. De ser bastante insignificantes, los Estados pasaron a ocupar un lugar preponderante en la vida de sus súbditos a través de recaudadores de impuestos y sargentos de reclutamiento. Despertaron a los súbditos de su histórica indiferencia política para exigir derechos representativos. De este modo, la pertenencia a la nación, la "ciudadanía", se convirtió por primera vez en el ideal político moderno.

Sin embargo, incluso en el siglo XIX, pocos veían en los Estados la vía para alcanzar muchos fines sociales importantes. La libertad se veía sobre todo como libertad frente al Estado, no a través de él. Sólo con los jacobinos durante la Revolución Francesa se expresó la idea de que un Estado más fuerte y una concepción más activista de la ciudadanía podrían ser social y moralmente deseables. El jacobinismo fue derrotado, pero la expansión del Estado tomó entonces una vía más subrepticia, impulsada por el desarrollo del capitalismo industrial. Los Estados patrocinaron la construcción de carreteras y canales y se hicieron cargo de la ayuda a los pobres. Francia siguió favoreciendo una mayor coordinación estatal de la actividad económica que Gran Bretaña o Estados Unidos, mientras que en Alemania surgió un desafío al *laissez-faire* a través de las teorías proteccionistas de Friedrich List. A finales de siglo, algunas teorías económicas se habían vuelto un poco más estatistas, y el Estado empezó a coordinar la banca y la inversión industrial. A finales del siglo XIX, el Estado organizó los ferrocarriles, la educación de masas, la sanidad pública y, por último, los primeros programas de bienestar social. Todos ellos fueron crecimientos del poder infraestructural. Dado que todos ellos eran bienes deseables, que debían pagarse con impuestos indeseables, cada vez más población se interesó por el gobierno representativo y por la ciudadanía, es decir, por la reducción de los poderes despóticos.

33

Estas actividades estatales también tuvieron la consecuencia imprevista de consolidar redes de interacción social, "sociedades civiles", sustancialmente delimitadas por los territorios de cada Estado. Esto alimentó un sentimiento implícito de nación, menos una ideología nacionalista que el reconocimiento de que uno vivía realmente en la misma sociedad y bajo el mismo Estado que sus conciudadanos. Pero el nacionalismo explícito también se fortaleció durante el mismo periodo. En los países del noroeste de Europa y en las colonias europeas en las que se había asegurado por primera vez el "gobierno del

pueblo", "el pueblo" se había limitado a los varones propietarios, a los que se reconocían diversos "intereses", como caballeros, comerciantes, fabricantes, artesanos, etc. El cuerpo ciudadano estaba internamente estratificado. El cuerpo de ciudadanos estaba estratificado internamente y existía por encima de las clases inferiores, que tenían algunos pero no todos los derechos de ciudadanía. El pueblo o nación se oponía a los antiguos regímenes reaccionarios, aunque internamente era diverso y no solía ser hostil a otras naciones.

Sin embargo, durante el siglo XIX creció un nacionalismo más agresivo (Mommsen 1990). En cierta medida, creció porque las aspiraciones de un gobierno representativo se vieron dominadas por la noción de que *todo el* pueblo debía gobernar, ya que compartía ciertas virtudes y cualidades necesarias para la ciudadanía. Creció especialmente en las regiones más orientales dominadas por Imperios dinásticos "multiétnicos": Habsburgo, Romanov y Otomano. Los conflictos entre los gobernantes imperiales y la población local se transformaron en conflictos entre supuestas comunidades étnicas/nacionales debido a las demandas de democracia. Las élites locales desprivilegiadas que reclamaban derechos representativos para sí mismas, enfrentadas a presiones desde abajo, intentaron movilizar a "todo" el pueblo contra la etnia imperial y sus clientes étnicos locales. Esto fomentó la aceptación de la noción de Corradini de que "la nación proletaria" podría alzarse contra los opresores. Los croatas, eslovenos y otros podían resentirse de la dominación turca o serbia; los rumanos podían resentirse de los húngaros; los eslovacos podían resentirse de los checos; y casi todo el mundo podía resentirse de los alemanes, rusos y turcos dominantes. Los imperialistas alemanes, rusos y turcos (y más tarde los húngaros) respondieron entonces con sus propios contranacionalismos. Los judíos sufrieron porque eran cosmopolitas y, por tanto, se les consideraba antinacionales. Pero el antisemitismo también estaba entrelazado con otros conflictos nacionalistas: El antisemitismo checo fue impulsado por el sentimiento antialemán, el eslovaco por el antimagiar, mientras que el antisemitismo magiar y austriaco fue impulsado por los anhelos de revisionismo imperial. En todos estos casos, los judíos eran odiados en parte por su supuesta alianza con algún otro enemigo nacional. El nacionalismo, al principio una alianza idealista dirigida internamente contra los gobernantes "feudales", se volvió agresivo por dentro y por fuera contra otras "naciones".

34

Así surgió el ideal del Estado-nación orgánico en contraposición al Estado-nación liberal estratificado (o el "nacionalismo étnico" en contraposición al "nacionalismo cívico"). Consideremos el caso de Austria (analizado por Schmidt-Hartmann en 1988 y tratado con más detalle en mi próximo volumen). En 1882, tres jóvenes políticos austriacos propusieron el "Programa de Linz", que pretendía fundar un nuevo Partido Popular Alemán. El programa combinaba el nacionalismo alemán, el sufragio universal y una legislación social progresista. Denunciaba por igual el liberalismo, el capitalismo del *laissez-faire* y el socialismo marxiano. Los tres hombres declararon que, mientras que los liberales defendían una constitución que consagrara el conflicto de intereses, ellos defendían la "sustancia" de la democracia. Su legitimidad, decían, se basaba en la unidad del pueblo, "el bien de todos", "los intereses del pueblo". El partido proyectado nunca se materializó. Los tres se separaron y fundaron sus propios partidos. Adler se convirtió en líder de los socialdemócratas, Lueger fundó los socialcristianos y Schönerer fundó lo que

se convirtió en el Partido Panalemán: estos fueron los tres partidos de masas de la Austria de entreguerras, que generaron movimientos sociales bastante totalizadores, y dos de ellos generaron movimientos fascistas (que se verán en el capítulo 6).

Estos jóvenes austriacos defendían una concepción *orgánica* del pueblo y del Estado. El pueblo, decían, era uno e indivisible, unido, integral. Por tanto, su Estado no tenía por qué basarse en la institucionalización del conflicto entre intereses contrapuestos. Un movimiento nacional podía representar a *todo el* pueblo, trascendiendo en última instancia cualquier conflicto de intereses entre los grupos sociales que lo componían. El conflicto de clases y los intereses sectoriales no debían comprometerse, sino *trascenderse*. Parecía un buen ideal, pero tenía su lado oscuro (que trataré con más detalle en mi próximo volumen). En todos los Estados había minorías con rasgos culturales propios. Algunas tenían vínculos culturales con otro Estado extranjero, que su propia etnia dominaba y que consideraban su "patria". Los nacionalistas orgánicos miraban con recelo a estas personas. Consideraban que tenían lealtades divididas y que, por tanto, debían ser excluidas de la plena pertenencia a la nación. Así pues, los nacionalistas orgánicos llegaron a creer en (1) un carácter, alma o espíritu nacional perdurable, distinguible del de otras naciones, (2) su derecho a un Estado que lo expresara en última instancia, y (3) su derecho a excluir a las minorías con caracteres diferentes, que sólo debilitarían a la nación.

35

Esta es la conocida historia del "auge y ascenso" de las naciones y los Estados modernos, a la que yo mismo he contribuido (Mann 1986, 1993, especialmente los capítulos 10 y 11). Sin embargo, la expansión de estas redes nacionales de interacción se produjo *paralelamente a la* expansión de las relaciones de poder "transnacionales": el capitalismo industrial y las ideologías que lo acompañan, como el liberalismo y el socialismo, además de las redes culturales más amplias proporcionadas por el sentido europeo/cristiano/"blanco" de la identidad colectiva. La propiedad era en todas partes abrumadoramente "privada". El Estado no intervenía demasiado en la economía, salvo para imponer aranceles a las importaciones con fines de protección económica, coordinar las redes de comunicaciones (especialmente el ferrocarril) y regular la banca. Alrededor de la semiperiferia europea surgieron otras nociones de políticas de "desarrollo tardío" con ayuda estatal, pero no fueron muy importantes antes de 1914. Así pues, gran parte de la vida social quedó fuera de la esfera de competencia del Estado-nación, incluso durante su gran periodo de expansión. Pocos esperaban mucho más del Estado.

Tampoco la mayoría de los políticos. Antes de 1914, la mayoría de los izquierdistas estaban comprometidos con versiones descentralizadas de la democracia y eran ambivalentes respecto al Estado. En la extrema izquierda, el jacobinismo residual se veía superado por una profunda desconfianza hacia todos los Estados existentes y hacia el nacionalismo que los apoyaba. La ideología socialista sólo reconocía clases transnacionales (aunque las prácticas a menudo diferían). El notorio silencio de Marx sobre el Estado posrevolucionario, sus declaraciones simplistas sobre cómo el Estado "se marchitaría" y sobre cómo la clase obrera no tenía nación, fueron ejemplos de la indiferencia de la izquierda hacia el Estado-nación emergente. Los marxistas esperaban barrer los Estados, después de utilizarlos brevemente para cambiar las formas de

propiedad. Los anarcosindicalistas pensaban que era más seguro para la izquierda eludir por completo a los Estados. Es cierto que los izquierdistas querían que el Estado aliviara la pobreza y ampliara la educación gratuita. Sin embargo, el reformismo socialista de antes de la guerra no solía estar liderado por socialistas, sino por liberales de izquierda "burgueses" que se sentían más cómodos en un Estado que les había dado derecho al voto durante mucho tiempo. Así, tendían a ser los "socialistas de la cátedra [del profesor]" alemanes, los "nuevos liberales" británicos, los radicales republicanos franceses y la intelligentsia liberal *zemstvo* rusa, más que la izquierda marxista o sindicalista, quienes esperaban que un Estado ampliado patrocinara el desarrollo económico, cultural y moral. Pero todos ellos consideraban que esto contribuiría a una mayor democracia. Querían una reducción de los poderes despóticos.

Las cosas eran un poco diferentes en la derecha, ya que los nacionalistas extremos habían surgido antes de 1914. Ya instaban a los antiguos regímenes a movilizar a la nación para derrotar a las fuerzas corrosivas del liberalismo y el socialismo. Como subraya Sternhell, muchas ideas fascistas ya circulaban antes de 1914. Pero aunque entusiasaban a algunos intelectuales, habían sido encauzadas por movimientos de masas, desarrollados primero por partidos de izquierda y copiados después por unos pocos partidos nacionalistas. Los viejos regímenes y las iglesias, que seguían controlando la mayoría de los Estados y de los votos, y que seguían mirando con recelo la movilización de masas, los mantenían a raya. La nación, las masas, debían ser habladas por las élites, no activadas. Como subraya Eley (1980), los grupos de presión nacionalistas de derechas empezaban a alarmar a los conservadores alemanes y a desestabilizar la política exterior alemana, pero su papel en la política interior era mucho menor. En Austria se produjeron probablemente los movimientos de masas nacionalistas más desarrollados (Schorske 1981: cap 3). Aunque las funciones del Estado se estaban ampliando, la mayoría de los conservadores veían al Estado como poco más que el preservador del orden y el engrandecimiento del territorio. Al igual que en la izquierda, el Estado no era visto generalmente como "el portador de un proyecto moral" (por repetir la resonante frase de Pérez Díaz). Los nacionalistas empezaban a oprimir a las minorías, mientras que se consideraba deseable un aumento moderado del "poder infraestructural" del Estado. Pero éstos tenían Emisiones definidas y no había un impulso real hacia el aumento del poder despótico del Estado. El despotismo y el autoritarismo se veían generalmente como características de "viejos regímenes" que acabarían marchitándose ante la modernidad. En 1914 pocos podían prever un futuro fascista o incluso autoritario más suave.

36

Si Europa hubiera permanecido en paz, sin duda la expansión estatal habría continuado gradualmente y los Estados habrían adquirido más poderes infraestructurales. El capitalismo industrial habría seguido necesitando la ayuda del Estado. La emancipación de los trabajadores y de las mujeres habría favorecido el desarrollo del Estado del bienestar. De todos modos, habría surgido un "estatismo nacional moderado", modificado por la teoría del "desarrollo tardío" dirigido por el Estado en la semiperiferia. Pero intervino la Gran Guerra. Militarizó el Estado-nación y proporcionó un modelo económico de cómo la intervención y la planificación estatales podían lograr el desarrollo

económico. Proporcionó un modelo "paramilitar" de acción social colectiva, debilitó el conservadurismo tradicional, destruyó los imperios multinacionales que eran los principales rivales del Estado-nación y reforzó el nacionalismo agresivo contra el enemigo. Con la llegada al poder de Lloyd George, Clemenceau y Ludendorff en 1916 llegó la señal de que la guerra iba a ser ahora "total", no dirigida por un antiguo régimen de caballeros, sino por una nación movilizada para el servicio militar y económico. Empresarios, líderes sindicales, funcionarios, generales y políticos trabajaban codo con codo en una única administración coordinada por el Estado. Esto no ocurrió con la misma eficacia en Rusia, Austria-Hungría e Italia, y se achacó a la fortaleza de sus antiguos regímenes (y a la postura "antipatriótica" de sus socialistas). Incluso los estados no combatientes del norte de Europa se vieron obligados por el bloqueo y la guerra submarina a intervenir de forma importante (especialmente para introducir el racionamiento, una ampliación radical de los poderes del estado). En Europa, sólo España y Portugal, países neutrales, continuaron como antes, con sus antiguos regímenes y sus débiles estados todavía legítimos. Sin embargo, la mayoría de los Estados habían sustituido eficazmente a las acciones privadas y de mercado en la consecución de fines colectivos masivos en nombre de la nación. El estatismo moderno había llegado, junto con el nacionalismo moderno.

37

Aunque los aparatos de intervención de los tiempos de guerra se desmantelaron después, el Estado, poderoso desde el punto de vista infraestructural, llegó para quedarse. Se amplió el derecho de sufragio y se esperaba que los gobiernos paliaran el desempleo y la escasez de vivienda de la posguerra. A la ciudadanía política se añadió la ciudadanía social. Entre los tecnócratas, incluidos los economistas, empezaron a circular planes más ambiciosos de reconstrucción social y desarrollo económico. En la izquierda, los socialistas vencen a sus rivales anarcosindicalistas (excepto en la neutral España) y empiezan a considerar que tanto la revolución como la reforma se logran a través de una mayor acción estatal. Las visiones anteriores a la guerra de una democracia que prescindiera en gran medida del Estado parecían obsoletas. En Rusia, la guerra y la guerra civil hicieron de los bolcheviques unos estatistas más ardientes. En otros lugares, el liberalismo mutó en socialdemocracia y el estatismo moderado avanzó sigilosamente.

Pero la mayor parte del drama se produjo en la derecha. Principalmente bajo la bandera de un creciente estatismo, se hizo con el poder en la mitad de la Europa de entreguerras. Su irrupción fue una sorpresa, ya que los acuerdos de paz de 1918 habían estado dominados por los liberales. El presidente Woodrow Wilson había proclamado la llegada de la "revolución democrática mundial". Los delegados de Versalles sustituyeron el Imperio Austrohúngaro y parte de los Imperios Ruso y Otomano por una docena de democracias putativas. Aunque éstas tendían a consagrar el gobierno de una única nación dominante, sus constituciones garantizaban los derechos de las minorías. Algunos liberales y socialistas esperaban incluso que el resto del mundo -colonias y Estados dependientes- siguiera pronto su ejemplo. Parecía inaugurado un nuevo orden mundial de Estados-nación suaves y democráticos.

De hecho, tras las breves turbulencias de la posguerra, Europa parecía encaminarse en esa dirección. A finales de 1920, todos menos uno de sus veintiocho estados tenían

constituciones que consagraban elecciones parlamentarias, partidos políticos en competencia y garantías para las minorías. La mayoría de los sufragios seguían excluyendo a las mujeres (algunos excluían a muchos hombres), algunos ejecutivos tenían poderes que rivalizaban con los legislativos y las prácticas políticas a menudo eran contrarias a las normas constitucionales. Pero la democracia liberal parecía el ideal moderno que se avecinaba. El único caso desviado, la Unión Soviética, pretendía ser más genuinamente democrática. Los augurios para el nacionalismo tolerante no eran tan buenos. Millones de refugiados pertenecientes a minorías huían a sus patrias nacionales bajo la presión de sus antiguos Estados (este tema se aborda en mi próximo volumen). Pero, en general, las grandes potencias creían que el Estado-nación democrático *liberal* era el siglo XX.

38

A finales del siglo XX, tanto en Europa como en Occidente en su conjunto, lo era. El noroeste de Europa ha sido firmemente liberal o socialdemócrata durante muchas décadas, al igual que las instituciones políticas (al principio sólo para blancos) de sus principales ex colonias de colonos. Los regímenes autoritarios del sur de Europa habían desaparecido en 1975. Los regímenes comunistas del Este se derrumbaron repentinamente en 1989-91. A finales del milenio, *todos los* Estados europeos estaban formalmente comprometidos con la democracia multipartidista, aunque algunos regímenes de los antiguos países comunistas tenían credenciales dudosas y en unos pocos afloraban tensiones étnicas. Pero Yugoslavia parece una excepción extraña para la mayoría de los europeos. Aunque la democracia resulta difícil de exportar a otras partes del mundo, domina en Occidente.



Mapa 2.1. Las dos Europas de entreguerras.

Pero entre 1920 y 1945 el Estado-nación democrático liberal retrocedió, maltratado por los autoritarios. En 1938, quince de los veintisiete regímenes parlamentarios de Europa eran dictaduras de derechas, la mayoría de las cuales afirmaban encarnar una única nación orgánica y recortaban los derechos de las minorías. El mapa 2.1 especifica la fecha en que cada uno de ellos dio su principal golpe de Estado. En otros continentes, las cuatro antiguas colonias británicas de mayoría blanca -Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda- tenían democracias sólo para blancos (sólo Nueva Zelanda permitía entonces la libre representación de la mayoría de los no blancos; Sudáfrica y Rodesia también tenían instituciones parlamentarias impecables sólo para blancos). Pero los dos principales estados asiáticos, Japón y China, habían sucumbido al autoritarismo; mientras que en América Latina sólo Uruguay, Colombia y Costa Rica se mantuvieron democráticos de forma consistente, con la mayoría de los regímenes fluctuando. Así pues, en el periodo de entreguerras hubo dos bloques mundiales y europeos bastante igualados, uno liberal-democrático y el otro orgánico-autoritario. Ambos buscaban Estados más fuertes desde el punto de vista infraestructural; sólo que el segundo buscaba también mayores poderes despóticos. El periodo culminó en una guerra total entre ambos. ¿Cómo

se explica el ascenso del autoritarismo de entreguerras sobre la mitad, pero no la totalidad, de la parte relativamente avanzada del mundo y de Europa? Responder a esta pregunta es un paso previo necesario para comprender una segunda cuestión: ¿Por qué surgió el fascismo? El mapa de Europa nos da las primeras pistas.

39

GEOGRAFÍA: LAS DOS EUROPAS

El mapa 2.1, el mapa político de la Europa de entreguerras, revela dos subcontinentes, "dos Europas", una liberal democrática, la otra autoritaria. Las dos Europas eran geográficamente distintas: una ocupaba el noroeste del continente, la otra el centro, el este y el sur. Salvo Checoslovaquia (que recortó ligeramente los derechos de sus minorías alemana y eslovaca), la democracia liberal comprendía un único bloque de once países en todo el noroeste: Finlandia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Islandia, Irlanda, Gran Bretaña, Países Bajos, Bélgica, Suiza y Francia. Casi todas las demás democracias liberales del mundo eran antiguas colonias británicas. Así pues, el bloque democrático liberal comprendía tres zonas socioculturales - "nórdica", "anglosajona" y "de los países bajos"- unidas por una economía de comercio marítimo y similitudes políticas e ideológicas. Habían adoptado el régimen constitucional mucho antes de 1900. El mundo anglosajón hablaba inglés; los países nórdicos (excepto Finlandia) hablaban dialectos mutuamente inteligibles del mismo grupo lingüístico; y en toda la región, excepto en Francia, Bélgica y Checoslovaquia, las élites podían conversar a menudo en inglés.

Aparte de Irlanda, también tenían religiones bastante despolitizadas. Diez de los dieciséis eran de mayoría protestante. Bélgica, Checoslovaquia, Francia e Irlanda eran de mayoría católica, mientras que los Países Bajos y Suiza estaban divididos entre ambas religiones. Incluían todos los países de mayoría protestante de Europa excepto Alemania, Estonia y Letonia. Pero incluían *todos* los países protestantes en los que los vínculos Iglesia-Estado se habían debilitado significativamente en el último siglo. El catolicismo holandés y suizo también era independiente del Estado, mientras que Bélgica, Checoslovaquia y Francia eran países católicos más bien laicos (y la iglesia checa estaba en conflicto con el Vaticano). El noroeste compartía muchas cosas además del Estado-nación democrático liberal, y su cohesión geográfica permitía el flujo de mensajes ideológicos comunes. Como veremos más adelante, su solidaridad cultural iba a importar considerablemente.

40

La mayor parte de la familia orgánico-autoritaria también formaba un único bloque geográfico, aunque estaba formado por dos zonas socioculturales históricas bastante diferenciadas: "Latina/Mediterránea" y "Eslava/Europa Oriental y Central". Sus lenguas eran más diversas y no formaban un bloque comercial. Pero (aparte de la mayor parte de Alemania, Estonia y Letonia) habían permanecido con las dos primeras iglesias cristianas: Comprendían la mayoría de los países católicos y todos los países ortodoxos orientales de Europa. Y comprendían todos los países europeos, excepto Irlanda, que conservaban intensos vínculos Iglesia-Estado. Una vez más, estas solidaridades culturales -y las líneas de fractura cultural dentro de esta zona- resultarán importantes en la generación del

autoritarismo y el fascismo.

Alrededor de esta "divisoria continental" entre las dos Europas podemos incluso detectar una "zona fronteriza", indicada en el mapa. La mayor parte estaba formada por dos grandes países, Francia y Alemania. Eran los países pendulares que podrían haber tomado el camino inverso. Francia podría haberse vuelto autoritaria y Alemania podría haber seguido siendo parlamentaria, ya que ambos fueron escenario de una prolongada lucha entre fuerzas democráticas y autoritarias, como había ocurrido durante el periodo anterior. Los principales teóricos protofascistas de la preguerra (Maurras, Barres, Sorel) eran franceses, y Francia tenía los mayores partidos autoritarios de entreguerras tanto de derechas como de izquierdas del noroeste. A medida que aumentaba el poder de la Alemania nazi, crecía la conciencia de la debilidad francesa y los conservadores empezaron a dividirse sobre las posibles soluciones. Las voces fascistas se hicieron más fuertes. De haberse celebrado las elecciones previstas en 1940 (y en tiempos de paz), el cuasi-fascista PSF podría haber obtenido más de 100 escaños parlamentarios, sugiere Soucy (1991). Posteriormente, el régimen colaboracionista de Vichy contó con un considerable apoyo interno. Por el contrario, la República de Weimar contenía una democracia avanzada que podría haber sobrevivido. Y el resultado final de la lucha en Francia y Alemania también podría explicarse en términos geográficos, ya que sus "núcleos" políticos se encontraban cerca del "otro" bloque geográfico. París e Île de France se encontraban en el norte, mientras que las regiones económicas avanzadas de Francia estaban en su mayoría en el noroeste. Francia estaba tan integrada en la esfera librecambista/democrática/protestante del noroeste británico/Países Bajos como en el sur católico más autoritario. Por el contrario, el núcleo del Estado alemán estaba en Berlín y Prusia, al este del país. La historia alemana se describe a menudo como el secuestro por Prusia de su suroeste liberal y sus puertos norteros de libre comercio.

41

La "zona fronteriza" también está representada en este libro por el país que vivió la lucha más prolongada entre democracia y autoritarismo, España. El capítulo 9 muestra lo duradera y reñida que fue esta lucha. También hay tres países políticamente fronterizos: Finlandia, Checoslovaquia y Austria tuvieron democracias imperfectas antes de 1934. Además, los movimientos autoritarios del noroeste sólo prosperaron en entornos divididos dentro de esta zona fronteriza y adyacentes a ella. En la Checoslovaquia dividida étnicamente, el Partido Alemán de los Sudetes arrolló a la minoría alemana hasta alcanzar el 15 por ciento del voto nacional en 1935; en Eslovaquia, otro 10 por ciento fue para el Partido Hlinka. En Bélgica, dividida lingüísticamente, Christus Rex obtuvo el 11,5% en 1936 (sobre todo entre los francófonos), mientras que el VNV flamenco alcanzó el 7,1%. Pero cuando los líderes rexistas abrazaron el fascismo, sus votos cayeron en 1939 al 4,4%, y cuando el VNV aceptó las subvenciones nazis su apoyo disminuyó. El Movimiento Lapua finlandés/IKL pudo aprovechar la victoria de los derechos en la guerra civil y el irredentismo antisoviético para lograr un 8,3% en 1936, aunque cayó al 6,6% en 1939. En los Países Bajos, divididos religiosamente, el NSB obtuvo un 7,9% en 1935, pero cayó a la insignificancia en 1939 al acercarse a Hitler. Estos movimientos autoritarios no eran tan populares como los del este y el sur, pero tenían cierta importancia.

Sin embargo, los autoritarios situados más al interior del bloque noroccidental recibieron pocos votos. Los fascistas y los correligionarios languidieron, rondando el 2% de los votos en Noruega, el 1,5% en Suiza y bastante menos del 1% en Gran Bretaña, Irlanda, Islandia, Suecia, Dinamarca, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda (Lindstrom 1985: 115; Linz 1976: 89-91; Payne 1980: 126-35; 1995: 290-312). Aunque algunos intelectuales y élites jugaron con ideas autoritarias y fascistas (cité a algunos de ellos en el capítulo 1), y aunque hubo quejas intermitentes sobre la "debilidad" y las divisiones de la democracia parlamentaria, el factor decisivo fue que los conservadores se volvieron populistas pero siguieron siendo democráticos, contentándose con movilizar a las masas en torno a un nacionalismo suave, la religión, la deferencia y una reivindicación de mayor pericia en la gestión de una economía capitalista (Mann 1993). Así, ambos fueron capaces de procesar y comprometer sus conflictos a través de las instituciones democráticas, que se profundizaron gracias a ello.

Sin embargo, los autoritarios prosperaron en el centro, este y sur del continente. En las elecciones libres austriacas, alemanas y españolas alcanzaron cerca del 40% de los votos. En las elecciones medio libres de Europa del Este ganaron de forma convincente. Si los fascistas hubieran tenido más libertad para organizarse, habrían cosechado más votos (como vemos en los capítulos 7 y 8 en Hungría y Rumanía). No podemos decir que los regímenes autoritarios tuvieran un apoyo mayoritario, ya que manipularon los poderes ejecutivos y algunos utilizaron poderes coercitivos durante las elecciones. Pero tenían un atractivo mucho más poderoso que en el noroeste. De hecho, había dos Europas, una firmemente democrática liberal y otra atraída por visiones orgánico-autoritarias del Estado-nación, con una zona fronteriza políticamente dividida y oscilante entre ambas.

42

La fuerza de estos bloques geográficos me hace dudar de tres explicaciones comunes del autoritarismo y el fascismo. Una trata a los países como únicos y ofrece lo que en realidad es una explicación "nacionalista". El poder del Estado-nación ha hecho que muchos estudiosos se centren en un solo país, normalmente el suyo. Favorecen las explicaciones en términos de "peculiaridades nacionales", como el *Sonderweg*, el "camino especial" de Alemania hacia el nazismo. Los historiadores de España hacen hincapié en los recuerdos del glorioso Siglo de Oro, seguido de la decadencia imperial, que dio lugar a una iglesia en ruinas, un cuerpo de oficiales inflado, regionalismos únicos, un sur violento, etcétera. Si supiera leer albanés, sin duda me enteraría de las singulares predisposiciones albanesas al autoritarismo. Es cierto que los factores locales explican *los detalles* de cada resultado nacional. El nazismo fue distintivamente alemán y el franquismo fue español. No puedo imaginarlos en ningún otro país. Sin embargo, el Mapa 2.1 revela poderosos efectos macrorregionales que trascienden las fronteras nacionales. Esto significaba que España podía volverse autoritaria, Albania era probable que lo fuera e Irlanda no. Irlanda tenía una Iglesia católica poderosa y reaccionaria y vivió una auténtica guerra civil en la década de 1920. Sin embargo, Irlanda estaba en el noroeste, heredaba algunas instituciones democráticas británicas y compartía lengua e intercambios de población con la Gran Bretaña democrática y Estados Unidos. Los albaneses no vivían en medio de una civilización democrática; los irlandeses sí. Así, los

ejércitos rivales de la guerra civil irlandesa se convirtieron de hecho en dos partidos electorales rivales - y estos dos siguen dominando las elecciones irlandesas hoy en día. Necesitamos detalles locales -y proliferan en mis capítulos de estudios de casos-, pero también necesitamos un enfoque más macro.

Un segundo enfoque también es implícitamente nacionalista. Divide el continente en Estados-nación y trata cada uno de ellos como un caso único en un análisis comparativo multivariante. Moviliza estadísticas nacionales para probar hipótesis que sugieren, por ejemplo, que el fascismo surgió en países atrasados o en aquellos con universidades en rápida expansión. Más adelante utilizaré dichas estadísticas. Sin embargo, el método está limitado por la geografía bruta que acabamos de vislumbrar. ¿Están todos los países más atrasados o aquellos con universidades en expansión tan agrupados en el mapa? Es casi seguro que no. Lo más probable es que la geografía también proporcione distintas redes de comunicación de contigüidad, de modo que las distintas ideologías se difundan en diferentes grados por las distintas regiones de Europa, con cierta independencia del nivel de desarrollo o de la estructura universitaria.

43

El tercer enfoque es, por tanto, regional, e identifica las culturas macrorregionales - "el Mediterráneo", "Europa del Este", "Europa Central", etc.- como causalmente decisivas. Por ejemplo, este enfoque señala correctamente que el tipo de organicismo centrado en el antisemitismo racista se limitó en gran medida a Europa Central y Oriental, sin penetrar demasiado en el sur. Sin embargo, el autoritarismo en su conjunto se difundió mucho más ampliamente. Ocupó media Europa. No reflejaba "el caso especial de Europa Central", como proclama Newman (1970: 29-34), ni el "desarrollo tardío de Europa Oriental", como sostienen Janos (1989) y Berend (1998: 201,343-5), ni siquiera el "desarrollo parcial o atrasado" en general, como sugiere Gregor (1969: xii- xiv).¹ Aunque todas estas teorías macrorregionales contienen algo de verdad, el fascismo fue más general, aunque también más irregular, que estas teorías regionales. Los cinco principales movimientos fascistas (en Alemania, Austria, Hungría, Rumanía e Italia) estaban dispersos por toda Europa y sus niveles de desarrollo. Necesitamos una explicación más general del autoritarismo y quizá una explicación más particular del fascismo. Primero examino la variable dependiente del tipo de régimen.

TIPOS DE AUTORITARISMO

Nuestro problema explicativo Ues en la derecha política. En toda la "Gran Europa", la Unión Soviética era el único régimen autoritario de izquierdas. Todos los demás regímenes autoritarios se consideraban de derecha política, aunque más adelante veremos que el fascismo sólo lo era ambiguamente. Así que tenían ciertos rasgos comunes. Todos estos regímenes rendían culto al orden y protegían la propiedad privada; todos abrazaban

¹ Gregor se anticipa a la réplica obvia a esto - "¿qué pasa con Alemania?" (desarrollada pero fascista)- con la extraña sugerencia de que las "experiencias traumáticas" de la guerra y sus secuelas hicieron que Alemania "se identificara con los países revolucionarios emergentes".

un estatismo autoritario, rechazando el federalismo, la democracia y sus supuestos "vicios": el conflicto desordenado de clases, la corrupción política y la decadencia moral.² También llegaron a abrazar el nacionalismo orgánico. La nación debe ser "una e indivisible", limpia de subversores de la unidad nacional. Así, los regímenes reprimieron a los socialistas y liberales comprometidos con el internacionalismo, y reprimieron a las minorías étnicas, regionales y religiosas que supuestamente tenían lealtades a otros países. La mayoría de los autoritarios se apoyaron en los poderes militares y policiales del antiguo régimen; los fascistas preferían sus propios paramilitares. Pero una vez rechazado el compromiso pacífico de las diferencias, todos ellos eligieron el camino de la violencia - el poder militar o paramilitar- para resolver los problemas políticos.

Sin embargo, los miembros de la familia eran muy variados (para estudios generales, véanse Polonsky 1975; Payne 1980; Lee 1987 y Berend 1998). Algunos estudiosos los dividen en dos grupos: "fascistas" y un grupo mucho más amplio etiquetado como "conservadores autoritarios" o simplemente "autoritarios" (por ejemplo, Linz 1976; Blinkhorn 1990). Esto es insuficiente. En primer lugar, aunque acepta que con el fascismo llega un cambio de dirección, hacia una combinación distintiva de derechismo con radicalismo, no reconoce que esto llega como la etapa final de un problema más amplio al que se enfrentan los derechistas: la necesidad de hacer frente a la presión política organizada de las masas. El autoritarismo moderno se apartó de los regímenes despóticos del pasado al intentar absorber las presiones de las masas desde abajo que caracterizan toda la política del siglo XX. En segundo lugar, produce un grupo "autoritario" demasiado grande y diverso. El régimen de Franco, a menudo etiquetado de forma anodina como "conservador autoritario", probablemente asesinó a más de 100.000 personas a sangre fría. El régimen de Metaxas en Grecia, con la misma etiqueta, mató quizás a cien.³ En tercer lugar, los regímenes se volvieron más desagradables durante este periodo. Necesitamos más distinciones para hacer frente a las variaciones entre países y a lo largo del tiempo. Distingo cuatro grados ascendentes de autoritarismo dentro de la familia. Por supuesto, dado que se trata de un continuo, cualquier límite entre tipos es un poco arbitrario, y cada tipo incluye regímenes bastante diversos. Recuérdese también que se trata de regímenes, no de movimientos. Como señala Kallis (2000), los regímenes no se limitan a expresar ideologías. También encarnan procesos que él denomina consolidación política, formación de políticas y alcance del cambio buscado. Todo ello implica cuestiones de viabilidad política, así como de ideología (cf. Paxton 1998).⁴

² Algunos fascistas tenían aspiraciones democráticas y deseaban que su partido permitiera la representación de las bases (Linz 1976: 21). El líder debía encarnar la "voluntad general" del movimiento. Pero tales cuasi-demócratas salieron perdiendo dentro de todos los movimientos fascistas.

³ La distinción estaba claramente influida por la política exterior estadounidense de finales de la Guerra Fría, que distinguía entre gobiernos "autoritarios" amigos (algunos de los cuales eran en realidad extremadamente desagradables) y gobiernos comunistas "totalitarios" enemigos (algunos de los cuales eran más suaves que algunos de los "autoritarios"). El criterio decisivo no era en realidad su grado de autoritarismo, sino si el gobierno estadounidense (y las grandes empresas estadounidenses) los definían como capitalistas o comunistas y, por tanto, como amigos o enemigos.

⁴ La distinción de Payne (1980, 1995: 15) entre "derechista conservador", "derechista radical" y "fascista" se parece a la mía, ya que su categoría intermedia agrupa a la mayoría de mis dos tipos intermedios. Sin embargo, él llama "conservadores" a algunos que yo situó en categorías intermedias (por ejemplo, Salazar, Smetona, el rey Carol

Regímenes semiautoritarios

Estos regímenes fueron los más suaves y conservadores. Intentaron mantener los métodos de gobierno de finales del siglo XIX. Eran esencialmente "Estados duales" en los que un poder legislativo elegido y un poder ejecutivo no elegido ejercían poderes considerables, de ahí la etiqueta de "semiautoritarios". La presión desde abajo se desviaba manipulando las elecciones y los parlamentos. El ejecutivo fijaba elecciones, compraba diputados, nombraba gabinetes y reprimía a los "extremistas" con poderes de emergencia. Sin embargo, los parlamentos, los tribunales y la prensa conservaron algunas libertades. Aquí dominaban las monarquías, ayudadas por los tradicionales partidos clientelistas conservadores y liberales. El "estatismo" significaba aquí lealtad al "antiguo régimen" existente. El nacionalismo se mantenía a raya, apenas orgánico. Cuando se eliminaba a los enemigos políticos, se hacía más por intimidación y encarcelamiento que por asesinato, excepto durante el breve periodo de turbulencia revolucionaria de la posguerra. Una vez que los regímenes se sintieron básicamente seguros, no recurrieron demasiado al asesinato y contuvieron las tendencias a los pogromos contra los judíos: los judíos eran demasiado útiles. Aunque algunos manipularon los prejuicios populares contra las minorías, por lo general sólo fueron discriminatorios, sin tratar de expulsarlas. Aunque tenían ejércitos fuertes, la política exterior seguía siendo prudente. Las políticas fiscales y sociales también eran conservadoras y precapitalistas. Se resistían tanto a la modernidad como a la democracia.

Ejemplos de ello son la mayoría de los primeros regímenes de entreguerras: Grecia hasta el golpe de Metaxas, los regímenes rumanos de los años veinte y principios de los treinta, el régimen español de Alfonso XIII hasta 1923, los regímenes del almirante Horthy y el conde Bethlen en Hungría en los años veinte, el gobierno socialcristiano austriaco del canciller Seipel a finales de los años veinte (que subvertía las libertades de forma encubierta), los gobiernos italianos prefascistas de Salandra y Sonnino, los regímenes prenazis de Brüning, von Schleicher y von Papen. La ideología fascista tuvo poca influencia en ellos, y en su mayoría fueron bastante moderados y pragmáticos, en comparación con lo que vino después. Sin embargo, ninguno duró mucho.

Regímenes autoritarios semirreaccionarios

En este caso, el antiguo régimen (centrado en la monarquía, el ejército y la iglesia) hizo frente a la presión popular aumentando el nivel de represión. Derrocó o castró al poder legislativo, poniendo fin al dualismo antes señalado. La represión se alternó con medidas discriminatorias dirigidas contra los izquierdistas, las minorías o los judíos. Estos regímenes seguían temiendo a las masas. No obstante, también realizaban limitados movimientos modernistas, por lo que sólo eran semireaccionarios. Abogaban

por un nacionalismo orgánico, aunque seguían siendo cautelosos a la hora de movilizar al pueblo tras él. La ideología fascista tuvo cierta influencia. Algunos (por ejemplo, Salazar, Pilsudski, Primo de Rivera) cultivaron el unipartidismo, imitando sobre todo a Mussolini, pero el partido estaba controlado desde arriba, y su papel consistía en domesticar a las masas más que en entusiasmarlas. Podían organizarse paramilitares, pero más para desfilas que para luchar, por lo que el ejército conservó su monopolio efectivo sobre los medios de violencia militar. La política exterior se mantuvo prudente, la política económica siguió siendo precapitalista y decididamente desarrollista. Primo y Pilsudski buscaron incluso la reforma social, aunque sus partidarios conservadores se resistieron, lo que provocó la caída de Primo (véase el capítulo 9) y el giro a la derecha de Pilsudski.

Fue el tipo de régimen de entreguerras más extendido. Algunos ejemplos son los gobiernos húngaros del almirante Horthy y otros durante la mayor parte de la década de 1930 (véase el capítulo 7), la "democracia dirigida" del rey Carol en Rumanía a finales de la década de 1930 (capítulo 8), el general Primo de Rivera en España en 1923-30 (aunque también introdujo muchos elementos corporativistas; véase el capítulo 9), el general Pilsudski en Polonia en 1926-35 seguido por otros oficiales hasta 1939, los tres regímenes bálticos basados en el ejército (Smetona en Lituania en 1926-39, Ulmanis en Letonia en 1934-9, y Pats en Estonia en 1934-9),⁵ el rey Zog en Albania en 1928-39, el rey Alejandro y el regente Pablo en Yugoslavia durante la década de 1930, el régimen del rey Boris en Bulgaria a partir de 1935, el gobierno de Metaxas en Grecia en 1936-8, el gobierno de Dolfuss en Austria desde 1932 hasta principios de 1934 (capítulo 6), y el gobierno militar portugués de 1928-32.

46

Regímenes corporativistas

Aproximadamente un tercio de los regímenes se desviaron aún más. Intentaron aumentar el estatismo, movilizar el nacionalismo orgánico e intensificar la búsqueda de chivos expiatorios entre las minorías y los izquierdistas. Y lo que es más importante, empezaron a inspirarse sustancialmente en la organización y la ideología fascistas, a menudo bajo la presión de movimientos fascistas reales. Los préstamos eran más de estatismo "descendente" que de paramilitarismo "ascendente". El "corporativismo" transmite este sentido de organización integrada y jerárquica, aunque no es una etiqueta perfecta, ya que tiende a suavizar las tensiones que aparecen a menudo entre sus dos grupos principales, los autoritarios del antiguo régimen y los nacionalistas más "radicales". Aunque precapitalistas, algunos regímenes corporativistas desarrollaron políticas patriarcales de bienestar e intervinieron en la economía para patrocinar el crecimiento (aunque otros prefirieron el orden y la estabilidad al dinamismo capitalista). El ejército siguió siendo la piedra angular del régimen, conservando la mayor parte del monopolio del poder militar y cediendo sólo un poco al paramilitarismo. La política

⁵ Los Estados bálticos no encajan perfectamente en esta tipología. Puesto que no tenían Estados antes de 1918 ni monarcas después, sus autoritarios no eran estrictamente "reaccionarios". No obstante, los tres llegaron a compartir otros atributos de los regímenes reaccionarios. Pats fue probablemente el más moderado. Su régimen probablemente se situó en la frontera entre el autoritarismo semireaccionario y el reaccionario.

exterior combinaba una retórica nacionalista belicosa con una diplomacia que, en realidad, era más bien cauta.

Algunos ejemplos son los regímenes "fascistas con guión", en los que las tendencias fascistas se ven socavadas por otra tendencia: por ejemplo, el "monarco-fascismo" de Metaxas en Grecia después de 1938, el "clerico-fascismo" o "austrofascismo" de Dolfuss a partir de 1934 (véase el capítulo 6), el "monarco-fascismo" del rey Carol en Rumanía a partir de 1938, seguido entre 1940 y 1944 por el "fascismo militar" del general Antonescu (capítulo 8). También está el régimen francés de Vichy, los gabinetes húngaros de "derecha radical" en la Segunda Guerra Mundial (capítulo 7), la combinación de fascismo y *deus, patria et familia* de Salazar, y la dictadura de Franco hasta principios de los años sesenta. La dictadura de Metaxas fue la más moderada: un movimiento juvenil paramilitar y adornos corporativistas, detenciones masivas pero pocos asesinatos, y poca presión sobre las minorías. Purgó a los monárquicos pero no al propio monarca, y su política exterior se orientó cuidadosamente entre Alemania y Gran Bretaña (Kofas 1983). En otros lugares, el gobierno imperial japonés era de este tipo después de 1931 (aunque también contenía elementos fascistas); Chiang Kai-shek aspiraba a ello pero carecía del poder infraestructural sobre China para ponerlo en práctica.

Por supuesto, se trata de tipos ideales y las distinciones entre regímenes en el mundo real eran a menudo bastante borrosas. Algunas formas parlamentarias se mantuvieron incluso cuando el equilibrio de poder se había inclinado firmemente hacia el ejecutivo, como por ejemplo en Hungría y Rumanía a finales de la década de 1930. De hecho, Hungría no sólo conservó un parlamento. Hasta 1944 éste contaba con diputados socialistas, algo único entre todos los países del Eje. La división entre regímenes corporativistas reaccionarios y orgánicos también fue a veces difusa, al igual que entre estos últimos y el fascismo. Primo de Rivera podría considerarse más corporativista que reaccionario. En los regímenes de Franco y, en menor medida, de Salazar, los fascistas hicieron a menudo el trabajo sucio; mientras que Carol, Antonescu y Horthy descubrieron que partes de sus propios gobiernos habían sido capturadas por fascistas. Aquí hubo una vigorosa rivalidad entre corporativistas y fascistas.

47

Regímenes fascistas

El fascismo supuso una discontinuidad, invirtiendo el flujo de poder al añadir al corporativismo un movimiento de masas "de abajo arriba" centrado en el paramilitarismo y el electoralismo, al tiempo que aumentaba los poderes coercitivos desde arriba. El paramilitarismo floreció en medio de una evidente decadencia de la lealtad y la cohesión de las fuerzas armadas del Estado. El ejército se dividió, y las simpatías fascistas y paramilitares de muchos soldados erosionaron la disciplina, amenazando el monopolio estatal del poder militar. Esto también creó una tensión básica entre el paramilitarismo y el electoralismo "de abajo arriba" y un estatismo "de arriba abajo" centrado en el "principio de liderazgo". Esta tensión impidió que los regímenes fascistas, llegados al poder con ayuda de las élites del antiguo régimen, se conformaran con ser simplemente de extrema derecha, lo que les dio su carácter "radical". De hecho, los líderes fascistas procedían de

todas las partes del espectro político, siendo muchos de ellos antiguos socialistas (como Mussolini, Deat o Mosley). El fascismo adoptó el paramilitarismo en el interior y el militarismo en el exterior. También intervino masivamente en la economía, con definidas teorías fascistas de desarrollo económico. Sin embargo, las relaciones de los fascistas con los conservadores y los capitalistas seguían siendo ambiguas, y cada uno parecía necesitar al otro.

No tenemos muchos casos de regímenes fascistas. Los nazis y los fascistas italianos fueron los dos únicos regímenes que se hicieron con el poder y lo mantuvieron durante algunos años. Aunque Austria tenía proporcionalmente más fascistas que ninguno de los dos, estaban divididos en dos movimientos opuestos y no pudieron hacerse con el poder hasta 1938, a lomos de las tropas de Hitler. Los fascistas húngaros y rumanos contaron con el mismo apoyo, pero también fueron muy perseguidos. Lograron infiltrarse en los regímenes gobernantes y llegaron al poder brevemente en 1944, al final de la guerra. Vemos aquí (como también en el caso de España) la importancia de las relaciones entre fascistas y otros derechistas autoritarios: los golpes fascistas dependían del equilibrio de poder entre ellos.

48

Pero la influencia del fascismo era también mucho más amplia. Los regímenes corporativistas robaban las ideas fascistas para poder reprimir a los fascistas reales y sobrevivir así. Además, en tiempos de guerra, otros nacionalistas orgánicos coquetearon con el fascismo y se unieron a las Potencias del Eje: los hlinkas eslovacos, los ustachas croatas y los nacionalistas de los países bálticos, Bielorrusia y Ucrania. Pero los italianos y los nazis fueron sin duda los más importantes. Sus éxitos influyeron en los demás. La Marcha sobre Roma de Mussolini en 1922 llegó tan pronto que todos los regímenes autoritarios tenían modelos italianos que copiar y adaptar. El poder geopolítico de Hitler arrastró la influencia nazi, aunque no por mucho tiempo. Provocó una guerra mundial que los destruyó a todos. Dado que los regímenes fascistas nunca llegaron a institucionalizarse de forma segura, no sabemos realmente cómo habría sido un fascismo duradero. ¿Habría seguido encarnando el faccionalismo y el zigzaguo del régimen de Mussolini o la radicalización persistente, aunque ligeramente caótica, de Hitler? ¿O habrían surgido estructuras corporativistas/sindicalistas estables? Así pues, al hablar del fascismo, el más extremo de la familia autoritaria, no me refiero tanto a los regímenes reales como a los futuros regímenes previstos por los grandes movimientos fascistas. El problema fascista que intento explicar, por tanto, es cómo surgieron y se hicieron poderosos estos futuros ideales, con el telón de fondo de los regímenes autoritarios distinguidos anteriormente.

Mi tipología genera tres preguntas básicas: ¿Por qué la mitad de Europa

¿Por qué sólo unos pocos movimientos llegaron al fascismo por sus ideales? ¿Por qué sólo unos pocos movimientos llegaron con sus ideales tan lejos como el fascismo? y ¿Por qué sólo dos de ellos consiguieron hacerse con el poder sin ayuda? No son muchos los escritores que distinguen claramente estas tres cuestiones. La mayoría de las explicaciones vinculan las tres a graves crisis sociales que estallaron a principios del siglo XX: ideológica, económica, militar y política. Éstas corresponden a las cuatro fuentes de poder social que he analizado en los dos volúmenes de *Las fuentes del poder social*

(1986, 1993). A continuación veremos que las nociones de crisis general son las que mejor explican el auge autoritario general, las que explican peor el ascenso de los movimientos fascistas y las que explican peor los golpes fascistas.

PODER ECONÓMICO, CRISIS ECONÓMICA

Las relaciones de poder económico derivan de la necesidad humana de extraer, transformar, distribuir y consumir los recursos de la naturaleza para subsistir. Esto genera instituciones económicas y clases sociales que surgen de las relaciones de producción y mercado, que cooperan y a la vez entran en conflicto entre sí. Quienes controlan los medios de producción e intercambio poseen recursos de poder cruciales que les permiten una medida de poder social más general. Sin embargo, los graves conflictos de clase pueden poner en entredicho su poder. La época y el lugar analizados aquí estaban dominados por el modo de producción capitalista en su fase industrial. Por eso discuto el desarrollo y las crisis del capitalismo industrial, sus conflictos de clase y su grado de responsabilidad en el ascenso del autoritarismo y el fascismo.

49

Aunque las relaciones de poder económico siempre han sido importantes en los asuntos humanos, la teoría social de nuestra era materialista a menudo ha parecido obsesionada por ellas. Las explicaciones económicas del fascismo han sido las más populares, y las discuto con la mayor extensión. Las causas a largo plazo del autoritarismo y el fascismo se atribuyen al "atraso" capitalista o al "desarrollo tardío"; las causas a corto plazo, a las recesiones económicas y a las oleadas de conflictos de clase. Se cree que todas ellas han contribuido a socavar la legitimidad de los gobiernos existentes y a aumentar los conflictos hasta el punto en que las soluciones autoritarias parecían plausibles, especialmente para quienes tenían fácil acceso a los medios de coerción. Empezaré por las causas a largo plazo.

(1) *La teoría del desarrollo tardío* sugiere que los países económicamente atrasados fueron atraídos a la política autoritaria por las teorías estatistas del "desarrollo tardío". Una variante del argumento vincula esto al nacionalismo. Los países atrasados se sienten explotados por los desarrollados, por lo que los nacionalistas instan a sus países a "valerse por sí mismos" con políticas económicas que encarnan la autarquía y la protección, lo que también aumentó el estatismo.

Estas teorías exigen que los países autoritarios sean los rezagados económicos, y efectivamente es así. Los estudiosos han movilizado baterías de estadísticas socioeconómicas para demostrar que cuanto mayor es el PNB, la urbanización, la alfabetización, etc., más democrático es el régimen. Las correlaciones entre índices de desarrollo y democracia liberal suelen oscilar entre $r = .60$ y $r = .85$. Al elevar esto al cuadrado, encontramos que el nivel de desarrollo explica entre un tercio y dos tercios de la varianza encontrada en los niveles de democracia liberal, un hallazgo bastante sólido en macrosociología, donde la mayoría de las comparaciones estadísticas entre países contienen un error y un "ruido" considerables (Rueschemeyer, Stephens y Stephens 1992: 13-20; Maravall 1997). Las comparaciones entre los países europeos de entreguerras

llegan a la misma conclusión (Janos 1989; Stephens 1989; Gómez-Navarro 1991). ¿Sirve este argumento también para los dos bloques geográficos de entreguerras identificados anteriormente?

En el cuadro 2.1 he utilizado cuatro índices de desarrollo socioeconómico: El PNB per cápita, la proporción de la población económicamente activa que se dedica a la agricultura, la silvicultura o la pesca, la tasa de mortalidad infantil y el número per cápita de envíos anuales por correo. El PNB per cápita mide el desarrollo económico, mientras que el empleo agrícola mide la falta del mismo. Ninguna de las dos medidas es perfecta, ya que la calidad de los datos y la categorización varían de un país a otro. La mortalidad infantil es una medida más sencilla del bienestar, recogida de forma bastante similar por los gobiernos, aunque se ve muy afectada por los muy pobres (que aportan la mayor parte de la mortalidad).⁶ Los envíos por correo miden la auténtica alfabetización "discursiva", aunque se ve afectada por la urbanización, ya que los habitantes de las ciudades escriben más cartas. Todos estos índices tienen sus particularidades. Lo que importa es su combinación. Los países más desarrollados tienen mayor PNB per cápita y más correo, pero menor empleo agrícola y mortalidad infantil. ¿Son también los países democráticos liberales?

50

Tabla 2.1. *Estadísticas de los países autoritarios y democráticos*

País	Agricultura trabajo fuerza (%) ^a	PNB por cápita ^b	Tasa de mortalidad infantil ^c	Envíos por correo por cápita ^d	Gravedad del desplome (%) ^e	Tasa de desempleo máxima (%) ^f
1. Democrático						
Australia	25.4	567	53	161	13.4	19.1
Bélgica	17.3	1,098	94	179	7.9	19.0
Canadá	36.8	1,203	90	96	30.1	19.3
Checoslovaquia	36.9	586	146	76	18.2	17.4
Dinamarca	35.3	945	81	78	2.9	31.7
Finlandia	64.6	590	84	29	6.5	(6.2) ^g
Francia	35.6	982	97	153	11.0	15.4
Irlanda	52.1	662	68	67	16.7	
Países Bajos	20.6	1,008	52	137	9.1	11.9
Nueva Zelanda	33.4		36	215		(10.2)
Noruega	35.5	1,033	49	55	8.3	11.3
Suecia	36.0	897	59	88	9.2	23.3
Suiza	21.3	1,265	54	161	8.0	(4.7)
REINO UNIDO	6.0	1,038	69	146	8.1	15.6
EE.UU.	22.0	1,658	67	227	29.5	22.9
Media democrata	31.9	967	73	125	12.8	18.8
2. Autoritario						
Austria	29.3	720	120	147	22.5	16.3
Bulgaria	79.8	306	149		8.6	
Estonia	59.0	(95)		51		

⁶ Ya había pocas diferencias entre las tasas de mortalidad urbana y rural (a diferencia del siglo XIX).

Alemania	29.0	770	89	94	16.1	30.1
Grecia	53.7	390	94	20	8.2	
Hungría	53.0	424	177	41	9.4	30.0 ^b
Italia	46.8	517	120	59	6.1	(15.5)
Japón	43.0	(208)	138	60	4.5	(6.8)
Letonia	66.2	(115)		47		
Lituania	76.7	(69)				
Polonia	65.9	350	145	32	22.3	16.7
Portugal	55.0	320	142	23		
Rumanía	77.2	331	184	21	6.2	
España	56.1	445	126	33	20.4	
Yugoslavia	78.1	341	147	35	11.9	
Autoritario medio	57.9	352	159	48	12.4	

^a Porcentaje de la población activa en la agricultura, c. 1930. La cifra checa es de 1930 pero se refiere al territorio de 1945; la cifra portuguesa está corregida; la cifra española es de 1920.

^b 1929 PNB per cápita, expresado en US\$ de 1960. *Fuente:* Bairoch 1976: 297; Mitchell 1993; para Estonia, Letonia y Lituania, de *Latvian Economist*, 1933, estimaciones de la renta nacional, ajustadas al alza en un 15% (estas cifras siguen pareciendo bastante bajas).

^c Tasa de mortalidad infantil por 1.000 en 1928. Nota: la mortalidad en EE.UU. sólo para los bebés negros era de 106. *Fuente:* Mitchell 1993, 1998.

^d Nº de envíos por habitante enviados por correo, c. 1930. *Fuente:* Mitchell 1993, 1998.

^e Caída porcentual máxima y mínima del PIB durante el periodo 1922-35, a precios constantes. *Fuente:* Mitchell 1993, 1995, 1998; Lethbridge 1985: 538, 571, 592. Cifra polaca estimada.

^f Tasa de desempleo anual más alta de entreguerras. *Fuente:* Maddison 1982: 206; Newell y Symons 1988: 70; Toniolo y Piva 1988: 230; Garside 1990: 5; Mitchell 1993, 1995, 1998. Estas cifras son muy poco fiables. Los sistemas de contabilidad nacional más atrasados suelen producir cifras de desempleo muy infravaloradas. Las que considero demasiado bajas las he puesto entre paréntesis.

^g Las cifras entre paréntesis son probablemente poco fiables y demasiado bajas. No se han incluido en los cálculos de las medias.

^h Sólo mano de obra industrial.

51

A grandes rasgos, la tabla responde afirmativamente: Las democracias estaban más desarrolladas por un factor de dos o tres en estos índices.⁷ La mayoría de los países democráticos obtienen mejores resultados que la mayoría de los autoritarios en las cuatro medidas, porque el noroeste del continente estaba mucho más desarrollado que el sureste. Sin embargo, hay algunos casos desviados. Las cuatro estadísticas alemanas y las tres austriacas revelan que eran países desarrollados. Checoslovaquia, Finlandia e Irlanda eran casos económicamente marginales entre las dos Europas, y también algo marginales políticamente. En conjunto, con las grandes excepciones germánicas, se trata de una relación sólida. Independientemente de las matizaciones que haga más adelante, el auge del autoritarismo fue principalmente un problema para los países menos desarrollados de la Europa de entreguerras.

Sin embargo, la tabla muestra que esto no puede ser así del fascismo. De hecho, algunos han argumentado que el fascismo no es importante en países muy atrasados, ya que requiere una economía y una sociedad civil lo suficientemente avanzadas como para permitir una movilización eficaz de las masas. Los países más atrasados, afirman, tuvieron que recurrir a la organización de antiguos regímenes, como la monarquía o el

⁷ No he intentado medir los *grados* de democratización o autoritarismo. Las medidas basadas en elecciones y constituciones no se adaptan bien a las instituciones, a menudo falsas, de los regímenes de entreguerras, mientras que la mayor parte del Este y el Sur no se mantuvieron en una posición a lo largo del continuo.

ejército, por lo que como mucho sólo pudieron alcanzar el corporativismo (Gómez-Navarro 1991). Riley (2002) sostiene que la movilización de masas fascista presuponía una "sociedad civil" más densa, invirtiendo la teoría liberal habitual de la sociedad civil, que considera dicha densidad una condición previa para la democracia. Estos autores sugieren que el fascismo se desarrolló mejor en los países más desarrollados que contenían redes más densas de mercados y asociaciones voluntarias. Sin embargo, la tabla 2.1 muestra que los mayores movimientos fascistas se dieron en *todos los* niveles de desarrollo, incluyendo Austria y Alemania avanzadas, Italia de nivel medio y Rumanía y Hungría atrasadas. El fascismo no parece estar relacionado con el nivel de desarrollo económico.

Las escuelas teóricas de la "modernización" y marxiana afirman ambas que el desarrollo económico *causa* la democratización, con las clases sociales modernas como sus agentes. Basándose en una tradición que se remonta a Aristóteles, teóricos de la modernización como Lipset (1960) y Huntington (1991: 66-8) sostienen que el desarrollo económico amplía el tamaño de la clase media, y esto favorece la democracia. Un escritor marxiano, Barrington Moore (1966), estaba de acuerdo, argumentando que la burguesía (junto con un campesinado libre) había presionado a favor de constituciones liberales en la Europa moderna temprana. Otros escritores marxianos, especialmente Rueschemeyer et al. (1992), han cuestionado esto en tiempos más recientes. Muestran que las clases medias han tendido a seguir más que a liderar la democratización, siendo a veces pro y a veces antidemocráticas. Afirman que la clase obrera fue la principal fuerza a favor de la democracia, siendo los grandes terratenientes agrarios los principales antidemócratas. Así pues, la industrialización capitalista favoreció la democracia al aumentar el tamaño de la clase obrera y reducir el poder de los terratenientes agrarios. Stephens (1989) explica el autoritarismo de entreguerras principalmente en términos de conflicto entre una clase obrera democrática y los capitalistas, especialmente los agrarios, que acabaron recurriendo a la represión autoritaria. Se trata de un argumento banal: Cuanto mayor es el grupo social capaz de movilizarse, más probable es que favorezca la concesión del derecho de voto a un gran número de personas. Primero fue la clase media la que exigió el sufragio, después la clase obrera, lo que provocó que algunos grupos de clase media, con un peso superior al de los demás, dieran marcha atrás en la democracia, como ocurrió durante la Revolución de 1848.

52

Permítanme añadir un punto. Los legados políticos de épocas anteriores pueden modificar el comportamiento de clase posterior. Pensemos en los terratenientes agrarios. En la Europa premoderna eran políticamente decisivos (como dice Barrington Moore), ya que dirigían la sociedad. Pero sólo en regiones atrasadas como Hungría o Andalucía conservaron mucho poder económico en el periodo de entreguerras, después de que la industrialización y la reforma agraria pasaran factura. Los terratenientes agrarios desempeñaron un papel económico menor en la Alemania de Weimar y aún menos en Rumanía. No obstante, los terratenientes conservaron a menudo el control de los ejecutivos estatales, especialmente los cuerpos de oficiales y los ministerios del interior. Esto se debía a que hacía tiempo que los terratenientes habían afianzado su dominio en medio de un "antiguo régimen" más amplio: las monarquías conectadas por lazos de

parentesco, las noblezas terratenientes y las élites de las burocracias, las fuerzas armadas y las iglesias establecidas. Mayer ha subrayado que los viejos regímenes sobrevivieron en el periodo de entreguerras, manteniendo un poder político, militar e ideológico arraigado mientras su poder económico se desvanecía. A continuación veremos que el derechismo autoritario e incluso el fascismo estaban más estrechamente relacionados con las decisiones tomadas por los viejos regímenes que con clases propietarias estrechamente definidas.

Luebbert (1991) destaca otros dos legados importantes del periodo de guerra: el grado en que los partidos políticos liberales ya eran poderosos y el grado en que los trabajadores agrícolas ya estaban movilizados. Señala que las fuertes tradiciones políticas liberales ayudaron a las clases vacilantes a mantener una postura prodemocrática, mientras que su ausencia las empujó hacia el campo autoritario. Y si los trabajadores agrícolas no estaban ya organizados, los intentos socialistas de entreguerras de organizarlos alienaron a los pequeños propietarios campesinos y los desplazaron hacia la derecha (como demostró Heberle 1964 en su estudio clásico de Schleswig-Holstein). Apoyo su primer argumento y modifiqué el segundo.

53

Las clases son constructos teóricos útiles que operacionalizamos con indicadores empíricos. En la investigación histórica, nuestros indicadores suelen ser deficientes. A finales del siglo XIX y principios del XX adquirimos información sobre organizaciones como sindicatos y partidos políticos, además de tendencias brutas de voto. Hasta después de 1945 prácticamente no disponemos de encuestas de opinión o a pie de urna, y ninguno de los autores citados anteriormente ha intentado realizar estudios ecológicos del voto. Sólo presentan patrones brutos de voto y examinan organizaciones que suponen que representan clases: Los partidos socialistas o los sindicatos nos hablan de la clase obrera, los partidos conservadores o las organizaciones patronales de la burguesía o los terratenientes, y así sucesivamente. Sin embargo, equiparar clases con organizaciones concretas es arriesgado. Pocos movimientos sindicales de entreguerras consiguieron reclutar a más de una cuarta parte de los trabajadores manuales, mientras que los partidos conservadores que tuvieron éxito debieron obtener a menudo más votos de los trabajadores que de cualquier otra clase (ya que los trabajadores eran muy numerosos). Hay muchas influencias sociales que pueden ser transversales a la clase, como el sector económico, la región, la religión, el género y la generación. A través del análisis ecológico de las votaciones en los capítulos de mis estudios de caso, vemos que los "guetos proletarios" centrales -las familias obreras que vivían en medio de densos barrios urbanos obreros con industria manufacturera o minería- solían apoyar las visiones izquierdistas de la democracia. Pero la mayoría de los trabajadores de entreguerras vivían y trabajaban en otro tipo de comunidades y se sentían atraídos por visiones liberales o conservadoras de la democracia y también por visiones autoritarias no democráticas y, especialmente, fascistas. Los pequeños campesinos también adoptaron políticas variadas, algunas prodemocráticas y otras anti-democráticas, de acuerdo con complejas circunstancias económicas (no sólo el miedo a sus trabajadores, como sugiere Luebbert) y arrastrados también por sentimientos regionales, étnicos, religiosos y de género. En el periodo de entreguerras, las organizaciones capitalistas (especialmente las capitalistas agrarias)

tendían a ser antidemocráticas, mientras que las socialistas eran relativamente prodemocráticas, pero esto se refiere a las minorías, no a las mayorías.

La teoría de clases también tiene dificultades con el fascismo. Mientras que las otras formas de régimen autoritario estaban dirigidas por conservadores que intentaban movilizar y controlar los movimientos de masas, el fascismo era un movimiento populista y "radical", con un fuerte impulso "de abajo arriba". Las explicaciones de clase tradicionales funcionan mejor para las formas más conservadoras de autoritarismo y peor para el fascismo. No es que la clase social fuera irrelevante para el apoyo fascista. Los fascistas recibieron un apoyo desproporcionado de sectores económicos a los que les gustaba el mensaje de la trascendencia de clase, gente de todas las clases que trabajaba y vivía fuera de los principales focos de grave conflicto de clase de la sociedad moderna.

54

El periodo de entreguerras también fue testigo del auge del estatismo. El gobierno autoritario había adquirido ahora pretensiones plausibles de patrocinar el desarrollo social -por ejemplo, de curar el desempleo- a las que el absolutismo anterior no había aspirado. Esto podría hacerlo más atractivo para los trabajadores. Así pues, los atractivos rivales de la democracia liberal o el autoritarismo han variado a lo largo del tiempo, quizá para grupos considerables de todas las clases, independientemente del nivel de desarrollo. La Europa de entreguerras favoreció claramente el autoritarismo, mientras que la Europa anterior o posterior no lo hizo. Esto significa que las grandes diferencias que revela la Tabla 2.1 pueden haber reflejado parcialmente la asociación *pasada* del desarrollo capitalista con la democracia. Esta posibilidad parece más evidente en términos de la naturaleza cambiante de la clase media, a la que nos hemos referido anteriormente. En el periodo revolucionario francés, el capitalismo estaba muy descentralizado y su desarrollo industrial era principalmente obra de pequeños empresarios. Sus mercados eran relativamente "libres", lo que contribuía también al desarrollo de una política libre. En 1918 había llegado el "capitalismo organizado" (por utilizar el término contemporáneo de Hilferding), y gran parte de la clase media estaba empleada y subordinada dentro de organizaciones autoritarias. Quizá se sintiera menos atraída por la "política libre".

Esto es especulación. Pero las estadísticas muestran que el nivel *absoluto* de desarrollo económico alcanzado en el periodo de entreguerras no puede explicar el auge del autoritarismo. Tomemos los casos de Italia y España. Sus rentas per cápita en torno a 1930 se acercaban al nivel medio de los países que entonces se sumían en el autoritarismo. Ese nivel absoluto sólo se había alcanzado muy recientemente en el mundo: por Estados Unidos y Gran Bretaña en la década de 1850, Bélgica, Países Bajos y Suiza en la década de 1860, Francia y Noruega en la década de 1880, Dinamarca en la década de 1890 y Suecia en la década de 1900 (Bairoch 1976: 286, 297).⁸ Eran los equivalentes económicos de Italia y España en 1930 (aunque, obviamente, sólo en términos económicos brutos). A finales del siglo XIX se había avanzado hacia la

⁸ Tomar las tasas de mortalidad infantil reduciría el rango de comparación histórica. Los países del noroeste mencionados sólo alcanzaron las tasas de España e Italia en 1930 entre 1890 y 1920. Obviamente, sus democracias de partido estaban aún más arraigadas para entonces. Mis otros dos índices darían rangos históricos intermedios (excepto que la fecha comparable para el empleo agrícola en Gran Bretaña se retrasaría hasta la década de 1820, cuando hubo una agitación masiva y exitosa para la extensión del sufragio).

democracia, no hacia el autoritarismo. Sin embargo, ahora Italia y España marchaban en sentido contrario. El mismo nivel de desarrollo económico acompañó a la democratización antes de la Primera Guerra Mundial, pero un auge autoritario después de ella. El problema persiste hoy, pues la mayoría de los países del mundo han alcanzado el nivel de desarrollo económico logrado por Gran Bretaña en la década de 1850 o Dinamarca en la de 1890, y sin embargo sólo unos pocos son auténticamente democráticos. A lo largo del siglo XX, un nivel cada vez más alto de renta per cápita parece "necesario" en cada década para los países que hacen la transición a la democracia (véanse las estadísticas presentadas por Huntington 1991 y Maravall 1997). Otros procesos del desarrollo histórico mundial debieron de bloquear la democracia liberal en el siglo XX. Su economía no resultó especialmente favorable a la democracia, a diferencia de sus guerras, que tendieron a ser ganadas por las democracias.

55

La teoría del "desarrollo tardío" aporta una teoría económica del bloqueo del siglo XX, alegando que los primeros desarrolladores -Gran Bretaña, Bélgica, Países Bajos y Suiza, quizás Francia y Estados Unidos- habían experimentado unas condiciones económicas excepcionalmente favorables para la democracia liberal. Sus economías habían crecido gradualmente, con mercados descentralizados y Estados débiles. Los primeros "desarrolladores tardíos", especialmente Alemania, cultivaron modelos de desarrollo más proteccionistas y estatistas. A medida que el desarrollo económico posterior se hizo más rápido y dislocador, generó más confrontación de clases en medio de Estados más intervencionistas. Los campesinos desplazados por los mercados mundiales y los trabajadores que acudían en masa a fábricas y ciudades mucho más grandes se vieron expuestos a los nuevos virus del socialismo y el anarcosindicalismo. Se enfrentaron a una clase capitalista más centralizada, ayudada por una clase media más dependiente. El conflicto de clases se hizo más desestabilizador. Se enfrentaron dos grandes "campos armados", en palabras del escritor contemporáneo Carl Schmitt (al que nos referiremos extensamente más adelante). Ahora los Estados también intentaban promover el crecimiento económico, viéndose a sí mismos como portadores de un proyecto de desarrollo deseado (Janos 1982; Gómez-Navarro 1991). Presionadas por los proletarios de abajo, las clases burguesas podían apoyarse en un Estado más fuerte. También existía una dimensión internacional, ya que la economía mundial también estaba más estrechamente integrada. Los países tardíos decían ser "naciones proletarias" explotadas por los países avanzados, generando nacionalismo entre las clases bajas y medias. Debido a estas tendencias macroeconómicas, el desarrollo económico tardío podía generar un estatismo nacional extremo en un intento de reprimir a los "enemigos de clase" dentro y fuera del país.

Este argumento parece plausible en la periferia de Europa del Este. Las políticas de desarrollo tardío figuran en el autoritarismo húngaro y rumano, como se detalla en los capítulos 7 y 8. Sin embargo, ni Alemania ni Austria eran ya desarrollistas "tardíos". Sin embargo, ni Alemania ni Austria eran ya desarrollistas "tardíos": Alemania tenía la economía más avanzada de Europa, mientras que Austria, aunque enormemente trastornada por la pérdida de su Imperio, tenía una economía bastante abierta. Lo mismo ocurría con España y Portugal antes de Salazar y Franco. Y aunque estos dos dictadores

casi corporativistas implantaron economías más autárquicas, no lo hicieron con fines de desarrollo económico, sino de control político. De hecho, las economías corporativistas de ambos se estancaron gravemente. Por el contrario, la periferia nórdica democrática se caracterizó por un desarrollo tardío sin mucha intervención estatal (Bairoch 1976). Las tasas nórdicas de crecimiento e industrialización, el tamaño de las fábricas y la fuerza socialista eran ahora superiores a las de casi todos los países autoritarios. Sin embargo, los países nórdicos estaban profundizando sus democracias en el periodo de entreguerras. Las presiones que en el centro, sur y este parecían abrumar a sus frágiles democracias profundizaron la democracia en el noroeste. El desarrollo económico tardío no puede explicar por sí solo el autoritarismo, aunque figuró en algunos lugares.

56

Uno de los problemas es que esta tradición académica se ha centrado en el estatismo, ignorando el nacionalismo. Sin embargo, los movimientos autoritarios -y sus teóricos económicos- movilizaban tanto el nacionalismo como el estatismo. Como ha argumentado Berend (1998), el proteccionismo, la sustitución de importaciones, las devaluaciones encubiertas y similares, que prevalecieron en Europa Central y Oriental en el periodo de entreguerras, no eran sólo economía técnica. También tenían un importante carácter nacionalista y presuponían ciertas creencias nacionalistas. En el este y el sur del continente, las ideologías y los movimientos nacionalistas orgánicos similares estaban cobrando importancia en casi todas partes. Esto era más raro en los países más antiguos del noroeste, incluso en los países nórdicos de desarrollo tardío. Pero era omnipresente en las antiguas tierras de los Habsburgo, los Romanov y los otomanos. Y aquí radica, obviamente, la principal diferencia. La mayoría de los países democráticos del noroeste habían sido Estados independientes durante mucho más tiempo. Cualquiera que fuera la sensación de "explotación" que pudieran tener, ésta no podía basarse en la dominación política extranjera por parte de Estados del tipo de los Habsburgo o los Romanov. Por supuesto, Irlanda y Noruega diferían en este aspecto. Pero tales diferencias y excepciones nos señalan la importancia de las relaciones de poder políticas y geopolíticas, que se analizan más adelante en el capítulo. En contraste con su experiencia política común, los países del este y del sur experimentaron conflictos de clase mucho más diversos, ya que éstos dependían mucho más de la estructura económica particular del país. Además, las tensiones étnicas seguían creciendo a principios del siglo XX, mientras que los conflictos de clase eran más antiguos y estaban más institucionalizados (aunque se desestabilizaron brevemente al final de la Primera Guerra Mundial). Aunque tanto el conflicto de clase como el nacional contribuyeron a generar autoritarismo, a continuación veremos que los conflictos nacionales solían ser más relevantes para los proyectos de los fascistas. Los fascistas alemanes y rumanos compartían más sentimientos nacionales que de clase, como también veremos más adelante. Así pues, el desarrollo económico a largo plazo y sus conflictos concomitantes fueron, en efecto, causas significativas de los principales conflictos políticos del periodo, pero estuvieron mediatizados por el nacionalismo. De ahí que las estrategias de desarrollo más conscientes de sí mismas fueran defendidas con mayor entusiasmo por los fascistas, que combinaban ambas.

Así, el atraso económico relativo puede ayudar más a explicar el autoritarismo, pero las estrategias de desarrollo tardío pueden ayudar más a explicar el fascismo. Aún no

hemos explicado del todo por qué.

(2) *Recesión económica*. El autoritarismo podría ser una respuesta a las fluctuaciones económicas a corto plazo, especialmente a las recesiones. Parece una explicación obvia, pero los datos son equívocos. Las dos últimas columnas de la Tabla 2.1 detallan las caídas máximas del PNB entre dos años cualesquiera entre 1927 y 1935 y la tasa de desempleo más alta registrada. No revelan ninguna diferencia global entre los países democráticos liberales y los autoritarios. Los más afectados por la recesión fueron los democráticos Canadá y Estados Unidos, seguidos por los autoritarios Austria, Polonia y España, luego por los democráticos Checoslovaquia e Irlanda, y por último por la autoritaria Alemania y la democrática Australia. Las tasas de desempleo proporcionan datos menos fiables. Desgraciadamente, no podemos calcular las tasas reales de desempleo de la mayoría de los países más atrasados y autoritarios. Sin embargo, dos de los países fascistas, Alemania y Austria, tenían las tasas más altas, junto con la democrática Dinamarca. Pero éstas no son pruebas convincentes de ninguna relación clara. El problema es que todo Occidente sufrió una recesión, pero sólo la mitad se volvió autoritaria.

57

¿Fueron los golpes de Estado autoritarios precedidos inmediatamente por depresiones? Cinco golpes de Estado durante 1932-34 se produjeron tras el inicio de la Gran Depresión: en Alemania, Austria, Estonia, Letonia y Bulgaria. Es muy probable que la Depresión los precipitara. En los capítulos 4-6 examino con más detalle los casos de Alemania y Austria. Sin embargo, incluso si se confirmara la hipótesis, aún quedarían diez u once países cuyos golpes no fueron una respuesta a la Gran Depresión, además de los dieciséis países del noroeste que no experimentaron golpes en absoluto, pero sí la Depresión. Algunos golpes de Estado en otras épocas también siguieron directamente a una recesión. La recesión italiana de 1918 no se invirtió hasta 1922, el año del golpe fascista. España y Rumanía experimentaron dos grandes auge autoritarios. En España se produjo el golpe de Primo de Rivera en 1926 y el levantamiento militar de 1936. Sin embargo, en España se había producido un modesto auge entre 1922 y 1925, un declive en 1932-3, seguido de una recuperación en 1934 y una estabilización en 1935, resultados un tanto ambiguos. En Rumanía, el rey Carol asumió plenos poderes en 1938, tras seis años de leve crecimiento económico. El principal auge fascista en Hungría se produjo ese mismo año, en medio de una ligera mejora de las condiciones económicas. Polonia, Portugal y Lituania dieron sus principales golpes de estado en 1926, tras varios años de crecimiento económico moderado. Por último, la crisis yugoslava de 1928-9 y la griega de 1935-6 se produjeron tras varios años de crecimiento económico. Se trata de resultados muy dispares, que no apuntan en una única dirección explicativa.

Hubo tres oleadas distintas de autoritarismo, cada una de las cuales incluyó al menos un golpe fascista: a mediados de la década de 1920, durante 1932-1944 y a partir de mediados de la década de 1930. Aunque la segunda oleada se produjo al final de la Gran Depresión e incluyó el golpe fascista más importante -en Alemania-, la primera y la tercera se produjeron principalmente en medio de un crecimiento económico vacilante. Los tres afectaron a países grandes y pequeños y se dispersaron por el centro, este y sur del continente. Por lo tanto, no hubo una relación general entre los ciclos económicos y las oleadas autoritarias en el periodo de entreguerras.

En ninguna parte el crecimiento económico fue muy vibrante en el periodo de entreguerras. Las economías industriales sufrieron quiebras y desempleo masivo, las agrarias sobreproducción, caída de precios y endeudamiento. Las economías deprimidas generaron crisis políticas. Los regímenes se tambaleaban en medio de tales crisis económicas. Pero la cuestión política vital era cómo resolver la crisis económica. La "solución" tradicional había sido hacer poco, ya que los mercados libres se recuperarían espontáneamente. Así, pocos partidos conservadores, liberales o laboristas poseían auténticas políticas macroeconómicas. Sin embargo, ahora se agitaban las políticas "nacional-estadistas". Las políticas keynesianas de gestión de la demanda proponían soluciones ligeramente nacional-estadistas. En general, se impusieron aranceles a las importaciones extranjeras, junto con devaluaciones monetarias para abaratar las exportaciones propias. Esto era nacionalismo económico. A partir de estas políticas, los fascistas desarrollaron su propia economía autárquica. No se trataba de mera economía técnica (como si alguna vez hubiera existido semejante bestia!). La política económica escandinava se convirtió en la más keynesiana y, sin embargo, siguió siendo democrática, mientras que la mayoría de los países, democráticos y autoritarios, aplicaron los aranceles. Hace falta algo más para explicar por qué sólo algunas economías políticas adquirieron un sesgo autoritario. Las dificultades económicas debilitaron los regímenes *de todos los* países de entreguerras. En los países del noroeste los gabinetes y los partidos se dividieron, se formaron y reformaron gobiernos de coalición; en el centro, el sur y el este se produjeron golpes de estado, surgió el autoritarismo y el fascismo de masas. ¿A qué se debe esta diferencia regional? No podemos explicarla únicamente a partir de los resultados de la economía de entreguerras. Aunque las dificultades económicas provocaron crisis y golpes políticos, no parecen haber sido decisivas para producir un resultado autoritario, y menos aún fascista, en lugar de democrático.

Por supuesto, esta discusión puede parecer demasiado estrecha. ¿Por qué esperar que las cifras de comercio o desempleo del año pasado generen el golpe de Estado de este año? Los movimientos políticos tardan unos años en cobrar fuerza. Puede que el aura general de crisis económica del periodo sea lo que más importe a la hora de debilitar regímenes y dar a los autoritarios, incluidos los fascistas, la oportunidad de airear sus soluciones y organizarse. Pero si la crisis económica y las soluciones son lo más importante, las élites políticas y los votantes deberían decirlo, otra tarea para mis capítulos de estudio de casos.

Conflicto de clases. ¿Fueron el autoritarismo y el fascismo el resultado de un creciente conflicto de clases? Las dos teorías de clase que discuto dicen que sí. Los "teóricos de la clase media" sostienen que la clase media fue la más afectada por la crisis económica del periodo y buscó medios violentos para restablecer el equilibrio. Se han presentado pocas pruebas contundentes que respalden este argumento, aunque los periodos de inflación tienden a perjudicar más que otros a la clase media con ingresos y salarios fijos. En algunos países (por ejemplo, Alemania a finales de la década de 1920) esto parece haber sido un factor en el declive del liberalismo burgués. Sin embargo, no está claramente relacionado con el ascenso del fascismo. Tampoco se produjeron muchos golpes de estado tras periodos de aumento de la inflación. Nadie ha demostrado empíricamente que

a los trabajadores les fuera relativamente mejor que a la clase media en los años vitales, aunque a las grandes empresas sí. Una investigación futura más detallada podría lograrlo, aunque mis estudios de casos sugieren más a menudo lo contrario. Y si el fascismo no fuera de clase media, entonces todo el argumento se vendría abajo.

59

Los "teóricos de la clase capitalista" dicen que la crisis económica intensificó el conflicto entre el capital y el trabajo, induciendo al capital a recurrir a la represión. Esto es más plausible. Hoy sospechamos, gracias al conocimiento de todo el siglo XX, que el destino de los movimientos obreros no era destruir el capitalismo, sino reformarlo. Pero esto no estaba tan claro en las décadas de 1920 y 1930. La Revolución Bolchevique tuvo un impacto inmenso, y muchos esperaban nuevas revoluciones en los países avanzados. Grandes movimientos socialistas, comunistas y anarcosindicalistas proclamaron su lealtad a la "revolución". Cuanto más fuerte sea la izquierda, quizá más fuerte sea la reacción autoritaria. ¿Es así? Normalmente, aunque no siempre. En la década de 1930, la Francia liberal y democrática tenía el mayor partido comunista, y la Noruega liberal y democrática, proporcionalmente, el mayor partido socialista de izquierdas. Pero sólo los izquierdistas del centro, este y sur asesinaban a veces a sus enemigos y urdían verdaderos complots revolucionarios. Si nos pusiéramos en la piel de los latifundistas españoles, amenazados por ocupaciones de tierras anarcosindicalistas y socialistas, bombardeos y levantamientos ostensiblemente "revolucionarios", también podríamos echar mano de la pistola.

Sin embargo, si analizamos la violencia de clase más de cerca, las reacciones se vuelven más desconcertantes. Hubo mucha más violencia entre 1917 y 1919 que después, y fue más cometida por la derecha política que por la izquierda. Durante 1917 y 1918 se lanzaron varias insurrecciones contra gobiernos que se derrumbaban bajo las tensiones de la guerra. Algunas tuvieron perspectivas de éxito. Sin embargo, a excepción de la guerra civil en Rusia, la mayoría de los muertos fueron izquierdistas. Hungría tuvo la única otra revolución (de corta duración) "exitosa". Allí, un golpe comunista-socialista dirigido por Bela Kun se hizo con el gobierno y lo mantuvo durante poco más de un año, matando en el proceso entre 350 y 600 civiles (tres cuartas partes de ellos campesinos que se resistían a que el gobierno requisara sus productos). En represalias posteriores, un "Terror Blanco" derechista asesinó a entre 1.000 y 5.000 izquierdistas y encarceló a 60.000 (Rothschild 1974: 153; Janos 1982: 202; Mocsy 1983: 157; Vago 1987: 297). La violencia derechista no fue una mera respuesta a la violencia izquierdista, sino que la superó con creces.

69

Un indicador más rutinario del conflicto de clases y de la "amenaza" izquierdista podría ser la tasa de huelgas o el voto socialista-comunista. La tasa de huelgas se disparó al final de la guerra, pero luego disminuyó antes del principal auge autoritario. Italia fue diferente. Las huelgas italianas alcanzaron su punto álgido en 1919-20, contribuyendo claramente a alimentar el crecimiento del fascismo. Luego disminuyeron mucho, en gran medida debido a la presión fascista. Por tanto, Italia ofrece cierto apoyo a la teoría. Las huelgas austriacas alcanzaron su punto álgido en 1924 y luego disminuyeron de forma bastante continuada, mucho antes de la oleada derechista. Las huelgas alemanas

alcanzaron su punto álgido en 1920, con un pico menor en 1924 y otro aún menor en 1928, pero la tendencia secular se mantuvo a la baja -de nuevo, sin ningún auge autoritario hasta 1932-3-. Las huelgas portuguesas alcanzaron su punto álgido en 1920, aunque hubo un pico menor en 1924, dos años antes del primer golpe militar. Las huelgas polacas alcanzaron su punto álgido en 1922-3, mucho antes de cualquier golpe. Las huelgas estonias volvieron a alcanzar su punto álgido en 1935 (volviendo al nivel de 1921-2), pero tuvieron poco impacto aparente en el golpe del año siguiente. Aquí la principal amenaza izquierdista había llegado en 1924, con una insurrección apoyada por los soviéticos. Su aplastamiento, seguido de la purga de Stalin de sus líderes huidos, eliminó cualquier amenaza "bolchevique" interna para Estonia (Parming 1975). En realidad, las huelgas eran más importantes en las democracias. La gran Huelga General de Gran Bretaña fue en 1926; el pico francés se alcanzó bajo el gobierno del Frente Popular a partir de 1936. El problema es que las huelgas suelen ser una forma bastante institucionalizada de expresar agravios, orientada a extraer concesiones del interior del sistema. Rara vez tienen como objetivo la revolución. Quizá por la misma razón, los niveles de afiliación sindical no guardan correlación con los golpes de Estado de la derecha. Excepto en España, la sindicalización alcanzó su punto álgido en 1918-21 y luego descendió. Lo mismo ocurre con el voto comunista/socialista. Éste sufrió un declive bastante generalizado desde mediados de la década de 1920 (aunque el voto socialista austriaco se mantuvo hasta el final y el voto izquierdista alemán no declinó mucho y parte de él pasó del socialismo al comunismo en 1932 y 1933). La unionización y el voto izquierdista en Europa del Este fueron demasiado bajos para explicar gran cosa. Había poca amenaza en el este por parte de la izquierda. Así pues, la fuerza de la izquierda podría parecer relevante sólo para los primeros golpes de Estado, y especialmente para el golpe fascista en Italia. Los trabajadores no eran lo suficientemente amenazadores como para provocar una reacción derechista en muchos lugares.

Por último, tenemos una medida decisiva de la fuerza de la izquierda y la derecha: su capacidad para hacerse con el poder. Durante 1917-20, la izquierda podía preocupar razonablemente a los conservadores: Los revolucionarios rusos y húngaros tomaron el poder, y hubo levantamientos dispersos en otros lugares. Pero después de 1920 los resultados son diferentes: golpes de Estado de la derecha en dieciséis países y ni uno solo de la izquierda. Lo más cerca que estuvieron los izquierdistas del éxito fue probablemente en 1934, cuando los izquierdistas españoles tomaron parte de la región de Asturias, aunque no su capital, y resistieron sólo dos semanas (véase el capítulo 9). Si comunistas, socialistas y anarquistas constituyeran una amenaza tan seria, cabría esperar al menos *un* éxito, de un mes más o menos. La mayoría de los golpes derechistas se produjeron en la década de 1930, simplemente demasiado *tarde* para ser una respuesta realista a la amenaza de la extrema izquierda, que entonces se desvanecía rápidamente en casi toda Europa (como también ha señalado Eley 1983: 79). Por supuesto, algunos sustos rojos podrían haber sido estrategias tácticas. ¿Creía Hitler más en la "amenaza bolchevique" o en su utilidad electoral? Mussolini sólo fingía creer en una "amenaza comunista" (véase el capítulo 3). Metaxas utilizó la "amenaza comunista" como pretexto para su golpe de Estado en Grecia. Pero el partido comunista griego era pequeño y estaba dividido, y la

embajada británica informó a su país de que la afirmación de Metaxas era una cortina de humo para un golpe que en realidad era el resultado de la lucha entre facciones de la derecha (Kofas 1983: 31-50, 129-45). Pero alguien debía estar asustado de un "peligro rojo", de lo contrario Mussolini y Metaxas no se habrían molestado en intentar asustarlos. No está claro por qué, por motivos racionales, lo estarían.

61

También se podría argumentar que los autoritarios pudieron golpear precisamente *debido* a la debilidad de la izquierda. Pero si la izquierda era débil, ¿por qué iba a molestar a la derecha? ¿Por qué los intereses de clase iban a dictar que el centro, el este y el sur siguieran avanzando hacia regímenes más extremos en lugar de quedarse con los semiautoritarios o reaccionarios? Quizá no deberíamos subestimar el papel que la pura venganza puede desempeñar en los conflictos humanos. Si en el pasado la izquierda había atemorizado gravemente a las clases altas, éstas podrían disfrutar de la oportunidad de aplastarlas cruelmente más tarde, cuando el miedo hubiera desaparecido realmente. Pero sigue planteándose una pregunta. ¿Por qué deberían las clases altas y medias aumentar el nivel de represión, abolir los parlamentos y las libertades civiles y movilizar a los partidos de masas -y aún menos llamar a peligrosos fascistas- si se dispone de formas más suaves, probadas y comprobadas, a menor coste y riesgo? De hecho, la mejor solución a la lucha de clases era visible en el noroeste. Sus sindicatos, partidos socialistas y huelgas eran mayores que en la mayor parte del centro, este y sur, pero estaban implicados en el compromiso de clase, planteando poca amenaza a las relaciones de propiedad capitalistas. Todos sus partidos socialistas llegaron al poder por primera vez como gobiernos minoritarios o en coalición con partidos de centro, un escenario perfecto para aprender las artes del compromiso. El olvido de toda esta experiencia por parte del centro, el este y el sur parece desconcertante.

No obstante, la actividad obrera fue a menudo calificada perversamente por los conservadores de "insurreccional" o "revolucionaria". Estaban exagerando, temiendo revoluciones que no existían, sacando la pistola demasiado pronto, como sugiere Mayer (1981). La mayoría de los llamados bolcheviques en Alemania denunciados por Hitler eran en realidad socialdemócratas respetables, que gobernaron con moderación la provincia más grande, Prusia, durante más de una década. En Europa del Este, la fuerza real de los socialistas (y el interés mostrado por Stalin en ayudarles) fue lamentable en comparación con la histeria antimarxista de la derecha. Algunos teóricos de la clase lo reconocen. Corner (1975: 83) dice de la burguesía italiana: "Convencidos de que la revolución social estaba en camino, se volvieron incapaces de distinguir entre la situación real y la imaginada". Si es así, necesitamos una explicación que vaya más allá del interés de clase "objetivo". Explicar esa histérica reacción exagerada de clase es uno de los principales enigmas del periodo.

62

Algunos llegan a la conclusión de que el autoritarismo, especialmente el fascismo, tenía una veta irracional. Frente a la solución final nazi, esto es tentador. Pero yo prefiero no separar tan claramente lo racional de lo irracional, porque el cálculo humano "racional" siempre viene entrelazado con la ideología. El problema al que se enfrentó la burguesía también ha acosado a la teoría social. Todavía no tenemos una buena explicación de la

ferocidad de la lucha de clases. El propio Marx tiene parte de culpa. Economista en última instancia, más que sociólogo, su obra maestra, *El Capital*, no está repleta de análisis del conflicto de clases, sino de cálculos económicos racionales de pérdidas y ganancias, de las partes del excedente que van al capital y al trabajo, etc. Marx parece haber compartido la ilusión común de que la burguesía no es la única clase social. Marx parece haber compartido la ilusión común de que el capitalismo está impulsado por la búsqueda racional del beneficio, aunque creía que en última instancia no era racional para la humanidad en su conjunto.

Esto plantea dos problemas. En primer lugar, gran parte del comportamiento analizado en este libro es difícil de entender con este criterio puramente instrumental. Consideremos, por ejemplo, a los capitalistas españoles entre 1939 y finales de la década de 1960, fieles partidarios del general Franco y que dirigían una economía estancada e ineficiente, que producía pocos beneficios. ¿Por qué ayudaron al general Franco a llegar al poder y luego le apoyaron lealmente? Habrían estado mucho mejor con la Segunda República (como lo están ahora con la tercera). Parecían movidos por un motivo capitalista más básico -o más bien un motivo compartido por todas las clases poseedoras de la historia- mantener su propiedad y sus privilegios. Al diablo con el beneficio, si la propiedad misma parece amenazada. El beneficio es inherentemente cuantitativo, divisible y transigible, y de hecho la cooperación entre las clases suele aumentar los beneficios. Sin embargo, los derechos de propiedad son finitos y de suma cero. Si cedo derechos sobre mi propiedad, los pierdo. La resistencia a la pérdida potencial de propiedad será mucho más intensa y emocional que la resistencia a la pérdida potencial de beneficios. Podemos encontrar una solución de compromiso para compartir los beneficios, pero lucharemos hasta la muerte para proteger nuestra propiedad. Los marxistas harían mejor si no se tomaran tan en serio la economía burguesa. En este libro es menos el beneficio que la defensa de la propiedad lo que domina las motivaciones de la clase capitalista.

63

Sin embargo, ninguno de estos motivos se presenta por sí solo, como un cálculo racional desvinculado de la ideología. La búsqueda del beneficio individual va acompañada de una teoría de la economía eficiente y de una moral de la libertad individual y la racionalidad. Estas teorías y esta moral no son estáticas y han cambiado a lo largo de nuestro siglo. Pero en el siglo XIX y principios del XX solían ir acompañadas de dos nociones: que la organización colectiva atentaba contra la libertad y que sólo el hombre culto y refinado (es decir, no la mujer) era capaz de ese cálculo racional. Así, los capitalistas odiaban los sindicatos por considerarlos una violación de sus libertades fundamentales y un bloqueo irracional de una economía eficiente. También creían que los sindicatos reducirían sus beneficios, pero a menudo ésta no era la fuerza motriz de su resistencia, ya que la creencia era incorrecta y se demostró que lo era allí donde los sindicatos fueron reconocidos como legítimos. Sin embargo, ésta no es la principal fuente de odio y resistencia capitalista en los países aquí estudiados. Predominó en Estados Unidos, no en Alemania, inspirando la persecución más feroz y maligna de los sindicatos de cualquier país de principios de siglo (véase Mann 1993: 638-59). Todavía no ha muerto en Estados Unidos, inspirando un auténtico odio a los "rojos" que supuestamente

acechan en cualquier organización de centro-izquierda.

63

Pero fue el sustrato ideológico del segundo motivo, la defensa de los derechos de propiedad, lo que más importó en el ascenso de los regímenes autoritarios. Porque la propiedad estaba asociada en la ideología de la época a dos valores sociales deseables fundamentales: el orden y la seguridad. La tríada propiedad, orden y seguridad, divinamente ordenada, era el alma ideológica del antiguo régimen. El nuevo autoritarismo empezó a hacer más hincapié en la parte de orden y seguridad de la fórmula, y el fascismo lo llevó aún más lejos. Ahora había dos amenazas alternativas que supuestamente habían traído la izquierda moderna y la revolución bolchevique. Una era la amenaza tradicional para la clase alta de ver confiscados sus bienes y privilegios. La segunda era la amenaza para todas las clases, no de una revolución "exitosa", sino de desorden, de un conflicto de clases sin fin. La primera era una amenaza fundamental en la yugular de la clase capitalista, pero la segunda era una amenaza para el propio orden civilizado, que amenazaba la seguridad de todos. El odio genuino y la malignidad pueden ser el resultado de la percepción de tales enemigos amenazadores.

Aún no he resuelto el problema de la "sobrerreacción histérica". He sugerido que algunos sentimientos humanos bastante básicos de miedo, odio y violencia podrían invocarse a nivel de clase en el periodo inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial. Pero, ¿por qué no se disiparon entonces a medida que la amenaza objetiva remitía? Quizás se debiera a otros sentimientos humanos básicos, no perdonar sino patear a nuestro enemigo cuando está en el suelo, especialmente después de que nos haya asustado. Pero también puede deberse al papel que desempeña la ideología a la hora de definir los "intereses" de forma más amplia de lo que sugiere la teoría de la elección racional. Si la propiedad se equipara con el orden y la seguridad, entonces éstos -tal vez en forma de creciente militarismo o paramilitarismo- podrían convertirse en valores positivos para las clases que temen una amenaza a la propiedad. Y si se teme el desorden, entonces los posibles antídotos -nacionalismo, estatismo y trascendencia de clase- también podrían convertirse en valores positivos. De hecho, esto es exactamente lo que encontraremos. La derecha de la mitad de Europa también se sintió atraída por el nacionalismo, el estatismo y el militarismo como valores en sí mismos, y éstos a menudo impidieron a los que pertenecían a la derecha calcular con precisión su tasa de beneficios o incluso su probabilidad de conservar su propiedad. Estos valores les llevaron a abrazar con más entusiasmo el autoritarismo y a menudo el fascismo de lo que podría explicar el mero interés de clase. Pero para apreciar plenamente esto tendremos que considerar también las crisis militares, políticas e ideológicas del periodo.

64

En vista de todo esto, el tipo de explicación económica más ambiciosa sólo podría ser una explicación parcial, no total, y tendría que ser un compuesto extraído de todos estos enfoques. El atraso económico podría favorecer los regímenes semiautoritarios. El desarrollo tardío podría desestabilizar las relaciones de clase y proporcionar modelos más estatistas. El temor de los conservadores a la desestabilización, unido a unos ideales más estatistas, podría empujarlos más a la derecha, hacia la represión. Pero ni Alemania ni Escandinavia encajarían bien, y seguimos sin tener una buena explicación del fascismo.

Aunque las teorías económicas y de clase nos llevan parte del camino, también necesitamos investigar las otras fuentes del poder social.

PODER MILITAR, CRISIS MILITAR

El poder militar es la organización social de la violencia física. Es universal en las sociedades humanas debido a la necesidad de los grupos humanos de una defensa organizada y a la ubicua utilidad de la agresión. Quienes dominan los recursos militares pueden adquirir poder social de forma más general. A la inversa, cuando las instituciones militares dominantes decaen, se abren nuevas oportunidades para que otros, incluidos otros grupos armados, se hagan con el poder. Sin embargo, cualquiera de las dos eventualidades presupone también que el "militarismo" goza de cierta valoración ideológica positiva en la sociedad y, concretamente, que la organización militar parece ofrecer modelos legítimos para la adquisición de poder y el gobierno. En principio, todos los militares bien organizados podrían hacerse con el poder, pero sólo unos pocos lo consiguen realmente.

Las ciencias sociales han descuidado el poder militar. Aunque a principios del siglo XX se produjo un aluvión de teorías sociales sobre las relaciones de poder militar, éstas tendieron a desaparecer después de 1945 - irónicamente, con la derrota del fascismo. Desde entonces hemos asistido al curioso espectáculo de una era moderna dominada por las guerras, la conquista y el genocidio interpretados por teorías pacifistas y economicistas. Incluso cuando los teóricos han pasado a considerar las relaciones de poder militar, han tendido a centrarse exclusivamente en la fuerza altamente institucionalizada movilizadora por los Estados, en la represión interna y en las guerras interestatales. Como veremos más adelante, centrarse exclusivamente en la violencia organizada por los Estados no podría explicar el ascenso del fascismo.

65

Sin embargo, la sociología histórica reciente ha desenterrado una serie de causas militares y geopolíticas a largo plazo de la división de Europa en regímenes constitucionales y absolutistas que son paralelas a las causas económicas identificadas por Barrington Moore. Yo mismo (Mann 1986, 1993) Tilly (1990), y Downing (1992) han argumentado que (1) las luchas por la representación política fueron el resultado de la necesidad del Estado de recaudar más impuestos para poder librar guerras exteriores más costosas, (2) esas guerras fueron libradas cada vez más por ejércitos profesionales bajo el control del Estado, Pero (3) los Estados que podían recaudar fondos del comercio exterior o de los impuestos a los extranjeros conquistados no necesitaban apretar las tuercas de la represión para conseguir impuestos más altos, y (4) las potencias navales no podían apretar las tuercas de la represión tanto como las potencias terrestres, ya que las armadas no pueden navegar en tierra firme. Para explicar la división de Europa en regímenes constitucionales y absolutistas entre los siglos XVI y XVIII habría que mezclar causas económicas, militares y geopolíticas, y quizá también otras causas. También es probable que las causas militares y geopolíticas siguieran desempeñando un papel en el desarrollo posterior de las "dos Europas".

Además, las explicaciones del fascismo suelen reconocer que los militares

las relaciones de poder acababan de revolucionarse. La Primera Guerra Mundial había profundizado la guerra ciudadana hasta convertirla en "guerra total". La mayoría de los escritores aceptan que el fascismo nunca habría triunfado sin la aparición de una forma de guerra tan catastrófica. La capacidad de movilizar a millones de hombres para luchar y a muchos más millones de hombres y mujeres para proporcionar apoyo económico y logístico a las fuerzas armadas trajo consigo muchos cambios sociales. A corto plazo, aumentó enormemente los poderes infraestructurales y, en menor medida, despóticos de la mayoría de los Estados. También es un tópico que la victoria en la guerra aporta más legitimidad al régimen, mientras que la derrota trae lo contrario. La guerra total podría parecer que refuerza este argumento, especialmente en el caso de la derrota, que ahora se convierte en una catástrofe social. Pero la guerra total moderna también ha introducido una serie de tensiones entre el poder del Estado y la ciudadanía militar de masas que, en las circunstancias de una derrota posible o real, podrían desestabilizar radicalmente a los Estados. Los conflictos iniciales estallaron en 1917 y 1918 con una serie de motines e insurrecciones de soldados y marineros en la mayoría de los ejércitos combatientes. Estos conflictos alcanzaron su punto álgido con las revoluciones de febrero y octubre en Rusia. Allí los soldados formaron muchos de los consejos revolucionarios (soviets) y su Ejército Rojo, reunido apresuradamente, defendió con éxito la Revolución a través de una guerra civil a gran escala. En Austria, Alemania y Hungría también hubo soviets de soldados insurrectos, aunque pronto fueron reprimidos. Pero la represión fue ejercida menos por las fuerzas armadas oficiales del Estado que por el doble de los soviets de soldados, los paramilitares derechistas. Este militarismo "popular" desde abajo iba a constituir el núcleo de los movimientos fascistas en todas partes.

66

El fascismo no se convirtió en un movimiento de masas hasta el final de la Gran Guerra. La mayoría de los Estados europeos participaron, pero incluso los neutrales se vieron profundamente afectados. Obviamente, la guerra intensificó el nacionalismo y el estatismo. Pero también hubo tres vínculos militares directos con el fascismo. En primer lugar, la guerra tendió a deslegitimar a los regímenes derrotados, que habían tendido a ser sólo semiautoritarios. Por ello, muchos han argumentado que la derrota en la Primera Guerra Mundial tenía muchas probabilidades de producir resultados más autoritarios y fascistas, aunque el impacto inmediato fue en realidad el contrario, aumentar las presiones democráticas. Esto podría ser plausible en el caso de Alemania, Austria y Hungría, los principales perdedores (aparte de Rusia), que cayeron en manos de autoritarios reaccionarios y, posteriormente, de corporativistas y fascistas. La guerra le costó a Alemania el 10% de sus territorios y enormes pagos de reparaciones; Hungría perdió más de la mitad de sus territorios; y Austria perdió todo su imperio. Los derechistas de estos países afirmaron que la derrota fue el resultado de una "puñalada por la espalda" de políticos civiles, izquierdistas y siniestros "judeo-bolcheviques". Encabezados por los refugiados que llegaban de los territorios perdidos, exigían la restauración de esos territorios. Bulgaria fue un perdedor a menor escala. A veces se añade a Italia a la lista de derrotados. Aunque en realidad estaba en el bando vencedor, sus ejércitos habían recibido una paliza y sus ganancias territoriales eran menores de lo

que deseaban los nacionalistas. Se culpó de una "victoria mutilada" a los gobiernos liberales "decadentes" y a los izquierdistas "antipatriotas" (De Grand, 1978: 102-14). Dado que estos países incluían los principales casos fascistas (aunque no Rumanía), vincular la derrota militar, el revisionismo y el fascismo parece plausible.

El momento sigue siendo un problema. Sólo los fascistas italianos (1922) y los autoritarios reaccionarios búlgaros (1923) tomaron el poder poco después de la guerra, y estos países habían sufrido el menor número de pérdidas. Alemania tuvo tiempo para recuperarse. Las reparaciones se liquidaron en 1930 y se sabía que la ocupación aliada de Renania era temporal. El golpe de Hitler en 1933 fue sin duda demasiado tarde para atribuirlo directamente a la derrota en la Primera Guerra Mundial. Los políticos húngaros sabían que su revisionismo era retórico y no práctico; los austriacos sabían que no podrían restaurar el imperio. La derrota no podía explicar fácilmente el autoritarismo duradero ni el auge fascista durante la década de 1930. La derrota en la guerra no produjo directamente el fascismo. Sin embargo, podría haber contribuido a la primera oleada derechista de la posguerra, socavando las perspectivas inmediatas de democracia, y esto podría haber proporcionado militantes para más adelante.

67

El autoritarismo también triunfó en países con diferentes historiales bélicos. Serbia y Rumanía fueron los vencedores. Serbia había sido recompensada con el dominio de Yugoslavia. Rumanía había duplicado sus territorios y su población a causa de la guerra. Estos dos vencedores se volvieron autoritarios, y Rumanía generó un fascismo de masas. Dos países neutrales, Portugal y España, también se volvieron autoritarios. Portugal no estaba involucrado en una guerra seria en ese periodo. El Imperio español había sido destruido por Estados Unidos en 1898-9 y un ejército español fue derrotado por los marroquíes en 1921. Sin embargo, la culpa de estos desastres se repartió a partes iguales entre los políticos de izquierdas y de derechas, el monarca y el propio ejército. Pocos españoles apoyaron el revisionismo imperial. Tampoco muchos griegos, tras su derrota ante Turquía en 1922. Hasta 1936, el general Metaxas no dio su golpe de Estado, y las cuestiones de política exterior fueron marginales. Por último, los nuevos "Estados sucesores" debían su propia existencia a la Primera Guerra Mundial. Polonia, los Estados bálticos y Albania también se volvieron autoritarios, pero la mayoría de sus líderes de posguerra fueron considerados héroes de la liberación nacional. Así pues, el autoritarismo y, en menor medida, el fascismo se asociaron a diversas experiencias bélicas, no sólo a la derrota.

Sin embargo, la guerra tuvo un segundo gran impacto en una zona más amplia de Europa. En todo el centro, este y sur, vencedores, vencidos y estados sucesores habían experimentado graves *trastornos* por la guerra. Los regímenes vencidos perdieron legitimidad, territorios y recursos, y algunos se vieron presionados por los refugiados. Grecia (neutral durante 1914-18) experimentó mucho de esto después de 1922. Italia sólo sufrió un pequeño trastorno por Trieste y el Tirol del Sur. Los dos claros vencedores, Rumanía y Serbia, tuvieron que enfrentarse a un problema diferente, aunque paralelo: incorporar nuevos y extensos territorios que transformaron el país y el Estado. Los serbios tuvieron que institucionalizar una política que garantizara su propio dominio, pero que no dejara demasiado descontentas a las demás etnias de la nueva Yugoslavia.

Los rumanos tenían ahora un país ampliado, abrumadoramente rural, y ya no eran la "nación proletaria" oprimida de la región. Los viejos Estados de Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria, Rumania, Serbia e Italia se vieron de repente obligados a profundizar en el parlamentarismo. Los flamantes "estados sucesores" tuvieron que empezar casi de cero: ninguno compartió la oportunidad de finlandeses y checos de basarse en administraciones y parlamentos regionales anteriores. Esto supuso una considerable dislocación política inducida por la guerra en prácticamente todo el centro, este y sureste. Sólo España y Portugal, países neutrales, escaparon a esta situación.

El noroeste tuvo la experiencia opuesta. Todos los países del noroeste, salvo tres, fueron vencedores o neutrales. Las dos democracias liberales más marginales, Finlandia y Checoslovaquia, fueron también los únicos nuevos Estados sucesores. Bélgica fue el único Estado casi derrotado (fue ocupado por el ejército alemán), pero los belgas culpaban sensatamente a la geografía, no a sus políticos. Bélgica también recibió pequeñas ganancias territoriales y reparaciones en los Tratados de Paz. Entre los vencedores (Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda), sólo Francia recibió ganancias territoriales, y Alsacia-Lorena había sido francesa antes de 1871. Tampoco se alteraron sus constituciones. La mayoría eran Estados antiguos. Incluso los checos y los finlandeses poseían antiguas instituciones políticas hasta entonces "regionales", aunque los checos no habían probado instituciones para gobernar a los eslovacos o a los alemanes de los Sudetes (aquí es donde más tarde se rompería su Estado). Pero prácticamente ninguno de los países del noroeste tuvo que hacer frente a la derrota, incorporar nuevos territorios o idear nuevas constituciones. Así pues, el centro, el este y el sureste, pero casi ninguno del noroeste, fueron testigos de una desestabilización de las instituciones políticas inducida por la guerra. Pero, ¿por qué la desestabilización vino de la derecha y condujo al autoritarismo y al fascismo? Me referiré al tercer legado de la guerra, el paramilitarismo.

68

La teoría fascista de preguerra se vio influida por la idea de que la guerra podía movilizar a toda la nación. La Primera Guerra Mundial lo hizo realidad. La "nación en armas" demostró ser disciplinada pero camaraderil, elitista pero peculiarmente igualitaria, ya que los oficiales y los hombres luchaban ahora unos junto a otros y los oficiales eran los que sufrían más bajas. La guerra "total" reclutó entre el 25% y el 80% de los hombres jóvenes y de mediana edad. Pero como la guerra masiva de ciudadanos producía sobre todo horror a las tropas, en 1918 la mayoría sólo quería salir lo antes posible, volver a sus trabajos y familias. Una minoría de izquierdas llevó la desilusión aún más lejos, exigiendo una sociedad más justa y pacífica. Tras una oleada de movimientos de "obreros y soldados", fueron absorbidos por movimientos civiles de izquierda. Aunque algunos de éstos desarrollaron formaciones uniformadas, que marchaban y se manifestaban, convencionalmente llamadas "paramilitares", eran mucho menos violentas que las fascistas, y generalmente perdían las batallas callejeras con ellas. Los veteranos de izquierdas no veneraban el militarismo y pronto perdieron su identidad distintiva como veteranos. Fue diferente para una minoría de veteranos de derechas. Idealizaron la disciplinada camaradería entre clases del frente y se desencantaron de la democracia civil de posguerra, desgarrada por los conflictos. Al ensalzar las virtudes militares y continuar

con ciertas prácticas militares en tiempos de paz, idearon un movimiento social distintivo: el paramilitarismo ciudadano.

Los paramilitares derechistas y las ligas de veteranos organizadas adquirieron importancia en la mayoría de los países. Ganaron una guerra civil en Finlandia, reprimieron al gobierno izquierdista de Hungría en 1919-20, reprimieron a opositores izquierdistas y extranjeros en la Alemania, Austria y Polonia de principios de la posguerra, derrocaron al gobierno civil de Bulgaria en 1923 y estuvieron a punto de derrocar al gobierno estonio en 1934. Fueron el núcleo de la primera oleada de todos los movimientos fascistas. Todos los movimientos fascistas y algunos movimientos autoritarios corporativistas y reaccionarios mantuvieron importantes paramilitares en los que los veteranos desempeñaban el papel central de liderazgo. La mayoría de las teorías sobre el Estado moderno siguen a Max Weber al definirlo como poseedor del monopolio de los medios de violencia en la sociedad. Sin embargo, esto no siempre ha sido así. Por eso debemos separar analíticamente las relaciones de poder militares de las políticas, incluso en el Estado moderno. El poder militar no sólo lo movilizan los Estados. Aunque todos los regímenes de entreguerras poseían ejércitos bastante imponentes, bien entrenados, bien armados, experimentados en la guerra, algunos de estos ejércitos estaban en gran medida inmovilizados por divisiones ideológicas internas. Las ideologías, especialmente las derechistas, estaban arrasando en todos los rangos, a menudo patrocinadas por respetados veteranos militares, incluso por el Comandante Supremo, el general Ludendorff. Los ejércitos estaban perdiendo gran parte de su castillosca autonomía profesional. Algunos Estados tenían ahora brazos de barro y corazones divididos.

69

Una visión de la relación entre los veteranos de guerra y el fascismo se centra en el vínculo entre el poder militar y el económico, es decir, en el resentimiento de los veteranos por sus privaciones materiales. El segundo punto de vista se centra en el vínculo entre el poder militar y el ideológico, es decir, en el auge de los valores paramilitares. El argumento económico sugiere que una cohorte de veteranos centrada en la clase media baja (incluidos los pequeños campesinos) se vio empujada hacia el extremismo por el desempleo y las privaciones económicas de la posguerra. El argumento de los valores paramilitares sugiere que fue su experiencia bélica en el frente, de camaradería sin clases y subordinación jerárquica. La organización paramilitar, creían los veteranos, podía alcanzar ahora grandes fines sociales y políticos, como lo había hecho la organización militar en la guerra. Aunque los veteranos derechistas probablemente no eran más numerosos que los veteranos izquierdistas, mantuvieron una presencia distintiva en la posguerra, animándoles a la limpieza violenta de los "enemigos" de la nación y a "golpear cabezas" para curar el conflicto social. Mis capítulos de estudios de casos evalúan estas dos explicaciones rivales. El argumento ideológico saldrá mejor parado.

La dislocación en tiempos de guerra, y la derrota en algunos de los casos más importantes, proporcionaron gran parte de la crisis política inicial para los nuevos regímenes y podrían haber sido vitales para frenar la oleada inicial hacia la democracia. La exposición de una cohorte concreta a la organización y los valores militares proporcionó

entonces un núcleo de militantes y una solución paramilitar plausible a esta crisis. Pero ésta no es una explicación suficiente. Una vez más, sólo en la mitad de Europa surgió un paramilitarismo significativo, mientras que ambas mitades de Europa (y también otros países) habían vivido la guerra. Es cierto que algunos brotes de paramilitarismo e incluso de actividad profascista entre los veteranos aparecieron en casi todos los países combatientes. Fueron bastante pronunciados en la Francia democrática. Fueron pequeños en Gran Bretaña, pero influyentes en la Unión Británica de Fascistas de Mosley. En Estados Unidos, Campbell (1998) ha demostrado que la recién creada Legión Americana fue utilizada por los derechistas como organización de huelga y de rebelión "roja" en la década de 1920. Sin embargo, en comparación con el fascismo veterano de Alemania, Italia, Hungría o Rumanía, se trataba de escaramuzas menores. Tal vez la victoria frente a la derrota ofrezca parte de la explicación de la diferencia (aunque no en el caso de Rumanía). Pero también parece que otras circunstancias, más allá de la guerra y sus efectos, deben haber contribuido al dominio del autoritarismo y el fascismo en el periodo de entreguerras.

70

PODER POLÍTICO, CRISIS POLÍTICA

El poder político deriva del control del Estado y, en última instancia, de la utilidad que tiene para los grupos humanos la regulación territorial y centralizada de las relaciones sociales. Es evidente que quienes controlan el Estado pueden ejercer un poder más general. En el periodo de entreguerras se produjeron muchas crisis políticas y golpes de Estado, ya que las facciones se disputaban el control de los Estados. Este es el tema de las "teorías de élite" del poder político, que se enfrentan a dos teorías reduccionistas del Estado, la teoría de clases y el pluralismo. Pero independientemente del grado de poder autónomo que ejerzan las élites estatales, las instituciones y las crisis de los Estados pueden tener una influencia autónoma sobre los resultados políticos. El hecho de que el Estado francés esté muy centralizado y el estadounidense descentralizado tiene un legado continuado en la política contemporánea, un ejemplo de lo que he denominado "teoría institucional estatista" (Mann 1993: cap. 3). El "nuevo institucionalismo" también ha hecho hincapié en el impacto duradero de las instituciones existentes en la estructuración de la vida social. En el periodo de entreguerras encontramos Estados semiautoritarios, institucionalizados durante mucho tiempo pero que ahora supuestamente estaban haciendo una transición hacia la democracia, que experimentaron sus propias crisis, con importantes consecuencias para el fascismo.

El principal problema de explicar el autoritarismo en términos únicamente de los efectos de la Primera Guerra Mundial y las crisis económicas de entreguerras es que la política en "las dos Europas" ya había diferido durante un periodo de tiempo mucho más largo. La mayor parte del noroeste había hecho su transición al Estado-nación democrático liberal a lo largo de los siglos XVIII y XIX. En cambio, todo el centro, el este y el sur se embarcaban ahora, más repentinamente, en esta transición en medio de una marea creciente de nacionalismo y estatismo. El retraso económico fue importante para

que se produjera esta diferencia, al igual que los contextos militar y geopolítico. Pero también había problemas específicamente políticos en el centro, el este y el sur. Eran Estados en transición, y tuvieron dificultades para hacer frente a las crisis de entreguerras.

71

Distingo dos facetas principales de la democracia liberal, lo que Dahl (1977) denomina "participación" e "impugnación". Por "participación" se entiende el grado de participación en el gobierno, centrado en quién puede votar. Esto ha dominado el debate sobre el desarrollo democrático (Rokkan 1970: parte II; Therborn 1977; Rueschemeyer et al. 1992: 83-98). Pero la "impugnación" (o competencia) es igualmente necesaria para la democracia liberal. Contestación significa que el poder soberano se disputa entre partidos en elecciones libres, y que el poder ejecutivo no puede anular las elecciones.

La "participación" no distingue claramente entre "las dos Europas" en el periodo inmediatamente anterior a la guerra. Entre los primeros casos de sufragio masculino estaban Portugal en 1822, Bulgaria en 1879 y Serbia en 1889, y se había introducido en Francia y Alemania para reforzar el gobierno semiautoritario de Napoleón III y el Kaiser. A finales del siglo XIX, los hombres podían tener el voto, pero seguían estando controlados por notables locales, *caciques*, cuyos poderes como empleadores, magistrados, dispensadores de caridad y recaudadores de impuestos no se podían cuestionar fácilmente (aunque el nuevo voto secreto ayudó). Aunque en 1914 la mayoría de las franquicias eran más amplias en el noroeste, ambas regiones presentaban variaciones, que se acentuaron después de 1918. En la década de 1920 todas las mujeres adultas podían votar en Alemania y Austria, pero ninguna en Francia, mientras que las británicas solteras de entre veintiuno y treinta años sólo podían votar en 1929. La amplitud del sufragio no podía predecir si la democracia liberal sobreviviría, aunque los repentinos saltos en el sufragio en países como Italia y España alarmaron a los conservadores, llevando a algunos a abrazar el autoritarismo. De nuevo, la dislocación política parece importante.

"Contestación" (o competencia) predice mejor. En la década de 1880, sobre todo décadas antes, los países de todo el noroeste (incluidos sus vástagos coloniales blancos) tenían sistemas de partidos competitivos, elecciones en gran medida libres y partidos que se alternaban en el gobierno con escasa interferencia del ejecutivo. En los países nórdicos, las asambleas estamentales habían sobrevivido incluso a periodos absolutistas. Incluso en las "colonias" del noroeste, en Irlanda y Noruega, los habitantes habían enviado representantes elegidos a la asamblea de la potencia colonial en Londres y Copenhague. Incluso en los dos casos marginales, Finlandia y Checoslovaquia, los señores rusos y austriacos habían permitido la creación de asambleas provinciales. Los parlamentos noroccidentales también gozaban de poderes distintos de los del partido mayoritario, de modo que un partido gobernante no podía mantenerse fácilmente en el gobierno manipulando el clientelismo de cargos o la represión. Los casos paradigmáticos fueron Estados Unidos (contienda partidista libre entre la mayoría de los hombres blancos a partir de la década de 1790) y Gran Bretaña (contienda partidista libre entre el 15 y el 20 por ciento de los hombres a partir de 1832). La mayor parte del noroeste siguió el ejemplo durante el siglo XIX. Es cierto que las prerrogativas reales en la elección de los

ministros sobrevivieron en Suecia y Dinamarca, aunque se ejercieron en contadas ocasiones y fueron finalmente suprimidas en 1917 y 1920.

72

Este criterio parece distinguir prácticamente a la perfección entre las dos Europas. Obviamente, esto tuvo mucho que ver con el nivel de desarrollo, con la política de clases de una época anterior, pero también con diferencias fiscales-militares (Mann 1986; Downing 1992). Cualquiera que fuera la combinación exacta de las causas originales, su legado fueron las considerables diferencias entre la naturaleza y la estabilidad de los regímenes políticos a principios del siglo XX, que ahora resultan tener su propio impacto causal en los resultados.

Así, para la Primera Guerra Mundial los parlamentos soberanos estaban institucionalizados en todo el noroeste.⁹ Cuando el sufragio se extendió a todas las clases y religiones y a las mujeres, los partidos adaptaron prácticas liberales arraigadas (Luebbert 1991). El descontento de entreguerras se expresó a través de estas instituciones representativas (véanse los artículos de Schmitt 1988). Sólo Finlandia y Checoslovaquia tuvieron que encontrar nuevas instituciones, y ambas lo pasaron mal. El Estado noroccidental era *unitario*, dominado por la soberanía parlamentaria institucionalizada, con experiencia en la gestión de conflictos entre clases, comunidades religiosas y regiones. Bélgica y Suiza tenían una experiencia única en la gestión de diferencias étnicas. Lo que importaba no era tanto la ideología liberal como las instituciones cuyas prácticas cotidianas encarnaban el liberalismo.

Pensemos en los mineros británicos de finales del siglo XIX. Probablemente pocos creían en el "liberalismo". Eran tan radicales (y estaban tan bien organizados) como los mineros de la mayoría de los países. Pero un número suficiente de ellos tenía derecho al voto en virtud del derecho de propiedad, y estaban suficientemente concentrados en determinadas circunscripciones parlamentarias, como para constituir un bloque de votantes que los partidos existentes no podían ignorar. El Partido Liberal respondió y representó sus quejas en el parlamento, por lo que los mineros votaron a los liberales. Estos acuerdos contuvieron las tensiones, y los diputados mineros adquirieron cierta autonomía como "Lib-Labs". A principios del siglo XX se unieron al Partido Laborista. Su trayectoria estuvo dominada por las oportunidades creadas por el pragmatismo esencial de la política electoral y parlamentaria cotidiana mucho más que por la ideología. De forma comparable, las nuevas tensiones de clase y de otro tipo del periodo de entreguerras pudieron filtrarse a través de los Estados parlamentarios institucionalizados, profundizándolas y reforzándolas en el proceso. Tales tradiciones políticas democráticas estaban sencillamente demasiado institucionalizadas para permitir que la ideología fascista, bolchevique o de cualquier otro tipo se desarrollara mucho. En estos países puede ser incluso inapropiado referirse al liberalismo como una ideología. Sólo lo era en el sentido residual de "ideología institucionalizada", es decir, incrustada en prácticas rituales mundanas. Consideraba los valores y las normas de forma instrumental, relevantes para ganar las próximas elecciones o mantener a las facciones del partido

⁹ Utilizando este término en sentido amplio para incluir a los presidentes elegidos de la misma manera competitiva que los miembros del parlamento.

moderadamente satisfechas.

73

Como señaló Linz (1976:4-8), los partidos fascistas llegaron tarde a las instituciones parlamentarias. Si la competencia entre partidos ya dominaba el Estado, quedaba poco espacio para ellos. Fuera lo que fuera lo que la Primera Guerra Mundial o el capitalismo pudieran arrojar sobre Noruega, Suecia o Dinamarca, por ejemplo, sus partidos democráticos se las arreglarían (Hagtvet 1980: 715, 735-8; Myklebust y Hagtvet 1980: 639-44). Si sus antenas electorales detectan un nacionalismo creciente, los partidos conservadores podrían ofrecer un poco más de él. Si detectan sentimientos estatistas, los partidos de centro-izquierda les complacerán. Así que más tarde, cuando algunos de estos países fueron ocupados por los nazis y sus sistemas de partidos fueron destruidos, las cosas pudieron cambiar rápidamente. Los nazis encontraron un montón de colaboradores ideológicos dispuestos una vez que emascularon los parlamentos y las elecciones. En Noruega, por ejemplo, recibieron el apoyo de 55.000 colaboradores nacionalsocialistas locales.

En el centro, este y sur de Europa, las cosas eran diferentes. Los parlamentos apenas existían antes de 1914 (como en los imperios ruso u otomano) o compartían el poder político con un ejecutivo no electo, un monarca, mandos militares o un régimen ministerial con un importante patrocinio. El Estado era *dual*, sus "dos estados" (parlamento y ejecutivo) disfrutaban cada uno de una soberanía parcial (Newman 1970: 225-6). Ése es el significado del término "semiautoritario". Un legado del anterior periodo absolutista era que las fuerzas armadas estaban más específicamente bajo el control del ejecutivo que en la otra mitad de Europa. El monarca podía manipular las elecciones y los parlamentos mediante la represión selectiva y el clientelismo en los Imperios alemán y de los Habsburgo, Serbia, Rumanía, Grecia y Bulgaria. En la España de la Restauración y (en menor medida) en la Italia "liberal" hasta 1919, el Ministerio del Interior o el Primer Ministro ayudaron a amañar las elecciones para producir gobiernos oligárquicos complacientes (*el turno* en España, el *trasformismo* en Italia). En 1901, la mitad de los diputados italianos eran en realidad titulares de cargos en el gobierno, difícilmente hombres "independientes". Los "titulares de cargos" habían sido eliminados en Gran Bretaña en 1832. Pero en esta mitad de Europa las constituciones democráticas estaban parcialmente socavadas por los poderes ejecutivos. Aquí los mineros estaban esencialmente al margen de las instituciones políticas. Los notables podían seguir "representándoles" más bien indirectamente a través del clientelismo político. Pero si esto fallaba, los notables podían recurrir a poderes de represión mucho mayores que sus homólogos del noroeste. Tenían opciones autoritarias y despóticas.

74

En 1918, el centro, el este y el sur se enfrentaron así a lo que podríamos llamar "desarrollo político tardío". Larsen (1998; cf. Griffin 2001: 49) dice que los Estados del Eje fueron "constructores tardíos de la nación, liberalizadores tardíos e introdujeron el régimen democrático sólo un breve periodo antes de su ruptura", pero esto también fue cierto de forma más general en toda su mitad del continente. Alemania y Austria avanzaron repentinamente hacia la soberanía parlamentaria y el sufragio pleno de los adultos, como hizo España en 1931. Italia había realizado su primera ampliación drástica

del sufragio justo antes de la guerra, en 1912, y la segunda en 1918. Estos grandes cambios en la vertiente parlamentaria del Estado no fueron acompañados de cambios comparables en el ejecutivo, que (como veremos más adelante en los capítulos dedicados a los estudios de casos) siguió dominado por elementos del "antiguo régimen" que controlaban la mayoría de los aparatos represivos del Estado. Los Estados duales, supuestamente en proceso de liberalización, se encontraban prácticamente en todas partes. Pero muchos países del centro, el este y el sur se enfrentaban a otro problema de transición, ya que también estaban fundando Estados-nación. En este caso, los problemas eran nuevos y distintos de los experimentados anteriormente en el noroeste. La "ceguera étnica" del noroeste¹⁰ no serviría para quienes habitaban los antiguos territorios o la vecindad de los imperios multinacionales ruso, austriaco u otomano: ahora la representación no era sólo de clase, sino también de nacionalidad. Los movimientos políticos que buscaban movilizar las identidades y los intereses nacionales aparecieron junto a los movimientos que movilizaban a las clases. Había antiguas naciones imperiales (rusa, alemana y otomana), imperialistas más recientes (magiar), naciones "proletarias" (ucraniana, rumana), naciones subimperiales más recientes (serbia, checa) y minorías de todas ellas en los Estados mayoritarios de otras naciones. Cuando las nacionalidades también diferían en sus religiones, esto reforzaba su sensación de malestar mutuo.

Los conflictos nacionales también estaban más directamente vinculados a los conflictos internacionales que los conflictos de clase. Los Tratados de Versalles y Trianon supusieron un gran replanteamiento de las fronteras según dos principios contradictorios. Uno era castigar a los perdedores y recompensar a los ganadores. El otro consistía en establecer la "autodeterminación nacional", redibujando las fronteras según los patrones de asentamiento étnico, de modo que cada nuevo Estado fuera predominantemente monoétnico. El resultado fue dejar a algunos Estados insatisfechos con las demandas "irredentistas" de restauración de los "territorios perdidos", procedentes especialmente de los refugiados que huían del trazado de las fronteras. Vemos lo exigentes y complejas que eran las reivindicaciones que se hacían ahora a los Estados-nación duales del centro, este y sur, y lo poco experimentadas que eran las prácticas políticas para hacerles frente. Los actores se enfrentaban a una incertidumbre y un riesgo considerables, ausentes en gran medida en el noroeste. Tal vez fuera más seguro para quienes controlaban la parte ejecutiva del Estado reprimir en caso de crisis. Recordemos también que este criterio sitúa a los antiguos Estados absolutistas de Alemania y Austria en la misma posición que los Estados menos desarrollados del este y el sur.

75

Veamos esta crisis política de transición a través de los ojos del teórico conservador del Estado más sofisticado de la época.¹¹ Carl Schmitt fue un famoso jurista alemán que acabó haciendo apología del nazismo tras la llegada de Hitler al poder. Pero en la década

¹⁰ Con este término quiero decir que las primeras franquicias inmobiliarias del noroeste rara vez distinguían entre etnias. Los propietarios ingleses, galeses y escoceses se consideraban ciudadanos activos y rara vez se organizaban por etnias (véase mi próximo volumen).

¹¹ Los tres párrafos siguientes son deudores de Balakrishnan (2000). Las principales obras de Schmitt que parafraseo son *La crisis de la democracia parlamentaria* (1923) y *El concepto de lo político* (1927). También agradezco la ayuda de Dylan Riley en las discusiones sobre la crisis del liberalismo parlamentario.

de 1920 no era más que un conservador, no totalmente comprometido con ningún tipo de régimen en particular, que admiraba a Mussolini pero no a Hitler, que buscaba desesperadamente fundamentar una teoría del orden constitucional contemporáneo en una base jurídica de principio legal absoluto. Quería certidumbre, no riesgo. Creía que la certeza faltaba ahora en toda Europa continental porque el declive del antiguo régimen semiautoritario había socavado dos atributos esenciales del derecho constitucional. En primer lugar, los parlamentos del antiguo régimen habían expresado el principio ilustrado de la razón en forma de debate libre entre hombres racionales, independientes y educados. Que las mejores leyes eran el producto del discurso racional entre hombres educados era la esencia del liberalismo continental del siglo XIX. Ahora bien, argumentaba Schmitt, el sufragio masivo ("participación" en el sentido de Dahl) produjo el surgimiento de partidos de masas, y éstos amenazaron la independencia de esos hombres. Los diputados se transformaron en meros "representantes" de intereses arraigados en la sociedad, instruidos por sus organizaciones e ideologías sobre cómo votar. El debate libre y racional había llegado a su fin. De hecho, pintó un escenario aún más sombrío de "ejércitos de masas" burocráticamente organizados, corporativistas (pensando principalmente en los trabajadores organizados, pero también mencionando ocasionalmente la concentración económica y las grandes empresas) "invadiendo" y subordinando el Estado a ideologías de odio altamente moralistas que, en última instancia, no lograban ocultar su base en estrechos intereses de clase. Tal vez siguiera siendo posible un compromiso entre estos intereses, pero ahora tendría que llevarse a cabo a través de estas mismas organizaciones, no a través del parlamento. Schmitt señaló correctamente que así fue como se fundó la República de Weimar: mediante una "tregua de clases" explícita y algo insegura negociada entre los sindicatos socialistas y los grandes empresarios. Los participantes no estaban unidos por la solidaridad normativa del parlamento como asamblea de caballeros. Tampoco estaban vinculados a las prácticas cotidianas de los partidos y los parlamentos. ¿Se podía confiar en ellos? ¿Podrían confiar los unos en los otros? Schmitt lo dudaba.

En segundo lugar, argumentaba Schmitt, la dominación por parte de los partidos políticos (es decir, la "contestación" frívola) acabó con toda posibilidad de que el Estado tradicional pudiera seguir siendo el garante último y neutral del orden y el compromiso, como lo había sido en el pasado. Aunque tendemos a considerar que los ejecutivos del antiguo régimen tenían un sesgo de clase y favorecían a las clases adineradas, no era así como los veían los propios conservadores. El monarca y el Estado habían estado "por encima" de la sociedad, argumentaba Schmitt, proporcionando la máxima garantía constitucional contra la invasión de los intereses privados. Un partido sólo podía representar a una "parte" de la nación. No podía sustituir al Estado como poder "universal". Schmitt creía, con cierta justificación, que las élites estatales alemanas estaban ahora paralizadas. Sin embargo, el pluralismo de la competición entre partidos que las sustituyó sólo estaba a un paso de una situación de guerra civil en la que no habría juez que determinara qué es "mío y tuyo". La transformación de la competición en "guerra" era un riesgo cierto. Si ni la cámara de debate ni el ejecutivo del antiguo régimen podían poner orden, tal vez un nuevo ejecutivo estatal pudiera hacerlo. Y así, a lo largo de

la década de 1920, Schmitt empezó a formular la idea de que era necesario un nuevo tipo de élite dirigente, por encima de la sociedad, para ocupar los centros "vacantes" del poder estatal y evitar el riesgo de desorden. Esto le llevó, a través del apoyo al semiautoritarismo de Brüning y von Papen, a Hitler y el nazismo.

76

Schmitt expresaba temores muy extendidos. Su primer argumento atrajo especialmente a los liberales del antiguo régimen, el segundo a los conservadores. Por supuesto, detrás de estos temores había una gran conciencia de clase. Para Schmitt, como para otros conservadores y liberales, lo más importante era un "ejército de masas" concreto: los sindicatos obreros y los partidos socialistas que los acompañaban. La sombra de la revolución bolchevique se cernía tras sus peores temores. Sin embargo, Schmitt no basó su teoría en los derechos de propiedad, sino en una noción más amplia de orden y seguridad. Encarna perfectamente lo que he señalado antes al tratar de los temores de las clases propietarias: Los temores a la propiedad se desplazan a una preocupación positiva por el orden y la seguridad. Su énfasis en la amenaza que suponen las grandes organizaciones burocráticas y corporativas para el libre discurso racional tenía y sigue teniendo un atractivo más amplio. Es, por ejemplo, bastante similar a la teoría más reciente de Habermas de la comunicación distorsionada, una teoría que tiene un pedigrí decididamente izquierdista. Schmitt incluso veía con buenos ojos las prestaciones sociales, a menos que supusieran una "invasión" del Estado por parte de la sociedad. Lo que más le preocupaba era el Estado y el orden social, no los intereses materiales y de clase. Ni él ni su círculo tenían mucho que ver con el capitalismo. Su propia familia era pobre, y su padre era un empleado ferroviario de poca monta. La familia era fuertemente católica y el conservadurismo temprano de Schmitt adoptó formas católicas (es decir, hasta que rompió con la iglesia a causa de su propio divorcio). Después pasó su vida en las universidades alemanas como profesor con un estatus seguro de funcionario. Se mezcló en la sociedad de cafés y salones, conociendo a artistas, escritores y otros académicos. Sus escritos le hicieron famoso entre juristas y funcionarios, y sus conexiones con las élites del poder fueron principalmente con altos funcionarios. Fue fundamental para la "burguesía humanista" y el estatismo alemán, pero no para el capitalismo. Aunque su propio nacionalismo no era extremo y no era militarista, sus escritos geopolíticos expusieron un orden internacional contemporáneo sesgado hacia los intereses de los vencedores de la Primera Guerra Mundial. Como veremos más adelante, el atractivo del fascismo para las clases altas no se basaba únicamente en intereses de propiedad. Estaba mediado por preocupaciones de orden y seguridad para llegar a un estatismo-nación trascendente.

77

Así, los temores de muchos conservadores y de algunos liberales se equipararon ideológicamente a los de los fascistas. Una crisis de transición política en medio de una sociedad de masas había desbaratado las fuentes previas de orden constitucional y seguridad. Las cosas se estaban poniendo arriesgadas, y podrían desmoronarse aún más, en medio de un nacionalismo, un estatismo y un militarismo crecientes. Era mejor prevenir que curar. Dado que los conservadores tenían fácil acceso a la represión en el Estado dual, podían -utilizando una expresión futbolística- "vengarse primero" (mientras

gritaban "falta"). Esta era la racionalidad que subyacía tras la aparente paranoia sobre el Peligro Rojo. No se daban cuenta de que el Peligro Negro del fascismo podía ser aún más amenazador.

Así pues, el autoritarismo fue el resultado directo de una crisis política, lo que hizo más difícil para algunos Estados hacer frente a las crisis derivadas del capitalismo y el militarismo. No se podía garantizar que los Estados duales del sur, el este y el centro (pues he incluido a los Estados alemanes) manejaran las crisis con seguridad, salvo mediante la represión. Fueran cuales fueran las crisis que la guerra mundial y el capitalismo arrojaron sobre el noroeste, sus Estados liberales sobrevivieron. Eugen Weber dice: "El fascismo del siglo XX es un subproducto de la desintegración de la democracia liberal" (1964: 139). Pero esto no es del todo correcto. Los Estados liberales institucionalizados superaron con éxito la crisis. Deberíamos reformular su afirmación: El fascismo reflejaba una crisis del Estado dual, el Estado "semiautoritario y semiliberal" que se encontraba en la mitad de Europa, enfrentado a transiciones simultáneas hacia la democracia liberal y el Estado-nación justo cuando estos países se veían acosados por crisis económicas y militares. Esto produjo incertidumbre, una espiral descendente y una reacción dentro del propio Estado contra el liberalismo: una revuelta de una mitad del Estado contra la otra, cada una movilizand o a sus principales bases de apoyo. Debemos analizar las élites y los partidos estatales tan cuidadosamente como las clases sociales. El pararrayos de esta crisis no fue el liberalismo, sino el conservadurismo. Fue el éxito de los conservadores del noroeste al pasar de partidos notables a partidos representativos de masas lo que garantizó allí la supervivencia de los Estados liberales. En otros lugares, fue el fracaso de los conservadores en esta transición lo que produjo el autoritarismo y abrió la puerta al fascismo. Aunque la crisis política tuvo mucho que ver con procesos a largo plazo de desarrollo económico y geopolítico/militar, y algo con crisis económicas y militares a corto plazo, también tuvo causas más específicamente políticas. Y a su vez la crisis política generó la necesidad de ideologías reales.

78

PODER IDEOLÓGICO, CRISIS IDEOLÓGICA

El poder ideológico deriva de la necesidad humana de encontrar un significado último, de compartir normas, valores y rituales que parezcan dar sentido al mundo y que refuercen la cooperación social. Una ideología que moviliza normas, valores y rituales plausibles también puede conferir poder a sus iniciadores. La existencia humana no "tiene sentido por sí misma". Nos basamos en sistemas de significado más generales que no son directamente "comprobables" ni por la ciencia ni por nuestra propia experiencia práctica. Los sistemas de significado "superan la experiencia" y ayudan a definir los intereses. Sin embargo, la socialización y las rutinas institucionalizadas de la educación, el empleo, la política, etc., normalmente nos evitan tener que recurrir con frecuencia a ideologías generales. Las instituciones en las que estamos implicados generan rutinas cotidianas que "funcionan" y parecen "normales", y generan "ideologías institucionalizadas" mínimas en las que los valores se ven rutinariamente socavados por el pragmatismo. En tiempos de

crisis, sin embargo, puede que las rutinas tradicionales y el pragmatismo ya no parezcan funcionar y nos veamos abocados a ideas más generales para encontrar nuevas prácticas viables. Entonces los intelectuales pueden ofrecer nuevos sistemas de significado y adquirir así un poder social más general. Puede que entonces los encontremos plausibles y los sigamos. Así fue como interpreté el auge de las religiones de salvación mundial en el primer volumen de *Las fuentes del poder social* (Mann 1986: cap. 10), y como interpreté la influencia del movimiento de la Ilustración en la Revolución Francesa en el volumen 2 (Mann 1993: caps. 6 y 7). ¿Fue similar el fascismo? Investigo las redes de comunicación fascistas. Geográficamente, identifico tres redes principales: redes transnacionales, redes macrorregionales que podrían ayudar a construir o reforzar "las dos Europas", y redes confinadas dentro de los estados-nación. Desde el punto de vista social, identifico los principales grupos ideológicos del fascismo.

El fascismo era obviamente muy ideológico. Otros derechistas autoritarios no hicieron mucho en el plano ideológico. Robaban pragmáticamente todo el ropaje fascista que fuera compatible con mantenerse en el poder, al tiempo que intentaban desactivar el empuje radical y ascendente del fascismo. Pero los progenitores del fascismo antes de la guerra habían sido intelectuales, y los intelectuales siempre siguieron siendo importantes en el fascismo. En el periodo de preguerra, Maurras, Barres, Sorel y teóricos de la raza como Chamberlain y Gobineau, además de una serie de periodistas, divulgadores y panfletistas de medio pelo -hasta la infame falsificación antisemita *Protocolos de los Sabios de Sión*- tenían muchos más lectores que miembros tenían las organizaciones políticas fascistas o racistas de preguerra. Todos los movimientos fascistas seguían atrayendo desproporcionadamente a las personas bien educadas: a los estudiantes de institutos y universidades y a los estratos de clase media con mayor nivel educativo. Salvatorelli (1923) describió a este núcleo como la "burguesía humanista". Aunque el fascismo atrajo a intelectuales realmente importantes sólo en Italia y Rumanía, en todas partes atrajo a intelectuales menores, especialmente especialistas en comunicación de periódicos, radio, cine y diseño gráfico. El fascismo era un movimiento de la intelectualidad menor.

79

Y así se formaron los programas fascistas en medio de una ideología más amplia. He citado el despectivo rechazo de Codreanu a la típica "lista de la compra" de los programas de partido. Los fascistas situaban la economía o la política basada en intereses en medio de una *Weltanschauung* (una orientación general hacia el mundo). Reivindicaban un propósito moral superior, trascendente al conflicto de clases, capaz de "resacralizar" una sociedad moderna que se había vuelto materialista y decadente. Identificaron una "crisis civilizacional" que abarcaba el gobierno, la moral, la ciencia, las ciencias sociales, las artes y el "estilo". Denunciaron a sus enemigos en términos moralistas y altamente emocionales. Los socialistas traían la "barbarie asiática", los liberales eran "decadentes" y "corruptos". La ciencia era "materialista". Una cultura "degenerada" y "envejecida" que necesitaba refundarse, rejuvenecerse. Promovieron su propio arte, arquitectura, ciencia y ciencias sociales, sus propios movimientos juveniles y un culto al "hombre nuevo", envolviéndolo todo con un intenso interés por el estilo y el ritual. Por supuesto, Mussolini y Hitler también reconocieron el poder emocional de las formas artísticas: la música, la marcha, la retórica, la pintura, el diseño gráfico, la escultura, la arquitectura.

Encontraron un grupo de artistas dispuestos que consideraban que su propia creatividad artística estaba en consonancia con la ideología fascista. Durante las décadas de 1920 y 1930, la concatenación de las crisis enumeradas anteriormente produjo una grave pérdida de sentido último. Si un país había sufrido guerras de destrucción masiva y dislocación, había perdido o ganado grandes franjas de territorio, veía a su propia gente como refugiados (o como desplazadores de refugiados), se enfrentaba a una grave recesión y a conflictos de clase, y se embarcaba en una tensa transición política, entonces no sólo el "antiguo régimen" sino también muchas viejas formas y creencias en general parecían inadecuadas. Las ideologías sociales y políticas no requieren ni pueden obtener validación científica. Las nuevas ideologías no requieren la verdad, sino la verosimilitud, una aparente capacidad para "dar algún sentido" a los acontecimientos actuales en un momento en que las ideologías establecidas atraviesan evidentes dificultades. En el periodo de entreguerras, las ideologías tradicionales no podían interpretar fácilmente la realidad contemporánea, al menos en la mitad de Europa. El conservadurismo desconfiaba de las masas que ahora estaban en escena, el liberalismo parecía corrupto e insuficientemente estatista y nacionalista. El socialismo desconfiaba de la nación y traía el conflicto de clases, pero no su solución. Las iglesias cristianas se habían retirado de la esfera secular y estaban divididas. Se abrió un espacio para nuevas ideologías e ideólogos, capaces de lo que Lucien Goldman denominó "máxima conciencia posible", los primeros en experimentar las insuficiencias de las ideologías convencionales y los primeros en generar otras nuevas.

80

Escritores como Hughes (1967), Sternhell (1976: 320-5) y Mosse (1999) han identificado una crisis ideológica más general y completamente transnacional que impregna Europa. Ven una contradicción entre la "Razón de la Ilustración" y una preocupación posromántica por las emociones, las pasiones, la voluntad y el inconsciente -algunos de ellos soportados por fenómenos "de masas" como las multitudes, las huelgas, la guerra y el nacionalismo. Algunos han intentado trazar un vínculo a través de "la historia de las ideas" entre el fascismo y las revoluciones del "alto modernismo" que reflejaron y reforzaron una crisis general de principios del siglo XX: "revoluciones inquietantes" en el psicoanálisis, la pintura abstracta, la música atonal, el declive del narrador omnisciente de la novela realista, una fascinación por lo extraño, lo fantástico, lo decadente y lo irracional, todo ello subversivo para el programa de la Ilustración de una razón serena y confiada. Pero si una crisis transnacional de la alta cultura contribuyó a causar el autoritarismo, debería haberlo causado en todas partes. ¿Podemos reducir el argumento a uno macrorregional? En este caso esperaríamos que la crisis cultural fuera mayor en el este y el sur del continente. Aunque fue algo más débil en los países anglosajones y escandinavos, el París democrático dominó la vanguardia, mientras que la Viena izquierdista lideró su música y su psicoanálisis. Tampoco el Este o el Sureste, más atrasados, se dedicaron al alto modernismo. De hecho, la alta cultura la generan pequeños grupúsculos de élites cosmopolitas, poco ligadas a la localidad. Esto es especialmente cierto en el caso de la música y el arte, en gran medida libres de barreras lingüísticas. Pero es difícil relacionar las "revoluciones" introducidas por Freud, Schonberg, Picasso, Joyce, etc. con revoluciones políticas. Dado que muchos artistas

"radicales" rechazaban formas artísticas arraigadas en la experiencia humana de masas (melodías tarareables, paisajes hermosos, etc.), tenían poca conexión con las masas. Schorske (1981) afirma que las élites cultas de Viena vieron que el liberalismo no había conseguido reformar el Imperio austrohúngaro y estaban horrorizadas por la violenta política de masas que estaba surgiendo. Así que se refugiaron en el romanticismo estético y el ocultismo y rechazaron los valores del orden social existente, presagiando los horrores políticos que se avecinaban.

Pero los fascistas rechazaron gran parte de este alto modernismo por "degenerado". Por eso algunos dicen que el fascismo era "antimoderno". Yo prefiero la noción de Gentile (1996) de modernidad resacralizada, o la de Herf (1984) de "modernismo reaccionario", acuñada para describir la visión del mundo de los ingenieros nazis que estudió. En el nazismo había nostalgia, romanticismo, medievalismo e incluso primitivismo. Sin embargo, como Allen (2002) también señala de los tecnócratas de las SS, los profesionales nazis se consideraban a sí mismos modernistas. En áreas tan diversas como la ingeniería, la teoría de la gestión, la biología, la propaganda y el diseño gráfico, los fascistas eran modernistas entusiastas. Eran innovadores en la comunicación de masas, difundiendo su ideología a través de carteles, desfiles, espectáculos artísticos, películas y arquitectura. En arquitectura y música eran bastante conservadores; en diseño gráfico, cine y manifestaciones teatrales eran radicales. Pero no parece que la crisis de la alta cultura tuviera mucho que ver con el poder de la ideología fascista. Más bien, los fascistas ofrecían soluciones generales plausibles a las crisis económicas, militares y políticas de la época, que su poder de comunicación hacía más resonantes.

81

De hecho, era la época del surgimiento de los Estados-nación, y la comunicación era cada vez menos transnacional y más limitada por los Estados. La comunicación literaria del siglo XVIII había estado dominada por las iglesias multilingües y las élites aristocráticas. La Ilustración había sido transnacional, difundándose entre los europeos alfabetizados y más allá. Esto siguió siendo cierto en el caso de sus herederos liberales y socialistas del siglo XIX, los "enemigos" del autoritarismo del siglo XX. El transnacionalismo socialista se vio favorecido por la difusión transnacional del capitalismo, por la costumbre de los antiguos regímenes de castigar a los disidentes con el exilio y por el giro a la izquierda de los jóvenes judíos, presionados por el nuevo antisemitismo político (del que hablaré en mi próximo libro). Las redes cosmopolitas de exiliados y judíos constituyeron el núcleo de las Internacionales, facilitando la rápida traducción de los textos socialistas. Había subculturas macrorregionales de marxismo, sindicalismo y reformismo, pero la mayoría de los movimientos obreros sintieron todas estas influencias. De hecho, los autoritarios y especialmente los fascistas atacaron a los socialistas por cosmopolitas, extranjeros y traidores. El auge de la sociología a finales del siglo XIX fue implícitamente nacionalista. Weber, Durkheim, Pareto y Mosca apenas se referían entre sí. Estaban aislados detrás de sus propias fronteras nacionales, todos montando críticas independientes del socialismo transnacional.

El mensaje del liberalismo también era transnacional, aunque tenía dos hogares principales, Gran Bretaña y Francia. El liberalismo encarnaba el compromiso parlamentario y el debate abierto entre caballeros independientes. Comenzó a encontrar

dificultades en la era de las masas. La extensión progresiva del sufragio en Gran Bretaña lo había enmascarado, ya que los partidos de masas se fueron incorporando poco a poco a las maneras caballerescas de Westminster. La Tercera República Francesa también lo enmascaró durante un tiempo, ya que los partidos republicanos estaban unidos por su necesidad común de defender la República frente a la derecha. Pero en opinión de notables conservadores de otros lugares (como Carl Schmitt), la entrada más repentina de las masas trajo consigo partidos disciplinados que se adherían a ideologías preestablecidas. El libre debate parlamentario estaba siendo inundado por ejércitos ideológicos. Los notables "liberales" podían aferrarse al poder manipulando a los partidos de masas emergentes, como en el *caciquismo* y el *trasformismo*, pero éstos se corrompían y desarrollaban inclinaciones autoritarias. La influencia ideológica británica en el continente decayó a finales del siglo XIX, a medida que Gran Bretaña se volcaba en su imperio. La influencia liberal británica, y en menor medida francesa, disminuyó en Europa.

82

Los debates continentales con el liberalismo fueron a menudo desafíos a la ortodoxia "anglosajona" (a veces a la anglofrancesa). En filosofía, el utilitarismo de Bentham, el positivismo de Comte y el pragmatismo estadounidense -todos ellos portadores del ala pragmática de la tradición de la Ilustración- fueron contrarrestados con la intencionalidad neoidealista, las emociones, el vitalismo y *la Lebensphilosophie* asociados especialmente con Schopenhauer, Brentano, Bergson y Nietzsche. El inconsciente de Freud tuvo su paralelo en la psicología de las multitudes de LeBon, la huelga de masas de Sorel y el papel primordial del mito. Tonnies y Durkheim cuestionaron el liberalismo de Spencer y Comte: La sociedad, decían, no estaba formada únicamente por contratos entre individuos, sino que requería comunidad y conciencia colectiva. Gumpowicz y Ratzenhofer desarrollaron una sociología del conflicto étnico y la "superestratificación" militarista para desafiar las teorías marxianas y liberales más pacíficas del conflicto de clases y grupos de interés. Estas nuevas sociologías fueron poco conocidas en Gran Bretaña y Estados Unidos. Aunque el darwinismo social fomentaba el eugenismo en todas partes, el noroeste consideraba que el principal problema era la reproducción de las clases bajas y no de las "razas inferiores". En Alemania y Austria, el darwinismo social racial impregnó las novelas más vendidas, la sociología popular y los nuevos partidos políticos. Aunque pocos de estos escritores eran derechistas, su vulgarización a "manos de mil intelectuales menores" (dice Sternhell) fomentó expresiones románticas y populistas de nacionalismo y estatismo.

Francia y Alemania siguieron actuando como intermediarios ideológicos hacia el este y el sur del continente. Weber vio la dualidad de la racionalidad instrumental y la racionalidad valorativa. Ortega y Gasset dijo que Bismarck y Kant personificaban en Alemania todo el dilema político europeo: Bismarck ofrecía orden, estabilidad, comunidad y autoridad; Kant, libertad, ilustración, igualdad e individualismo. Los liberales se volvieron de Westminster hacia la República Francesa, más asediada y nacionalista. Los liberales españoles declararon que aunque Inglaterra había sido la cuna de las libertades públicas, Francia las había universalizado (Marco 1988: 37-42). Alemania dominaba el socialismo, desde Marx hasta Bernstein, Kautsky y Rosa

Luxemburgo, líderes del mayor partido socialista del mundo, el SPD. Hacia 1900, a medida que el liberalismo se desvanecía, tanto los socialistas franceses y alemanes como los conservadores autoritarios dominaron el pensamiento político europeo. La nueva derecha radical se difundió hacia el este y el sur desde los dos grandes actores de la "zona fronteriza", franceses y alemanes.

83

Las preocupaciones francesas y alemanas diferían. Los derechistas franceses se centraron en el estatismo, los alemanes en el nacionalismo. Esto se debía a que Francia tenía territorios colonizados y pocas disputas étnicas (Alsacia-Lorena estaba disputada pero contenía pocas tensiones étnicas). En cambio, los franceses se disputaban qué tipo de Estado llenaría ese territorio. Sus intelectuales protofascistas de principios de siglo se sintieron estimulados por la derrota de la República frente a la derecha monárquica, militar y ultramontana, y propusieron nuevas formas de estatismo que abrazaban la modernidad, el "nacionalismo integral" y la movilización de masas. Así pues, el derechismo francés tenía más atractivo en países con fronteras claras, donde la nación no era problemática pero el Estado sí. Maurras, Barres y Action Française fueron los más citados en España, Portugal e Italia. Italia se distinguía por el hecho de que tanto liberales como conservadores gravitaban hacia ese protofascismo. Pero se trataba de liberales que no habían conseguido institucionalizar las prácticas liberales en sus países.

En cambio, los alemanes carecían de un Estado único. Discutían sobre las ventajas de una Klein (pequeña) y una Gross Deutschland (que incluía Austria y otras zonas donde vivían alemanes étnicos), mientras que los principales Estados alemanes, Prusia/Alemania y Austria, compartían constituciones similares. Así que los alemanes debatían más sobre la etnia que sobre las constituciones estatales. Los derechistas generaron un nacionalismo orgánico *völkisch* ("folclórico", "popular"). Éste resonó más en zonas de Europa donde se discutía la relación de la etnia con el Estado, en la mayor parte del este y en los Balcanes. El etnonacionalismo fue encabezado inicialmente por los alemanes austriacos, ya que sólo Austria poseía un imperio europeo envuelto en disputas entre naciones "imperiales" y "proletarias". Aunque el darwinismo social se extendió por todo el continente, las tierras alemanas más orientales lo adaptaron a las diferencias étnicas intraeuropeas, producto del antisemitismo y de la disociación entre nación y Estado que allí se daba.

La Gran Guerra redujo la influencia geopolítica de ambos países pero aumentó el nacionalismo. El rumano Eliade denunció a los "traidores transilvanos... que creen en la democracia y han aprendido francés" (Ioanid 1990: 155). El nacionalismo germánico *völkisch* se extendió hacia el este, especialmente en medio del resentimiento por el resultado de la guerra. El nacionalismo también se inspiró de forma más general en el énfasis filosófico germánico en la "voluntad" y la "lucha" de los héroes o las élites contra la decadencia, la corrupción y lo banal, popularizado por Nietzsche, Wagner, Spengler y la distinción de Sombart entre los "héroes" germánicos y los "comerciantes" anglosajones. Nietzsche y Spengler eran autores populares en todas partes; Maurras, Barras y otros eran leídos esporádicamente en el noroeste. Pero resonaban mucho menos en las prácticas cotidianas de las democracias liberales o en medio del protestantismo o el catolicismo despolitizados.

84

Una tercera influencia alemana se dejó sentir a través del dominio del sistema universitario alemán en el siglo XIX, y con él la sistematización del conocimiento en general (Collins 1998: cap. 13). Las universidades alemanas dominaron especialmente la filosofía. Pero la filología, la etnografía y la arqueología alemanas influyeron enormemente en el nacionalismo. Los nacionalistas rechazan formalmente las influencias extranjeras, insistiendo en su propia "singularidad cósmica". Las visiones nacionalistas de *la Hispanidad*, el Hungarismo, "el Pueblo Ario", "la Tercera Civilización Griega" y "la Segunda Roma" afirmaban estar arraigadas en una historia, una civilización y un suelo nacionales únicos. Un fascista rumano proclamó: "Nuestro nacionalismo sólo aceptará al superhombre y a la supernación elegidos por la gracia de Dios" (Ioanid 1990: 114). Sin embargo, el nacionalismo era en realidad una doctrina comparativa en la que la genealogía de cada nación se insertaba en una historia civilizacional más amplia, influida por la erudición dominada por los alemanes sobre los indoeuropeos, los arios, el orientalismo, el Antiguo Testamento, los bárbaros y el cristianismo primitivo. A partir de la popularización de los escritos eruditos, Rumanía se proclamó "la única nación ortodoxa latina y la única ortodoxa latina". Los nacionalistas húngaros identificaron tres pueblos elegidos del mundo: Alemanes, japoneses y magiares. Los magiares, el único pueblo "turano" de cultura occidental, podían mediar de forma única entre oriente y occidente para fundar un "tercer imperio intermedio". Los turcos aportaron una visión alternativa de un Imperio Medio turanio. Se trataba de mitos histórico-mundiales influidos por la erudición europea, especialmente alemana, de la preguerra.

En el periodo de entreguerras, el estatismo y el militarismo germánicos tradicionales se mezclaron con el nacionalismo *völkisch* y el antisemitismo para dar lugar al nazismo. Su influencia se extendió más hacia el este que hacia el sur, donde las fronteras estatales eran más firmes y el racismo y el antisemitismo más débiles. El estatismo francés se fusionó con el liberalismo de tendencia autoritaria y el sindicalismo italianos para generar el fascismo italiano. Pareto y Mosca se adaptaron para sugerir que las élites que perseguían valores morales absolutos, fueran cuales fueran los medios, eran superiores al parlamentarismo "corrupto" de la "Italia legal". El corporativismo de Spann se inspiró en las nociones austriacas de organización por "estamentos", el corporativismo rumano de Manoilescu fue pionero en la teoría de la dependencia periférica. Al igual que Gentile en Italia, sus esquemas corporativistas de reorganización social mezclaban la eficiencia económica con la nación integral y "el hombre nuevo". El corporativismo de partido único del fascismo italiano fue imitado desde Polonia y los países bálticos hasta España y Portugal. Ayudada por el estilo teatral y la retórica de Mussolini, Italia se convirtió en el centro de la nueva derecha durante la década de 1920. A medida que el fascismo crecía, absorbía más influencia católica. El compromiso de Mussolini con el Papa fue imitado en otros lugares, y la Francia católica, España y Portugal adaptaron el clerico-fascismo austriaco.

85

Las iglesias proporcionaron infraestructuras clave de comunicación ideológica. Habían sido el "alma" de los antiguos regímenes y seguían siendo poderosas fuerzas de masas, a través de sistemas escolares que proporcionaban aproximadamente la mitad de los

Europeos alfabetizados, y a través de sermones y cartas pastorales que llegaban a todas las parroquias y se reproducían en periódicos y revistas. Los mensajes religiosos fluían a través de tres macrorregiones distintas: protestante, ortodoxa y católica. Pero también estaban arraigados en cada uno de los Estados.

La mayoría de las grandes confesiones protestantes eran iglesias estatales "establecidas". En el noroeste, sus sistemas educativos se habían fusionado con el Estado o existían en tándem armonioso con el sistema estatal. Tendían a reforzar el Estado del noroeste, conservador, procapitalista y prodemocrático, sólo ligeramente estatista y nacionalista. El respeto protestante por el individuo y la comunidad local también generó sectas disidentes en Escandinavia y Gran Bretaña que reforzaron la democracia liberal y social. Las iglesias protestantes del noroeste rara vez fomentaron el derechismo radical. Alemania fue diferente, la única iglesia protestante establecida que siguió siendo el alma de un régimen semiautoritario hasta 1918. Ahora desconfiaba de los partidos laicos y católicos de la República de Weimar, y muchos eclesiásticos buscaban un Estado alternativo con sentido de lo sagrado. Encontraron el nazismo.

En un principio, las iglesias ortodoxas orientales se asemejaron al protestantismo al "establecerse" en sus propios estados locales. Pero la mayoría estaban subordinadas a gobernantes extranjeros: austriacos, rusos o turcos. Los monarcas de los nuevos Estados ortodoxos del siglo XIX, como Bulgaria, Rumanía y Grecia, también procedían de dinastías extranjeras. Así pues, las iglesias ortodoxas tendían a representar no el alma del Estado, sino el alma del pueblo, a menudo del campesinado. Los seminarios y escuelas ortodoxas ayudaron a los movimientos de liberación nacional emergentes y al nacionalismo orgánico. La combinación de un estatismo suave (derivado de su quietismo político y su gusto por la jerarquía) y un nacionalismo más pronunciado produjo resultados políticos variados. Sin embargo, importantes facciones de varias iglesias ortodoxas se inclinaron hacia la derecha radical e incluso hacia el fascismo, especialmente en Rumanía (véase el capítulo 8).

La Iglesia católica es transnacional, salvo que su base se encuentra en Italia. En algunos países, su conjunto de órdenes y escuelas de enseñanza sobresale por encima de las escuelas estatales. Hacía tiempo que las jerarquías católicas se habían reconciliado con los Estados en los que constituían la religión dominante. En el siglo XIX constituían el alma de los antiguos regímenes.

86

Pero entonces se vieron acosados por liberales y socialistas que pretendían secularizar el Estado. El Estado italiano fue laico desde el primer momento. Hacia 1900, la Iglesia también estaba perdiendo la batalla en Francia y los Países Bajos. Así, algunos católicos de la jerarquía y de las órdenes de enseñanza se sintieron atraídos por preocupaciones "sociales" y "corporativistas". Se asemejaban al fascismo en su ambigüedad de izquierdas y derechas (Fogarty 1957; Mayeur 1980). Alentado por la encíclica papal *Rerum novarum* de 1891, el "catolicismo social" penetró primero en zonas económicamente avanzadas como Bélgica, Francia, el sur de Alemania y Austria. Se fundaron sindicatos católicos y partidos de masas. El movimiento se extendió luego hacia el este y el sur, generando partidos como el Zentrum alemán, los socialcristianos austriacos, los popolari italianos y los mauristas españoles en la época de la Primera Guerra Mundial. El fascismo se basaría

en el espíritu social y jerárquico del "catolicismo social". Pero en Francia y Bélgica las facciones sociales y jerárquicas se dividieron. Los católicos sociales generaron movimientos de izquierda, mientras que algunos de los que hacían hincapié en la jerarquía se integraron en pequeños movimientos fascistas. El Integralismo Lusitano portugués absorbió los textos de Action Française y los transmitió a España a principios de los años veinte. El misticismo católico se mezcló con el nacionalismo orgánico. El llamamiento de Maurras a un nacionalismo populista basado en el orden, la jerarquía y la comunidad como defensa contra el individualismo, la secularización, el liberalismo y el socialismo resonó en todos los países católicos, y también tuvo cierta influencia en la Grecia ortodoxa y en los Balcanes (Augustinos 1977; Morodo 1985: 92-100, 107-14; Lyttleton 1987: 16-20; Close 1990: 205-11; Gallagher 1990: 157-8).

Así pues, los poderes ideológicos religiosos se ejercieron de forma diversa. La religión reforzó la solidez macrorregional del bloque de países del noroeste, favoreciendo un compromiso democrático liberal entre el centro-derecha y el centro-izquierda. La religión no tuvo un efecto general único en otros lugares. Las iglesias tendían a ver a la izquierda impía como el principal enemigo, pero ¿a quién apoyarían contra la izquierda? El nacionalismo de las iglesias ortodoxas podía volverse conservador o radical. Pero allí donde los antiguos regímenes y la iglesia que los acompañaba seguían siendo fuertes, las iglesias podían moverse un poco hacia la derecha, aunque desconfiando del fascismo (por ejemplo, en España). Pero los viejos regímenes más débiles y vulnerables habían perdido parte del aura sagrada que Weber llamó "legitimidad tradicional". Esta pérdida produjo un pánico moral en el que algunos eclesiásticos empezaron a ver con simpatía el corporativismo o incluso el fascismo, como en Alemania, Austria, Italia y Rumanía. En medio del debilitamiento de los antiguos regímenes, las tres religiones podrían verse tentadas por las pretensiones morales y trascendentes del fascismo, no a rechazar el modernismo, sino a resacralizarlo. El fascismo surgió en países en los que las iglesias habían desempeñado un papel importante, aunque ahora en declive, en las relaciones de poder político, y los fascistas lo explotaron consiguiendo transferir parte del sentido de lo sagrado de Dios al Estado-nación.

87

Ahora estamos más cerca de explicar los resultados distintivamente fascistas, ya que estos son cuatro de los cinco principales movimientos fascistas. Como otros han señalado, los movimientos fascistas de éxito intentaron modernizar y nacionalizar el sentido de lo sagrado. El espíritu religioso del fascismo rumano y (en menor medida) del austrofascismo era evidente. El fascismo italiano se especializó en sus propios rituales sagrados no cristianos. Gentile (1990, 1996) afirma que resacralizó un estado italiano que había sido previamente desacralizado - y el Papa lo vio con simpatía. Los mítines de Nuremberg y similares también estaban diseñados para impartir lo sagrado, y muchos eclesiásticos protestantes alemanes se convirtieron en nazis. Es ir demasiado lejos describir el fascismo como una religión (como hacen Burleigh 2000 y Griffin 2001), ya que el fascismo consideraba que sólo los hombres traían el progreso y el renacimiento y no tenía ninguna concepción de lo divino. Pero el fascismo solía contar con la ayuda de las religiones establecidas y tomó prestadas muchas de sus técnicas, al igual que tomó prestadas técnicas de los movimientos socialistas.

Las instituciones educativas laicas también fueron cruciales para la transmisión de valores. Entre 1900 y 1930, el número de estudiantes universitarios se multiplicó por cuatro en todo el mundo más desarrollado, un ritmo de expansión mayor incluso que el de finales de los años cincuenta y sesenta. En ambos periodos, el aumento provocó una explosión de la política estudiantil. En la década de 1960 se dirigió hacia la izquierda; después de la Primera Guerra Mundial se dirigió bruscamente hacia la derecha. La tabla 2.2 muestra que la expansión fue mayor en los países autoritarios. Si eliminamos del cálculo los dos casos atípicos, Bulgaria y Dinamarca, la expansión universitaria fue entre un 50% y un 100% mayor en los países autoritarios que en los liberales en el periodo inmediatamente anterior a la llegada al poder de los autoritarios. La diferencia disminuyó a finales de la década de 1920, ya que los fascistas y autoritarios que llegaron al poder en Italia y Hungría redujeron deliberadamente el número de estudiantes turbulentos. La ampliación de las cohortes de estudiantes significaba jóvenes intelectuales "más brutos" que experimentaban la discontinuidad entre la universidad y sus orígenes familiares. Recordemos que esta expansión se produjo bajo el dominio universitario alemán. Se estaba exportando *una Problemmatik* alemana en un momento de crisis económica, militar y política masiva, no una receta para socializar a la juventud europea en un liberalismo pacífico. También hubo una contribución generacional. Las nuevas ideologías derechistas también estaban impregnadas de la moral característica del idealismo juvenil. Las hazañas de D'Annunzio, el primero en explotar la publicidad teatral y glorificar a la juventud, se difundieron rápidamente entre los estudiantes. Mussolini no tardó en imitarlo. Los nacional-estadistas extremistas promulgaron el culto a la juventud, los fascistas sobre todo. Puesto que el fascismo era juvenil, era por tanto moderno, la sociedad del futuro -así proclamaban persuasivamente los fascistas a las nuevas cohortes de jóvenes. Los jóvenes siempre constituyeron su principal bastión de apoyo.

88

Cuadro 2.2. *Expansión del número de estudiantes universitarios 1900-1930, países autoritarios y democráticos*

	Ratio 1900 = 1,00		Ratio 1920 = 1,00	
	1910	1920	1930	1930
Austria	1.63	-	-	0.97
Bulgaria	4.90	19.31	22.45	1.16
Alemania	1.58	2.56	2.90	1.13
Hungría	1.33			0.98
Italia	1.03	2.05	1.78	0.87
Japón	1.92	3.20	7.28	2.28
Polonia				1.86
Portugal	1.07	2.53	4.78	1.89
Rumanía				1.98
España				1.52
Yugoslavia				1.31
Autoritario medio	1.92	5.93	7.84	1.45
Bélgica	1.47	1.73	2.01	1.16
Checoslovaquia				1.15

Dinamarca	2.00	2.64	12.78	4.84
Finlandia	1.19	1.25	2.57	2.06
Francia	1.38	1.67	2.63	1.58
Irlanda				1.18
Países Bajos	1.32	1.81	3.85	2.12
Noruega	1.10	1.31	2.48	1.90
Suecia				1.11
Suiza	1.62	1.65	1.63	0.99
REINO UNIDO	1.48	1.93	2.09	1.08
EE.UU.	1.45	2.52	4.90	1.94
Media democrata	1.45	1.83	3.88	1.76

Fuente: Mitchell 1993, 1995, 1998.

Como vemos a continuación, en todos los países los profesionales con estudios superiores y los estudiantes de instituto, universidad, seminario y academia militar contribuyeron de forma desproporcionada al fascismo en la mitad autoritaria de Europa. En cambio, los movimientos fascistas del noroeste tenían una composición más variable. Los estudiantes destacaban en Francia y Finlandia, pero no en Escandinavia o Gran Bretaña. Los veteranos militares siempre estuvieron sobrerrepresentados inmediatamente después de la Gran Guerra, pero las academias militares del noroeste siguieron produciendo jóvenes de tendencia fascista sólo en Francia. En la mitad autoritaria de Europa, la mayor parte de la educación era estatal y solía ser un bastión del estatismo conservador, mientras que la educación eclesiástica producía graduados más variados. En algunos países, los profesores también eran nacionalistas.¹² Los estudiantes estaban en todas partes en la vanguardia fascista.

89

¿Por qué atrajo el fascismo a la intelectualidad menor masificada? En cierta medida reflejaba el dominio de las universidades alemanas y de las academias militares alemanas y francesas en los sistemas educativos continentales. Pero el poder y el estatus de los intelectuales que eran "notables" en el antiguo régimen también podían verse amenazados por el auge de los movimientos de masas. La explicación económica sería que los profesionales y estudiantes de alto nivel educativo se volvieron inempleables, receptivos a la política radical y más proclives a ser de derechas por ser de clase media. Una explicación más "ideal" sería que a los intelectuales se les confía el poder ideológico en la sociedad. Su trabajo consiste en explorar cuestiones de significado último. Si hay una crisis de sentido (producida por la concatenación de las crisis contemporáneas), ellos la experimentarán más gravemente y serán los pioneros de nuevas respuestas plausibles a la crisis. De hecho, las personas con un alto nivel educativo que se volvieron fascistas no eran las que sufrían las mayores dificultades económicas. Parecen haberse pasado al fascismo porque se sintieron atraídos por el mensaje de un estatismo nacional trascendente. Por supuesto, la ideología nunca viene desencarnada. Estas personas habitaban medios sociales en los que este mensaje parecía más plausible. Sus vísperas

¹² España no se ajustaba a este modelo, ya que las universidades estaban más divididas, influidas por antiguas tradiciones liberales y a veces laicas, así como por el estatismo conservador (véase el capítulo 9).

cotidianas le daban resonancia.

Dado que la mayoría de los fascistas eran varones jóvenes, algunos han sugerido que se trataba de "la generación de 1914", cuya primera experiencia adulta fue la Primera Guerra Mundial (por ejemplo, Wohl 1979). Mis estudios de caso revelan que no sólo en las trincheras, sino también en las academias militares, las universidades y los institutos germinaron los valores extremistas del estatismo nacional y el paramilitarismo, y entre al menos dos y a veces tres generaciones de hombres jóvenes. Esto había comenzado antes de la Primera Guerra Mundial. Gran parte del cuerpo de oficiales de Europa del Este había asistido a las academias prusianas o de los Habsburgo de la preguerra. Metaxas, Codreanu y Szalasi dieron fe de su importancia en la formación de sus ideas. La expansión de los sistemas de reserva había puesto a la mayoría de los jóvenes en contacto con el nacionalismo militarista. La Primera Guerra Mundial lo consolidó. La cohorte de jóvenes que dejó tras de sí estaba armada, uniformada y comprometida con el paramilitarismo como medio para llevar a cabo el cambio político. Las academias militares continuaron difundiendo el nacionalismo militar.

He delineado provisionalmente las redes ideológicas que comunicaban las ideas autoritarias y fascistas. Algunas eran transnacionales, la mayoría derivadas de los estados de la zona fronteriza de Alemania y Francia, pero se difundieron sobre todo por el centro, este y sur de Europa, para ser reinterpretadas dentro de cada tradición nacional. Los principales portadores -jóvenes varones educados y militares o religiosos- desarrollaron el fascismo como todo un sistema de significados. Sus redes de comunicación ideológica también parecen haber añadido la distintiva mezcla juvenil fascista de moralización y violencia que suele considerarse su lado "no racional". Sin embargo, el centro, el este y el sur no eran un bloque monolítico, y he identificado algunas de las infraestructuras, especialmente religiosas, que contribuyeron con diferentes tipos de autoritarismo en toda la región. Pero esto es sólo el principio para identificar las causas ideológicas. Es de esperar que los estudios de casos revelen más.

90

CONCLUSIÓN

La oleada de nacionalismo y estatismo de entreguerras fue probablemente imparable. Por todas partes surgían Estados-nación más fuertes y aislados. Sin embargo, el auge podría haber culminado en formas más moderadas de estatismo nacional. La principal división -tanto conceptual como geográfica- era entre la democracia liberal y las formas de autoritarismo de derechas. Casi todos los vencedores de la Primera Guerra Mundial se decantaron por la primera. Sin embargo, no fue fácil establecer Estados-nación democráticos liberales por decreto, como intentaron los perdedores en 1918. En el centro, este y sur de Europa, sin el refuerzo de las tradiciones y de la cultura de toda la región, la democracia parlamentaria parecía frágil y arriesgada. La aversión al riesgo en medio de una preocupación ideológica por el orden y la seguridad podía conducir a ataques represivos preventivos. Ceder poderes soberanos al adversario en caso de derrota electoral era rutinario en el noroeste, pero problemático en otros lugares, donde

"nosotros" representábamos cada vez más la moralidad, la civilización y la nación orgánica, "ellos" los amenazadores traidores "extranjeros". Los partidos estaban a menudo más comprometidos con objetivos de valores sustantivos que con las reglas del juego democrático (Linz 1978). Cuando un movimiento cree que su fin justifica los medios, recurrirá más fácilmente a la violencia.

A la inversa, la soberanía parlamentaria se rutinizó en todo el noroeste y así resistió. Aquí, los socialistas resistieron a los comunistas, los conservadores a los nacionalistas orgánicos, todos suscribiendo una racionalidad instrumental de medios y no de fines -de votantes indecisos y del término medio- derivada de su implicación histórica a largo plazo en las instituciones liberales de compromiso. El noroeste resistió las crisis hasta que los ejércitos de Hitler marcharon sobre ellos. Aunque sacudido por la Gran Depresión, por oleadas de huelgas y por alianzas partidistas fluctuantes, no estuvo en grave peligro por su propia derecha autoritaria. El ascenso del fascismo no se veía aquí como el amanecer de una nueva era, sino como una amenaza lejana y desagradable para la civilización. El noroeste respondió a la crisis moviéndose vacilantemente hacia el centro, para ampliar el sufragio y profundizar en los estados del bienestar. Esa parte de la explicación parece obvia. Las arraigadas relaciones de poder político mantuvieron a raya a los autoritarios, incluso en un periodo de grave crisis económica y cierta tensión de clase. Así pues, no es necesario multiplicar los estudios de casos sobre las democracias liberales atrincheradas, ya que variaron muy poco.

91

Pero aún no podemos explicar el autoritarismo, especialmente su variante fascista. Tenemos un problema de "sobredeterminación". Los tiempos favorecían más el estatismo nacional, pero las cuatro fuentes de poder social y las cuatro crisis de la modernidad contribuyeron a explicar el auge del autoritarismo y el fascismo. El conflicto de clases impulsado por el desarrollo tardío y las crisis capitalistas alimentaron el autoritarismo y el fascismo. También lo hizo la crisis militar, a través de la derrota, la desorganización, el paramilitarismo emergente y el rearme. También lo hizo el doble estado semiautoritario/semiliberal del centro, este y sur de Europa. También lo hicieron las redes de comunicación ideológica, modeladas por la división regional, que transmitían mensajes a una juventud educada y armada que rozaban cada vez más el fascismo. Lo ideal sería establecer el peso relativo de estas cuatro grandes causas del autoritarismo y el fascismo mediante un análisis multivariante. Pero sólo hay un número limitado de países como casos y sólo dos Europas. A ambos lados de la línea divisoria tenemos una serie de posibles causas muy interrelacionadas.

Puede que los cinco movimientos fascistas tuvieran causas diferentes. Después de todo, Italia se hizo fascista muy pronto, Alemania era una Gran Potencia revisionista, Austria era un país marchito con dos movimientos fascistas diferentes, Hungría estaba marchita, Rumanía hinchada, ambas con autoritarios robando ropajes fascistas. Todos podrían ser casos muy diferentes. Una explicación de los regímenes fascistas se limitaría en gran medida a dos casos. El análisis comparativo no puede hacer frente a números tan pequeños. En lugar de ello, me centraré en los detalles del método de estudio de casos, y volveré a las explicaciones generales en mi último capítulo.

3

Italia

Fascistas prístinos

El fascismo se hizo en Italia. Aunque los intelectuales de preguerra a los que posteriormente se etiquetó como "fascistas" procedían de diversos países, como movimiento de masas el fascismo italiano fue el caso más prístino. La propia palabra es italiana, de *fascio*, un manojo de palos atados, utilizado entonces para describir a cualquier grupo político pequeño y unido, en el sentido de que los palos tendrían más fuerza si estuvieran fuertemente unidos, como los grupos humanos si estuvieran unidos por una fuerte camaradería. Nótese que indica organización, no valores. Mussolini destacó además su derivación del latín *fascis*, el símbolo de autoridad popular de la antigua República Romana, un hacha atada con varas, que utilizó como icono del movimiento.

Aunque en la Italia de preguerra se difundieron ideas que más tarde se denominarían "fascistas", el fascismo propiamente dicho no surgió hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Tras declararse neutral en 1914, el gobierno italiano se unió a la Entente en 1915, atraído por las promesas de territorios que ganar al Imperio de los Habsburgo. Pero la entrada en la guerra suscitó serios conflictos. Los años 1915 y 1916 fueron testigos de manifestaciones masivas, disturbios y peleas callejeras entre movimientos a favor y en contra de la guerra. Esto había sucedido con fuerza a otras dos perturbaciones: una gran ampliación del sufragio masculino introducida repentinamente (por razones tácticas) por el primer ministro Giolitti en 1912 y un periodo de agitación industrial que había aumentado el poder del ala izquierda "maximalista" del Partido Socialista. Muchos conservadores y liberales temían que el parlamentarismo liberal se viera amenazado desde las calles. Las divisiones en torno a la guerra debilitaron al Estado y dividieron a los principales partidos, incluidos los liberales y conservadores en el poder. En el Partido Socialista, la dirección se opuso a la guerra, lo que convirtió al PSI en único entre los principales partidos socialistas. Esto llevó a los socialistas "patriotas" -incluido Benito Mussolini- a romper con el partido y unirse a nacionalistas radicales, intelectuales futuristas y sindicalistas para crear el movimiento fascista. Parte de la izquierda italiana se sentía fuertemente atraída por el nacionalismo. Aunque los movimientos obreros de otros países demostrarían entusiasmo patriótico, sólo los izquierdistas italianos se unieron a los nacionalistas para formar un nuevo gran partido.

Esta unión tenía tres condiciones previas importantes. En primer lugar, muchos italianos distinguían claramente entre la nación italiana y el Estado italiano. Había una fuerte sensación popular de que el Estado italiano había sido creado en la década de 1860

por maniobras diplomáticas entre la clase alta y gobiernos extranjeros, en el curso de las cuales el movimiento popular de los rojos de Garibaldi había sido marginado. Los nacionalistas habían intentado repetidamente reavivar el fervor nacional populista, y muchos simpatizaban con la visión izquierdista del Estado como una farsa, cuyos parlamentarios conservadores y liberales sólo representaban a los ricos. Dado que la Iglesia católica también era hostil a este Estado secularizador y se mantenía al margen de la política, el Estado carecía de autoridad sagrada en la derecha. No existía un difuso "antiguo régimen" que controlara este Estado. Los términos contemporáneos eran que lo "legal" no era lo mismo que la Italia "real", es decir, que el Estado no representaba a la nación.

En segundo lugar, el movimiento obrero italiano contenía un importante elemento sindicalista. Los sindicalistas rechazaban el énfasis marxista en el partido y el Estado, argumentando que los "sindicatos" (sindicatos y asociaciones profesionales) podían lograr la revolución. Los partidos sólo representaban a las "masas electorales", mientras que los sindicatos representaban la base material de la vida y, por tanto, podían convertirse en auténticas comunidades. El sindicato de cada ocupación especializada podía forzar la subida del precio de su mano de obra mediante el monopolio de la cualificación, pero el exceso de oferta de mano de obra no cualificada significaba que sus huelgas debían ser generales y violentas. Los trabajadores deben ser obligados a compartir el trabajo y las privaciones para forzar la subida de su precio. Con el tiempo, las huelgas violentas e insurreccionales podrían unir a todas las ocupaciones en un único proletariado revolucionario. Tras la revolución, la sociedad se estructuraría en "un estado de sindicatos", en gran medida descentralizado y autogobernado, aunque encarnando una "aristocracia de productores" tecnocrática. Aunque los sindicalistas eran formalmente antiestatalistas, compartían con los fascistas el antisocialismo y el gusto por la violencia. Al incorporar *todas las* ocupaciones productivas al proletariado, algunos sindicalistas se alejaron de la preocupación marxiana por la clase para ensalzar el poder de todo el "pueblo" o "nación". Para los sindicalistas, el proletariado *era* la nación, asediada.

En tercer lugar, el nacionalismo italiano también tenía muchos elementos de izquierdas. No respaldaba el Estado existente, aunque los nacionalistas esperaban que el populismo pudiera revitalizarlo. Italia era "la última (o la más débil) de las Grandes Potencias", la única "privada de Emperio". Como dijo Corradini en 1911, Italia era una "nación proletaria" explotada por las Grandes Potencias burguesas. Esa retórica caló hondo, y hubo un considerable apoyo popular para que Italia lograra la "liberación" de la presión austriaca en sus fronteras y se lanzara a través del Mediterráneo en busca de colonias en Libia. Para los nacionalistas de izquierda, la nación *era* el proletariado asediado. El puente entre sindicalismo y nacionalismo lo tendieron los futuristas. Originalmente un grupo cultural y artístico, desarrollaron justo antes de la Gran Guerra un programa político que combinaba un nacionalismo agresivo con la visión de una futura sociedad tecnocrático-industrial. Su desprecio por el parlamentarismo liberal les llevó hacia un programa de "acción más que de palabras" (De Felice 1995: 738-41).

Las divisiones ocasionadas por la Gran Guerra produjeron entonces entre estas fuerzas dispares un intervencionismo nacionalista de izquierdas que luego se convirtió en

fascismo. Sin la guerra, no habría habido fascismo, afirma con razón Saladino (1966). Una de las cuatro crisis de la modernidad identificadas en el capítulo 2 -la guerra total ciudadana- había precipitado el fascismo, en su primera forma prístina. Pero también presuponía una crisis política y una crisis económica: un Estado débil y sólo medio legítimo que intentaba una rápida transición hacia el sufragio masculino pleno en medio de una recesión de posguerra y una guerra de clases entre una clase capitalista relativamente débil y un movimiento obrero dividido. Mussolini y otras 190 personas fundaron *los fasti di combattimento* ("grupos de combatientes") en marzo de 1919 en San Sepulcro, Milán. Predominaban los antiguos soldados, seguidos de sindicalistas revolucionarios, socialistas patrióticos y futuristas. El modelo eran los *fasti* futuristas, de los que se habían formado treinta en los tres meses anteriores (De Felice 1995: 476). De los 85 con ocupaciones conocidas, 21 eran escritores y periodistas, 20 trabajadores de cuello blanco, 12 obreros, cinco industriales y cuatro profesores. Casi todos tenían menos de 40 años, y el 15% menos de 20 años. Cinco eran judíos (Gentile 1989: 35).

Rebautizado como Partito Nazionale Fascista (PNF), el movimiento contaba con 20.000 miembros a finales de 1920, casi 100.000 en abril de 1921 y 320.000 en noviembre de 1921: un crecimiento muy rápido. Era menos un partido que un paramilitar, y en octubre de 1922 marchó sobre Roma. El gobierno podría haber resistido esta demostración de fuerza poco abrumadora de los fascistas, pero capituló y pidió a Mussolini que dirigiera un gobierno de coalición. Tres años más tarde se había convertido en dictador. El fascismo había alcanzado una cuota de poder en tres años y el poder total en seis. ¿Por qué tuvo un éxito tan rápido? ¿Quién lo apoyó y por qué?

DOS TEORÍAS SOBRE EL FASCISMO ITALIANO

96

Una teoría procede de los eruditos, la otra de los fascistas. Aunque la guerra ciudadana generó y alimentó primero el fascismo, la mayoría de los estudiosos sostienen que una crisis capitalista provocó su gran expansión. El fascismo, dicen, se hizo esencialmente burgués o pequeñoburgués, su "derechismo radical" alimentado por el descontento económico de estas clases, y luego utilizado por la clase capitalista para suprimir el trabajo y el socialismo. La contribución distintiva del fascismo italiano, dicen, fue mantener el conflicto de clases incorporando a los trabajadores a organizaciones estatales corporativistas. Aunque ésta ha sido una interpretación popular de todos los movimientos fascistas, sólo en Italia ha sido dominante desde entonces (Salvemini 1973: 129; Tasca 1976: 340; De Felice 1980; Abse 1986, 1996; Revelli 1987; Lyttleton 1987: 49-50; Brustein 1991; Luebbert 1991: 274; Elazar 1993). Estos escritores mencionan otras causas del fascismo -una democracia liberal frágil y repentinamente ampliada, el nacionalismo, el militarismo, la juventud- pero las subordinan a la clase. Algunos hacen hincapié en el descontento de las clases rurales, otros en el de las clases urbanas; y las opiniones difieren sobre las contribuciones relativas de los capitalistas, la clase media y la clase media baja. ¿Protegió el fascismo a los capitalistas de la revolución proletaria, o fue el radicalismo pequeñoburgués? Pero incluso los relatos más matizados (Roberts 1980; Lyttleton 1996) siguen siendo variaciones sobre un tema burgués. Algunos disidentes

(por ejemplo, Saladino 1966; Gentile, 1996) han visto el fascismo menos como un movimiento de clase que como un nacionalismo extremo, una "religión cívica" de la nación. Pero la teoría de clase predomina, especialmente cuando se trata de identificar quiénes eran los fascistas y por qué se habían convertido en fascistas.

La teoría de clases más interesante es la de Salvatorelli (1923: 130-6), completada por De Felice (1977: 128-31, 175-92; 1980). Salvatorelli creía que la guerra había intensificado el estrangulamiento de las clases media y media baja entre las clases proletaria y capitalista, más organizadas. La ideología fascista se centraba en un nacionalismo "típicamente pequeñoburgués". Aunque los desempleados y los trabajadores de la artesanía también dieron su apoyo, "el elemento pequeñoburgués no sólo predomina numéricamente, sino que... es el elemento característico y director.... El [f]ascismo representa la lucha de clases de la clase media baja que estaba encajonada entre el capitalismo y el proletariado, como el tercero entre dos combatientes". Su núcleo se encontraba entre los empleados estatales, los burócratas y los profesionales -llamados por Salvatorelli "la pequeña burguesía humanista"- que no constituían "una verdadera clase social con fuerza y funciones propias, sino un conglomerado que vivía al margen del proceso de producción capitalista." Así pues, argumentaba, el fascismo no tenía una visión genuina del desarrollo social y económico y, por tanto, no podía trascender el conflicto de clases. Los fascistas tendrían que provocar la ruina de la civilización capitalista o venderse a los capitalistas. Esperaba que hicieran lo segundo. De Felice dividió esta clase media de forma ligeramente diferente, en una clase media tradicional (agricultores, comerciantes, profesionales, pequeños empresarios), con cierta autonomía y homogeneidad, y una nueva clase media (empleados de cuello blanco e intelectuales asalariados), con menos. En la posguerra, la nueva clase media fue la que más sufrió y la que proporcionó el principal impulso fascista. Las causas ideológicas, militares o políticas tienden a entrar en la explicación de ambos sólo en la medida en que producen consecuencias económicas y de clase. Así, la Primera Guerra Mundial exacerbó el descontento de la clase media; la democracia italiana resultó frágil debido a sus sesgos de clase; el nacionalismo era esencialmente "pequeñoburgués" (cf. Tasca 1976: 323, 358).

97

Pero esta visión centrada en la clase no era la de los propios fascistas. Es parte de mi metodología de "tomar en serio a los fascistas" dejar que hablen por sí mismos. El relato del propio Mussolini es *La doctrina política y social del fascismo*, escrito en 1932 a partir de material recopilado por Gentile. Para entonces Mussolini ya era un dictador que deseaba legitimar su régimen, por lo que debemos corregir el elemento propagandístico del documento con algunas de sus declaraciones previas al golpe. Mussolini comienza diciendo que primero se había sentido atraído a la política por la "doctrina de la acción" socialista. Esto era cierto (como lo era para otros intelectuales fascistas citados en el capítulo 1). El joven Mussolini había instado repetidamente a sus camaradas socialistas a "hacer la historia, no a soportarla" mediante una "organización de guerreros" que se preparaban para "el mayor baño de sangre de todos." Pero declara que en 1918 "el socialismo ya estaba muerto como doctrina: sólo existía como odio." El fascismo surgió entonces, dice, de las cenizas del socialismo como una "tercera fuerza" que condujo "a la clase obrera a un liderazgo real y efectivo" bajo una "estricta disciplina militar." Del

nacionalista D'Annunzio, Mussolini tomó luego prestado un culto al paramilitarismo y a la juventud, un culto elitista al liderazgo y una confianza en que podía manipular a las multitudes a través de mitos, símbolos y rituales. Esto significa que el ritual se convirtió en un refuerzo vital para la ideología formal en la práctica del movimiento, como han argumentado Berezin (1997) y Gentile (1996). También alimentó el desprecio del fascismo por la democracia, expresado aquí por Mussolini:

La democracia ha privado a la vida del pueblo de "estilo": es decir, de una línea de conducta, del color, de la fuerza, de lo pintoresco, de lo inesperado, de lo místico: en suma, de todo lo que cuenta en la vida de las masas. Tocamos la lira con todas sus cuerdas: de la violencia a la religión, del arte a la política.

Nótese la unión de política, arte y estilo, tan típica del fascismo.

Mussolini olvida mencionar que en 1919 el fascismo había sido de izquierdas, comprometido con la jornada de ocho horas y el control obrero. Los sindicalistas de izquierdas Panunzio, Gentile, Rossoni y Olivetti proporcionaron gran parte de la retórica del movimiento, añadiendo a sus diferentes maneras más sindicalismo "integral" o corporativismo. Declararon que "todo el movimiento de la clase obrera debe orquestarse hacia las aspiraciones superiores de la nación" y que "el estatismo y el sindicalismo están en proceso de fusión." Mussolini desconfiaba un poco de ellos. Entre 1922 y 1924 aún alimentaba esperanzas de liderar una coalición parlamentaria fascista/socialista contra el conservadurismo y la democracia liberal burguesa. Esta aparente adopción de la vía parlamentaria alienó a los futuristas, que abandonaron el movimiento. Pero Mussolini abandonó pronto el parlamentarismo y pasó a domesticar a sus sindicalistas integrándolos en un Estado corporativista más vertical. Proclamaba un "Estado ético totalitario", con el control obrero olvidado y los izquierdistas acallados (Nolte 1965: 202-8, 258; Gregor 1979: 106-14; De Felice 1995; Dahl 1999: 46-70; Riley 2002: cap. 2).

98

El paramilitarismo, herencia de las teorías idealistas de la "acción" concretadas por la experiencia de la guerra, había sido un estribillo más constante. A principios de 1919, Mussolini se unió a los futuristas para abrazar la "acción" en lugar de las "palabras" (asociadas al parlamentarismo asfixiante), silenciando con éxito a los nacionalistas democráticos y a los socialistas. Los primeros *fasci* se fundaron en marzo y los primeros muertos llegaron al mes siguiente. Entonces, el primer gran congreso del PNF, en 1921, proclamó sus "escuadrones de acción", los *squadristi*, "una milicia revolucionaria puesta al servicio de la nación... siguiendo tres principios: orden, disciplina, jerarquía" (Gentile 1989: 398). Como dice Dahl (1999: 145-6), las huelgas, la acción y la violencia dirigidas por el bien contra el mal fueron cruciales para la mezcla italiana de sindicalismo y estatismo. En 1932, Mussolini seguía proclamando las virtudes paramilitares:

Sólo la guerra lleva a su máxima tensión toda la energía humana y pone su sello de nobleza en los pueblos que tienen el valor de enfrentarse a ella.... [El orgulloso lema del *Squadrista*, *Me ne frego* [*"Me importa un bledo"*, o en las trincheras, la obscena expresión "Me masturbo con ello"], escrito en el vendaje de la herida es un acto de filosofía... la educación para el combate, la aceptación de los riesgos que el combate

implica, y una nueva forma de vida para Italia... santidad y heroísmo... influidos por ningún motivo económico.

Las virtudes paramilitares estaban ligadas al culto a la juventud y al martirio, pues los soldados eran jóvenes que se arriesgaban a morir. La propia Italia era una nación "joven", unida sólo desde la década de 1860, "proletaria", explotada por naciones "plutocráticas" más antiguas. Un movimiento que movilizara las enérgicas energías de su juventud podría acabar con esta explotación. Gentile (1996: 23-7) dice que el paramilitarismo fue una "santa cruzada", unida por rituales de la santa comunión. Su sangre, dice (con cierta exageración), era como la de Cristo y los mártires cristianos. Como proclamó el líder de *los squadristi* de Lucca en un funeral por los fascistas locales en 1921: "Oh Santísima Trinidad, nacida de la sangre: tu sangre, nuestra sangre. Las venas se vacían de su flujo más vital para crear una nueva pila bautismal: el cáliz lleno de su don escarlata". Por supuesto, a diferencia de Cristo, estos fascistas fueron asesinados mientras intentaban matar a otros, pues ésta era la ideología del asesinato moral. El fascismo era demasiado de este mundo y demasiado instrumental para ser realmente una religión.

99 Tras hacerse con el poder, Mussolini subordinó los paramilitares al Estado, al igual que subordinó la violencia real a su conmemoración ritual. Para usar términos nazis, el "orden" tenía que tomar el relevo de la "salvajada". En 1932 afirmaba que su Estado era una "democracia organizada, centralizada y autoritaria" unitaria, capaz de representar "orgánicamente" a la nación:

El fundamento del fascismo es el Estado como absoluto, en comparación con el cual todos los individuos o grupos son relativos, sólo concebibles en su relación con el Estado.... [El Estado fascista es consciente de sí mismo, tiene voluntad y personalidad... representa el espíritu inmanente de la nación.... Es la única fuerza que puede aportar una solución a las dramáticas contradicciones del capitalismo. No es reaccionario, sino revolucionario.

Este Estado hace obsoleta "la rivalidad de los partidos... y la irresponsabilidad de los montajes políticos..... El fascismo niega que la guerra de clases pueda ser la fuerza preponderante en la transformación de la sociedad". Era supuestamente un Estado trascendente.

El Estado también es imperialista: "La expansión de la nación es una manifestación esencial de vitalidad.... El imperio exige disciplina, la coordinación de todas las fuerzas y un profundo sentido del deber y del sacrificio.... [Nunca antes la nación había estado tan necesitada de autoridad, de dirección y de orden".

En 1932, Mussolini se centraba en la guerra, el nacionalismo orgánico y el Estado. El paramilitarismo se consideraba incómodo para el Estado, pero seguía siendo importante desde el punto de vista retórico y organizativo, ya que el fascismo continuaba intentando la movilización de masas. Y aunque el partido había expuesto una amplia gama de políticas económicas y sociales, las consideraba derivadas de la primacía de la nación, el militarismo y el Estado (Delzell 1970: 27-37). Incluso el corporativismo se defendía menos en términos de eficiencia económica que de su capacidad para trascender los

conflictos de clase y de grupos de interés y movilizar a las masas (Berezin 1997: 60-3). El fascismo italiano había surgido en la inmediata posguerra. Así pues, el problema económico no era tanto la recesión como el conflicto de clases de la posguerra.

Éste se convirtió en el programa fascista estándar en toda Europa, revelando los valores fascistas centrales distinguidos en el Capítulo 1: un estatismo nacional orgánico y paramilitar, que pretendía trascender el conflicto social. Las principales peculiaridades italianas consistieron en ser los primeros en exhibir una gran variedad ideológica, y en domesticar su paramilitarismo "radical" para convertirlo en un estatismo menos dinámico, aunque movilizado. Esto también debilitó los llamamientos a limpiar la nación de sus enemigos: los paramilitares ya habían cumplido la tarea de limpiar Italia de sus oponentes políticos, mientras que había poca sensación de enemigos étnicos, excepto más tarde en África.

100

Cualquier exposición breve de la doctrina fascista debe simplificar. El fascismo italiano era un movimiento en desarrollo, pluralista, descentralizado e incluso desordenado. Sus paramilitares valoraban más la acción que la ideología, mientras que Mussolini era un líder oportunista. No obstante, la mayoría de los fascistas italianos pensaban que no defendían una ideología de clase, sino una doctrina de estatismo nacional trascendente y orgánico, envuelta en un fervor moral antimaterialista: una transformación total de la sociedad. Algunos dicen que el fascismo era "la religión de Italia", "la religión de la nación", "la milicia de la nación"; sus enemigos eran "traidores a la nación". Dicen que el movimiento hacía hincapié en la fe, los símbolos, los rituales, el culto a los mártires que morían para purificar la nación. En cada sucursal del partido había un santuario dedicado a la nación y a sus mártires (Gentile 1990, 1996). Pero los líderes fascistas eran muy conscientes de que en Italia existía una verdadera religión: la que obraba milagros, la que infundía un sentimiento de asombro, la que reverenciaba las cosas apartadas del reino material. No era el fascismo, sino el catolicismo. Así que intentaron tejer rituales fascistas con su manto sagrado.

Estas dos visiones del fascismo -que hacen hincapié en la clase y en el Estado-nación- son muy diferentes. Las teorías de clase implican negar el significado y la sinceridad de la ideología fascista. Forman parte de la tradición de no tomar en serio a los fascistas. ¿Era Mussolini sincero, engañaba o se engañaba al hacer hincapié en esto último? ¿Estaba al frente de un movimiento de clase o lideraba un movimiento genuinamente comprometido con ideas paramilitares de estado-nación? A continuación veremos que hacía ambas cosas.

¿QUIÉNES ERAN LOS FASCISTAS?

Género, edad, militarismo

Como en todos mis estudios de casos, examino con cierto detalle los antecedentes sociales de los fascistas. Ofrecen las mejores pruebas sobre los fascistas corrientes. Sin embargo, los movimientos sociales no son meros agregados de individuos, cada uno de

los cuales puede contarse por igual y estáticamente. Los movimientos contienen estructuras y procesos sociales particulares. Este movimiento fascista respetaba enormemente el orden y la jerarquía, y la consecución de un poder sustancial dentro del movimiento era una parte importante de la "carrera" de los fascistas. Además, la violencia paramilitar confería poderes distintivos a un movimiento "de masas" (aunque menos que "mayoritario") comprometido con la violencia. Como en todos los movimientos fascistas, la violencia fue clave para su éxito. Debemos observar a estos fascistas en acción, además de contar sus atributos individuales.

101

Pero empiezo por los atributos conocidos de la masa de fascistas. Por desgracia, los datos italianos no son abundantes. El PNF solo hizo un cálculo del origen social de sus miembros, basado en los registros de la mitad de sus 320.000 miembros de noviembre de 1921. Esperamos que fuera una mitad representativa, ya que disponemos de pocas fuentes de información. Los estudiosos se han centrado en su composición de clase. Sin embargo, su sexo, edad y composición militar son más sorprendentes.

El movimiento había comenzado con algunas aportaciones feministas. Nueve mujeres habían asistido a la reunión fundacional en San Sepulcro, el 5% de los presentes, y las primeras ideas fascistas/sindicalistas incluían cierto librepensamiento sobre el género y la sexualidad. Pero la violencia del movimiento lo convirtió rápidamente en masculinista. En 1922, sólo entre el 1% y el 2% de los miembros de pleno derecho eran mujeres, y no había mujeres dirigentes. Por supuesto, otros partidos probablemente eran similares, ya que las mujeres italianas no podían votar. De hecho, las organizaciones auxiliares de mujeres fascistas pronto se hicieron más grandes y más activas que las de cualquier movimiento rival, salvo la Iglesia católica. El fascismo reclutó a muchas mujeres escépticas ante el feminismo centrado en el empleo que llegó a dominar la mayoría de los movimientos feministas liberales y socialistas occidentales. Pero la causa más importante del crecimiento de las organizaciones fascistas de mujeres fue probablemente la pretensión del fascismo de ser un movimiento "totalitario". El movimiento tenía que organizar a las mujeres para controlarlas. No deseaba hacerlo de forma coercitiva, así que lo consiguió principalmente a través de actividades sociales y rituales. El fascismo honraba a las mujeres como madres, "reproductoras de la nación", "ángeles del hogar". Les otorgaba un papel en la nación no sólo en principio, sino en ceremonias rituales comparables a las de la religión. El Concordato con el Papa permitió al movimiento organizar ceremonias casi religiosas en honor a las madres o viudas de los mártires fascistas y a las mujeres que donaban sus anillos de boda para proporcionar oro para la Guerra de África (Berezin 1997). De Grazia (1992: 35) considera que ahora el fascismo "nacionalizaba" a las mujeres, al igual que se había nacionalizado a los hombres a finales del siglo XIX. Las políticas sociales tomadas del catolicismo social ayudaron a las mujeres mediante una legislación protectora en el trabajo y ayudas sociales a las madres y a las familias numerosas. Aunque estaban surgiendo políticas comparables en otros países católicos, la Italia fascista estaba a la cabeza, aunque su efecto sobre las mujeres trabajadoras puede haberse visto contrarrestado por otras políticas laborales del fascismo que tendían a perjudicar tanto a los trabajadores como a las trabajadoras (Caldwell 1986; Willson 1996). El fascismo también permitió a las mujeres marchar, manifestarse,

participar en desfiles deportivos y dramáticos y llevar uniformes elegantes. Muchas se sintieron liberadas por la novedad de estos papeles públicos (Passerini 1987: 193). Como señala Willson (1996: 81), el fascismo fue el primer movimiento que llevó a las mujeres al escenario nacional, aunque sus líneas fueron escritas principalmente por hombres. El movimiento inicial y la toma del poder también habían sido decididamente "machistas". Pero las mujeres italianas llegaron a ofrecer tanto apoyo pasivo al régimen fascista establecido como los hombres.

102

Los fascistas también eran jóvenes. En la lista nacional, el 25% de los afiliados tenía menos de veintiún años. Probablemente la mayoría del resto no eran mucho mayores. La edad media de los afiliados tanto en Reggio Emilia como en la provincia de Bolonia en 1922 era de veinticinco años, y la de los *squadristi* tanto en Bolonia como en Florencia era de veintitrés (Cavandoli 1972: 135; Suzzi Valli 2000: 135; Reichardt 2002: 347). Sus diputados parlamentarios eran en su mayoría treintañeros (más jóvenes que en otros partidos), al igual que sus secretarios regionales (Gentile 2000: 411, 491). A diferencia de otros partidos, prácticamente ningún líder tenía más de cincuenta años. Los hombres jóvenes dominaban especialmente la violencia fascista. Entre los 400 "mártires" fascistas homenajeados por el partido, en una cuarta parte se menciona su edad y tenían una media de veintiún años. La mayoría de los fascistas de la preguerra pertenecían a una sola generación, nacidos entre 1890 y 1905 aproximadamente. Supongo que éste era fácilmente el más joven y menos casado de los partidos italianos (aunque no dispongo de datos reales de afiliación de otros partidos). Incluso los diputados fascistas (elegidos por su respetabilidad) eran de media trece años más jóvenes que los demás diputados.

La juventud, entrelazada con el paramilitarismo, fue probablemente responsable de la combinación fascista (que se da en todos los países) de moralidad, modernismo y asesinato. Los militantes eran violentos pero se les consideraba "idealistas", "modernos" y "la ola del futuro". Dado que Italia era considerada en la retórica pública como una "nación joven", se afirmaba que la juventud fascista la ejemplificaba. Y cuando consideramos la clase, debemos recordar que el fascismo movilizaba especialmente a hombres jóvenes y solteros, cuya experiencia difícilmente puede considerarse típica de las clases a las que los asignamos. Y cuando se combinaba con el género, la juventud marcaba una enorme diferencia: El fascismo se asemejaba a una violenta banda de adolescentes varones, aunque una inusualmente "idealista", con sus lazos primarios cimentando una fuerte y violenta camaradería (Lyttleton 1987: 244). Es fácil ver el atractivo para los jóvenes varones del lema *me ne Jr ego*. Y es fácil ver el poder que esa violencia disciplinada e ideológicamente legitimada podría conferir al fascismo frente a los partidos políticos que debatían, se manifestaban, pero no se jugaban la vida. El propio Mussolini declaró que sus *squadristi* gobernarían mediante *la trincerocrazia* ("poder de trincheras"). Era la generación de 1916, movilizada por el militarismo.

103

De hecho, la mayoría de ellos ya estaban entrenados en la violencia militar. Alrededor del 57% de los miembros de 1921 habían luchado en la guerra (DeFelice 1966: 7; Revelli 1987: 18). Sin embargo, prácticamente ninguno de la cuarta parte que en 1921 tenía menos de veintiún años (y ninguna de las pocas mujeres) pudo haber luchado en la guerra. Por tanto, alrededor del 80 por ciento de los fascistas que cumplían los requisitos

para el servicio militar (varones de entre veinte y cuarenta y cuatro años durante 1916-18) debieron de haber luchado. Incluso más de los líderes habían luchado: entre el 68 y el 81 por ciento de las cohortes de secretarios regionales hasta 1931 eran veteranos (Gentile 2000: 495). La tasa más alta de reclutamiento en tiempos de guerra en Italia entre este grupo de edad había sido de alrededor del 23 por ciento - una proporción de sobrerrepresentación de 3,5. De hecho, suele decirse que los primeros militantes fascistas procedían en su mayoría de los soldados voluntarios de élite conocidos como *arditi*. Parece que algunas unidades de los *arditi* se pasaron al por mayor a los fascistas, en su mayoría dirigidas por oficiales futuristas. Se complementaron principalmente con estudiantes, demasiado jóvenes para haber combatido, pero aparentemente animados por un nacionalismo extremo similar. Los primeros *squadristi* parecen haber sido jóvenes con un alto nivel educativo (Gentile 1989: 74; Snowden 1989: 158-60; Riley 2002: cap. 2). Probablemente una cuarta parte de *los arditi* se hicieron fascistas, y otros se unieron a otros movimientos nacionalistas. Dado que la mayoría de los trabajadores industriales estaban exentos del servicio militar, la mayoría de *los arditi* eran antiguos campesinos que servían a las órdenes de oficiales de clase media. Algunos contemporáneos creían que los oficiales subalternos estaban sobrerrepresentados entre los fascistas. Gramsci (1971: 212-13) creía que los oficiales de carrera ordinarios procedían desproporcionadamente de la "mediana y pequeña burguesía rural", y que su formación les confería los valores y el poder para defender sus intereses de clase por la fuerza. Se sentían atraídos al fascismo tanto por objetivos económicos como por medios militares.

Dado que el ejército contaba con tres millones de hombres, sólo una pequeña proporción se hizo fascista. La mayoría de los soldados sólo querían una rápida desmovilización a la vida civil y estaban más preocupados por el empleo o la educación que por la ideología. ¿Los descontentos materiales llevaron a algunos al fascismo, como se afirma a menudo? Se ha investigado poco sobre esta cuestión. Más soldados se unieron a la asociación de veteranos más convencional, vagamente relacionada *con el popolarì* católico, pero que se limitaba a presionar para conseguir empleo y prestaciones sociales y a oponerse realmente al fascismo. Se formó un pequeño paramilitar de izquierdas, los *Arditi del Popolo*, pero fue rechazado por los partidos socialista y comunista, que (como veremos más adelante) preferían la retórica a la acción real. Otros se unieron a la Legión nacionalista de d'Annunzio (Ledeen 1977). El fascismo proporcionó un destino más "radical" a una pequeña minoría de veteranos, manteniendo vivas su organización y su camaradería. Su experiencia les proporcionó unos valores militaristas y una organización duraderos. Afirmaban que la camaradería, la disciplina y el nacionalismo igualitario de las trincheras podían resolver los males de Italia. Al igual que "no había diferencias de clase en el frente", el paramilitarismo podía ahora "trascender" las diferencias de clase. El dirigente socialista Turati hizo hincapié en la habituación a la violencia que implicaban tales "carreras":

104

La guerra... acostumbró tanto a los jóvenes como a los adultos al uso cotidiano de armas usuales e inusuales.... [Elogió el asesinato individual y colectivo, el chantaje, la detención, la broma macabra, la tortura de los prisioneros, las "expediciones punitivas", las ejecuciones sumarias [Creó en general la atmósfera en la que sólo el bacilo

fascista podía crecer y extenderse (citado en Nolte 1965: 144).

Para estos fascistas, la violencia paramilitar disciplinada era vista positivamente, como algo moral. Gentile (1996) cita a muchos de los ideólogos oficiales proclamando la espiritualidad del paramilitarismo. Uno se pregunta cómo lo entendían los jóvenes matones que permanecían en posición de firmes frente a los que pronunciaban los discursos. Balbo, el líder de los *squadristi*, tenía los pies un poco más en la tierra. Había servido con distinción en el frente durante la guerra, y allí confió a su diario: "¿Luchar, luchar, volver a casa, a la tierra de Giolitti [el archi-fijador primer ministro], que transformó cada ideal en una propuesta de negocio? No, mejor negarlo todo, destruirlo todo, para renovarse desde los cimientos". La violencia, escribió, era "la forma más rápida y definitiva de alcanzar el objetivo revolucionario..... Nada de hipocresía burguesa, nada de sentimentalismo: la acción, directa y tajante, llevada hasta el final, cueste lo que cueste" (Segre 1987: 34). Pero sí tenía el sentido de dirigir a los matones hacia un fin superior. Describía a sus *squadristi* como los herederos de "la santa chusma de Garibaldi", los camisas rojas que habían liberado a Italia de la opresión extranjera, una analogía que a menudo hacían los fascistas.

El paramilitarismo también confería una identidad social concreta y envolvente. Los soldados que regresaban eran jóvenes, en su mayoría solteros con poca experiencia en el mercado laboral, poco integrados en comunidades locales centradas en la familia, la ocupación y la religión, propensos a identificarse con la nación en su conjunto, a la que el ejército de masas había afirmado "representar" (Linz 1976: 37). Cuando los miembros fascistas son descritos en los archivos del partido como *arditi*, no se les asigna ninguna otra etiqueta de clase u ocupación, como si se tratara de una identidad social total (Misefari y Marzotti 1980). Es posible que nunca hayan estado en una situación laboral o familiar que pudiera proporcionarles otras identidades adultas. Sus habilidades militares habrían sido sus principales habilidades, el militarismo estaba entre sus principales valores, la unidad *squadristi* su vida social y proveedora de un sentido emocional de pertenencia, de camaradería. A diferencia de los nazis, el partido y los paramilitares no solían estar separados: Los activistas locales del partido solían llamarse simplemente "*squadristi*". Tasca (1976: 345; cf. Lyttleton 1987: 46-9, Snowden 1989: 157) concluyó que el fascismo *era* paramilitarismo, y que su ventaja sobre sus oponentes era la ferocidad paramilitar disciplinada. Pero bajo una disciplina (algo laxa), a menudo viviendo permanentemente en barracones, con un tratamiento despiadado de los "traidores", el paramilitarismo jerárquico también socializaba coercitivamente a los propios fascistas en una vida de violencia colectiva. *Los squadristi* eran un sustituto del empleo, la comunidad y la iglesia. Enjaulaban y coaccionaban a sus miembros para que disfrutaran de una vida de violencia. En su retórica, los creadores de discursos fascistas respaldaban la filosofía de la acción. Pero eso es también lo que los paramilitares practicaban en realidad. Al hacerlo, coaccionaban a otros para que acataran los dictados fascistas. Como con todos los paramilitares fascistas más grandes, debemos entender esta doble coacción, de camaradas y enemigos, como crucial para el éxito de los fascistas.

Sin embargo, la carrera violenta de los fascistas italianos fue diferente a la de otros

fascismos. Como en todas partes, la primera cohorte de reclutas procedía directamente de la guerra, pero la cohorte fascista italiana fue única al pasar directamente de la violencia a la rápida toma del poder, sin pasar por un periodo de prolongada actividad electoral. Una vez en el poder, los paramilitares fueron domesticados por Mussolini mediante su integración en un paramilitarismo estatal bien pagado, el MSVN. Un segundo estallido de violencia, ahora patrocinado por el Estado, se produjo a finales de la década de 1930 en África, y un tercer estallido se produjo cerca del final de la guerra en Europa. Así pues, los fascistas italianos tuvieron carreras desiguales en la violencia. La primera fase fue efímera, supuestamente legitimada por valores militares y una situación de "guerra civil". La segunda y la tercera fase (de las que hablaré en mi próximo volumen), aunque asesinas, fueron efímeras y se ocultaron un poco de la mirada de la mayoría de los italianos.

La mayoría de los primeros fascistas italianos eran jóvenes organizados en bandas paramilitares. La mayoría habían luchado de jóvenes en la guerra, otros eran incluso más jóvenes. Todos ellos se iniciaron en el militarismo y/o el paramilitarismo entre los dieciocho y los veintiún años, ya fuera en la guerra o en los *squadristi*. ¿Qué mejor lema para ellos que *me ne Jrego?* Hasta aquí podrían parecer más cercanos a la concepción del fascismo de Mussolini que a la de Salvatorelli y De Felice. De hecho, se deleitaban parodiando a los teóricos de clase, mofándose de sus oponentes marxistas con el hiriente epíteto de "burgueses". Dado que el italiano *borghese* también significa "civil", la burla significaba mandar al infierno a la "respetable", psicológicamente "reprimida" y "débil" "burguesía". Como veremos, "juventud", "acción" e incluso "violencia" llegaron a tener también una resonancia ideológica más amplia.

Región

106

El fascismo era más fuerte en las dos pequeñas regiones "fronterizas amenazadas" de Italia, el norte del Alto Adigio (Tirol del Sur), disputado con Austria, y el noreste, disputado con Yugoslavia. En marzo de 1921, sólo Trieste aportó casi 15.000 de los 80.000 miembros del movimiento, más del doble de la contribución de cualquier otra provincia. Trieste y la vecina provincia de Udine aportaban el 20% de los miembros fascistas (había setenta y una provincias). Inmediatamente después de la guerra, con las fronteras revisadas aún en disputa, muchos veían el norte y el noreste como "amenazados", y muchos de sus habitantes recurrieron al estatismo nacional extremo para protegerse del creciente nacionalismo austro-alemán y esloveno (De Felice 1966: 8-11; Linz 1976: 82-4, 92; Steinberg 1986). Pero el fascismo también era fuerte en las ciudades modernas del norte de Italia, desde donde se extendió a las regiones agrarias más avanzadas del noreste y centro-norte, es decir, en Venecia Julia, del Véneto, todo el valle del Po, Toscana y Umbría. Luego se capturaron también las principales ciudades del noroeste. Riley (2002: cap. 2) señala que estas eran las zonas más modernas de Italia. Las zonas agrarias tenían relaciones de producción muy variadas: algunas con grandes terratenientes, otras con pequeñas explotaciones campesinas. Pero lo que todas estas zonas fascistas tenían en común eran unas "sociedades civiles" relativamente fuertes,

medidas por densas redes de asociaciones voluntarias como cooperativas y cámaras de trabajo. Concluye que el fascismo se extendió más allá donde la sociedad civil era más fuerte y donde podía movilizar a las asociaciones voluntarias existentes. Finalmente, tras la Marcha sobre Roma, el fascismo pudo extenderse por la mayor parte del país. En 1923, alrededor del 40% de los miembros se encontraban en el centro de Italia, el 37% en el norte e incluso el 23% en el sur, aunque los distritos meridionales realmente atrasados permanecieron prácticamente intactos. En 1922, la contribución relativa de Trieste y Udine se había reducido al 5%, mientras que la de las siete mayores ciudades italianas había caído del 39% al 25% (Revelli 1987: 22).

Los fascistas del noreste siguieron siendo distintivos. Los afiliados de Udine en 1922 se detallan en la fila 2 de la tabla 3.1 del apéndice. Aunque de clase media moderada, se extendían por la mayor parte de la mano de obra local.¹ Calculo una relación entre la contribución porcentual de un grupo al movimiento fascista comparada con su porcentaje en el conjunto de la población activa. Esto genera un índice de sobrerrepresentación o infrarrepresentación fascista. Los valores superiores a 1,0 indican una sobrerrepresentación de los fascistas, mientras que los inferiores a 1,0 indican una infrarrepresentación. Calculo estos índices a lo largo de los capítulos de mis estudios de caso.² En Udine, los empleados de la administración pública o privada eran el grupo más sobrerrepresentado (con una proporción de 3,1), seguidos por los grandes propietarios y los profesionales (proporciones de 1,5). Los trabajadores del comercio están más o menos en paridad (1,1). Los trabajadores de la industria están muy poco representados (0,5). En la agricultura, la proporción es de 0,4, pero hay que tener en cuenta que se trata de una ciudad. Sin embargo, en la categoría "administración" había trabajadores manuales del sector público. Si los restáramos, obtendríamos una proporción de "empleados de cuello blanco" de aproximadamente 2,0 puntos. Ellos, y no la "pequeña burguesía clásica (es decir, la independiente)", eran probablemente el grupo más sobrerrepresentado. Los obreros constituían más de la cuarta parte del partido de Udine, pero estaban algo infrarrepresentados (proporción de alrededor de 0,75). En Trieste, los contemporáneos describían a los fascistas como multclasistas. Sus violentos ataques a los socialistas locales y a los eslovenos llevaron al control de las calles antes que en otros lugares. Los periódicos decían que el fascismo local era más fuerte entre los trabajadores y los funcionarios públicos, y que combinaba un nacionalismo agresivo y un sindicalismo unidos en manifestaciones y desfiles provocadores. Algunos fascistas atacaban a los judíos, pero más atacaban al "enemigo" socialista, aquí también identificado como "eslavo" o esloveno y por tanto "extranjero". El fascismo en Alto Adige también era fuerte, y ésta

¹ He excluido el gran número de "otros" de la población activa. Pueden ser escolares (ya que el censo es de los que tienen diez años o más). También excluyo a los militares de ambos lados de la ecuación. Friuli era una provincia fronteriza que albergaba grandes fuerzas armadas procedentes de fuera de la provincia.

² Un grupo grande de la fuerza de trabajo no puede alcanzar una proporción tan alta o tan baja como uno más pequeño. Dado que los trabajadores manuales formaban generalmente alrededor de la mitad de la mano de obra, incluso en un partido *enteramente* proletario su proporción no podía exceder mucho de 2,0. Sin embargo, la proporción de un grupo pequeño -como los estudiantes- podía exceder de 20,0. Sin embargo, la proporción de un grupo pequeño -como los estudiantes- podría superar el 20,0.1 podría haber añadido un factor de corrección normalizador a estas proporciones, pero la estadística resultante carecería de significado inmediato e intuitivo. Ninguna estadística puede revelarlo todo.

fue la primera administración regional tomada por los fascistas (Silvestri 1969; Payne 1995: 108; Abse 1996). En estas dos zonas, los fascistas apoyaban la política étnica, incluida la discriminación de otros grupos étnicos, que en el peor de los casos iba acompañada de violencia dirigida a la limpieza étnica, con el fin de presionar a las minorías para que huyeran. Sin embargo, los asesinatos eran poco frecuentes y no se aireaban planes formales de deportación. Las presiones coercitivas a la emigración fueron comunes en prácticamente todas las fronteras en disputa de Europa tras la Primera Guerra Mundial (como muestra mi próximo volumen complementario), e Italia no fue una excepción. Aquí fomentó claramente el fascismo.

107

Este patrón resulta ser común. En las zonas fronterizas supuestamente "amenazadas", el fascismo atrajo a la mayoría de las clases. Dado que Italia era una península con buenas relaciones y sin disputas fronterizas con sus principales vecinos, Francia y Suiza, sólo había dos pequeñas regiones fronterizas "amenazadas", Trieste y el Tirol del Sur. Si hubiera habido más, el fascismo italiano podría haber tenido una base de clase más amplia, y sus tendencias de limpieza podrían haber sido más étnicas y menos políticas.

Clase

Como en todos los países, la mayor parte de la atención se ha prestado al origen de clase de los fascistas. Y, como de costumbre, la mayoría de los estudiosos ven a estos fascistas como predominantemente de clase media o media baja. Sin embargo, la mejor fuente, la lista nacional de miembros, no respalda inequívocamente esta opinión (Payne 1995: 104, también se da cuenta de ello). La fila 1 de la tabla 3.1 del apéndice muestra que los obreros constituían el 41 por ciento de los miembros del PNF. Formaban el 46 por ciento de la mano de obra nacional (Sylos Labini 1978), una proporción de 0,86, que indica sólo una ligera subrepresentación. Sin embargo, la proporción para los trabajadores no agrícolas era sólo de 0,64,³ mientras que los trabajadores agrícolas estaban ligeramente sobrerrepresentados (una proporción de 1,10). Es posible que el fascismo tuviera una base más amplia en el campo, aunque las ciudades se ajustan parcialmente a la opinión de clase ortodoxa de que el fascismo no atrajo a tantos trabajadores.

108

Sin embargo, estos datos plantean problemas. En primer lugar, al ser jóvenes, cabe esperar que la mayoría de los fascistas tuvieran un nivel profesional inferior al del conjunto de la población adulta. Por tanto, los miembros podrían haber sido potencialmente más de clase media de lo que indican estas cifras, aunque no hay forma de probar esta sospecha. En segundo lugar, los datos sobre la población activa incluyen a las mujeres trabajadoras, pero había pocas mujeres fascistas. La proporción de mujeres en la población activa era algo mayor en la agricultura que en la industria o en la mayoría de los sectores de servicios. Por tanto, si pudiéramos excluir a las mujeres de nuestros

³ Esto supone que la categoría "lavoratori dell'industria" también incluye a los trabajadores manuales del sector servicios (aunque los marineros figuran por separado). Si no es así, las cifras de afiliación al partido infravalorarían la contribución de los trabajadores.

cálculos, la proporción de clase trabajadora entre los fascistas agrarios podría aumentar hasta quizás 1,15-1,20, mientras que la proporción no agraria descendería ligeramente. En tercer lugar, los límites entre jornaleros agrícolas y pequeños propietarios agrícolas eran difusos, ya que muchos jornaleros y aparceros a menudo tenían parcelas muy pequeñas, lo que significaba que eran tanto jornaleros como arrendatarios o propietarios. También había muchas gradaciones de derechos de arrendatario. Es difícil asignar a las personas identidades de clase claras en el campo. Como veremos más adelante, esta difusa zona de clases estaba en el centro de la lucha fascista-socialista en el campo. En cuarto lugar, las cifras de 1921 podrían verse afectadas por la "persuasión coercitiva" fascista entre los trabajadores. Para entonces, muchas organizaciones socialistas ya estaban siendo reprimidas por la violencia fascista, y los trabajadores se unían a los sindicatos fascistas -algunos obligados- sobre todo porque parecían ser los únicos sindicatos efectivos que quedaban (Tasca 1976). Así pues, el fascismo puede haber sido bastante más de clase media de lo que revelan las cifras, especialmente en las ciudades, pero mucho menos en el campo. Sin embargo, los datos no son buenos.

¿Qué tipo de sobrerrepresentación de la clase media había? En los nacionalistas, los artesanos y pequeños comerciantes - "la pequeña burguesía clásica"- sólo tenían una proporción de 0,77, por lo que estaban infrarrepresentados. Sus homólogos rurales, campesinos y arrendatarios, tenían una proporción aún menor (0,39). ¿Es esto real? ¿Se estaba etiquetando a los pequeños campesinos como obreros? Los grandes empresarios están sobrerrepresentados (2,5), aunque son pocos. Los del sector terciario eran claramente los más fascistas, especialmente los más cualificados desde el punto de vista educativo. Los estudiantes representaban nada menos que el 13% de todos los afiliados, lo que arroja una proporción masiva de 9,3 (véase la fila 4 de la tabla 3.1 del apéndice). Se estima que entre el 4 y el 5 por ciento de los profesores y entre el 12 y el 13 por ciento de los estudiantes eran fascistas en 1920-21, lo que convierte al PNF en el mayor movimiento en las escuelas y universidades. La mayoría de los estudiantes universitarios de este periodo eran de origen de clase media (Petersen 1975: 660). Los tipos de profesiones a los que se dedicaban los estudiantes también estaban muy sobrerrepresentados. La proporción para las profesiones era de 8,3, para los trabajadores de cuello blanco de 10,9, y para los empleados públicos y profesores de 3,0. La teoría de Salvatorelli empieza a parecer pertinente (como señalan Linz 1976 y Weiss 1988: 32-5), aunque para la clase media juvenil. La burguesía juvenil "humanista" o culta era la parte principal de la clase media atraída por el fascismo. Pero su alto nivel educativo no sugeriría que fuera especialmente pequeñoburguesa.

109

Estas cifras sugerirían que el fascismo tenía más miembros de la clase obrera en el campo de lo que su reputación de "pequeño burgués" sugeriría. Pero esta etiqueta -matizada por grandes diferencias sectoriales - puede aplicarse mejor en las ciudades. Por tanto, debemos distinguir el fascismo urbano del rural.

Clase en las ciudades. Disponemos de estimaciones sobre los orígenes de clase de los fascistas en varias ciudades. Las filas 4 y 5 de la Tabla 3.1 del Apéndice detallan los miembros fascistas o *squadristi* en las ciudades bastión de Bolonia, Florencia y Reggio

Emilia. Bolonia y Florencia son importantes ciudades universitarias, y sólo los estudiantes aportaron prácticamente la mitad de sus *squadristi*. De hecho, se trataba de escuadrones decididamente burgueses, en los que los trabajadores y la pequeña burguesía estaban infrarrepresentados, mientras que los profesionales y los empleados públicos estaban especialmente sobrerrepresentados. Dado que, según Suzzi Valli (2000), los estudiantes solían ser más de ciencias que de letras, ino se trataba de la "burguesía humanista" en sentido estricto! En Reggio Emilia los obreros también estaban infrarrepresentados, al igual que en el interior de la ciudad (más adelante veremos que no ocurría lo mismo en los alrededores de Bolonia). Cavandoli (1972: 133) señala que esto se debía en parte a que muchos trabajadores acababan de abandonar el partido local, descontentos por su deriva hacia la derecha. También parece asignar los "artesanos" a la clase media, clasificación que resulta problemática en la mayoría de los países de este periodo.⁴ Las pocas denominaciones de puestos de trabajo que proporciona, como "queseros" y "artistas callejeros", parecen evocar más una economía informal de trastienda que a artesanos independientes seguros. Los empleados de cuello blanco eran los más sobrerrepresentados en estas muestras, probablemente seguidos de la zona gris donde la actividad artesanal se encuentra con el mercado laboral informal y ocasional.

Las filas 5 y 6 de la Tabla 3.1 del Apéndice detallan dos muestras nacionales predominantemente urbanas de "mártires" fascistas (que murieron por la causa) y de paramilitares del MVSN. Parece que la violencia fascista fue perpetrada en gran medida por hombres de las ciudades. Los grupos dominantes eran estudiantes, obreros y trabajadores del sector público -que en Italia eran principalmente policías y soldados, a menudo fascistas encubiertos antes de la toma del poder, abiertos después. Nótese, sin embargo, que los trabajadores seguían estando algo infrarrepresentados. Como señala Reichardt (2002: 344), los mártires italianos diferían de los mártires nazis (SA), que eran en su inmensa mayoría obreros o artesanos, con pocos estudiantes o funcionarios públicos. Los fascistas del puerto industrial de Livorno (donde el socialismo era fuerte) eran principalmente de clase media. Un 19% se describen como "profesionales liberales, industriales o estudiantes", un 30% como de cuello blanco, un 18% como "pequeño burgueses" (que incluía artesanos y profesores del sector público) y sólo un 9% como obreros (una proporción local de sólo 0,20). Un ex miembro escribió amargamente que "aquí el fascismo es odiado por todos los trabajadores". Había más trabajadores en el MVSN local: los estudiantes formaban el 28 por ciento de los paramilitares, los trabajadores de cuello blanco el 22 por ciento, el resto de la clase media el 20 por ciento y los trabajadores el 29 por ciento - una proporción de 0,71 (Abse 1986: 68-9). Las cifras de la pequeña ciudad de Arezzo se dan en porcentajes sospechosamente redondeados: 50% de tenderos, comerciantes y trabajadores de cuello blanco, 25% de profesionales y estudiantes y 25% de obreros (Lyttleton 1987: 68). Snowden (1989: 165-77) cree que la

⁴ En casi todos los países, etiquetas como "artesano" o "manualista" son ambiguas. ¿Se trata de un trabajador cualificado por cuenta ajena o de un pequeño maestro independiente, que tal vez emplea a otros? Los estudios sobre el nazismo solían clasificar a los *Handwerker* principalmente como estos últimos, es decir, como pequeños burgueses clásicos (por ejemplo, Kater 1983), lo que ayudaba a una teoría del fascismo basada en la clase media baja. Escritores recientes (p. ej., Mühlberger 1987, 1991) clasifican a la mayoría como clase obrera, ayudando a una teoría relativamente sin clases. Los datos siguen siendo los mismos, pero cambia la interpretación.

mayoría de los partidos toscanos eran pequeñoburgueses hasta 1922, cuando empezaron a afiliarse obreros industriales procedentes de los derrotados sindicatos socialistas. Sin embargo, cuando da cifras anteriores (de cinco pequeñas ciudades toscanas sin industria pesada), los trabajadores representaban entre una cuarta parte y la mitad de los afiliados en cada una de ellas. La mayoría trabajaban en talleres bastante pequeños, no en fábricas de gran envergadura.

110

Lyttleton (1987: 49-71) afirma que el núcleo fascista de los primeros estudiantes y veteranos se amplió con sindicatos "amarillos" y católicos activos en industrias menos concentradas y en talleres más pequeños en los que participaban artesanos en apuros, comerciantes y el lumpen proletariado. Francini (1976: 82-4) dice que el *fascio* de Pistoia se centraba en los obreros y comerciantes de las calles y el mercado de ganado. Así pues, parece que el fascismo no podía penetrar fácilmente en la clase obrera *organizada* de la industria manufacturera urbana, los guetos obreros. Sin embargo, las ciudades también tenían una gran economía informal, callejera y ocasional, lo que situaba a la mayoría de los trabajadores y "no tan artesanos" fuera del alcance normal del movimiento socialista y, por tanto, reclutables por el fascismo. Esto explicaría la amplia base social de la lista de miembros de 1921.

Un periodista fascista afirmó que los fascistas de las grandes ciudades eran

los empleados, los pequeños rentistas y los profesionales de nivel medio... los hombres nuevos. Formaban la multitud que antes de la guerra observaba los acontecimientos políticos con indiferencia y apatía y que ahora ha entrado en la contienda. El fascismo ha movilizado sus fuerzas desde las zonas crepusculares de la vida política, y de ahí deriva la violencia desenfundada y la exuberancia juvenil de su conducta. (Lyttleton 1987: 67)

Pero esto parece más una descripción de los cuadros dirigentes fascistas que de los miembros corrientes de la ciudad. El fascismo urbano parecía reclutar militantes de *todos los* grupos que quedaban fuera de las organizaciones políticas de preguerra, los partidos liberales y conservadores "notables" y los socialistas. En las ciudades más grandes probablemente se centraron primero en la "nueva clase media", antes de barrer a muchos otros empleados en talleres más pequeños, en empleos más ocasionales y callejeros y en el sector público. En las ciudades pequeñas, donde el socialismo era débil, una mayor proporción de trabajadores podía estar expuesta al fascismo. "La violencia desenfundada" a la que se refiere nuestro periodista fascista puede haber derivado menos de la clase que de los veteranos, mientras que la "exuberancia juvenil" puede haber sido más un atributo de la juventud que de la clase.

111

Así pues, la mayoría de los fascistas no parecen haber pertenecido al núcleo capitalista urbano ni del proletariado industrial ni de la clase media. De hecho, la pretensión fascista de trascender el conflicto de clases puede haber encontrado más apoyo entre personas de todas las clases situadas en los márgenes de ese conflicto. En las ciudades, el PNF era más un partido de clase media que de clase obrera. Sin embargo, aunque ciertamente no era un partido proletario, era "radical" y populista, estaba dirigido por exsindicalistas y

exsocialistas, y tenía una base social moderadamente diversa. De hecho, su base "radical" estaba descontenta con las alianzas oportunistas de Mussolin con los partidos parlamentarios y las clases adineradas. El panorama urbano es bastante heterogéneo.

En el pasado, algunos escritores retrataban a los fascistas como miembros marginales, incluso malignos, de la burguesía. Se describía a los líderes de *los Squadristi* como hombres "desarraigados", "marginales", procedentes de "los oscuros bajos fondos de la delincuencia" o "disipadores vagabundos de pequeñas herencias familiares", "hombres ambiciosos desplazados que encontraban en su voluntad de utilizar la violencia la clave para ascender y conseguir la influencia que se les negaba a través de los canales convencionales" (Snowden 1989: 163). Trabajos más recientes (Suzzi Valli 2000; Reichardt 2002) han tendido a refutar estos estereotipos. Es cierto que algunos fascistas eran delincuentes y que la corrupción era habitual. El *fascio* de Florencia fue disuelto por un comité de investigación del partido que declaró piadosamente: "El fascismo debe seguir siendo un movimiento de ideales para el renacimiento económico y moral de nuestra nación; no debe ser una banda de mercenarios y guardias pretorianos que, por amor al lucro, asesinan, roban y saquean". Mantener unidas la moralidad y la violencia fue el eterno problema del fascismo. Sin embargo, los ejemplos de Snowden de líderes descendentes no siempre convencen. Por ejemplo, Compagni era, de hecho, de movilidad descendente hasta que sirvió con distinción en el ejército durante la guerra. Después pudo volver a adquirir riqueza y patrocinio como funcionario de la Asociación de Veteranos. Sólo entonces se convirtió en fascista. Giacomelli parece tener más movilidad geográfica que social: empieza como operador de grúa, emigra a América sin mucho éxito, regresa a Italia y solicita a su amigo Pasella trabajo en el partido de Milán (¿porque era un fascista convencido o por desesperación económica? No está claro). Un renegado político tampoco es necesariamente un marginado social. Pasella denunció a sus antiguos amigos socialistas a las autoridades durante la guerra por convicciones nacionalistas. Si el fascismo le permitió "escapar de las ruinas de su carrera política", la "ruina" fue el resultado de sus creencias fascistas, no el fascismo de la ruina.

112

Los creadores de un movimiento radical rara vez tienen carreras laborales convencionales. Pero, ¿qué es causa y qué es efecto? ¿Se disiparon las fortunas familiares, las ventajas educativas y las oportunidades profesionales en la búsqueda de convicciones políticas extremas? Como veremos más adelante, muchas personas muy respetables llegaron a admirar el temerario "idealismo" *de los squadristi*. ¿Habrían admirado a elementos marginales y criminales? Soy escéptico. Esto puede haber sido un ejemplo de los deseos de los eruditos de denigrar a los fascistas en lugar de tomarlos en serio.

Los fascistas italianos (como los de otros países) suelen ser retratados como personas marginales que sufren frustraciones económicas y sociales. ¿Las ocupaciones más desfavorecidas proporcionaban más fascistas? ¿Estaban los fascistas desproporcionadamente desempleados? ¿Tenían los estudiantes fascistas peores perspectivas laborales que los demás estudiantes? Carecemos de datos para responder a estas preguntas. Las cifras de Barbagli (1982: 110-28) sugieren que la educación superior estaba produciendo muchas más personas cualificadas de las que las profesiones podían manejar. La situación era mala para los profesores, pero peor para los ingenieros. Sugiere

que muchos se pasaron a la política extremista, pero reconoce que faltan pruebas. En cualquier caso, muchos fueron absorbidos por el sector público, que creció rápidamente, sobre todo en sus grados superiores. ¿Se vio la "burguesía humanista" más afectada por la inflación, el desempleo o los bajos salarios que otros grupos de clase media? Los datos de Zamagni (1979-80: 41-2) sugieren lo contrario. Maier (1975: 313) intenta resumir la base social del fascismo: "Así, una burguesía pueblerina en decadencia y una burguesía rural en ascenso se reforzaban mutuamente. Ambas estaban a la defensiva, tanto por el estatus y la propiedad recién adquiridos como por los recién amenazados". ¡Esto es tenerlo todo! Obsérvese que todas estas afirmaciones corresponden a las opiniones de los primeros estudiosos de los nazis alemanes, antes de que se investigara seriamente sobre ellos. La investigación alemana posterior refuta el estereotipo, como muestra el capítulo siguiente.

Existe un punto de vista alternativo. Es posible que la "burguesía humanista" sobrerrepresentada no fuera la parte "baja" o "marginal" o "desfavorecida" de la clase media, sino personas atraídas por los valores nacional-estadistas y los medios paramilitares. Este movimiento fascista, más que ningún otro, había captado la simpatía de muchos intelectuales. Su ala juvenil, los estudiantes, también estaban cautivados. La mayoría de las profesiones cultas parecen sobrerrepresentadas, mientras que había muchos simpatizantes entre los funcionarios. Los militares y policías de todos los rangos mostraban tales simpatías fascistas que los ministros y prefectos no podían conseguir que hicieran cumplir las prohibiciones de orden público contra los fascistas (Dunnage 1997: cap. 6). Sin embargo, estas personas tenían empleos seguros. Los funcionarios eran cautelosos a la hora de revelar su afiliación y activismo en el partido antes de la toma del poder (como en otros países). Sólo estuvieron ligeramente sobrerrepresentados en las listas de afiliados hasta que ya no hubo necesidad de precaución, después del golpe. En 1927, los funcionarios eran el grupo más numeroso en los partidos de Verona y Roma, con proporciones de 3,0-5,0 (Revelli 1987). Roma, la capital, se convirtió en el principal bastión fascista, como lo es hoy el neofascista. Probablemente, el apoyo procedía menos de la clase media "baja" o "marginal", y más de todo un sector de la clase media, desde sus niveles más altos y privilegiados hasta los más bajos y menos privilegiados. Este sector se definiría por su masculinidad, juventud, experiencia militar, alto nivel educativo, experiencia del Estado y relación relativamente indirecta con el conflicto de clases.

113

Todo esto apoyaría una clase más ambigua y una versión más "nacionalista" del argumento de Salvatorelli. De hecho, podría haber al menos *dos* "electorados fascistas" principales: (1) un sesgo burgués, mayoritario entre los marginados de la lucha de clases italiana, atraídos por la pretensión fascista de trascenderla, y (2) aquellos cuya situación social favorecía el nacional-estadismo paramilitar. Dada la actual escasez de datos, se trata de conjeturas plausibles, no de verdades demostrables.

Clase en el campo. El fascismo rural llegó a ser mayor que el fascismo urbano. El PNF se presentó seriamente a unas únicas elecciones libres, en 1921, en alianza con otros nacionalistas de derechas. La alianza obtuvo el 15% de los votos, llegando a más del 25% en las zonas agrícolas del centro y el norte, en Toscana y el valle del Po. Sólo allí podría

decirse que el fascismo había demostrado un verdadero apoyo de masas. El fascismo rural también difería socialmente, aunque de nuevo los datos son irregulares. El estudio de Reichardt (2002: 306) sobre los *squadristi* de la provincia de Bolonia, resumido en la fila 7 de la tabla 3.1 del apéndice, revela un partido de base bastante amplia, más amplia que los *squadristi* de la ciudad de Bolonia (como demuestra Suzzi Valli 2000). La mitad de los *squadristi* provinciales eran obreros, aproximadamente la misma proporción que en la población activa provincial (desgraciadamente, no podemos determinar con exactitud el número relativo de trabajadores agrícolas frente al de industriales). Los estudiantes, los propietarios, los trabajadores de cuello blanco y los empleados del sector público estaban sobrerrepresentados, mientras que los aparceros y la pequeña burguesía estaban muy infrarrepresentados. Un gran partido local cerca de Bolonia era predominantemente de clase baja: El 7 por ciento eran terratenientes o arrendatarios, el 13 por ciento profesionales, el 3 por ciento comerciantes o fabricantes, el 5 por ciento trabajadores de cuello blanco, el 4 por ciento trabajadores de servicios públicos y el 11 por ciento trabajadores de fábricas, dejando un 58 por ciento que eran jornaleros agrícolas o aparceros. Cardoza (1982: 320) cree que esto era típico de la región. Corner (1975: 151-7) cree que los reclutas de Ferrara procedían de todas las clases, excepto de los jornaleros pobres. Sin embargo, Kelikian (1986: 205) afirma que el partido de Brescia estaba formado por miembros más jóvenes y menos respetables de la clase media culta, apoyados por prósperos campesinos arrendatarios. Esto no se correspondería con la composición social indicada por la lista nacional del partido. En las ciudades y pueblos del sur de Calabria (donde el fascismo era débil), de las personas identificadas (por Misefari y Marzotti 1980) como fascistas, aproximadamente la mitad eran veteranos de la guerra *de Arditi*, y la mayoría del resto eran de clase media, principalmente profesionales y funcionarios, además de unos pocos terratenientes y campesinos. Así pues, la sobrerrepresentación rural puede haberse debido a la guerra. Un ejército predominantemente campesino había alimentado el primer fascismo, a medida que el militarismo transmutaba en paramilitarismo.

114

De hecho, el fascismo italiano triunfó más a través de la violencia que de las urnas. Lo que importaba eran los miles de paramilitares, no los millones de votantes. Así pues, la violencia fascista puede revelar algo sobre quiénes eran los fascistas, mientras que sus objetivos revelan contra quién estaban. Aquí tenemos pruebas sobre incidentes de violencia en los que participaron fascistas, registrados por el PNF para cada provincia y publicados por Tasca (1976: 120) y De Felice (1966: 35-9). Tasca expresó sus reservas sobre estos datos, calificándolos de incoherentes y parciales. La mayoría fueron extraídos originalmente de un recuento del Partido Socialista de ataques a sus propios militantes, descuidando los ataques a "enemigos" no socialistas - sólo se mencionan dos incidentes de este tipo, en una nota a pie de página. Las ligas de campesinos "blancos" organizadas *por los popolari* católicos, los comunistas, los anarquistas, los eslovenos del noreste y los alemanes del Tirol fueron reprimidas por los fascistas, pero no figuran en estas estadísticas. No se dan cifras de Trieste en absoluto, y las de Udine no contienen ataques contra eslovenos. Estos datos también convenían a la propaganda fascista. Podían utilizarse para justificar su propia violencia como mera autodefensa contra los ataques de

los socialistas. Así pues, los datos de Tasca pueden estar un poco sesgados. Sin embargo, la fuente de datos alternativa de Franzosi (1996) revela sólo un poco más de variedad de oponentes. En los informes de los periódicos nacionales italianos, los "comunistas" figuraban en el 65% de los enfrentamientos de 1921 y en el 53% de los de 1922, los socialistas en el 15% y el 17%, respectivamente, y los partidos *popolari* y "constitucionalista" sólo en el 7% y el 5%, respectivamente. Pero el noreste vuelve a ser omitido.

Independientemente de sus defectos, las cifras de Tasca se han utilizado para el "análisis ecológico", comparando las variaciones de la violencia fascista entre provincias con las variaciones de los factores económicos y políticos. Szymanski (1973) demostró que había más violencia fascista en las zonas industriales que en las agrícolas, y mucha más violencia en las zonas de fuerza socialista (medida por el voto socialista en 1919; cf. Tilly 1975: 177). Elazar (1993) utiliza las cifras de forma más exhaustiva. También muestra que los incidentes de violencia fascista fueron mucho mayores en las provincias que votaron socialista en 1920, y más altos en las provincias gobernadas por administraciones socialistas. Esta relación era más fuerte en las zonas del centro y del norte con un gran proletariado agrícola. También aporta pruebas más fiables para revelar que los fascistas tomaron el poder en doce de las catorce provincias con mayoría electoral socialista y sólo en una de las quince con mayoría liberal o conservadora. De ello deduce que el fascismo era fundamentalmente antisocialista. Añadiendo pruebas que demuestran el apoyo del ejército, el gobierno y la clase alta a la violencia *de los squadristi*, Elazar concluye que fue esencialmente la lucha de clases la que generó y alimentó el fascismo. De hecho, afirma que los fascistas no tomaron realmente el poder, sino que se lo dieron los hombres de la propiedad y los funcionarios del Estado para protegerlos de la clase obrera y del socialismo. Rechaza la teoría Salvatorelli-De Felice de un fascismo independiente de clase media. Según ella, el fascismo era más bien el instrumento de la clase capitalista, y especialmente de los grandes terratenientes. Tasca -un dirigente socialista, por supuesto- había llegado antes a conclusiones similares, aunque de forma más matizada.

115

El análisis ecológico de los datos de voto y afiliación también puede ayudar en este sentido. Dado que los fascistas sólo se presentaron seriamente a una elección, en 1921, en una lista conjunta con candidatos nacionalistas, no es fácil decir quién les apoyó. Linz (1976: 82-4) demostró que la afiliación fascista estaba inversamente relacionada con el voto al partido católico *popolari*, siendo más fuerte en zonas relativamente descristianizadas (el valle del Po y Romaña). El nacionalismo en Italia tendía a ser más bien laico, opuesto al poder transnacional de la Iglesia católica, y el fascismo heredó este manto anticlerical, al tiempo que intentaba claramente resacralizar el Estado. Brustein (1991) separa el voto a los candidatos fascistas y nacionalistas en 1921 (aunque no dice cómo lo ha hecho). Apoya a Linz al encontrar una alta correlación entre el voto al PNF en 1921 y el voto socialista en 1919 y 1920. La relación en 1921 es mucho más débil, sobre todo en las zonas agrarias. Por tanto, concluye (contrariamente a Szymanski y Elazar) que muchos socialistas desertaron al fascismo. Esto proporciona una explicación alternativa de por qué los fascistas tomaron el poder en antiguos bastiones socialistas:

Debilitaron a los socialistas dividiéndolos. Brustein también encuentra una fuerte relación entre el voto fascista y la agricultura comercial rentable, ya sea a gran o pequeña escala. El control de la urbanización, los nuevos votantes, la región y el voto al *popolari* católico no reduce estas dos correlaciones. Brustein sostiene que en 1921 los fascistas ofrecían el programa agrario más atractivo para los agricultores comerciales y para los jornaleros y aparceros que creían que podrían comprar o arrendar tierras en el futuro. Incluso campesinos bastante pobres podían aspirar a este objetivo, aunque fuera poco realista. Así pues, los atractivos del fascismo podían llegar muy abajo en la estructura social rural, especialmente en las regiones más prósperas. De hecho, éstas eran las zonas de mayor fuerza fascista y también las más seculares. Los fascistas rurales, dice Brustein, no eran económicamente decadentes sino prósperos, modernos. Respondieron positivamente al programa agrario fascista, negativamente a las políticas colectivistas socialistas. Así, Brustein da un sentido aparente no sólo a la composición de clase sino también a parte de la composición regional del fascismo rural.

116

Los estudios locales tienden a apoyar a Brustein, sugiriendo que los agricultores modernizados con mentalidad comercial se estaban volviendo contra el régimen parlamentario, que consideraban que cedía a las demandas de las ligas campesinas que representaban a los aparceros sin tierra y pobres (Cardoza 1982; Kelikian 1986; Dunnage 1997). El auge de la guerra y la presión de las ligas campesinas habían permitido a muchos jornaleros y aparceros lograr cierta independencia económica. La venta de tierras se había acelerado. Ahora muchos campesinos desertaban a los fascistas, prefiriendo el apoyo fascista a la propiedad privada ("Tierra para los campesinos" era el lema, los subsidios para la compra eran el soborno) a la colectivización socialista (Snowden 1972; Corner 1975: 144-67; Maier 1975: 310-11).

Es difícil ser exacto sobre los fascistas rurales. Las categorías "terrateniente", "campesino", "aparcerero", "arrendatario" y "jornalero" que se encuentran en las fuentes abarcan una diversidad de condiciones locales, de cultivos, de riqueza y de recursos organizativos. Sin embargo, una cosa es segura: Las comunidades densas de jornaleros o aparceros sin tierra, más o menos iguales, rara vez eran fascistas. Por el contrario, constituían el núcleo de las ligas campesinas socialistas u ocasionalmente "blancas" organizadas por los católicos. El proletariado organizado en sus guetos proletarios, al igual que su homólogo urbano, resistió al fascismo.

Sin embargo, la violencia y las turbulencias organizativas eran endémicas debido al problema fundamental de la economía rural: un gran exceso de oferta de mano de obra sin tierra. Esto a menudo socavaba cualquier intento de movilizar el descontento, pero también significaba que la movilización colectiva tendía a ser violenta y a menudo transitoria. Había que coaccionar a los obreros y campesinos para que se solidarizaran, para que aceptaran trabajar sólo a través de las centrales sindicales, para que compartieran el trabajo mediante semanas laborales cortas y mediante retiradas masivas de mano de obra siempre amenazadas por los "esquiroleros" (o "patas negras") que cruzaban los piquetes (a menudo protegidos por las bandas armadas de los empresarios). Los sindicalistas revolucionarios habían desarrollado y divulgado estas tácticas. Los socialistas las aplicaban a menudo, y ahora también lo hacían algunos *popolari*. Pero la

mayoría de las huelgas no funcionaban, lo que provocaba el rápido hundimiento de la organización y el posterior surgimiento de otras nuevas. Las ligas campesinas habían crecido muy recientemente (el número de miembros se duplicó con creces en 1920), y eran frágiles, con muchos enemigos. Sus "bolsas de trabajo" intentaban distribuir los empleos, creando así desigualdades percibidas. Impartían una dura justicia a los obreros que se veían obligados a romper huelgas o boicots y a los pequeños propietarios que no podían permitirse las condiciones laborales de las ligas. Las ligas socialistas más poderosas acobardaron a las grandes ligas blancas, pero mal organizadas. Había muchos miembros reacios a las ligas socialistas, y éstos proporcionaron muchos fascistas (Maier 1975: 174-5; Cardoza 1982: 337-8; Segre 1987: 36, 59). Los "esquiroles" han sido muy importantes en las relaciones laborales modernas. Recordemos que la "clase obrera" no es lo mismo que la "clase obrera organizada". En la primera mitad del siglo XX, dos tercios de la mano de obra no estaban sindicados. En las zonas rurales, estos dos tercios solían encontrarse en localidades donde no habían aparecido sindicatos, entre trabajadores endeudados o aislados de las redes de apoyo a los trabajadores. O eran simplemente trabajadores timoratos, religiosos o conservadores, algunos parientes de capataces o alguaciles, que aspiraban ellos mismos a esos puestos, o cuyos familiares (sobre todo esposas e hijas) eran sirvientes de los propietarios y les temían o sentían empatía por ellos. Para ellos, el trabajo garantizado era más importante que una protesta arriesgada. Podrían "esquirolizarse" si se les protegía. Los fascistas entendían todo esto. Los líderes de *los squadristi* habían empezado como sindicalistas revolucionarios, y los *squadristi* ofrecían *mejor* violencia que nadie, ya que eran auténticos paramilitares. A veces su violencia apoyaba a los huelguistas, a veces a los esquiroles. Pero la violencia fascista obtenía resultados y era valorada positivamente por muchos italianos rurales.

117

También estaban cansados de la retórica socialista. El principal problema de los socialistas en un partido dirigido por "maximalistas" era que predicaban la revolución pero no podían llevarla a cabo. La afirmación de Mussolini de que el socialismo sólo quedaba como un odio ineficaz era un tema fascista constante. El "marxismo" y el "bolchevismo" trajeron la lucha, pero no el triunfo. Como esto parecía cierto a principios de la década de 1920, se produjeron desertiones hacia el movimiento que afirmaba ser capaz de trascender la lucha de clases. En 1921 los socialistas escribieron con franqueza sobre "la adhesión entusiasta diaria de grandes masas de obreros al programa de *la fascia*"; "las desertiones actuales son obra de los que llegaron los últimos a la organización proletaria porque están descontentos con el régimen de justicia obrera", una referencia a la coerción utilizada para lograr la solidaridad de clase. La colectivización era "sentida como una violación cada vez mayor de la libertad individual". Admitían la popularidad de eslóganes fascistas como "¡La tierra para quien la trabaja!" y "¡A cada campesino todo el fruto de su sagrado trabajo!". (Corner 1975: 144, 159; Snowden 1972: 279). El fascismo tampoco se limitó a traicionar a estas personas. Los sindicatos fascistas, cada vez más numerosos, resolvían rápidamente las disputas sobre los contratos, a menudo por la fuerza, quizás en condiciones más favorables a los empresarios que las que exigían los sindicatos socialistas. Pero los resolvieron, y esto proporcionó trabajo, rápidamente, a los miembros fascistas.

Sin embargo, cualquier pretensión de trascender las clases era engañosa. De hecho, el fascismo rural se hizo cada vez más conservador, una alianza de las clases rurales propietarias, es decir, entre los grandes agricultores comerciales y los campesinos "medios y humildes", aquellos que se creían capaces de una actividad económica independiente, incluso muchos con parcelas minúsculas. Balbo dijo que "la fuerza de nuestro ejército" procedía "de los pequeños arrendatarios y pequeños propietarios del campo" (Corner 1975: 102). Los grandes terratenientes llegaron a dominar esta alianza, al igual que hicieron con la posterior política agraria del régimen fascista. Tenían los recursos para financiar *fascios* rurales (financiando *así a los squadristi* a tiempo completo) y para proporcionar sus propias asociaciones colectivas para organizar la lucha (Maier 1975; Elazar 1993). Un fascista radical descontento señaló: "Mientras que en las ciudades y las zonas industriales aparece como un movimiento romántico... en las zonas agrarias... es el partido de una clase, y actúa como tal" (Snowden 1972: 283). Un modelo de clase -no estático sino emergente, dinámico- funciona mejor en el campo. El fascismo rural fue asumido sustancialmente por las clases terratenientes, aunque no se había originado entre ellas y seguían estando entre los fascistas más conservadores y menos ideológicos. Para ellos, el fascismo era útil, no la verdad revelada.

118

Sin embargo, no debemos adoptar un modelo unidimensional. Incluso en el campo, debemos explicar también la juventud, masculinidad y experiencia militar de los militantes, así como su adhesión entusiasta al nacionalismo extremo. El propio Mussolini argumentaba:

La unidad de Italia es obra de la burguesía intelectual y de algunas clases artesanales de las ciudades. Pero la gran guerra de 1915-1918 reclutó a *los rurali* por millones. Sin embargo, su participación en los acontecimientos fue en general pasiva. Una vez más fueron arrastrados por las ciudades. Ahora el fascismo ha transformado su pasividad rural... en apoyo activo de la realidad y la santidad de la nación. (Lytdeton 1987: 70)

Está diciendo que primero la guerra, y luego el fascismo paramilitar, dieron a los campesinos la organización colectiva.

Pero entre los fascistas rurales el estatismo nacional parece más débil que el descontento de clase. A muchos agraristas (incluidos muchos socialistas) les pareció que los fascistas eran capaces de trascender la lucha de clases, pero esto resultó ser algo ilusorio. Hasta cierto punto, el fascismo volvió a poner a Italia a trabajar, pero en términos que contenían un sesgo procapitalista sustancial.

LA COMPOSICIÓN SOCIAL DE OTROS MOVIMIENTOS

Lo ideal sería comparar a los fascistas con personas de otros movimientos. En el próximo capítulo podré hacerlo con Alemania. Sin embargo, sabemos poco de los miembros ordinarios de otros partidos italianos. Las filas 5 y 6 de la tabla 3.1 del apéndice comparan a los diputados fascistas con los católicos. Parecen similares. Los datos recogidos por Gentile (2000: 413, 493) sobre los diputados de todos los partidos

muestran que predominaban los profesionales, especialmente los abogados. Los socialistas también contaban con numerosos obreros, mientras que los fascistas tenían una mayor variedad de ocupaciones de clase media. Junto con los socialistas, también tenían más periodistas (y lo mismo ocurría con los secretarios regionales fascistas). También carecemos de muchos datos ecológicos sobre el voto de los demás partidos. Debemos recurrir a la evaluación periodística contemporánea del apoyo electoral y la composición de los partidos.

119

La mayoría de los estudiosos creen que los partidos de izquierda obtuvieron principalmente el apoyo de los trabajadores del norte, con pocos votos en el sur (aparte de Apulia). El partido socialista PSI sólo contaba con dos tercios de los afiliados del PNF, pero su apoyo electoral era cuatro veces mayor, sobre todo en las ciudades. En 1919 obtuvo el 40% de los votos urbanos y el 30% de los rurales. El PPI católico tenía más miembros nominales, pero tres veces más apoyo electoral que los fascistas. Se concentraba en el campo y en las ciudades no industriales del norte. De los 1,2 millones de sindicalistas católicos en otoño de 1920 (la mitad que en los sindicatos socialistas), el 80 por ciento trabajaba en la agricultura (frente a sólo el 33 por ciento de los sindicalistas socialistas). Los "blancos" rivalizaban con los "rojos" en el campo. Pero el recién fundado PPI seguía siendo una frágil unión de curas, conservadores clericales y populistas radicales (Salvemini 1973: 137-51; Molony 1977: 55-6, 88; Mayeur 1980: 109-17).

Los partidos "constitucionalistas" o "liberales" se consideran generalmente burgueses en su composición (aunque carecemos de datos sobre su afiliación). Sin embargo, su gran número de votos -cuatro veces el de los fascistas- debió de extenderse por la mayoría de las clases. Se trataba de partidos notables, que dependían de las redes tradicionales de patrocinadores-clientes, en peligro por los nuevos partidos de afiliación masiva: socialistas, fascistas y *popolari*. Por lo que sabemos de los partidos conservadores, liberales y católicos de otros países, podemos suponer que, aunque sus dirigentes y miembros eran mucho más burgueses que los socialistas o los fascistas, conseguían captar los votos de casi tantos trabajadores como los socialistas. Ello se debía a que, además de los más burgueses, seguían manteniendo las zonas más atrasadas y las más religiosas de Italia.

La gran pregunta es por qué estos tres movimientos rivales mucho más grandes se derrumbaron tan rápidamente ante el fascismo. La respuesta es doble. En primer lugar, el paramilitarismo fascista fue la forma más eficaz de movilización del poder en el terreno que resultó ser más crítico, el de la violencia. En segundo lugar, algunos de estos rivales, dirigidos por sus élites, desertaron y apoyaron el golpe fascista. Ahora me pregunto por qué.

APOYO DE LAS ÉLITES AL FASCISMO

Motivaciones de clase

120

Los fascistas no llegaron al poder sin ayuda. Les ayudaron las élites. Empiezo por los capitalistas. ¿Financiaron el fascismo? Los registros del PNF muestran que el partido se

financiaba principalmente con pequeñas contribuciones de afiliados y simpatizantes. Sin embargo, a nivel local y provincial y en la financiación de los periódicos de los compañeros y de las organizaciones de rompehuelgas, la mayor parte del dinero iba a parar a asociaciones fascistas de fachada. Algunos industriales habían entrado en pánico durante las ocupaciones de fábricas de 1920, pero habían pedido a los carabinieri, no a *los squadristi*. La mayoría quería que los socialistas fueran reprimidos por el gobierno lo suficiente para la restauración del parlamentarismo "liberal" dirigido. En 1922, la Confederación de la Industria Italiana no apoyó la Marcha sobre Roma, prefiriendo una opción "semiautoritaria" bajo Giolitti o Salandra. Esta opción se volvió a barajar ampliamente en 1924, cuando el asesinato del respetado diputado socialista Matteotti a manos de los fascistas sacudió al nuevo régimen. Cuando el fascismo reveló su verdadero nivel de violencia, los industriales mostraron preferencias más moderadas. A diferencia de los terratenientes, pocos industriales invitaron a los *squadristi*, aunque a partir de octubre de 1922 algunos concedieron subvenciones y unos pocos se afiliaron. Se trataba de un apoyo más tardío y menor que el de los terratenientes, y estaba encabezado por empresas con intereses agrícolas y en provincias agrícolas comercializadas (Melograni 1965, 1972; Seton-Watson 1967: 598; Kelikian 1986: 144; Lyttleton 1987: 210-11; 1996: 19; Snowden 1989: 121-56; Elazar 1993: 161-2, 181-9).

Todo esto fue una ayuda importante, decisiva en algunas zonas rurales. Pero sólo después del golpe se produjo un giro en toda la clase capitalista. La mayoría de las agrupaciones de clase alta desconfiaban de la violencia fascista ejercida por los "radicales", y esto parecía ser así especialmente en las ciudades. Para apaciguar sus temores y llegar así al poder, Mussolini empezó a dejar claro a finales de 1921 y 1922 que ofrecía un trato. A cambio de su apoyo, frenaría la violencia revolucionaria de los verdaderos fascistas radicales. Esto dio resultados, pero fue precedido inmediatamente por otras deserciones de la élite. Como veremos más adelante, muchos miembros de la Iglesia y de las élites políticas y militares también se aliaron con los fascistas. Consideremos primero hasta qué punto lo hicieron -junto con muchos capitalistas- por razones directamente de clase. Hay tres motivos de clase que pueden ser relevantes. Los dos primeros se refieren a la supuesta necesidad de "defensa de la propiedad", el tercero a la necesidad de "beneficio capitalista".

(1) Las clases acomodadas podrían temer la violencia generalizada y creciente que se apoderaba del país y asociarla con la necesidad de defender la propiedad y el orden. A diferencia de la violencia del movimiento huelguístico de 1911-12, a diferencia de los conflictos de las turbas por la entrada en la guerra, a diferencia incluso de los conflictos industriales de 1918-19, ahora se mataba a cientos de personas. La mayoría de los funcionarios que elaboraron informes sobre la violencia culparon a la izquierda. Uno escribió históricamente sobre su "intoxicación por la violencia", sobre soldados y policías "masacrados por anarquistas y socialistas". Algunos oficiales argumentaron lo contrario: *Los squadristi* estaban alentados por el "espíritu loco y sobre todo intransigente de las clases comerciales e industriales" (Maier 1975: 317, 319). La mayoría de los estudiosos creen que la derecha exageraba considerablemente. Cardoza (1982: 293) dice que las élites estaban motivadas por violentos sentimientos de venganza. De Grand (1978: 120) dice que mostraron una violencia verbal "aterradora", "histórica". Los hechos mortales

revelan que la mayor parte de la violencia fue ejercida por la derecha. En el periodo de insurgencia izquierdista de 1919-20 hubo pocas víctimas, pero en la "guerra civil" de 1921-2, instigada por los fascistas, hubo muchas. Las estimaciones del total de muertos varían en torno a los 2.000 muertos. Alrededor de 300 de ellos eran definitivamente fascistas, más de 700 definitivamente izquierdistas. Las estimaciones locales también se sitúan por encima de la media de 2 a 1, entre izquierdistas y fascistas, tanto entre los muertos como entre los heridos. La violencia grave no fue principalmente obra de la izquierda. Además, seguía muriendo más gente en las tradicionales "guerras sociales" y luchas mafiosas del sur -más sólo en Sicilia occidental- que en la principal zona de confrontación socialista-fascista, Toscana y el valle del Po (Molony 1977: 99; Lyttleton 1982; Petersen 1982: 280-294; Payne 1995: 105-6). La violencia fue mayoritariamente tradicional, luego fascista, con la izquierda resoplando en la retaguardia.

121

Pero había una diferencia importante entre la violencia fascista y las demás. No iba dirigida contra el Estado. Independientemente de la teoría fascista de un eventual golpe de estado, en la práctica los fascistas no desafiaban al estado, ni siquiera hablaban mal de él. De hecho, atacaban a quienes decían que atacaban al Estado: los izquierdistas. Así, muchos funcionarios provinciales y locales instigaron encubiertamente la violencia fascista. Algunos funcionarios moderados se quejaron de la "simpatía", "tolerancia excesiva" y "connivencia" hacia los fascistas mostrada por magistrados, policías y tropas que afirmaban que "los fascistas son los defensores del orden." Los socialistas tenían el doble de probabilidades que los fascistas de ser asesinados, pero también tenían entre dos y cuatro veces más probabilidades de ser detenidos. Durante 1921-2 algunas unidades de la policía y el ejército también suministraron a los fascistas armas cortas y suministros, y en una ocasión camiones, cañones y tanques (Lyttleton 1987; Elazar 1993: 227-32). De hecho, a gran parte de la parte ejecutiva del Estado le gustaba el paramilitarismo fascista: era "patriótico", estaba al servicio del "orden" (De Felice 1966: 35-7; Petersen 1982: 280-1; Segre 1987: 55-7; Snowden 1989: 194-204; Dunnage 1997: 120-5).

Sin embargo, las palabras izquierdistas contrastaban con los hechos fascistas. Los socialistas hablaban de revolución y de atacar al Estado, pero en realidad veían el paramilitarismo como un arma del enemigo de clase. Los socialistas moderados denunciaron repetidamente la violencia. Turati, expulsado de la dirección del PSI, denunció a los victoriosos maximalistas en el congreso del partido de 1918:

La violencia no es otra cosa que el suicidio del proletariado; sirve a los intereses de nuestros adversarios.... [Nuestro llamamiento a la violencia será recogido por nuestros enemigos, cien veces mejor armados que nosotros, y luego... adiós Partido Socialista. Hablar... continuamente de violencia y luego dejarla siempre para mañana es... lo más absurdo del mundo. Sólo sirve para armar, para despertar, para justificar más bien la violencia del adversario, mil veces más fuerte que la nuestra... Esta es la máxima estupidez a la que puede llegar un partido, e implica la renuncia a cualquier revolución, (citado por Elazar 1993: 135-6)

Pero incluso los maximalistas ofrecían poco más que huelgas y manifestaciones masivas,

con más ventanas rotas y palizas de las que Turati podía soportar. La Oficina de Guerra envió a un coronel para informar sobre la amenaza. Escribió que sólo los maximalistas apoyaban la revolución y que

... no son capaces de organizarse. Actúan en masas heterogéneas bajo el impulso de emociones pasajeras. Las armas que poseen son escasas y están desigualmente distribuidas. No tienen cuerpos organizados capaces de hacer uso de ellas. [Todos tienen un conocimiento muy limitado de la táctica, del uso de las armas, de la disciplina, de la cooperación e incluso de la propia acción [Cualquier intento de preparación coordinada sigue siendo local o, como mucho, se extiende al distrito [Les resulta imposible una preparación amplia y con visión de futuro.... Hipnotizados por el ruido y las multitudes, se engañan a sí mismos sobre su fuerza y sus perspectivas. A su primer revés seguirá la desilusión y el desorden. (Salvemini 1973: 269)

El coronel tenía razón. Cuando los *squadristi* atacaron, los socialistas sólo intentaron defenderse. Fracasaron. Rara vez atacaban los cuarteles fascistas locales. Cuando se mostraban más agresivos, tendían emboscadas a las unidades fascistas que avanzaban. Cada local socialista tendía a actuar por su cuenta, mientras que los fascistas coordinaban regionalmente "camiones y teléfono". Los socialistas defendían su propio territorio; los *arditi* se movían y dormían donde el fascismo quería. El dirigente socialista Tasca concluyó más tarde con pesar que los socialistas no tenían estómago para la guerra (1976: 126-7). No eran las votaciones ni los debates los que decidían la cuestión, sino el paramilitarismo. Los militantes socialistas, comunistas y anarquistas fueron derrotados en una breve batalla, para la que su casi pacifismo les había preparado mal.

Así pues, la violencia fascista no necesitaba ser horrenda. La glorificación de la violencia por parte de Balbo, citada anteriormente, no se puso a prueba. De hecho, afirmaban que su violencia era defensiva: eran los socialistas quienes atacaban el orden social en general y a ellos mismos en particular. No sabemos hasta dónde habrían llegado los fachas. Rompieron huesos, vertieron aceite de ricino en las gargantas, quemaron y saquearon edificios. Normalmente sólo mataban cuando encontraban resistencia. Los muertos aumentaron, pero sólo hasta el momento en que el enemigo capituló. Algunos izquierdistas fueron castigados con la cárcel, otros expulsados de su zona de origen a un exilio interno informal. La limpieza fue casi exclusivamente política, su violencia ampliamente pragmática. Y funcionó. El socialismo fue derrocado en cuestión de semanas en algunas zonas, y en un año, de mediados de 1921 a mediados de 1922, en toda Italia. Esto permitió al fascismo italiano relajarse y volverse más benigno hasta la aventura etíope. El vuelco impresionó a muchos italianos, especialmente a los que no estaban en primera fila. Desde la distancia, la victoria fascista parecía la trascendencia del conflicto, no la violencia brutal que fue en realidad. Y esto era popular entre las élites y otros que valoraban el orden social. No sabemos hasta qué punto se extendió esta popularidad, ya que ahora no había elecciones totalmente libres. Pero el paramilitarismo fascista no se limitaba a la violencia, sino que también se ocupaba de aumentar la solidaridad interna del movimiento y su popularidad entre los italianos.

Los temores a la violencia eran, pues, razonables, pero se centraban en el enemigo equivocado. La violencia izquierdista quedaba empujada por la violencia tradicional del sur y por la violencia fascista y estatal. Pero a las clases altas les gustaban bastante estos dos últimos tipos de violencia "ordenada".

(2) Las clases acomodadas podrían temer una revolución política. A diferencia de otros países, el turbulento periodo cuasi-revolucionario de posguerra italiano precedió inmediatamente al golpe fascista. Las huelgas de 1918-19 parecían combinar las reivindicaciones salariales y de precios con la política de influencia bolchevique. Varias ciudades fueron tomadas brevemente por los autodenominados "soviets", aunque las huelgas generales proyectadas se esfumaron. Sin embargo, la mayoría de las huelgas fueron más limitadas. En marzo de 1920, la mayoría se referían a las "comisiones internas" mixtas obrero-patronales, supervivientes de la guerra, que ahora los empresarios querían abolir. Los empresarios ganaron las huelgas, pero continuaron las protestas esporádicas y la violencia (exagerada por la prensa). Alrededor de 1,3 millones de obreros industriales toscanos protagonizaron breves huelgas a finales de verano por las reivindicaciones salariales y las comisiones internas. Los empresarios se niegan a ceder, cierran las puertas a los trabajadores e inician procedimientos disciplinarios contra sus dirigentes. Las huelgas se extienden y desembocan en ocupaciones de fábricas.

Estas ocupaciones adquirieron más tarde un estatus mítico, aclamadas como un microcosmos del futuro orden socialista y como "un momento necesario del desarrollo revolucionario y de la guerra de clases". La policía afirmó haber incautado alijos de armas, pero muchos observadores se mostraron escépticos, ya que el gobierno no los presentó. Los trabajadores no intentaron tomar edificios gubernamentales y pocas huelgas tenían planificación previa. Sólo se produjeron escaramuzas fuera de las sedes sindicales o en las fábricas ocupadas, algunas de las cuales los trabajadores intentaron dirigir. Los trabajadores "defendían sus propios espacios", la actividad característica de los socialistas de entreguerras (Mann 1995). El eslogan *controllo*, nos advierte Salvemini (1973: 274), no significa "control obrero", sino simplemente la capacidad de comprobar las cuentas de la empresa, un privilegio del que habían disfrutado los sindicatos durante la guerra. Pronto aparecieron divisiones entre los militantes, los sindicatos y el partido socialista: ¿Querían salarios más altos, responsabilidad o revolución?

124

El Primer Ministro Giolitti, de ochenta años, tenía dos décadas de experiencia como primer ministro en el trato con la izquierda. A pesar de los llamamientos conservadores al ejército, no intervino. Dijo que su táctica era "dejar que el experimento continuara hasta cierto punto, para que los trabajadores pudieran convencerse de la impracticabilidad de sus concepciones y también para evitar que los cabecillas echaran a otros la culpa de su fracaso". Utilizar tropas "habría sido hacer el juego a los revolucionarios, que no pedían nada mejor" (Giolitti 1923: 437-8). En su lugar, negoció un acuerdo sobre consejos conjuntos entre industriales y sindicalistas moderados. Las ocupaciones se esfumaron, como él había predicho. Así pues, Giolitti ya se había marcado un farol revolucionario en noviembre de 1920, *antes de que* se desarrollara la violencia fascista (Salvemini 1973: 296-315; Tasca 1976: 83, 122-3).

Así, los teóricos de la motivación de clase se han replegado a un argumento

"revolucionario" secundario: El fascismo no fue una respuesta a la revolución, sino una "contrarrevolución preventiva" para evitar que se produjera una revolución en el futuro. La afiliación socialista se había cuadruplicado entre 1914 y 1919, hasta alcanzar los 200.000 afiliados, mientras que la federación sindical socialista, la CGL, se había multiplicado por siete hasta alcanzar los 2,2 millones (incluido un millón de trabajadores agrícolas) en 1920. Los maximalistas también derrotaron a los reformistas en el partido, aunque no en los sindicatos. El partido abogaba ahora por "la instauración de la República Socialista Italiana bajo la dictadura del proletariado". En 1921, algunos izquierdistas se escindieron para formar un pequeño Partido Comunista. Los "maximalistas" y los comunistas lanzaron una retórica revolucionaria. En las elecciones nacionales de 1919, las escisiones entre los partidos conservadores y liberales "constitucionales" permitieron a los socialistas hacerse con 156 de los 535 escaños, y al PPI con 100. Los "constitucionalistas" se vieron reducidos a la mitad. Los "constitucionalistas" se vieron reducidos de 410 a 239 escaños y permanecieron divididos. Las elecciones locales de 1920 dieron entonces a los socialistas el control de 2.162 ayuntamientos, lo que les permitió hacerse con una cuarta parte de las administraciones locales. "Los patronos sintieron que ya no eran patronos", recuerda un militante. Sin embargo, estos ayuntamientos socialistas no eran revolucionarios. Algunos izaron banderas rojas en los tejados de los ayuntamientos, lo que a menudo desató la violencia fascista. La mayoría subieron los impuestos, sobre todo a los terratenientes, y dieron más contratos públicos a las cooperativas locales y menos a los grandes empresarios. Declararon que no utilizarían tropas para sofocar huelgas y ocupaciones de tierras. Era la variante italiana del "socialismo municipal" de entreguerras.

Es cierto que, a nivel nacional, los socialistas liderados por los maximalistas rechazaron la oferta de Giolitti de formar parte de su gabinete. Sin embargo, Giolitti creía que pronto tendrían que aceptar su oferta, ya que el país avanzaba claramente hacia la derecha. Los empresarios muestran una mayor solidaridad, y los partidos "constitucionales", hasta entonces divididos, forman listas comunes y recuperan todas las grandes ciudades excepto Milán y Bolonia en las elecciones locales de finales de 1921. La afiliación sindical y socialista, el voto socialista y la tasa de huelgas disminuyeron, mientras aumentaban las luchas entre las facciones de izquierda. La retórica maximalista y los logros minimalistas, el anticlericalismo militante y la alienación del pequeño agricultor les atrapaban en sus guetos. Como en el resto de Europa, la marea revolucionaria había retrocedido antes de que golpearan los fascistas. El propio Mussolini estaba de acuerdo con este análisis, escribiendo en julio de 1921: "Decir que todavía existe un peligro 'bolchevique' en Italia es confundir ciertos temores vagos con la realidad. El bolchevismo ha sido vencido. Más aún: ha sido abjurado por los dirigentes y las masas" (Nolte 1965: 206; cf. Maier 1975: 182-92). Así pues, la ayuda fascista para conquistar el "bolchevismo" no era realmente necesaria.

Así que este segundo temor era real pero exagerado. Ni siquiera era necesaria una contrarrevolución preventiva. Pero Giolitti no recibió ningún agradecimiento por su victoria no intervencionista. Fue vilipendiado por la derecha. Es comprensible que una oleada violenta de un ala política produzca pánico en la otra. Si la marea cambia, puede

surgir un deseo de venganza, no de conciliación. Pero ¿necesitaba la venganza el derramamiento de sangre que supuso el fascismo? ¿Hubo algo más?

Las clases propietarias agrarias proporcionaron la mayoría de los conspiradores. Quizá les aterrizaran la agitación rural y las ocupaciones de tierras, sobre todo cuando el gobierno de Giolitti, el ministro de Agricultura del PPI y los curas locales parecían considerar las ocupaciones como una redistribución ad hoc aceptable de la tierra. La cuestión era principalmente la defensa de la propiedad. Pero el problema es que la mayoría de estas ocupaciones se produjeron en zonas de escasa actividad fascista, en la región central del Lacio y en el sur. Incluso allí sólo afectaron al 2,3% de la superficie -la proporción nacional fue de un minúsculo 0,33%-. Pocos fueron organizados por socialistas, la mayoría formaban parte de una tradición local de insurrección rural (Salvemini 1973: 227; Tilly 1975: 170-1). Y la actividad fascista apuntaba menos a las ocupaciones de tierras que a los contratos laborales de las ligas campesinas. Esto también puede aplicarse a la industria. La violencia fascista se dirigió principalmente contra proyectos reformistas, no revolucionarios. Esto podría invocar el tercer motivo.

(3) Los capitalistas podrían tratar de reprimir a los trabajadores para proteger sus beneficios. En 1936 (con la ayuda de la retrospectiva) el líder austro-marxista Otto Bauer ofreció una explicación de este tipo, del fascismo europeo en general y del fascismo italiano en particular:

El fascismo no triunfó en un momento en que la burguesía se veía amenazada por la revolución proletaria, sino más bien cuando el proletariado llevaba mucho tiempo debilitado y obligado a ponerse a la defensiva, y la avalancha revolucionaria ya había amainado. Los capitalistas y los grandes terratenientes no entregaron el poder estatal a las hordas violentas del fascismo para protegerse de la amenaza de la revolución proletaria, sino con el objetivo de reducir los niveles salariales, revertir los logros sociales de la clase obrera y destruir sus sindicatos y su poder político. Su objetivo ... no era tanto suprimir el socialismo revolucionario como aplastar los logros del socialismo reformista. "El revolucionarismo verbal de los maximalistas", escribe Silone, "sólo pone en peligro las farolas de la calle y ocasionalmente los huesos de algunos agentes de policía. Pero el reformismo, con sus cooperativas, sus aumentos salariales en tiempos de crisis y su seguro de desempleo, amenaza algo mucho más sagrado: el beneficio capitalista." (Forgacs 1986: 31)

126

Bauer ha invocado aquí lo que yo he identificado como el segundo gran motivo de las clases propietarias: la búsqueda del beneficio capitalista. Pero, ¿realmente el beneficio capitalista requería a Mussolini? ¿Qué había de malo en la receta de Giolitti del compromiso de clases del noroeste de Europa, quizá con una ligera dosis adicional de semiautoritarismo? Esta era ahora seguramente una estrategia ganadora (Giolitti así lo creía) porque el trabajo había tocado techo. ¿Por qué los capitalistas italianos, especialmente los terratenientes, se opusieron tan firmemente al reformismo que importaron fascistas para matar a sus oponentes y así amenazarse a sí mismos? Su apoyo sigue siendo desconcertante. También debemos analizar otras fuentes de poder social, además del económico.

Motivaciones ideológicas, políticas y militares

Al principio, la Iglesia Católica había mirado con recelo al fascismo. Estaba a favor de un conservadurismo semiautoritario y no nacionalista, pero hasta entonces había desempeñado poco papel en la política. Tras la guerra, destacados católicos convencieron a la jerarquía de la necesidad de un partido católico de masas. Fundaron el PPI. Pero en 1922 había aparecido una facción "clerical-fascista" dentro del PPI. Esta facción se inclinaba a favor de Mussolini y convenció al Vaticano de su postura. El líder del partido, el sacerdote Dom Sturzo, era demócrata, pero sus votos le obligaban a obedecer. El partido se abstuvo en la decisiva votación parlamentaria de 1922 que condenaba la violencia fascista. Luego se unió al gobierno de coalición de Mussolini y ayudó a lograr el Concordato entre el fascismo y la Iglesia. El objetivo de la Iglesia era preservar sus propios intereses institucionales y su autonomía. Sin embargo, también prefería claramente un régimen de Mussolini a una alianza democrática entre el PPI y el centro-izquierda (Salvemini 1973: 345-56; Molony 1977; Mayeur 1980: 109-17). El fascismo y la Iglesia eran más rivales que enemigos. Como dijo Pío XI, "si existe un régimen totalitario-totalitario de hecho y de derecho- es el régimen de la Iglesia" (Gaillard 1990: 208). Una vez que los fascistas reconocieron los legítimos intereses institucionales de la Iglesia, el Vaticano los prefirió a la democracia, si ésta incluía a los socialistas. Pío parecía satisfecho con su trato, agradeciendo a Mussolini la aplicación del "catolicismo social" de *la Rerum novarum*.

127

Un importante movimiento rival y casi la totalidad de la institución ideológica más poderosa de Italia habían desertado de la democracia. Desempeñó un papel considerable en la "sacralización" y movilización de las comunidades locales en las ceremonias del nuevo régimen fascista (Gentile 1996; Berezin 1997). Las élites católicas, especialmente el Vaticano, habían sido las principales artífices, probablemente en contra del sentir mayoritario del PPI. Es difícil estar seguro, ya que el partido era bastante amorfo. Sólo la jerarquía eclesiástica podía dirigirlo en una única dirección. Por desgracia, esa dirección era hacia el fascismo.

Gran parte de la jerarquía ejecutiva del Estado también desertó. Esto tuvo una importancia militar crucial, ya que sólo las fuerzas policiales y el ejército poseían el poder coercitivo para reprimir a *los squadristi* una vez que hubieran arrollado a los socialistas. Sin embargo, el monopolio de la fuerza armada por parte del Estado resultó vacío. Ni la policía ni el ejército resistieron al fascismo. De hecho, fueron subvertidos por la simpatía generalizada hacia el fascismo. Muchos miembros de la alta función pública (especialmente del ministerio del Interior), prefectos regionales, magistrados y mandos del ejército se convirtieron en compañeros de viaje del fascismo entre 1920 y 1922. En el ejecutivo, la corte del rey y algunos ministerios con funciones más "blandas" resistieron más tiempo. El poder ejecutivo había gozado de cierta autonomía en materia militar y de orden público antes y durante la guerra. La propia declaración de guerra de 1916 se había fraguado en contra de los deseos del parlamento. Aunque el control parlamentario

aumentó en 1918, los magistrados, los prefectos y la policía siguieron ejerciendo su autonomía. Esto siempre había favorecido a la derecha política, y ahora favorecía cada vez más al fascismo. Algunos prefectos y autoridades policiales y militares mostraron predisposición hacia los fascistas "patriotas", pero el principal problema residía en que los funcionarios inferiores no aplicaban las directivas de orden público contra los fascistas. Esto alimentó el desorden y, a su vez, persuadió a más altos cargos a favorecer la incorporación de los fascistas al régimen, para "domesticarlos" y acabar con la violencia (Dunnage 1977: 138-45). Así pues, el paramilitarismo fascista no sólo mataba, sino que también persuadía a las autoridades para que legitimaran la matanza.

Así pues, los funcionarios públicos estaban sobrerrepresentados entre los fascistas. Durante los meses que rodearon al golpe, muchos más funcionarios salieron del armario. Durante 1922 los periódicos informaron de "cientos" de oficiales del ejército que se unían al partido. Al menos doce generales se unieron entre julio y septiembre. La Marcha sobre Roma fue comandada por antiguos generales, y sólo tuvo lugar una vez que Mussolini tuvo la seguridad de que el ejército se mantendría al margen. Esto fue decisivo. Con sólo algunas escaramuzas dispersas, la marcha no fue una revolución, quizá ni siquiera un verdadero golpe de Estado (concluye Salvemini 1973: 316-86). Muchos oficiales y soldados habrían preferido sólo un gobierno semiautoritario, pero esta opción estaba fracasando y, en cualquier caso, algunos admiraban los ideales y el "arroyo" de los fascistas, que a menudo eran sus propios hijos. El estatismo nacional extremo también podía conmovérselos. La mitad ejecutiva del Estado dual conspiró para derrocar a la mitad parlamentaria.

128

128 Pero incluso el bando parlamentario se dividió. Las élites *popolari* hicieron el cambio antes mencionado. Muchos políticos "constitucionales" también cambiaron. Esperaban movilizar ellos mismos el nacionalismo popular, pero el fascismo les había superado entre los jóvenes. Llegaron a un acuerdo con Mussolini cuando éste se mostró dispuesto a frenar a sus radicales. Pero no estaban a favor de la revolución fascista, el corporativismo o el sindicalismo (excepto cuando subvencionaba sus propias actividades económicas). Sus razones para cambiar de partido solían ser variadas, y entremezclaban sentimientos clasistas con otros más nacionalistas. Aquí está *Nazione*, un periódico florentino, que ejemplifica un nacionalismo conservador que también tenía conciencia de clase:

El fascismo es inevitablemente una reacción a menudo amarga y violenta -a veces de forma exagerada-, pero siempre sobre un trasfondo emocional de violencia maximalista [es decir, socialista]. Es el arma afilada con la que se arma la clase media cuando se levanta contra las fuerzas de la destrucción.... Su juventud no la salva de los errores, pero sí la libra del aburrimiento en el que dormitan muchos partidos venerables. En cualquier caso, es otro fenómeno... de esa restauración de los valores nacionales que es el signo más reconfortante del final del año que acaba de pasar. (Snowden 1989: 151)

Pero había una crisis política. De repente se había introducido el sufragio masculino pleno, aunque el ejecutivo poseía algunos poderes residuales. Un gobierno parlamentario estable podría haberse basado en coaliciones, bien una coalición de centro-izquierda de

socialistas moderados, el PPI y los liberales giolittianos, bien una coalición centrista de "constitucionalistas" liberales y conservadores y el PPI. Ninguna de las dos resultó posible. Los socialistas maximalistas se negaron a participar, al igual que el PPI (que podría haberse escindido si sus líderes hubieran optado por cualquiera de las dos coaliciones), y los constitucionalistas se mantuvieron díscolos. Los líderes de ambos partidos de masas, socialistas y *popolari*, no estaban acostumbrados a los compromisos necesarios para disciplinar a su propio partido dentro de una coalición. Los líderes de los partidos notables eran buenos para los acuerdos a puerta cerrada, pero no para defenderlos ante un público masivo. La responsabilidad de que no se llegara a un compromiso democrático liberal no era sólo de los socialistas, sino de todo el espectro político. La democracia liberal estaba en transición, aún no institucionalizada (como subraya Maier 1975: 322-50). Así, una crisis de clase se entrelazó con una crisis claramente política.

A medida que aumentaba la violencia fascista, los partidos "constitucionales" se hacían menos

interesados en proteger a las víctimas que en un gobierno autoritario. Esto les llevó a una alianza para imponer el orden entre el Estado existente y el movimiento fascista. Giolitti esperaba evitarlo, pero incluso él mismo se convenció de que los fascistas eran sólo nacionalistas juveniles y demasiado entusiastas, la actitud "de un padre para un hijo despreciable". Esperaba que la violencia del hijo llevara a los socialistas moderados a la mesa de negociaciones, y en junio de 1921 la mayoría de los diputados socialistas (aunque no la dirección) declararon que apoyarían cualquier coalición gubernamental que se resistiera al fascismo. Esto hizo que Mussolini entrara en pánico y se pusiera en marcha, aunque el Vaticano también estaba dando instrucciones al PPI en contra de una coalición. Giolitti era típico de los políticos semiautoritarios de los años veinte, inconsciente de que el paramilitarismo fascista sería de un orden diferente a su propia represión selectiva ocasional o a la violencia retórica de los socialistas. Los políticos de los años treinta habían aprendido esta lección.

129

Sin embargo, la mayoría de los líderes "constitucionalistas" también parecían preferir el fascismo al compromiso con la izquierda. El Primer Ministro Salandra dijo que el fascismo era ahora "la salvación y la única guarnición válida contra la subversión y la anarquía. Era necesario, en mi opinión, dar sin demora una forma legal al inevitable advenimiento del fascismo." Otros ex primeros ministros, Facta y el propio Giolitti, siguieron su ejemplo. No eran verdaderos "constitucionalistas", comprometidos con las instituciones parlamentarias. Durante dos décadas, Giolitti había reprimido y manipulado selectivamente. El clientelismo le había proporcionado una "mayoría garantizada" y había convertido el parlamento en un mercado donde se negociaba y se pagaba por los privilegios. La corrupción había disminuido los atractivos del liberalismo, animando a los disidentes de izquierda (sindicalistas) y derecha (Corradini, D'Annunzio y fascistas) a afirmar que la legitimidad no residía en las instituciones parlamentarias, sino directamente en el "pueblo" o la "nación", y en un movimiento voluntario minoritario que representaría al pueblo "orgánicamente."

El compromiso liberal y conservador con la democracia seguía siendo contingente.

Habían fracasado en la transición de partidos notables a partidos de masas porque estaban muy divididos. La guerra había traído un nacionalismo divisivo que movilizaba a las masas. Liberales y conservadores se habían dividido por la mitad, y se habían producido importantes deserciones de ambos hacia D'Annunzio y luego hacia los fascistas. Entonces, la Iglesia cambió su postura política, pasando de una actitud hostil hacia la política (que al menos había permitido a los notables laicos liberales y conservadores del norte dominar la política parlamentaria de preguerra) a la participación a través de su propio PPL movilizador de masas. Esto debilitó el poder político de los antiguos notables laicos y los dividió de los nuevos centristas religiosos. Su posición debilitada y asaltada les hizo muy receptivos a ideas como las de Carl Schmitt, comentadas en el capítulo anterior. Enfrentados a un joven movimiento fascista, también tenían la incómoda sensación de que al menos parte de la combinación fascista de estatismo nacional y paramilitarismo podría ser la ola del futuro, más eficaz en las condiciones modernas para hacer frente a las turbulencias que sus propios subterfugios algo corruptos y semiautoritarios. Como subraya Gentile (1996: 1-18), las élites de preguerra, especialmente las de la mitad ejecutiva del Estado, habían intentado repetida pero ineficazmente cultivar un patriotismo más movilizador. Su fracaso les hizo mostrarse favorables a métodos fascistas más "modernos". Una transición política problemática había enturbiado la política de partidos, corroído el ejecutivo estatal y dificultado la conciliación liberal del conflicto de clases.

130

Como no hubo elecciones, es imposible saber hasta qué punto estaban arraigados estos temores entre sus partidarios de masas. Es de suponer que mucha gente de todas las clases temía el desorden. Aunque hemos visto que la "amenaza" de la izquierda era exagerada, estos parecían tiempos peligrosos. La revolución bolchevique y las turbulencias revolucionarias en otros países sirvieron para exacerbar la amenaza. Los periódicos de tirada masiva exageraron la amenaza para aumentar el número de lectores, haciendo sensacionalismo de la violencia y la anarquía, igual que sus homólogos de hoy nos alarman sobre el sexo, las drogas y la violencia criminal. Los periódicos, en su mayoría de derechas, eran el principal medio de comunicación de la época (había menos de 100.000 radios en Italia). Es posible que esos temores estuvieran muy arraigados. Sin embargo, no hubo manifestaciones masivas (aparte de las de los propios fascistas), y la Marcha sobre Roma suscitó poca respuesta popular. La organización de la complicitad fue casi totalmente elitista. Así que la respuesta es sí, las élites pensaban que recurrían al fascismo para defender el "orden", lo que sin duda incluía defenderse del socialismo. Parte de su motivo fue que una crisis política había socavado opciones más moderadas para ellos. Sin embargo, ésta seguiría siendo una explicación insuficiente. También encontraban atractivas las soluciones fascistas a la crisis porque también respaldaban otros valores fascistas.

Como había dejado claro el panfleto de Mussolini, el fascismo se centraba en el nacionalismo orgánico y en un paramilitarismo que conducía hacia un régimen altamente estatista e imperialista. El nacionalismo italiano había tendido a centrarse en los agravios de política exterior contra los acuerdos de paz de 1918-19. Los nacionalistas exigían trozos del Tirol austriaco y Yugoslavia, y los seguidores de D'Annunzio habían tomado

Fiume (Ryeka), pero luego fueron detenidos por el gobierno constitucionalista que deseaba respetar los tratados de paz. Mussolini hizo un gran juego de esto. Las naciones "plutócratas", Gran Bretaña y Francia, habían dominado los tratados de paz, con los liberales italianos como lacayos. La "nación proletaria" debía sublevarse para lograr la igualdad y quizá también para apoderarse de sus territorios naturales. Como ha subrayado Gregor (1979), el fascismo italiano tenía una marcada ideología "desarrollista". Italia crecería próspera mediante la movilización colectiva de los recursos de la nación. Se trataba de una retórica atractiva con un amplio atractivo popular.

131

No está claro a qué grupos atraía especialmente. Un nacionalismo agresivo como éste suele identificarse con la "clase media". Sin embargo, ¿qué relevancia tenían estas cuestiones para las preocupaciones de cualquier clase importante? Fiume, las pobres colonias africanas o los arrogantes británicos o franceses estaban muy lejos de las preocupaciones cotidianas de los italianos. Los nuevos territorios contribuirían poco al desarrollo económico; otra guerra era una perspectiva terrible. Pero existían pequeños grupos de apoyo. En primer lugar, el fascismo alcanzó fácilmente sus mayores índices de reclutamiento en las provincias fronterizas del norte. El nacionalismo significaba eliminar el sentimiento de vulnerabilidad de los italianos fronterizos concediéndoles privilegios sobre los eslavos y alemanes de "segunda clase". En segundo lugar, los nacionalistas que inicialmente seguían a D'Annunzio o al fascismo eran en su mayoría antiguos *arditi* que habían arriesgado la vida por la nación. Se sentían humillados por el acuerdo de posguerra. En tercer lugar, gran parte de la "burguesía humanista" centrada en el Estado estaba a favor de un Estado en expansión, y los militares y funcionarios tenían intereses materiales en ello. Estos tres grupos no parecen constituir una clase, sino un núcleo más pequeño, particular y "estatista" del nacionalismo paramilitar.

Mussolini trató de ampliar este estrecho grupo de partidarios nacionalistas.

puerto a través de un populismo orientado tanto al pasado como al futuro. Vistió su movimiento con símbolos imperiales romanos, reivindicó la ascendencia de Garibaldi, incorporó rituales fascistas a los días conmemorativos de la joven nación y obtuvo la bendición sagrada de la Iglesia italiana. Hizo un llamamiento al renacimiento de Roma y a la realización del frustrado impulso de Italia hacia la dignidad y el poder. Personalmente, adoptó una pose quintaesencialmente italiana como "el hombre viril, el apasionado, el pobre que grita y sacude el puño a las naciones del mundo... expropiando... las tradiciones cómicas del teatro callejero en sus muecas y posturas" (Passerini 1987: 191-2). Sin embargo, esta "nación proletaria" no era muy agresiva. La mayoría de los italianos desconfiaban del militarismo. Volvieron a demostrar ser malos soldados -aunque seres humanos muy sensibles- en la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de los italianos eran demasiado astutos para favorecer la agresión en el extranjero, y Mussolini lo percibió. Aunque al principio se unió al clamor sobre el Adriático, lo abandonó en noviembre de 1920, cuando se le ofreció fugazmente la oportunidad de romper con D'Annunzio y unirse al gobierno de coalición de Giolitti. Declarando que "Italia necesita la paz para recuperarse", denunció a aquellos "hipnotizados por la visión de unas cuantas islas y playas en el Adriático" (Tasca 1976: 84-5). Aunque probablemente deseaba una gloriosa expansión imperial romana, a estas

alturas seguía siendo realista sobre las posibilidades de Italia de conseguirla.

Así que el nacionalismo de Mussolini (como el de la mayoría de los fascistas) se centró inicialmente en el renacimiento *interno*. Murri, converso de la democracia cristiana, veía el fascismo como la solución orgánica a la historia moderna de Italia: "Hoy, como en el Risorgimento, el objetivo es hacer de los italianos una Nación y un Estado... buscar y establecer firmemente una visión de unidad nacional... y un Estado éticamente válido que funcione en nuestras conciencias" (Gentile 1996: 57). Así, la agresión fascista se dirigía principalmente contra los "enemigos internos" cuyo "internacionalismo" supuestamente debilitaba a la nación. Los socialistas, calificados de "bolcheviques" extranjeros, se habían opuesto a la guerra y luego habían importado prácticas políticas "rusas". El PPI fue denunciado por los fascistas más radicales como representante de una iglesia cosmopolita, que siempre había sido hostil al Estado-nación italiano. La lucha entre socialismo y capitalismo sólo dividía a la nación, mientras que las instituciones parlamentarias agravaban las divisiones hasta la "anarquía". Un simpatizante fascista de la fiscalía de Florencia escribió en un informe oficial de junio de 1921:

132

Los simpatizantes siguen con satisfacción el movimiento fascista y, si no lo aprueban, al menos justifican su violencia, pues consideran que de ningún otro modo una escasa minoría de almas aguerridas habría podido doblegar a la preponderancia de socialistas, anarquistas y populari que, en virtud de la inacción gubernamental, sin duda habrían llevado a Italia a un estado caótico y bolchevique como en Rusia. (Maier 1975: 316)

En ese momento Rusia estaba asolada por la guerra civil. Mussolini dijo que si el bolchevismo hubiera funcionado, bien. Pero "el bolchevismo ha arruinado la vida económica de Rusia" (Delzell 1970: 8). Los fascistas utilizarían a los paramilitares y al Estado para suprimir el conflicto de clases y restaurar la unidad orgánica. Habían sido los únicos verdaderos patriotas durante 1914-18. Ahora tenían derecho a gritar "Viva Rusia". Ahora tenían derecho a gritar "Viva Italia" y tachar a sus enemigos de "antinacionales". No denunciaban a "la clase obrera" ni al "proletariado", sino a los "marxistas" y "bolcheviques", a los que tachaban de "los otros austriacos", "traidores y denigradores de la victoria" y "traidores a la nación". Su temprana retórica antiburguesa fue sofocada por un aluvión de nacionalismo y antibolchevismo, según observó el Primer Ministro Bonomi (De Felice 1977: 117-18).

Se acercaba más a la experiencia cotidiana italiana. Apelaba menos a los dos bandos de clase enfrentados y más a los marginados desesperados por encontrar una solución: a la "burguesía humanista" fuera de la esfera de la producción directa, a algunos de los dos tercios no organizados del proletariado, a los pequeños y medianos agricultores. También apeló a las élites de un Estado que en una década había dado un bandazo hacia el sufragio masculino y la soberanía parlamentaria formal. Los militares, la monarquía, la alta función pública, los prefectos regionales -además del antiguo régimen atrincherado políticamente (la iglesia y los notables locales)- dudaban de que la constitución liberal pudiera por sí sola mantener a raya el caos social. Compartían la segunda preocupación de Carl Schmitt (analizada en el capítulo anterior): Italia necesitaba un Estado "por encima" de la contención díscola de una sociedad dividida en bandos armados. ¿Podría

bastar con la antigua parte autoritaria del Estado? ¿O necesitaría la ayuda de una nueva élite, como Schmitt había llegado a aceptar?

133

Los jefes locales fascistas, los *ras*, percibieron y explotaron el dilema del Estado. Vieron que en realidad existían "dos Estados", uno vacilantemente democrático, centrado en los partidos constitucionales, y otro más autoritario, centrado en su brazo ejecutivo. Intentaron ampliar esta fisura e infiltrarse en ambos. En mayo de 1922, Balbo organizó una marcha de cuarenta a cincuenta mil obreros hacia el centro de Ferrara para exigir empleo. Convenció a la policía y a las tropas para que se mantuvieran alejadas de la muchedumbre, prometiendo *que los squadristi* mantendrían el orden. Las autoridades se alegraron de evitar un motín. Entonces dijo que no podría controlar a la muchedumbre a menos que se satisficieran algunas de sus demandas. Exigió al prefecto que prometiera un programa de obras públicas en cuarenta y ocho horas, o se desataría la violencia. Un frenético intercambio telefónico entre el prefecto y Roma aseguró la promesa en el día. ¿Quién gobernaba ahora? se preguntaban muchos. Entonces Balbo se dirigió a Bolonia con 20.000 partidarios. El prefecto de Bolonia era uno de los pocos constitucionalistas genuinos. Pero ni siquiera él se atrevió a utilizar las tropas, muchas de las cuales estaban confraternizando con los fascistas. Se llegó a un punto muerto, resuelto cuando Mussolini persuadió al ministerio para que trasladara al prefecto. En Rávena, Balbo advirtió al jefe de policía que sus hombres pretendían quemar las casas de los socialistas. Pero Balbo dijo que podía impedirlo si la policía le proporcionaba una flota de camiones para sacarlos de la ciudad. Así lo hizo, pero se quedó con los camiones, que luego utilizó para extender "una columna de fuego", quemando sedes socialistas y comunistas por las provincias de Rávena y Forlì.

Estas tácticas se repitieron en la Marcha sobre Roma. Un avance paramilitar medio ordenado en medio de un ejército inmovilizado obligó a un gobierno dividido a ceder. La unidad y la autoridad de un Estado aparentemente democrático, en realidad dual, quedaron destruidas. Para preservar la unidad nacional y el orden estatal, sus funcionarios y políticos recurrieron al fascismo. Un movimiento populista radical que encarnaba una considerable violencia paramilitar había socavado la capacidad de resistencia de las élites apelando simultáneamente a sus prejuicios de clase y a sus prejuicios nacional-estatistas.

LOS FASCISTAS EN EL PODER

El fascismo italiano no era un movimiento unitario. Contenía tendencias y facciones muy diversas: socialistas, sindicalistas, estatistas, nacionalistas conservadores, *squadristi* radicales y reaccionarios agrarios. Puede que el propio Mussolini fuera partidario de un fascismo de corte socialista, pero sus antenas oportunistas le permitieron hacerse con el poder enfrentándose a las diversas facciones con zigzags políticos. En este aspecto se parecía a Hitler. Sin embargo, las principales diferencias entre ambos se pusieron de manifiesto una vez que se hicieron con el poder. Mussolini carecía del trascendentalismo racial radical de Hitler, y su estatismo no buscaba purgar las diferencias entre facciones,

sino envolverlas a todas en un corporativismo laxo. Una vez en el poder, les dio a todos una parte de la acción. Los fascistas no habían conquistado el poder. Más bien, se habían acercado a él y luego habían hecho tratos con élites no fascistas. El intento de satisfacer a todos estos grupos poderosos produjo una dispersión de la soberanía estatal entre una monarquía, una burocracia tradicional, el Gran Consejo Fascista, el Ministerio de Corporaciones, los Sindicatos, el Partido y el propio Duce. A nivel local, el secretario del partido, el prefecto, los dirigentes sindicales y el podestá competían por la autoridad. El estatismo, el militarismo, el sindicalismo y el oportunismo fascistas crearon un Estado muy pluralista. Los tipos de conflicto y compromiso que la democracia liberal institucionalizaba en los partidos y los parlamentos adoptaban ahora formas más privadas dentro del Estado fascista.

134

Los radicales vieron frustrado su intento de establecer un Estado sindicalista, pero fueron comprados con el control monopolístico de los sindicatos, al igual que las asociaciones patronales recibieron poderes similares sobre la otra parte del proceso de negociación y en el ministerio de las corporaciones. Después de 1926 se distribuyeron grandes beneficios materiales a los militantes fascistas a través de las cuotas sindicales, comprando su deseo de crear problemas violentos (Riley 2002). En otros lugares, el régimen concedió poderes a las élites no fascistas. Esto se notó enseguida en el campo, ya que los terratenientes se hicieron cargo de la organización fascista durante 1922. Tardó más en las ciudades, donde *los fascios* radicales siguieron generando turbulencias durante toda la década de 1920. Los sindicatos fascistas también se hicieron más de clase media, dominando los rangos bajos y medios de la función pública y la administración local (Lyttleton 1987: 217-20, 278). Tras el golpe, la presencia obrera y campesina del PNF disminuyó, ya que se afiliaron muchos oportunistas de clase media. Datos dispersos sobre los partidos locales en 1927 revelan pocos afiliados obreros y un predominio del sector público (Forgacs 1986: 50 n. 32; Revelli 1987: 25-34). No obstante, a partir de 1935 los sindicalistas empezaron a resurgir, y la creciente popularidad del régimen de Hitler animó a Mussolini a radicalizarse tanto en política interior como exterior. Ahora podía utilizar las energías de los militantes fascistas para reducir el poder de algunas de las antiguas élites (Sarti 1990; Dahl 1999).

Tanto la estabilización de su propio poder como el ascenso de Hitler permitieron a Mussolini una política exterior más agresiva. Actuó agresivamente contra los africanos más débiles en Libia y Etiopía (trataré este tema en mi próximo libro). Pero, como muestra Mallett (2000), pronto se dio cuenta de que Gran Bretaña y Francia bloqueaban el acceso de Italia a un verdadero imperio a través de los océanos. Tras la llegada de Hitler al poder, buscó una alianza con Alemania para combatirlos. En el momento de la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial, había iniciado un programa de buques de capital y submarinos que pensaba que podría desafiar el dominio británico en el Mediterráneo y el Mar Rojo. La vertiente expansionista revelada en su ensayo de 1932 había llegado a una desastrosa fructificación, a pesar de su aparente conciencia de que sólo podía tener dos resultados posibles: o Italia sería derrotada o se convertiría en sumisa a Alemania (Ceva 2000).

135

Al satisfacer ampliamente a sus diversas facciones y proporcionar orden y una

sensación de expansión, el régimen también se hizo bastante popular. Las elecciones de 1924 no fueron del todo libres, pero la inesperadamente amplia mayoría fascista parecía en su mayor parte genuina. Hubo un alivio generalizado por el restablecimiento del orden. Una vez firmemente en el poder, después de 1926 aproximadamente, el régimen necesitó poca violencia adicional y parece haber alcanzado una amplia aunque no muy intensa popularidad. La introducción de tribunales especiales y policía secreta no condujo al terror: el 80 por ciento de los juzgados por delitos políticos fueron absueltos, y la mayoría de los condenados fueron sentenciados a menos de tres años de prisión. De 1927 a 1940 sólo hubo nueve ejecuciones políticas. Incluso la guerra sólo trajo consigo otras veintidós. Significativamente, la mayoría de las víctimas eran nacionalistas eslovenos. Durante la guerra, el régimen fascista sólo condenó a muerte a noventa y dos soldados italianos, en comparación con las 4.000 sentencias de muerte dictadas por su predecesor "liberal" en la Primera Guerra Mundial, y con las 35.000 sentencias de muerte de su aliado, la Wehrmacht alemana (Payne 1995: 117; Knox 1996: 128). Todo esto indicaba sólo un bajo nivel de represión. Había pocos indicios de desafección proletaria, campesina o de cualquier otro tipo, aparte de los jefes de partido locales descontentos.

De Felice (1974: cap. 2) dijo que esto demostraba que el régimen contaba con el consentimiento activo de los italianos. El régimen capeó la Gran Depresión (aunque no tan bien como decía). Afirmó la posición de Italia como gran potencia, hasta que cometió el terrible error de entrar en la Segunda Guerra Mundial. Las entrevistas de Passerini (1987) con viejos italianos revelan opiniones más ambiguas que el simple "consentimiento" o "disentimiento". Sus bromas -sobre el régimen, sus canciones y eslóganes, y sobre sus propios compromisos, a veces dudosos, con él- indicaban ambivalencia hacia el fascismo. Los sindicatos fascistas y los movimientos femeninos, juveniles y de ocio ofrecían servicios y rituales a sus numerosos miembros. Berezin (1997) afirma que los rituales fascistas penetraron en las prácticas de la vida cotidiana, apropiándose e intensificando el patriotismo ordinario, aprovechando el catolicismo y al cura del pueblo para sus proyectos. Aunque en realidad el fascismo no "resacralizó" el Estado y la nación italianos, sí se implantó como algo normal e italiano. La Segunda Guerra Mundial trajo más radicalismo y menos popularidad. Los informes policiales indican que a partir de 1943 muchos italianos consideraron la escasez de alimentos y los bombardeos como las consecuencias de una guerra estúpida, impuesta a un régimen débil por los más poderosos alemanes (Abse 1996). A partir de entonces, Italia se dividió profundamente, ya que muchos se levantaron contra el fascismo y la facción fascista se radicalizó. Sin embargo, antes de eso, unos cuantos miles de antiguos combatientes fascistas y un mayor número de oportunistas parecen haber gobernado Italia sin excesivas tensiones.

136

CONCLUSIONES

Los fascistas mataron a la democracia y a unos miles de italianos. Los objetivos eran políticos más que étnicos, principalmente porque el país tenía fronteras territoriales seguras. Sólo el inseguro noreste tentó a los fascistas locales a la agresión contra

enemigos étnicamente definidos. Sin tener en cuenta África y el último año de la guerra (de los que hablaré en mi próximo libro), el fascismo italiano fue el movimiento fascista más benigno que he analizado aquí. Por eso los autoproclamados "neofascistas" han resurgido en Italia en los últimos años.

Los fascistas surgieron como respuesta a una crisis bélica de movilización de masas. Italia era marginal en el sistema de las Grandes Potencias y los italianos estaban divididos por la guerra. Dividió a los partidos políticos y creó espacio para otros nuevos. Unos cientos de fascistas se convirtieron entonces en un movimiento de masas a medida que las nuevas crisis de la sociedad italiana de posguerra exacerbaban las luchas de clases del capitalismo y dinamizaban un movimiento juvenil paramilitar. El paramilitarismo se convirtió en la solución a la lucha de clases. Pero considerar el fascismo italiano simplemente como una organización paramilitar aplicada a un objetivo capitalista sería simplificar demasiado. Como en otros lugares, las clases poseedoras recurrieron a las armas "demasiado pronto", cuando ni la defensa de la propiedad ni el beneficio estaban realmente amenazados. Para explicar esta aparente reacción exagerada, debemos añadir una crisis política e ideológica creada por un Estado dual. Italia no poseía un "antiguo régimen" cohesionado. La Iglesia era poderosa pero se oponía al Estado. Las élites liberales y conservadoras habían dirigido el Estado de preguerra sin poseer raíces sociales profundas, y el Estado no había movilizado eficazmente los sentimientos nacionalistas. La mitad parlamentaria del estado estaba realizando una rápida transición a la democracia masculina, enfrentada a dos nuevos "ejércitos de masas", partidos de socialistas radicalizados y populistas católicos incoherentes. La mitad ejecutiva del Estado poseía el monopolio del poder militar, pero había sido corroída por los sueños de un nacionalismo y un estatismo más movilizadores. En un país donde un antiguo régimen no podía movilizar su propio autoritarismo, el fascismo tuvo un atractivo precoz. Por eso la opción represiva fascista fue llamada "demasiado pronto". Pero la secuencia tan cercana de la Primera Guerra Mundial, el enfrentamiento de clases de la posguerra, el intento de un Estado débil de profundizar en la democracia y el joven auge fascista hace difícil establecer los pesos causales relativos de estas cuatro crisis.

137

Los fascistas italianos ofrecían soluciones plausibles a la crisis. Afirmaban que trascendían la lucha de clases, lo que resultaba especialmente atractivo para quienes se encontraban fuera de los guetos proletarios y del núcleo industrial/comercial de la clase capitalista. Afirmaban lograr el desarrollo social a través del nacional-estatismo, atractivo para aquellos con Enks más fuertes a la nación o al estado. El medio elegido, la violencia paramilitar, atraía especialmente a los valores militares y machistas de los jóvenes desmovilizados. La militancia de estos miles de fascistas acercó al fascismo al poder. Pero las élites también llegaron a favorecer la represión fascista de la disidencia de clase, en parte porque la crisis política había reducido las opciones alternativas, pero también porque el estatismo nacional fascista les atraía. Su desertión permitió la toma del poder. Cada uno de estos elementos atrajo hacia el fascismo a distintos grupos: clases, sectores, regiones, generaciones. La variedad de este apoyo puede haber requerido finalmente algo parecido al agudo oportunismo del propio Mussolini para permitir la toma y el mantenimiento del poder. Es una historia de miles, no de millones: la fuerza de ataque

paramilitar de miles de fascistas y la traición de miles entre las variadas élites italianas. Los socialistas y *los popolari* tenían los números para oponerse a ellos, pero no tenían fuerza paramilitar ni el mismo atractivo para las élites. La mayoría de los italianos observaba con sentimientos encontrados. No parecen haber desaprobado un resultado que trajo la paz social y un progreso moderado. Pero fueron en gran medida irrelevantes para la llegada de los fascistas al poder.

Mi explicación ha sido más polifacética que las teorías clasistas o fascistas presentadas al principio del capítulo. He invocado las cuatro fuentes de poder social -ideológico, económico, militar y político- para explicar la primera toma del poder por los fascistas. La complejidad de esta explicación requeriría idealmente datos más precisos y amplios de los que he podido reunir. Permítanme finalmente admitir lo que rara vez hacen los relatos sobre el fascismo italiano. Todas las interpretaciones generales del fascismo italiano, incluida la mía, se basan en pruebas bastante endebles. Los datos sobre los fascistas y sus aliados, sus antecedentes y sus motivaciones no permiten una generalización muy segura. Me centraré en los nazis, mucho mejor documentados.

4

Nazis

Alemania fue la mayor potencia y el país más desarrollado en volverse fascista. Los nazis fueron el mayor movimiento fascista del mundo, con los mayores paramilitares y el mayor número de votos. Fue el fascismo más "radical", el que cometió el mayor mal. Por eso es especialmente urgente explicar quiénes eran los nazis, en qué creían y cómo se hicieron con el poder. Por suerte, éste es el caso mejor documentado. Aunque siempre hay más preguntas que hacer y más datos que buscar, este capítulo y el siguiente pueden acercarse a explicar el ascenso de los nazis, resolviendo algunos enigmas que deja la escasa base de datos italiana comentada en el capítulo anterior. Y aunque todos los movimientos fascistas diferían, compartían lo suficiente como para que podamos utilizar la solidez de los datos alemanes con fines más amplios y comparativos.

Sin embargo, había diferencias evidentes con Italia. A diferencia de Italia, Alemania había perdido la Primera Guerra Mundial. Un breve periodo de turbulencias revolucionarias dio paso a una democracia liberal avanzada, la República de Weimar, que concedió el sufragio femenino y el Estado del bienestar más desarrollado del mundo. En Alemania existían no una, sino dos grandes confesiones cristianas, el protestantismo y el catolicismo. Dado que Hitler no tomó el poder hasta 1933, el ascenso nazi también fue más lento, afectado por los acontecimientos de entreguerras: una crisis inflacionista, disputas con las potencias de la Entente sobre fronteras, reparaciones y armamento, la Gran Depresión y el auge general del autoritarismo de entreguerras. Mucho más que los fascistas italianos, los nazis impugnaron seriamente las elecciones; mucho menos, sin embargo, desafiaron el poder militar del Estado. Por último, el fascismo alemán era mucho más racista que el italiano. Todas estas diferencias eran importantes.

También lo hicieron las peculiaridades a largo plazo de la historia alemana, a menudo descritas como un *Sonderweg*, un camino único de desarrollo histórico. Esto suele verse en términos de política de clases: Al carecer de una "revolución burguesa", Alemania se convirtió en un país avanzado al tiempo que conservaba un Estado de antiguo régimen semiautoritario que la burguesía apoyaba. Juntos, se argumenta, el antiguo régimen y la burguesía socavaron la democracia de Weimar y derivaron hacia el apoyo al fascismo. Sin embargo, la nación alemana, al igual que sus clases, tenía su propio camino. El Estado-nación alemán tenía dos posibles fronteras alternativas: una *Klein* o una *Gross Deutschland* (pequeña o gran Alemania). Sesenta millones de alemanes vivían en la República de Weimar, pero casi veinte millones vivían fuera de ella, la mayoría en territorios adyacentes. Esto dio a la "nación" alemana una identidad menos centrada en el Estado y más étnica y potencialmente más racista, y dio un proyecto potencial de expansión territorial. El "pequeño" Estado alemán (originalmente Prusia, ahora Alemania

de Weimar) podría unificar a toda la "gran" nación alemana, principalmente mediante la expansión hacia el este. Considero el papel de estos distintos legados de clase, nación y Estado.

140

Me pregunto quién apoyó el nazismo y por qué. En este capítulo hablo de los miembros nazis. En el siguiente, hablo de los otros dos ingredientes principales del ascenso nazi al poder: los votantes nazis y los "co-conspiradores" de las élites. También hablo de cómo los miembros, los votantes y las élites se movilizaron juntos cuando los nazis ascendieron al poder. Estos capítulos llevan la historia sólo hasta 1933. Los doce años que siguieron al Reich se analizan en mi próximo volumen. Este capítulo se toma en serio a los nazis. ¿En qué creían, quiénes eran y cuál era la naturaleza de sus actividades?

IDEOLOGÍA OFICIAL NAZI

Muchos observadores y estudiosos han subrayado que la ideología nazi era incoherente. Dicen que los nazis eran políticamente "semianalfabetos", que sólo manejaban "un batiburrillo de ideas", que se basaban en la "chatarra de ideas de la época", ambiguas, contradictorias, sin principios, que sólo destacaban por "la eficacia cautivadora [de] retazos popularizados de ideas y dogmas de salvación... un mito político para las masas" (Broszat 1987: 38, 186-90; cf. Peukert 1989: 39; Bracher 1971). Estas opiniones forman parte de la tradición de no tomarse en serio el fascismo. Parte del problema es que, como el nazismo suele considerarse un movimiento muy ideológico, muchos han tenido expectativas poco razonables sobre su sofisticación ideológica. No era como los partidos marxistas. Ningún partido fascista poseía el lastre teórico (también se podría decir rigidez doctrinal) que el marxismo proporcionaba a algunos partidos socialistas. Al igual que los partidos conservadores y liberales, los nazis tenían una ideología de orientación más laxa -el término alemán *Weltanschauung* ("visión del mundo") es adecuado- que informaba sus propuestas políticas. Como en todos los partidos eficaces, esto también se vio comprometido por el oportunismo político y la ocultación de los desacuerdos internos. Pero hay un curioso sentido en el que podríamos considerar el oportunismo fascista como "basado en principios". Dado que los fascistas adoraban el poder, el elitismo y el liderazgo, sus seguidores facultaban a los líderes para comportarse de forma arbitraria si con ello podían asegurarse el poder. El fascismo también privilegiaba la acción sobre el dogma. A muchos nazis les gustaba afirmar que eran meros hombres de acción. Alardeaban de no haber mirado nunca el programa del partido y decían (aunque sólo en privado) que nunca habían abierto sus ejemplares de *Mein Kampf*. Eichmann dijo taxativamente (mientras era juzgado por su vida en Jerusalén): "El programa del partido no importaba, uno sabía a lo que se unía". Exploro el "conocimiento compartido" al que aludía Eichmann, más que a cualquier dogma canónico. A este nivel, los nazis tenían más cohesión ideológica de la que se argumenta convencionalmente.

141

Algunos de sus conocimientos compartidos podrían parecernos patentemente absurdos a nosotros y también a muchos contemporáneos. La idea de que los judíos, el 0,76% de la población (y alcanzando un máximo de sólo el 2% entre los banqueros y corredores de

bolsa alemanes, es decir, el "capital financiero judío"), constituyeran una amenaza importante para Alemania debería haber sido risible. Seguramente también era absurdo que los votantes apoyaran al mismo partido que estaba cometiendo la mayor parte de la violencia en Alemania alegando que eso era necesario para detener la violencia. Pero muchos partidos ofrecen "soluciones" estafalarias, aunque de algún modo resonantes, a los problemas de un país. En política no se trata de la verdad, sino de una resonancia mínimamente plausible. He vivido en países cuyas elecciones también han sido ganadas por partidos que identificaban a un enemigo principal caricaturesco, casi imaginario: ni los sindicatos británicos, conservadores y bastante torpes, ni el poder interno del gobierno federal estadounidense, verdaderamente débil, podían ser considerados responsables de gran parte de los males de sus países durante la década de 1980.¹ Culpar a los judíos era aún menos plausible, pero la verdadera diferencia residía en su infinitamente mayor potencial para el mal.

Empiezo con un texto nazi clásico, el programa del partido de 1920. Algunos estudiosos

Aunque se le resta importancia, este documento (con una excepción) es un claro resumen del nazismo y de un estatismo nacional purificador. Sus puntos iniciales fueron repetidos constantemente por los nazis: la "unión de todos los alemanes en una Gran Alemania", la revocación de los tratados de paz y "tierras y territorios (colonias) para alimentar a nuestro pueblo y asentar a nuestros excedentes de población". "Sólo los de sangre alemana, cualquiera que sea su credo, pueden ser miembros de la nación. En consecuencia, ningún judío puede ser miembro de la nación". Otras cláusulas enumeraban las políticas educativas, económicas, legales, de medios de comunicación y sanitarias y el Estado corporativo autoritario que tales objetivos requerían. Estas cláusulas de política interior estaban impregnadas de *lenguaje völkisch*: Los no alemanes debían tener prohibida la influencia en los medios de comunicación, la libertad religiosa sólo se permitiría si no amenazaba al Estado ni "ofendía los sentimientos morales de la raza alemana". La pena para los no alemanes que infrinjan estas disposiciones es la deportación. En un discurso de 1923, Hitler dejó perfectamente claro lo importantes que eran los "enemigos" para el nazismo:

142

El nacionalismo es ante todo la inoculación contra un bacilo, y el concepto antisemita es la defensa necesaria, el anticuerpo si se quiere contra una peste que hoy se apodera del mundo entero..... Sólo hay una diferenciación: o se es alemán o se es antialemán. Los nacionalsocialistas encabezan la marcha de Alemania, y nosotros declaramos que no nos sentaremos a la mesa con criminales que ya nos apuñalaron una vez por la espalda. (Sereny 1995: 58-9)

Es una visión maniquea del mundo dividido entre alemanes y sus enemigos. Sin embargo,

¹ El único ámbito de poder verdaderamente impresionante del gobierno federal estadounidense, su ejército, fue la única parte exenta del ataque republicano. En las elecciones de un tercer país que presencié, en 1993, el Partido Socialista español, en el poder, probablemente consiguió aferrarse al poder en el último minuto haciendo sonar la alarma popular de que su más bien inofensivo oponente conservador, el PP, albergaba en secreto intenciones autoritarias franquistas. El PP es ahora el gobierno respetable de la España democrática, tras haber ganado las siguientes elecciones.

como los fascistas italianos, los nazis empezaron siendo más izquierdistas de lo que luego fueron. El programa del partido incluía un esbozo del "socialismo" nazi: no la abolición de la propiedad privada, la democracia económica o la igualdad, sino "la primacía del trabajador sobre el explotador", que se definía como el gran capital y los altos tipos de interés. Esto era vago pero estatista: El Estado debía proporcionar sustento y bienestar a sus ciudadanos, abolir las rentas no obtenidas por el trabajo y tomar medidas contra las grandes finanzas y el capital judío. También había un programa radical de reforma agraria que incluía la expropiación de la propiedad terrateniente.

Este izquierdismo primitivo apareció de forma aún más simple en innumerables folletos de los primeros años del partido. He aquí uno de 1920:

PARTIDO NACIONALSOCIALISTA OBRERO ALEMÁN

Con incansable actividad, los agentes de la bolsa internacional judía y los prestamistas están tratando de hacer que Alemania esté madura para el colapso, de modo que puedan entregar el Estado y la economía a los

FIDEICOMISOS FINANCIEROS INTERNACIONALES

Esto requiere la división y, por tanto, el debilitamiento de nuestro pueblo en casa. De ahí también la lucha encarnizada de los

MERCENARIOS

de la alta finanza internacional contra una parte que, a diferencia de todas las demás, no está compuesta por

"BURGUESES" O PROLETARIOS

sino de los trabajadores mentales y manuales creativos de nuestro pueblo. Sólo ellos pueden ser y serán los sostenedores de la futura Alemania, (reproducido en Noakes y Pridham 1974: 37-41)

Pero en las calles los nazis no se enfrentaban ni a capitalistas ni a judíos. Se enzarzaron en luchas callejeras contra izquierdistas que proclamaban las virtudes del internacionalismo y de Rusia. Así que el énfasis nazi cambió. Los estudios regionales sobre el nazismo revelan que, en toda Alemania, la expresión del antisemitismo por parte de los nazis disminuyó a finales de la década de 1920. Aunque no se abandonó el antisemitismo, a partir de entonces los "bolcheviques" o los "marxistas" fueron vistos como los "antialemanes" preeminentes; en algunas zonas siempre lo habían sido (Heilbronner 1990). Pero los nazis también afirmaban que la violencia contra los bolcheviques y las restricciones a los capitalistas eran esenciales para alcanzar un objetivo positivo. Se trataba de la creación de *la Volksgemeinschaft*, "una comunidad orgánica del pueblo", cuyo papel era trascender los conflictos de clase y de otro tipo.

143

A medida que el movimiento crecía, se fueron añadiendo nuevos elementos al programa. Algunos reforzaron el fascismo. Los primeros ataques retóricos contra la República "civil" se convirtieron en un ataque de principios contra la propia democracia: El

deseado Estado "fuerte" se convirtió en abiertamente autoritario. A mediados de la década de 1920, tras la salida de Hitler de la cárcel, su pieza central se convirtió en el "principio del Führer": lealtad incondicional al líder, la personificación *del Volk alemán*. A ello ayudó que Hitler fuera carismático, con una notable capacidad para generar fe en sus seguidores. Era un hombre que podía expresar una "visión", carente de detalles concretos, expresada en dicotomías en blanco y negro bastante simples, pero aparentemente cegadora, clara y sincera (Kershaw 1998: 290-1). Hoy en día tendemos a desconcertarnos por el magnetismo maníaco que desplegó en los mítines de Nuremberg. Pero sus cualidades de liderazgo eran más evidentes en entornos privados. Las memorias nazis también hablan de hombres y mujeres que reprimían sus dudas y críticas tras las palabras tranquilas pero firmes de Hitler en privado. Después de 1927, aproximadamente, los nazis parecen haber profesado una devoción casi incondicional a su líder, la personificación de Alemania, como revela el eslogan nazi más conocido de todos: *"Ein Volk! iUn Führer! Ein Reich!"* Pero, en comparación con los fascistas italianos, los nazis restaban importancia a los proyectos de una sociedad futura. Para ellos, el "Estado corporativo" era un ideal extranjero, italiano o austriaco. La forma del futuro Reich se dejó en manos de Hitler, y éste no fue demasiado específico. Aunque se hizo mucho hincapié en el "estatismo", sus contornos exactos seguían siendo un poco vagos.

El mayor retroceso fue el del "socialismo". En 1928, el partido abandonó su compromiso con la reforma agraria radical. Su anticapitalismo también se tambaleó y se volvió más controvertido dentro del movimiento. Bajo la influencia de Feder, Hitler había distinguido el capital "productivo" del "improductivo" o "parasitario", el primero verdaderamente "alemán", el segundo internacional o judío. Pero a partir de 1930 buscó la aprobación de los empresarios que no entendían la distinción. Ahora se restaba importancia al "socialismo" nazi, en favor de la demanda constantemente repetida y más vaga de "justicia social". Esta era la mayor ambigüedad nazi. No obstante, el movimiento mantuvo algunas tendencias "socialistas". Influirían en la forma en que la economía política figuró en la estrategia electoral nazi tras la Gran Depresión, como veremos en el próximo capítulo.

144

LA IDEOLOGÍA DE LOS NAZIS

¿Merece la pena tomarse en serio esta *Weltanschauung* general? La pregunta importante es: ¿la compartían los nazis en general? Obviamente, sólo disponemos de pruebas limitadas sobre los cientos de miles de nazis "corrientes". Nuestra fuente más rica sobre las creencias de los militantes nazis son los 581 ensayos escritos para un concurso anunciado en una revista del partido nazi sobre "Por qué me hice nazi". Estos fueron solicitados en 1934 por el emprendedor sociólogo estadounidense Theodore Abel. Los ensayos recogidos en su libro de 1938 han sido reelaborados en dos ocasiones por Peter Merkl (1975, 1980). Obviamente, los ensayistas no eran una muestra aleatoria ni una muestra representativa de los nazis. Nos proporcionan una muestra muy alfabetizada, y por tanto de clase media, de "viejos combatientes", más comprometidos con el fascismo que el miembro medio. Pero estos militantes nazis sí compartían las creencias expresadas

anteriormente. El tema ideológico central del 32 por ciento de los ensayos era una *Volksgemeinschaft* trascendente, el 23 por ciento de los ensayos expresaban un "superpatriotismo" (orgullo por Alemania más odio a los extranjeros), el 18 por ciento se identificaban con Hitler como la encarnación del *Folk*, el 14 por ciento se centraban en el antisemitismo, el 6 por ciento en el "romanticismo de sangre y tierra" y el 5 por ciento abogaban por la recuperación militar de los territorios perdidos: un abanico ideológico bastante estrecho.

Estos militantes también eran muy contundentes con los "enemigos". Los marxistas/comunistas/socialistas eran vistos como el principal enemigo en el 63% de los ensayos, los judíos sólo en el 18%, los liberales/capitalistas en el 8% y los católicos en el 5%. Un tercio de los ensayos no mostraba indicios de antisemitismo, la mitad revelaba algunos, y el 13% parecía obsesionado por él. Un 22 por ciento mostraba odio hacia los extranjeros en el extranjero, un 15 por ciento hacia los "extranjeros" en Alemania, y un 5 por ciento se refería a una conspiración entre ambos. Casi todos dijeron odiar a la República de Weimar, el 30 por ciento porque estaba dirigida por judíos u otros "no alemanes", el 19 por ciento porque era un sistema multipartidista, el 9 por ciento porque era marxista, el 3 por ciento porque era liberal capitalista, el 23 por ciento porque era "liberal o capitalista" y "marxista", el 6 por ciento porque era "negra" y "roja". Una ligera mayoría creía que no se podía llegar a sus enemigos mediante argumentos razonados. Un 21 por ciento utilizaba términos que excluían a los enemigos de la condición humana o moral (como "infrahumanos", "roedores", "asesinos"). Alrededor del 40 por ciento abogaba por la guerra, y el 48 por ciento se había involucrado en actos violentos "tales que implicaban sadismo o masoquismo". Pero aparte del culto al Führer y el militarismo, había mucho menos estatismo expresado en los ensayos (Merkl 1975: 453-542). Los principales enemigos habían pasado a ser los bolcheviques, aunque a menudo se les relacionaba con los judíos y "el sistema" de Weimar. El lenguaje racista biomédico era frecuente, mientras que los enemigos étnicos y políticos parecían estrechamente entrelazados. La violencia los limpiaría de la *Volksgemeinschaft*. Sería redentora, como ha señalado Friedlaender (1997) sobre el antisemitismo nazi, y aportaría un gran apego emocional a Alemania, al movimiento y al Führer. El "núcleo duro" nazi respaldaba el nacionalismo orgánico trascendente y purificador expresado en el programa y la propaganda del partido. Pero implicaba algo más que mera racionalidad instrumental. Implicaba un acto de fe y compromiso. El poder ideológico rara vez depende de la sofisticación de su mensaje. Cuando es más fuerte, implica apelaciones sencillas pero resonantes que trascienden la realidad mundana y dan sentido a la acción. Esto dio a los nazis su fervor y empuje característicos.

145

¿Qué ocurre con otros nazis más "corrientes" que quizá no se dedicaban a escribir ensayos? Aquí las pruebas son menos sistemáticas, pero aún podemos encontrar algunas.

Podemos llegar hasta los nazis más "corrientes" a través del formulario que se exigía a los aspirantes a ingresar en la Sturm Abteilung ("Sección de Asalto"), o SA. A partir de 1930 tuvieron que rellenar una pregunta sobre los "motivos para ingresar". La mayoría de las respuestas eran sencillas pero concisas. Un ingeniero declaró:

Me alisté en las SA para apoyar a mi líder y a Alemania en la batalla contra el comunismo y el SPD, esos traidores al pueblo y a la patria, y para apoyar la erradicación de esos parásitos, hasta el final, aunque me cueste la vida!

Dado que en 1930 alrededor del 70% de los nuevos miembros de las SA eran ya trabajadores, la mayoría de sus respuestas eran aún más sencillas:

El trabajo estaba descartado porque el gobierno marxista no entendía cómo proporcionar trabajo y pan al pueblo.

Participar en aquella organización que garantice la unidad del pueblo alemán y proporcione al trabajador alemán los medios para reintegrarse en el proceso productivo.

Estoy en las SA porque me educaron como nacionalista desde la infancia porque mi padre [también obrero] no tenía tiempo para el SPD ni el KPD.

El nuevo movimiento, el Principio Leader, despertó mi interés hace tiempo, ya que me convenció la Idea Nacional de nuestro líder.

Soy de mentalidad nacional, amo a la Patria y no he pertenecido anteriormente a ningún partido político.

Hace tiempo que anhelo una Alemania ordenada, no infestada de judíos, y ansío el día en que se suprima el caciquismo del SPD.

Como alemán ario era indigno de mí apoyar a este jefe y gobierno judío.

146

Ellos también estaban dando un salto de fe, "hasta el final", que implicaba "amor" y "anhelo" por el objetivo de la "reintegración". De forma más mundana, también respaldaban el programa del partido y los ensayos de Abel. Sabían lo que hacían".

No voy a entrar aquí en las motivaciones extraídas de mi muestra de criminales de guerra nazis, presentada en mi próximo volumen (ya que podría tratarse de personas bastante inusuales). Pero como todos los movimientos de éxito, el nazismo atrajo a muchos adeptos por motivos vagos o mínimos. El oficial de las SS Gerstein (que más tarde arriesgó su vida para sacar a la luz el genocidio nazi) recordaba que se había alistado (recién licenciado en ingeniería y medicina) por simple nacionalismo idealista. Creía que los nazis resucitarían Alemania. Scheltes, un joven arquitecto en la oficina de Albert Speer (arquitecto y planificador económico de Hitler), sintió que "tenía que hacer una elección... todo en Alemania se había vuelto político... entre la izquierda y la derecha.... Elegí la derecha, que eran los nacionalsocialistas". Hupfauer, a la postre asistente administrativo de Speer, era un abogado ambicioso que esperaba estudiar en el extranjero. Pero "unos amigos me convencieron para que me quedara.... El partido pretendía cambiar todo el concepto de las relaciones laborales, basado en el principio de codeterminación y responsabilidad compartida entre dirección y trabajadores. Sabía que era utópico, pero creía en ello con todo mi corazón.... Las promesas de Hitler de un socialismo solidario pero disciplinado cayeron en oídos muy receptivos" (Sereny 1995: 146, 180-1, 356). Estos dos miembros del personal de Speer también estaban revelando un acto de fe, aunque como intelectuales también eran conscientes de la ambigüedad política y de clase esencial

del nazismo: ¿Era el nazismo derechista o era genuinamente trascendente de clase?

Todas las tensiones principales del movimiento se centraron en esta ambigüedad. En 1932 y 1933, las SA se inquietaron ante los tratos oportunistas de Hitler con las élites y su aparente marcha atrás en el "socialismo" nazi. Había surgido la contradicción habitual entre las tendencias revolucionarias y burocratizadoras del fascismo (véase Mann 1997). Las SA mostraban un tono orgullosamente proletario, como en esta canción de marcha:

Somos el ejército de la esvástica,
Iza bien alto la bandera roja,
Luchamos por la libertad de los trabajadores alemanes.

Aunque el líder de las SA, Rohm, no era un teórico, sí apoyaba un Estado de "obreros, campesinos y soldados", basado en "los soldados de primera línea de Alemania" (todas las citas proceden de Fischer 1983: 55-6, 82-3, 149-59).

Sugiero que este movimiento era más fuerte en su compromiso emocional y no menos cohesionado en sus creencias y tendencias que la mayoría de los movimientos modernos. De hecho, contenía la dinámica normal de los movimientos políticos: tensión entre los tres elementos de la ideología oficial, una base más radical y un recorte de liderazgo más conservador. La ambigüedad resultante era de una forma y a un nivel normales en los movimientos políticos. En este caso, la indiscutible autoridad de Hitler consiguió amortiguarla. Éstas eran las creencias respaldadas emocionalmente por los nazis. Pero, ¿qué tipo de personas eran? ¿Podemos empezar a identificar el núcleo del electorado nazi?

147

NÚCLEOS NAZIS

Masculino y femenino

Como en otros partidos de la época, la mayoría de los activistas nazis y todos los dirigentes eran hombres. Las mujeres representaban entre el 5 y el 10 por ciento de los miembros ordinarios del partido (y más tarde de los perpetradores del genocidio). Pero había muchas más mujeres nazis de lo que esto sugiere. Alrededor del 90 por ciento de las mujeres del partido eran solteras; al casarse, se asumía que la afiliación del marido representaba a toda su familia. La mayoría de las mujeres sólo se afiliaban a organizaciones auxiliares femeninas. Desconozco su número, pero es probable que sumándolas las mujeres nazis superaran el porcentaje (variable a lo largo del tiempo) del 10 al 23 por ciento de mujeres en el SPD socialista y del 9 al 16 por ciento en el KPD comunista. Los partidos de centro y derecha tenían menos mujeres afiliadas, pero algunos también contaban con organizaciones femeninas auxiliares.² Las direcciones de otros partidos

² Esto explica las estimaciones extraordinariamente altas de afiliación femenina a los partidos "burgueses" que a veces se dan en la literatura. Las mujeres constituían supuestamente el 25% del DDP liberal, el 47% del DNVP ultraconservador y entre el 35% y el 60% del DVP de centro-derecha (Boak 1990). Incluyendo a las organizaciones auxiliares nazis también alcanzaríamos grandes cifras.

incluían entre un 5 y un 15 por ciento de mujeres, pero éstas rara vez eran influyentes. El DDP liberal formó un comité de mujeres para marginar a sus feministas, a las que consideraba perdedoras de votos. Así pues, *todos los* partidos de la República de Weimar eran masculinos. Los nazis llevaron esto al extremo sólo a nivel de liderazgo. En la ciudad de Marburgo, las mujeres nazis superaban en número a las de otros partidos, tanto en términos absolutos como relativos. Y mientras que las izquierdistas eran en su mayoría de clase trabajadora y las conservadoras de clase media, las mujeres nazis procedían de todas las clases (Weber 1969: I; Bacheller 1976: 321; Kater 1983: 149-52; Wickham 1983: 324; Frye 1985: 95-6; Koshar 1986: 239; Boak 1990; Brustein 1996: Tabla 3.2).

Pero la ideología nazi era única en subordinar formalmente a las mujeres a la autoridad patriarcal. Los partidos de izquierda y liberales se proclamaban feministas. Incluso los conservadores afirmaban que querían más mujeres activistas. La ideología nazi era decididamente "machista" e insistía en que las mujeres permanecieran en la esfera privada, para dar a luz y nutrir a la raza "superior". Bajo el régimen nazi, la participación femenina en la población activa alemana fue inferior a la de otros países combatientes hasta 1943. Sin embargo, según sus propias luces, los nazis se preocupaban por las mujeres. Proporcionaban subsidios sociales a viudas y madres y denunciaban como decadente la cultura de la "mujer como objeto sexual" de las democracias liberales. Sus organizaciones femeninas participaban activamente en obras benéficas y educativas y patrocinaban el deporte y el ejercicio físico entre las chicas. El líder de las Juventudes Hitlerianas, von Schirach, comentó: "No importa lo alto que salte una chica, o lo lejos que meta el tiro, sino que su cuerpo se desarrolle adecuadamente, armoniosamente" (Steinhoff et al. 1989: 20). Los nazis se preocupaban por la salud y el bienestar de los portadores y criadores de la raza. Su preocupación por los últimos conocimientos médicos, de salud pública y dietéticos, su difusión a través de los últimos medios de comunicación de masas, y sus deportes, desfiles y programas comunales indican una forma bastante modernista de patriarcado, proclamado con más fuerza que los liberales o los izquierdistas proclamaban el feminismo. Los nazis mantuvieron relativamente en silencio algunos de sus puntos de vista, pero estaban orgullosos de su patriarcado.

148

Esto resultó ser popular tanto entre las mujeres como entre los hombres. El análisis ecológico de las votaciones (que se tratará con más detalle en el próximo capítulo) sugiere que las mujeres, menos propensas que los hombres a votar nazi en la década de 1920, cerraron a partir de entonces la mayor parte de la brecha. De hecho, las mujeres protestantes, que eran mayoría, acabaron votando un poco más nazi que los hombres protestantes. Entre los católicos, los nazis no pudieron competir con el Partido del Centro, que obtuvo el 70% de los votos de las mujeres católicas, frente al 56% entre los hombres católicos (Mayeur 1980: 133; Childers 1983: 260; Falter 1986, 1991: 136 y ss. Dado que el Partido de Centro también era (más tradicionalmente) patriarcal, pocas mujeres parecen haberse sentido desanimadas por ideologías que las excluían de la esfera pública. Las imágenes de la propaganda nazi de las mujeres nos resultan familiares: sanas, atractivas (aunque no *sexys*), vestidas de blanco virginal, fregadas y sonrientes, jugando a la pelota, admirando la naturaleza, regalando flores a Hitler. Eran imágenes eficaces, parte de la pretensión nazi de representar al *Volk* "limpio, sano y conscientemente alemán". Aunque

pocas mujeres eran militantes, muchas eran leales al nazismo. Algunas lo demostraron colaborando en el genocidio (de ellas hablaré en mi próximo volumen). Sin embargo, se trataba de un movimiento decididamente masculinista, con las consecuencias que veremos más adelante.

Jóvenes y veteranos militares

Vimos que los fascistas italianos habían sido principalmente jóvenes militares veteranos. Los nazis también eran jóvenes, aunque con menos veteranos. La edad media de los miembros de 1923 era de veintisiete años, aumentando a veintinueve a finales de los años veinte. Los militantes eran aún más jóvenes. En una muestra de 1929-32 de miembros muy activos de las SA, el 60 por ciento tenía menos de veinticinco años, mientras que la media de los "mártires" muertos en luchas callejeras durante 1923-3 era de veinticuatro años. La mitad de los miembros del partido y tres cuartas partes de los militantes de las SA eran solteros. Como en Italia, la mayoría de los fascistas estaban libres de compromisos familiares, sus "carreras" a disposición del movimiento. Hacia 1930 los líderes nazis eran una década entera más jóvenes que los dirigentes de todos los demás partidos de Weimar, excepto el comunista KPD. Los militantes socialistas del SPD eran bastante mayores que la población alemana. Los partidos "burgueses" y los socialistas personificaban la sabiduría anquilosada de la mediana edad, no el dinamismo de la juventud, así que los nazis proclamaron: "¡Abran paso, viejos!". Con el tiempo, por supuesto, los nazis empezaron a envejecer: Los nuevos miembros tenían una media de treinta y seis años en 1933 y cuarenta y siete en 1939. Para entonces los nazis eran representativos de la estructura de edad de los alemanes en su conjunto (Weber 1969: II, 26; Merkl 1975: 13, 1980: 98; Douglas 1977: 71; Kolb 1979: 101; Madden 1982a, 1982b: 50; Fischer 1983: 49-51; Kater 1983:139-48; Peterson 1983: 216; Jamin 1984: 85; Brustein 1996: Gráfico 5.2b).

149

Las autobiografías nazis de Abel revelan que el NSDAP y las SA se consideraban organizaciones de adultos, a las que normalmente se llegaba tras un aprendizaje en un movimiento juvenil derechista. Casi todos estos militantes habían estado en un grupo juvenil, la mitad en las Juventudes Hitlerianas o en paramilitares derechistas, otra quinta parte en movimientos derechistas civiles (Merkl 1980: 205-6). Así pues, la mayoría de los militantes nazis habían comenzado sus actividades extremistas tan jóvenes como los fascistas italianos, al final de la adolescencia o al principio de la veintena.

Así, muchos explican el nazismo como un fenómeno generacional, una "cultura juvenil de revuelta". Se dice que la Primera Guerra Mundial fue vivida de forma similar por la "Generación de 1914", nacida entre 1890 y 1915, demasiado joven para tener mucha experiencia adulta antes de la guerra. Dentro de esta cohorte de edad se distinguen una "generación del frente", nacida entre 1890 y aproximadamente 1901, que luchó en la guerra, y una "generación del hogar", más joven, que sólo experimentó la guerra como niños. Ambas experiencias alejaron a los jóvenes de Weimar y los llevaron hacia la derecha. Se ha prestado menos atención a las experiencias de guerra de las mujeres jóvenes. La "generación del frente" se había enfrentado a la muerte a diario, desarrollando

una camaradería intensa, igualitaria y masculina. Pero su sacrificio fue "traicionado" por las élites civiles de mediana edad de vuelta a casa. Entonces se unió "la generación del hogar", que experimentó privaciones materiales y paternas durante la guerra, desarrollando un militarismo y un nacionalismo voyeuristas. Su romance con la guerra se rompió con la rendición y el regreso de las figuras paternas derrotadas. En la prosaica y endeble democracia civil, el desempleo también recayó sobre todo en los jóvenes. Anhelaban una comunidad más integrada y una figura paterna fuerte, y las encontraron en *el Volk* y el Führer. Tal es la historia generacional (Merkl 1975, 1980; Wohl 1979: 64-84; Madden 1982a; Loewenberg 1983; Ziegler 1989: 59-79).

150

Esta historia contiene tanto verdades como problemas. En los años veinte, los nazis eran aún una pequeña minoría, con movimientos juveniles más reducidos que sus rivales socialistas, católicos y "burgueses". Por ello, sólo unos pocos de esta generación se convirtieron en fervientes nazis. También había muchos nazis de otras generaciones. El miembro nazi medio en 1920 había nacido en 1887, por lo que era ligeramente mayor que la generación de la guerra. El grupo de edad de dieciocho a veintinueve años estaba sólo un poco sobrerrepresentado en el partido nazi: La relación entre su porcentaje en el partido nazi y su porcentaje en la población era de aproximadamente 1,25, y ascendía a 1,40 en 1927. Ninguna cohorte de edad estaba muy infrarrepresentada. Sólo la proporción de los mayores de sesenta años cayó por debajo de 0,90 (Kater 1983: 261, 269-73). Así pues, todos los grupos de edad estaban bastante bien representados. Los estudios ecológicos sobre el voto sugieren que, en todo caso, en 1930 los votantes de más edad eran un poco más nazis que los jóvenes (Falter 1991: 146ss). De los veinticuatro principales líderes, nueve tenían más de veinticuatro años cuando estalló la guerra en 1914. Aunque el propio Hitler (nacido en 1889) apenas tenía logros de adulto antes de que estallara la guerra, Ritter von Epp (46 años) ya era un oficial de alto rango, Schwarz y Hierl (ambos de 39 años) eran funcionarios respetables y oficiales de rango medio, y Frick (37 años) era un funcionario superior con un doctorado en Derecho. Estos hombres maduros ya abrazaban el ultraderechismo, a partir del cual se desarrolló su nazismo.

También se había formado una "cultura juvenil" mucho antes de 1914. Las universidades fueron un importante caldo de cultivo para el nazismo. Algunos sostienen que su expansión en la posguerra creó una experiencia generacional distintiva (especialmente en los casos en que los padres no habían asistido a la universidad). Sin embargo, la expansión universitaria había sido mayor en la preguerra (Flora 1983-7: 808, 811). El nacionalismo conservador ya dominaba las universidades en 1890. En 1918 era decididamente *völkisch*. Este importante término significa literalmente "popular", pero denota un populismo orgánico de tintes racistas y antisemitas. La política *völkisch* enfatizaba la unidad étnica de los alemanes vivieran donde vivieran, respaldando la expansión geopolítica en el Este. Aunque se señalaba a los judíos como el "enemigo" más obvio de ese proyecto de expansión hacia el Este, también se incluía a los eslavos. Antes de 1918, los estudiantes eran leales al *Kaiserreich* y, por tanto, conservadores. Pero el colapso de ese Estado en 1918 significó que el nacionalismo de tinte racista podía ahora florecer independientemente del estatismo conservador. Así fue hasta que lo unieron al estatismo nazi. En 1928, la revista de las fraternidades universitarias declaraba: "No es la economía

sino la raza lo que determina el destino de un *Volk*" (Mosse 1971: 141). En 1930 la mayoría de los estudiantes eran probablemente nazis. Pero esto era la culminación de una tendencia a largo plazo.

151

Un antecedente importante de las organizaciones juveniles de la posguerra fue el movimiento *Wandervogel*, que organizaba partidas de senderismo y campos de trabajo desde 1900 aproximadamente. Sus líderes eran adultos que animaban a los jóvenes a buscar actividades e ideas que expresaran el alma romántica e idealista *del yugo alemán*. De ahí surgieron pequeñas organizaciones políticas juveniles que después de 1918 se expandieron y se volvieron *más völkisch*, antidemocráticas y militaristas. Medio millón de miembros, en su mayoría de clase media, se ejercitaban, vestían uniforme y a veces llevaban armas. Les gustaba describirse a sí mismos como una "tercera fuerza" entre el capitalismo y el socialismo. Nazis como los hermanos Strasser y muchos de la muestra Abel se imbuyeron primero de las ideas profascistas allí (Mosse 1971: 118ss; Stachura 1983a). La mayoría de las organizaciones estaban controladas por partidos de adultos y asociaciones de veteranos y *völkisch*. Los nazis crecieron a la sombra de un paramilitar más grande, el *Stahlhelm* ("Casco de acero"), dirigido por veteranos *völkisch*. Su líder, Franz Seldte (más tarde líder del partido DNVP), declaró: "Debemos luchar para llevar al poder a los hombres que nos llamen para aplastar de una vez por todas a esas malditas ratas revolucionarias y ahogarlas metiendo la cabeza en su propia mierda" (Ziegler 1989: 77). Pero la verdadera innovación del *Stahlhelm* estaba en la organización de la sociedad civil. Sus desfiles paramilitares, sus "Días alemanes" festivos, sacaron a miles de alemanes, incluidas muchas mujeres, a las calles en grandes estallidos de activismo comunitario nacionalista, sobre cuya base construirían los nazis (Fritzsche 1998: 134-6).

Así, aunque la cultura juvenil había sido transformada por la guerra, también lo había sido la cultura adulta. Tampoco se trataba de una revuelta de la juventud contra la cultura adulta. La mitad de los ensayos de Abel detallan la política de sus padres. Sólo el 14% de estos padres había apoyado a partidos convencionales (desde conservadores a socialistas), mientras que el 15% informaba de un entorno familiar apolítico. Nada menos que el 68 por ciento de los padres habían sido nacionalistas extremos, militaristas o *völkisch*. Y sólo el 2 por ciento de los encuestados informaron de conflictos agudos con sus padres (Merkl 1975: 295). La mayoría de estos nazis no se sublevaban, sino que *amplificaban* las características políticas de la educación en el hogar, que también se había visto alterada por la guerra. Estas familias difícilmente podían seguir siendo bastiones del militarismo y el nacionalismo conservadores y partidarios del sistema cuando éste había desaparecido.

Los nazis solían ser veteranos militares. Incluso en 1933, un tercio de los miembros del partido eran veteranos. Alrededor del 84% de la muestra de Abel que estaba en edad de alistarse había servido en la guerra (cifra similar a la de los fascistas italianos), algo sobrerrepresentada (Merkl 1980: 107-9). Las SS procedían en gran medida de familias del ejército (como veremos más adelante). Los estudios locales revelan que, una vez que los nazis se convirtieron en serios contendientes políticos, recibieron mucho apoyo de las asociaciones locales de veteranos. De los 60 *Gauleiter* (líderes regionales) y *Reichsleiter* (líderes nacionales) que podrían haber luchado en la guerra, todos menos uno lo hicieron

(Goebbels, rechazado para el servicio militar por motivos médicos).³

152

Estaban repartidos entre todos los rangos: Al menos 27 habían sido oficiales (entre ellos un general, un coronel y dos mayores); 29 eran definitivamente de otros rangos. Al menos 34 habían entrado en acción en el frente, sólo uno estaba destinado definitivamente en la retaguardia. Al menos 25 habían sido heridos y ninguno había desertado. El cabo Hitler había desempeñado una función humilde pero peligrosa llevando mensajes entre las trincheras; Goring era un piloto de caza muy condecorado. Naturalmente, los nazis florecieron sus credenciales guerreras en época de elecciones. Con estas credenciales, más el tradicional ethos autoritario derechista de las fuerzas armadas alemanas, los nazis podían obviamente tirar de los sentimientos morales y políticos del pequeño ejército en tiempos de paz. Las primeras agitaciones de Hitler en la posguerra habían sido financiadas con fondos del ejército. Después marchó junto al general Ludendorf en las manifestaciones de posguerra. Por el contrario, la izquierda alemana era antimilitarista. Unos 57 dirigentes comunistas del KPD podrían haber luchado en la guerra. Pero 16 habían sido definitivamente civiles, cinco oficiales y 34 de otros rangos. Once estaban en el frente, cuatro en la retaguardia. Sólo cinco habían sido definitivamente heridos, superados en número por los seis que habían desertado o habían sido juzgados en consejo de guerra. Muchos habían participado activamente en los consejos obreros de 1918, que la derecha consideraba traidores a las fuerzas armadas (Weber 1969: II). Casi todos los consejos organizados por marineros y soldados izquierdistas habían tenido lugar entre tropas de reserva, entre guarniciones inactivas o entre fuerzas navales encerradas en puertos alemanes, no entre tropas en el frente. La guerra fue una experiencia formativa para la derecha y la izquierda. La derecha se basó en las virtudes del militarismo y en el "mito del frente"; la izquierda se basó en la conducta explotadora de la guerra.

Como en Italia, hay dos explicaciones principales para el fascismo de los veteranos militares.

Uno es económico: Alemania estaba llena de veteranos militares sin empleo, entrenados sólo para luchar, cuyo descontento se tradujo en derechismo radical. Pero aunque el ejército alemán fue el más reducido por los tratados de paz, a los veteranos se les concedieron programas de empleo preferentes y (para los estándares de la época) generosos. Los empresarios se quejaron de verse obligados a contratarlos. La mayor parte del desempleo fue de corta duración (Bessel 1988; Geary 1990: 100-1). Las organizaciones de veteranos también restaron importancia a los intereses materiales en favor de los llamamientos a un estado "nacional, social, militar y autoritario", rechazando los valores de una república "derrotada", civil y democrática (Diehl 1977). Sin duda, los descontentos materiales desempeñaron un papel, pero no el principal. ¿Y por qué iban a conducir al *ultraderechismo*?

La segunda explicación se centra en la traducción de los valores militares en paramilitares. Al acabar la guerra, los soldados desmovilizados y algunos estudiantes intentaron desafiar a la naciente República y a los tratados de paz, formando paramilitares

³ Agradezco a Ron Rogowski su generosidad al mostrarme los archivos sobre los que construyó su artículo de 1977 sobre el *Gauleiter*.

libres como *los Freikorps* para luchar contra los "bolcheviques" en casa y contra los eslavos al otro lado de las disputadas fronteras orientales. Fueron ellos, y no el *Reichswehr* regular, quienes sofocaron los primeros levantamientos izquierdistas de la posguerra. Los líderes de la República de Weimar estaban vergonzosamente en deuda con ellos: los políticos de Weimar no tenían el monopolio del poder militar en Alemania. Algunos de los *Freikorps* pronto constituirían una primera oleada de reclutas nazis. A lo largo de la década de 1920 se dio cada vez más publicidad a sus campañas en memorias y novelas superventas que contenían una brutalidad escalofriante:

153

Hicimos el último esfuerzo. Sí, nos despertamos por última vez y avanzamos a toda velocidad por toda la línea. Una vez más arrastramos con nosotros al último hombre, sacándolo de su cobertura, y nos internamos en el bosque. Corrimos sobre los campos de nieve y llegamos a otro bosque. Disparamos contra el sorprendido enemigo y nos enfurecimos y disparamos y golpeamos y perseguimos. Arrastramos a los letones como conejos por los campos y prendimos fuego a todas las casas y convertimos en polvo todos los puentes y rompimos todos los postes de telégrafo. Tirábamos los cadáveres a los pozos y lanzábamos granadas de mano tras ellos. Matábamos todo lo que caía en nuestras manos; quemábamos todo lo que se podía quemar. Veíamos rojo; ya no teníamos sentimientos humanos en el corazón. Donde habíamos vivido, allí gemía la tierra bajo nuestra aniquilación. Donde habíamos atacado, allí yacían, donde una vez fueron casas, ruinas, cenizas, vigas incandescentes, como heridas supurantes en los campos abiertos. (Von Salomon, citado por Hamilton 1982: 340)

Las historias combinaban nacionalismo, brutalidad, adulación de la camaradería y perturbadoras fantasías sexuales masculinas, alabando la violencia por su capacidad para purificar y liberar la masculinidad de la asfixia de la moral convencional (Theleweit 1987, 1989). Aunque los *Freikorps* mataban y violaban con desenfreno, no tenían una teoría desarrollada de la limpieza política o étnica. El "enemigo" debía ser ahuyentado, algunos asesinados, pero su identidad era directamente geopolítica: normalmente era un polaco o un báltico al que los Tratados de Paz de 1918 permitían apoderarse de tierras alemanas. Había racismo antieslavo, pero el "judeo-bolchevique", que más tarde ocuparía un lugar central en la demonología nazi, era poco frecuente. El nihilismo omnipresente en esta literatura también era común en el arte de posguerra. Artistas de izquierdas como George Grosz representaban escenas de guerra grotescas con la intención de ponernos en contra de toda guerra; los artistas de derechas producían imágenes descarnadas del poder deshumanizado y blindado, dignificando al guerrero como instrumento eficiente de una máquina de guerra modernista.

El paramilitarismo de posguerra podría haber desaparecido, pero se vio impulsado por los acontecimientos de 1923, cuando las tropas francesas y belgas ocuparon Renania para hacer cumplir las demandas de reparación. Esto produjo una segunda oleada de reclutas nazis, adolescentes de la "generación del hogar", procedentes especialmente de estos territorios ocupados (es decir, "nazis fronterizos amenazados") y de los hijos de funcionarios y soldados (es decir, "estatistas"), que denunciaban una Weimar poco dispuesta a defender sus territorios reducidos. Volvieron a usurpar el monopolio formal

del poder militar del Estado, vistiendo uniformes, algunos disparando a las tropas de ocupación, pero la mayoría marchando y apaleando a los "colaboracionistas". No tuvo éxito -los franceses permanecieron-, pero fue un desafío y suscitó considerable simpatía entre los alemanes. Estas dos oleadas -de reclutas "amenazados por la frontera" y "estatistas"- constituyeron casi la mitad de la muestra de Abel. Una tercera oleada de reclutas llegó a finales de los años veinte, en su mayoría jóvenes trabajadores, desilusionados por el estancamiento político y económico de Weimar. La mayoría de ellos no rechazaban, sino que amplificaban los valores de su educación: nacionalismo más agresivo, creciente hostilidad hacia la democracia y el socialismo (Merkl 1975: 68-89, 139; cf. Diehl 1977; Grill 1983). Las tres oleadas se centraron en el paramilitarismo. Hasta la toma del poder, la mayoría de los miembros nazis pertenecían también a alguno de los paramilitares.

154

"El mito del frente" y los mitos de "la puñalada por la espalda" y de la ingratitud de Weimar se intensificaron a finales de los años veinte. No eran ciertos: En realidad, la mayoría de las unidades del ejército que regresaron habían sido agasajadas como héroes, afirma Bessel (1988). Probablemente fue la debilidad militar de la república la que alimentó el mito. Pero los ensayos de Abel muestran a los veteranos fascistas recordando la guerra con cariño: la disciplina militar igualitaria pero jerárquica había producido una realización personal y nacional:

El nacionalsocialismo fue concebido en las experiencias de las trincheras. Sólo puede entenderse en términos de estas experiencias de primera línea.

[La guerra nos había enseñado una lección: la gran comunidad del frente. Todas las diferencias de clase, firmemente arraigadas antes de la guerra, desaparecieron bajo su hechizo. Allí lo que contaba era lo que una persona *era*, no lo que parecía ser. Sólo había un pueblo, no individuos. El sufrimiento común y un peligro común nos habían unido y endurecido; por eso fuimos capaces de desafiar al mundo durante cuatro años.

Mi viejo mundo se rompió en pedazos con mis experiencias. El mundo de las trincheras se abrió ante mí. Si antes era un solitario, aquí encontré hermanos. Los hijos de Alemania luchaban hombro con hombro en acaloradas batallas apuntando con sus fusiles al enemigo común. Yacíamos juntos en los búnkeres, intercambiando nuestras historias de vida, compartiendo nuestras posesiones... nos vendábamos las heridas unos a otros. ¿Quién iba a cuestionar la auténtica germanidad, o cuánta educación tenías, o si eras protestante o católico? (Abel 1938: 142; Merkl 1980: 113).

De hecho, desde 1916 el ejército alemán había sido bastante igualitario y tecnocrático, con la mayor proporción de tropas de combate de todas las potencias combatientes. Geyer (1990: 196-7) lo describe como "taylorismo para la organización de la violencia", un modelo capaz de "organizar la nación en general" disolviendo "los límites entre la sociedad militar y la civil". Según Abel, sólo los nazis mantuvieron este espíritu. En la *Stahlhelm* no se había encontrado "ningún espíritu de camaradería [sólo] distinciones de clase" (Merkl 1980: 211). Así pues, el paramilitarismo podía transformar la política.

Por tanto, al igual que en el fascismo italiano, los nazis eran en su mayoría jóvenes solteros con antecedentes militares, aunque los nazis eran cada vez más mayores, estaban más casados y eran más civiles a medida que la guerra retrocedía. Las sucesivas generaciones masculinas amplificaron el nacionalismo de derechas y el estatismo de sus orígenes a través del activismo juvenil de preguerra, luego en las trincheras y, finalmente, en una lucha paramilitar de una década contra el izquierdismo civil y la intervención extranjera. Así pues, la verdadera historia generacional es bastante compleja, no es exactamente una "revuelta" e implica al menos a dos generaciones. El nazismo surgió como un estatismo-nación paramilitar potenciado especialmente durante una amplia generación por la guerra, y luego amplificado por acontecimientos posteriores. Quizá lo más significativo fue la perpetuación del paramilitarismo violento dominado por jóvenes varones en el gobierno de una gran potencia.

Núcleos religiosos y regionales

Dado que Alemania poseía dos grandes iglesias, la protestante evangélica y la católica, los nazis intentaron apelar a ambas una vez que aspiraron a ser un partido importante. La Constitución del partido de 1920 abogaba por el "cristianismo positivo", es decir, el deísmo, pero como esto no hacía sino alienar a ambas iglesias, pronto se le restó importancia. Hitler era un católico vago, al igual que muchos de sus primeros compinches. Sin embargo, los nazis eran desproporcionadamente protestantes. Sólo los *Gauleiter* anteriores a 1933 difieren: Sus proporciones se acercan a la media nacional de un 62% de protestantes y un 37% de católicos (Rogowski 1977: 403). Pero de los treinta y tres principales líderes nazis, dieciséis dijeron que eran protestantes, sólo tres católicos (el resto dijo no tener religión, Knight 1952: 31). En los ensayos de Abel, dos tercios no mencionan su educación religiosa, el 25% dice ser protestante y sólo el 10% católico. A falta de información sobre la religión de los miembros ordinarios del partido, nos basamos en datos ecológicos: Los nazis de los pregrupos procedentes de zonas católicas estaban sustancialmente infrarrepresentados (Brustein 1996: fig. 1.4). Los paramilitares sí registraron el origen religioso: Las muestras de oficiales y hombres de las SA y de oficiales de las SS eran entre 3 a 1 y 5 a 1 protestantes, aunque los rangos de las SS eran sólo 2 a 1 protestantes (Merkl 1980; Jamin 1984: 90; Ziegler 1989: 87-9; Wegner 1990: 239-42). Por lo tanto, los nazis alemanes procedían desproporcionadamente de entornos protestantes. El capítulo siguiente muestra que los votantes nazis también lo eran. Mi próximo volumen muestra que los principales perpetradores del genocidio procedían desproporcionadamente de entornos católicos. Allí explico este enigma.

156

Carecemos de buenos datos sobre los orígenes regionales. Los estudiosos se han obsesionado con la clase social ignorando la geografía. El título completo del principal libro de Kater es *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945* (1983), pero "social" tiene para Kater un significado bastante restringido. Alrededor del 90 por ciento del tiempo habla de la clase ocupacional, el 10 por ciento de la edad. Los estudios sobre los paramilitares tienden a concluir que hubo pocas variaciones regionales, pero las clasificaciones geográficas de los autores carecen de sofisticación. Algunos se

limitan a dividir Alemania en "norte" y "sur" y no encuentran diferencias significativas entre ellos. Otros la dividen en provincias y sólo encuentran una sobrerrepresentación de los bávaros -lo cual es en sí mismo interesante, ya que serían principalmente católicos, que estaban infrarrepresentados en el partido (jamin 1984: 92-3; Ziegler 1989: 83; Wegner 1990: 235-9). Sin embargo, los "alemanes étnicos" procedentes del extranjero y los hombres de los "territorios perdidos" y las zonas "fronterizas amenazadas" adyacentes a estos formaban el 36% de la muestra de Abel, una sobrerrepresentación de entre el 2,0 y el 3,0. Merkl subraya que la invasión francesa de 1923 había producido fervientes nazis en el suroeste (Merkl 1975: 105, 1980: 136-7). Alrededor del 12% de los principales nazis, pero sólo el 4% de los ministros del gabinete de Weimar, habían nacido en el extranjero (Knight 1952: 28; cf. Kater 1983: 188). Los austriacos y los "alemanes étnicos", en su mayoría refugiados del este, también estaban sobrerrepresentados entre los oficiales de las SS (Ziegler 1989). A continuación nos encontramos con estos grupos en circunstancias más siniestras. Estas muestras son de nazis duros, aquellos con un compromiso profesional a largo plazo con las organizaciones nazis. Newman (1970: 291-6) cree que los "hombres de frontera" estaban generalmente sobrerrepresentados entre los fascistas de entreguerras. Sin duda, estaban sobrerrepresentados en el núcleo duro nazi. Retraso la exploración de por qué los protestantes eran tan nazis hasta examinar los patrones de voto en el próximo capítulo.

Nazis obreros

Pasamos ahora a la clase social, la obsesión de casi todos los estudios anteriores sobre los nazis. Los datos sobre la clase social de los miembros del partido nazi son, por tanto, abundantes. Se resumen en las tablas 4.1 a 4.6 del Apéndice.⁴ Casi todos los datos se refieren a los nazis *antes de* la toma del poder. A partir de entonces, el oportunismo y el arribismo influyeron obviamente en los afiliados, especialmente en el caso de los del sector público. Muchos de ellos eran "nazis del vagón de la banda" más que nazis ideológicos comprometidos. Volveré a hablar del "vagón de la banda" cuando aborde su posible papel en el genocidio nazi.

Empiezo con los obreros manuales. En las diversas muestras locales, regionales y nacionales de la tabla 4.1, los trabajadores constituyen entre el 28 y el 52% de los miembros nazis. La cifra más baja es la más temprana y procede de una sola ciudad, Múnich, con poca industria. En otros datos del primer periodo, los trabajadores también estaban infrarrepresentados y los grupos pequeño-burgueses sobrerrepresentados, lo que encaja con el estereotipo tradicional (Douglas 1977; Madden 1982; Grill 1983: 81-8). Fue entonces cuando el partido carecía de importancia, para Alemania o para el mundo. Sin embargo, a medida que crecía, su base se ampliaba y sus trabajadores aumentaban. En la tabla, las muestras restantes arrojan una horquilla del 31 al 52 por ciento de trabajadores. En adelante, los trabajadores formaban entre un tercio y la mitad de los nazis.

⁴ Mi principal preocupación sobre la representatividad de las muestras es que las muestras regionales de Mühlberger (1991) (quizás los mejores datos sobre el NSDAP) no incluyen ninguna del este del país, ni de la Prusia rural ni de la Sajonia industrial.

De esto se pueden extraer dos conclusiones bastante diferentes. Podemos subrayar que muchos nazis eran obreros, lo que obviamente tuvo cierta repercusión en el partido. Alternativamente, podemos subrayar que los trabajadores estaban ligeramente infrarrepresentados en el partido (esto desaparece más tarde cuando añadimos a los paramilitares). Los trabajadores formaban el 55 por ciento de la población activa alemana en 1933, aunque algo menos del 50 por ciento en la mayoría de las regiones y ciudades citadas en la tabla. La mayoría de las ratios de trabajadores en estas muestras estarían entre 0,75 y 0,90, lo que indica una ligera infrarrepresentación (cf. Brustein 1996: cap. 4). Las ratios más altas de este intervalo suelen ser las cifras regionales de Mühlberger, extraídas de las fichas locales de los partidos; las más bajas proceden de las estadísticas nacionales de los partidos. Mühlberger cree que esto refleja las dificultades del partido para retener a los trabajadores: Algunos se afilian y abandonan los partidos locales con demasiada rapidez para que el partido central pueda seguirles la pista. La rápida rotación era un problema aún peor para el Partido Comunista, mayoritariamente proletario.

¿Qué tipo de trabajadores eran nazis? Los trabajadores cualificados estaban ligeramente sobrerrepresentados en comparación con los no cualificados (Rosenhaft 1987; Mühlberger 1991; Fischer 1995: 115; Brustein 1996: fig. 4.4). Esto no es sorprendente: Los trabajadores cualificados tienen más probabilidades de unirse a todo tipo de asociaciones voluntarias (ya que tienen más habilidades sociales y organizativas). Pocos nazis eran trabajadores agrícolas: el 8 por ciento de la población activa nacional, menos del 4 por ciento en las muestras de nazis de mi apéndice, el 5 por ciento en Brustein (1996: fig. 3.1). Pero tampoco había muchos socialistas o comunistas entre los jornaleros agrícolas. La mayoría de estos trabajadores vivían y trabajaban con sus empleadores (a diferencia de los trabajadores agrícolas del sur de Europa) y carecían de autonomía para unirse a movimientos políticos radicales. Una vez más, esto puede ser un desincentivo organizativo más que ideológico. Es posible que los trabajadores agrícolas, al igual que los no cualificados, simpatizaran con el movimiento pero les resultara difícil unirse a él.

En el resto, había más trabajadores nazis. Si se descuenta la agricultura, la proporción de trabajadores se situaría en torno a 0,90, casi en paridad. De hecho, los trabajadores estuvieron sobrerrepresentados en las Juventudes Hitlerianas hasta después de la toma del poder (Mühlberger 1987: 110-11; Stachura 1975: 58-62). A los nazis les fue mejor en las ciudades pequeñas y medianas que en las más grandes. La proporción de trabajadores nazis debía de ser superior a 1,0 en muchas ciudades pequeñas, pero cercana a 0,5 en algunas grandes ciudades. Fuera de las grandes ciudades, entre el 40 y el 55% de los miembros nazis eran trabajadores, mientras que en las grandes ciudades sólo entre el 30 y el 40%.

158

La mayoría de los estudios sostienen que los nazis obtuvieron peores resultados en las grandes empresas de la industria pesada, puesto que éstas ya estaban bloqueadas por los sindicatos y el partido socialistas. Los empleadores más hospitalarios eran los del sector público -transporte, servicios postales y servicios públicos-, sobre todo porque el sector público contrataba a veteranos militares con muchos años de servicio (que a menudo eran nazis). La mayoría de los estudiosos consideran que a los nazis también les iba bien en los talleres más pequeños y en el sector servicios (la construcción y la hostelería estaban bien

representados), porque en ellos había poca distancia social entre el jefe y los trabajadores y una perspectiva derechista compartida (Kratzenberg 1989: 175-95; Mason 1995). Los trabajadores de la muestra de Abel procedían en su mayoría del sector público, la artesanía y los oficios artesanales. Los pocos que trabajaban en la industria manufacturera a gran escala denunciaron a menudo haber sido víctimas de sus colegas "marxistas". Brustein presenta datos detallados por sectores (1996: figs. 4.2 y 4.3). Sus proporciones no varían mucho: Los nazis estaban ligeramente sobrerrepresentados, con un 1,3, en el sector servicios, con un 1,2 en la artesanía y con un 1,1 en las "ramas mixtas". Estaban ligeramente infrarrepresentados, con un 0,9, en la gran industria. Sólo la agricultura, con una proporción de 0,7, se desvía mucho.

Brustein encontró mayores diferencias entre ramas dentro de los sectores. En agricultura, los resultados son claros: más nazis en las zonas de ganadería que en las de cultivo de cereales u hortalizas (una vez controlados los efectos distorsionadores de la religión). Brustein atribuye este hecho a las respuestas racionales a la política económica nazi, como el proteccionismo, el apoyo a la herencia impartible y la oposición a las subvenciones a los productores de cereales del este. El modelo de "actor económico racional" del fascismo de Brustein, que también ha aplicado a Italia (véase el capítulo 3) y al movimiento rexista belga, funciona mejor para los campesinos. Compran y venden directamente en el mercado y sus fortunas se ven directa y visiblemente afectadas por las políticas económicas del gobierno. Sin embargo, para la gran mayoría, que trabaja en los sectores industrial o de servicios, la economía política que favorecería sus propios intereses económicos es mucho más confusa. ¿Sería la redistribución o la economía del goteo, el libre comercio o el proteccionismo? ¿Cómo juzgar cuál sería la más beneficiosa? Todos los movimientos políticos sostienen con gran confianza que sus variadas recetas serían beneficiosas. Gran parte del juego político gira en torno a la plausibilidad relativa de los llamamientos rivales a personas cuya posición social no les permite tener una visión clara de su interés económico "racional".

Dicho esto, he aquí los resultados de la rama industrial de Brustein. Los trabajadores de la industria metalúrgica son los más sobrerrepresentados, con una proporción de 3,0, seguidos de los de la madera, los productos alimenticios y el cuero (todos por encima de 2,0). Los porcentajes más bajos se registran en la minería, la piedra y la tierra (0,3), el caucho, el amianto, los productos químicos, los servicios públicos, los productos metálicos y los textiles (0,1-0,2). Se trata de grandes diferencias. Argumenta que los trabajadores de las distintas ramas tenían intereses económicos diferentes y, por tanto, respondieron de forma distinta al programa económico nazi. Se centra en una cuestión: Una orientación nacional en lugar de exportadora en una industria da como resultado una mayor afiliación nazi, ya que los nazis favorecían la autarquía. Tengo mis dudas. Tanto la proporción de protestantes como la de trabajadores cualificados en una industria son buenos predictores en sus datos. Brustein cree que los trabajadores cualificados estaban enfadados por los ataques de los empresarios a sus privilegios y les gustaba el fomento nazi de la movilidad social. Sin embargo, los trabajadores cualificados tienden a "unirse" a todos los partidos: El mismo resultado podría darse en el caso de los miembros del SDP. Por supuesto, los mineros difieren de los trabajadores textiles en muchos aspectos. Necesitamos saber más sobre las características de los trabajadores de cada rama industrial para interpretar

adecuadamente estos resultados.⁵

159

Algunos sugieren que la experiencia del desempleo convirtió a los trabajadores en nazis (Kratzenberg 1987: 204-24, 245-63; Fischer 1991: 130-1; Stachura 1993: 706-10; Mason 1995). Esto se relaciona a veces con la noción más general de que el fascismo atraía especialmente a los desfavorecidos y a los marginales. Sin embargo, Brustein (1996: fig. 1.2) no encuentra ninguna relación entre las tasas de desempleo locales y las tasas de afiliación nazi (la afiliación era mayor en las comunidades con un desempleo medio). Dado que los nazis eran jóvenes, y los jóvenes tenían más probabilidades de estar desempleados, cabría esperar que el desempleo nazi fuera superior a la media nacional. Los militantes de las SA tenían una tasa de desempleo más alta durante la Depresión, pero su desempleo podría haber sido el efecto, más que la causa, de su militancia que absorbía el tiempo. Así ocurrió en la muestra de Abel. Un tercio se había quedado en paro, en bancarrota o había sufrido algún otro daño grave a causa de la Depresión (probablemente cerca de la media nacional). Sin embargo, casi todos habían tenido creencias fascistas o habían participado en organizaciones nazis o similares mucho antes de la Depresión (Merkl 1980: 191-4). Los datos sobre las votaciones que se presentan en el capítulo siguiente sugieren que el KPD comunista, y no el NSDAP nazi, se convirtió en el partido de los desempleados. Probablemente, los trabajadores nazis no sufrían más privaciones materiales que los demás trabajadores.

Pero igualmente relevante es si los nazis tenían más trabajadores que otros partidos. La tabla 4.4 del apéndice muestra que el SPD socialista y el KPD comunista eran realmente "partidos proletarios". Alrededor del 80% de los miembros del KPD en 1927 eran obreros o artesanos. Si añadimos la mayoría de las "amas de casa" (probablemente las esposas de los trabajadores) la cifra se acercaría al 90%. Sin embargo, como el KPD era mucho más pequeño que el Partido Nazi, en realidad movilizaba a menos trabajadores. El SPD seguía siendo la fuerza proletaria dominante, principalmente a través de sus enormes sindicatos. Los obreros y sus esposas seguían constituyendo entre el 60 y el 80 por ciento de sus listas de afiliados de entreguerras. Los trabajadores cualificados estaban sobrerrepresentados en el SPD, aunque probablemente no en el KPD (Weber 1969: I: 27; Fischer 1991: 128-32; Losche 1992: 14-17). Sin embargo, los nazis eran más proletarios que los partidos de centro o derecha. La tabla 4.4 del apéndice revela que sólo el 1% de los conservadores del DVP eran obreros. La tabla 4.1 del apéndice detalla los miembros del ultraconservador DNVP y los nazis en áreas locales comparables. Los trabajadores constituían sólo el 2% del DNVP de Osnabruck, pero el 39% de los nazis de Hannover. En el Ruhr industrial, los trabajadores formaban el 11% del DNVP de Düsseldorf, el 41% de los nazis de Westfalia del Sur y el 52% de los nazis de Ruhr Occidental. La tabla 4.5 del apéndice detalla los

⁵ También comparto parte del escepticismo de Hamilton (1997: 333) respecto a los métodos de Brustein. Su fuente de datos son las fichas de los miembros nazis. A menudo registran las ocupaciones de forma desordenada. De las que he visto para mi muestra de criminales de guerra, sólo clasificaría con seguridad "rama industrial" en algo más de la mitad de los casos. Me desconcierta cómo Brustein pudo separar a los trabajadores de "artículos metálicos" (el grupo más nazi) de los trabajadores de "productos metálicos" (el grupo menos nazi). Pasar de esa clasificación a la suposición de que la concepción de la persona sobre su propio interés ocupacional estaría dominada por la cuestión del libre comercio o el proteccionismo también parece un salto bastante grande.

activistas del partido en la ciudad más bien burguesa de Marburgo: el 16 por ciento de los nazis eran trabajadores, mucho menos que el 63 por ciento del SPD y el KPD, pero más que el 3 por ciento de los partidos "burgueses" y el 7 por ciento de los partidos de "intereses especiales".⁶ Los partidos de izquierda eran "proletarios", los de derecha eran "burgueses", los nazis eran más multclasistas.

160

Dado que los líderes nazis eran mucho más burgueses que los miembros ordinarios, algunos han argumentado que el nazismo se "embruteció". Sin embargo, los trabajadores disminuyen en la jerarquía *de cualquier* partido -esto formaba parte de la famosa "Ley de Hierro de la Oligarquía" de Michels, basada en su conocimiento del Partido Socialista Alemán. La pregunta vital es: ¿Estaban los líderes nazis más "embrutecidos" que los de otros partidos? La tabla 4.5 del apéndice compara los diputados del Reichstag de todos los partidos. Aquí los obreros nazis estaban muy por detrás del SPD y el KPD, rivalizaban con el Partido Católico de Centro, pero estaban muy por delante de los tres partidos "burgueses". La tabla 4.2 del apéndice muestra que de los candidatos nazis al Reichstag, el 16 por ciento eran obreros y el 6 por ciento de cuello blanco en 1929, y el 18 por ciento eran obreros y el 13 por ciento de cuello blanco en 1930. Estas cifras empujaban a la representación obrera y de cuello blanco entre los candidatos del DNVP y los líderes provinciales. Las tablas 4.2 y 4.6 del apéndice contienen datos sobre todos los niveles de la jerarquía nazi. En la cúspide, *el Reichsleiter* nacional no contenía ningún antiguo trabajador, a menos que contemos al propio Hitler (un pintor obligado a pintar casas y un cabo). En los *Gauleiter* regionales había un 7 por ciento de ex-trabajadores; mientras que entre los 250 burócratas y dirigentes locales siguientes, los trabajadores contribuían entre un 21 y un 25 por ciento. En las elecciones locales de Frankfurt, el 48 por ciento de los candidatos del KPD, el 42 por ciento del SPD y el 32 por ciento de los nazis vivían en barrios obreros (Wickham 1983).

Los nazis mantuvieron una importante presencia de trabajadores y empleados en todos los niveles de dirección, excepto en la cúspide. Aunque no eran un partido proletario, seguían teniendo un amplio arraigo.

161

Nazis de clase media

Me referiré ahora a los grupos profesionales denominados clase media baja, pequeña burguesía o *Mittelstand*: pequeños agricultores, trabajadores de cuello blanco en empleos públicos y privados, y "la pequeña burguesía clásica" (maestros artesanos y pequeños empresarios y comerciantes). Combinados, estos grupos solían representar entre el 31% y el 36% del partido, ligeramente sobrerrepresentados, con ratios de 1,20-1,30.

Los pequeños agricultores sólo llegaron a estar sobrerrepresentados a partir de 1928, con grandes variaciones regionales. Ya he mencionado los argumentos economicistas de Brustein a este respecto. Pero los distritos agrícolas también estaban más segregados religiosamente que las zonas urbanas. Las zonas agrícolas protestantes produjeron muchos

⁶ Recordemos, sin embargo, que Koshar (1986) ha excluido de sus tablas a los estudiantes (que serían predominantemente no proletarios), y nos dice que los estudiantes formaban el 55% del partido nazi local.

nazis, las católicas muy pocos. Por último, la ansiedad de las regiones "fronterizas" parece haber aportado a los nazis algunos reclutas agrícolas, aunque estudiosos anteriores sólo han esgrimido este argumento para explicar la alta tasa de afiliación nazi en Schleswig-Holstein. Las tres explicaciones parecen tener cierto peso.

Los trabajadores de cuello blanco del sector privado suelen estar algo sobrerrepresentados, sobre todo en las muestras nacionales de mi apéndice (cf. Brustein 1996: fig. 3.6). La "pequeña burguesía clásica" no estaba ni infrarrepresentada ni sobrerrepresentada. Dentro de este grupo, los maestros artesanos estaban infrarrepresentados (proporciones de sólo 0,3 a 0,6), mientras que los autodenominados "comerciantes" estaban sobrerrepresentados (proporciones en torno a 1,3 en las muestras nacionales, mayores en las muestras regionales). Mühlberger sugiere que esto último es un artefacto: un joven empleado de comercio se describiría a sí mismo como *Kaufmann* (casi intraducible, pero literalmente "comerciante"), para impresionar. Es posible que los trabajadores de cuello blanco estuvieran un poco más sobrerrepresentados, ya que tendían a pasar de los sindicatos de izquierdas a los de derechas a finales del periodo de Weimar. Parte del fascismo de cuello blanco fue causado por el descontento económico. Pero el aumento del desempleo afectó más a los trabajadores manuales, mientras que los sectores de cuello blanco que se movían hacia la derecha tenían en realidad tasas de desempleo más bajas que otros sectores, afirma Speier (1986: 62ss, 104). Aunque en este periodo los salarios bajaban, también lo hacían los precios. Los ingresos reales de los asalariados del sector privado aumentaron un 13% entre 1929 y 1932. La pequeña empresa estaba infrarrepresentada entre los nazis y, sin embargo, fue la más afectada por la Depresión. Speier (sociólogo de Weimar) sugirió que los empleados estaban enfadados por la erosión de privilegios como los salarios semanales en lugar de los pagos por hora, los planes de seguros y el derecho a ser llamado "*Herr*" en el trabajo. Señaló que la imitación de las estructuras de mando militares en las oficinas alemanas alimentaba una cultura autoritaria que podía hacer que el descontento se dirigiera hacia la derecha. Las motivaciones económicas y "autoritarias" pueden haber estado presentes entre los fascistas de cuello blanco.

162

Dos grupos intermedios tenían aún más probabilidades de afiliarse: los profesionales de nivel inferior y los funcionarios de nivel inferior. Desde finales de la década de 1920, ambos se afiliaron al partido en proporciones casi idénticas a las de sus superiores en las clasificaciones del censo alemán, "profesionales académicamente cualificados" y "funcionarios superiores". Jaraus (1990) tampoco encuentra diferencias entre los dos niveles de profesionales en su estudio de las profesiones individuales. Como en Italia, esto sugiere un efecto sectorial más que de clase. Así pues, he clasificado ambos grupos inferiores con sus superiores en mis cuadros del Apéndice.

La agrupación de "ocupaciones de élite" del censo alemán nos permite identificar al 5 por ciento superior de la población activa, incluidos empresarios, profesionales y altos directivos, y funcionarios. Eran desproporcionadamente nazis. Las proporciones fluctúan (los números pequeños tienden a hacerlo), pero suelen ser superiores a 2,50, la mayor encontrada hasta ahora. Esto parecería ayudar a una interpretación "burguesa" más que "pequeñoburguesa" del fascismo. Pero deberíamos detenernos un momento. Las élites

dominan la mayoría de los partidos políticos, al igual que las asociaciones voluntarias (aparte de los sindicatos). De nuevo, la pregunta vital es: ¿eran las élites más dominantes en el nazismo que en otros movimientos?

Las tablas 4.4 y 4.5 del anexo muestran que las élites eran escasas en los dos partidos de izquierda, pero dominaban en los demás partidos. Hay que tener cuidado con las cifras del SPD y el KPD: Muchos de los líderes originalmente obreros habían pasado años como funcionarios de partido o sindicales. Las cosas eran transparentes en los tres partidos "burgueses". Más de la mitad de los líderes y candidatos ultraconservadores del DNVP pertenecían a la élite: en su mayoría, grandes terratenientes y empresarios, luego oficiales retirados, altos funcionarios y profesionales con estudios. A nivel local (en Düsseldorf y Osnabrück), en el DNVP predominaba *el Mittelstand*, principalmente la pequeña burguesía clásica. En el conservador DVP, el 60% de los activistas procedían de profesiones de élite, sobre todo empresarios y altos directivos, seguidos de altos funcionarios, con un puñado de pequeños burgueses clásicos, muy pocos trabajadores de cuello blanco y ningún obrero (cf. Fritzsche 1990: 94-100). Grandes comerciantes y empresarios, abogados y profesores dominaban la cúpula del DDP liberal (Schneider 1978: 50-1; Frye 1985: 1-2). Incluso entre los diputados católicos de centro, las élites terratenientes e industriales eran mucho más numerosas que entre los diputados nazis (Morsey 1977: 35). En Marburgo, las élites formaban el 41% de los miembros del partido "burgués", el 18% de los partidos de intereses especiales, el 15% de los nazis y sólo el 1% del SPD/KPD combinado. Las mujeres de Marburgo activas en los partidos "burgueses" y de intereses especiales eran en su mayoría de la élite, mientras que las mujeres nazis eran principalmente de fuera de la élite. Excepto en los partidos nazi y de izquierdas, los miembros y activistas *del Mittehtand* procedían de forma desproporcionada de la pequeña empresa y el comercio (Koshar 1986: 238-9). En un grupo local de mujeres nazis de Prusia Oriental, el 50% eran esposas de obreros, seguidas por las esposas de funcionarios de todos los niveles (Fischer 1995: 165).

163

Así, los nazis eran menos elitistas y menos orientados a los negocios que cualquiera de los partidos de izquierda. Los terratenientes, los industriales y los altos ejecutivos dominaban los partidos "burgueses", pero eran escasos entre los nazis. Las pequeñas empresas estaban sobrerrepresentadas en los partidos "burgueses" y de intereses especiales en comparación con los nazis. En cambio, los nazis reclutaron sobre todo a funcionarios y profesionales de la élite, y a funcionarios de menor rango seguidos de trabajadores de cuello blanco entre los *Mittelstand*. Esto empieza a parecerse un poco a lo que sugerí que podría ser el patrón italiano: reclutados de la burguesía "nacionalista", que también estaba algo alejada de la esfera de las relaciones directas de producción.

Pero las cifras correspondientes a los funcionarios y profesores empleados por el Estado plantean un problema metodológico. Varios gobiernos provinciales y municipales les prohibieron la afiliación nazi a partir de 1925, Prusia a partir de 1929 y toda Alemania a partir de 1930. Por tanto, la afiliación nazi declarada entre ellos era baja. Cuando el gobierno ejercía presión, los miembros nazis pedían al partido documentos de "retirada" que demostraban (falsamente) que ya no eran nazis. Brustein (1996: 167-75) considera que los funcionarios no estaban ni sobrerrepresentados ni infrarrepresentados antes de

1933, lo que (dados los desincentivos) demuestra, en su opinión, un impresionante compromiso nazi. Los contemporáneos creían que los funcionarios y los profesores tenían simpatías nazis encubiertas, mientras que los nazis les dirigían más panfletos que a cualquier otro grupo profesional. Los historiadores han señalado que muchos funcionarios locales y maestros de escuela ayudaron de forma semiclandestina a los nazis (Childers 1983: 176, 238-43; Grill 1983: 203-5; Caplan 1986, 1988; Zofka 1986).

Para controlar el problema del engaño podemos examinar los antecedentes de los nazis a tiempo completo y de la muestra de militantes a largo plazo de Abel de 1933, ninguno de los cuales necesitaba ocultarse. En la muestra de Abel, los funcionarios eran sin duda el grupo profesional más sobrerrepresentado: cuatro veces más nazis que el conjunto de los alemanes (Merkl 1975: 14). Entre los cincuenta y cuatro *Gauleiter* nazis a tiempo completo hasta 1928, el 56 por ciento había trabajado anteriormente como funcionarios o como profesores empleados por el Estado, porcentaje que se elevó a más del 60 por ciento a partir de entonces: cinco veces la representación de otras personas de estatus social comparable. Estos años son anteriores al golpe nazi, tras el cual los funcionarios podrían beneficiarse de la afiliación al partido. Entre los nazis de nivel medio, como los *Kreisleiter* (jefes subregionales) o los diputados nazis locales en 1933, una cuarta parte habían sido empleados públicos. Los registros locales de afiliación se veían afectados por la clandestinidad. Pero incluso aquí los empleados públicos constituían entre el 10 y el 25 por ciento de los miembros (Kater 1983). En 1933 sólo el 5,7 por ciento de la población activa trabajaba en el sector público. Alrededor del 10 por ciento de los funcionarios se habían unido a los nazis en 1933, el 18,4 por ciento en 1935. Se trata de altos niveles de movilización. En 1932, algunos departamentos gubernamentales estaban dominados por nazis, según advertían sus jefes (Mommsen 1991: 116). Jamin (1984: 258) también encuentra que los funcionarios estaban siempre "drásticamente sobrerrepresentados" en sus muestras de las SA paramilitares.

164

La penetración derechista en el Estado no era nueva. Los funcionarios habían dominado los grupos de presión nacionalistas anteriores a 1914 (Mann 1993: 585-8). Después de 1918 esto se amplificó gradualmente en el nazismo. Una cuarta parte de los encuestados por Abel procedían de familias de "militares funcionarios" (Merkl 1975: SO61). El estudio de Wegner (1990: 240-1) sobre los oficiales de alto rango de las SS revela una conexión duradera entre el militarismo, la educación y el Estado. Alrededor del 17 por ciento habían sido previamente oficiales del ejército, el 15 por ciento oficiales de policía, el 22 por ciento profesores y el 6 por ciento otros funcionarios públicos. La mitad de sus padres habían trabajado en el sector público. El sector estatal alemán iba a aportar la mitad de los que más tarde se convertirían en gestores del genocidio.

Pero de nuevo debemos hacer una pausa. La cuestión vital es la comparativa: ¿Eran los funcionarios más propensos a pertenecer al nazismo o a otros movimientos? Como en otros países, los funcionarios públicos y los profesores estaban sobrerrepresentados en la mayoría de los partidos. Mis tablas del Apéndice y otras fuentes muestran que en Alemania toda la derecha, nazi o no, los atraía como miembros y dirigentes locales, con el centro político a la zaga y la izquierda muy por detrás. Antes de 1933, pero no después, había menos funcionarios entre los nazis de Marburgo que en los partidos "burgueses" o de

intereses especiales. En el Reichstag, los empleados públicos estaban sobrerrepresentados en todos los partidos. Antes de 1930, la representación era mayor en los partidos burgueses y el Centro Católico, y después en el bloque *Fblkische* y los nazis. Después de 1930 fueron claramente más nazis (Stephan 1973: 308; BacheUer 1976: 365-6, 379, 453-62; Linz 1976: 63-6; Morsey 1977: 34-5; Mühlberger 1987: 106-7; Sühl 1988: 203-5, 227; Losche 1992: 14-16). Los funcionarios *se hicieron* desproporcionadamente nazis.

Los funcionarios de Weimar estaban maduros porque ya preferían la parte ejecutiva a la legislativa del Estado: Los "intereses del Estado" estaban por encima de los "intereses políticos de partido", decían. Cuando la democracia se tambaleó, este "estatismo" se hizo más fuerte, permitiendo a los funcionarios usurpar el papel de los políticos en los gobiernos autoritarios posteriores a 1930 de Brüning, Papen y Schleicher y fomentando las simpatías nazis en el servicio (Mommsen 1991: 81-4; Caplan 1988). ¿Hubo también un motivo material? No parece muy probable. Los altos funcionarios eran tan privilegiados que ni el desempleo ni la pobreza podrían haberles llevado hacia la derecha. En 1930, el primer gobierno de Brüning recortó los salarios, las pensiones e incluso los puestos de trabajo (Mommsen 1991: 79-118). Sin embargo, como los precios estaban bajando, los ingresos reales de los funcionarios entre 1929 y 1932 aumentaron ligeramente. Los datos ecológicos revelan que los funcionarios eran ligeramente más propensos a votar nazi tras las dos crisis económicas de 1924 y 1929, aunque la relación también perduró durante los buenos tiempos (Childers 1983: 171-8). La propaganda nazi dirigida a ellos no se centraba en sus intereses económicos, sino en un estatismo nacional más amplio, en el que obviamente desempeñarían un papel importante (Caplan 1988). Su derechismo probablemente mezclaba un sentido muy amplio del propio interés ocupacional con un estatismo-nación más ideológico -como también sugerí en el fascismo italiano. Yo mismo creo que la inversión en educación pública hoy en día es necesaria para el crecimiento económico - pero soy profesor en una universidad pública. ¿Se pueden disociar mi interés personal y mi teoría económica? Es probable que mis motivos estén mezclados, y probablemente también lo estaban los de los funcionarios nazis.

165

Por último, los profesionales con formación universitaria (es decir, los "profesionales académicos") estaban sobrerrepresentados en el NSDAP y en los cuerpos de oficiales de las SA y las SS, más que el grupo de "empresarios y directivos". También dominaban el ultraconservador DNVP. Jarausch (1990: esp. 78-111) lo atribuye al descontento económico. Sin embargo, sus propios datos no respaldan su conclusión. Reconoce que los obreros y los trabajadores de cuello blanco sufrieron más. Demuestra que las profesiones más afectadas por la Depresión no eran más nazis. Su análisis multivariante de los antecedentes de los maestros de escuela muestra que el protestantismo era el mejor predictor del nazismo, seguido del urbanismo, la juventud y la masculinidad. Las diferencias de rango y salario quedaban muy por detrás. Las profesiones más nazis - forestales, veterinarios, agricultores con formación universitaria, jueces y médicos- no se enfrentaban a la mayor competencia judía (aunque los judíos apenas desbordaban las profesiones alemanas, siendo las cifras más altas el 16 por ciento entre los abogados y el 10 por ciento entre los médicos). Las profesiones más nazis parecen atraídas por el nacionalismo *völkisch* y de "sangre y tierra" más el estatismo. La propaganda nazi no se

centraba en sus privaciones económicas, sino en temas políticos e ideológicos: antimaterialismo, lealtad al Estado más que a los partidos, nacionalismo y un modernismo sin clases. Un panfleto dirigido a los ingenieros denunciaba "el sofocante abrazo judeomaterialista de nuestros elementos vitales" que frenaba la tecnología avanzada. El partido afirmaba que su política educativa "nunca ha centrado la lucha en cuestiones profesionales, burocráticas, salariales o de contratación. Su voluntad se ha centrado siempre en la penetración ideológica de la educación alemana, la lucha por el poder político en el Estado y la limpieza de nuestra vida cultural de todas las tendencias destructivas marxistas." Los propios datos de Jarausch sugieren que lo ideológico predominaba sobre las motivaciones materiales personales en la formación de actitudes hacia el nazismo. Y al igual que otros bastiones nazis, las profesiones estaban apartadas de las relaciones directas de producción.

166

Por supuesto, los profesionales, profesores y funcionarios también tenían un alto nivel educativo. Quizá ésta fuera la causa de su nazismo. Las universidades se habían vuelto contra la república desde el principio. Las fraternidades estudiantiles eran mayoritariamente *völkisch* y antisemitas. Tal vez la mitad de los estudiantes alemanes simpatizaban con los nazis en 1930, con pocas diferencias entre orígenes sociales o disciplinas académicas, aparte de un apoyo mucho menor entre los católicos. Los nazis obtuvieron la mayoría en las elecciones estudiantiles nacionales de 1931. Recordemos que estas fechas preceden a la irrupción nazi en la política nacional: Los nazis conquistaron las universidades *antes que* otras instituciones importantes.

¿Fueron las privaciones económicas la causa del fascismo estudiantil? Muchos estudiantes eran pobres (lo cual no es inusual, por supuesto). Sin embargo, en Marburgo los estudiantes con peores perspectivas laborales, en medicina y ciencias naturales, tenían menos probabilidades de ser nazis (Koshar 1986: 243). En cualquier caso, las universidades habían sido derechistas desde la década de 1880, cuando la noción originalmente liberal de *Bildung* (educación culta en la tradición de la Ilustración) se había vuelto más nacionalista y cuando el nacionalismo había iniciado su giro biológico y racista. Pocos profesores eran nazis, pero la mayoría eran conservadores nacionalistas. Como altos funcionarios con titularidad y privilegios, recientes beneficiarios de grandes aumentos salariales, eran quizá el grupo más seguro de Alemania, seguidos de cerca por otros funcionarios y miembros de las profesiones libres (Weisbrod 1996: 31). Su fomento del racismo autoritario no podía provenir de la privación económica o la inseguridad. Los profesores de secundaria y primaria también tenían más probabilidades de ser nazis y se encontraban entre los miembros más seguros de la población activa. Las instituciones educativas habían sido durante mucho tiempo fundamentales para la tradición nacional-estatista alemana: se habían acercado a los sentimientos *völkisch* y ahora se radicalizaban hacia el nazismo (Kater 1975, 1983: 44; Linz 1976: 67; Giles 1978, 1983; Marshall 1988).

Una estudiante, nacida en 1910, cuenta cómo su nacionalismo se había visto reforzado por la ocupación francesa de su ciudad natal, Düsseldorf. Pero luego, en la universidad, unos amigos la llevaron a una reunión nazi:

Los nazis nos dijeron que Hitler había aprendido una gran verdad de sus experiencias en

la guerra. Lo importante no era si alguien tenía dinero o una marea, sino si contribuía al bienestar de su pueblo. Hider decía que nacionalismo y socialismo debían ser idénticos. El nacionalista debe estar al lado de cada uno de sus compatriotas y el socialismo debe adaptarse a la naturaleza de un pueblo. Así, el nacionalsocialismo. Para nosotros significaba camaradería - solidaridad.... Dijimos: "Esta es la única respuesta posible al bolchevismo". Y así fue como me uní a la Liga Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes". (Steinhoff et al. 1989: xxviii)

Así, los nazis atrajeron a dos generaciones de jóvenes, en su mayoría varones. La primera llegó a través de las experiencias de la guerra, la segunda se socializó más tarde en las escuelas, universidades y movimientos juveniles alemanes. Allí, los más intelectuales discutían las últimas ideas de la época e intentaban combinarlas con el romanticismo, el idealismo, la "espiritualidad" y el racismo de la cultura alemana. Muchos creían que la era liberal y burguesa se había derrumbado con la guerra y sus secuelas. La alternativa socialista parecía vieja, materialista y demasiado proletaria para ser hospitalaria con los intelectuales (Mosse 1971: 144-51). Muchos preferían visiones más orgánicas de la modernidad, en las que un movimiento y un Estado encarnaban a la nación y aportaban así desarrollo social y moral. El fascismo captaba a los jóvenes y a los hombres cultos porque era la última sabiduría de medio continente. Su resonancia ideológica en su época -mucho más que los sufrimientos específicos de una cohorte de edad- fue la principal razón de que fuera un movimiento generacional.

LOS PARAMILITARES NAZIS

Todo esto se ha referido al Partido Nazi. Pero hay que añadir a los paramilitares: las SS y, sobre todo, las SA, que eran diez veces mayores que las SS antes del golpe. En 1932, juntos, tenían más miembros que el partido. Dado que sólo alrededor de la mitad de sus miembros eran también miembros del partido, los paramilitares proporcionaban canales alternativos de acceso al fascismo. La tabla 4.3 del apéndice reúne los datos relevantes, que son más completos para las SA que para las SS. Sólo los trabajadores de cuello blanco del sector privado parecen haber estado (ligeramente) sobrerrepresentados en el pregolpe de las SS. Los obreros eran el grupo más numeroso, ligeramente infrarrepresentado antes de 1933, y luego en paridad. En sus ocupaciones, las SS parecen ampliamente representativas de los hombres alemanes. Esta situación cambiaría considerablemente a mediados de la década de 1930, cuando las SS pasaron a ser consideradas "la élite" del régimen nazi, aunque cambiaría de forma congruente con mi argumento en este capítulo (sobrerrepresentación muy amplia de altos funcionarios, profesionales académicos y estudiantes, con una infrarrepresentación contrastada de los que trabajaban en la industria; véase mi próximo volumen).

En cambio, las SA eran proletarias. La tabla 4.3 del apéndice indica que los trabajadores pasaron de representar el 60% de los miembros de las SA antes de 1929 al 70% a partir de entonces. La Depresión aumentó la tasa de desempleo de las SA hasta un asombroso 60-75 por ciento. Pero, ¿se unieron los trabajadores a las SA porque estaban desempleados o

porque las actividades de las SA les descalificaban para el empleo? Probablemente ambas cosas. La muestra de Abel contiene muchos hombres de las SA que se comprometieron con la causa mucho antes de la Depresión, fueran cuales fueran las consecuencias económicas. Los archivos de las SA también indican que a los empresarios no les gustaba contratar a hombres de las SA, ya que eran propensos a contestar y a ausentarse para ir a marchar. Por otra parte, algunos reclutas de las SA adujeron el desempleo como motivo para alistarse. En general, parece probable que las SA empezaran siendo tan proletarias y desempleadas como el grupo de edad del que procedían, y que luego se volvieran aún más proletarias y desempleadas bajo la presión de la Depresión (Fischer 1983: 25-47).⁷ El paramilitarismo proporcionó una actividad a tiempo completo alternativa al trabajo. Quizá éste fuera el principal papel material del nazismo.

168

También tenemos datos sobre el núcleo de lucha callejera de los paramilitares. De los 300 nazis muertos en enfrentamientos callejeros, el 57% eran obreros (una proporción de 1,22) y el 25% eran "comerciantes, profesionales y estudiantes" (probablemente la mayoría estudiantes, ya que eran jóvenes). Todos los demás grupos estaban infrarrepresentados (Merkl 1980: 98-9; cf. Stachura 1975: 59). Estos combatientes fascistas no eran tan proletarios como sus homólogos comunistas. Alrededor del 90 por ciento de los comunistas arrestados por luchas callejeras en Hamburgo y Berlín, y cerca del 70 por ciento de los "mártires" del partido, eran obreros (Kater 1983: 253; Peterson 1983: 214; Rosenhaft 1983: 167-207). Sin embargo, como en otros países, la mayoría de los fascistas muertos eran obreros o estudiantes.

Antes de 1933, los paramilitares y el partido juntos contaban con medio millón de trabajadores, y eran aproximadamente proporcionales a su número en la población alemana. En general, los nazis no eran especialmente pequeñoburgueses o burgueses. Comprendían una amplia muestra representativa de la estructura de clases alemana. En este sentido, eran lo que decían ser: un partido nacional, aunque se inclinaban más por el sector manufacturero urbano que por los sectores estatal y educativo.

MOVILIDAD SOCIAL Y MARGINALIDAD SOCIAL

Las muestras de nazis nos permiten evaluar la movilidad social y el éxito. A menudo se dice que los nazis tenían una movilidad descendente y descargaban sus frustraciones profesionales en el sistema político. Sin embargo, en las autobiografías de Abel, algo menos de la mitad no había experimentado ninguna movilidad significativa, una cuarta

⁷ Dos unidades de SA en la Prusia oriental rural, analizadas por Bessel (1984), difieren, dominadas por "agricultores, jóvenes agricultores y supervisores agrícolas" (35% y 45% de las dos unidades) y "artesanos y aprendices de artesano" (29% y 33%). Los "obreros" sólo representaban el 12% y el 8%. Esto anima a Bessel y Jamin (1979) a polemizar contra una interpretación proletaria de las SA. Pero Fischer y Hicks (1980) y Mühlberger (1991: 164-5) han observado que en esta región oriental muchos trabajadores agrícolas eran eslavos, no alemanes, con pocas probabilidades de unirse a las SA racistas. Además, algunos "artesanos y aprendices" eran probablemente obreros. Obviamente, había diferencias entre las unidades de las SA, ya que las economías locales diferían. Pero teniendo en cuenta ambas correcciones, la composición de clase de las SA de Prusia Oriental se acercaría más a la de las SA de otros lugares.

parte había ascendido significativamente por encima de sus orígenes y sólo una séptima parte mostraba signos de declive (Merkl 1975: 62-76). *De los Gauleiter* de Rogowski (1977), el 64 por ciento habían disfrutado de empleos seguros y el 75 por ciento tenían carreras profesionales acordes con sus cualificaciones educativas. Un 40 por ciento había tenido una movilidad ascendente en comparación con sus padres, y sólo un 21 por ciento una movilidad descendente. Su movilidad ascendente era, por tanto, el doble que la de todos los alemanes. Los grupos con mayor movilidad ascendente -los veteranos del ejército, los licenciados universitarios y los empleados de cuello blanco- también proporcionaban la mayoría de los nazis. Kater (1983: 182-4, 375) concluye que los funcionarios nazis "no proyectaban la imagen de un grupo de perdedores que vivían al margen de la sociedad". Investigó a más *Gauleiter* que Rogowski y cree que su movilidad ascendente no era tan elevada. No obstante, "superaban por un margen muy significativo el nivel de movilidad ascendente establecido por la población en general", aunque Kater añade que esa movilidad ascendente debió de infundirles un miedo "atroz" a volver a caer. ¿Sólo están seguros los inmóviles? Kater añade que los tecnócratas de los partidos altos tenían orígenes y educación de clase media-alta más estables y convencionales, sin indicios de marginalidad.

169

Ziegler (1989: cap. 4) concluye que las SS eran una auténtica meritocracia. Sus oficiales ya habían alcanzado un modesto éxito educativo y profesional antes de ingresar, pero éste se aceleró una vez en las SS. Muchos contrastaron favorablemente las SS con el mundo ocupacional de Weimar, "plagado de estatus". Una minoría de la muestra de oficiales de las SS de Wegner (1990: 251-62) (no se dan cifras) experimentó una movilidad descendente tras la guerra, mientras que algunos de los reclutas más jóvenes tenían dificultades económicas. Sin embargo, ninguno de sus estudios de casos individuales había sido económicamente marginal, excepto en el caso de auténticos "forajidos" como Theodor Eicke, cuyos frecuentes despidos y roces con la policía habían sido consecuencia de su extremismo político, y no al revés (véase mi próximo volumen para más detalles sobre este terrible hombre). Ambos estudios demuestran que los valores militares y nacionalistas desempeñaron un papel mucho más importante que las privaciones económicas a la hora de atraer a los reclutas de las SS.

Jamin (1984) se aparta de este consenso. Dice que las carreras de los oficiales de las SA demostraron "inconsistencia social". Los oficiales carecían de "un lugar estable en la jerarquía social" y experimentaron mucha movilidad descendente. Sin embargo, sus datos reales no son tan claros. La mitad de su muestra principal de líderes de las SA no había experimentado ninguna movilidad intergeneracional significativa y la otra mitad ninguna movilidad intrageneracional (como en la muestra de Abel).⁸ De los oficiales de las SA con movilidad, afirma que el número de los que habían tenido movilidad descendente era el doble que el de los que habían tenido movilidad ascendente. Sin embargo, a esta desproporción contribuye su categoría "movilidad descendente ambivalente", medida

⁸ La segunda muestra de Jamin, de líderes de las SA que habían sido purgados, tuvo un índice de respuesta muy bajo en cuestiones de movilidad. Aquellos sobre los que pudo recopilar datos tenían una mayor movilidad descendente. Es posible que se tratara de los verdaderos rufianes del movimiento, pero también es posible que sólo constituyeran una muestra sesgada.

(intergeneracionalmente) por tener un padre como "trabajador autónomo, artesano o agricultor" y uno mismo como "empleado de cuello blanco, trabajador cualificado, soldado profesional". Esto es dudoso por tres razones: La mayoría de los "artesanos" eran trabajadores, no de clase media; el término "soldado" es demasiado vago para denotar el estatus social en una guerra mundial; y es posible que los hijos de los granjeros que emigraban escaparan de la pobreza en lugar de descender. Si aceptamos sus categorías, entre el 25 y el 30 por ciento de los líderes de las SA habían experimentado movilidad descendente; si no lo hacemos, entre el 10 y el 15 por ciento sí. Si nos conformamos con un 20 por ciento, la cifra no es abrumadora. Frente a las demás pruebas que se han analizado aquí, esto no puede sostener su conclusión de que el nazismo representaba a los "socialmente desarraigados y aislados" y, por tanto, no podía desarrollar un "programa sociopolítico positivo ni representar racionalmente los verdaderos intereses sociales de sus miembros". Pero el nazismo sí representaba los "verdaderos intereses sociales", aunque no principalmente los de clase.

170

La noción de marginalidad ha influido en muchos análisis del nazismo. Por supuesto, el propio Hitler encaja perfectamente en el estereotipo: pintor fracasado, emigrante internacional, cabo licenciado, vegetariano en una época carnívora, un hombre sin vida familiar real, probablemente sexualmente inactivo. Sin embargo, su racialismo se había originado a través de las experiencias "normales" de un nacionalista austriaco panalemán antieslavo cuyo antisemitismo casual se convirtió en algo mucho más peligroso como resultado de sus experiencias en los años revolucionarios posteriores a 1917 (Hamann 1999). Los teóricos de la "sociedad de masas" solían argumentar que las masas "atomizadas" y los individuos "marginales", sin raíces sociales sólidas, recurren a movimientos utópicos radicales y a líderes carismáticos. La teoría se ha actualizado recientemente en la noción de que una democracia sana descansa sobre una vibrante "sociedad civil", densas redes de sociabilidad entre los ciudadanos, centradas en asociaciones voluntarias no dominadas ni por el Estado ni por el mercado económico. Supuestamente, el mejor garante de una sociedad libre y de la democracia es una densa red de sociabilidad centrada en asociaciones voluntarias.

Desgraciadamente, la Alemania que se convirtió en nazi era exactamente eso, una "sociedad civil" muy densa, y los nazis estaban en su centro. Alemania tenía altos niveles de afiliación a grupos de interés y asociaciones voluntarias, incluida una densa sindicalización de los trabajadores manuales y de cuello blanco. Fueron estas pruebas las que permitieron hace años a Hagtvet (1980) echar por tierra la teoría de la sociedad de masas del nazismo. Ahora hay más pruebas que apoyan su argumento. Los estudios sobre las votaciones que se analizan en el capítulo siguiente sugieren que comunidades enteras, y no individuos marginales, se pasaron al bando nazi: En la agricultura, por ejemplo, las comunidades protestantes más cohesionadas se pasaron al nazismo. Los nazis también tuvieron mucho éxito a la hora de organizarse en asociaciones profesionales, de las que a menudo se hicieron con el control. También eran hiperactivos en las asociaciones de comunidades locales. En Marburgo, demuestra Koshar (1986), los nazis eran más activos en otros clubes sociales locales que cualquier otro movimiento político. El partido local dependía y movilizaba redes sociales proporcionadas por clubes de tiro al blanco, ligas de

veteranos, sociedades gimnásticas y deportivas, sociedades de canto y fraternidades estudiantiles. Fue en parte este activismo social el que condujo a los nazis hacia la visión elitista de sí mismos como la parte "conscientemente alemana" de la población. Esto es similar al argumento de Fritzsche (1998) de que el activismo comunitario nazi se había construido sobre las innovaciones *del Stahlhelm* para proporcionar la principal fuente de su popularidad: De hecho, organizaron a la nación alemana. Koshar concluye que la llegada de los nazis al poder puede interpretarse en cierto sentido como una revuelta del activismo comunitario local contra los fallos del sistema político nacional. Eso es lo que decían los militantes nazis de Abel y los reclutas de las SA citados anteriormente: Estaban contra "el sistema".

171 Alemania era así una sociedad civil muy fuerte, y los nazis estaban en su corazón. Dirigida por nazis, se convirtió en una sociedad civil fuerte pero malvada. Como vimos, Riley (2002) muestra una asociación similar entre sociedad civil y fascismo en Italia. Mi libro, de próxima publicación, revela igualmente una tendencia general a que los movimientos de limpieza étnica estén más fuertemente arraigados en los movimientos voluntarios de la "sociedad civil" que sus oponentes liberales. Puede que la sociedad civil no sea muy civil. De hecho, esto no es muy sorprendente. Es raro encontrar perdedores marginales entre las élites políticas; buscamos perdedores en los bares, las cárceles y los depósitos de cadáveres, no en la política. Los que pretenden cambiar el mundo, y correr peligro mientras lo hacen, son más propensos a tener confianza en sí mismos, sintiéndose fortalecidos por el éxito social. La mayoría de los fascistas alemanes se sentían fortalecidos por una mezcla de éxito personal militar, educativo, social y profesional, reforzado por la sensación de ser "buenos alemanes" con una ideología que era la última sabiduría de la época.

CONCLUSIONES

Clase y sector

Dado que las teorías de clase han dominado los enfoques sobre las bases sociales del nazismo, merece la pena resumir mis conclusiones sobre los correlatos económicos y de clase del nazismo. Aunque el nazismo comenzó con una base particular entre grupos predominantemente de clase media baja, cuando se convirtió en un movimiento de masas después de 1930, sus contornos eran diferentes.

- (1) No existía una correlación general entre clase y fascismo alemán, al contrario que en Italia. Casi todas las clases estaban bien representadas en el nazismo.
- (2) Al igual que en Italia, las clases rurales pasaron de una infrarrepresentación a una sobrerrepresentación, aunque pocos trabajadores agrícolas alemanes se convirtieron en miembros fascistas.
- (3) Al igual que en Italia, la burguesía educada "nacional-estatista" era la más sobrerrepresentada, mientras que la burguesía empresarial, grande y pequeña, estaba infrarrepresentada. Esto también influyó en la educación de los jóvenes. La educación

estatal y protestante (aunque no católica) ayudó al surgimiento del fascismo como movimiento generacional.

172

- (4) Al igual que en Italia, los nazis tuvieron dificultades para penetrar en las comunidades obreras de la economía urbano-industrial. Sin embargo, dado que había más trabajadores viviendo y trabajando fuera que dentro de estas comunidades, los nazis captaron a muchos trabajadores de otros entornos sociales.
- (5) Como sospechaba pero no pude demostrar en el caso de Italia, los fascistas alemanes no eran marginales sociales ni perdedores económicos. En los casos en los que disponemos de datos de fondo relevantes para su motivación, éstos no suelen sugerir frustración económica o profesional. En todo caso, estaban más seguros, protegidos de los caprichos que los auges y las crisis económicas traen a los grupos más directamente relacionados con las actividades empresariales. Y socialmente estaban en el corazón de la sociedad civil. Aunque se trataba de una sociedad civil muy fuerte, no era muy agradable, a diferencia de la imagen casi universal de la sociedad civil en las ciencias sociales contemporáneas.
- (6) Al igual que en Italia, los fascistas tendían a estar alejados de los principales escenarios del conflicto de clases moderno: pocos empresarios, "pequeña burguesía clásica", directivos del sector privado u obreros urbano-industriales. Los nazis eran observadores indirectos, no directos, de la lucha de clases más pronunciada; estas personas respondían, por supuesto, a la pretensión nazi de poder "trascender" el conflicto de clases (un punto que analizo con más detalle en el próximo capítulo).

De estos seis puntos, sólo el último podría haber sorprendido a los dirigentes nazis. La ausencia de un sesgo clasista general no fue ninguna sorpresa: Afirmaban que trascendían la estructura de clases, como *Volkspartei*, un partido del pueblo. Hemos visto que la afirmación era plausible, aunque había un vacío religioso en sus credenciales "nacionales". Tenían pocos simpatizantes católicos, de lo que se hablará en el próximo capítulo. En general, sin embargo, los nazis eran el partido más capaz de proyectarse en sus reuniones como "sin clases". Sus plataformas incluían deliberadamente a oradores que iban desde príncipes prusianos a empleados ferroviarios, desde generales retirados a estudiantes y trabajadores, hablando con acentos variados: una exhibición pública de clasismo personificada por Hitler, el pequeño cabo con el acento ridiculizado del provincianismo austriaco.

La importancia de la militancia nazi

Ya hemos visto algo de las creencias y la base social de los militantes nazis. Pero, ¿qué hicieron realmente y cómo les ayudó esto a alcanzar el poder? En el momento del golpe, los nazis tenían más de un millón de miembros. Pero lo que importaba no era tanto su tamaño global como el activismo del núcleo de militantes. Como en todos los movimientos, había muchos miembros nominales y marginales. A medida que el partido alcanzaba un gran tamaño, experimentaba dificultades con la rápida rotación de sus miembros, especialmente los de la clase obrera (Mühlberger 1991). No obstante, el

miembro nazi medio era mucho más activo que el miembro medio de cualquier otro movimiento. En casi todas las ocasiones, la dirección local podía convocar a decenas o centenares de militantes para marchar, manifestarse, llenar salas y, si era necesario, pelearse, y los miembros acudían, dejaban sus trabajos (molestando considerablemente a los empresarios) y daban generosamente su tiempo y energía. Los partidos burgueses eran respetables partidos notables carentes de mucho sentido de la "militancia". No marchaban y rara vez se manifestaban. Sus reuniones eran formales, educadas, y dependían en gran medida de prácticas rutinarias de deferencia a la plataforma y al estatus social de sus oradores. Si sus reuniones se veían interrumpidas por abucheadores decididos o por empujones y puñetazos, no podían convocar a sus simpatizantes para dar una respuesta colectiva decidida. Se veían abrumados por la mayor energía colectiva, el entusiasmo y la violencia de los nazis. Incluso los socialistas y los comunistas, que habían inventado el concepto de camaradería militante, se vieron obligados a retroceder.

173

Los rituales fueron clave para la movilización nazi de los militantes. Dado que podemos escuchar grabaciones de los discursos de Hitler y ver noticiarios de sus hipnóticas actuaciones en Nuremberg, tendemos a considerar esos grandes rituales como la clave. Sin embargo, Hamilton (1982: cap. 12) nos recuerda que en las reuniones de masas al estilo de Nuremberg sólo participó una pequeña minoría de alemanes, mientras que Hitler no pudo dominar la radio ni los noticiarios hasta que tomó el poder. Más bien, el partido se movilizaba a través de la célula local del partido, utilizando teléfonos y camiones para la comunicación física y la máquina de escribir y la cíclica para la comunicación escrita, todo ello atendido por activistas dispuestos a dejar sus trabajos en cualquier momento para desempeñar estas funciones. En "Northeim" (10.000 habitantes), entre sesenta y setenta miembros del partido y de las SA más setenta y cinco miembros de las Juventudes Hitlerianas organizaron más reuniones, manifestaciones y marchas que ningún otro partido. Sus acciones, energía y entusiasmo se presentaban a los espectadores en ocasiones rituales como microcosmos de la nueva y futura Alemania. No parecía especialmente autoritario, pues exhibía la "efervescencia colectiva" que Durkheim consideraba clave para solidificar los rituales. Merece la pena subrayar que los nazis prosperaban gracias a la democracia liberal, a la libertad de reunión, de manifestación y de reproducción de la palabra impresa. Esto fue más intenso en época de elecciones, pero se mantuvo todo el tiempo. No podrían haberlo hecho tan bien contra un régimen autoritario. Aparte de todo lo demás, su propia violencia habría sido rápidamente expuesta por la policía y las unidades del ejército como una mera reyerta de aficionados, lo que, como vemos en el capítulo 8, acabó ocurriendo con los "legionarios" fascistas de Rumanía.

Los líderes nazis locales gozaban de cierta legitimidad como personas dispuestas a dedicar tiempo y energía al trabajo de la comunidad local. Encontraban miembros a través de las redes de clubes locales, que participaban en actividades como deportes, canto, tiro al blanco, que eran formalmente apolíticas pero que habían adquirido una coloración nacionalista a finales del siglo XIX. La militancia nazi creció hasta generar una amplia gama de actividades. Las Juventudes Hitlerianas y los movimientos femeninos se consideraban en general movimientos dignos de atractivo, que fomentaban cuerpos y mentes sanos. Aunque el partido y los paramilitares se solapaban a medias, su activismo

puede distinguirse parcialmente. Los miembros del partido solían reunirse en pequeños grupos en las esquinas, repartiendo panfletos y discursos, y luego acudían a las reuniones. Algunos lo hacían a tiempo completo, pero la mayoría no.

174

Las SA paramilitares tenían un atractivo y unos poderes distintivos. Sus miembros se movían juntos en grandes despliegues rituales. Los hombres de las SA eran más jóvenes y solteros. Más eran a tiempo completo, a menudo vivían juntos en pequeños barracones, su subsistencia pagada con fondos del partido. Al igual que los *squadristi* italianos, estaban enjaulados en una vida agradable de camaradería disciplinada, bebiendo juntos, pavoneándose con sus uniformes, deleitándose en el elitismo nazi que los hacía especiales, "conscientemente alemanes". Algunas unidades añadían a esto la solidaridad homosexual. La mayor parte del tiempo su violencia era en gran medida simbólica. Formaban guardias de honor para los oradores o intimidaban a izquierdistas y judíos con su mera presencia colectiva. Luego expulsaban a los que interrumpían, de modo que las reuniones nazis daban una impresión de orden, en contraste con las reuniones de otros partidos que interrumpían con éxito. Cuando llegaba la violencia, se deleitaban en ella, pues eran una banda organizada y armada de jóvenes comprometidos con los medios y objetivos radicales de su movimiento. La mayor parte de su violencia iba dirigida contra la izquierda (en las zonas fronterizas del este era contra los polacos), y mucha menos contra los judíos o los partidos "burgueses". Los nazis intentaron legitimar su violencia proclamándola "defensiva". Afirmaban que los "bolcheviques" ya habían tomado partes de Alemania. Las tácticas de las SA se basaban explícitamente en provocar al enemigo. El enemigo nunca fue el Estado. El poder paramilitar nazi nunca asumió los poderes militares o policiales del Estado. El enemigo eran otros movimientos o los judíos. Era mucho más fácil parecer a la defensiva contra la izquierda, ya que los judíos y los "partidos burgueses" eran completamente no violentos. A las unidades de las SA se les ordenaba entrar en los bastiones socialistas y comunistas más fuertes para marchar, gritar y cantar, y así provocar ataques contra ellos. A continuación se producían reyertas y se hacían desfilar a los heridos para validar su afirmación de que "no hay noche en la que los hombres de las SA no salgan a la calle como víctimas del terror comunista." Merkl comenta: "[Un] enemigo falso, los agresivos y pendencieros comunistas o socialistas, fue sustituido por el objetivo real, la conquista del poder estatal".

Pero las tácticas nazis eran en realidad más sutiles que esto. No pretendían conquistar el Estado mediante el poder paramilitar directo, ya que sabían que nunca podrían enfrentarse al ejército alemán. La violencia nazi tenía otros tres objetivos: en realidad, solidificar su propia camaradería, emocionalmente "endurecida por la batalla", intimidar a sus oponentes y demostrar que la "amenaza marxista" podía ser superada por su propio paramilitarismo disciplinado. La propaganda nazi y la prensa tendenciosa transmitieron entonces esta afirmación a millones de personas que nunca habían sido testigos directos de la violencia (Abel 1938: 99-110; Allen 1965: 23-34, 73; Noakes 1971: 99, 142, 202-19; Hamilton 1982; Merkl 1982: 373; Bessel 1984: 26-32, 45-9, 75-96; 1986; Heilbrunner 1990).

175

Así pues, la violencia nazi fue eficaz, no tanto para destruir realmente al enemigo (como lo había hecho la violencia fascista en Italia), ya que el socialismo alemán fue

inicialmente mucho mejor en la defensa de sus propias comunidades, como para persuadir a sus propios miembros de que eran una élite solidaria y camaraderil, dispuesta a correr riesgos por objetivos radicales, y para persuadir a muchos alemanes y élites alemanas de que la violencia ritualizada y "ordenada" era necesaria para resolver la "anarquía" del país. Una vez en el poder, proporcionarían un Estado más comprometido con el "orden". De hecho, el segundo paramilitar, las SS, una organización bastante pequeña antes de la toma del poder, sí mezclaba las nociones de violencia y orden. Las SS estaban comprometidas con la idea de que la disciplina paramilitar podía generar una nueva élite social, política y racial. Así, a diferencia de las SA, atrajo a muchos de los jóvenes de la élite educativa y profesional alemana (este tema se tratará con más detalle en mi próximo volumen). Esta gama de militancia -desde la digna hasta la violenta- hizo que el nazismo atrajera a tipos de personas muy diversos. También confundió las respuestas de los alemanes de a pie al nazismo, ya que fusionaba lo que normalmente consideramos legítimo e ilegítimo. Esto nos lleva a la respuesta de los otros dos ingredientes vitales en el ascenso nazi al poder: el electorado y las élites.

5

Simpatizantes alemanes

Los nazis pudieron hacerse con el poder porque un liderazgo astuto fue capaz de movilizar tres recursos de poder esenciales: el activismo y la violencia de los militantes nazis (analizados en el capítulo anterior), los votos de un tercio del electorado alemán y la ambivalencia de las élites alemanas respecto a la democracia de Weimar. A diferencia de los fascistas italianos, los nazis se presentaron seriamente y con éxito a las elecciones. Más de un tercio de los alemanes les votaron, lo que les permitió alcanzar el poder por medios constitucionales. Pero, al igual que los fascistas italianos, los nazis se hicieron con el poder con la ayuda de las élites del país. Primero considero la amplitud y las motivaciones del apoyo electoral. En aras de la brevedad, me centro en el principal periodo de éxito electoral, después de 1930.¹ Considero los recursos de poder ideológico de masas de los nazis: qué mensaje electoral intentaron transmitir los nazis y cómo lo percibieron los votantes.

ESTRATEGIA ELECTORAL NAZI

Algunos dicen que los nazis hacían cualquier cosa por votos; no era la ideología sino el oportunismo lo que dominaba su campaña electoral. Esto forma parte de la tradición de no tomarse en serio a los fascistas. Childers (1990) afirma que los panfletos y los discursos se dirigían tácticamente a grupos de interés específicos, con políticas oportunistas adaptadas a cada uno de ellos. De hecho, el libro de Hitler *Mein Kampf* revela abiertamente su desprecio por las masas y explica cómo manipularlas y manipular sus odios. Como explicó una vez a sus confidentes "La comprensión es una plataforma inestable para las masas. La única emoción estable es el odio" (Kershaw 1991: 51). Pero en época de elecciones dio instrucciones al movimiento para que restara importancia al belicismo y al odio hacia "enemigos" como los judíos y los eslavos. Más que otros partidos alemanes, los líderes nazis celebraban repetidas reuniones tácticas, entrenaban a sus oradores e instruían a los militantes sobre a quién dirigirse, qué decir y qué evitar decir. Los nazis fueron innovadores en la manipulación política. Por supuesto, comparados con los partidos

políticos de hoy, eran aficionados en sus técnicas y sangrantemente sinceros al expresar sus odios.

178

En realidad, el mensaje era bastante claro y coherente. La propaganda nazi se centraba, como cabría esperar, en un fuerte nacionalismo. Se decía al electorado que los alemanes eran racial y culturalmente superiores, destinados a gobernar sobre otras naciones. El partido prometía la expansión territorial hacia una "Gran Alemania" que liberaría a millones de alemanes que vivían bajo dominación extranjera. Describía a los rusos como bestiales pero atrasados, incapaces de resistir el poder de la Alemania moderna; mientras que los franceses y británicos eran "civilizados" pero "decadentes", probablemente poco dispuestos a luchar. Las duras fronteras que habían impuesto a Alemania eran una conspiración internacional (a veces "judía"). Los nazis tenían una política exterior fuertemente revisionista, haciendo simples demandas para la restauración de los territorios perdidos y el "legítimo lugar de Alemania". Esto no era muy controvertido. Casi todos los partidos alemanes argumentaban así, aunque muchos oradores nazis hablaban de forma más incendiaria. Pero los nazis tenían dos ventajas al hacer tales afirmaciones sobre política exterior. En primer lugar, como partido fuera del poder, los nazis tenían ventaja, ya que la mayoría de los demás partidos participaban en los gobiernos de coalición de Weimar y podían ser acusados de venderse a potencias extranjeras. El revisionismo constante de Hitler, su defensa del rearme y el propio militarismo del movimiento nazi aumentaron el atractivo de la política exterior nazi. Las condiciones de paz eran duras y la mayoría de los alemanes las consideraban injustas. El despojo del territorio y la industria alemanes impulsó las posibilidades electorales de un movimiento revisionista como el nazi. Por supuesto, la realidad geopolítica era que las potencias extranjeras estaban comprometidas con un calendario de retirada de Renania y el fin de las reparaciones. Por tanto, los alemanes no esperaban que blandir un gran garrote para obtener justicia más rápidamente -quizás incluso para recuperar algunos territorios perdidos- desembocara en una gran guerra. En geopolítica, Hitler hablaba como hablaban ellos, como tenía derecho a hablar una gran potencia como Alemania. Así, la política exterior nazi era popular: agresión pero sin guerra. Durante los seis años de su gobierno, Hitler cumplió con esta combinación.

Pero eso no fue decisivo electoralmente, ya que los votantes alemanes (como la mayoría de los electorados) estaban más preocupados por cuestiones internas. Sin embargo, la segunda ventaja nazi fue la mayor amplitud de su nacionalismo. El nazismo también tenía un mensaje nacional excepcionalmente vigoroso, que coincidía tanto con su política exterior como con la aparente falta de clasismo del propio partido. Uno de los entrevistados por Abel recordaba haber oído por primera vez a un nazi defender un nacionalismo trascendente:

179

Me arrastró no sólo su apasionado discurso, sino también su sincero compromiso

con el pueblo alemán en su conjunto, cuya mayor desgracia era estar dividido en tantos partidos y clases. ¡Por fin una propuesta práctica para la renovación del pueblo! ¡Destruir los partidos! ¡Acabad con las clases! ¡Verdadera *Volksgemeinschaft*! Estos eran objetivos con los que podía comprometerme sin reservas.... Así entré en las Juventudes Hitlerianas y encontré lo que había buscado: verdadera camaradería. (Merkl 1980: 251)

El diario de una maestra de escuela en el que describe la audición de un discurso de Hitler pronunciado ante una multitud masiva aporta un significado bastante concreto a la trascendencia:

Había un orden y una disciplina inmaculados... para el hombre que había atraído a 129.000 personas de todas las clases y edades. Allí estaba Hitler en un simple abrigo negro. Tema principal: De los partidos surgirá una nación, la nación alemana. Censuró "el sistema" ("¡Quiero saber qué queda por arruinar en este estado!"). No hizo ataques personales, ni promesas, vagas o definidas.... Cuántos le miran con fe conmovedora como su ayudante, su salvador, su liberador de una angustia insoportable, a él, que rescata al príncipe prusiano, al erudito, al clérigo, al agricultor, al trabajador, al desempleado, que los rescata de los partidos y los devuelve a la nación. (Noakes y Pridham 1974: 104)

Obsérvese cómo especifica las clases. El último capítulo demostró que la reivindicación nazi no era mera retórica, sino que reflejaba la composición real del movimiento nazi. La mayoría de los oradores nazis entrelazaban los aspectos extranjeros y domésticos del nacionalismo, en una retórica sin clases y a menudo bastante agresiva que no gozaba de popularidad universal. Los enemigos políticos eran denunciados como extranjeros o foráneos. Los izquierdistas eran bolcheviques (eslavos) o judíos; el capital financiero era extranjero o judío; los liberales y los católicos eran internacionalistas. Para los nazis, los "enemigos" siempre tenían una identidad étnica y política mixta, y ésta se veía persistentemente afectada por cuestiones fronterizas. Los nazis siempre defendieron una política de limpieza étnica y política mixta. Acabarían, "eliminarían", "aplstarían" "el sistema de extorsión marxista-capitalista-judío", el "internacionalismo negro-rojo" que mantenía dividida a la nación alemana. Los nazis prometieron "golpear todas las cabezas" para asegurar la paz social. Los partidos "burgueses" y de intereses especiales fueron retratados como "partidos escindidos" de intereses de clase o seccionales, mientras que las apelaciones a la clase, *el Stand* (grupo de estatus) y el *Beruf* (profesión) dividían a la nación. Cuando los líderes de clase alta del partido derechista DNVP también instaron a suprimir las diferencias de clase en aras de la unidad alemana, la hipocresía se hizo evidente, especialmente para los trabajadores. Los oradores del DNVP, como los de los demás partidos "burgueses", pertenecían a las clases privilegiadas. Los socialistas y los comunistas pertenecían principalmente a la clase

obrero, con una pizca de judíos. Los nazis sin clase eran diferentes, pues parecían un instrumento más plausible para una justicia social neutral pero germánica. Esta reivindicación de un nacionalismo orgánico impregnó toda la política nazi.

180

Además de una retórica general algo atractiva, los nazis tenían políticas más concretas. En medio de una Depresión, los nazis no podían ignorar las cuestiones económicas. Sin embargo, Hitler y la mayoría de los nazis despreciaban la "economía" estrecha y la subordinaban a la política. Sus políticas económicas tenían sólidas raíces en un estatismo alemán que se remontaba a Friedrich List, a través del autárquico "socialismo de Estado desde arriba" de Rathenau durante la Primera Guerra Mundial, adquiriendo tintes *völkisch* durante la década de 1920 (Barkai 1990). Las distinciones entre capital productivo/creativo e improductivo/judío eran préstamos de esta tradición académica.

Esta economía política se dirigía a diversos grupos de interés. La autarquía (que implicaba tipos de interés más bajos) se proclamaba especialmente a los agricultores, que podrían beneficiarse de la reducción de las importaciones de alimentos y del endeudamiento. Muchos agricultores votaron nazi por lo que percibían como sus intereses materiales (como subraya Brustein 1996). Pero no se trataba de políticas puntuales, adaptadas específicamente a los agricultores. Los nazis establecieron políticas agrícolas en medio de temas más amplios. En la *Declaración Oficial sobre los Agricultores y la Agricultura*, la "autodeterminación nacional" revertiría la "esclavitud por la deuda con las altas finanzas internacionales" y el "capital judío internacional". Las reparaciones suponían una carga para la agricultura y hay que acabar con ellas. Lo mismo debía ocurrir con la democracia parlamentaria que no protegía a los agricultores. Los nazis afirmaban que estas políticas eran más morales que económicas. Los agricultores eran "los principales portadores de una sana herencia *völkisch*, las fuentes de la juventud del pueblo y la columna vertebral del poder militar". Pero los intereses seccionales de los agricultores debían pasar a un segundo plano en la "guerra política de liberación": "Esta guerra no puede llevarse a cabo desde el punto de vista de un solo grupo ocupacional; debe llevarse a cabo desde el punto de vista de todo el pueblo", representado por "los miembros conscientemente alemanes de cada ocupación y rango" (Fischer 1995: 147-8). En la Baja Sajonia rural, la ideología general atraía más que las políticas específicas (que en muchos aspectos se parecían a las políticas del partido derechista rival DNVP), afirma Noakes (1971). El antisemitismo figuraba en algunas campañas rurales: La "sangre y el suelo" alemanes eran explotados por prestamistas judíos. En realidad no era así. Los judíos eran un útil símbolo ajeno de los verdaderos resentimientos de los campesinos contra un mundo urbano cosmopolita que pensaban que les estaba machacando. Pero los nazis siempre situaron intereses materiales específicos en medio de una ideología más amplia, como hacen los movimientos políticos de éxito. Así es como pretendían trascender (o quizá eludir) la multiplicidad de intereses del mundo real.

181

También prometieron salvar a la clase media "esencialmente alemana", "aplastada entre el socialismo internacional y el capital bursátil judío". De nuevo, el interés seccional se enmarcaba en una teoría más amplia de la explotación extranjera, reforzada por un ataque a la democracia liberal que no protegía a las víctimas. Pero dedicaron el doble de esfuerzos organizativos a los trabajadores (Brown 1989). Denunciaron a los bolcheviques, pero no a la clase obrera. Glorificaron al trabajador productivo: Elogiaban por igual a los trabajadores productivos y a los capitalistas productivos por ser "conscientemente alemanes", en contraposición a los capitalistas explotadores que eran "improductivos", "especuladores" o "usureros", y judíos o extranjeros. De este modo se presentaba a los votantes el núcleo de la *Weltanschauung* nazi: alemanes contra extranjeros dentro y fuera del país. Y los votantes respondieron.

El programa original del partido prometía trabajo y bienestar para todos, aunque con poco sentido de cómo lograrlo. En la Depresión, el partido empezó a afianzarse. Primero desarrolló su propio servicio de trabajo voluntario, el "Socialismo de Hecho", en el que presumía improbablemente: "Todos hacen el mismo trabajo: arquitectos, ingenieros, comerciantes, oficinistas, asalariados, artesanos, estudiantes, trabajadores cualificados y no cualificados. Aquí la *Volksgemeinschaft* se manifiesta verdadera y honestamente" (Kele 1972: 193). En este momento de la Depresión, el gobierno de Brüning estaba desinflando la economía, lo que implicaba recortar la formación profesional, los planes de creación de empleo y los programas de educación de recuperación. Muchos jóvenes se mostrarían reacios a dar su primer voto a los partidos conservadores o liberales que representaba este gobierno, o incluso a los socialistas que aún colaboraban con él.

En un discurso pronunciado en mayo de 1932 en el Reichstag, Gregor Strasser fue más allá y propuso programas nazis de obras públicas financiados por la "expansión del crédito productivo". Detrás de esto había un programa radical propuesto por la Sección de Política Económica nazi, que incluía mayores impuestos a los ricos. Hitler era reacio a darlo a conocer, temiendo enemistarse con las grandes empresas; eso podía esperar hasta después de que los nazis llegaran al poder, aseguró al jefe de la Sección (Turner 1984). Sin embargo, las promesas de Strasser se hicieron públicas en las siguientes campañas electorales, y fueron populares. De hecho, una vez en el poder, gran parte de la política se puso en práctica. En realidad, el principal objetivo nazi era financiar el rearme, pero la consiguiente inversión en la industria pesada redujo el desempleo. Los eslóganes electorales "trabajo y pan" y "derecho al trabajo" también se enmarcaban en una retórica nacional-estatista: "autodeterminación económica nacional para que el capital internacional ya no pueda decidir si los alemanes trabajan y viven o no" (Childers 1983: 148-53, 246-8). Era una retórica atractiva para muchos, pero no era sólo retórica.

182

Las estadísticas oficiales alemanas sugieren que el desempleo se redujo

drásticamente durante el periodo de gobierno nazi, y muchos han aceptado esta afirmación. Algunos historiadores económicos se muestran escépticos ante las cifras. Probablemente el desempleo disminuyó, pero no tanto (Silverman 1988). Sin embargo, esas cifras eran las únicas disponibles, y como después de 1933 los trabajadores ya no podían organizarse de forma autónoma de las instituciones nazis, los trabajadores que estaban desempleados tenían pocas oportunidades de descubrir cuántos eran. Además, muchos de ellos fueron puestos a trabajar de forma muy llamativa en proyectos de embellecimiento para embellecer las ciudades alemanas. Así, "el fin del paro" parecía ser un gran logro nazi. Y la verdad es que los nazis tuvieron un impacto más positivo en la economía que casi cualquier otro gobierno contemporáneo, al menos hasta 1938, cuando el recalentamiento se hizo evidente. La Gran Depresión había estimulado a los nazis a dar cierta sustancia al "socialismo productivista". En cambio, la mayoría de la derecha capitalista y la izquierda marxista creían en "las leyes de la economía capitalista" y por eso no hicieron nada. Los socialistas traicionaban a sus trabajadores más a fondo que los nazis a los suyos (algunos socialistas también defendían políticas keynesianas, pero fueron aplastados por sus líderes). Como los nazis rechazaban la primacía de las fuerzas materiales, no creían en las leyes capitalistas, lo que les permitió ser pioneros en una especie de estatismo nacional keynesiano-militarista. La Depresión sí ayudó a los nazis, pero precisamente porque eran fascistas, pretendiendo de forma plausible solucionarla.

Brustein (1996) subraya especialmente que los trabajadores apreciaban la promesa de puestos de trabajo. Sin embargo, vimos que las razones de los reclutas de las SA para alistarse a menudo incluían intereses materiales personales en medio de un nacionalismo más amplio: Podían sentir que su propia seguridad laboral también formaba parte de un despertar nacional. En un discurso tras otro, Hitler insistió en el mensaje de que los nazis no estaban preocupados por las políticas cotidianas, sino por un "nuevo programa gigantesco", una "visión", un "ideal elevado" que superaría las divisiones sociales (Kershaw 1998: 330-2). Los socialistas alemanes, como los del resto del periodo de entreguerras, cometieron a menudo el error de creer que la identidad de clase y la nacional eran alternativas. La mitad de los trabajadores alemanes no estaban de acuerdo. Estaban orgullosos de ser trabajadores *y* alemanes. Y los nazis pregonaban la dignidad de ambas identidades.

Por supuesto, los nazis no pudieron realmente trascender el conflicto de clases, como habían prometido. La mitad de los dirigentes querían retrasar ese objetivo hasta mucho después de la toma del poder. Nazis conservadores como Goring persuadieron a Hitler para que buscara el poder conciliando a los capitalistas y otros reaccionarios. Podrían ajustar cuentas más tarde. El "radical" Goebbels vaciló. Aunque no era socialista, odiaba el capitalismo porque creía que los judíos estaban en su núcleo y que el remedio vendría a través del "espíritu de sacrificio, la firmeza berserker de la libertad que dormita en el proletariado y que un día despertará". Este espíritu, creía, podía utilizarse con fines nacionales, no de clase. Hitler dejó clara su

propia opinión en su discusión con Otto Strasser (el nazi dirigente más izquierdista):

183

HITLER: [O]ur organización... se basa en la disciplina.... Los que gobiernan deben saber que tienen derecho a gobernar porque pertenecen a una raza superior. Deben mantener ese derecho y consolidarlo sin piedad....

STRASSER: Supongamos, Herr Hitler, que usted llegara al poder mañana. ¿Qué haría con Krupp? ¿La dejaría en paz o no?

HITLER: Por supuesto que debería dejarlo solo. ¿Me cree tan loco como para querer arruinar la gran industria alemana? Sólo hay un sistema económico y es la responsabilidad y la autoridad de los directores y ejecutivos. Le pido a Herr Amann [su director de oficina] que sea responsable ante mí del trabajo de sus subordinados y que ejerza su autoridad sobre ellos. Herr Amann pide a su director de oficina que sea responsable de sus mecanógrafas y que ejerza su autoridad sobre ellas; y así hasta el peldaño más bajo de la escalera. Así ha sido durante miles de años y así será siempre. Un Estado fuerte velará por que la producción se lleve a cabo en interés nacional y, si se contravienen estos intereses, puede proceder a expropiar la empresa en cuestión y hacerse cargo de su administración". (Noakes & Pridham 1974: 99-100)

Otto Strasser abandonó el partido alegando que Hitler había traicionado al nacionalsocialismo al apoyar el capitalismo. Sin embargo, su hermano Gregor, que permaneció leal, observó con más acierto que Hitler sólo había prometido protección a los capitalistas que sirvieran a los intereses nacionalsocialistas. Lo que estaba en juego era el principio de autoridad, y Otto, no Hitler, lo estaba traicionando, dijo Gregor (Kele 1972: 159).

Mientras los capitalistas prestaran sus autoritarias organizaciones de trabajo a los objetivos nazis, Hitler les permitía cosechar beneficios. Si se resistían, los aplastaba. El capitalismo como propiedad privada no le interesaba. Le interesaba el capitalismo como producción disciplinada y autoritaria. Esta era la fuente ideológica del sesgo procapitalista nazi, prácticamente reforzado por sus luchas callejeras antisocialistas. Los nazis no trascendieron la lucha de clases, pero la silenciaron con el pleno empleo, la reprimieron con la violencia y la subordinaron a los objetivos del Estado-nación. Y al cabo de ocho años, todas las clases sociales de Alemania empezarían a sufrir catastróficamente el dominio nazi.

Los nazis no ocultaban su racismo. Aunque extremo, se basaba en sentimientos mundanos de la época. La propia Constitución de Weimar definía la nación alemana como una unión de "tribus", y la "sangre alemana" definía la ciudadanía (Brubaker 1992). La teoría racial influyó en la ciencia biomédica contemporánea de muchos países, y en todas partes se hacían suposiciones raciales de sentido común.

184

Los alemanes y otras naciones se definían por la sangre, hereditariamente, y a

esto se unía un sentimiento de superioridad nacional común entre las grandes potencias. Los alemanes se consideraban racialmente superiores a las naciones de su entorno, especialmente a las naciones supuestamente menos civilizadas del este y a los "semitas". Las bromas, canciones y pintadas antislavas eran habituales en el este del país, incluso en el SPD. ¿Era esto muy diferente de los chistes de "polacos" de los estadounidenses o de los chistes de irlandeses de los británicos? Los insultos étnicos y raciales eran habituales a principios del siglo XX. El antisemitismo "casual" estaba tan extendido en Alemania que en las elecciones los nazis no necesitaban azuzarlo. Bastaba con invocar un fuerte nacionalismo alemán y un antisemitismo desenfadado de lengua suelta, como el eslogan de marcha "¡Alemania despierta! Crujíd judíos". ¿Debía tomarse esto más en serio que los cánticos de los hooligans del fútbol moderno? Incluso los judíos lo dudaban, ya que pocos temían más que la discriminación económica y la incomodidad bajo Hitler. A la mayoría de los alemanes les disgustaban los judíos, o más bien les disgustaban las imágenes culturales dominantes de "lo judío". Pero esto no era una gran prioridad en sus vidas. Como vimos en el último capítulo, el antisemitismo casual figuraba en los ensayos de la mitad de la muestra de Abel, pero sólo dominaba una pequeña minoría. Sólo un puñado de líderes nazis se sintieron atraídos al movimiento por el antisemitismo, y muchos nazis se sintieron profundamente perturbados por la violencia de las SA y las leyes antisemitas durante la década de 1930 (véase mi próximo volumen para un análisis más profundo de estos temas).

Por supuesto, Hitler era diferente, al igual que los intelectuales nazis procedentes del eje "Viena-Múnich" del nacionalismo *völkisch* que había surgido a finales del siglo XIX y principios del XX. Al parecer, Hitler no había sido especialmente antisemita en la Viena de preguerra (según Hamann 1999). Sin embargo, la guerra y los años revolucionarios al final de la misma parecen haberle cambiado. Sus escritos en Alemania antes de *Mein Kampf* contenían tres veces más pasajes sobre judíos que sobre bolcheviques (Friedlander 1986: 26). En la época de *Mein Kampf* afirma que los judíos apátridas eran un "bacilo", "enfermedad", "plaga", "parásito", "contagio" o "virus" en el cuerpo huésped de otras naciones. Tanto los marxistas como los capitalistas alemanes habían sido infectados por el "judaísmo espiritual". El marxismo, la Revolución Rusa y el *capitalismo* eran complots judíos. El judío debe ser "extirpado del todo", "eliminado" "por los métodos más severos de lucha". Sin embargo, no está muy claro lo que quería decir con esto. Hitler usaba prosa hiperbólica todo el tiempo, y cuando se exaltaba, utilizaba palabras violentas indiscriminadamente. En una conversación con él, el canciller Bruning recibió una vez el tratamiento completo. Hitler le gritó que iba a "aniquilar" (*yernichten*) al KPD, al SPD, a "la reacción" y a Francia y Rusia, sin mencionar aquí a los judíos (Kershaw 1998: 339). Aún no estaba claro, ni siquiera para el propio Hitler, lo que toda esta limpieza étnica y política podría implicar en la práctica (Gordon 1984: caps. 3 y 4).

No obstante, los líderes nazis sabían lo suficiente sobre las prioridades de los alemanes como para restar importancia al antisemitismo en época de elecciones, salvo como acompañamiento rutinario y casual de la retórica antiusurpadora o antibolchevique. También era útil para disimular la contradicción entre los ideales trascendentes y el sesgo capitalista pragmático. Si el adjetivo "judío" se añadía casualmente al marxismo y al capital financiero, parecían compañeros de cama cuyas cabezas debían golpearse con fuerza. Pero las políticas antisemitas relacionadas con los judíos de la vida real no ganaban votos, especialmente en las ciudades, donde vivían casi todos los judíos. Aunque la imagen del judío solía ser negativa, la mayoría de los alemanes percibían a los judíos como algo medianamente útil o como un problema demasiado menor como para decidir su voto. Así que el partido mantuvo el antisemitismo como eslóganes de lengua suelta, hasta que la dictadura, la guerra y el estado de las SS permitieron opciones diferentes (Kele 1972: 77; Grill 1983; Gordon 1984; Zofka 1986; Schleunes 1990).

Hitler no habría alcanzado el 5% de los votos si hubiera prometido una segunda guerra mundial o el asesinato de millones de judíos y eslavos. Tampoco parecía tener esos objetivos directamente en mente. Pero los principales nazis sí ocultaron al electorado la profundidad sistemática de su odio. En medio de acontecimientos más contingentes, éstos les llevarían más tarde a la guerra y al genocidio. Con la enorme excepción de este engaño (que en parte era autoengaño), los nazis llegaron a ofrecer un programa electoral bastante coherente, a menudo sincero y plausible, y en ocasiones innovador, basado en el estatismo-nación orgánico.

Cuando la Depresión hizo impopulares a los partidos gobernantes, el electorado empezó a responder más. De sólo un 3% de votos en 1928, los nazis alcanzaron el 18% en 1930 y el 37% en julio de 1932, bajando ligeramente al 33% en noviembre de 1932 (las últimas elecciones libres). Un tercio de los alemanes acudió a votarles. No alcanzaron la mayoría, aunque en muchas democracias les habría dado el gobierno. Los nazis tenían un porcentaje del electorado total superior, por ejemplo, al que obtienen hoy los demócratas o los republicanos en Estados Unidos. En Alemania, esto les permitía constitucionalmente, como partido mayoritario, intentar formar el siguiente gobierno. Con el apoyo de los demás partidos de tendencia autoritaria, pudieron obtener una mayoría clara y juntos formaron gobierno. Esto fue importante, ya que significó que los nazis no tuvieron que lanzar un arriesgado golpe de estado a gran escala. En 1933 pudieron manipular las disposiciones constitucionales sobre poderes de emergencia. No tuvieron que romper la Constitución.

¿Por qué han obtenido tantos votos? Votar es un acto mínimo, que suele implicar poco compromiso con la ideología de un partido. Los contemporáneos creían que el NSDAP atraía muchos votos de protesta, nada sorprendente en un partido que identificaba a tantos "enemigos". Cuando la economía alemana tenía tantos problemas, no hacía falta ser un fascista convencido para plantearse votar al NSDAP.

"Ya he probado a los demás, es hora de darle una oportunidad a Hitler" era la simple motivación de muchos. A partir de 1930 los votantes primerizos proporcionaron el 20% del voto nazi, una mezcla de no votantes anteriores y votantes jóvenes (Falter 1986). Su conocimiento del nazismo era quizá limitado. Sin embargo, otros correlatos del voto nazi sugieren una mayor resonancia de las ideas nazis. Intentemos identificar el núcleo de votantes nazis.

186

VOTANTES NAZIS

Religión y región

En los principales estudios nacionales, fácilmente el mejor predictor del voto nazi es la religión (Falter 1986, 1991; Childers 1983). De todos los votantes registrados en julio de 1932 (incluidas las personas que no votaron), alrededor del 38% de los protestantes apoyaban a los nazis, sólo el 16% de los católicos: una gran diferencia. Cuanto mayor era el porcentaje de protestantes en una zona, mayor era el voto nazi. En zonas católicas sólidas, el voto nazi solía ser inferior al 10%, mientras que en zonas protestantes sólidas solía ser superior al 60%. Todas menos siete de las 124 circunscripciones con mayor voto nazi en 1930 eran de mayoría protestante (Falter y Bömermann 1989). Incluso en las grandes ciudades, donde las dos confesiones convivían, el impacto religioso era tan importante como la clase social (Hamilton 1982: 38-42, 371-3, 382-5). Y en las ciudades pequeñas de menos de 25.000 habitantes, donde vivían dos tercios de los alemanes, la religión superaba con creces a la clase como factor predictivo del voto nazi.

Así, el auge electoral de los nazis fue desproporcionadamente un auge entre los protestantes. A la inversa, el hundimiento de los partidos liberales y conservadores ante el auge electoral nazi fue sólo un colapso protestante. Los dos partidos católicos (el Partido del Centro y el BVP bávaro) consiguieron mantener su voto, que estaba correlacionado en torno al 0,90 con el porcentaje de católicos en una circunscripción. Así, los católicos de las zonas católicas apenas vacilaron. Sin embargo, los tres partidos llamados burgueses -el liberal DDP, el conservador DVP y el ultraconservador DNVP- habían dependido de los protestantes. A partir de 1928, los nazis empezaron a absorber a gran parte de ellos. Incluso los dos partidos socialistas, aparentemente laicos, eran en realidad mayoritariamente protestantes, por lo que corrían peligro. La tendencia era mayor entre las mujeres: Las católicas votaron mayoritariamente al Centro/BVP, las protestantes a los partidos "burgueses" y luego a los nazis (Falter 1986: 163-70).

187

Por lo tanto, todas las demás correlaciones aquí descritas eran sólo parciales: Fueron abrumadoramente las clases *protestantes*, los veteranos *protestantes*, los

estudiantes *protestantes*, una generación *protestante*, etc., los que se sintieron especialmente atraídos por el nazismo. Las comunidades católicas fuertes estaban aisladas de los encantos del nazismo, del mismo modo que un número similar de alemanes estaban aislados dentro de "guetos proletarios" cohesionados. Al final, ni los "rojos" ni los "negros" fueron inmunes al autoritarismo. Los partidos católicos apoyaron el autoritarismo reaccionario después de 1930, para evitar lo que consideraban la doble amenaza del fascismo y el bolchevismo. En 1932-3 cooperaron con Hitler. Y el Partido Comunista arremetió enloquecido contra el "socialfascismo" del SPD, durante el cual cooperó a menudo con los nazis. Al final, el KPD y el SPD se unieron para oponerse a los nazis, pero se trataba de una resistencia verbal. Finalmente se sometieron sin luchar. Todo esto significaba que la mayoría de los católicos, socialistas y comunistas sólo mostraban fragilidad y necesidad, no algo peor.

Se ha reconocido la importancia de la religión para el nazismo, pero no se ha teorizado lo suficiente. En general, los estudiosos destacan la resistencia católica al nazismo, pero ven al protestantismo menos como pro-nazi que como "más débil" que la Iglesia católica, menos capaz de resistir (por ejemplo, Brooker 1991: cap. 7). También hay enigmas. La asociación entre nazismo y protestantismo no fue constante. Al principio, el núcleo de los nazis, especialmente los teóricos del núcleo, solían ser católicos renegados (como Hitler) procedentes del eje Viena-Múnich. Y a partir de finales de la década de 1930 los católicos renegados se reafirmarían, estando desproporcionadamente implicados en los peores excesos del nazismo (véase mi próximo volumen). La relación tampoco fue constante en toda Europa. Como vimos en el capítulo 2, el noroeste democrático era mayoritariamente protestante, y sus zonas nórdicas democráticas eran mayoritariamente luteranas, que era la confesión protestante doctrinalmente más cercana a los protestantes alemanes. Entonces, ¿por qué en esta etapa concreta los protestantes alemanes apoyaron el nazismo?

El vínculo causal no pasa tanto por la teología o la fuerza de la Iglesia como por su relación con el Estado-nación. La Iglesia católica miraba con recelo al Estado alemán. El corazón del catolicismo se encontraba en las provincias del sur, incorporadas a regañadientes al *Kaiserreich* dominado por Prusia en el siglo XIX. La Iglesia católica alemana estaba controlada desde el extranjero y favorecía el transnacionalismo, no el "estatismo nacional". Esto había movido al Partido del Centro a apoyar la democracia liberal, para resistir las tendencias autoritarias del *Kaiserreich*. Los católicos menos vinculados a Roma habían buscado protección política en la Viena católica, no en el Berlín protestante. Así, se habían imbuido de las aspiraciones pangermánicas (la unión de todos los alemanes), no de la estrategia *Kleindeutsch* (pequeño alemán) de Prusia. La Iglesia Protestante -en sentido estricto, la Iglesia Evangélica- había sido de forma complicada la Iglesia oficial de la Alemania prusiana, por lo que era "nacional-estatista" de *forma* implícitamente *kleindeutsch*. En realidad, era una federación de varias iglesias provinciales *de*

Lander pertenecientes a tres denominaciones protestantes: luterana (la mayoritaria), reformista y unida. Desde la Reforma, estas iglesias habían estado dirigidas en cada miniestado alemán por su gobernante local. Tras la unificación nacional (1871) fueron administradas y financiadas por cada gobierno provincial *del Land*. Sus asambleas, púlpitos y publicaciones apoyaban *al Kaiserreich* y sus valores oficiales de disciplina, piedad, orden y jerarquía. Weimar había eliminado la monarquía y la mayoría de los controles estatales, pero no las subvenciones gubernamentales ni la identificación con el Estado-nación. Así pues, la Iglesia Evangélica seguía siendo, en sus tradiciones y expectativas, más bien "nacional-estatista". Esperaba que el Estado proporcionara orden social, valores positivos cristiano-alemanes y principalmente conservadores, y una política social nacional activa.

188

Pero ese Estado conservador cristiano ya no existía, y los conservadores y evangélicos buscaban ahora un Estado más fuerte capaz de encarnar la cultura y la moral alemanas. Pocos apoyaron inicialmente a los nazis. Fueron más los que se acercaron a los nazis a través de organizaciones *völkisch* o conservadoras. A partir de mediados de la década de 1920, los irreligiosos líderes nazis se vieron sorprendidos por una oleada de religiosos protestantes que apoyaban al partido desde el púlpito y las plataformas del partido. Los nazis de la pequeña ciudad de "Northheim" estudiada por Allen (1965) respondieron añadiendo oraciones e himnos a las reuniones, y presentaron candidatos "nacionalcristianos" a las elecciones del consejo escolar. Los temas protestantes atrajeron a los nazis votos de los partidos "burgueses". Los nazis consiguieron así dividir a la Iglesia evangélica, como no pudieron hacer con la católica. La organización del frente nazi evangélico "cristiano alemán" obtuvo una mayoría de dos tercios en las elecciones de la Iglesia Evangélica de julio de 1933. Pero entonces se extralimitó, proponiendo borrar todo el Antiguo Testamento (judío) de la Biblia! No obstante, más de la mitad de la Iglesia siguió siendo "cristiana alemana nazi", y el resto se vio obligado a formar una "Iglesia confesante" independiente (Helmreich 1979; Brooker 1991: cap. 10). La afinidad entre el nazismo y la Iglesia Evangélica, evidente tanto en los datos de afiliación como en los de votos, tenía un núcleo ideológico obvio: su común estatismo-nación. Dado que eran funcionarios protestantes, estudiantes protestantes, veteranos protestantes, etc. quienes se convertían en nazis, esto duplicaba su estatismo-nación.

Pero una vez establecido un Reich expansionista, la Iglesia Evangélica podría no ofrecer tal apoyo ideológico. Ya no existía una Austria poderosa que bloqueara la unión de todos los alemanes en un único *estado Grossdeutsch*. La expansión ulterior de un Estado alemán se produciría principalmente entre los alemanes católicos, en Austria, Silesia y Alsacia-Lorena, mientras que el pangermanismo no se había asociado fuertemente con el Estado prusiano/alemán evangélico *Kleindeutsch*. Mi próximo volumen muestra un cambio religioso en el núcleo nazi, de protestantes a (ex)católicos, que se produjo a finales de la década de 1930, a medida que el

nazismo se "radicalizaba".

189

El protestantismo también ayuda a explicar gran parte del patrón regional de voto. En las primeras elecciones, el apoyo nazi, aunque escaso, parece haber procedido de ambas comunidades religiosas. En 1924, dos de sus cuatro votos regionales superiores al 10% se produjeron en las regiones protestantes de Mecklemburgo y Franconia, y dos en la católica Baviera. Sin embargo, en julio de 1932, las regiones más votadas por los nazis eran abrumadoramente protestantes: la mayor parte del noreste protestante (Prusia Oriental, Pomerania, Mecklemburgo, Brandeburgo, Baja Silesia y Turingia), todo el noroeste protestante y las partes más protestantes de Hesse y Baviera (es decir, Franconia). También se apreciaba una causa secundaria. La Alemania rural y agraria era algo más nazi. Así, las zonas protestantes que votaron menos a los nazis solían estar dominadas por trabajadores urbano-industriales: Berlín, Sajonia y Westfalia Occidental/Ruhr. Éstas se mantuvieron bastante fieles a los partidos de izquierda (Milatz 1965; Passchier 1980). Una tercera causa de las variaciones regionales seguía semioculta. Las zonas más votadas por los nazis fueron Schleswig-Holstein y las zonas del noreste divididas en dos por Polonia (la única otra zona con más de un 45% de votos nazis en 1931 fue Hannover). Podrían describirse como zonas "fronterizas amenazadas", junto a territorios que el Tratado de Versalles confiscó a Alemania. Se puede objetar que los aliados también arrebataron a Alemania el control de gran parte del Sarre y el Ruhr, en el suroeste, pero esto no produjo un alto índice de voto nazi, ya que estas zonas eran mayoritariamente católicas y urbano-industriales. Una vez que los católicos y la clase obrera industrial perdieron su aislamiento del nazismo -después de la toma del poder-, las regiones "fronterizas amenazadas" surgirían como el bastión del nazismo radical. Pero antes de la toma del poder, el núcleo del electorado nazi era principalmente protestante y, en segundo lugar, rural.

Clase

Se ha prestado mucha atención al voto en clase. Dado que carecemos de encuestas a pie de urna, nos basamos en estudios ecológicos del voto. ¿Eran los distritos electorales que votaban más nazi también más de clase media, como afirma una destacada teoría del fascismo? El primer gran estudio ecológico fue el de Hamilton (1982) sobre las grandes ciudades. Allí encontró apoyo para la teoría de la clase burguesa: Cuanto más alta era la clase social de una zona, más votaba nazi. La mayoría de las zonas mixtas, donde deduce que vivía más clase media baja, dieron un apoyo cercano a la media nacional. Pero estudios posteriores han matizado considerablemente esta conclusión. Childers (1983, 1984, 1991) analizó todo el país. Descubrió que hasta 1928 los nazis obtuvieron mejores resultados en zonas con muchos artesanos, pequeños comerciantes y funcionarios. A partir de 1928 se sumaron las pequeñas zonas agrícolas. Así pues, según Childers, el núcleo nazi

original se encontraba entre la "vieja" clase media baja -la pequeña burguesía clásica más los bajos funcionarios-, pero no en la clase media "más nueva" de trabajadores de cuello blanco y directivos. Dado que Childers clasificó a la mayoría de los "artesanos" como pequeñoburgueses en lugar de obreros, probablemente exageró el apoyo de la pequeña burguesía clásica al nazismo. Hasta 1930, el nazismo encajaría parcialmente en el molde proporcionado por la teoría de clases pequeñoburguesa. A partir de entonces, sin embargo, Childers acepta que el apoyo se amplió y las correlaciones de clase se debilitaron, normalmente hasta la insignificancia. Interpreta esto (sin tomárselo del todo en serio) como que los nazis se convirtieron en un partido nacional "comodín" de protesta, "una milla de ancho pero una pulgada de profundidad".

190

Los datos nacionales de Falter (1986, 1991, 1998) son los más recientes y completos. Apoyan la conclusión de Childers posterior a 1930. Falter muestra que la proporción de trabajadores en una circunscripción apenas influyó en el voto nazi. En general, no hubo sesgo de clase. Pero había importantes diferencias sectoriales. Los trabajadores agrícolas eran los más nazis (a pesar de que había pocos miembros del partido entre los trabajadores agrícolas), después los trabajadores de la construcción, los servicios y el empleo público. Pero en las zonas obreras industriales el voto nazi fue menor, excepto en las zonas con fábricas propiedad del gobierno. Childers (1983: 255) también encontró una relación entre el nazismo y la artesanía y la pequeña industria, especialmente después de 1932. Así, en 1930 los nazis obtenían alrededor del 30%, y en 1932 en torno al 40%, de sus votos de los trabajadores. Para entonces, alrededor del 50% de los trabajadores alemanes votaban a los socialistas o comunistas, el 30% a los nazis, el 10% a los partidos católicos y el 10% a los partidos "burgueses". Hubo muchos cambios en los tres partidos "radicales" después de 1930. Los nazis atrajeron tres millones de votos del SPD, medio millón del KPD, mientras que un millón y medio fluyeron en dirección contraria (Falter 1991: 116). El SPD había coqueteado con cierta ideología *de la Volksgemeinschaft* a principios de la década de 1920, consciente de que muchos trabajadores se consideraban *a la vez* obreros y nacionalistas alemanes (Fischer 1995: 115-16). Pero, señala Falter, los nazis crearon realmente un "movimiento de tipo Volksgemeinschaft" (1998: 123).

Los datos de las votaciones confirman los datos de afiliación presentados en el capítulo anterior. Los trabajadores no se sentían menos atraídos por el nazismo que otras clases. Las teorías de clase media sobre el fascismo son erróneas, en el caso de Alemania. Pero el núcleo del fascismo proletario no estaba en la fabricación privada a gran escala en las grandes ciudades, sino en los sectores agrícola, de servicios y gubernamental y en plantas más pequeñas diseminadas por ciudades más pequeñas y el campo. Los trabajadores fascistas abundaban, no en el corazón de la lucha de clases contemporánea, sino en sus márgenes.

191

Falter también muestra que, entre los votantes de clase media, las pequeñas zonas agrícolas protestantes se volvieron claramente nazis en 1932, mientras que las católicas votaron nazi más o menos al nivel nacional. Los autónomos (aunque no los artesanos independientes) eran ligeramente nazis, al igual que las comunidades con muchos jubilados y amas de casa (cf. Childers 1983). La mayoría de las zonas de cuello blanco eran un poco menos nazis cuando se eliminaban los efectos de otras variables, aunque Falter afirma que los nazis solían pertenecer a la "vieja clase media": empresarios independientes, artesanos y agricultores. Las correlaciones entre el voto nazi y el número de funcionarios son modestamente positivas, más débiles que en los datos más agregados de Childers. Las correlaciones de Falter entre los grupos de clase media y el voto nazi sólo superan el 0,20 en contadas ocasiones. Pero también muestra que el voto nazi fue menor en las zonas de alto desempleo, especialmente durante la Depresión. Las zonas católicas prósperas seguían votando al Centro, pero las zonas protestantes prósperas se volvían nazis. Las zonas de alto desempleo votaron socialista o comunista. Las personas con empleo de todas las clases se sentían más atraídas por el nazismo que los desempleados (cf. Stachura 1986). Así pues, el éxito económico ayuda a explicar el nazismo más que las privaciones, como vimos que ocurría también entre los miembros nazis. En el capítulo 1 vimos que las teorías del fascismo basadas en la clase media solían ir unidas a las teorías de la privación económica. Ninguna de las dos funcionará cuando se apliquen al voto alemán, una vez que los nazis se hayan convertido en una fuerza a tener en cuenta.

CLASE, LA ECONOMÍA Y EL DECLIVE DE LOS PARTIDOS DEMOCRÁTICOS

Sin embargo, las teorías de la clase media aún podrían rescatarse parcialmente. El voto nazi aumentó en gran medida a expensas de los votos a los llamados partidos burgueses, es decir, los conservadores y liberales (el DNVP, el DDP y el DVP) y los "partidos de intereses especiales" más pequeños, como la Liga de Campesinos, el Partido de los Inquilinos o la Alianza de Intereses. Childers (1991: 320) sostiene que los partidos "burgueses" apenas intentaron superar las divisiones de clase, regionales o religiosas, ignorando especialmente a los trabajadores, mientras que los partidos de intereses especiales se centraron en ocupaciones burguesas específicas. Ambos, dice, practicaban la política del grupo de estatus y la profesión.

192

De hecho, todos los partidos más antiguos arrastraban el legado *del Kaiseireich* semiautoritario de preguerra. Dado que el Reichstag no había controlado al ejecutivo, sus partidos no habían sido los responsables últimos de la política. Tenían poca experiencia en llegar a acuerdos entre ellos para lograr un resultado político, ya que los ministros del Kaiser habían hecho los tratos necesarios. Los partidos tendían a representar únicamente a sus propios grupos de interés. En sus primeros años, la

República de Weimar se había mantenido unida porque los antiguos partidos antisistema, los socialistas y el Centro Católico, se habían unido a algunos de los partidos burgueses en una amplia coalición. Cuando los socialistas abandonaron la coalición, si los partidos burgueses hubieran sido auténticamente "liberales" o "conservadores" en el sentido más amplio, podrían haber ampliado su atractivo. Pero en lugar de eso, siguieron representando a su estrecha base de apoyo (Jones 1988). Cuando los nazis empezaron a ofrecer una visión más amplia, después de 1928, fueron capaces de absorber a sus votantes. Por el contrario, se mantuvieron dos votos, el católico y el de la izquierda (en el que los comunistas ganaron a costa de los socialistas). La izquierda atraía sobre todo a la clase obrera urbana, los partidos católicos a los católicos de todas las clases. Todo esto podría reforzar una interpretación clasista del ascenso nazi: la organización "burguesa" se derrumbó a medida que los votantes de clase media se pasaban a los nazis (Kitchen 1976). Aunque es posible que la clase media no votara más a los nazis después de 1930, los cambios en el voto de la clase media podrían haber contribuido a su éxito.

Pero, ¿pueden los partidos identificarse tan simplemente con las clases? Algunos de los partidos de intereses especiales eran en realidad más sectoriales que clasistas. Para ganar las elecciones, los partidos campesinos tenían que reclutar a jornaleros y enanos, así como a agricultores independientes. Los partidos artesanales tenían que reclutar maestros y hombres. La "Alianza de Intereses", que obtuvo una cuarta parte de los votos de Marburgo en 1924, representaba a inquilinos, buscadores de pisos y casas, veteranos, reformistas agrarios, trabajadores de cuello blanco y familias numerosas. Enfatizaba los intereses de los consumidores y buscaba votos de la forma más amplia posible (Koshar 1986: 84). No se trataba sólo de partidos burgueses. Ni siquiera lo eran los llamados partidos burgueses liberal y conservador. Apelaban a la nación o, alternativamente, a una clase media que supuestamente incluía a los trabajadores (como en el uso estadounidense contemporáneo de la "clase media"). En la mayoría de los países, alrededor de un tercio de los trabajadores votan habitualmente a los partidos conservadores, movilizados por redes clientelares, creyendo en las ideologías conservadoras o en la competencia superior de los notables conservadores. Falter (1986: 167-9) muestra que el porcentaje global de trabajadores en una localidad no supuso una gran diferencia en el voto a los partidos "burgueses" (aunque el anteriormente liberal DVP obtuvo ligeramente más votos en las zonas con más trabajadores). Todos ellos obtuvieron más votos en el sector primario y menos en las zonas industriales. Probablemente, los nazis arrastraron a la mayoría de los simpatizantes obreros de los partidos "burgueses" - especialmente en la agricultura y los servicios- del mismo modo que arrastraron a sus simpatizantes de otras clases. Estos partidos eran burgueses en liderazgo y normalmente en políticas, pero *no* en apoyo de masas. Nunca habrían sido partidos importantes si sólo hubieran podido atraer el apoyo de la burguesía. Así que los nazis parecen haber arrastrado y hasta cierto punto "radicalizado" a la mayoría de los

alemanes de mentalidad conservadora de todas las clases.

193

¿Por qué se hundieron los conservadores y el centro? ¿Tuvo que ver con la salud de la economía? El voto de los llamados partidos burgueses se mantuvo estático entre el 35 y el 37 por ciento durante la crisis de inflación y estabilización de 1923-4. Comenzó su caída durante los años de bonanza económica. Comenzó su caída durante los años de bonanza económica. En el punto álgido de la economía, en mayo de 1928, los partidos "burgueses" habían perdido casi un tercio de su electorado, *antes de que* comenzara la Gran Depresión (Childers 1991: 326). Mientras tanto, los nazis también habían absorbido silenciosamente los votos del pequeño movimiento *völkisch* para convertirse en el principal partido de la derecha radical (Grill 1983). El primer gran avance nazi, en las elecciones locales de 1930, también se produjo antes de la recesión. Incluso el avance nacional, en diciembre de 1930, se produjo antes de que estuviera claro que se trataba de una "gran" depresión. Los nazis se convirtieron en el principal partido *völkisch*, capaz también de tirar de los sentimientos nacionalistas, estatistas y antisemitas de los partidos "burgueses". Los partidos "burgueses", por su parte, fueron decayendo a lo largo de una década, aunque los pequeños partidos de "intereses especiales" se derrumbaron repentinamente hacia el final.

Como respuesta a su declive, todos estos partidos creyeron ver la tendencia de los tiempos y trataron de moverse hacia la derecha. El liberal DDP, que había apostado inequívocamente por la república democrática, fue el primero en declinar (hasta el 1% de los votos en 1932). Su respuesta fue favorecer el fortalecimiento del Estado. El conservador DVP era partidario de una monarquía constitucional, pero cuando perdió votos (por debajo del 2% en 1932), abrazó el semiautoritarismo. El más conservador de los tres, el DNVP, había heredado el manto del semiautoritarismo de preguerra. Su voto se mantuvo mejor que el de sus rivales, pero aún así descendió hasta el 8,3% en noviembre de 1932. Para entonces era el núcleo del gobierno autoritario reaccionario del periodo inmediatamente anterior al nazismo.

Así, los votantes que apoyaban a los partidos "burgueses" se volvieron constantemente contra la democracia. Se pasaron al menos democrático de estos partidos hasta 1930, y luego votaron a los nazis. Los tres partidos percibieron este cambio y reaccionaron alejándose de la democracia. Aunque los dirigentes de los partidos eran "burgueses", sus temores se basaban en un sentimiento muy extendido en todo el país fuera de los dos bandos internacionalistas "rojo y negro", marxista y católico. Sólo estas dos subculturas se resistieron firmemente a la seducción nazi. Los obreros industriales rodeados de otros obreros industriales seguían votando a la izquierda. Los católicos que vivían y trabajaban entre otros católicos votaban a partidos católicos. Ambos proporcionaron redes de asociaciones voluntarias para reforzar el partido Une. El Centro mantuvo sus votos en los distritos con una feligresía más activa y aumentó sus votos allí donde los curas hacían del voto una

cuestión confesional (Kühr 1973: 277-95). Mientras el SPD, el K.PD y el Centro conservaban la mayoría de sus distritos electorales, los nazis habían robado la mitad de los bastiones de los partidos "burgueses" (Falter y Bömermann 1989). Fuera de estas dos comunidades, los alemanes corrían peligro, independientemente de su clase; de hecho, *la mayoría* de ellos podrían haber votado nazi en 1932. Por desagradable que pudiera resultar, la mayor parte de la nación alemana que no era ni "roja" ni "negra" se volvió constantemente contra la democracia liberal, y después hacia el nazismo. Los nazis eran un partido nacional en dos sentidos distintos. Apelaban ampliamente a toda la nación. Pero también movilizaron a la nación en un sentido más mítico, contra dos grandes comunidades supuestamente "antinacionales" dentro de Alemania, los "rojos" y los "negros". Los nazis no apelaron específicamente a la burguesía ni a la pequeña burguesía, pero sí a los protestantes de todas las clases, y los radicalizaron. Ese era el núcleo de su electorado de masas.

194

WEIMAR ELITES

Pasemos ahora a las teorías de la clase alta sobre el fascismo. Los nazis no alcanzaron la mayoría electoral. Como en Italia, llegaron al poder ayudados por complots entre la clase alta y los grupos de élite. Las élites empezaron a gravitar hacia el autoritarismo a partir de 1930, cuando el gobierno de coalición empezó a tambalearse bajo la presión de la Gran Depresión. El gobierno de centro-derecha de Brüning empezó a evitar el Reichstag, gobernando por decreto presidencial al amparo de los poderes de emergencia de la Constitución. Luego, los regímenes semiautoritarios de von Papen y von Schleicher trajeron la primera represión real. En 1933, von Papen y Hindenburg invitaron a Hitler, líder del mayor partido del Reichstag, a formar parte del gabinete. Fue un breve intento de autoritarismo semireaccionario. Pero Hitler no era muy partidario. Ayudado por la muerte del presidente Hindenburg, se apoderó rápidamente de todo el gobierno e instauró la dictadura nazi. ¿Quiénes estuvieron implicados en esta deriva de las élites hacia el fascismo y cuáles fueron sus motivaciones?

195

Consideremos primero los sospechosos habituales en este tipo de teoría -los capitalistas- y sus probables motivos. En el caso de Alemania, el argumento tiene que referirse sólo a uno de los dos "motivos capitalistas" que he estado identificando, es decir, el afán de lucro más que la defensa de la propiedad. Los capitalistas alemanes podrían haber mostrado razonablemente cierta preocupación por los derechos de propiedad básicos durante los años inmediatamente posteriores a la guerra -aunque en realidad los socialdemócratas moderados habían estado entonces bastante dispuestos a traer a las tropas y a los paramilitares derechistas para aplastar a los pocos revolucionarios reales. Pero a finales de los años 20 el SPD era

monolíticamente moderado y respetable, y aunque el KPD comunista estaba creciendo, tendía a movilizar a los grupos de trabajadores menos poderosos. No existía una amenaza significativa para la propiedad desde la izquierda. Pero entre 1929 y 1933 los capitalistas podían sentirse apretujados entre la Gran Depresión y las políticas progresivas de impuestos y bienestar de la República de Weimar y buscar así la represión ejercida por un régimen autoritario como solución a la rentabilidad.

El apoyo capitalista a Weimar había sido ciertamente tibio, nacido no de la convicción sino de la aversión por la amenaza de la "revolución" de posguerra. Al principio, muchos estaban descontentos con las reformas sociales y laborales de la posguerra. El seguro de desempleo, la vivienda pública y los proyectos municipales se pagaban con impuestos progresivos, incluidos los impuestos sobre el patrimonio y las sociedades. Las leyes laborales restringían la jornada laboral, obligaban a los empresarios a contratar a discapacitados y veteranos, prohibían los despidos improcedentes y obligaban a los empresarios a reconocer a los sindicatos, a consultar con los consejos de fábrica, a someterse al arbitraje del gobierno y a solicitar la aprobación del gobierno si despedían a más de cincuenta trabajadores. Incluso antes de la Depresión, los empresarios estaban cada vez más inquietos. Así, los empresarios siderúrgicos del Ruhr iniciaron un cierre patronal en 1928 para resistirse a un acuerdo salarial impuesto por el gobierno.

La Depresión aumentó su infelicidad. Se les subieron los impuestos al aumentar los gastos públicos y disminuir los beneficios. La industria pesada fue la que más sufrió, aunque las diferencias políticas entre sectores no eran grandes (Geary 1990; Patton 1994). La mayoría de los capitalistas políticamente activos aprobaban la deriva hacia la derecha de los partidos "burgueses". Querían deflación, más flexibilidad del mercado laboral, recortes del bienestar, una ruptura con el SPD y un gobierno por decreto presidencial. Algunos historiadores económicos sostienen que la Depresión simplemente ejerció demasiada presión sobre la democracia de Weimar, que no pudo resolver las debilidades económicas estructurales que puso de manifiesto (Borchardt 1982; James 1990). Las instituciones conciliadoras de Weimar protegieron los salarios excesivos, las prestaciones sociales y la rigidez del mercado laboral. Se bloqueó una estrategia de reflación, ya que los préstamos extranjeros habrían conllevado condiciones inaceptables y los préstamos nacionales habrían provocado inflación (y posiblemente infringido las normas del Reichsbank). En cualquier caso, la tasa de ahorro interno era baja. Esta teoría económica de la quiebra de Weimar podría ampliarse para explicar la solución represiva: La república, podría decirse, encarnaba demasiado poder obrero para el gusto de muchos capitalistas, por lo que recurrieron primero a los semiautoritarios, y luego a los nazis, en busca de una salvación represiva. De hecho, muchos de los actores - incluso algunos de los líderes nazis- creían que esto era lo que estaba ocurriendo después de 1930. Me inclino a estar de acuerdo en que si no hubiera habido Gran

Depresión, no habría habido régimen nazi. Para que los nazis llegaran al poder, la descomposición de Weimar era una condición previa necesaria. Y fue la Gran Depresión la que hizo tambalearse a la, en cierto modo, precaria república. Pero, ¿fue el conflicto de clases el que lo provocó? Esto parece más dudoso.

196

El primer contraargumento había sido formulado por economistas que percibían un escenario de clase alternativo viable. Holtfrerich (1990) sostiene que la baja tasa de ahorro interno podría haberse abordado mediante un acuerdo entre el capital, el trabajo y un gobierno que desviara recursos hacia planes de ahorro popular. Tal vez tales soluciones políticas requieran un grado de sabiduría keynesiana por parte de los contemporáneos que sólo estuvo disponible bastante más tarde. Sin embargo, las democracias del noroeste que se enfrentaban a la Depresión ofrecieron soluciones democráticas que no implicaban una gran sabiduría. Los políticos se las apañaron para superar las crisis cotidianas. Los conservadores británicos esperaron a que el Partido Laborista en el gobierno se dividiera y luego hicieron un trato deflacionista con su ala derecha. En Estados Unidos, el New Deal ofreció una estrategia proindustrial contra la deflación, comprando el apoyo de los sindicatos moderados, los "liberales corporativos" y una fracción del capital orientada internacionalmente. Los escandinavos empezaron a firmar acuerdos colectivos entre capital, trabajo, agricultores y gobierno para reestructurar los mercados laborales y reflotar ligeramente. Ninguna de estas soluciones supuso todavía una enorme diferencia económica. Tampoco pretendían "trascender" el conflicto de clases. Pero sí profundizaron en la conciliación de clases. La solución democrática combinaba un ligero alivio del sufrimiento con la responsabilización conjunta de las partes y las clases por el desastre. No se trataba de una revolución: en general, en la mayoría de los países la mayor parte del dolor recayó sobre los trabajadores, en forma de desempleo. Los conservadores alemanes podrían haber desarrollado su propia versión. Algunos lo intentaron, pero la mayoría no lo hizo: preferían soluciones que escalaran a lo largo del continuo autoritario hasta el fascismo. Se necesita algo más que la mera presión económica para explicar esto.

El segundo contraargumento es que pocos capitalistas figuraban entre los nazis o incluso en las tramas de von Papen, von Schleicher y el círculo que rodeaba al presidente Hindenburg. Gregor Strasser etiquetó acertadamente el gobierno autoritario semirreaccionario propuesto por Schleicher como "el gabinete del anhelo anticapitalista". Aún menos capitalistas se pasaron a los nazis. A menudo se ha dado por sentado que una reunión en Bad Harzburg en octubre de 1931 marcó la primera cooperación importante entre industriales y nazis. Pero Turner (1985) ha demostrado que sólo estaba presente un poderoso industrial, siendo los demás pequeños empresarios o ejecutivos de empresas relativamente poco importantes. De hecho, la mayoría de los capitalistas parecen haber esperado que unos autoritarios más conservadores desinflaran la economía, derogaran las reformas laborales y controlaran a Hitler.

El tercer contraargumento es que la mayoría de los capitalistas no querían un régimen nazi, ya que desconfiaban de la economía nazi y temían a los radicales nazis. Los barones de la prensa y el cine parecen haber sido los más cercanos a ser simpatizantes nazis. Hugenberg, un nacionalista extremo, controlaba el mayor imperio mediático. Bajo su dirección, el DNVP pasó a un autoritarismo semirreaccionario. Cometió el error histórico mundial de dar una cobertura favorable a los nazis, creyendo que su fortuna y la de los nazis subirían juntas. La mayoría de los periódicos populares eran más bien apolíticos y preferían informar sobre personalidades, escándalos y deportes. Informaban brevemente de las actividades nazis, aunque normalmente sin hostilidad. La mayor parte de la prensa de calidad apoyaba a los partidos burgueses, considerados como combatientes de "los partidos marxistas internacionalistas... que destruirían el pueblo y la nación, la familia y el espíritu alemán" (como decía el *Hamburger Nachrichten*). El "socialismo" nazi tampoco les gustaba. Pero con el declive de los partidos burgueses, algunos periódicos de calidad llegaron a ver a los nazis como patriotas demasiado entusiastas: "[S]arpientes y despiadados luchadores nacionales", decía el *Rheinisch-Westfälische Zeitung*, apoyándolos en 1932. Los nazis recibían ahora una cobertura de prensa más favorable, lo que aumentaba sus votos (dice Hamilton 1982: 125, 165). Esto fue bastante general a principios del siglo XX: Los barones de los medios movilizaron un nacionalismo populista que aumentó las audiencias y movió la política hacia la derecha. En Gran Bretaña, los Northcliff y los Beaverbrook impulsaron el imperialismo conservador; lo mismo hicieron hombres como Hearst en Estados Unidos; en Alemania hicieron retroceder al conservadurismo hacia el autoritarismo. No tengo una buena explicación de esto, pero tuvo cierta importancia política, dado el poder ideológico de los barones de los medios de comunicación.

Sin embargo, la mayoría de los empresarios desconfiaban de los nazis. Hitler les aseguraba que odiaba el socialismo, pero temían a los radicales nazis de la Sección de Política Económica. La violencia nazi les preocupaba, pero los nazis no atacaban los derechos de propiedad, sino a quienes lo hacían. El "principio de autoridad" nazi les resultaba simpático. Habrían preferido otras soluciones. Sin embargo, el enemigo de mi enemigo puede ser mi amigo. Muchos se congratularon finalmente de su llegada al poder, pocos les habían ayudado, pero aún menos les habían obstaculizado". No se trata de una culpabilidad capitalista masiva, al contrario que en Italia.

El cuarto contraargumento es que en Alemania no hubo una profunda lucha de clases. El campo era especialmente pacífico. Las turbulencias habían alcanzado su punto álgido en 1918-20 y luego habían decaído. El crecimiento del KPD después de 1930 fue un poco preocupante, ya que los comunistas predicaban la revolución. Pero se trataba de un partido minoritario, que reclutaba sobre todo a desempleados impotentes. El SPD socialista y sus sindicatos eran mucho más grandes. Desde 1925 se habían comprometido formalmente con una línea de "lucha de clases". Pero en

realidad el SPD era moderado, tras haber dirigido varios gobiernos *de Lander* durante más de una década. La retórica de la "lucha de clases" reaparecía cada vez que el SPD sentía que el KPD le robaba votos, pero el SPD no luchó ni contra la estrategia deflacionista de Brüning ni contra el medio golpe de Hitler. No había objetivamente ninguna revolución en ciernes, excepto la nazi. No había necesidad de que los capitalistas defendieran su propiedad. Nadie iba a expropiarlos. Si lo único que les preocupaba era el beneficio, ¿por qué no eran más pragmáticos en su economía política?

198

Pero los argumentos de clase podrían hacer una réplica en este punto. Tal vez los capitalistas estaban motivados por un miedo más difuso a la violencia, en relación con la supuesta "anarquía" tanto como con el conflicto de clases. Hubo algunos disturbios importantes. Pero, como de costumbre, los socialistas fueron más víctimas que autores: 22 asesinatos cometidos por izquierdistas dieron lugar a una condena media de 15 años para 38 personas, más 10 condenas a muerte; 354 asesinatos cometidos por derechistas dieron lugar a condenas medias de cuatro meses para 24 personas, y ninguna condena a muerte. Aunque en 1927 los 22 asesinos derechistas miembros de la conspiración del "Reichswehr negro" fueron condenados a seis penas de muerte y a seis largas penas de prisión, las penas de muerte fueron conmutadas y sólo dos de los acusados seguían en prisión tres años después. Cuando el paramilitar derechista *Stahlheim* se manifestaba, se organizaba protección policial; cuando lo hacían los izquierdistas, la policía los acosaba (Tilly 1975: 224-5, 229; Southern 1982: 339). La "milicia" del SPD se mantuvo a la defensiva, y hasta 1928 también lo hizo el KPD. Pero entonces la Comintern ordenó a los partidos comunistas que "la lucha de masas del proletariado... [rebasará los límites de la legalidad sindical]. Los comunistas se volvieron más violentos. Sin embargo, en 1931, de las 29 personas asesinadas, 12 eran comunistas, dos socialistas, seis nazis, un *Stahlheimer*, cuatro policías y cuatro de afiliación desconocida: una proporción de dos izquierdistas por cada derechista. Entonces los comunistas, asustados, se echaron atrás, diciendo que cualquier cosa que no fuera una vigorosa autodefensa podría alienar a los trabajadores neutrales y comprometer los ideales del partido (Newman 1970: 227-36; Merkl 1980: cap. 2; 1982: 377; Rosenhaft 1982: 343-52). El coqueteo de la izquierda con la violencia había sido breve e ineficaz.

En cambio, los nazis adoptaron la violencia táctica paramilitar desde el principio. Pero era a pequeña escala. A diferencia de los *squadristi* italianos, nunca lanzaron ataques militares a gran escala, nunca sitiaron las sedes socialistas ni las expulsaron de las ciudades. Se utilizaron desfiles, uniformes, banderas y una sensación de poder disciplinado para impresionar, para lanzar manifestaciones y marchas provocadoras y para disolver mítines enemigos. Su objetivo era provocar a los movimientos rivales, no al Estado. No alienó a las élites del Estado, pero acobardó a los movimientos rivales. En julio de 1932 no fueron los nazis, sino el semiautoritario

von Papen, quien utilizó poderes ejecutivos para destituir al gobierno provincial prusiano socialista. Goebbels escribió en su diario: "Basta con enseñar los dientes a los rojos para que se echen atrás. Los socialdemócratas y los sindicatos no mueven un dedo Los rojos han perdido su oportunidad. No habrá otra". Al año siguiente, los nazis tomaron el poder. El SPD protestó ante las autoridades constitucionales, los comunistas "pasaron a la clandestinidad", pero hicieron poco. La derecha, no la izquierda, cometió casi toda la violencia alemana - y los capitalistas no necesitaban fascistas para derrotar al socialismo alemán. Como lo sabían, al principio no los favorecieron.

199

Sin embargo, otros grupos de élite fueron mucho más cómplices. El ejército era crucial, ya que su capacidad militar podría haber arrollado a los paramilitares nazis. Los dirigentes nazis tuvieron cuidado con el ejército, creyendo que se resistiría a un intento de golpe de estado en toda regla. Pero mientras muchos oficiales veteranos se oponían a Hitler, los más jóvenes a menudo simpatizaban con él. Las fuerzas armadas querían el rearme por encima de todo, y eso era exactamente lo que los nazis prometían sistemáticamente (Geyer 1990). Por el contrario, declaró públicamente el Alto Mando, la República de Weimar no le daría los recursos para poder defender Alemania con "alguna posibilidad de éxito". En 1932 su lealtad era más hacia el jefe de Estado, el renombrado ex general Hindenburg, que hacia la república, mientras que generales políticos como Schleicher participaban en las intrigas semiautoritarias en torno al jefe de Estado. En realidad, la dirección política de la república nunca había poseído el monopolio real de los medios de violencia militar. Las fuerzas armadas habían conservado gran parte de su autonomía profesional, manteniéndose al margen de las luchas políticas, refunfuñando pero alimentando su propio sentimiento de orgullo y honor. Sin embargo, después de 1930, tanto los semiautoritarios como los nazis se politizaron entre las tropas y el cuerpo de oficiales. Generales como Blomberg y Reichenau admiraban a Hitler y apoyaron abiertamente las maniobras constitucionales nazis que evitaron la necesidad de un golpe de Estado.

Así pues, en 1933 no se puso a prueba la lealtad del ejército. No hubo una "marcha sobre Berlín" contra la que un gobierno legítimo pudiera haber intentado desplegarlo. Sin embargo, el ejército estaba claramente dividido, ya no era una casta separada y coherente. Aunque la mayor parte del Alto Mando seguía sintiendo celos profesionales de las SA, que eran claramente un rival potencial, algunos grupos regionales del ejército estaban entrenando a unidades de las SA (Fischer 1995: 22, 132). Como Hitler tenía grandes planes para las fuerzas armadas alemanas, una vez en el poder necesitaba restaurar su unidad y profesionalidad y asegurar su compromiso con su régimen. Fue capaz de barrer la mayor parte de la oposición del ejército asesinando a Rohm y a la cúpula de las SA en junio de 1934, con la ayuda del ejército. En dos meses, todos los soldados alemanes juraron lealtad al Führer. Con la ayuda de varias purgas del Alto Mando, el ejército fue atraído a la cama con

los nazis, implicado en sus peores atrocidades (véase mi próximo libro).

200

No hubo golpe nazi. Los últimos gobiernos legítimos de la República de Weimar consintieron su propia caída. Los altos funcionarios, los jueces y los líderes de los partidos "burgués" y católico fueron especialmente cómplices, aunque menos del golpe nazi que del abandono de la democracia. Éstos eran los círculos del antiguo régimen en los que se movía Carl Schmitt, y sus ideas (analizadas en el capítulo 2) fueron muy influyentes. Brüning, líder del Partido Católico de Centro y canciller de 1930 a 1932, hizo suya la idea de Schmitt de que el Estado tenía que estar "por encima" de los "ejércitos" contendientes que invadían el Estado. Aprovechó la crisis económica para gobernar por decreto "por encima" de las luchas políticas de los partidos. En 1932, el Parlamento sólo se reunió catorce días. Brüning veía en *el Kaiserreich* semiautoritario anterior a 1918 su modelo constitucional (Mommsen 1991: 84-5). Pero von Papen, von Schleicher y Hindenburg (y Schmitt) pensaban que la monarquía estaba obsoleta. Planearon su destitución. Los líderes del DNVP y *del Stahlhelm*, además de generales y jefes de la administración pública, se convirtieron brevemente en los protagonistas. No representaban al capitalismo moderno, sino a los últimos bastiones del antiguo régimen y al viejo dinero aún atrincherado en el Estado, y creyeron tontamente que podían dividir a los nazis entre Strasser y Hitler o hacer que todo el NSDAP se aliara con ellos. La transición a la dictadura nazi se llevó a cabo mediante los últimos aplastamientos de los líderes del antiguo régimen, los tribunales de justicia y la alta función pública. En el primer gabinete de Hitler sólo había cuatro nazis, pero cinco aristócratas conservadores, Hugenberg, el magnate de los medios de comunicación del DNVP, el jefe del DNVP *del Stahlhelm* y un derechista católico. Durante al menos dos años, estos nacionalistas de derechas habían deseado un gobierno autoritario, pero no podían lograrlo por sí mismos. Sólo los nazis podían proporcionar las tropas de choque para la élite. Dado que los nazis también poseían la voluntad de poder, el antiguo régimen estaba perdido.

Así, Alemania se diferenció de Italia, donde la mayor parte de la clase dominante participó en el medio golpe fascista. Aquí la ayuda de la clase dirigente fue muy desigual. De hecho, el apoyo de las élites reflejó el apoyo popular. Fue más fuerte fuera de los principales bastiones del capitalismo moderno. Los líderes industriales y financieros alemanes no se opusieron a Hitler, pero tampoco hicieron mucho por ayudarlo. La principal ayuda procedía de los restos moribundos del antiguo régimen, algo alejados de los focos del conflicto de clases. Veían la crisis como la había visto el teórico constitucional Carl Schmitt. Los "ejércitos de masas" de clase y nacionalismo habían invadido el espacio de debate parlamentario liberal-conservador, así como (a través de los programas de bienestar) los ministerios. Ya no existía un Estado superior y neutral capaz de arbitrar con autoridad sus reivindicaciones. Los poderes de excepción del canciller (de los que fue en parte responsable el gran sociólogo Max Weber, y de los que el renombrado jurista Carl

Schmitt ofrecía ahora una vigorosa defensa legal) ofrecían un respiro. Pero - volvieron a coincidir con Schmitt- el Estado requerido necesitaba realmente una nueva élite. Aunque algunos creían que lo eran, pronto se vieron obligados a reconocer las pretensiones superiores de los nazis.

201

LA CRISIS DE CLASE Y LAS TEORÍAS ECONÓMICAS DEL NAZISMO

He presentado ahora cuatro objeciones empíricas a las teorías directamente económicas y de clase del ascenso del nazismo.

(1) La decadencia de la democracia de Weimar había continuado tanto en los buenos como en los malos tiempos económicos, a medida que el electorado y los partidos "burgueses" retiraban gradualmente su apoyo. Se había acelerado con la Depresión, y esto era importante. El nazismo ya estaba adquiriendo importancia en Alemania, pero la Depresión pudo haber sido una causa necesaria de su ascenso al poder. Esa es probablemente la verdad fundamental de las explicaciones económicas del nazismo. No obstante, en la decadencia debieron intervenir otras causas además de la crisis económica.

(2) Los principales sectores nazis, aunque alarmados por la confrontación de clases, no estaban muy directamente implicados en ella y se contaban entre los menos afectados por la crisis económica y las privaciones.

(3) Los capitalistas participaron en la sobrecarga del gobierno democrático, pero no fueron actores principales en su colapso real, y menos aún en el golpe nazi. En conjunto, su contribución no fue favorable a la democracia de Weimar, pero tampoco apoyaron normalmente a los nazis.

(4) El periodo de "crisis" y "estancamiento de clases" fue demasiado corto y falto de iniciativas políticas para explicar toda una ruptura con la democracia, a menos que ésta ya estuviera grogui por otros golpes (como también señala Kershaw 1990).

De hecho, las teorías de clase sobre el nazismo llevan algunos años decayendo. Kele (1972), Mason (1995), Merkl (1980: 153) y Eley (1983) subrayaron hace años que existía un considerable apoyo de la clase obrera al nazismo. Escritores más recientes se han alejado bastante a regañadientes de la teoría de clases, aceptando en su lugar más la visión que el nazismo tenía de sí mismo. Stachura (1993) abandonó sus anteriores interpretaciones clasistas (1975: 58; 1983b) para sugerir que el nacionalismo, ampliamente compartido por alemanes de todas las clases, fue la clave del éxito nazi. Falter (1991: 51 y ss., 169-93) ve el nazismo como un amplio "partido popular de protesta" nacional. Mühlberger (1987: 96, 124; 1991: 202-9) y Childers coinciden en que los nazis eran más un movimiento nacional que de clase, aunque sostienen que esto los hacía relativamente incoherentes. El nazismo, dice Childers, era

202

una notable coalición heterogénea de fuerzas sociales. Sin embargo, así como ese apoyo era notablemente amplio, también era notablemente poco profundo.... [Los elementos socialmente dispares de la circunscripción nacionalsocialista formaban un compuesto político muy inestable, y los signos de su incipiente descomposición ya eran evidentes en las elecciones de noviembre [de 1932]... [No era un movimiento de auténtica integración social, una *Volksbewegung*, como sostenían sus líderes. En lugar de eso, el NSDAP era en última instancia un partido de protesta muy volátil cuyos éxitos se basaban en la crisis económica y cuyo electorado se mantenía tenuemente unido por la ira, la frustración y el miedo. (1984: 53; cf. 1991)

Eley (1983) sugiere que la ideología nazi se centró en el "populismo nacional" o "jacobinismo de derechas", definido como "activista, comunitarista, antiplutocrático y popular, pero al mismo tiempo virulentamente antisocialista, antisemita, intolerante con la diversidad y agresivamente nacionalista". El fascismo, concluye, "se convierte principalmente en un tipo de política, que implica autoritarismo radical, activismo militarizado y el impulso de un Estado centralmente represivo". Esto se acerca a mi propia opinión. Pero para explicar su popularidad, Eley nos devuelve al análisis de clase: La confrontación de clases produjo el estancamiento político que permitió la entrada de los nazis. Esto parece exagerado. Fischer va un poco más lejos: *La Volksgemeinschaft* nazi era una ideología verdaderamente nacional, compartida por millones de alemanes de todas las clases. Sugiere que era reconociblemente de la misma familia del siglo XX que la noción de "ciudadanía", que privilegia la integración nacional sobre la confrontación de clases (1995: 125-8). Esto se acerca mucho a mi propia postura de que el nazismo ofrecía un estatismo nacional trascendente plausible.

Sin embargo, ninguno de estos estudiosos da el siguiente paso, identificar una

El nazismo fue el grupo que dio coherencia estructural al movimiento nazi. De hecho, Baldwin (1990) se va al otro extremo. Puesto que acepta que la clase no explicará las cosas, cree que todas las "interpretaciones sociales" están acabadas. Rechaza toda estructura social en favor de una interpretación psicológica. La "anomia" y el "desarraigo", argumenta, indican la *ausencia* de estructura social en el llamamiento nazi. Como muchos otros, parece creer que "económico" o "de clase" es igual a "social": Si las explicaciones clasistas del nazismo no funcionan, entonces el nazismo debe haber carecido de toda estructura social. A estos historiadores les vendría bien un poco más de sociología, para apreciar que hay otras estructuras sociales además de las clases y los mercados. La coherencia nazi descansaba -al igual que probablemente el fascismo italiano- en la circunscripción social de lo que yo denominé "estado-nación paramilitar trascendente".

CONCLUSIÓN: LA MOVILIZACIÓN DE LA CIRCUNSCRIPCIÓN DEL ESTADO-NACIÓN PARAMILITAR TRASCENDENTE

Permítanme, por último, reunir el núcleo general de los nazis, que contaba con suficientes miembros y simpatizantes comprometidos para permitir la toma del poder por parte de los nazis. Por supuesto, los nazis provenían de todo el país, de todas sus estructuras sociales, de edad y de género. No pretendo haber explicado todo el apoyo alemán a los nazis, sólo sus desproporcionadas fuentes principales. Una de ellas era, en esta etapa, protestante, porque la Iglesia Evangélica se veía a sí misma como el alma del Estado-nación alemán. El nazismo también estaba fuertemente arraigado entre los refugiados de etnia alemana y entre los alemanes de zonas fronterizas que podían considerarse plausiblemente "amenazadas". Estaba fuertemente arraigado entre los empleados del sector público, especialmente entre los hombres que habían experimentado la disciplina militar, pero también entre los funcionarios, los profesores empleados por el Estado y los trabajadores manuales del sector público. Todos ellos podían mirar especialmente a un Estado fuerte como solución a los problemas sociales, pero creían que el Estado de Weimar estaba dividido y era débil. Estaba fuertemente arraigado en las universidades y en las capas más cultas de la población, imbuidas de un nacionalismo *völkisch*. Todos estos grupos compartían el "estatismo-nación", la creencia de que un Estado activista, encarnación de la cultura del *yugo*, podía encarnar propósitos morales colectivos.

Estos ambientes, que ya eran nacionalistas de derechas antes de la guerra, alimentaron después a los principales portadores del fascismo, dos generaciones de jóvenes varones que se lanzaron a la violencia paramilitar contra enemigos "extranjeros" dentro y fuera del país. Los miembros y militantes de este núcleo tenían raíces sociales más fuertes en el Estado-nación que en el capitalismo industrial moderno o en la lucha de clases. Su movimiento colectivo tomó prestadas las nociones socialistas de militancia comprometida y camaradería, añadiendo un paramilitarismo distintivo que intensificó el enjaulamiento de los miembros jóvenes. Eran comprometidos, "conscientemente alemanes", y algunos eran muy idealistas, mientras que otros eran muy violentos (y algunos eran ambas cosas). La combinación global confundía a los espectadores que no interpretaban la realidad social a través del prisma de las comunidades socialistas o católicas.

Además de estos portadores clave -miles marchando y asaltando-, los nazis atrajeron un apoyo más difuso de la mayoría de las clases y generaciones -millones votando o simpatizando-. La característica más llamativa de este tercio más amplio de la población alemana era que estaba algo alejado de la primera línea de la lucha de clases. Se encontraba principalmente fuera de las zonas industriales de las grandes ciudades, fuera de la esfera de la clase obrera industrial organizada, fuera de los círculos más altos y modernos del capital, fuera del mundo económicamente

tenso de la pequeña burguesía independiente, fuera de las zonas de alto desempleo de la Gran Depresión. Este apoyo popular era el más propenso a caer en la táctica paramilitar nazi de que la violencia nazi era sólo defensiva y requería el refuerzo de un régimen más profundamente comprometido con el orden. El apoyo popular se vio reforzado por las maquinaciones más secretas de un antiguo régimen militar y civil que también estaba algo alejado de las principales arenas de la lucha de clases moderna. Los simpatizantes no eran marginales respecto al conjunto de la sociedad. No eran desposeídos ni alienados. Procedían más bien de la agricultura, el sector público, las profesiones liberales, la educación, los pequeños talleres y las pequeñas ciudades. Así pues, el conflicto de clases que desembocó en un supuesto "estancamiento de clases" fue una causa importante del ascenso del nazismo al poder, no principalmente porque el nazismo representara a unas clases en conflicto con otras (aunque tampoco era totalmente neutral), sino porque prometía trascender el conflicto de clases y porque esta promesa era mínimamente plausible en cuanto a las políticas ofrecidas y la composición social de quienes las ofrecían.

204

La mayoría de estos alemanes estaban cansados de la política de clases y de la debilidad nacional alemana. El conflicto anterior a la guerra entre el antiguo régimen *del Kaiserreich* y el proletariado ostensiblemente marxista había sido en realidad bastante ritual, y así a través de todo ello Alemania se había mantenido unida y fuerte. Pero la guerra había desestabilizado los rituales y debilitado tanto al antiguo régimen como a la nación en su conjunto. Una derrota bélica aplastante e inesperada podía achacarse de forma plausible a las élites reaccionarias a cargo del esfuerzo bélico o a los socialistas que carecían de patriotismo y asumieron la responsabilidad gubernamental de la rendición. Los alemanes presenciaron entonces los turbulentos enfrentamientos de clases de los primeros años de la posguerra, la pérdida de territorios alemanes, la carga de las reparaciones, todo ello impuesto por potencias extranjeras, enriqueciendo a franceses, británicos y a las poblaciones eslavas del este. Cómplices de todas estas humillaciones "internacionalistas" fueron los socialistas y liberales que dirigieron la primera Weimar y, quizá de forma menos plausible, los judíos. A continuación, los alemanes fueron testigos de dos desastres económicos internacionales -la crisis inflacionista y, sobre todo, la Gran Depresión- que también trajeron consigo una limitada reactivación del conflicto de clases. Este tercio de los alemanes pudo ser persuadido de maldecir a los extranjeros y a ambos bandos de clase. El socialismo sólo ofrecía un futuro utópico y un presente caótico - como el "bolchevismo" o el "judeo-bolchevismo" (como afirmaban los exiliados rusos blancos y los alemanes étnicos del este) estaba haciendo justo entonces en Rusia. Los socialistas alemanes carecían del apoyo y la determinación necesarios para derrocar al capitalismo. No aportaron ninguna solución, sólo más problemas. Tampoco un capitalismo industrial y financiero, identificado con el internacionalismo, el judaísmo, el liberalismo y la Depresión, pudo vencer al socialismo y regenerar la economía. Tampoco ninguno de los dos grandes bandos de

clase parecía dispuesto a hacer gran cosa para remediar las leyes de la economía capitalista.

205

Hitler ofrecía otra solución, afirmando plausiblemente que subordinaría el conflicto de clases y las "leyes" capitalistas al bien común de la nación, del mismo modo que sometería a las potencias extranjeras y a sus lacayos nacionales al resurgente poder alemán. A este tercio de la población alemana, situado donde estaba, le parecían dos tareas plausibles: que una "tercera fuerza" trascendente adquiriera el poder estatal para superar el conflicto de clases por cualquier medio necesario y lograr el progreso movilizand o una solidaridad nacional alemana contra todas las formas de división y extranjerismo. Estas parecían buenas razones para tomar a los nazis en serio y con simpatía, para darles una oportunidad.

Para quienes vivimos en medio de democracias que funcionan, una crisis militar y económica no parece suficiente para pedir a gritos una solución tan extrema. Que los nazis abolirían la democracia si llegaban al poder era algo bastante sabido. Alemania no estaba sumida en el caos; su depresión no era peor que la estadounidense. La democracia puede manejar tal nivel de crisis. La política de partidos funciona, como señaló famosamente Lipset, como "la traducción democrática de la lucha de clases". Pero esto es ignorar la crisis política del Estado alemán. Una democracia parlamentaria avanzada aún no había institucionalizado sus reglas del juego como las únicas de la ciudad. La rapidez de la transición había dejado a las partes conservadoras del parlamento y del ejecutivo con sentimientos ambivalentes hacia la democracia. Las élites seguían pensando que tenían una opción autoritaria alternativa. La parte más pronazi de la población alemana tampoco estaba estratégicamente situada para iniciar un compromiso democrático y de clase. En su lugar, era estratégica y receptiva a una solución "nacional-estatista": un Estado "autónomo" que estuviera "por encima" del conflicto de clases y atendiera las demandas de la nación. Los conservadores preferían *un Kaiserreich* semiautoritario. Pero éste había sido destruido por la catastrófica derrota bélica. No sólo la monarquía, sino también los antiguos partidos gobernantes conservador y nacional-liberal de la preguerra habían sido destruidos. La función pública estaba prácticamente intacta, pero el ejército se había reducido radicalmente, lamiéndose las heridas, reacio a intervenir. Como en Italia, las fuerzas armadas estaban inmovilizadas tanto por la desintegración del antiguo régimen como por su propia receptividad a las inclinaciones paramilitares y militaristas del fascismo. En ninguno de los dos países los fascistas triunfaron únicamente a través de la opinión pública o de las urnas. También desplegaron una fuerza paramilitar entrelazada con el electoralismo y también pudieron contar con cierta simpatía de las élites hacia sus objetivos y sus medios paramilitares. El antiguo régimen había sido inmovilizado. Cualquier autoritarismo más suave tendría que depender de los sucesores partidos conservadores y centristas, todos (excepto el partido católico) en declive, y del funcionariado. A partir de 1930, éstos intentaron su propio gobierno autoritario,

pero al carecer de capacidad de movilización social, fracasaron. La astuta utilización de estos tres recursos -militantes muy comprometidos, simpatía generalizada de los votantes y ambivalencia y debilidad de las élites- permitió a los líderes nazis hacerse con el poder mediante una mezcla de coerción, contienda electoral y manipulación de la constitución.

206

Los nazis eran, en efecto, una tercera fuerza, pero no tanto una fuerza de tercera clase como una fuerza nacional-estatista distintiva que prometía un paramilitarismo "purificador". En orden descendente de explicitud, la nación debía ser limpiada de bolcheviques/marxistas, judíos, eslavos, políticos divisionistas e internacionalistas. No estaba claro qué significaban exactamente términos como "exclusión" o "eliminación", especialmente para el electorado alemán, cuya capacidad de atención era tan limitada como la de la mayoría de los electores. Si más de un puñado se hubiera molestado en leer *Mein Kampf*, la deriva de Hitler podría haber quedado más clara. Pero se necesitaron otras condiciones, que se produjeron después de la toma del poder, para añadir el asesinato en masa a esa deriva, como muestra mi próximo volumen.

6

Austrofascistas, nazis austriacos

Durante la Segunda Guerra Mundial, los Aliados proclamaron a Austria "la primera víctima de la agresión nazi". Definir el *Anschluss* de 1938 como una invasión alemana era describir a los austriacos como víctimas inocentes y a los fascistas austriacos como una camarilla de colaboracionistas, no como un movimiento nacional de masas. Esta es una forma distintiva de no tomarlos en serio. Las actividades bélicas juveniles del Secretario General de la ONU, Kurt Waldheim, reveladas en 1988, conmocionaron al mundo porque parecían situarle en esta terrible camarilla extremista. Sin embargo, la verdad es más chocante. Waldheim no era ningún desviado, sólo un joven y ambicioso oficial austriaco "cumpliendo con su deber" (según él), destinado en los Balcanes para ayudar en lo que los informes del regimiento denominaban "limpiezas" que debían llevarse a cabo "sin piedad ni misericordia", ya que "sólo un corazón frío puede mandar lo que hay que mandar." Es posible que la mayoría del electorado austriaco también pensara que se trataba de un comportamiento austriaco normal, ya que, a pesar de las revelaciones, luego le votaron como Presidente de Austria (Ashman y Wagman 1988: cap. 4; Sully 1989).

De hecho, Austria podría parecer el país más fascista del mundo de entreguerras, ya que contaba con dos movimientos fascistas, cada uno con un apoyo masivo, capaces de hacerse con el poder y gobernar el país. Sin embargo, parte de su éxito se debió a la posición de Austria como potencia germánica menor. Los éxitos de Hitler fueron especialmente admirados y emulados en Austria. Sin embargo, los austriacos contribuyeron sustancialmente al esfuerzo bélico alemán y, sobre todo, a la Solución Final, cuyos autores eran desproporcionadamente austriacos (como veremos en mi próximo libro). El antisemitismo austriaco fue especialmente brutal, llegando en ocasiones a escandalizar a los oficiales alemanes de las SS que administraban las deportaciones de judíos del país (Botz 1987b; Bukey 1989, 1992; Ferenc 1989: 217; Parkinson 1989: 319-22; Stühlpfarrer 1989: 198-204). Este capítulo trata de explicar por qué el fascismo que implicaba un fuerte antisemitismo era tan popular en Austria. Aunque "el austriaco de a pie" no era ni fascista ni asesino, la medida en que éstos adquirieron legitimidad no fue en ningún otro lugar mayor que en Austria. Así que me pregunto quiénes eran los fascistas austriacos, cómo adquirieron legitimidad

y cómo llegaron al poder.

208

DOS ESTADOS-NACIÓN, DOS FASCISMOS

En 1918, el Estado-nación austriaco era totalmente nuevo. Hasta ese año, Austria había sido el corazón de la monarquía multinacional austrohúngara, que gobernaba a más de cincuenta millones de personas repartidas por gran parte de Europa oriental y sudoriental. Ahora, la república se limitaba a ese pequeño país que llamamos Austria, con seis millones y medio de habitantes, de los cuales el 94% eran étnicamente alemanes. Pero si los alemanes austriacos tuvieran ahora un Estado-nación, ¿cuál sería? Había dos posibles candidatos: La propia Austria -un segundo Estado Kleindeutsch- o *el Anschluss*, la unión con la vecina Alemania (la solución *Grossdeutsch*). Los dos fascismos rivales se convirtieron en las versiones más extremas de las dos posibles respuestas a esta "cuestión nacional" básica. Su extremismo tenía dos fuentes básicas: una valoración positiva del estatismo derivada de haber sido el corazón de un gran Estado histórico, y una valoración positiva de un nacionalismo revisionista en reacción contra ese Imperio "cosmopolita" y los Estados eslavos que lo habían desplazado. El "revisionismo" era también de doble filo. Los austriacos sabían que no podían restaurar el Imperio por sí mismos. O bien los alemanes, bajo el liderazgo de Alemania, podían restaurar los territorios y el dominio perdidos, o bien podían recriminar a los "traidores" que los habían perdido.

El movimiento generalmente denominado "austrofascismo" vaciló en torno a la opción de una Austria independiente pero recriminatoria. El austrofascismo surgió de los paramilitares formados tras la Primera Guerra Mundial, luego consolidados en la *Heimwehr* ("Homeguard") paramilitar de derechas de finales de los años veinte y principios de los treinta, y del conservador Partido Socialcristiano, que obtuvo alrededor del 40% de los votos nacionales en las elecciones de entreguerras y encabezó todos los gobiernos elegidos. Los socialcristianos ofrecían la continuación del antiguo régimen de los Habsburgo: Sin monarca, pero con un nacionalismo conservador católico con ciertas inclinaciones autoritarias. Estaban fuertemente arraigados entre las clases medias y en la mayor parte del campo y las ciudades de provincia. Pero a partir de 1930 su gobierno dependió del apoyo en el parlamento de los diputados más "radicales" *del Heimwehr*. La mayoría de los líderes socialcristianos, incluidos los cancilleres Dollfuß y Schüsnigg, derivaron hacia el fascismo a través del corporativismo, aunque su fascismo era más de intenciones que de prácticas.

209

Los austrofascistas recurrieron en gran medida a la Iglesia católica y al legado de los Habsburgo. La nueva República de Austria se había reducido al corazón católico del Imperio, marcadamente conservador, apegado a la jerarquía y al orden. Sin

embargo, el conservadurismo del antiguo régimen se consideraba ahora insuficiente. El fascismo parecía ofrecer una alternativa más moderna. Mussolini ofrecía una prometedora mezcla de movilización nacionalista y corporativismo jerárquico, que resonaba aquí en el catolicismo social y en una visión romántica de las tradiciones "estamentales" supuestamente corporativas de la historia austriaca. Así, los conservadores podrían seguir gobernando apropiándose de los elementos más "verticalistas" del fascismo. Este fue el principal impulso del austrofascismo. En su deseo de modernizar y movilizar a la vez que se apoyaba en el poder de las jerarquías sociales tradicionales, empezó siendo semiautoritario y luego pasó a un autoritarismo semirreaccionario y más allá. Aunque tomó algunas doctrinas del fascismo italiano, se parecía más a los regímenes de Franco y Salazar: autoritario, corporativista, tradicionalista, una corriente católica de ideología fascista carente del paramilitarismo de masas turbulento y violento característico de los fascismos alemán e italiano. Su paramilitar *Heimwehr* pretendía desempeñar este papel, pero tuvo un éxito limitado. El partido único introducido en 1934, "El Frente de la Patria", era (como sus homólogos español y portugués) una organización de arriba abajo, integrada en el Estado tradicional. Sus dirigentes querían miembros en masa para poder controlarlos mejor, y la gente se afilió para subir. Se dice que el canciller Schüsnigg, de visita en una ciudad industrial, preguntó a un jefe local del partido por las condiciones locales:

"Bueno", fue la respuesta, "hay un pequeño puñado de comunistas, quizás el dos o el tres por ciento. Los nazis, por desgracia, son bastante fuertes; digamos un veinte por ciento, tal vez un veinticinco... los 'rojos' siempre estuvieron bien organizados aquí. No hay duda de que el sesenta por ciento permanece con ellos y posiblemente incluso..." "¡Dios mío!", interrumpió Schüsnigg, "¿Cuántos hay en el Frente de la Patria?". "Pues todos, Herr Canciller - absolutamente el cien por cien". (Pauley 1981: 160)

El Heimwehr aportó la mayor parte del radicalismo. Comenzó como una asociación informal de paramilitares formada hacia 1918, que luchaba contra los "rojos" y los extranjeros en las regiones fronterizas. Tras la pérdida de los territorios, la recriminación nacionalista se apoderó de su retórica. Dejó el antisemitismo para más adelante, pero el austrofascismo expresaba el nacionalismo "ario", con un fuerte sentido del "enemigo", con el objetivo de unificar a "todo *el Volk* alemán" para "luchar contra el marxismo y la democracia burguesa, [por la] creación de un estado autoritario" y para "combinarse sobre una base *völkisch* y eliminar a la chusma judía internacional que está chupando hasta la última gota de sangre de nuestras venas". Heredó la tradición *völkisch* de denunciar el capitalismo como "judío", pero la financiación por parte de los empresarios socavó sus pretensiones de ser una "tercera fuerza" (Siegfried 1979). Tampoco pudo ponerse de acuerdo sobre la forma de su

Estado autoritario.

210

El incoherente Juramento de Korneuburg de 1930 abogaba por la toma del Estado y la remodelación de la economía: "Repudiamos la democracia parlamentaria occidental y el Estado de partidos", deseando "el gobierno de las corporaciones (*Stände*)" y "luchando contra la subversión de nuestro *Pueblo* por la lucha de clases marxista y la economía liberal y capitalista"; el corporativismo "superará la lucha de clases" ya que "el Estado es la personificación de todo el *Pueblo*". El enemigo era "el bolchevismo, el marxismo y su sierva, el sistema de partidos democrático-parlamentario, las causas de la corrupción existente y los principales enemigos de los rasgos *völkisch*, las convicciones cristianas, la ideología alemana [y]... una conciencia racial germánica". Un líder declaró que "ahora sólo el fascismo podría salvarnos (aplausos fuertes y entusiastas)" (citas de Carsten 1977: 44, 47, 172, 213-14; Jedlicka 1979: 226, 233-4). Aunque carecían de un programa político real, los eslóganes sonaban fascistas: Limpiar la nación de sus enemigos étnicos/políticos y establecer un estatismo autoritario. Pero la pretensión de trascendencia de clase se veía socavada por un evidente sesgo capitalista. Además, el significado de "limpieza" era oscuro. La mayoría de los políticos socialcristianos sólo implicaban discriminación y ciudadanía de segunda clase para sus enemigos, pero algunos activistas *del Heimwehr* parecían implicar mucho más. Al ver a sus enemigos en términos raciales, creían que no se les podía "convertir" ni persuadir para que cooperaran.

Se calcula que en 1928-30 había 200.000 miembros de *la Heimwehr* y 120.000 paramilitares armados. Esta cifra es probablemente exagerada. Habría sido mayor que el ejército austriaco, reducido por los tratados de paz a sólo 25.000 hombres, más la policía y las fuerzas de seguridad de 14.000 efectivos. Las unidades *del Heimwehr* nunca estuvieron cohesionadas y su rendimiento siempre estuvo muy por debajo de lo que presumían (Wiltschegg 1985: 292). Los paramilitares descendieron entonces a unos 50.000 en medio del faccionalismo provocado por el giro de los dirigentes hacia la política electoral. Sus mediocres resultados electorales bastaron para acabar con la mayoría parlamentaria absoluta de los socialcristianos. Los líderes *del Heimwehr* fueron invitados a entrar en el gabinete y su influencia en los socialcristianos creció. Eran aliados evidentes en la lucha contra el socialismo y podían utilizarse para socavar el atractivo de los nazis más laicos. Pero también influyeron en los socialcristianos. En 1934 Dollfuß proclamó su régimen corporativista y formó su Frente de la Patria. *La Heimwehr* ayudó a sofocar un intento de golpe nazi ese mismo año, aunque Dollfuß murió en la refriega. Su sucesor, Schüsnigg, fusionó la *Heimwehr* con el Frente de la Patria en 1936. A medida que los líderes de la *Heimwehr* se domesticaban dentro del régimen, muchos de sus militantes más radicales se desafilaron y se unieron a los nazis. Uno de ellos fue Kaltenbrunner, que llegó a ser adjunto de Himmler en las SS. La deriva fue especialmente evidente en Estiria. Al menos tres de los futuros jefes de policía

de las SS de la Europa oriental ocupada (Constantin Kammerhofer, August Meyszner y Hans Rauter) comenzaron su vida de violencia ilegal en *la Heimatschutz* de Estiria.

211

La Heimwehr proporcionó el turbulento paramilitarismo ascendente característico del fascismo. Pero su ideología era vaga y variada: En Estiria era claramente fascista, en Baja Austria y el Tirol probablemente sólo autoritario reaccionario. En el gobierno, el movimiento era algo conservador y precapitalista. Su corporativismo "estamental" se proclamaba con orgullo, pero no se llevaba a la práctica. Su nacionalismo era racista y antisemita, pero ¿qué estado debía encarnarlo? Se había planteado *el Anschluss* con Alemania, pero como Alemania estaba dominada primero por los socialistas y luego por los nazis, los austrofascistas se decantaron por una Austria independiente.

Por eso algunos dudan de que los austrofascistas fueran realmente "fascistas" (Carsten 1977: 237, 244-5; Payne 1980: 109). Algunos los llaman "clerico-fascistas" (Gulick 1948: II, parte 7). Edmondson (1978, 1985) los retrata como violentos "aguafiestas" del fascismo y no como el auténtico. Wiltshceg (1985: 270) resume acertadamente con dos coloquialismos austriacos, *Mochtegern* y *Maul* -traducidos vagamente como "wannabee" y "gob"- el fascismo. Sin embargo, a diferencia de los casos ibéricos, el austrofascismo combinaba corporativismo, paramilitares violentos y un nacionalismo antisemita depurador. Aspiraba a ser un movimiento de masas violento y despiadado, aunque no llegara a serlo. Tras el *Anschluss*, la mayoría de sus activistas participaron con entusiasmo en el régimen nacionalsocialista del Gran Reich alemán. Estaban preparados para el fascismo, aunque no pudieran llegar a él por sus propios medios. Sumando todas estas características se obtiene un fascismo fronterizo que contiene mucha tensión entre fascistas, corporativistas y autoritarios semirreaccionarios.

Pero el Partido Nazi austriaco era claramente fascista. Sus orígenes se remontan a 1903, mucho antes que los nazis alemanes. Después de 1918, su combinación de nacionalismo racista y socialismo proletario hizo crecer en las zonas fronterizas a los movimientos *völkisch*. Los nazis surgieron sobre todo del electorado de los partidos nacionalistas alemanes, que recibieron alrededor del 20% de los votos a principios del periodo de entreguerras y dominaban las regiones fronterizas junto a Yugoslavia, Checoslovaquia y Alemania. Su nacionalismo era más racista. Pero el anticlericalismo, la desunión y el posterior servilismo a Hitler provocaron su estancamiento. Hasta principios de la década de 1930 su ideología y organización se asemejaban mucho al nazismo alemán. No es necesario repetir aquí estos detalles, aunque vale la pena señalar que el partido austriaco era probablemente más antisemita. Un socialdemócrata escribió a su mujer desde la cárcel: "La verdadera plaga son los [prisioneros] nacionalsocialistas La mayoría de ellos son terribles camorristas antisemitas cuyo único argumento es 'El judío'" (Carsten 1977: 251). Los éxitos de Hitler en Alemania decantaron decisivamente a los nazis austriacos

por la opción *del Anschluss* y favorecieron su crecimiento. En las últimas elecciones locales libres celebradas entre 1931 y 1933, los nazis obtuvieron entre el 15% y el 24% de los votos (Kirk 1996: 35-9). Alcanzaron el 41% en las últimas elecciones, en Innsbruck en 1933. El Partido Nacional Alemán se estaba hundiendo y los nazis también captaban entre el 10% y el 20% de los votos socialcristianos y socialistas. Algunos dicen que los nazis habrían alcanzado entre el 25 y el 30 por ciento del voto nacional (por ejemplo, Pauley 1981: 83, 86). El canciller Dollfuß no estaba de acuerdo, ya que no se arriesgaba a más elecciones e intentó suprimir a los nazis. Sin embargo, el partido clandestino siguió creciendo: 69.000 miembros en 1934, 164.000 en el momento del *Anschluss* y 688.000 en 1941: el 10% de la población austriaca. Este "periodo ilegal" fue crucial para la formación de un núcleo de asesinos nazis austriacos "radicales", que se destacaron durante la Solución Final (como veremos en mi próximo libro).

212

A estos dos bandos autoritarios de derechas se opuso el Partido Socialista de Austria, que recibió algo menos del 40% de los votos y dominó los distritos obreros urbanos, especialmente en Viena. Dado que sólo los socialistas resistieron al fascismo hasta el final, Austria fue el único país en el que el fascismo fue refrendado en elecciones libres por partidos que representaban a la mayoría del electorado. Este éxito hace urgente explicar el ascenso de los fascistas austriacos.

¿QUIÉNES ERAN LOS FASCISTAS?

Edad, género y militarismo

Los fascistas eran de nuevo desproporcionadamente jóvenes, hombres y militares. Ambos movimientos seguían siendo bastante jóvenes, especialmente los nazis. A finales de la década de 1920, la media de edad de los miembros *de la Heimwehr* era de veintisiete años; a principios de la década de 1930, la media de edad de los líderes de dos grupos nacionales era de treinta y ocho años. A finales de la década de 1920, la media de edad de los miembros nazis era de veintinueve años, mientras que la de las SA era de veintitrés. El Partido Nazi no envejeció mucho: En 1933 los nazis seguían teniendo una media de treinta y tres, a principios de 1938 de treinta y seis, que aumentó a treinta y nueve durante 1940-41, antes de que una inyección masiva de sangre nueva procedente del movimiento juvenil lo redujera a veintitrés en 1942-4. Sin embargo, como en otros países, los activistas de extrema izquierda eran igual de jóvenes. Los nazis detenidos en los campos de prisioneros después de 1934 eran algo más jóvenes que sus homólogos comunistas-socialistas y austrofascistas (ya que muchos tenían menos de veinte años), pero algo mayores que los izquierdistas asesinados, heridos o detenidos durante los disturbios de 1919 y 1927 (Botz 1983: 66, 155, 325-7).

213

Al igual que en Alemania, se suele afirmar que el fascismo austriaco estuvo dominado por dos cohortes de edad: la "generación del frente" de ex soldados más jóvenes (nacidos entre 1890 y 1900) y la "generación del hogar" (nacidos entre 1900 y 14), los escolares del periodo de guerra, con algunos de ambas cohortes convirtiéndose en los primeros estudiantes universitarios de la posguerra (Pauley 1981: 91-2; Wiltshceg 1985: 274; Botz 1987: 253-7). Los datos de edad de los nazis muestran una proporción de sólo 0,20 para los nacidos antes de 1878, que aumenta a 0,75 para 1879-88, paridad para 1889-93, y luego una sobrerrepresentación que aumenta de 1,2 para la cohorte de 1894-8 a 1,5 para los nacidos entre 1899-1903 y 1904-8, 1,8 para la cohorte de 1909-13, y luego vuelve a bajar a la paridad para los pocos nacidos después. Así pues, la "generación del frente" no era tan prominente como la "generación de origen", más joven, que dominaba el movimiento mucho más que en Alemania. Los nazis seguían siendo más jóvenes que los austrofascistas, como cabría esperar de un movimiento que alcanzó su punto álgido más tarde.

No he encontrado datos exactos sobre los soldados de ninguno de los dos movimientos. Sin embargo, los veteranos militares eran obviamente importantes, especialmente entre la primera oleada de austrofascistas, capaces de apropiarse de las tradiciones militares del antiguo imperio. El núcleo original de la *Heimwehr* era la "Asociación de Combatientes del Frente", con 50.000 efectivos. Es posible que el crecimiento inicial nazi de posguerra también dependiera de antiguos soldados, pero su estancamiento, seguido de un crecimiento posterior, disminuyó su contribución relativa. Dado que ambos movimientos seguían siendo bastante jóvenes, y dado que a Austria sólo se le permitió contar con un diminuto ejército de entreguerras, a mediados de la década de 1930 habría pocos veteranos de guerra en ninguno de los dos movimientos. El impacto duradero del militarismo, como en otros países, se produjo más bien en el ámbito de la organización y la ideología paramilitares. La combinación de disciplina, camaradería y jerarquía fomentó el autoritarismo "orgánico" y el culto al líder. Pero la policía, las fuerzas de seguridad y el personal del ejército también prestaron una ayuda considerable, primero a la *Heimwehr* y más tarde a los nazis, especialmente los oficiales y hombres más jóvenes (Carsten 1977: 330, 252). Los fascismos austriacos eran capaces de renovarse entre los jóvenes soldados y civiles, a medida que los veteranos de mediana edad abandonaban el ejército, presumiblemente para pasar tiempo con sus familias. Así, aunque impulsado primero por la experiencia bélica de una generación concreta, el fascismo conquistó Austria (como hizo con Alemania) por su capacidad de socializar a una segunda generación en el estatismo-nación paramilitar durante el periodo de entreguerras. El fascismo era la idea emergente de la época, al menos en esta región de Europa.

En cuanto al género, los datos son escasos. No había mujeres miembros de la *Heimwehr*, aunque existía un numeroso grupo de apoyo a las mujeres. No he encontrado información sobre el género y los votantes de la *Heimwehr*. Pero los

nazis tenían muchas mujeres entre sus miembros. En 1919, las mujeres representaban el 15% de los candidatos del partido en las elecciones nacionales, tanto como en cualquier otro partido en este periodo. Luego se masculinizó, en parte por orden expresa de Hitler: Las mujeres sólo representaron el 6% de los nuevos miembros entre 1926 y 1931. Después volvieron a aumentar, hasta el 12% entre los nuevos miembros de 1933, el 28% en 1938, y permanecieron justo por debajo del 20% durante la guerra. Pero a estas numerosas mujeres se las mantuvo en papeles subordinados, al igual que en el austrofascismo. Excepcionalmente, las mujeres austriacas votaban por separado de los hombres, por lo que sabemos cuántas mujeres votaban nazi. La mayoría votó de forma bastante similar a los hombres, probablemente como bloques familiares. Sin embargo, había ligeras diferencias. Las mujeres aportaron el 46% del voto nazi en 1919, el 42% en 1930 y el 47% en 1932 en Viena, una representación muy ligeramente inferior a la normal. Los comunistas obtuvieron proporcionalmente menos votos femeninos que los nazis, los socialistas algo más, mientras que los socialcristianos obtuvieron la mayoría, aportando las mujeres una clara mayoría de sus votos, presumiblemente por la mayor religiosidad de las mujeres (Pauley 1981: 101-2; 1989: 42). Probablemente, las mujeres apoyaban el régimen de Dollfuss, aunque ahora no había elecciones para comprobarlo. Las mujeres parecían tan comprometidas con el nazismo como los hombres tras el *Anschluss* y parecían tener un mayor impacto en el nuevo régimen que en Alemania. El régimen aplicó políticas menos segregadoras en Austria que en el conjunto del Reich. Por ejemplo, la participación femenina en la población activa era mucho mayor (Bukey 1992: 223-4).

214

Así pues, el fascismo austriaco parece menos sesgado en cuanto al género que la mayoría de los fascismos o, de hecho, que la mayoría de los movimientos políticos de la época. Aunque sus paramilitares se parecían a las bandas de adolescentes varones del fascismo de otros lugares, recibió la aprobación casi mayoritaria (y una participación sustancial) de las mujeres austriacas. Muchos testigos presenciales describen a las mujeres espectadoras como especialmente desagradables con los judíos durante las deportaciones. El fascismo resonó en medio de climas "nacionales". El austrofascismo resonaba en las tradiciones políticas y en la Iglesia católica, el nazismo resonaba en el nacionalismo pangermánico. Ninguno de ellos era distintivamente masculino. Las manifestaciones abiertas de antisemitismo se consideraban más legítimas en Austria que en los países del oeste o del sur, por lo que podían ser manifestadas tanto por mujeres corrientes y niños como por militantes masculinos. El fascismo y el antisemitismo austriacos estaban en el centro de la vida nacional, liderados por hombres jóvenes pero secundados por gran parte de la población.

Región y religión

215

Como Austria tenía un 96% de germanoparlantes y un 90% de católicos, el único conflicto étnico/religioso importante era el de cristianos contra judíos. Casi ningún judío era nazi, y pocos eran austrofascistas. Sin embargo, los patrones regionales de apoyo al fascismo reflejaban matices nacionales y religiosos, así como diferencias sectoriales y de clase. Al igual que España, el país tenía una capital políticamente agitada. Viena era la sede histórica de un gran imperio, con fuertes tradiciones militares, funcionariales y católicas, que alimentaban el austrofascismo. También contenía el grueso de la población judía, lo que alimentó ambos fascismos entre algunos de sus vecinos cristianos. Sin embargo, Viena también tenía una industria a gran escala y un proletariado bien organizado que dio el control político de la capital al socialismo. El fascismo dominaba cada vez más las provincias y el campo. Aquí la clase social importaba menos a la hora de determinar las lealtades políticas que en la capital. Algunas provincias sintieron tensiones fronterizas. Muchos alemanes de todas las clases que vivían junto a los nuevos estados eslavos se sentían amenazados. Ambos fascismos reclutaron de forma desproporcionada en Carintia, Estiria y las zonas del Burgenland perdidas a manos de Hungría. Un pequeño pueblo de Burgenland, que alternaba entre el control húngaro y el austriaco, produjo docenas de nazis y varios hombres de las SS, siendo el más notorio el brutal criminal de guerra de la Gestapo Alois Brunner. De pequeños, esta cohorte de lugareños había absorbido sentimientos antieslavos y antisemitas de la familia y la iglesia, y habían alimentado el nacionalismo alemán en la escuela, donde se les había obligado a aprender magiar (Epelbaum 1990). Sus ansiedades fronterizas, más que su composición de clase, los hicieron fervientemente nacionalistas, partidarios de un Estado fuerte que protegiera a la nación.

Austria también tenía una historia religiosa semienterrada que influía en el reclutamiento regional en sus dos fascismos. El antiguo corazón de los Habsburgo era profundamente católico y sostenía a los socialcristianos y al austrofascismo, mientras que las provincias occidentales, anteriormente protestantes, eran un poco más laicas y se acercaban al nacionalismo alemán y al nazismo. Las relaciones nazis con la Iglesia católica resultaron ambivalentes. Aunque muchos nazis eran anticlericales, los líderes nazis sabían que un anticlericalismo desenfundado significaría un suicidio político y estaban dispuestos a transigir con la Iglesia. La ambivalencia fue correspondida por el clero. Algunos sacerdotes fueron encarcelados más tarde y un puñado ejecutados por oponerse al régimen nazi. Pero, aunque inicialmente austrofascista, la jerarquía eclesiástica se convirtió en colaboracionista. Preferían el nazismo al socialismo democrático. Así, negociaron con el régimen -y luego llegaron a apoyarlo- excepto cuando amenazaba los intereses institucionales de la Iglesia. El 4% de la población que era protestante parecía haber votado mayoritariamente nazi, y sus ministros eran a menudo presuntos nazis (Carsten 1977; Pauley 1981: 96, 99-100; Botz 1987: 262-3; Hanisch 1989; Bukey 1992: 226).

Estas diferencias religiosas y regionales implicaban distintos puntos de vista

sobre el Estado-nación. Inicialmente, la Iglesia católica apoyaba una Austria independiente (ya que sería católica), mientras que los protestantes querían apoyarse en Alemania. Los habitantes de las regiones fronterizas con Alemania se sentían más afines a los alemanes del Reich que los del corazón de los Habsburgo. Los que limitaban con Checoslovaquia y Yugoslavia buscaban la mayor protección que podía proporcionar un Estado pangermánico. Aunque las estructuras de clase de las distintas provincias eran ligeramente diferentes, no lo eran tanto sus visiones del Estado-nación. Sin embargo, en 1938 las preferencias estaban cambiando: Estaba claro que Austria no podría tener su propio Estado-nación, sino que sería absorbida por el Reich alemán. Las aspiraciones históricas a un "Gran Reich" se estaban haciendo realidad. Ese Reich no sería marcadamente protestante y se inclinaría hacia el este, hacia la tradicional esfera de influencia austriaca. Así, más austriacos podrían apoyarlo. Así, los fascistas austriacos de ambos tipos, de ambas religiones, de la mayoría de las regiones y de la mayoría de las clases, podían ahora servirlo con cierto entusiasmo. El nazismo se convirtió realmente en un movimiento nacional.

Clase, sector y economía

¿Hasta qué punto puede explicarse por el conflicto de clases y otras relaciones de poder económico? Los capítulos anteriores han demostrado que los distintos movimientos fascistas tenían composiciones de clase algo diferentes. Aunque tanto el movimiento italiano como el alemán reclutaron a miembros de todas las clases, los italianos eran algo más pequeñoburgueses y burgueses que los alemanes. Los dos fascismos austriacos, uno más influido por Mussolini y el otro por Hitler, diferían en consecuencia.

Sin embargo, las opiniones sobre la *Heimwehr* difieren. Newman (1970: 261) afirma que los reclutas procedían de todos los sectores menos de la clase obrera urbano-industrial. Edmondson (1978: 38-9, 59) dice que estaba dirigida por oficiales profesionales y de reserva, aristócratas sin derechos, trabajadores de cuello blanco y "jóvenes desilusionados", y que la base estaba formada "probablemente por campesinos y clases medias bajas", lo que, según explica, significa comerciantes, abogados y burócratas. August Meyszner parece encajar perfectamente en este estereotipo de liderazgo. Hijo de un teniente del ejército, sirvió tanto en la policía como en el ejército antes de la Primera Guerra Mundial, fue herido y condecorado en la guerra y después -privado de su título menor- se dedicó a la agricultura en su pueblo natal de Estiria. Fue jefe de *las milicias del Heimwehr* y luego diputado del Heimatblock antes de pasarse a los nazis. Fue encarcelado varias veces durante la República, y recordaba con orgullo su historial de violencia. Meyszner se convirtió en un célebre jefe de policía de las SS en tiempos de guerra, y acabó siendo ahorcado por los yugoslavos en 1948 (Birn 1991).

Pero Edmondson también respalda *la improbable estimación del New York*

Times en 1927 de que la *Heimwehr* estaba formada por un 70 por ciento de campesinos, un 20 por ciento de estudiantes y un 10 por ciento de trabajadores industriales. Carsten (1977: 93, 113, 120, 123) afirma que la mayoría de la rama vienesa eran obreros y empleados del sector público. Pero en otros lugares (aparte de Estiria durante la Depresión), cree que fue principalmente un "movimiento de protesta rural contra la modernización y la urbanización". Señala que tanto *el Heimwehr* como los nazis reclutaban entre los clubes comunitarios *völkisch*, especialmente los de gimnasia, y que éstos eran importantes para atraer a estudiantes y jóvenes. Botz (1987a: 257-63) cree que muchos líderes de *la Heimwehr* eran aristócratas, veteranos militares y estudiantes, y especula con que los trabajadores agrícolas, especialmente forestales, de las grandes fincas estaban sobrerrepresentados entre los miembros. La mayoría coincide en que era esencialmente rural.

217

No todas estas opiniones pueden ser correctas. Los datos cuantitativos, aunque limitados, refutan algunas de ellas. Aunque había algunos aristócratas destacados, Wiltschegg muestra que representaban menos del 2% de los líderes. Las tablas 6.1 y 6.2 de mi apéndice muestran que los líderes y activistas *del Heimwehr* procedían en general de toda la estructura de clases, con cierta tendencia hacia las clases alta y media, pero menos que otros partidos no socialistas de la época. Había muchos ex oficiales y suboficiales del ejército. La mayoría eran provincianos, aunque no rurales. *El Heimwehr* (y los socialcristianos de los que se nutrían) eran los únicos movimientos que contaban con militantes rurales y urbanos a partes iguales. También tenemos pequeñas muestras de militantes. Entre los treinta y seis militantes, en su mayoría urbanos, detenidos por la policía por violencia política, la "pequeña burguesía clásica" y los obreros estaban sobrerrepresentados, con proporciones de 1,71 y 1,16, respectivamente (Betz 1980). Entre los cuarenta y dos "mártires" de la *Heimwehr*, el 43% eran obreros, el 21% empresarios (¿grandes o pequeños?) y el resto estaban dispersos por la estructura de clases (Wiltschegg 1985: 278). ¿Podemos concluir que los más violentos de *la Heimwehr* eran desproporcionadamente obreros (como es habitual entre los fascistas) y la pequeña burguesía clásica (muy inusual)? Con muestras tan pequeñas no podemos estar seguros.

El voto *del Heimwehr* no era rural, sino ligeramente urbano. En 1930 había una correlación negativa (-,15) entre su voto y la proporción de empleados en la agricultura en cada municipio, y correlaciones positivas entre su voto y el grado de urbanización (. 14) y la proporción de empleados en el sector terciario (. 15; Botz 1987a: 269). Dado que se trata de correlaciones bajas, es probable que el austrofascismo tuviera un atractivo bastante amplio en todo el país. También contaba con asociaciones de trabajadores. Aunque mucho más pequeñas que las de los socialdemócratas, sumaban casi 100.000 miembros, especialmente concentrados entre los trabajadores de cuello blanco y del sector público, y sus cifras se mantenían

mejor que las de los sindicatos socialistas después de 1930 (Wiltschegg 1985: 274-83; Kirk 1996: 33). El *Heimwehr* obtuvo buenos resultados en una zona minera y de industria pesada de la Alta Estiria, cuyos afiliados eran principalmente obreros (Pauley 1981: 76). Su sindicato superó al socialista a partir de 1928, y la zona obtuvo un HeimwehrMP a partir de 1930. Lewis (1991) atribuye este éxito a la represión de los sindicatos socialistas por parte de la dirección y al trato de favor dado a la organización. Como los socialistas eran débiles en esta zona y la mayoría de los empleos eran no cualificados, la dirección podía despedir a los izquierdistas y sustituirlos por los dóciles desempleados. Pero esto no puede explicar el éxito electoral aquí (en una votación secreta) del *Heimwehr*. Los trabajadores parecen haberse vuelto hacia el fascismo más voluntariamente de lo que Lewis admite. La rama de Estiria fue la más violenta de la *Heimwehr* y se afilió a los nazis en 1933. Aunque probablemente sesgado hacia la burguesía y la pequeña burguesía, el austrofascismo tenía una base bastante amplia. Mientras que su conservadurismo fomentaba una composición burguesa y rural, su fascismo fomentaba las tendencias contrarias.

218

Sabemos más sobre los nazis. Su voto en 1930 fue similar al de *la Heimwehr*: una correlación negativa baja de -,20 con el empleo agrícola y positiva baja con la urbanización (.15) y el empleo en el sector terciario (.21). Originalmente urbanos, querían expandirse entre los campesinos, a los que se referían como "la columna vertebral de Austria". A principios de la década de 1930 cosecharon éxitos electorales en las zonas rurales de Estiria y Carintia, al estancarse el *Heimwehr*. La participación de los campesinos en el fallido golpe nazi de 1934 conmocionó a los conservadores. Pero las correlaciones bastante bajas pueden indicar que su apoyo, aunque desigual, era bastante amplio. Los nazis también tenían un atractivo relacionado sólo de forma contingente con el fascismo: Estaban a favor *del Anschluss* y, tras el golpe de Hitler, eran el partido con más posibilidades de lograrlo. Muchos apoyaban a los nazis como la forma más probable de lograr la unión con Alemania, y la prosperidad económica. Cualquiera que dependiera del turismo, una industria importante, podría adquirir simpatías nazis: *El Anschluss* abriría las fronteras y traería de vuelta a los turistas. Las empresas alemanas también estaban interesadas en el libre comercio, mientras que muchas austriacas favorecían el proteccionismo austriaco. El apoyo electoral no tenía por qué indicar creencias fascistas, sólo materialismo.

Sin embargo, el núcleo nazi era genuinamente fascista. El pequeño DAP de preguerra y el primer DNSAP de posguerra eran auténticamente nacionalistas y socialistas. Sus miembros eran principalmente obreros, sobre todo ferroviarios (trabajadores del sector público, una vez más). Sin embargo, a principios de la década de 1920 se produjo una afluencia de estudiantes, profesores y profesionales. Un conflicto de clase y generacional debilitó entonces al partido durante la mayor parte de la década (Pauley 1981: 27-9, 40-1). La tabla 6.1 del apéndice contiene

datos de afiliación a partir de 1923. La proporción de trabajadores durante 1923-5 fue de 0,82 -una ligera infrarrepresentación-, bajando a un muy bajo 0,36 entre los nuevos miembros de 1926-32, y subiendo de nuevo a 0,67 entre los nuevos miembros de 1934-8. Como en Alemania, los trabajadores del sector público estaban muy representados en el partido. Como en Alemania, los trabajadores del sector público eran más fascistas. Pero aunque el partido siempre contenía entre un cuarto y un tercio de trabajadores y artesanos, se había vuelto más de clase media que su homólogo alemán. Esto se debía esencialmente a que el socialismo austriaco estaba mejor arraigado en las zonas urbano-industriales, especialmente en Viena. Aquí los socialistas dominaban los barrios obreros. La tabla 6.1 del apéndice muestra que el socialismo era mucho más proletario que el nazismo. Los nazis sólo ofrecían una competencia seria entre los trabajadores del sector público, especialmente en los ferrocarriles, los tranvías y los servicios postales, y en las zonas mineras periféricas y en las empresas de propiedad alemana de las provincias.

219

Como en otros países, los trabajadores ocupaban un lugar más destacado en los paramilitares que en los partidos. La tabla 6.1 del apéndice muestra que muchos obreros se encontraban entre los nazis fichados por la policía y que los obreros constituían el 52 y el 39 por ciento de las pequeñas muestras de Botz de las SA y las SS, respectivamente, aunque esta cifra era muy inferior al 82 por ciento de miembros obreros de la *Schutzbund*, el paramilitar socialista más suave. Un dirigente de las SA describió a sus reclutas obreros como "los verdaderos creyentes", y durante la represión de Dollfuss el porcentaje de obreros aumentó (Botz 1980: 196, 206, 221; Pauley 1981: 97-8).

El fascismo atraía más a los trabajadores de fuera de Viena. La "Viena roja", donde vivía la mitad de los socialistas, no era típica de Austria. El socialismo provincial era más débil, menos marxista, más fluido. Como en Rumanía y Hungría, el fascismo y el socialismo podían solaparse, especialmente en las zonas nacionalistas alemanas, donde muchos socialistas y nazis compartían el anticlericalismo, el anticapitalismo y el antisemitismo. Aunque los líderes socialistas se oponían al antisemitismo, eran reacios a darle mucha publicidad porque creían que muchos de sus seguidores odiaban a los judíos. Su solución preferida al "problema judío" era la asimilación de los judíos, no el multiculturalismo. Tampoco todos los socialistas provinciales compartían la ortodoxia vienesa de que socialismo y nazismo eran polos opuestos. Ambos partidos creían que los militantes descontentos cambiaban de uno a otro, para luchar mejor contra el verdadero enemigo, el conservadurismo austriaco. Después de 1934, gran parte de este movimiento se pasó a los nazis, aunque su alcance es difícil de calibrar (Kirk 1996: 44). Algunas unidades socialistas *de la Schutzbund* desertaron en bloque, mientras que dos socialistas que huyeron de Linz tras el fallido levantamiento de 1934 regresaron en 1938 como oficiales de las SS (Bukey 1986: 136). Los nazis prometieron de forma plausible el pleno empleo. Dado que esto se había conseguido

en Alemania, esta promesa tenía influencia entre los trabajadores. La Gestapo informó durante el *Anschluss* de que "existía entre los trabajadores un entusiasmo por el nacionalsocialismo como ningún otro gobierno anterior había sido capaz de mantener" (Bukey 1978: 317). Durante un tiempo, en 1938, el nuevo régimen cumplió sus promesas: El desempleo se redujo en un 60%, mejoraron las prestaciones y los salarios subieron al menos durante un año. A partir de entonces, la economía nazi atravesó dificultades. Un gran número de oportunistas de clase media se afilió al Partido Nazi, mientras crecía la desilusión entre los trabajadores. La escasa disidencia durante la guerra descubierta por Kirk (1996) - panfletos, pintadas y gritos en bares - procedía principalmente de los trabajadores (Bukey 1989: 155-6; 1992: 210-19; Konrad 1989). Los trabajadores habían contribuido más al nazismo durante el periodo que realmente importaba, de 1934 a 1938. Pero éste era un partido interclasista, no proletario, como su homólogo alemán.

220

¿Quiénes eran los miembros de la clase media? Incluso más que en Alemania, antes de 1934 eran desproporcionadamente "profesionales académicos": funcionarios, profesionales cualificados y estudiantes (la llamada *intelligentsia* aria). En 1918, las universidades estaban impregnadas de ideas autoritarias, especialmente del corporativismo católico del sociólogo Othmar Spann, cuyas ideas fueron un punto de partida común para el fascismo intelectual. A partir de 1930, las organizaciones estudiantiles nazis se hicieron con los gobiernos estudiantiles de varias universidades y se convirtieron en el mayor movimiento estudiantil nacional. Los maestros y profesores se hicieron especialmente nazis, seguidos, suele decirse, por abogados, veterinarios, farmacéuticos, arquitectos e ingenieros, muchos de los cuales aparentemente se pasaron al *Heimwehr* (Carsten 1977: 191, 198; Pauley 1981: 94; 1989: 41-2). La tabla 6.1 del apéndice muestra que los empleados públicos eran los más sobrerrepresentados entre los nazis antes de 1933 y de nuevo entre 1939 y 1941 (constituían entre el 20 y el 27% de los miembros, con ratios de entre 2,0 y 2,5). Mi próximo volumen muestra que los criminales de guerra procedían de forma desproporcionada de las fuerzas policiales, el ejército y los abogados de la administración pública. En el periodo de persecución, de 1934 a 1938, las cifras "oficiales" de trabajadores nazis del sector público disminuyeron obviamente. Bukey (1978) calcula que la mitad del partido de Linz había dependido de empleos estatales, muchos de ellos ahora despedidos (algunos huyeron a Alemania). Otros ocultaron su afiliación.

En la muestra de criminales de guerra que analizaré en detalle en mi próximo volumen, resulta especialmente difícil saber cuándo algunos de los austriacos que eran policías o funcionarios se habían unido realmente a los nazis. Hombres como Franz Stangl, comandante de Treblinka, juzgado por su vida, intentaron poner la fecha de su incorporación lo más tarde posible. Sin embargo, hombres como él ya cooperaban informalmente con los nazis. El voto nazi era casi siempre más alto en aquellas capitales de provincia y cabeceras de condado que contaban con

importantes administraciones públicas (Pauley 1981: 95). Funcionarios, jueces y otros administradores mostraron una persistente predisposición hacia ambos movimientos fascistas, mientras que la administración pública vienesa ayudó a organizar el *Anschluss* (Botz 1988).

221

Podemos comparar directamente distintos tipos de activistas políticos en Linz. Los datos de Bukey (1986) figuran en el cuadro 6.2 del apéndice. Indican que los nazis tenían más profesionales que cualquier otro partido y eran más proletarios y menos pequeñoburgueses que cualquier otro, excepto comunistas y socialistas. En las filas 8 y 9 de la tabla 6.1 del apéndice se detallan los nazis y los izquierdistas en los expedientes policiales de Viena por violencia. El 82% de los izquierdistas y el 40% de los nazis (una proporción de 0,75) eran obreros; había más nazis de cuello blanco y estudiantes (proporciones de 2,64 y 16,67). Las filas 10 y 11 detallan los presos de un campo de prisioneros tras los fracasados levantamientos socialista y nazi de 1933-4: una muestra de los combatientes de ambos movimientos. Pero hay un problema: los numerosos "artesanos". En mi tabla se asignan (como hace el autor del estudio) a la pequeña burguesía. Esto arroja sólo un 38% de obreros entre los nazis (una proporción de 0,71), un 48% (0,90) entre los socialistas y un 53% (0,98) entre los comunistas. Es poco probable que los trabajadores estuvieran infrarrepresentados entre los tres grupos políticos. Como en Alemania, muchos de los "artesanos" eran probablemente obreros. Si añadiéramos la mitad de ellos, los obreros estarían igualmente representados, en torno a la paridad (1,00) entre nazis y socialistas, y sobrerrepresentados entre los comunistas (en torno a 1,20). Probablemente esto se acerque más a la realidad. Así, los combatientes nazis parecerían bastante proletarios, e incluirían a los trabajadores menos cualificados. Entre los presos de clase media, los estudiantes (una enorme proporción de 11,00) y los empleados privados (proporción de 1,70) estaban sobrerrepresentados entre los nazis, y los profesionales entre los tres grupos (proporciones ligeramente superiores a 2,50). Las SA también tenían más estudiantes y trabajadores que el partido (Carsten 1977: 198). Así pues, los combatientes nazis eran en su mayoría jóvenes trabajadores y estudiantes, con una amplia dispersión de la clase media -y una ausente "pequeña burguesía clásica".

Así que los nazis estaban dirigidos por empleados públicos (especialmente los que se ocupaban

con el orden público) y por profesionales, con una membresía amplia aunque ligeramente burguesa y pequeñoburguesa, aunque dependiendo de los trabajadores jóvenes (especialmente en el sector público), estudiantes y trabajadores de cuello blanco para hacer el trabajo sucio paramilitar. La "pequeña burguesía clásica" y la mayoría de los grupos de los sectores manufacturero y de distribución privados estaban probablemente infrarrepresentados. Una vez más, vemos un electorado que parece observar el conflicto de clases desde fuera, probablemente respondiendo a las afirmaciones fascistas de poder trascender el conflicto de clases.

¿Puede explicarse el apoyo fascista en función de la situación de la economía? En parte, sí, debido a la peculiar forma en que la economía austriaca se relacionaba con la alemana. La Gran Depresión afectó duramente a Austria. Su caída del 23% del PIB fue la mayor de Europa, como muestra la tabla 2.1 (aunque fue menor que la de Estados Unidos y Canadá). El año de mayor desempleo fue 1933. Sin embargo, el desempleo se mantuvo alto hasta el *Anschluss*, en parte debido al bloqueo de la economía austriaca por Hitler. Los repuntes fascistas en Austria se correlacionan bastante bien con la recesión económica. *La Heimwehr* y el populismo antiliberal y anticapitalista crecieron rápidamente al inicio de la Depresión; los nazis crecieron cuando ésta alcanzó su punto álgido y perduró. Los gobiernos de Dollfuss/Schüsnigg creían sin duda que las dificultades económicas estaban detrás del descontento político. Los fascistas afirmaban que detrás de los fracasos económicos de los gobiernos estaba la desunión nacional fomentada por judíos y bolcheviques. La limpieza nacional y la reorganización corporativista podían remediarlo. Algunos austriacos aceptaban este argumento, pero eran más los que percibían que los gobiernos no proporcionaban los bienes económicos y que una unión con Alemania podría hacerlo, ya que supondría la integración con la próspera economía vecina. La crisis económica fue un factor importante en el colapso de la república y, sobre todo, en la toma del poder por los nazis. Los nazis parecían tener la mejor solución política: *Anschluss*. El nazismo resonó con fuerza en la experiencia material de las familias austriacas, por razones económicas más directas que en cualquiera de los otros países.

222

Pero, ¿fueron también los más afectados por las dificultades económicas los más fascistas? El núcleo fascista identificado anteriormente se explica a menudo en términos de universidades y profesiones saturadas, antiguos funcionarios y oficiales del ejército en paro y descenso del nivel de vida de los funcionarios. Los fascistas eran "los grupos que fueron las principales víctimas de la gran crisis económica" (dice Carsten 1977: 206, 331-2; cf. Siegfried 1979). Se trata de explicar el fascismo principalmente en términos de relaciones de poder económico. Sin embargo, las pruebas son equívocas. Gran parte del sector público, las fuerzas armadas y las universidades austriacas, antes la columna vertebral de una Gran Potencia, fueron "los perdedores finales" en el colapso de los Habsburgo (Bukey 1978: 325). "Perder" significaba obviamente pérdida material, aunque también significaba perder la posición en la sociedad, el significado social y el propósito. Sin embargo, Botz (a pesar de parecer aceptar un argumento materialista) demuestra que los niveles de ingresos de los funcionarios y las tasas de desempleo no habían empeorado en relación con los de los trabajadores. Newman (1970: 257) observa que, aunque muchos funcionarios y oficiales estaban en paro, la mayoría ya eran nacionalistas alemanes desde hacía muchos años, y esto fue el acicate decisivo para su fascismo. Además, la élite nazi de Linz había experimentado más movilidad ascendente que descendente, con un nivel educativo relativamente alto. Bukey (1978: 323-5) duda

de que fueran "hombres marginales", sobre todo después de que los panalemanes burgueses empezaran a engrosar el movimiento durante la década de 1930. Los problemas económicos dieron un impulso general al nazismo, pero no parecen haber atraído especialmente a sus militantes.

223

Por supuesto, dado que los niveles de desempleo austriacos se mantuvieron altos hasta el *Anschluss*, muchos nazis estaban en paro. Pero en mi muestra de criminales de guerra (una muestra de nazis más "radicales" descrita en mi próximo volumen) suele ser difícil decir qué fue primero, si el extremismo o el desempleo. Vinzenz Nohel, mecánico, estaba en paro de forma intermitente, pero probablemente cuando ya era miembro nazi (su hermano, militante de las SA, sin duda lo era). Josef Schwammberger, dependiente de una tienda, puso fin a quince meses de desempleo alistándose en las SS, donde enseguida se volvió extremadamente activo. Pero se había visto obligado a trasladarse a los seis años con su familia desde el Tirol austriaco cuando la zona fue cedida a Italia en 1918, y parece que tenía opiniones extremistas desde muy joven. Acabó de suboficial de guardia en campos de exterminio, donde un superviviente dijo de él: "No podía llamarle bestia porque no querría avergonzar a la bestia. Simplemente mataba porque quería matar". Herbert Andorfer, más tarde comandante del campo de Semlin (Belgrado), se vio obligado por la Depresión a abandonar la universidad sin terminar la carrera. Pero parece que se afilió al Partido Nazi unos meses antes. El Dr. Irmfried Eberl, más tarde comandante del campo de exterminio de Treblinka, no pudo encontrar trabajo como médico público en Austria, pero al parecer esto se debió a que ya era un nazi conocido. Adolf Eichmann, que en realidad no estaba desempleado pero no tenía éxito como vendedor, se unió a los nazis por consejo de su conocido más exitoso, Kaltenbrunner. Por lo que podemos decir (tras las Ues que contó durante su juicio), las frustraciones profesionales estaban inextricablemente mezcladas con sus descontentos ideológicos. Obviamente, el desempleo masivo desempeñó un papel sustancial a la hora de atraer a los austriacos hacia el nazismo, sobre todo porque Hitler parecía ofrecer una solución. Pero no parece que el nazismo atrajera de forma desproporcionada a los desempleados. Los problemas económicos atrajeron a simpatizantes nazis en masa, pero no a los militantes de base que realmente aseguraron la victoria.

Ambos fascismos austriacos se vieron impulsados por el descontento económico, ambos tenían sus sesgos de clase. Ambos infrarrepresentaron probablemente a los trabajadores industriales en el partido, aunque no en el activismo paramilitar. Ambos sobrerrepresentaban a los empleados públicos, los nazis infrarrepresentaban a los agricultores, la *Heimwehr* infrarrepresentaba a los trabajadores de cuello blanco del sector privado. Sin embargo, su apoyo electoral era más amplio que el de sus rivales. El Partido Socialista de Austria, con una enorme correlación negativa en 1930 de 0,70 con el empleo agrícola y grandes correlaciones positivas de 0,60 con la urbanización y 0,45 con el empleo en el sector terciario, quedó atrapado en guetos

urbano-industriales. Como en Austria éstos eran grandes, a los socialistas les fue bien. Pero no lo bastante bien como para ganar las elecciones nacionales. El Partido Social Cristiano invirtió las tres correlaciones (respectivamente, -0,45, -0,40 y -0,31), siendo relativamente débil fuera de la agricultura. La base social austrofascista se fue reduciendo. El régimen de Dollfuss, nadando contra la marea proalemana, se convirtió en un régimen claramente de clase alta y antiguo, con sus fotografías de grupo llenas de uniformes clericales y militares y trajes caros. Por el contrario, los nazis se volvieron más populistas.

224

Botz llega a la conclusión de que se trataba de dos "heterogéneos catch-all-parties" o "partidos populares asimétricos", una conclusión idéntica a la nueva ortodoxia sobre el nazismo alemán. En este país, muchos se pasaron a los nazis porque su principal atracción o repulsión se sentía por los demás. Los nazis austriacos se alzaron a rebufo de Hitler y de la fuerza económica y militar de Alemania, ambos cada vez más atractivos para los alemanes de los países vecinos. Y en una rivalidad a tres bandas -entre socialcristianos, nacionalistas alemanes y socialistas- cada uno podía atraer al enemigo de su enemigo. A finales de la década de 1930, los nazis reclutaron a más obreros y socialistas ofreciendo la única alternativa "radical" que quedaba a los austrofascistas, y reclutaron a los austrofascistas ofreciendo el único nacionalismo no socialista viable. Sin embargo, el electorado nacional-estatista proporcionó una sólida base de apoyo. Una vez más, aquellos que formaban parte de las instituciones públicas (ejército, empleo civil y educación superior, con una penumbra profesional académica) más aquellos cuya posición les hacía creer en una nación fuerte e íntegra (especialmente los austriacos fronterizos) proporcionaban el núcleo. Una vez más, el fascismo austriaco también sumó el apoyo de personas situadas fuera del núcleo capitalista urbano e industrial de la lucha de clases. Habiendo visto la república estancada por el conflicto entre un socialismo urbano-industrial y un conservadurismo rural-provincial, muchos gravitaron hacia una promesa fascista plausible de "trascender" la división nacional. Pero el atractivo inusualmente fuerte del fascismo aquí se debió probablemente a la posibilidad de que este país de etnia alemana pudiera unirse al Reich nazi, más exitoso económica y geopolíticamente. Las cuatro fuentes de poder social parecen haber estado implicadas en este atractivo, aunque los factores macroeconómicos desempeñaron un papel más importante que en otros lugares.

ANTISEMITISMO AUSTRIACO

La contribución más significativa de Austria al fascismo europeo fue la intensificación de su antisemitismo político. Aunque históricamente había habido menos pogromos que en Polonia o Ucrania, Austria había sido pionera en el desarrollo de movimientos políticos antisemitas modernos. Desde la década de

1850, la política austriaca había estado impregnada de una retórica que asociaba a los judíos con el capitalismo rapaz, el radicalismo político y religioso, un cosmopolitismo antinacional y una amenaza racial oriental para la "civilización occidental". Pulzer (1993: 38) señala que, aunque a los eruditos les gusta distinguir entre antisemitismo económico, político y religioso, los políticos austriacos prosperaron al difuminarlos en una única amenaza para la unidad del pueblo austriaco o alemán. Su retórica iba acompañada de historias de miedo en los periódicos y estadísticas exageradas sobre el número de bancos, grandes almacenes, periódicos, cines, etc. judíos. El antisemitismo adquirió una profunda resonancia popular. A partir de la década de 1880, Schonerer y Lueger hicieron del antisemitismo el núcleo de sus partidos nacionalistas de masas. Schorske (1981: cap. 3) dice que desarrollaron "la política en una nueva clave", patrocinando sus propios periódicos, clubes deportivos y manifestaciones masivas y violentas. A partir de ese populismo se desarrolló fácilmente el fascismo.

225

A medida que el Imperio de los Habsburgo se debilitaba, el nacionalismo austriaco y alemán se fortalecía. En los primeros años del siglo XX, los judíos eran vistos como chiflados cosmopolitas del régimen antinacionalista y antidemocrático de los Habsburgo. Ya en 1884, el líder del SPD Karl Kautsky advirtió: "Los antisemitas son... mucho más peligrosos que en Alemania porque su apariencia es opositora y democrática, apelando así a los instintos de los trabajadores" (Carsten 1977: 16). Seguían siendo más peligrosos en un sentido popular. Desde finales de la década de 1930, aunque los nazis alemanes comprometidos mostraban el antisemitismo más feroz, parece que hubo más austriacos que participaron en disturbios, apropiación de propiedades de vecinos judíos y deportaciones locales antes de la Solución Final (Botz 1987b; Bukey 1992: 214-19).

La fuerza del antisemitismo austriaco se explica a veces en términos predominantemente materialistas: A la clase obrera le molestaba la riqueza judía, a la clase media la competencia judía (Pauley 1981: 16-17). Esto sólo podía ser plausible en Viena, donde vivía el 91% de los judíos. En otros lugares, los judíos estaban en gran medida ausentes del consumo ostentoso y la competencia. Pero en Viena constituían alrededor del 10 por ciento de la población de la ciudad, una minoría notable y próspera. En 1914, los judíos vieneses eran predominantemente de clase media y tenían una buena educación. Alrededor del 35% de los alumnos del Gymnasium de Viena (el mejor instituto) eran judíos, al igual que el 28% de los estudiantes universitarios de la ciudad. Eran muy cultos. Judíos vieneses como Freud y Mahler figuraban entre las grandes figuras de la alta cultura europea. Los judíos proporcionaban el 62% de los abogados y dentistas de la ciudad, el 47% de los médicos, el 71% de los profesores universitarios y el 18% de los directores de banco. El 94% de las agencias de publicidad eran judías, el 85% de los vendedores de muebles y el 70% de los comerciantes de vino y textiles (Pauley 1987: 154-5). Se trata de concentraciones formidables. En total, unos 200.000 cristianos tenían

empleadores judíos, aunque los judíos eran muchos menos en la mayoría de las ramas manufactureras y en otras ciudades. A diferencia de Alemania, encontramos raíces materiales plausibles para el antisemitismo, expresadas a través del resentimiento urbano hacia el capitalismo financiero y de servicios dominado por los judíos y en el resentimiento rural hacia las ciudades supuestamente dominadas por los judíos.

226

Sin embargo, con una excepción principal, el nazismo y el austrofascismo eran más fuertes allí donde había menos judíos. Los judíos representaban menos del 2% de la población fuera de Viena. Aunque algunas profesiones podían contener rivalidad religiosa en Viena, esto era raro en otros lugares. Pocos profesores eran judíos, los judíos constituían un minúsculo 0,25 por ciento de los funcionarios y aún menos estaban en el ejército. Sin embargo, el nazismo estaba arraigado en el empleo estatal, fuera de Viena, y especialmente en las zonas fronterizas de Carintia y Estiria, donde había menos judíos de todos. Aunque el austrofascismo llegó a ser importante en la clase media vienesa, su núcleo se encontraba en las ciudades de provincias y en el campo. El fascismo antisemita parece haber prosperado gracias al distanciamiento de los judíos, no a la proximidad. "El judío" podía ser un símbolo conveniente para la dominación urbana. Pero ésta sería una explicación más plausible para el austrofascismo que para el nazismo, que era más urbano.

Las excepciones urbanas son algunas profesiones y, lo que es más importante, los estudiantes. Los estudiantes formaban el grupo más nazi de toda la población y el que más probabilidades tenía de encontrarse con judíos. Su antisemitismo a menudo se centraba en la competencia judía. Los estudiantes exigían a gritos un *numerus clausus* (cuota máxima) de judíos que accedían a la universidad. ¿Los intereses materiales les convirtieron en los principales portadores ideológicos del antisemitismo hacia una población más distante? Hasta cierto punto, sí. Pero en realidad el antisemitismo estudiantil había precedido a la gran inmigración judía de principios de siglo y siempre había estado entrelazado con otros ideales derechistas, especialmente el nacionalismo pangermánico. El giro gradual de éste hacia el fascismo fue un proceso a largo plazo, aparentemente ajeno a las fluctuaciones del empleo (Whiteside 1966; Pauley 1981: 17-19, 93-4).

Ernst Kaltenbrunner, más tarde jefe del SD de Hitler, dirigió los ataques de estudiantes vieneses contra judíos y "rojos" en los años veinte. Pero sólo seguía una tradición familiar. En la década de 1890, su padre también había dirigido ataques estudiantiles contra los judíos, describiéndolos como un "cuerpo extraño" en la nación. Tanto el padre como el hijo desarrollaron después exitosas carreras como abogados provinciales, al tiempo que mantenían sus actividades nacionalistas. Josef Fitzhum, más tarde jefe de policía de las SS en los Balcanes, afirmó que sus oportunidades profesionales en Viena se habían visto arruinadas por los judíos. Sin embargo (dejando de lado un despido laboral por malversación de fondos) ya en 1918, cuando abandonaba el ejército, con veintidós años, antes incluso de que su

carrera hubiera comenzado, describía la república como dominada por la "chusma roja", las "bandas criminales comunistas" y los judíos. Parece que el antisemitismo de los nazis era algo más que mero materialismo, algo que estaba ideológicamente conectado con su fuerte nacionalismo.

Conocemos el estereotipo antisemita materialista del judío como Shylock, el prestamista, terrateniente o pequeño empresario "picapleitos", disimulador y avisgado (en algunas culturas se añade el abogado). Este estereotipo estaba muy extendido en la Austria de entreguerras. Pero coexistía con un segundo estereotipo, el de los judíos ortodoxos polacos o ucranianos procedentes del Pale of Settlement, que seguían viviendo y vistiendo a la antigua usanza, un símbolo para muchos austriacos (y otros) de la barbarie oriental: la supuesta antítesis de la civilización católica de los Habsburgo austriacos y la supuesta antítesis en el periodo de entreguerras de la nación alemana civilizada y cristiana. Pero al relacionar al culto médico, sastre o vendedor vienés -o a Sigmund Freud- con un "otro" distante, ajeno pero amenazador, Hitler y otros austriacos podrían justificar su exclusión de la nación por la fuerza. Esto podría permitir a vecinos y colegas apoderarse de sus propiedades y puestos de trabajo -quizás una solución satisfactoria para cualquier resentimiento material que pudieran haber sentido. Aún debemos explicar esta ideología de antítesis entre el judío y la nación civilizada. Pero sus causas parecen menos materiales que sus consecuencias.

227

Otras dos conexiones ideológicas parecen haber sido necesarias. En primer lugar, el antisemitismo era fundamental para la ideología nacionalista en esta región de Europa (al igual que lo era más al este, como se detalla en mi próximo volumen). Parkinson (1989: 327) más bien lo psicologiza:

Específicamente austriaco... el antisemitismo, con su veneno y codicia, sólo es explicable en términos de la condición psicológica en la que se encontraban los austriacos. ... La mayoría austriaca, aquejada de un punzante complejo de inferioridad tanto hacia los alemanes como hacia los judíos, pero incapaz de descargar su ira contra los primeros, trató de arreglárselas adulando a los alemanes y atacando a los judíos.

Pero también hay que recordar que en la preguerra los judíos cosmopolitas habían sido identificados (no inexactamente) como partidarios de la dinastía gobernante de los Habsburgo, que también habían sido antinacionalistas. Como señaló Kautsky, los movimientos populistas sostenían que los judíos apuntalaban el odiado antiguo régimen. Antes de 1900, el movimiento populista antisemita de Schbnerer había expresado tal antisemitismo. Después, la administración socialcristiana del alcalde Lueger de Viena había apuntado a un "judeo-magiar" enemigo de Austria. En otros lugares de los estados sucesores de los Habsburgo, los judíos siguieron siendo chivos expiatorios de siglos de opresión de los Habsburgo

(Sugar 1971: 154), pero en la propia Austria los judíos fueron chivos expiatorios del colapso del poder austriaco. Después de 1918 eran el único recuerdo no nacional que quedaba del desastroso "experimento multinacional de los Habsburgo". Ya hemos señalado la importancia del movimiento *völkisch*, más difuso, llevado a cabo a través de un nexo de intelectuales entre Viena y Munich, en la formación del nazismo alemán. En Austria, en el periodo de entreguerras, caló en gran parte del espectro político, derivando desde la derecha hacia la izquierda (Whiteside 1966; Carsten 1977: caps. 1 y 5). En realidad, los judíos eran enemigos del nacionalismo orgánico que ahora expresaban los nacionalistas alemanes.

228

En segundo lugar, los ideólogos nazis, al igual que en Alemania, insistían en que los judíos exacerbaban el conflicto de clases: ¿No eran judíos la mayoría de los capitalistas más grandes y explotadores y la mayoría de los "rojos" dirigentes? Esto no carecía de verdad. Muchos socialistas y capitalistas destacados (aunque no la mayoría) *eran* judíos. Se cree que el 75% de los judíos vieneses votaban socialista. Los nazis establecieron una dicotomía entre una nación alemana idealizada y sus "enemigos": el capitalismo internacional/judío "extranjero" y los "bárbaros" bolcheviques orientales. El austrofascismo sustituyó al Estado-nación austroalemán, pero visualizó un enemigo similar (aunque odiaba a los judíos tanto por motivos religiosos como raciales). Un populismo anticapitalista podía atraer a muchos trabajadores no aislados dentro de las comunidades socialistas centrales (al final atrajo a muchos de ellos), mientras que el nacionalismo antibolchevique atraía a gran parte de la clase media y de la población agraria y provinciana. Como en otros países, la noción de un Estado fuerte que reuniera a los jefes de *ambas clases* en ese sector urbano-industrial atrajo un amplio apoyo. Pero aquí, como en otros países del Este, la mayoría de las cabezas atacadas parecían semitas.

Los judíos eran el símbolo tangible de todos estos "extranjeros" y por ello se convirtieron en los principales candidatos, junto con los bolcheviques, para la limpieza nacional. Como en la Austria rump no había otras minorías étnicas o religiosas significativas, los ataques contra los "extranjeros" se centraron en ellos. Los judíos se habían enredado en la conciencia popular tanto con el nacionalismo como con el conflicto de clases. El antisemitismo era una característica general de la civilización cristiana occidental. Pero durante el periodo de entreguerras se aceleró hacia una "limpieza" sistemática, en la que la eliminación de los judíos podría reducir de forma plausible el conflicto de clases y hacer que la nación fuera más integral. El problema con una explicación materialista del antisemitismo, o del fascismo en general, no es que los intereses y resentimientos económicos no fueran importantes. Es que el interés propio no conduce automáticamente a ningún resultado político concreto. Entre un sentimiento de frustración económica personal y ser antisemita, conservador o socialista hay un reino de ideología y política en el que los movimientos políticos intentan persuadirnos de quién puede ser nuestro enemigo y quién nuestro amigo. Si estos enemigos y amigos son tan amplios como "clases" o

"naciones", nuestra experiencia material real no puede confirmar su "verdad", sólo su plausibilidad superficial. Por tanto, es principalmente el ámbito de la política y la ideología, mediado por estructuras sociales más complejas y locales que la clase o la nación, el que deben explorar las explicaciones del antisemitismo de masas. Esto fue especialmente cierto en Austria. Aunque el fascismo austriaco llegó a tener un componente sustancialmente económico, esto fue mucho menos cierto en el caso de su antisemitismo, una parte clave del fascismo austriaco y especialmente de su virulencia y violencia.

229

¿UNA CONSPIRACIÓN DE LAS ÉLITES? MOTIVACIONES DE CLASE

¿Hubo también una conspiración de la clase alta austriaca, como en Italia y (en menor medida) en Alemania? ¿Ayudaron las clases dominantes a los fascistas como forma de reprimir a las clases bajas, comprometiendo la pretensión fascista de representar a la nación y trascender las clases? En el caso de los austrofascistas, la respuesta es claramente afirmativa. *El Heimwehr* mantenía relaciones íntimas con el clero y los cuerpos de oficiales y recibía grandes subvenciones de capitalistas con ideas políticas (obviamente una minoría de todos los capitalistas) una vez que percibían que la república se había vuelto insegura (el *Heimwehr* también recibía dinero de Mussolini). El régimen de Dollfuss estaba formado por personal del antiguo régimen, con el apoyo de capitalistas modernos. Los grandes terratenientes y empresarios dominaban su política económica deflacionista. Después de que el régimen de Hitler promulgara las leyes raciales de Nuremberg, incluso los capitalistas judíos ayudaron al austrofascismo, ya que ahora vivían aterrorizados por su rival, el nazismo. Algunos capitalistas austriacos también temían el aumento de la competencia que supondría *el Anschluss*. Así pues, las élites y los capitalistas lideraron el debilitamiento de la república y su sustitución por el austrofascismo. Las élites fueron *fundamentales* en el austrofascismo, como no lo habían sido en el fascismo italiano ni en el alemán. Por el contrario, sólo unas pocas empresas de propiedad alemana contribuyeron a los nazis austriacos. La mayoría de los miembros de las clases altas desconfiaban mucho del populismo radical nazi. Su responsabilidad directa en la toma del poder por los nazis fue escasa.

¿Cuál era la motivación de las élites austrofascistas? ¿Fue una simple motivación de clase? A veces admitían que lo era, aunque (como en otros países) alegaban defensa propia, es decir, defensa de los derechos de propiedad y del beneficio capitalista. Afirmaban que su apoyo era una respuesta justificada a la violencia de los socialistas. Repaso las distintas partes de su argumento. En primer lugar, decían que los socialistas proclamaban la "revolución", que claramente amenazaba la propiedad. De hecho, los socialistas habían proclamado la revolución en 1918-19, en medio del colapso del Imperio de los Habsburgo. Pero los propios socialistas habían

desactivado inmediatamente la revolución desmovilizando a los consejos de trabajadores y soldados, aconsejando a los manifestantes que regresaran a sus casas, alabando la constitucionalidad republicana y ni siquiera pidiendo purgas en la administración pública o el ejército. Aunque en respuesta a los paramilitares derechistas formaron su propio paramilitar en 1923, la *Schutzbund*, ésta era una organización más bien defensiva. Es cierto que se negaron a unirse a un gobierno de coalición nacional, floreciendo razones marxistas: El Partido Socialista era el partido del proletariado, los demás partidos representaban a clases opuestas, no podía haber alianza entre ellos. También creían (no sin razón) que la oferta era una estrategia para hacerles compartir la responsabilidad del desempleo masivo de la Depresión. Su intransigencia fue un soplo táctico a la izquierda socialista. Tácticamente, funcionó: La izquierda no desertó al pequeño Partido Comunista, pero fue incapaz de influir en la política del partido. Pero fue un desastre estratégico. Polarizó Austria hasta un nivel en el que la violencia (movilizada más eficazmente por la derecha) podía parecer una solución razonable, e hizo a los soldados y funcionarios socialistas vulnerables a las purgas socialcristianas. En 1933, el Partido Socialista se desesperó, cambió de rumbo y ofreció un compromiso y una coalición a los socialcristianos. Pero ya era demasiado tarde: los socialcristianos estaban ahora embarcados en su viaje hacia soluciones autoritarias (Gulick 1948: II, 1266-78).

230

En la práctica, el Partido Socialista se había adherido durante mucho tiempo a la "democracia burguesa" y al reformismo. El impulso reformista fue mayor en la llamada Viena Roja, a cuyo gobierno regional (controlado por los socialistas) la constitución asignaba considerables poderes, incluidos los fiscales. La envergadura de los proyectos de vivienda, educación y bienestar social de la Viena Roja no era especialmente grande desde una perspectiva comparativa, pero sí lo era su método de financiación: impuestos progresivos pagados desproporcionadamente por las clases media y alta. Si sus enormes bloques de viviendas públicas eran el símbolo de la socialdemocracia de entreguerras, los impuestos redistributivos eran su infraestructura (Gruber 1985; Marcuse 1985). Esto tendía a exprimir los beneficios de los ricos, como hacen este tipo de programas en todas partes. La segunda motivación de clase de las clases adineradas, el beneficio capitalista, se puso en marcha. A corto plazo puede ser un temor justificado. Pero a largo plazo tal redistribución no redujo realmente los beneficios. Un reformismo tan agresivo era sólo el equivalente de lo que los socialistas suecos y daneses emprendieron un poco más tarde - y de lo que, de hecho, la Segunda República Austriaca llevó a cabo de forma más consensuada y logrando resultados macroeconómicos espectaculares después de la Segunda Guerra Mundial. Ninguno de los dos provocó reacciones fascistas. Y puesto que la mayoría de los austriacos, y especialmente la mayoría de los fascistas austriacos, no vivían en Viena, es difícil considerar que los logros reales del socialismo austriaco exigieran una respuesta *fascista* por parte de la derecha.

En segundo lugar, afirmaban que la reacción fascista fue una respuesta a las

huelgas masivas incendiarias, la retórica y la violencia callejera ocasional de la izquierda. Pero la tasa de huelgas austriaca no era particularmente alta, y sólo algunas huelgas ocasionales fueron violentas después de 1920. Las huelgas alcanzaron su punto álgido en 1931 y luego descendieron hasta casi cero en 1934, como resultado de la Gran Depresión y de niveles moderados de represión. Los conservadores podrían sostener que un régimen semiautoritario debía continuar, pero difícilmente podrían justificar el austrofascismo o el nazismo como respuesta a las huelgas.

En tercer lugar, las críticas de la derecha a la retórica socialista solían centrarse en una cláusula del "Programa de Linz" de 1926 del partido. A menudo se ha considerado que aboga por la "dictadura del proletariado". Merece la pena citar esta cláusula:

231

El Partido Obrero Socialdemócrata debe... mantener para la clase obrera la posibilidad de destruir el dominio de clase de la burguesía por métodos democráticos. Sin embargo, si a pesar de todos estos esfuerzos del Partido Obrero Socialdemócrata, una contrarrevolución de la burguesía lograra hacer añicos la democracia, entonces la clase obrera sólo podría conquistar el poder del Estado mediante la guerra civil. Sin embargo, si la burguesía se resistiera al cambio revolucionario social, que será la tarea del poder estatal de la clase obrera, mediante la constricción planificada de la vida económica, mediante un levantamiento violento o mediante la conspiración con potencias contrarrevolucionarias extranjeras, entonces la resistencia de la clase obrera se vería obligada a romper la resistencia de la burguesía mediante la dictadura.

La prosa es tortuosa, pero todo lo que yo (y Lowenberg 1985: 73-4) puedo leer en ella es el derecho de un gobierno o partido legalmente constituido a armarse en defensa propia, si es atacado. De hecho, los socialistas austriacos demostraron una contención extraordinaria, incluso suicida, frente a las provocaciones de la derecha (Stadler 1981). Sus paramilitares, la *Schutzbund*, contaban con unos 80-90.000 efectivos, pero estaban mal armados y mínimamente entrenados. Su violencia era casi siempre reactiva y se limitaba a defender las zonas más proletarias de la ciudad. A diferencia de los dos paramilitares fascistas, rara vez desfilaba fuera de sus guetos. No recurría a las tácticas de provocación que eran universales entre los movimientos fascistas. Por supuesto, sobre el terreno, los gritos y las marchas a menudo se convertían en peleas que apenas prestaban atención a las distinciones entre ataque y defensa. Sin embargo, los líderes del partido, temerosos de las "provocaciones" de sus bases (Botz 1985), controlaban estrictamente las acciones de mayor envergadura. Los socialistas habían tenido malas experiencias. En 1927, dos miembros derechistas *del Frontkämpfer* que habían disparado sin provocación a dos trabajadores socialistas fueron absueltos por un tribunal partidista. Se produjo un

motín y el Palacio de Justicia fue despedido. Ignorando las súplicas de los líderes socialistas de moderación y cooperación para apaciguar la situación, el gobierno socialcristiano envió a la policía armada, que mató a tiros a entre ochenta y cinco y noventa personas de la multitud. El titular del periódico oficial de tirada masiva de los socialcristianos gritaba "Un juicio justo". Los socialcristianos, los nacionales alemanes, *el Heimwehr* y los nazis gritaban: "¡Bolchevismo! ¡Revolución! Pero aunque los socialistas de base estaban ahora enardecidos, los líderes socialistas los calmaron, apaciguando la situación con meras protestas parlamentarias.

La moderación socialista continuó hasta 1934, con las medidas represivas de Dollfuß y las violentas manifestaciones *de la Heimwehr* que pretendían convertirse en un "putsch rodante". Ambos pretendían provocar la resistencia de *la Schutzbund* para que el Estado la aplastara (*la Heimwehr* también intentaba provocar el levantamiento de los nazis). Pero ahora los socialistas abandonaron sin más su proclamado derecho a la autodefensa.

232

Casi toda la dirección del partido se sometió sin luchar, hasta el punto de ofrecer concesiones a los líderes austrofascistas para permitir su propia supervivencia. En marzo de 1933, cuando Dollfuß impidió que se reuniera el Parlamento, *la Schutzbund* recibió finalmente la orden de movilizarse, aunque en posiciones defensivas. Pero inmediatamente el líder socialista Otto Bauer ordenó que se retirara de nuevo, como gesto de buena voluntad. El gobierno respondió ordenando su disolución. Al final, en febrero de 1934, Richard Bernaschek, líder de *la Schutzbund* en la ciudad de Linz, inició una insurrección local contra una redada policial. Ésta se extendió inmediata y espontáneamente por las organizaciones socialistas de varias partes del país. Pero el levantamiento fue contra las órdenes expresas de la dirección del partido, descrita despectivamente por Bernaschek como "los guarda-frenos" del socialismo. Había telefoneado la señal de "¡A las armas!" en el mismo momento en que la policía derribaba su puerta para detenerle. Sin líder, sin coordinación, sin entrenamiento para atacar a las tropas o incluso para ocupar un espacio estratégico neutral, las milicias socialistas no pudieron sobrevivir al ataque de las tropas regulares, la policía y las formaciones *del Heimwehr*. Habían sido provocadas con éxito a un levantamiento tardío y desorganizado. Y revelando la naturaleza pacífica del socialismo de entreguerras, ésta fue la mayor resistencia proletaria al fascismo que encontramos en cualquier lugar fuera de España.

Más tarde, en el exilio, Bauer lamentó su error: en marzo de 1933, dijo, el Partido Socialista debería haber ordenado una huelga general y una acción ofensiva, como proclamaba el programa de Linz. "Entonces éramos todavía lo suficientemente estúpidos como para confiar en la promesa de Dollfuß.... Fue un error, el más fatal de nuestros errores". En Austria, como en todos los demás países, no fueron los socialistas sino los dos movimientos fascistas quienes honraron la violencia. *La Heimwehr* se enorgullecía de su agresividad paramilitar, aunque a veces los líderes se retraían de los excesos de las bases. Los nazis proclamaban con orgullo el "terror

de las tropas de asalto" y la "violencia despiadada contra el terror bestial". Y como ocurre en todos los países, el desequilibrio en el compromiso con la violencia se reflejó en las bajas. Entre los 859 muertos o heridos graves durante la contienda civil de 1918 a 1934 encontramos la habitual proporción de 2 a 1 de víctimas socialistas frente a fascistas (Botz 1982: 303; Bukey 1986: 120-37).

Contrariamente a lo que afirma la derecha, los socialistas austriacos eran básicamente demócratas. Por el contrario, los dos bandos nacionalistas eran, como mucho, demócratas "accidentales" (por utilizar la expresión española comentada en el capítulo 9). Sólo fueron demócratas mientras pudieron mantenerse en el poder por medios democráticos. Pero no cedieron el poder a los socialistas. En su lugar, eligieron opciones autoritarias y fascistas. Incluso en los años veinte había muchos autoritarios en el partido socialcristiano y en la Iglesia católica. Desde mediados de los años veinte, los gobiernos socialcristianos cercenaban los derechos constitucionales, purgaban a los socialistas del ejército y la administración, ejercían una represión selectiva y cooperaban con *la Heimwehr*. La principal función del ejército pasó a ser la represión de las huelgas. Después se purgó el nazismo en el ejército. A mediados de la década de 1930, el ejército era un brazo fiable del austrofascismo, aunque a partir de 1936 volvieron a infiltrarse nazis en él (Stülpfarrer 1989:194-5). Cuando la Depresión trajo consigo la crisis económica y cuando los socialcristianos y los nacionalistas alemanes se enfrentaron a la presión de los fascistas, ambos rompieron con la democracia. Algunos líderes y activistas se pasaron directamente a los dos movimientos fascistas, otros presionaron a sus propios movimientos hacia la derecha.

233

No tenían por qué haberlo hecho. Podrían haber buscado una gran alianza democrática con los socialistas. Esto habría implicado concesiones sobre el personal y el papel de las fuerzas armadas y la policía, además de concesiones keynesianas para aliviar la Gran Depresión. O podrían haber vuelto su represión contra los fascistas e intentado restaurar el statu quo cuasi democrático de mediados de los años veinte. La policía y el ejército podrían no haber consentido en reprimir a *la Heimwehr* (sí reprimieron a medias a los nazis en 1934, aunque se habrían negado a hacerlo en 1938). Pero dado que se trataba de los propios organismos represivos de los socialcristianos, esto sólo revela cómo el régimen se había impregnado de sentimientos autoritarios. O simplemente podrían haber seguido adelante con un gobierno en minoría y estar preparados para nuevas elecciones. Pauley (1981: 80) no puede argumentar que los nazis sólo podían alcanzar el 25 por ciento de los votos y, al mismo tiempo, argumentar que Dollfuss sólo podía moverse más a la derecha (si no se conseguía una alianza con los socialistas). Algunos apologistas de los regímenes de Dollfuss y Schütschnigg argumentan que suprimieron a los socialistas para introducir un "autoritarismo temporal", para dar un respiro para hacer frente al nazismo. Esto no es convincente: Es extraño defender la democracia reprimiendo al mayor grupo de demócratas. No; hombres como Dollfuss y Schütschnigg *preferían* el

autoritarismo, y a la hora de la verdad preferían a los fascistas antes que a los socialistas democráticos; por eso ellos mismos se convirtieron en compañeros de viaje fascistas y por eso utilizaron el poder armado del Estado para reprimir a los demócratas.

Un estudio de la ciudad de Linz, en Alta Austria, que era la ciudad natal de Hitler, refuerza este juicio. Durante la década de 1920, Linz parecía un modelo de democracia de compromiso. Esto se debía en parte a los acuerdos constitucionales: La ciudad tenía una administración socialista, pero obtenía sus ingresos del gobierno provincial de Alta Austria, que era socialcristiano. Se ha prestado demasiada atención a Viena, cuya ciudad tenía el estatus constitucional de provincia y, por tanto, podía recaudar sus propios impuestos y evitar compromisos con los conservadores. Pero en Linz, como en otras ciudades, para evitar la ruptura total las dos administraciones tuvieron que cooperar y llegar a acuerdos. Incluso en los primeros días del régimen de Dollfuss, algunos líderes socialcristianos e incluso nacionales alemanes se resistieron a su autoritarismo. Cuando se produjo la ruptura en Linz, primero se produjo en la Iglesia católica, ya que el obispo local, autoritario desde hacía mucho tiempo, prohibió la actividad política de su clero más conciliador. Luego vino el colapso de la principal organización de base de los socialcristianos, la Asociación Popular Católica, ahora desgarrada por las disputas y en cierto modo redundante en un régimen autoritario. Los socialcristianos de Alta Austria estaban en línea autoritaria con el régimen para cuando Bernaschek lanzó su desesperada resistencia (Bukey 1986: esp. 39-74, 112-19). Algunos conservadores estaban comprometidos con la conciliación democrática, pero para la mayoría había sido algo efímero y "accidental", no por principios.

234

Al igual que en otros países, los conservadores austriacos habían abrazado el fascismo y sacado sus pistolas demasiado pronto. Una teoría clasista de su indecorosa precipitación tendría que centrarse en su deseo de mantener el beneficio capitalista, no la propiedad per se. Se resistieron a la reforma más que a la revolución, ya que sólo se vieron amenazados por la reforma. Reaccionaron con hostilidad a casi todas las manifestaciones, distorsionaron la "violencia" de los programas socialistas, ellos mismos perpetraron mucha más violencia y con mucho más disfrute. Por supuesto, se sentían vulnerables y amenazados. Habían sido la élite dirigente de una gran potencia hasta 1918. Habían sido atemorizados por los movimientos insurreccionales de 1918, aunque habían logrado recuperar el poder. Tenían puntos de vista similares a los de sus homólogos alemanes (analizados en el capítulo anterior). Consideraban que el Estado debía poseer poderes de orden público por encima de los de un parlamento, que podían ser capturados por los "ejércitos de masas" de la sociedad civil. En vista del fracaso de los conservadores alemanes, intentaron reforzar su propio poder con un movimiento de masas, el austrofascismo. Podrían haber tenido éxito, como lo tuvieron Franco y Salazar. Fue esencialmente el mayor éxito de Hitler al lado lo que les minó. Una vez más, la

democracia no estaba institucionalizada de forma estable. En una crisis, la derecha tenía otras opciones. Las abrazaron por razones sustancialmente de clase, como sostienen los marxistas. Pretendían plenamente que su Estado corporativista reprimiera a la izquierda y augurara un capitalismo más "armonioso". El austrofascismo tenía ciertamente un sesgo capitalista. Sin embargo, eso no es todo lo que fue el fascismo austriaco.

EL ATRACTIVO DEL ESTATISMO NACIONAL

Entrelazado con su sesgo capitalista había un segundo motivo, más dominante en el ala populista del austrofascismo y dominante en el nazismo austriaco. En este caso, la auténtica preferencia por el fascismo frente a la democracia tenía un origen más nacionalista. Estos fascistas preferían un Estado autoritario, movilizad por las masas y unipartidista que encarnara la nación "racialmente pura", limpia de "extranjeros" y "traidores". El capitalismo no les interesaba demasiado. No tenían nada importante que decir sobre el capitalismo más allá de la limpieza de elementos extraños de sus dos clases contendientes, los "bolcheviques" de las filas del trabajo y los "judíos" del capital. De hecho, estos dos se fundían a menudo en un singular enemigo compuesto, el "judeo-bolchevismo". Proclamaban con orgullo la superioridad de esta visión brutal frente a la conciliación y el compromiso que constituyen la esencia de la democracia. Eran predominantemente jóvenes y bien educados en una época en la que el fascismo arrasaba los países adyacentes. Por eso creían que el estatismo nacional extremo, purificador y trascendente era la idea del momento. También influyeron en su estatismo nacional el antisemitismo racial que crecía en su región de Europa.

235

Tanto un sesgo precapitalista como un estatismo-nación más populista impregnaron ambos movimientos, aunque el sesgo capitalista dominó cada vez más el liderazgo del austrofascismo y el estatismo-nación predominó siempre en el nazismo. Una vez que el austrofascismo estuvo en el poder, las tensiones entre ambas motivaciones empezaron a hacerlo estallar. Una vez que Mussolini ya no pudo proteger a Austria de Alemania, y una vez que Hitler ejerció presión económica, los nazis pudieron explotar su fragilidad e incluso infiltrarse en el régimen, arrebatándole la mayoría de sus militantes. En el momento de la "invasión" alemana, la administración austriaca estaba desesperadamente dividida y el ejército se mantuvo al margen, mostrando claras simpatías pronazis, reacio a poner su monopolio formal del poder militar al servicio del Estado. Hasta 1936 aproximadamente, la administración y el ejército se habían movido para abrazar el austrofascismo. Cuando éste decayó, también lo hicieron ellos. Hitler quedó asombrado por la calidez de su acogida y por la facilidad con la que los nazis austriacos se hicieron con la mayoría de las administraciones provinciales antes de

que las tropas alemanas llegaran cerca de ellas (Pauley 1981: 216-17). La toma del poder por parte de los nazis disminuyó el sesgo capitalista y aumentó la limpieza del estatismo nacional.

Las macrocausas del fascismo austriaco han demostrado ser bastante similares a las que operan en otros casos analizados hasta ahora. Una crisis militar (en este caso una derrota catastrófica más escaramuzas fronterizas de posguerra) unida a una crisis económica continuada (recesión continuada y conflicto de clases) hizo que la ideología fascista pareciera plausible y generó su base de apoyo político (paramilitares más electorados que apoyaban el estatismo nacional y la trascendencia de clase). Dos peculiaridades austriacas hicieron entonces de ésta una mezcla muy distintiva de fascismo. En primer lugar, dado que existían dos ideales de Estado-nación diferentes (una pequeña Austria y una gran Alemania), había dos fascismos rivales. El austrofascismo era la opción pequeña, más corporativista y del antiguo régimen; el nazismo era la opción grande, más radical. Como el antiguo régimen había sobrevivido bastante bien a los desastres de 1918, podía fusionarse con el austrofascismo para hacerse con el control del país. De hecho, podría haber gobernado tanto tiempo como los regímenes de Franco o Salazar. Pero, en segundo lugar, el Gran Hermano alemán que vivía al lado aseguró el triunfo de la gran Alemania y, por tanto, del nazismo. Esta explicación combina las relaciones de poder ideológicas, económicas, militares y políticas, aunque en una configuración global distinta. En particular, el paramilitarismo desempeñó aquí un papel diferente y menor en la toma del poder. Ambos fascismos movilizaron a paramilitares. Pero los nazis los movilizaron contra el poder militar del Estado en 1934 y fueron aplastados; mientras que el éxito de los dos "golpes", de los austrofascistas en 1934 y de los nazis en 1938, también estuvo garantizado por el poder militar de un Estado.

236

Los austriacos iban a cometer muchas atrocidades antes de perder la guerra. Pero éste no fue el desenlace final, ya que el mito aliado indultó a la mayoría de ellas. Hubo pocos juicios austriacos por crímenes de guerra. El salario del pecado resultó ser una vida desahogada en uno de los países más ricos y aparentemente más armoniosos del mundo. La estrecha cooperación de posguerra entre socialistas y socialcristianos debía algo al legado del corporativismo fascista. Quizá debía algo más a un culpable secreto compartido: "si no nos ahorcan juntos, seguramente nos ahorcarán por separado".

7

La familia húngara de los autoritarios

INTRODUCCIÓN A EUROPA ORIENTAL

La mayoría de los debates sobre el fascismo se centran en Italia y Alemania (en ocasiones se amplían para incluir a su *homónimo* austriaco). Sin embargo, ningún análisis puede estar completo sin Europa del Este, donde el fascismo se difundió ampliamente, no sólo como un movimiento distinto, sino también como una fuerza radical corrosiva dentro de regímenes autoritarios más conservadores. Durante el periodo de entreguerras, los autoritarios siguieron siendo una familia díscola cuyos miembros reaccionarios, corporativistas y fascistas luchaban ruidosamente por el dominio general. Aquí también las economías estaban menos desarrolladas y los viejos regímenes sobrevivían bien. Aquí la mayoría de los estados y naciones también tenían fronteras problemáticas, lo que fomentaba versiones rivales del nacionalismo orgánico. ¿Hasta qué punto eran diferentes estas familias orientales? ¿Podríamos considerarlas estrategias tardías de desarrollo económico, resistencia a la explotación de países más avanzados o producto de rivalidades étnicas locales? ¿Encontraríamos aquí los mismos núcleos fascistas? Respondo a estas preguntas con capítulos sobre Hungría y Rumanía, los países con los movimientos fascistas más significativos.

Ambos movimientos eran grandes. El movimiento húngaro de la Cruz Flechada¹ contaba con unos 250.000 miembros en 1939-40, el 2,7 por ciento de la población nacional (Szollbsi-Janze 1989: 128-33). La Legión Rumana del Arcángel San Miguel (a veces llamada la Guardia de Hierro) tenía 272.000 miembros en 1937 y entre 300.000 y 500.000 en 1941, entre el 1,5 y el 2,8 por ciento de la población rumana (Heinen 1986: 382, 454; Ioanid 1990: 72). Se trata de porcentajes superiores al 1,3 por ciento alcanzado por el nazismo alemán y al 1,0 por ciento del PNF italiano

¹ El fascismo húngaro comprendía varios partidos y grupos pequeños cuya desunión obstaculizó su desarrollo. A finales de la década de 1930, la Cruz Flechada consiguió unir a la mayoría de ellos bajo el liderazgo de Ferenc Szalasi, aunque pequeños grupos "nacionalsocialistas" independientes sobrevivieron durante el periodo de guerra. Para simplificar, me referiré a las múltiples facciones del fascismo húngaro como "La Cruz Flechada".

antes de sus tomas de poder. Ambos movimientos también consiguieron grandes votaciones en las elecciones. Al partido rumano se le atribuyó oficialmente el 16 por ciento de los votos en 1937, a pesar del acoso gubernamental y el amaño de resultados. El jefe de policía confesó más tarde que su porcentaje real de votos se acercaba al 25%, mientras que otros partidos nacionalistas y antisemitas extremos obtuvieron casi otro 25% (Ioanid 1990: 69). La coalición de la Cruz Flechada obtuvo el 25% en las elecciones húngaras de 1939, mientras que otros partidos sumaron más del 50% de los votos de la "derecha radical". Dado que sólo podían votar los hombres húngaros mayores de veintiséis años y las mujeres mayores de treinta, y que los jóvenes eran más fascistas, estos porcentajes deben subestimar su apoyo popular. Así pues, ambos movimientos eran grandes y claramente fascistas en ideología y organización, desplegando los paramilitares y ceremoniales fascistas habituales, y obligando a muchos de sus rivales a vestir ropajes similares.

238

Ambos movimientos fascistas adquirieron un breve poder gubernamental sólo durante la guerra, pero también penetraron e influyeron en otros gobiernos de entreguerras y de tiempos de guerra. Dado que los fascistas surgieron más tarde en Europa del Este, las élites gobernantes pudieron aprender de la experiencia italiana y alemana cómo mantener a raya a los fascistas reprimiéndolos alternativamente y robándoles sus ideas, una estrategia que explicaron a los diplomáticos británicos (cuyos informes a Londres han sido editados por Vago 1975). Esto ayudó a contener el fascismo autoproclamado, pero significó que desde mediados de la década de 1930 los regímenes de estos países estaban impregnados de ideas y prácticas fascistas, mezcladas con un autoritarismo más conservador. También significó que los "verdaderos" fascistas nunca aprendieron mucho oportunismo, ya que los antiguos regímenes no estaban tan dispuestos a conspirar con ellos. En su lugar, los fascistas permanecieron en gran medida fuera del poder, como fascistas "radicales" intransigentes.

Los dos países se convierten así en cruciales para cualquier comprensión general del fascismo. Se diferenciaban entre sí en tres aspectos importantes. En primer lugar, Hungría fue (junto con Austria) el mayor perdedor de la Primera Guerra Mundial, cediendo el 68% de sus territorios y el 59% de su población. Rumanía, el principal adquirente de esos territorios y esa población (más las ganancias de otros perdedores, Austria, Rusia y Bulgaria), fue sin duda el mayor ganador. En segundo lugar, sus estructuras de clases rurales eran muy diferentes. La "alta burguesía" húngara conservó su poder político tras la Primera Guerra Mundial, por lo que la reforma agraria fue mínima. Sin embargo, Rumanía tenía pocos latifundios, y aún menos tras las reformas agrarias de posguerra dirigidas principalmente contra las minorías étnicas. Hungría tenía una poderosa clase terrateniente, Rumanía una clase campesina potencialmente poderosa. En tercer lugar, Hungría había sido hasta entonces uno de los países más tolerantes con los judíos, que supuestamente habían disfrutado de una "Edad de Oro" antes de la guerra, mientras que Rumanía había

sido el país más antisemita de Europa, el único que seguía negando la ciudadanía a los judíos en 1918. Esto debería impedirnos hacer generalizaciones simples sobre el impacto de la guerra mundial, los terratenientes reaccionarios (ambos tratados en el capítulo 2) o el antisemitismo tradicional en el fascismo. Pero los dos países eran similares en otros aspectos importantes. Eran vecinos, países menos desarrollados y potencias menores. Nos permiten ampliar nuestra comprensión del fascismo.

239

Sin embargo, estos dos fascismos no han sido tomados en serio. Su historia se registró mal, y luego se distorsionó a lo largo de cuarenta años de historiografía comunista que tachó a los fascistas de "criminales", "depravados", "lumpen" y "pequeñoburgueses", marginales para el país, supuestamente su única fuente significativa de antisemitismo (por ejemplo, Lacko 1969; Ranki 1980). La caída del comunismo todavía no ha producido un florecimiento de la investigación local. Los húngaros y rumanos siguen siendo comprensiblemente reacios a enfrentarse a la posibilidad de que fascistas y antisemitas hayan estado cerca de la corriente principal de la vida nacional durante el último experimento democrático de sus países. Así que explicar estos fascismos no es fácil. La escasez de buenos datos parece haber persuadido a algunos historiadores de Hungría a tomar la vía explicativa más fácil, abrazando la teoría de clases tradicional. El fascismo húngaro, dicen, es esencialmente pequeñoburgués. Esto no ha sido tan cierto en el caso de Rumanía, donde Eugene Weber (1966a) demostró hace tiempo su apoyo interclasista. E incluso en Hungría encontramos disidentes. El empresario inglés John Keyser informó al Ministerio de Asuntos Exteriores británico en 1939 de que la Cruz Flechada era

En primer lugar, un movimiento nacional para recuperar el territorio perdido; en segundo lugar, un movimiento de clase media que aspira a ocupar las posiciones que ocupan los capitalistas; y, en tercer lugar, un movimiento de masas -tanto urbanas como rurales- que pretende destruir el capitalismo. Tanto el segundo como el tercero están, por supuesto, incluidos en el primero y comparten una expresión de sus objetivos en un antisemitismo común.

Añadió que la popularidad de los fascistas había llevado al gobierno a tomar prestado de su programa, una estrategia que consideraba "algo peligrosa, pues puede jugar directamente en sus manos" (Vago 1975: 354). La investigación de la que disponemos ahora confirma a Keyser más que a la teoría pequeñoburguesa. Berend (1998: 142-3) lo resume. No abandona del todo la teoría de clases tradicional que comenté en el capítulo 1, pues señala la presencia en el fascismo de Europa del Este de "intelligentsia lumpen y gente desarraigada de cualquier estrato social". Pero también percibe que los partidos fascistas de Hungría y Rumanía (y también de Croacia y Eslovaquia) "manifestaban un carácter altamente populista, campesino y obrero." Szbllosi-Janze (1989) ha llegado a una conclusión no muy distinta. Utiliza

los datos húngaros disponibles para concluir que el fascismo húngaro fue un movimiento popular de las masas oprimidas dirigido por élites excluidas. Esto es correcto hasta donde llega. Pero también debemos ir más allá de la clase, para observar la forma en que los conflictos estatales, sectoriales y étnicos se entrelazaron con la clase para generar los grupos de base del fascismo húngaro y rumano.

240

LA NARRATIVA HÚNGARA

Las esperanzas de una democracia liberal estable en el nuevo Estado de Hungría se hicieron añicos rápidamente, en 1919-1920. Un gobierno insurgente comunista-socialista dirigido por Bela Kun había intentado recuperar algunos de los territorios perdidos en la guerra y desafiar el deseo de la Entente de imponer duras condiciones de paz. Pero los izquierdistas fueron derrotados por las tropas rumanas y otras tropas extranjeras y rematados por las milicias derechistas húngaras "Blancas" que proclamaban lo que llamaban la "Idea Szeged" desde su base, la ciudad fronteriza de Szeged. La Idea de Szeged abogaba por la violencia dirigida contra un enemigo "judeo-bolchevique", una noción tomada de las fuerzas blancas de la Guerra Civil rusa y a la que aquí se daba verosimilitud por el hecho de que veinte de los veintiséis ministros y viceministros de Kun eran judíos. Los blancos no tardaron en masacrar a un gran número de izquierdistas y judíos y reclutar a otros en "unidades de servicio de mano de obra" coercitivas para construir carreteras (estas unidades volvieron a utilizarse para maltratar a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial). Pero el ideal de Szeged era vago en sus ideales positivos. Encarnaba un nacionalismo orgánico (Hungría no era ni oriental ni occidental, por lo que prometía una "Tercera Vía", pero sólo para los magiares) y un llamamiento inespecífico a un Estado "fuerte". La combinación era potencialmente fascista, y algunos de sus partidarios tomaron prestados en los años veinte los modelos italianos para desarrollar lo que se llamó un "fascismo de caballeros", un nacionalismo orgánico y un populismo verticalista y no movilizador y un corporativismo limitado.

El núcleo de estos movimientos profascistas se encontraba en la "Asociación de Héroes", un movimiento de veteranos militares y refugiados de los "territorios perdidos" arrebatados a Hungría por la Entente en virtud del Tratado de Trianon de 1920. Se dice que los refugiados eran principalmente militares y funcionarios desplazados que ahora formaban el núcleo de un movimiento "revisiónista imperial" que pretendía recuperar los territorios perdidos. Los refugiados formaban el 5% de la población húngara, pero supuestamente más de la mitad de los paramilitares contrarrevolucionarios. Se dice que entre un tercio y la mitad eran antiguos oficiales del ejército, en su mayoría jóvenes. Pero algunos destacamentos se formaron con estudiantes (sobre todo de medicina) de los que se dice que alrededor de un tercio

eran refugiados. Estas afirmaciones no parecen apoyarse en muchos datos. La derrota de Bela Kun castró entonces a la izquierda, provocando la emigración de miles de intelectuales de izquierda y liberales, sobre todo judíos. El antiguo régimen pudo desmilitarizarse e instaurar un régimen semiparlamentario. Tenemos algunos datos de los diputados parlamentarios que heredaron entonces la dirección derechista. Los refugiados estaban sobrerrepresentados en todos los partidos, pero sobre todo en el partido de extrema derecha (el KNEP), con una proporción de 6,9 (casi siete veces sobrerrepresentados), el doble de la proporción de 3,3 entre los diputados centristas. Los diputados refugiados también eran más jóvenes y tenían mejor formación (Braham 1981: cap. 1; Mocsy 1983: 126-9, 137-8, 146, 172-4).

241

La victoria derechista en la guerra civil permitió al antiguo régimen recuperar la mayor parte del poder perdido en 1918 y refrescarse con una generación derechista más radical de jóvenes veteranos militares y refugiados. Hungría siguió siendo una monarquía, aunque sin monarca, ya que no había ningún pretendiente viable al trono. El poder ejecutivo lo ejercía un regente, el almirante Horthy (un almirante sin armada, ya que el reducido Estado no tenía salida al mar). La parte ejecutiva del Estado se mantuvo en gran medida. Se trataba de un régimen semiautoritario, en el sentido definido en el capítulo 1, ya que tanto un parlamento elegido como Horthy y su ejecutivo poseían poderes autónomos. Pero sólo una minoría tenía derecho a voto, y en el campo las votaciones eran abiertas y estaban sujetas a la corrupción y a tácticas de mano dura, ejercidas especialmente por los terratenientes del antiguo régimen. El partido comunista está prohibido y la censura es considerable. En 1920 se introdujo un *numerus clausus* (cuota máxima) que limitaba el número de judíos que podían asistir a la universidad al 6% de la población estudiantil: la primera legislación antisemita de la Europa de posguerra. El propio Horthy era esencialmente un conservador que se tambaleaba hacia la derecha con los tiempos. Pero apoyó formalmente la Idea de Szeged y los diplomáticos británicos informaron de que su conversación estaba dominada por el odio a los judíos, los comunistas y los tratados de paz (Vago 1975: 174). Sin embargo, no era un movilizador de masas y su política era prudente. Durante la década de 1920, él y el Primer Ministro Bethlen manifestaron su deseo de avanzar hacia la democracia occidental, lamentando únicamente que el país aún no estuviera preparado para ello. Hicieron algunos intentos de acercarse al centro, y a partir de 1926 los derechistas radicales de Szeged quedaron marginados. En 1928 se modificaron las disposiciones del *numerus clausus* aplicables a las universidades, aunque el número de judíos que podían matricularse como estudiantes siguió siendo limitado (Sakmyster 1994; Sagvari 1997: 406; Berend 1998: 140-2).

Pero la fuerza del antiguo régimen también impidió una auténtica reforma agraria. El poder de los terratenientes reaccionarios seguía intacto y el populismo agrario permanecía silenciado. Aquí no había un equivalente al gran Partido Nacional Campesino rumano, y el socialismo también era débil. Así pues, parecía

poco probable que el parlamento húngaro pudiera llegar a ser realmente independiente del ejecutivo y del antiguo régimen. La derecha radical también se benefició de la popularidad del revisionismo imperial. Aunque desde 1867 Hungría había sido de hecho una nación imperial, que gobernaba la mitad del Imperio de los Habsburgo, esta dominación había sido efímera, por lo que el nacionalismo húngaro aún encarnaba un credo romántico de lucha por la liberación, producto de una larga batalla contra los turcos y los Habsburgo. Al igual que en Serbia, esta historia había dado lugar a un nacionalismo que podríamos considerar bastante imperialista - después de todo, estaban dominando a otros grupos étnicos-, pero que para los locales parecía una especie de teología de la liberación. Perdido el imperio, los magiares (como más tarde los serbios) afirmaban que no querían el Imperio, sino la "libertad". Todos los días, los escolares húngaros cantaban su versión del Juramento de Lealtad, el Credo Magyar:

242

Creo en un solo Dios,
Creo en una sola Patria,
Creo en una Verdad divina y eterna,
Creo en la Resurrección de Hungría.
Hungría desmembrada no es ningún país.
Hungría unida es el Cielo. Amén.

Las presiones derechistas, exacerbadas por el inicio de la Gran Depresión, llevaron a Horthy a restringir el sufragio, limitar las libertades civiles, purgar a los izquierdistas y a los judíos del sector público y (para comprar a los refugiados) ampliar las plazas universitarias y los puestos en la administración pública. Su régimen se derechizó a principios de la década de 1930 hasta acercarse a lo que en el capítulo 2 denominé "autoritarismo semirreaccionario", dominado por los terratenientes y la alta función pública y el ejército, alternando clientelismo, patronazgo y represión para mantener pasivas a las masas (Szöllosi-Janze 1989: 101; Sakmyster 1994). La deriva hacia la derecha continuó durante el periodo de entreguerras.

La derrota y el Trianon habían traído también un enorme trastorno económico. El nivel de vida cayó en picado. Horthy y los centristas depositaron sus esperanzas en la mejora constante, aunque poco espectacular, de la economía durante la década de 1920: En 1929, el PNB per cápita era un 14% superior al de 1913 (Bairoch 1976: 297). Como en otros lugares de una Europa del Este influida por las teorías del desarrollo posterior, los métodos elegidos fueron ligeramente nacionalistas. En 1925 se promulgaron aranceles y se hicieron los primeros intentos de políticas de sustitución de importaciones. Pero entonces sobrevino la Gran Depresión, que exacerbó el descontento. Como la izquierda socialista era tan débil, las soluciones a la Depresión tomaron una dirección autárquica y nacionalista de derechas, como ocurrió en otros lugares de Europa del Este. Se fomentó la sustitución de

importaciones, protegiendo la industria nacional a expensas de la agricultura y creando una alianza entre el Estado y la industria que impidió el cambio económico estructural y reforzó las prácticas arcaicas que beneficiaban a las clases del antiguo régimen bajo un delgado barniz de corporativismo (Aidcroft y Morewood 1995: 58-95; Berend 1998: 234-65). Durante un tiempo, esto aumentó la influencia del fascismo italiano en la derecha.

243

La pesada carga de la deuda exterior húngara se alivió con un préstamo francés. Pero esto vino con la muy resentida condición de que el régimen abandonara todo intento de revisar los tratados de paz. Los tratados incluían garantías para los derechos de las minorías, que en la antigua Hungría se referían principalmente a los judíos. Los agraviados podían solicitar a la Sociedad de Naciones en Ginebra una reparación contra su gobierno. Dado que las peticiones se sucedían de forma intermitente por toda Europa del Este, la cuestión de los derechos étnicos, especialmente de los judíos, se convirtió en un tema candente que aparecía en los titulares de los periódicos y en los discursos de los políticos. Interpretado por los nacionalistas como "injerencia extranjera", politizó aún más el sentimiento antijudío: Los judíos parecían aliados de potencias extranjeras que imponían sus condiciones a la pobre y débil Hungría. Como estas potencias también eran "capitalistas", los populistas podían añadir un matiz de clase a la acusación: Hungría estaba siendo explotada por el capital extranjero, occidental y judío. Así, el revisionismo imperial se fundió en un sentido "proletario" de la nación magiar. La protesta populista empezó a adoptar formas radicales derechistas y antisemitas, lideradas (se dice; no hay datos) por funcionarios de bajo rango, profesores y militares, con los refugiados de nuevo en primer plano. Esto hizo que algunos también fueran susceptibles al nazismo. En esta deriva hacia la derecha no es fácil desentrañar las corrientes económicas, geopolíticas y nacionalistas y estatistas más difusas.

En 1932 muchos temían disturbios sociales, especialmente en el campo, que sufría desastrosamente la Depresión. Horthy, presionado, se escoró más a la derecha y nombró primer ministro al general Gombos, viejo amigo, hombre clave de Szeged y organizador del "Terror Blanco", además de conocido antisemita. Avanzó con paso firme hacia el fascismo. Declaró que la violencia era "un medio aceptable de hacer Estado... para moldear el curso de la historia, no en interés de una estrecha camarilla, sino de toda una nación". Ahora adoptaba soluciones corporativistas para la unidad nacional y se acercaba a Mussolini. Tras el golpe de Hitler, prometió a Goring que implantaría el totalitarismo y escribió a Hitler describiéndose como "un compañero racista". Declaró que su gobierno "aseguraría nuestra propia civilización nacional basada en nuestras peculiaridades raciales especiales y en principios morales cristianos." Sin embargo, su concepción del fascismo era principalmente un corporativismo de arriba abajo: "el hitlerismo de las clases acomodadas", dijo el embajador británico. Él y sus aliados temían que los auténticos fascistas agitaran a las masas desde abajo, y este temor les unía a Horthy y al antiguo régimen. Szollsi-

Janze caracteriza su gobierno como de "nueva derecha radical", centrado en una burocracia y un ejército radicalizados, con un partido único verticalista, que basaba su legitimidad formal en las masas pero se cuidaba de no movilizarlas realmente. Su repentina muerte en 1936 frustró un probable golpe de estado que aboliría por completo el parlamento (Berend 1998: 308-11). El régimen siguió siendo autoritario y semireaccionario. El Parlamento se mantuvo, pero el poder se fue desplazando hacia un ejecutivo radicalizado.

244

Para entonces, la Depresión estaba remitiendo. Sin embargo, la economía sólo creció lentamente durante la década de 1930, mientras la agricultura se estancaba. La recuperación se vio impulsada por el aumento de los gastos militares, que supuso, como en Alemania, un espaldarazo a un enfoque keynesiano autoritario de la economía. Hungría también se vio arrastrada a la creciente esfera de influencia alemana por la oferta de unas condiciones comerciales inicialmente muy favorables. Se culpaba a las potencias liberales y a los judíos del atraso húngaro, y se alababa a la Alemania nazi como amiga de Hungría. La economía y la geopolítica seguían estrechamente ligadas. En 1938, *el Anschluss* llevó a los nazis a la vecina Austria, mientras que la humillación de Checoslovaquia permitió a Hitler devolver a Hungría sus antiguos territorios en Eslovaquia. Los revisionistas vieron que tenían un aliado alemán. A medida que aumentaba la influencia nazi, el parlamento seguía funcionando, pero la mitad ejecutiva del estado se dividió. Los autoritarios semirreaccionarios de Horthy controlaban la policía y los ministerios de Interior y Agricultura, pero los corporativistas pronazis colonizaron las finanzas, la industria y la defensa (Szollosi-Janze 1989: 97). Bajo la influencia alemana, el antisemitismo iba en aumento, y en 1938 los ultraderechistas consiguieron leyes discriminatorias contra los judíos (Mendelsohn 1983: cap. 2). Cuando el comandante Ferenc Szalasi consiguió unir a la mayoría de los pequeños partidos fascistas, muchos oficiales y funcionarios radicales se unieron a él. El Estado ejecutivo estaba ahora dividido en tres partes, entre autoritarios semireaccionarios, corporativistas y fascistas. Una sucesión de primeros ministros más "moderados" (el término es relativo) vetó periódicamente a los fascistas. El propio Szalasi fue detenido tres veces. Sin la guerra, el resultado de estas rivalidades no estaba nada claro. Una dialéctica en tiempos de paz entre el fascismo y formas más conservadoras de autoritarismo podría haber tenido resultados alternativos.

La guerra cambió en gran medida la resonancia de las diversas opciones políticas. Sin embargo, incluso durante la guerra, el régimen no se radicalizó simplemente hacia el fascismo. La geografía, la voluntad de Hitler de recuperar los territorios húngaros y su propio anticomunismo feroz indujeron a Horthy a unirse a las Potencias del Eje. Se acomodó a la hegemonía alemana conservando cierta libertad de acción. Su principal baza para negociar con Hitler era que los alemanes preferían su régimen, más ordenado, a los fascistas locales, revoltosos. A cambio de la alianza, Hitler devolvió la mayoría de los "territorios perdidos" en 1940 (lo que también

supuso la reincorporación de más minorías al reino). Mientras la Cruz Flechada languidecía, perseguida intermitentemente por el régimen, otros elementos radicales del gobierno introdujeron leyes que prohibían a los judíos ejercer profesiones de élite y poseer propiedades. Muchos miles fueron deportados en batallones de trabajadores al extranjero, para no volver. La mayor parte del Holocausto en Hungría fue obra de derechistas radicales húngaros. Sin embargo, Horthy se resistió a las exigencias alemanas de aplicar plenamente la Solución Final hasta marzo de 1944, cuando las tropas alemanas tomaron el control del país. En octubre, las SS y Szalasi organizaron un golpe de estado que condujo a un breve régimen fascista de la Cruz Flechada. El Ejército Rojo llegó en enero de 1945, arrollando y luego ejecutando a Szalasi y sus colegas. Los acontecimientos bélicos se tratan con más detalle en mi próximo volumen.

250

Esta breve narración nos permite percibir cinco grandes tendencias de entreguerras.

(1) El descontento económico generó movimientos de protesta populistas, incluido el derechismo radical. Sin embargo, la deriva derechista persistió tanto en los malos tiempos como en los buenos, por lo que no puede atribuirse simplemente al estado de la economía.

(2) Tras la guerra civil, Hungría carecía de una gran izquierda y, en su lugar, tenía un antiguo régimen radicalizado. La protesta popular contra la explotación fue expresada cada vez más por los derechistas radicales, incluidos los fascistas. Pero como la izquierda era tan débil, sería inverosímil atribuir el continuo auge de la derecha a un deseo de los capitalistas u otros de reprimir a la izquierda. Ésta ya había sido castrada.

(3) Los ideales estatistas de desarrollo surgieron durante el periodo, pero los estatistas seguían divididos entre ideales derechistas alternativos. El régimen acabó robando ropajes fascistas mientras reprimía a los fascistas reales. Sin embargo, los fascistas fueron ganando fuerza.

(4) El nacionalismo orgánico era bastante distintivo, centrado abrumadoramente en los judíos, la única minoría significativa y supuestamente "hostil" que quedaba en el país. Antes se pensaba que Hungría era "buena para los judíos", sin pogromos. Muchos judíos fueron asesinados en la explosión de 1919-20, cuando el miedo al "judeo-bolchevismo" invadió a la derecha. Después, el antisemitismo continuó burbujeando, aunque no volvió a explotar hasta finales de la década de 1930. Parece no tener relación con el estado general de la economía.

(5) La geopolítica presionó a los gobiernos húngaros para que se aliaran con otras potencias revisionistas contra las potencias liberales que habían impuesto Trianon. Los éxitos de Hitler hicieron que los revisionistas húngaros se inclinaran a favor de una alianza alemana, y algunos de ellos se vieron seducidos por el nazismo.

La conjunción de estas tendencias impulsó el fascismo, pero de forma desigual. Aunque hubo una crisis política duradera y una deriva persistente hacia soluciones

más autoritarias en el periodo de entreguerras, el resultado fascista fue más contingente, por lo que necesita una explicación detallada. Centrémonos primero en el propio movimiento fascista. ¿En qué creían los fascistas y quiénes eran?

LA IDEOLOGÍA DEL MOVIMIENTO ARROW CROSS

246

Por desgracia, Szalasi era más dado a las homilias turgentes que a los eslóganes contundentes. No es fácil hacer legibles los siguientes párrafos. El fascismo, dijo, "aunaría el interés moral, espiritual y material del yo y del nosotros". El principio moral, decía, era el cristiano, el espiritual era el "húngarismo", es decir, el nacionalismo, y el material era el nacionalsocialismo. Szalasi sostenía que cada uno de ellos era necesario, pero que cualquier idea o principio individual debía ser refrenado de los excesos. Así, si el nacionalismo no era frenado por el socialismo, conducía al chovinismo, al imperialismo y a la guerra. Si el socialismo no era frenado por el nacionalismo, desembocaba en un interminable conflicto de clases o en el "capitalismo de Estado" según el modelo soviético. El nacionalsocialismo podía trascender ese conflicto, ya que su Estado "orgánico" y su élite del partido proporcionaban "un tercer factor de producción", añadiendo al capital y al trabajo una "inteligencia" o "planificación" colectiva. El "socialismo" de Szalasi era claramente productivista. Combinaba la defensa del "trabajador como constructor de la nación" con ataques al capital financiero y la planificación estatal para abolir el desempleo. "El trabajo era la base de la vida material", el paro era la "muerte material". El nuevo orden sería corporativista, militarista y estatista: "todos los aspectos de la vida social subordinados al gobierno... un etatismo activo y brutalmente realista". Aquí había una considerable influencia italiana, aunque también había un distintivo énfasis húngaro en el ejército, el "mesías que podía obligar al país a seguir el verdadero camino".

El tercer principio espiritual del "húngarismo" expresaba "la totalidad más perfecta de la nación". Los magiares, "el único pueblo turano de cultura occidental", podían mediar de forma única entre las civilizaciones oriental y occidental. Junto con los alemanes y los japoneses, estaban destinados a ser uno de los tres "pueblos gobernantes" del mundo. Su "nación armada" traería una "Pax Hungarica" a la cuenca del Danubio y una "paz laboral" a las "clases trabajadoras" (definidas extrañamente como campesinos, obreros, intelectuales, soldados, mujeres y jóvenes). Pero Hungría debe recuperar, por la fuerza si es necesario, los territorios perdidos. Ya había habido intentos anteriores de "organización social total" por parte del ejército, la iglesia y el capitalismo. El fascismo húngaro completaría la labor totalizadora que habían iniciado. Los militares apoyarían ahora al húngarismo, ya que sus valores eran bastante similares. Pero era de esperar que la Iglesia y el capitalismo se opusieran.

Szalasi negó ser un nacionalista intolerante, alegando que el húngarismo implicaba "conacionalismo". Sin embargo, su afición a las teorías raciales y su antisemitismo lo desvirtuaban. Animó a sus seguidores a recoger cráneos para confirmar la superioridad biológica de la raza turania. Aunque insistía en que era "a-semita", no antisemita, esto significaba que creía en una Hungría "libre de judíos". También sostenía que los magiares eran explotados económicamente por los judíos, que debían ser expropiados y animados a emigrar. Aunque Szalasi no hablaba de "eliminación" (la palabra clave para el asesinato en masa), decía que la cuestión judía era la "única cuestión concreta" a la que se enfrentaba el movimiento. Y al igual que Hitler, equiparó al judaísmo con todos sus principales enemigos: el "comunismo" o el "marxismo", la "masonería", el "capital financiero" o la "bancocracia" o la "plutocracia" o el "patrón oro", y el "liberalismo" o las "democracias liberales" o el "parlamentarismo". Considerándose un buen católico, sostenía que el Antiguo Testamento mostraba "cómo Dios despreciaba a los judíos", mientras que el Nuevo Testamento era "la santificación del desprecio de Dios" (citas de Weber 1964: 157-64; Szöllbsi-Janze 1989: 220-250; Janos 1982: 272-6; Karsai 1998: 103-4).

247

Los fascistas de Szalasi se basaron en ideas que eran bastante convencionales en la derecha húngara: el nacionalismo "liberacionista" orgánico, la "tercera vía" y el antisemitismo cristiano/nacionalista. Las fusionaron con ideas tomadas tanto de Mussolini como de Hitler. De Italia adaptaron el corporativismo más la noción de Corradini de un "nacionalismo proletario" dedicado a deshacerse del yugo de la explotación extranjera. Del nazismo elaboraron el populismo magiar en una *Volksgemeinschaft* más desarrollada, hicieron el antisemitismo más racial y lo mezclaron con el antibolchevismo. El propio respeto de Szalasi por las fuerzas armadas hizo que hubiera menos conflicto entre el paramilitarismo de la Cruz Flechada y el poder militar del Estado, y a veces parecía más sacarina, a veces más pragmático que muchos líderes fascistas. Algunos de sus seguidores eran más amenazadores, pero el paramilitarismo no era tan importante en Hungría como en los otros cuatro principales países fascistas. La Cruz Flechada se manifestaba, marchaba y a veces se peleaba, pero parece que no fueron más allá hasta los años de la guerra. Esta parece haber sido la principal desviación de la mezcla normal de elementos que hemos llegado a reconocer como fascistas.

Esta era la ideología formal del movimiento. Sería bueno saber cómo gran parte de ella era aceptada por los fascistas de a pie, pero los datos parecen faltar por completo. Me veo obligado a hablar inmediatamente de qué tipo de personas eran los fascistas. E incluso sobre esto, no sabemos mucho.

¿QUIÉNES ERAN LOS FASCISTAS?

Nuestros datos no son tan buenos como los de otros países estudiados hasta

ahora, lo que nos obliga a confiar más en los juicios cualitativos de los contemporáneos. Pero los fascistas eran ciertamente jóvenes. Los informes diplomáticos británicos lo subrayaban continuamente, mientras que el fascismo aparecía primero en las universidades y entre los jóvenes soldados. Aunque el movimiento envejeció, sus líderes seguían siendo más jóvenes que otras élites políticas (Janos 1982: 282-4). Había más de una generación implicada. Para Szalasi y la mayoría de los primeros derechistas radicales, el combate en la guerra y la guerra civil fue *la* experiencia formativa, reforzada por el ambiente universitario de principios de los años veinte. El núcleo inicial combinaba, pues, generaciones "del frente" y "de casa". Pero tras el estancamiento se produjo una rápida expansión a finales de los años treinta entre los jóvenes que carecían de experiencia bélica. Una vez más, el fascismo fue más la ideología de un periodo que de una sola generación.

248

Los observadores e historiadores del fascismo húngaro han descuidado el género. No he encontrado buenos datos sobre las mujeres de la Cruz Flechada, aunque esto no significa que estuvieran ausentes, excepto como líderes. Hubo grupos auxiliares y simpatizantes femeninos, aunque no he encontrado datos sobre quiénes eran.

Los datos sobre las clases también son muy limitados. En vista de ello, muchos han recurrido a la teoría de la "pequeña burguesía" (Nagy-Talavera 1970: 152-4, 287; Janos 1982: 270-1; Vago 1987: 308-15). Sin embargo, la única fuente supuestamente autorizada no confirma este punto de vista. Deak (1966) escribe que un antiguo ministro de la Cruz Flechada le dio datos de todos los miembros en 1937 y 1940. Según esta fuente, en 1937 alrededor del 50 por ciento de los miembros eran trabajadores industriales (una proporción de 1,86), en 1940 alrededor del 41 por ciento (1,50), una sobrerrepresentación sustancial de los trabajadores.² Los campesinos y los trabajadores del campo combinados aportaron sólo el 8 por ciento (0,27) y el 13 por ciento del partido (0,44), una representación decididamente insuficiente. La clase media civil también estaba infrarrepresentada, proporcionando el 12 y el 19 por ciento de las dos muestras (proporciones de alrededor de 0,40 y 0,60, respectivamente), mientras que los oficiales del ejército constituían un gran 17 por ciento de los miembros de 1937 (fenomenalmente sobrerrepresentados; no se da la cifra de 1940). Esto indicaría un fascismo proletario-militar urbano, diferente de los movimientos fascistas que hemos visto hasta ahora en otros países. Pero necesitamos más datos antes de aceptar lo que puede ser una fuente de dudosa procedencia.

No disponemos de más datos sobre los miembros fascistas ordinarios, pero sí de algunos sobre los líderes fascistas, presentados en la Tabla 7.1 del Apéndice. La fila 1 de esta tabla detalla los líderes de 101 pequeñas comunidades rurales. Casi la mitad eran campesinos minifundistas, aparentemente bastante pobres. La mayoría

² Si su informador incluyera en esta cifra a los trabajadores del sector terciario, las proporciones disminuirían hasta situarse justo por encima de la paridad.

de los demás dirigentes eran pequeños comerciantes, artesanos y obreros, en orden descendente de importancia. Dado que la mayoría de los líderes sabían leer y escribir y la mayoría de los campesinos sin tierra no, es posible que los partidos rurales tuvieran una base bastante popular. El fascismo puede haber atraído a los campesinos por razones económicas. Los gobiernos no habían hecho gran cosa para aliviar el hundimiento de los precios agrícolas provocado por la Depresión. Como los nazis alemanes parecían haber combatido con éxito la Depresión, muchos campesinos creyeron que el fascismo también podría funcionar en Hungría, según informaron diplomáticos británicos. Pero había algo más.

La fila 2 de la tabla detalla los líderes de nivel medio en las ciudades más grandes. Como era de esperar, procedían de entornos más urbanos y burgueses. Casi la mitad eran profesionales independientes. Los de las ciudades más grandes eran en su inmensa mayoría profesionales y funcionarios. Las principales profesiones eran la medicina y, a continuación, la abogacía. Szollosi-Janze lanza una advertencia familiar: Dado que los empleados del sector público y los militares tenían prohibido ser funcionarios de partidos fascistas, su nivel real de participación encubierta en la Cruz Flechada debió de ser mayor. La mayoría de los estudiosos añadirían funcionarios, oficiales y estudiantes (demasiado urbanos para estar en la primera muestra, demasiado jóvenes para estar en las otras) a los grupos sobrerrepresentados en estas muestras.

249

Disponemos de datos sobre los diputados nacionales de diversos partidos. Hungría había sido un país imperial, socio menor de Austria, que dirigía de hecho la mitad del Imperio de los Habsburgo. A principios de los años veinte, la mayoría de los políticos seguían perteneciendo al antiguo régimen: terratenientes, profesionales de la clase dirigente y burócratas que pertenecían a la alta burguesía. Eran notables locales que repartían los votos de sus dependientes: los típicos partidos patronales "conservadores" y "liberales" del régimen de la época. Sin embargo, este antiguo régimen se había desestabilizado por la derrota en la guerra, por una reducción del 50% de los territorios que hizo al país más urbano y menos controlable por los notables y por los refugiados enfurecidos. Surgieron varios posibles partidos de masas: pequeños partidos socialistas y campesinos, además de los "Radicales Nacionales" de derechas que derivaban hacia el fascismo. Si combinamos los candidatos y ministros parlamentarios nacionalradicales y fascistas del periodo de entreguerras, encontramos que eran

Entre un 68% y un 76% de plebeyos, frente a sólo un 19% de plebeyos entre los partidos gubernamentales. Como muestra la tabla 7.1 del apéndice, estos últimos seguían dominados por terratenientes, funcionarios y profesionales (sobre todo abogados), con sólo un puñado de pequeños propietarios y nadie de la industria. En cambio, la mitad de los fascistas pertenecían al sector público o eran profesionales (médicos, abogados, oficiales del ejército y profesores), mientras que la otra mitad estaba formada por campesinos, pequeños burgueses y algunos obreros (Batkay

1982: 42-5, 51-3, 64; Janos 1982: 282-4).

Pero nos enfrentamos a una complicación. Como en la mayor parte de Europa del Este, clase y etnia estaban entrelazadas. En Hungría, esto afectó sobre todo a la clase media y a los judíos y alemanes (de los que había casi dos millones). Mientras que los funcionarios, terratenientes y profesionales eran en su inmensa mayoría magiars o alemanes, el comercio y la industria estaban dominados por otros extranjeros, especialmente por judíos. Sólo comprendiendo los Enks entre judíos, alemanes étnicos y magiars podremos entender el fascismo húngaro.

Los alemanes eran en su mayoría descendientes de "suabos", además de unos pocos refugiados "*Ungarndeutsche*" o "Zipser" de Eslovaquia (que Trianon transfirió de Hungría al nuevo Estado de Checoslovaquia). En un principio, se les había animado a establecerse en el país siglos atrás para desarrollar la agricultura, el comercio y la industria. Durante el siglo XIX, muchos se habían pasado a las profesiones de mayor categoría y al sector público, especialmente al ejército.

250

Se habían magiarizado en gran medida. Sin embargo, el auge del Imperio alemán había reavivado su orgullo étnico alemán, especialmente entre los formados en universidades o academias militares alemanas o austriacas (Szelenyi 1998: parte 3). El ascenso de la Alemania moderna había incrementado la influencia de Alemania sobre Hungría, con los suevos a la cabeza (Janos 1970: 220-4; 1982: 282-4; Rothschild 1974: 308; Mendelsohn 1983: 113; Szöllösi-Janze 1989: 130-1, 159-63). Los suabos estaban ahora bastante orgullosos de ser húngaros y alemanes. Muchos admiraban los éxitos de Hitler y veían en él una ayuda para la modernización de Europa Central. Se volvieron ambivalentes sobre a qué Estado querían servir, a Hungría o a Alemania. Muchos alemanes resolvieron el dilema uniéndose a la derecha radical de tendencia nazi, donde llegaron a destacar. En los gabinetes húngaros de entreguerras, sólo el 30% de los derechistas radicales -incluidos algunos hombres de la Cruz Flechada- tenían nombres que indicaban linaje magiar, en comparación con el 88% entre los ministros liberales y conservadores. Casi todos los nombres restantes eran alemanes. La Cruz Flechada parece haberse preocupado por este hecho, ya que duplicó su proporción de candidatos con nombres magiars en las elecciones de 1939. Pero su Consejo Nacional, que gobernó el país en 1944-5, volvió a tener sólo un 30% de nombres magiars. Tanto Szalasi como Gombos eran en parte alemanes. Algunos interpretan esto como parte de una tendencia más amplia de los líderes fascistas a ser de etnias periféricas. Hitler era austriaco, el líder rumano Corneliu Codreanu era hijo de inmigrantes (el padre probablemente de origen polaco, la madre de una familia alemana de Bucovina), y los líderes eslovacos Jozef Tiso y Vojtech Tuka habían hablado primero magiar. Yo soy escéptico. En Hungría hubo razones más directas para el fascismo suabo.

Antes de la Primera Guerra Mundial, los húngaros no parecían especialmente antisemitas. La idea de que ésta fue una "Edad de Oro" para los judíos se ve en cierto modo socavada por el hecho de que el antisemitismo ocasional estaba, como en el

resto de Europa, respaldado por el cristianismo. Pero la nueva corriente europea de antisemitismo político era débil. Los húngaros no habían adquirido el control político de la mitad del Imperio de los Habsburgo hasta 1867. Conscientes de su minoría en esa mitad, los nacionalistas magiares no habían optado por la vía orgánica. Habían abrazado la doctrina del "equilibrio étnico", necesitando todo el apoyo posible de otras minorías que no estuvieran asociadas a estados rivales. También parecían contentos con gobernar el Estado -había mucho donde elegir en su nuevo dominio- y dejar que otros dominaran el capitalismo. Los judíos eran aliados en ambos aspectos (Karady 1993). Esto significaba que a los judíos se les ofrecía un "contrato asimilacionista". Los judíos serían integrados en la ciudadanía y protegidos de la persecución. A cambio se asimilarían, se magiarizarían y pondrían sus recursos económicos al servicio del Estado húngaro. Si iban más allá y se bautizaban, podrían incluso trabajar en el sector estatal. Pero, en general, el efecto fue crear un "sistema de mercado dual": Los judíos eran empresarios, los magiares trabajaban para el Estado. Y en el censo de 1910, el 76% de los judíos declararon que el magiar era su lengua materna, muchos habían magiarizado sus nombres y algunos estaban al frente de los ataques contra los "extranjeros étnicos" (como rumanos o serbios). La asimilación estaba en marcha (Karady 1997).

251

Esto se vio amenazado por el acuerdo de 1918. Los magiares dominaban tanto su nuevo Estado que no necesitaban aliados cosmopolitas. Era su Estado orgánico, pero también estaba muy amenazado desde el exterior. La supuesta tríada del régimen de Bela Kun -la Unión Soviética, los bolcheviques nacionales y los judíos- produjo las atrocidades de 1919. Al poseer sólo un Estado débil, los magiares necesitaban fortalecerlo con estrategias de desarrollo económico. Pero la economía estaba controlada por judíos cosmopolitas, no por magiares. Los judíos se convirtieron en el principal enemigo. Los nacionalistas dieron marcha atrás en su anterior política tolerante y apostaron por la "disimilación", separando a los judíos de la nación. La década de 1920 fue testigo de una avalancha de invectivas antijudías, que impregnaron tanto a la élite literaria como a los panfletistas (Ozsvath 1997). En este cambio vemos la importancia de la geopolítica para el nacionalismo. Una configuración geopolítica había generado la noción de un Estado étnicamente equilibrado; otra generó la noción de un Estado comprometido con la limpieza del nacionalismo.

En 1930 sólo había algo más de medio millón de judíos, el 5,1% de la población nacional y en descenso. Pero estaban muy concentrados. Alrededor del 20 por ciento estaban en Budapest, y el 40 por ciento de ellos en el comercio y las finanzas de Budapest. Un extraordinario 80% de los propietarios (y el 44% de los trabajadores de cuello blanco) del sector financiero eran judíos. También lo eran el 53% de los propietarios y el 48% de los trabajadores de cuello blanco del comercio. Los judíos representaban el 38 por ciento de los propietarios de minas (y el 21 por ciento de los trabajadores mineros de cuello blanco) y el 12 por ciento de los propietarios de

manufacturas (y el 39 por ciento de los trabajadores de cuello blanco en la industria). Los judíos constituían el 62 por ciento de todos los empleadores en el comercio con más de veinte trabajadores, y el 47 por ciento de dichos empleadores industriales. Son cifras extraordinarias. La mitad del capitalismo húngaro -grande y pequeño- era judío. El capital financiero era asombrosamente judío en sus cuatro quintas partes. Algunas de las profesiones más privilegiadas también eran bastante judías. De los médicos, el 60 por ciento eran judíos, los abogados el 51 por ciento, los periodistas el 34 por ciento, los ingenieros el 30 por ciento. Los judíos sólo estaban ligeramente sobrerrepresentados en el conjunto de las universidades, ya que sólo el 2 por ciento del sector público era judío. Pero los judíos sólo representaban el 7% de los trabajadores industriales, el 2,5% de los trabajadores del transporte y el 0,3% de la población agrícola (cifras de Szollbsi-Janze 1989:58-60). Como observa Mendelsohn (1983: 92): "Los judíos, para bien o para mal, estaban totalmente identificados con la Hungría capitalista, burguesa, occidentalizada y urbana. Y no se ganaron la admiración de los muchos enemigos del capitalismo y de la ciudad".

252

Estas divisiones provocaron tensiones étnicas y de clase, que los populistas explotaron para denunciar la "explotación extranjera", es decir, judía. Las divisiones también generaron diferentes puntos de vista sobre el desarrollo económico moderno: Los magiares y los alemanes eran más estatistas, ya que se trataba de *su* Estado. Los judíos y otros capitalistas estaban más orientados al mercado y a la internacionalización, ya que ésta era su propia experiencia social. Estos dos contrastes, entre nación y Estado, sentaron las bases para el crecimiento del fascismo entre magiares y alemanes que buscaban un fuerte estatismo nacional que les defendiera de la "explotación extranjera".

Pero volvamos más directamente a la cuestión de la composición de clase del fascismo. En este caso, las explicaciones suelen partir de términos materialistas directos. El fascismo se explica como el resultado de la "proletarización de la clase media" y la "sobreproducción académica" (Janos 1970: 210-11; Nagy-Talavera 1970: 69; Rothschild 1974: 178, 308; Vago 1975: 320; 1987: 286). Se argumenta que las perspectivas de empleo no podían seguir el ritmo de la expansión universitaria. Así, los estudiantes y las profesiones masificadas estallaron en protesta. Como la mayoría procedían de hogares de clase media, la protesta era de derechas, no de izquierdas. El gran número y las mejores perspectivas de los estudiantes judíos convirtieron la protesta estudiantil hacia el fascismo antisemita, según los diplomáticos británicos (Vago 1975). El dominio judío sobre los mejores empleos convirtió a la clase media en antisemita, dice Rothschild (1974: 196). ¿Era esto cierto?

La "sobreproducción" es más plausible inmediatamente después de la guerra, cuando los funcionarios, oficiales y estudiantes magiares regresaron en tropel como refugiados ante las reducidas perspectivas del Estado rump; también podría ser plausible en la Gran Depresión. Sin embargo, la sobreproducción no podía explicar

el periodo de mayor crecimiento del fascismo, a finales de la década de 1930, cuando la economía se estaba recuperando (Barany 1971). Sin embargo, la recuperación se vio impulsada por la Alemania nazi, ahora el principal cliente de los productos agrícolas húngaros. Los fascistas argumentaban que los nazis habían salvado a Hungría de la "tiranía parasitaria del capitalismo financiero judío". Así pues, aunque el colapso económico pudo haber alimentado en un principio el fascismo húngaro, fue el crecimiento económico, más que la depresión, lo que contribuyó a generar el fascismo como movimiento de masas.

¿Explica la tesis de la "sobreproducción" el crecimiento del nacionalismo orgánico extremo dirigido contra los judíos? En su mayor parte, no. Al igual que en Austria -y de nuevo con la excepción de los estudiantes y algunas profesiones- los fascistas procedían de las ocupaciones y sectores con menos judíos. Los fascistas de clase media procedían sobre todo de la administración pública y el ejército, donde casi no había judíos. De hecho, Horthy había aplacado muy pronto a los derechistas purgando a los funcionarios y profesores liberales y judíos, ampliando las universidades y las escuelas, y manteniendo una abultada administración pública en la que los judíos estaban en gran medida excluidos. El descontento económico del sector público había crecido al aumentar las presiones presupuestarias durante la Depresión, pero luego disminuyeron. Sin embargo, los ultraderechistas siempre estuvieron sobrerrepresentados en el sector público, mientras que las escuelas y universidades enseñaban cada vez más ultranacionalismo, generando así jóvenes fascistas. Los motivos económicos a corto plazo no parecen haber dominado este fascismo.

253

Los veteranos del ejército habían sido la vanguardia de las primeras tendencias fascistas, y el ejército seguía siendo la fuente más importante de fascismo húngaro. Los contemporáneos sugirieron que entre el 40% y el 50% del ejército era profascista a finales de los años 30 (John Keyser llegó hasta el 80% o el 90%). A veces se referían a los "oficiales", otras veces insinuaban que los soldados rasos también eran fascistas. Siempre informaban de que los oficiales o soldados más jóvenes eran los más atraídos. Es posible que el personal del ejército regular se viera complementado por "lumpenguardistas", formaciones paramilitares derechistas irregulares de antiguos soldados que se pasaron al fascismo. Sin embargo, no he encontrado detalles al respecto. No había mucha competencia judía ni graves privaciones económicas en el ejército, que se fue expandiendo a lo largo de la década de 1930. Otras influencias debieron alimentar el fascismo militar. En Hungría, la resonancia normal del ultraderechismo más bien ordenado, disciplinado y vertical entre las fuerzas armadas parece haber sido mayor que en otros lugares. El cuerpo de oficiales también se reclutaba de forma desproporcionada entre los miembros habituales del Estado-nación: funcionarios y profesiones liberales, no de la industria o el comercio. Y tenía una alta proporción de alemanes de Suabia, entre ellos veintiuno de los veintisiete generales de 1941 (Janos 1982: 253). Así, el ejército se

convirtió en una cuña *de Mitteleuropa*, que mezclaba tradiciones alemanas, austriacas y magiares con un militarismo nazi-alemán más moderno. Durante la guerra, el ejército siguió siendo pronazi, anticomunista y fuertemente antisemita. Aunque Horthy deseaba emular al gobierno rumano y pasarse al bando aliado en 1944, creía que el ejército no lo consentiría. Al final, el ejército húngaro no llegó a ser totalmente cómplice del Holocausto, pero durante la guerra demostró ser el "último satélite" de Hitler (Gosztony 1985; Szollbsi-Janze 1989: 194-201; Ranki 1971: 69).

Así pues, el antisemitismo en las zonas de fuerza fascista no se dirigía hacia el interior contra la competencia judía, sino hacia el exterior contra el dominio judío de las finanzas y el comercio, tanto contra los intereses monetarios de Budapest como contra el comercio rural a pequeña escala y los préstamos monetarios. Esto se vio reforzado por el anticapitalismo entre los obreros y los campesinos pobres. A este estereotipo se añadió una vez más, paradójicamente, su aparente opuesto: el judío como socialista. Aunque el socialismo era relativamente débil, había atraído a gran parte de una generación de jóvenes judíos burgueses a principios de siglo. Los líderes socialistas habían sido más judíos que en ningún otro país. Entre el 40 y el 77 por ciento de diversas muestras de líderes socialistas húngaros, desde el régimen de Bela Kun en adelante, eran judíos (Janos 1982: 177; Mendelsohn 1983: 95). La burguesía odiaba el recuerdo de Bela Kun por razones de clase; muchos trabajadores jóvenes, poco expuestos al socialismo, pueden haber pensado que Kun no era más que un judío extranjero.

254

Como en Austria, había excepciones. En las universidades y en algunas profesiones había muchos judíos y fascistas. Las universidades eran focos de antisemitismo. Los estudiantes se amotinaron varias veces, exigiendo cuotas de ingreso de judíos. Bajo su presión, el gobierno había impuesto cuotas en 1920 y luego las levantó en 1928. En cualquier caso, un 13% de judíos en las universidades no era precisamente un nivel "inundador", que destruyera las perspectivas de trabajo de los cristianos. Y mientras que los estudiantes magiares y alemanes procedían de sectores estatales/profesionales/propietarios y se dirigían a ellos, los judíos tenían un origen y un destino predominantemente comerciales. Más que rivales económicos directos, seguían trayectorias profesionales diferentes. Probablemente eran más bien sus culturas las que diferían, lo que dificultaba la convivencia.

¿Pero qué hay de los pocos trabajos en los que los diferentes grupos étnicos sí se cruzaban, entre algunas de las profesiones liberales? ¿Fue aquí el fascismo una respuesta a la sobreproducción, la proletarización y una "amenaza" material judía? Kovacs (1991) sugiere que no: Los ingenieros y los médicos ejercían profesiones prósperas; no eran un proletariado académico. En los primeros años del siglo se habían visto atraídos hacia la izquierda, donde se suponía que las ideas "modernas" Ue. Pero tras la debacle del Kun sus asociaciones profesionales se volvieron hacia la visión de la modernidad que ofrecía la extrema derecha. En 1937, *los* veintitrés

ingenieros elegidos diputados representaban a partidos fascistas. Kovacs considera que el fascismo se deriva de sus ideologías profesionales "tecnocráticas" (ingenieros) y "biomédicas" (médicos). Los primeros vinculaban el progreso científico al Estado, los segundos a la raza-nación. En cambio, dice, la mayoría de los abogados siguieron apoyando a los partidos del régimen porque sus prácticas dependían del capitalismo (y, añadiría, del antiguo régimen). Aunque había abogados fascistas, constituían una proporción mucho menor de su profesión que los médicos e ingenieros fascistas de la suya. Y aunque había muchos médicos judíos, Kovacs sostiene que los médicos fascistas estaban menos interesados en la competencia económica que en insertar el antisemitismo en una ideología nacional-estadista más amplia.

Así, la "sobreproducción", la rivalidad laboral directa entre judíos y otras formas de privación económica desempeñaron algún papel en el ascenso del fascismo, mientras que la Gran Depresión desempeñó un papel importante en un periodo concreto. Pero, en cualquier caso, las motivaciones materialistas estaban fuertemente entrelazadas con el origen étnico. El fascismo parecía más bien el producto de un conflicto sectorial entre el estatismo nacional magiar/alemán y un capitalismo supuestamente internacional y judío. A esto se añadía un conflicto de clase/étnico que enfrentaba a los obreros y campesinos magiars con los capitalistas "extranjeros". El primer conflicto contribuyó a formar el conjunto de la derecha radical húngara, el segundo era más específico del fascismo.

255

VOTANTES FASCISTAS

Los datos electorales de 1939 nos permiten acercarnos al apoyo obrero y campesino (resultados en Lacko 1969; Ranki 1980; Vago 1987: 306-10; Szöllösi-Janze 1989: 153-65). La coalición de la Cruz Flechada obtuvo el 25% de los votos nacionales. Pero obtuvo mejores resultados en los suburbios industriales del "cinturón rojo" de las afueras de Budapest. Aliada con un pequeño partido casi fascista, obtuvo el 42% de los votos. También obtuvo buenos resultados en las comunidades mineras y en las zonas agrícolas más pobres. Los distritos urbanos de Budapest con más trabajadores dieron más votos a los fascistas. El aumento de los votos de la Cruz Flechada también fue proporcional al descenso de los votos socialistas: El fascismo robaba votantes socialistas. De hecho, el proscrito Partido Comunista dio instrucciones a sus miembros para que votaran a la Cruz Flechada, a la que declaraba el partido más favorable a los trabajadores. El voto socialista sigue siendo más alto en los guetos proletarios más antiguos. Las zonas obreras más nuevas eran más vulnerables. Szblldsi-Janze sugiere que los trabajadores más jóvenes eran más receptivos, aunque no hay pruebas directas sobre la edad y el voto. Deak (1966: 396-7) observa que los sindicatos socialistas reclutaban a trabajadores relativamente privilegiados y cualificados en industrias bien establecidas, y que su

sectarismo alienaba a otros trabajadores que podían ser reclutados por movimientos populistas y antisemitas.

De hecho, la Cruz Flechada era en muchos aspectos genuinamente izquierdista. Su pretensión de trascender la política de clases no se vio socavada por los sesgos capitalistas que se encontraban más al oeste. Mantuvo una postura antifeudal y anticapitalista más fuerte que cualquier partido fascista que hayamos analizado hasta ahora (Janos 1982: 287). Es cierto que rara vez atacaba frontalmente al capitalismo, prefiriendo denunciar los "capitalismos adjetivados": es decir, el capitalismo "extranjero", "financiero" y (especialmente) "judío". Pero estos ataques incluían demandas de redistribución de la propiedad. Un asesor financiero de la Sociedad de Naciones informó en 1938 de que el programa fascista era

poner la dirección de los asuntos en manos de hombres que no estén corrompidos por la riqueza ni por el juego político... quitar las finanzas y la industria de las manos de los judíos, proporcionando así puestos de trabajo a los desempleados instruidos, dividir los grandes latifundios y dar tierras a los campesinos sin tierra, y hacer del rearme el punto cardinal del programa del Gobierno.

256

Este representante de la ortodoxia fiscal no añadió que los fascistas describían el rearme en términos casi keynesianos, como impulsor de la economía y creador de empleo, desarrollando una visión nacional-estadista rival del desarrollo económico. Los observadores afirmaron en ocasiones que la Cruz Flechada se convirtió en el lugar de descanso final de los ex comunistas. El embajador británico informó improbablemente de que el 60% de sus seguidores habían seguido antes a Bela Kun (Vago 1975: 320-1, 265, 308, 215). Pero la Cruz Flechada se situó a la izquierda en la cámara y organizó huelgas, la más destacada una gran huelga de mineros en 1940. Hay que recordar que los socialistas y comunistas habían sido aplastados en 1919 y seguían siendo débiles. Horthy había permitido a los socialistas organizarse en las ciudades si se mantenían moderados y fuera del campo. De hecho, hubo diputados socialistas en el parlamento durante toda la guerra, incluso cuando los nazis controlaban gran parte de Hungría. Al mismo tiempo, Horthy había reprimido sin piedad al partido comunista. Como pretendía, esta doble política dividió a la izquierda. Una facción radical se unió en masa a la Cruz Flechada, abogando por la violencia populista y la planificación sindicalista (Wessely 1991). Sin embargo, es posible que la importante presencia de la clase obrera organizada entre los fascistas húngaros hiciera que se parecieran más a un partido de masas "ordinario", aumentando su capacidad electoral a expensas de la organización paramilitar.

Dentro de la clase media, las zonas con muchos funcionarios también tenían un voto fascista más alto, en contraste con las zonas con más comerciantes y artesanos independientes (éstas eran también las zonas más judías). Los distritos con más alemanes étnicos eran más fascistas. El voto socialista y liberal se mantuvo mejor en

las zonas más judías, lo que sugiere que los judíos apoyaron a la izquierda tradicional. El partido gubernamental obtuvo mejores resultados en las zonas más burguesas y con más funcionarios.

La región también influyó. Aunque el voto a la Cruz Flechada se extendió por la mayoría de las provincias centrales del país, fue menor en el extremo norte y en el suroeste. Esto puede deberse a que estas fronteras estaban menos "amenazadas", ya que ni Austria ni Checoslovaquia eran percibidas como los verdaderos obstáculos para el revisionismo imperial. Pero, sin duda, en estas regiones había menos refugiados magiars y menos judíos en torno a los cuales pudiera movilizarse el nacionalismo extremo.

Aunque estos datos electorales no son tan detallados como en los estudios alemanes, indican que el fascismo húngaro atraía sobre todo a los trabajadores industriales, y después a los campesinos más pobres. El fascismo también competía ferozmente con otros derechistas por el sector público. El fascismo húngaro parece haber tenido un liderazgo burgués nacionalista que movilizaba una base electoral proletaria contra los "explotadores extranjeros".

257

CONCLUSIONES

Los fascistas tomaron el poder en Hungría sólo cuando ya era demasiado tarde, en octubre de 1944. Otros miembros de la familia autoritaria los mantuvieron a raya, aunque sólo robándoles tantos ropajes fascistas que resulta difícil distinguir quién era verdaderamente fascista. Gracias a la guerra civil, el antiguo régimen pudo recuperar el poder, pero con un ala radical. La guerra civil también acabó con el poder de la izquierda y con un conflicto de clases serio y abierto. Los conservadores del antiguo régimen no se dejaron llevar por el pánico y se aliaron con los fascistas. El derechismo radical, incluidas las cepas del fascismo, apelaba a razones más nacionalistas que inicialmente combinaban el revisionismo territorial con el estatismo de desarrollo tardío. Pero a medida que crecía la influencia nacionalista orgánica y nazi, también se identificaba un enemigo extraño dentro de Hungría. Los nacionalistas radicales, incluidos los fascistas, se centraron en los judíos, a los que relacionaban de forma plausible con el capitalismo cosmopolita y (menos plausible) con el bolchevismo internacional. Así, gran parte de la agenda de un fascismo de tendencia más bien nazi acabó siendo adoptada por una gran parte de toda la familia autoritaria húngara.

Dado que sólo he encontrado pruebas limitadas sobre los fascistas, ningún juicio sobre ellos puede ser definitivo. El caso rumano, mejor documentado, aclara algunas de estas cuestiones. Sin embargo, han surgido tres grandes tendencias magiars. Dos eran como en otros países: El fascismo fue un movimiento de dos generaciones distintas de jóvenes, y estuvo dirigido por una variante del habitual núcleo burgués

"estadista". Esta vez, sin embargo, tenía un componente militar más fuerte y un componente paramilitar más débil. Esto se debió principalmente a que el antiguo régimen sobrevivió muy bien. Desde el principio fue un fascismo más bien "oficial" y "estatista", con un mayor respeto por las estructuras de autoridad existentes que otros movimientos fascistas. No necesito detallar una vez más mi explicación de estos dos principales grupos de apoyo: que el fascismo era la idea que surgía en esta época de crisis en países en los que la democracia no estaba institucionalizada de forma segura, y que atraía sobre todo a los jóvenes, a las personas con un alto nivel educativo y a quienes tenían estrechos vínculos con la nación y/o el Estado. Por supuesto, los "verdaderos" fascistas nunca alcanzaron un apoyo mayoritario en Hungría ni llegaron al poder de forma viable. Sin embargo, impulsado por el estatismo del desarrollo tardío, el revisionismo imperial se convirtió en un sentido más "proletario" de la explotación extranjera. Muy influidos en los años treinta por la Alemania nazi, los derechistas autoritarios húngaros se dedicaron a robar ropajes fascistas mientras reprimían a los fascistas autodeclarados. En la posguerra también había surgido un nacionalismo orgánico, dirigido contra un enemigo judío singular, que había orientado a la derecha húngara hacia el nazismo. La expansión de Hitler lo había reforzado. En tiempos de guerra, las élites nacional-estatistas eran compañeros de viaje del fascismo.

258

Pero la tercera característica del fascismo húngaro difería del fascismo italiano o del nazismo: Su apoyo de masas era más bien proletario. La Cruz Flechada hizo algo más que atraer a los trabajadores de fuera del núcleo de los "guetos proletarios" (como consiguieron hacer otros fascismos de éxito). También penetró *dentro* del gueto proletario, en la capital y en algunas zonas rurales. Esto se debió en gran medida a la debilidad del socialismo. Devastado por su exceso de ambición revolucionaria en 1918, y luego por la represión y las hábiles tácticas de Horthy, los socialistas y comunistas no podían ofrecer un liderazgo plausible a los oprimidos. Los fascistas llenaron el vacío. Atacaban la corrupción y la riqueza del antiguo régimen y la explotación del capital financiero, extranjero y judío. Elogiaron a los trabajadores productivos, apoyaron algunas de sus luchas y exigieron el pleno empleo, todo ello en medio de un modernismo alternativo al que ofrecían los socialistas. Esto iba unido a una política exterior "proletaria": La Hungría pobre y dependiente estaba siendo explotada por las potencias liberales plutocráticas financiero-capitalistas. Y como la clase dominante pasaba mucho tiempo encarcelándolos, los fascistas se veían obligados a adoptar un sesgo más proletario que capitalista. Las teorías que atribuyen el fascismo al deseo de las clases propietarias de reprimir al trabajo "echando mano de la pistola" simplemente no se aplican a Hungría. Pero entonces, el fascismo húngaro, con menos presencia paramilitar que otros fascismos, también ofrecía menos armas.

No obstante, debió de existir cierta tensión entre el elitismo, el estatismo y el militarismo "de arriba abajo" y el proletariado "de abajo arriba". Esto se vio aliviado

por un cemento más específico que unía a los nacional-estadistas y al proletariado en un fascismo más similar al nazi: el antisemitismo. Como en Austria y (veremos más adelante) Rumanía, los judíos podían ser etiquetados de forma plausible como enemigos tanto del Estado-nación como del proletariado. Para los fascistas, los judíos parecían un importante aliado del antiguo régimen y del capitalismo extranjero y financiero. El conflicto étnico se vio así reforzado por un conflicto sectorial: El estatismo se oponía al capitalismo industrial y financiero supuestamente orientado a objetivos extranjeros y judíos, y no nacionales. Este capitalismo había causado recientemente enormes sufrimientos al pueblo; ahora el nacionalsocialismo traía alivio, como podía verse en Alemania. Los judíos no eran tan importantes para los trabajadores. Sin embargo, el dominio judío sobre el crédito y el comercio fomentó un antisemitismo materialmente motivado entre los campesinos pobres y (probablemente con menos frecuencia) entre los inquilinos y consumidores urbanos. Podía identificarse un conflicto de clase directo entre muchos mineros y trabajadores industriales y sus empleadores judíos. Y fue en el antisemitismo donde el nacionalismo orgánico magiar desembocó en una limpieza étnico-política asesina, como veremos en mi próximo volumen.

Las teorías socialistas del conflicto de clases han atraído a muchos más trabajadores que las fascistas. Sin embargo, a falta de un socialismo efectivo, la triple teoría fascista del conflicto de clases -que el capital financiero, *extranjero* y *judío* explotaba a los trabajadores- parecía plausible en algunos países de entreguerras. Y en política rige la verosimilitud mínima pero resonante, nunca una norma superior de verdad.

8

La familia rumana de los autoritarios

INTRODUCCIÓN: ANTECEDENTES

Delineé los contornos generales del fascismo rumano en mi introducción al capítulo anterior. Aquí presento a Rumanía como país, el más atrasado económicamente y el más nuevo políticamente de los que analizo en este libro. La Rumanía moderna no había surgido hasta 1861 como unión de Moldavia y Valaquia (compuesta a su vez por las provincias de Oltenia y Muntenia), recién arrebatada al Imperio Otomano en retirada. La Primera Guerra Mundial trajo entonces una extraordinaria bonanza a este pequeño país, como puede verse en el Mapa 8.1.

Tentada por los sobornos territoriales de la Entente, Rumanía había declarado la guerra a las Potencias Centrales en 1915. La recompensa de los Tratados de Paz fue inmensa: la provincia de Bucovina pasó a Austria, Transilvania y parte de Crisana-Banat a Hungría, Besarabia a Rusia y Dobruja a Bulgaria. Con ello, Rumanía duplicó con creces sus territorios y su población, mientras que los no rumanos aumentaron hasta el 30% de la población total (a pesar de la emigración a gran escala de las minorías a sus "patrias"). La etnia era ahora más relevante políticamente y estaba más vinculada a la clase social, ya que las clases bajas y rurales de los nuevos territorios solían ser rumanas, mientras que las clases altas y urbanas procedían en su mayoría de las antiguas nacionalidades dominantes (especialmente magiares y alemanes), además de judíos. Los no rumanos -principalmente judíos, húngaros y alemanes- poseían la mayoría de las empresas manufactureras y comerciales, y una gran mayoría de las más grandes. Sólo los judíos, el 4% de la población total, poseían el 40% del comercio y el crédito y el 28% del sector industrial-artesanal. Constituían la cuarta parte de las únicas profesiones liberales que les estaban abiertas, médicos, farmacéuticos y veterinarios. La clase media rumana dominaba únicamente el sector público y las profesiones no científicas (Iancu 1996: 65-76). Esto hacía comprensible que apareciera una forma orgánica de nacionalismo entre la clase media dependiente del Estado y "humanista", que proclamaba a Rumanía "nación proletaria", "explotada" por extranjeros (especialmente judíos) en casa, "amenazada" por potencias revisionistas a lo largo de sus fronteras.



Mapa 8.1. Rumanía.

Pero, ¿les escucharía alguien? El ejército y el Estado, compuesto por la monarquía y políticos notables, habían salido triunfantes de una guerra difícil. La Iglesia Ortodoxa era leal. Sólo los terratenientes extranjeros habían desaparecido. No podemos decir que fuera un "antiguo régimen", ya que sólo había gobernado medio siglo. Pero la élite gobernante estaba bastante bien atrincherada, movilizando un nacionalismo suave que esperaba seguir controlando desde arriba. En este país atrasado, el nacionalismo era sobre todo un asunto urbano. Al principio, pocas masas campesinas se identificaban con la nación. Sus preocupaciones eran más parroquiales y de subsistencia. Esperaban que el Estado de posguerra mejorara materialmente sus vidas y acogieron con satisfacción las reformas agrarias iniciales. Sin embargo, la economía rumana necesitaba una mayor productividad agrícola a través de una mayor inversión. La reforma agraria hizo que esto fuera menos probable, ya que proliferaron las pequeñas explotaciones campesinas. Esto también aumentó la tasa de natalidad más allá de lo que las prácticas agrícolas de la agricultura familiar podían sostener. Muchos campesinos pobres se vieron obligados a pasar del trigo, principal cultivo de exportación, al maíz, un cultivo de subsistencia intensivo en mano de obra. La pobreza, la enfermedad y la subsistencia siguieron siendo la suerte de la mayoría de las familias rumanas. El PNB per cápita creció un mísero 7% entre 1913 y 1938 (Bairoch 1976: 297). La tasa de mortalidad infantil - un buen indicador de la pobreza rural- empeoró ligeramente después de 1930, aunque la esperanza media de vida había mejorado con respecto a los niveles de

antes de la guerra. Al no estar ya controlados por los terratenientes en la mayoría de las zonas, los campesinos podrían empezar a escuchar soluciones políticas radicales para remediar su grave situación.

263

Rumanía era formalmente una democracia liberal. Bajo la presión de la Entente, Rumanía había concedido el sufragio a todos los adultos, incluidos los judíos, convirtiéndose en el último Estado europeo en otorgar derechos ciudadanos a los judíos. Sin embargo, junto al parlamento, el rey conservaba considerables poderes ejecutivos, incluido el derecho a elegir ministros y a controlar la policía y el ejército. Así, él y notables políticos, conservadores y liberales gobernaron durante la década de 1920 con la habitual mezcla semiautoritaria de elecciones, clientelismo, corrupción y represión selectiva de los extremistas (incluidos los fascistas). Esto se denominó cínicamente "gobierno por turnos", considerado corrupto e ineficaz. Con el liberalismo ineficaz y el socialismo visto como extranjero, se abrió el camino a la "tercera vía" fascista. Sin embargo, el gobierno ofreció una política económica nacionalista, "nosotros solos", una estrategia ligeramente estatista de desarrollo tardío, centrada en aranceles protectores, descritos por su principal arquitecto, el economista Manoilescu, como el "arma maravillosa" del nacionalismo económico. A ello se unió un intento de asimilación forzosa de las minorías y la "rumanización" de las instituciones públicas, especialmente la educación, la señalización de las calles y la publicidad comercial. Como esto implicaba quitar derechos a minorías hasta entonces privilegiadas, aparecieron entre ellas protestas y cierto revisionismo imperialista, lo que provocó reacciones organicistas entre los rumanos. Así murieron decenas de magiares cuando las tropas dispararon contra su reunión de protesta en Transilvania en 1919. Incluso los conservadores y liberales rumanos perseguían objetivos ligeramente nacional-estatistas a principios del periodo de entreguerras.

Al ser modernizadores urbanos, el gobierno también favoreció el desarrollo industrial más que el agrícola, y utilizaron los ingresos del petróleo (el único gran activo económico del país) para impulsar el desarrollo industrial y frenar las importaciones. Los ingresos también alimentaron la corrupción. Cuando la agricultura se estancó, los campesinos dieron una victoria aplastante en 1928 al Partido Nacional Campesino, un partido "de fuera" que aún no estaba implicado en la corrupción. El PNC apostaba por un comercio más libre, protección social para campesinos y trabajadores, más democracia y menos corrupción. Sus líderes más conocidos también abogaban por la tolerancia étnica y religiosa, aunque el antisemitismo no estaba ausente del partido. Representaba la principal oportunidad de encauzar a los campesinos mayoritarios hacia una democracia liberal progresista, que incluso podría haber fomentado la tolerancia étnica.

264

El rey, sin embargo, desconfiaba profundamente de las tendencias reformistas de su nuevo gobierno. Y 1928 fue un mal año. La Gran Depresión destruyó la credibilidad del gobierno del NPP (como le ocurrió a muchos gobiernos durante la

Depresión), y nunca se recuperó del todo. Como la industria producía principalmente para el mercado nacional, y la principal industria de exportación era el petróleo, la industria no se vio demasiado afectada por la Depresión. En 1933, los niveles de producción habían vuelto a ser los de 1929. La agricultura fue la más afectada. Los ingresos de los campesinos disminuyeron un 58% durante este periodo. Por temor a los disturbios, el Estado reestructuró las deudas de los campesinos, el último gran acto a favor de los campesinos realizado por los gobiernos de entreguerras. Pero los políticos rumanos aprendieron de la Gran Depresión que la protección industrial funcionaba (petróleo aparte). Reforzaron las políticas de sustitución de importaciones con un cariz explícitamente antiimperialista y "proletario": La explotación occidental mantenía a Rumanía en la pobreza y, por tanto, prohibía las importaciones occidentales. En 1938 Rumanía era autosuficiente en un 80% en productos industriales. Aunque su principal cliente extranjero era Alemania, no estaba tan sometida al dominio económico alemán como Hungría, por estar más lejos. El empleo y la potencia utilizada en la industria habían aumentado un 50% desde 1929, muy por encima del crecimiento de la economía mundial. Esto se había conseguido aumentando el sector estatal, restringiendo el consumo y privando a la agricultura de inversiones (Berend y Ranki 1974; Chirot 1978; Verdery 1983: 278-86; Ronnas 1984: 37, 116-122, 241; Aldcroft y Morewood 1995: caps. 3 y 4; Berend 1998).

El gobierno estaba ahora en manos de coaliciones cada vez más autoritarias entre notables y nacionalistas, apoyadas y manipuladas por el rey Carol. "No me interesan las elecciones", declaró sin rodeos a un periodista británico. Sin embargo, tuvo que soportarlas durante los años treinta, adquiriendo más poderes para el ejecutivo, que adquirió tintes de autoritarismo semireaccionario, y luego de corporativismo italiano. Desde finales de la década de 1930, Carol y luego su sucesor, el dictador general Antonescu, también se sintieron obligados a robar más ropajes del propio movimiento fascista rumano (Zach y Zach 1998: 809-15). El arraigado poder político de la parte ejecutiva del Estado, más las presiones económicas de la Gran Depresión, proporcionaron la mayor parte de la deriva inicial de Rumanía hacia el autoritarismo.

Así pues, en el periodo de entreguerras fue a la burguesía industrial y comercial, principalmente no rumana, más el sector estatal rumano, a la que le iba mejor, seguida de los obreros industriales, con los campesinos a la zaga. Así pues, cabría esperar que el "conflicto de clases normal", exacerbado por la Gran Depresión, enfrentara a los campesinos y tal vez a los obreros con una burguesía protegida por el Estado y el rey. Pero el conflicto étnico-político intervino para reestructurar los sentidos colectivos de la explotación. Es relevante que el mayor éxito de entreguerras se produjera en la educación, una infraestructura clave del poder ideológico. Las tasas de alfabetización de entreguerras se duplicaron. Esto tuvo el efecto de aumentar la conciencia étnica, ya que la alfabetización compartida en

lengua rumana aumentaba la identidad nacional y la receptividad a la ideología nacionalista. Esto era especialmente probable ya que, como en la mayoría de los demás países, los profesores, periodistas y compiladores de diccionarios y libros de gramática solían ser nacionalistas. Los movimientos sociales que afirmaban que los rumanos eran una "nación proletaria" explotada por los extranjeros atrajeron a más seguidores, especialmente entre los jóvenes y los recién educados.

265

LA IDEOLOGÍA DE LA LEGIÓN DEL ARCÁNGEL MIGUEL

La variante rumana del fascismo era esencialmente autóctona, aunque se inspiró un poco tanto en el nazismo como en el fascismo italiano. Su líder o "capitán" era Corneliu Codreanu, nacido en 1899 en una pequeña ciudad fronteriza de Moldavia, de madre alemana y padre profesor que, aunque de origen polaco, se convirtió en un activo nacionalista rumano. Codreanu estudió en la academia militar y en la Universidad de Jassy y se licenció en Derecho. En Jassy cayó bajo la influencia del famoso profesor nacionalista A. C. Cuza, fundador de un movimiento de extrema derecha rebautizado en 1925 como Liga de Defensa Nacional Cristiana (LANC). Cuza propugnaba un antisemitismo extremo deducido del nacionalismo orgánico. La nación debía ser una, purgada de todos los elementos no rumanos. Los judíos eran el mayor peligro: eran "parásitos peligrosos", una "nación bastarda, degenerada, estéril, sin tierra, que no puede formar un organismo social completo y productivo". Debían ser "eliminados", una palabra de significado poco claro, pero que sin duda incluía deportaciones masivas al extranjero, la expropiación de sus propiedades y la prohibición de su participación en la vida pública. A principios de los años veinte esto era lo más extremo que se decía en Europa. Pero Cuza era un tradicionalista. Aunque adoptó la esvástica como símbolo antes que Hitler, sus cuatro esquinas estaban decoradas con palabras que formaban un lema tradicionalista: "Un país, una ley, un pueblo, un rey" (lanciu 1996: 186-96).

Pero Cuza era un profesor, no un hombre de acción. Fue esto lo que molestó al joven Codreanu, que rompió con Cuza en 1927 para crear su propio movimiento, la Legión del Arcángel Miguel (que había formado inicialmente dentro del LANC como su movimiento juvenil). A su vez, esto generó la Guardia de Hierro (abierta a todas las edades) en 1930. A partir de entonces, las dos organizaciones fueron prácticamente sinónimas. Simplifiqué refiriéndome a ambas como "la Legión". El principal desacuerdo de Codreanu con Cuza fue sobre tácticas. Codreanu deseaba emprender una campaña de violencia planificada, dirigida inicialmente contra los judíos.

266

El antisemitismo domina por completo la autobiografía que dirigió a sus legionarios en 1936 (Codreanu 1990). Pero su antisemitismo era de un tipo

particular. *Siempre* denunció a los judíos como ricos explotadores: eran parásitos, sanguijuelas, etc., que dominaban la industria, la banca y el comercio, "exprimiendo" a los rumanos hasta sumirlos en la más absoluta pobreza y dependencia. Incluso en Besarabia, donde también denunció a los judíos como "comunistas" (ésta había sido una provincia rusa antes de 1918), también los denunció como Shylocks. El suyo parece ser casi totalmente un antisemitismo de tipo "proletario" -aunque no utiliza el término-, en el que los rumanos son el proletariado oprimido y los judíos los capitalistas. Su deseo de más "acción" de la que Cuza toleraría surgió de su descubrimiento de que las manifestaciones provocadoras contra los judíos ricos, más la consiguiente violencia "defensiva" contra los jefes de policía y los administradores que protegían a los judíos y reprimían el descontento local, atrajeron un apoyo considerable de la población local. De hecho, los jurados le absolvieron de asesinato e intimidación durante la década de 1920 porque también odiaban a los políticos corruptos y a los brutales jefes de policía. Las malas experiencias con las autoridades le hicieron ver a los políticos como meros lacayos de los judíos -que eran literalmente "comprados" por sus sobornos-, de nuevo una visión más asociada normalmente a los movimientos de izquierda "proletaria" que a los de derechas. Esto le llevó al punto de vista revolucionario de que todo el sistema político debía ser derrocado, excepto la monarquía (por cuya institución conservaba una reverencia condicionada por su visión de su papel histórico en la liberación de la nación). Pero en el clima de principios de los años veinte, y con la ayuda de los valores militares inculcados por su formación en la escuela de cadetes, tales acciones y opiniones le llevaron a un paramilitarismo provocador contra el Estado y contra los enemigos de la sociedad civil, lo que desembocó en el fascismo.

Su autobiografía recoge sus principales pronunciamientos políticos. Su

Su primera gran declaración política, su "Credo del Socialismo Nacional Cristiano" de 1920, empezaba y terminaba así:

Creo en un Estado rumano único e indiviso ... poseedor de todos los rumanos y sólo de los rumanos, amante del trabajo, del honor y del temor de Dios ... dador de iguales derechos, tanto civiles como políticos, a hombres y mujeres; protector de la familia ... partidario de la armonía social a través de la minimización de las diferencias de clase, nacionalizando las fábricas (propiedad de todos los trabajadores) y distribuyendo la tierra entre todos los labradores, restringiendo las divisiones de clase.... Espero la resurrección de la conciencia nacional incluso en el pastor más humilde y el descenso de los instruidos en medio de los cansados, para fortalecerlos y ayudarlos en la verdadera fraternidad, fundamento de la Rumanía del mañana. Amén.

El credo también incluía detalles de redistribución económica entre las clases, además de apoyo a la monarquía y a la Iglesia Ortodoxa. Era una forma algo

estatista, muy izquierdista y profundamente religiosa de nacionalismo orgánico. El individuo estaba sometido a la nación y la nación sólo estaba subordinada a Dios. Muchos de los pronunciamientos posteriores de Codreanu parecen menos políticos. El Programa de la Legión de 1927 se declaraba paradójicamente no un programa "poético" o "de partido" en absoluto, sino "un programa para un hombre nuevo". Los males de los políticos y la "infección" de la influencia judaica requieren hombres nuevos. Para "la reforma del hombre... la Legión será más una *escuela* y un *ejército* que un partido político", para crear la "atmósfera espiritual y moral" en medio de la cual pueda moldearse un "héroe en el sentido bélico" del carácter rumano. A continuación enumeró las cualidades de este héroe, haciendo que la legión se pareciera más a una secta religiosa militante que a un partido político. También estableció ocho "normas éticas de la vida legionaria", desde generalidades como "pureza moral" y "entusiasmo" hasta valores que suenan fascistas como "fe, trabajo, orden, jerarquía, disciplina" y "hechos, no palabras". La legión, afirmaba, no era sólo un "sistema lógico... es una fe viva". Pero esta fe también era militarista: "[S]erá una llamada constante a la batalla, el llamamiento a la valentía, la excitación de las cualidades guerreras de nuestra raza". Al igual que Hitler, Codreanu no elaboró mucho su estatismo más allá del principio de liderazgo. Esto lo dedujo de su nacionalismo orgánico. Una nación unida puede tener una sola voluntad, o "estado de espíritu", y su líder puede expresarlo perfectamente. De hecho, afirma, esto no puede ser una "dictadura", donde el dictador impone su voluntad sobre el pueblo. Donde el pueblo y el jefe tienen una voluntad única, el Estado no es más que una "*conciencia nacional* elevada". El jefe seleccionará una élite elegida por su aptitud para gobernar. Se opuso a la democracia, por tanto, por dividir y arruinar a la nación -¿eligen los soldados a sus mejores generales? preguntó. La democracia también permitía la igualdad de los judíos y se convierte en esclava de los banqueros (Codreanu 1990: 15-17, 219-22, 226, 231, 242-3, 304-10; cf. Iancu 1996: 199-200).

Aunque desgraciadamente hay pocas pruebas disponibles sobre las creencias de los militantes y miembros ordinarios, la legión estaba bien organizada para socializar a sus miembros en tales valores. Consistía en una red de "nidos" ataviados con ropajes paramilitares. Los líderes de los nidos tenían que cultivar una "aristocracia de la virtud" en sus militantes, siguiendo seis reglas de oro: lealtad disciplinada, trabajo, silencio, autoeducación, ayuda mutua y honor. Éstas prepararían a los legionarios para la autodefensa, el sacrificio y el martirio: "la sangre de todos nosotros debe correr" en una lucha entre el bien y el mal. El "Hombre Nuevo" debe "vencer el mal dentro de sí mismo y dentro de sus hombres" y luego "derrotar a los poderes del mal y aplastar a la camarilla de malhechores". Debe "combatir y vencer a los enemigos de nuestra Patria, y su combate y su victoria deben extenderse incluso más allá del mundo material, al reino de los enemigos invisibles, los poderes del mal". Debe separar a los rumanos "buenos" de la "paja", con la que no se debe tener piedad.

Se hacía más hincapié en el activismo moral que en la violencia o el entrenamiento con armas. Se trataba de un paramilitar distintivo que durante mucho tiempo ejerció poca violencia organizada. La autoridad carismática de Codreanu mantuvo la violencia seria dentro de unos límites políticos estrictos. Los actos individuales de provocación pública eran todo lo que se necesitaba. Esto provocaría la represión de las autoridades locales, exponiendo los lazos entre judíos ricos, banqueros y políticos y atrayendo el apoyo de las masas. Hasta su propio asesinato en 1938, se informó de que la legión sólo había matado a once personas, casi todos políticos y policías prominentes, mientras que había sufrido pérdidas de 501 a manos de la policía. La noción de "violencia defensiva", que vimos que las SA nazis intentaban esgrimir en el capítulo 4, era aquí bastante más genuina, aunque seguía siendo una táctica deliberada. Y esta violencia, a diferencia de la de otros movimientos fascistas, también iba dirigida contra el Estado, aunque normalmente por fascistas individuales contra funcionarios individuales. Y no la violencia, sino la procesión uniformada y cantada fue la imagen más común que la mayoría de los rumanos tuvieron de los legionarios hasta bastante tarde en el desarrollo de la legión. Desde el principio, los legionarios también trabajaron duro en sus propios proyectos de construcción colectiva, construyendo primero su propio cuartel general y luego proyectos de desarrollo rural. La legión fue muy eficaz a la hora de enjaular a sus miembros mediante estas prácticas cotidianas que eran duras, laboriosas y socialmente solidificadoras. Lo que le faltaba a la Legión en número, lo compensaba con su compromiso. Fue especialmente eficaz a la hora de ganar elecciones, cuando sus miembros podían inundar una única circunscripción, sin fondos, comportándose de forma muy distinta a cualquier otro partido, durmiendo a la intemperie entre el campesinado asombrado cuyos votos estaban cultivando. Esto era populismo en la práctica. También era comprometer a la Legión principalmente con una ruta electoral hacia el poder. Pero hasta bastante más tarde fueron menos eficaces en unas elecciones nacionales, cuando sus recursos eran más escasos.

La propaganda legionaria solía dejar imprecisa la forma futura del Estado. La legión se consideraba a sí misma una libertadora, una purificadora, que traía un hombre y una nación nuevos más que una nueva forma de Estado. En este sentido se parecía más al nazismo que al fascismo italiano. Sin embargo, su religiosidad y su campesinado eran característicamente rumanos. Codreanu creía que el "alma" rumana estaba enraizada en la "singularidad cósmica" de una nación que eran "los únicos latinos ortodoxos, los únicos latinos ortodoxos", que encarnaban la verdadera "pureza cristiana" (esto lo tomó principalmente de Cuza y otros nacionalistas). La verdadera alma no estaba en las élites cosmopolitas, sino en el campesinado, que durante siglos había practicado una forma incorrupta de democracia directa en las asambleas locales de las aldeas. La tierra y la cultura campesinas eran primordiales para la nación, la sangre y la raza eran secundarias (hasta que la influencia nazi y de las SS se dejó sentir durante la guerra).

Así, Codreanu admitió en la legión a los que describió como "macedonio-rumanos", que vivían en el sudeste recién adquirido. Porque ellos también habían sido oprimidos durante siglos y ahora podían ser asimilados pacíficamente a la nación. El estilo, la retórica y las prácticas culturales eran profundamente religiosas; por ejemplo, el uso de sacos de tierra alrededor del cuello para simbolizar la tierra de los antepasados. La legión apenas hacía referencia a las doctrinas del cristianismo ortodoxo, pero sus rituales se inspiraban en ellas. El título religioso de la legión procedía de un icono que Codreanu había adquirido del santo patrón de Rumanía, San Miguel, derrotando a Lucifer. En la iconografía y las canciones, la legión *era* San Miguel, mientras que Lucifer combinaba comunismo, capitalismo y judaísmo. Los legionarios llevaban una cruz blanca en sus uniformes verdes; algunos también llevaban esvásticas. Otros movimientos fascistas se dieron a sí mismos títulos religiosos: el Movimiento de la Cruz Flechada y el Christus Rex belga (que fue repudiado por la Iglesia católica). Todos reivindicaban credenciales religiosas, pero sólo la Legión se asemejaba realmente a una iglesia. En las zonas rurales incluso recurría a los "milagros" como parte de su atractivo.

La legión argumentaba que los opresores extranjeros habían degradado el alma pura del campesino rumano, y que los judíos seguían haciéndolo. Muchos rumanos lo aceptaron de buen grado. El antisemitismo casual no era específico de la legión, sino una característica general del país. La derecha política se especializó en él, pero el centro e incluso los liberales también se vieron influidos. Aunque a veces denunciaban el antisemitismo violento, su objetivo de "rumianizar" la economía implicaba desplazar a los extranjeros del dominio del sector privado. La doctrina del "sólo por nosotros mismos" implicó una legislación que ya en 1934 introducía cuotas y prohibiciones dirigidas a las minorías. La ley de 1934 obligaba a todas las empresas a emplear a un 80% de rumanos y a tener al menos un 50% de rumanos en sus consejos de administración. El presidente también debía ser rumano. Aunque esta ley se aplicaba a todas las minorías, su aplicación resultó muy difícil entre los alemanes y magiares. En las zonas donde vivían, había pocos rumanos para ocupar esos puestos. A partir de 1937 la legislación antiminorías aumentó rápidamente, justificada por el lema "Rumanía para los rumanos". Los judíos siguieron sintiendo su principal empuje. Y aunque el ascenso de Hitler y la expansión de la Alemania nazi influyeron en este desarrollo, su empuje principal e inicial fue rumano (Mendelsohn 1983: cap. 4; Ancel 1993: 215; Iancu 1996: 76-7, 280-306).

El diario de Emil Dorian, un médico judío, recoge muchos casos de rumanos que descargaban sus frustraciones vitales contra los "judíos". Circulaban muchos rumores extraños sobre los judíos, e incluso el gobierno les hacía caso. La prohibición legislativa de que los judíos contrataran criadas jóvenes, dice, se derivó de un rumor de que los judíos estaban organizando una trata de blancas. Dorian extrae humor de un incidente:

Una escena en el tranvía. Un judío se levanta y ofrece su asiento a un anciano.

"No voy a ocupar un asiento que ha sido ocupado por un judío", anuncia el anciano con fiereza.

Otro gentil, de pie cerca del anciano, le pregunta: "¿No quieres sentarte?"

"Desde luego que no".

El segundo gentil ocupa el asiento ofrecido por el judío. Al cabo de dos minutos vuelve a levantarse. "Ya puede sentarse", se dirige al anciano, "el asiento ha sido rumanizado". (Dorian 1982: 289-90)

El contenido del antisemitismo variaba un poco entre provincias. En el norte de Moldavia y Besarabia, los judíos ortodoxos con kaftán desempeñaban un papel de parias económicos y eran denunciados como explotadores "extranjeros" de los campesinos. Los judíos de Besarabia también eran sospechosos de tener sentimientos bolcheviques. Los "judeo-bolcheviques" fueron los objetivos ostensibles de los pogromos a partir de 1919. De hecho, el pequeño Partido Comunista Rumano era sustancialmente extranjero y judío. De los veinticuatro principales delegados del partido en 1931, sólo nueve eran de etnia rumana. Seis eran judíos, y había cuatro húngaros, tres ucranianos y dos búlgaros (Treptow et al. 1996: 422). La mayoría de los judíos del sur residían en la capital, casi todos los demás en el sur de Moldavia, y estaban resentidos por su dominio del sector privado: eran "explotadores capitalistas". Los judíos transilvanos, muy magiarizados, estaban resentidos económicamente y se les identificaba como colaboradores del enemigo magiar (lo que había desencadenado los primeros disturbios antisemitas estudiantiles de los años veinte). El temor común de estas etiquetas aparentemente contradictorias era que los judíos eran esencialmente antinacionales en dos sentidos. En primer lugar, estaban del lado de los enemigos extranjeros de Rumanía. En segundo lugar, como capitalistas o bolcheviques fomentaban el conflicto de clases, dividiendo así a la nación. También había fuentes más tradicionales de antisemitismo, especialmente cristianas, pero la derecha rumana también las vinculaba al nacionalismo. Los judíos eran "los asesinos de Cristo" y, por tanto, "los enemigos de la nación cristiana". Como dice Lanciu (1996: 318), "el antisemitismo en Rumanía era sobre todo un componente primordial del nacionalismo, y en los medios nacionalistas los judíos eran percibidos como una entidad extranjera, que amenazaba la homogeneidad e incluso la existencia del pueblo rumano". Cuanto más se adhirieron los rumanos al nacionalismo, más se cargó políticamente su marcado antisemitismo casual, utilizable por el fascismo.

271

Lo único que realmente distinguía al antisemitismo legionario en medio de esta marea creciente era que se insertaba en una visión fascista-cristiana más general del Estado que legitimaba la violencia provocadora paramilitar y la eventual rebelión. Crainic, un destacado teórico legionario, ofrecía un "estado etnocrático" fundado en "el suelo, la sangre, el alma y la fe rumanos". Este Estado era superior al "Estado

democrático", que era una mera "oficina de registro" que contaba el número de habitantes "sin distinción racial o religiosa". Señaló a los judíos como "un peligro permanente para todo Estado nacional", pero añadió que "cualquier miembro no asimilado de una minoría, activo en el organismo del Estado, es un elemento de disolución y ruina... es una necesidad vital que Rumanía sea un Estado exclusivamente etnocrático". Así, abogó por la "purificación" de la sociedad rumana mediante la "eliminación" de los elementos extranjeros. Otro intelectual legionario, Banea, añadió: "Los judíos... no pueden ser perseguidos sobre una base racial o religiosa - sólo sobre la base del peligro que representan para el Estado." El propio Codreanu exigió una "defensa desesperada" contra la "invasión" e "infiltración" judías. "Un sucio nido judío" dominaba las ciudades, propagando "una infección de cultura judaica caricaturesca". La defensa implicaba difundir "muerte y piedad" a los "nidos de avispas judías". El lenguaje era a menudo violento, implicando demandas de limpieza, especialmente de deportación: "los judíos a Palestina". Durante la Segunda Guerra Mundial, la embajada de Vichy en Bucarest informó a París de que el antisemitismo legionario era más salvaje y cruel que el de los propios nazis y que Codreanu había favorecido una mezcla de exterminio y expulsión. Sin embargo, fue realmente sólo después de que comenzara la Segunda Guerra Mundial (tras la muerte de Codreanu) cuando esta mezcla se convirtió en la política real de la legión, en lugar de una floritura retórica. Este descenso moral se analiza en mi próximo volumen (para lo anterior, mis fuentes principales son las autobiografías de los dos líderes legionarios, Sima 1967 y Codreanu 1990; véase también Weber 1964: 165-8; Webster 1986; Fischer-Galati 1989; Veiga 1989: 128-38; Ioanid 1990: 60, 116-31; Volovici 1991: 93-6; Niessen 1995: 275; Iancu 1996: 201-5; 1998: 14-17, 72).

Se trataba de variaciones legionarias sobre temas habituales del fascismo de Europa Central y Oriental: nacionalismo depurador y antisemitismo, una pretensión de trascender los conflictos de clase y de partido, un elitismo paramilitar y un estatismo autoritario. Pero el fascismo rumano también tenía tres rasgos distintivos. En primer lugar, su política exterior era pacífica, ya que Rumanía tenía todos los territorios a su alcance. Esta es una de las razones por las que no era tan estatista. En segundo lugar, era religiosa, preocupada por la reforma moral personal, muy desdeñosa del materialismo. Nos resulta difícil dar sentido a su antirracionalismo, su denuncia de los programas políticos, su celebración del "alma rumana", sus eslóganes imprecisos y el uso excesivo de canciones, su "doctrina del acto", que combinaba moralismo y violencia. Sus resonantes rituales conferían a los legionarios un alto grado de camaradería emocional, tenacidad y, a menudo, incluso disposición a aceptar el martirio. En tercer lugar, mostraba un fuerte "nacionalismo proletario", identificando al enemigo como explotadores de clase aliados a potencias revisionistas, cuya quinta columna estaba encabezada por judíos. ¿Cómo arraigaron estas ideas en Rumanía? En primer lugar, analizaré a los legionarios en sí y, a continuación, su atractivo general.

¿QUIÉNES ERAN LOS LEGIONARIOS?

Como siempre, estos fascistas eran jóvenes y predominantemente varones. Los diplomáticos británicos confirmaron lo que los propios fascistas decían: que el movimiento "arrasaba" entre los jóvenes del país. Weber lo describe como "una cruzada de adolescentes" (Weber 1966b: 514, 519; Sturdza 1968: 102; Vago 1975, 1987: 286-97). Surgida primero en las universidades, la legión siguió reclutando a muchos estudiantes y escolares. Codreanu afirma que en las "excursiones" legionarias, los que cabalgaban alrededor de su jefe tenían en su mayoría entre veinticinco y treinta años, mientras que los "soldados de a pie" eran en su mayoría estudiantes. Había soldados jóvenes, aunque mucho menos destacados que en Hungría. Los líderes legionarios seguían siendo más jóvenes que otras élites políticas, y los militantes aún más jóvenes. La edad media de los legionarios tanto en 1927 como en 1942 era de veintisiete a veintiocho años. La embajada de Vichy informó de que en tiempos de guerra la legión estaba "compuesta casi exclusivamente por jóvenes" y nunca abundó en políticos experimentados (Iancu 1998: 72). La represión había contribuido a ello, ya que muchos líderes experimentados de mayor edad fueron asesinados, encarcelados o exiliados por las autoridades, mientras que unos pocos lucharon y murieron por Franco en la Guerra Civil española.

Los legionarios eran tan jóvenes que pronto hubo pocos veteranos militares. Codreanu consiguió participar en una batalla de la Primera Guerra Mundial antes de ser descubierto y enviado a la escuela militar por ser demasiado joven para el frente. Para él, como para sus primeros seguidores, la guerra fue extraordinariamente significativa: la primera gran hazaña de armas de los rumanos modernos. La euforia nacionalista de la cohorte de edad contagió entonces a las universidades de principios de los años veinte, donde las generaciones del "frente" y de "casa" discutían ávidamente remedios nacional-estadistas a los problemas sociales. A continuación, una tregua durante el ascenso del Partido Nacional Campesino, y luego una rápida expansión legionaria a lo largo de los años treinta, primero en el campo, luego en las ciudades, de nuevo mayoritariamente entre los jóvenes, nacidos tras el fin de la guerra mundial. Hombres en torno a los treinta años, luego subiendo a los cuarenta, enseñaron a los jóvenes durante los años treinta las virtudes de una forma algo ingenua de fascismo, carente de la dureza de la verdadera violencia militar o paramilitar armada.

Pero la Legión también organizó a las mujeres. Tres de las treinta y cuatro células del partido de 1933 eran grupos de mujeres, llamados "ciudadelas", y las mujeres constituían el 8 por ciento de los miembros en ese momento. Formaban el 10 por ciento de los 842 miembros que asistían a un campo de trabajo del partido en 1936

(los varones se analizan en la fila 2 de la tabla 8.1 del apéndice); los "niños" añadían otro 6 por ciento, a través de guarderías. Las mujeres se dividían a partes iguales entre amas de casa y estudiantes, con una peluquera (Heinen 1986: 385-7). No había mujeres líderes importantes, pero las fotos de la insurrección de los legionarios de 1941 muestran que entre los insurgentes armados había un puñado de mujeres jóvenes y niños (Veiga 1989: 265; Ioanid 1990: 72). Que las mujeres y los niños lucharan realmente parece algo único entre los movimientos fascistas. Los campos de trabajo y la ideología también combinaban temas familiares y feministas de una forma inusual para la época. El credo de Codreanu proclamaba una especie de feminismo fascista: El movimiento era el "dador de igualdad de derechos... a hombres y mujeres" y el "protector de la familia". Este fue el primer elemento del fascismo rumano que podría considerarse "progresista". Hay otros. No está claro por qué este fue un movimiento menos machista que la mayoría, aunque se trataba de una nueva nación sin gran bagaje tradicional y un movimiento sin mucha experiencia militar, cuyo misticismo probablemente contuvo el machismo.

273

La legión comenzó en las ciudades, donde primero la dirigían ex oficiales y estudiantes universitarios, lo que la hacía muy de clase media, aunque algunos detectan también artesanos. Rápidamente atrajo a un círculo de intelectuales y luego se extendió a los institutos. Este medio generó un campesinado romántico:

Por un lado, la Rumania moderna de las ciudades, del confort y el bienestar, de la civilización material, de Occidente, de la industria y la máquina, de la oposición entre burgueses y proletarios, es en el fondo una Rumania extranjera. En cambio, la Rumania de los pueblos, la Rumania de los rumanos, la Rumania de la configuración espiritual, autóctona, que ha conservado esta nación sobre esta tierra en formas que han permanecido casi inalteradas desde los tiempos de Darío ¡No! La verdadera oposición de las tendencias sociales en esta generación no es la oposición entre dictadura y democracia ... ni la oposición entre burguesía y proletariado, porque tanto la burguesía como el proletariado no son en su mayoría rumanos. La verdadera oposición ... [es] entre las dos Rumanias. (Citado por Ioanid 1990: 149-50)

Varios líderes legionarios eran hijos de destacados prefectos y policías y a menudo tuvieron la experiencia de ser maltratados por los colegas de sus padres. Otros eran hijos de campesinos o de sacerdotes y maestros de zonas rurales (Weber 1966b: 569; Heinen 1986: 383; Veiga 1989: cap. 4). Verdery (1983) sugiere, a partir de historias orales, que los campesinos transilvanos de clase media veían la educación superior conducente a un empleo profesional o público como la vía para el ascenso de sus hijos mayores. Esto podría permitir al padre dejar la granja intacta al segundo hijo. El hijo mayor tendía a imbuirse del estatismo nacional a medida que avanzaba en esta carrera, al tiempo que idealizaba al campesinado y la tierra de la que había

surgido. Por supuesto, en las universidades rumanas la reivindicación de los orígenes campesinos puede haber tenido el mismo caché social que los orígenes obreros tuvieron entre los estudiantes radicales de los años sesenta. Algunos estudiantes pueden haber inventado sus orígenes campesinos. Pero era un entorno susceptible de generar un fascismo campesino.

274

Aunque muchos de estos primeros fascistas parecen ascendentes, las explicaciones materialistas de la "sobreprducción" de los primeros fascismos son, sin embargo, comunes. Se dice que la guerra produjo ex soldados desempleados y aumentó el número de estudiantes que no podían ser absorbidos en ocupaciones de clase media. No tenía mucho sentido graduarse, y pocos lo hicieron -supuestamente sólo el 8% durante el periodo 1921-32 (me cuesta creerlo). Los desplazados sin raíces, a los que se negaba la movilidad ascendente, crónicamente insatisfechos, eran los reclutas fascistas (por ejemplo, Weber 1966b: 514; Barbu 1980; y Vago 1987: 286). Soy muy escéptico respecto a todo esto. Rumanía vio duplicados sus territorios por los tratados de paz. Los funcionarios y oficiales magiares, austro-alemanes, rusos y búlgaros habían huido del país. Las oportunidades para los rumanos con estudios en el sector público eran mayores que en cualquier otro país europeo. Si los estudiantes abandonaban la universidad antes de graduarse, quizá pudieran encontrar empleo sin ella (como sugiere Vago 1987: 287). Las cosas se pusieron difíciles en el inflado sector público durante la Gran Depresión, cuando se introdujeron recortes salariales y la precarización. Pero hubo recuperación a partir de 1935, cuando comenzó la gran oleada fascista. Los observadores se referían a los legionarios como los "mejores" de su generación, no como una lumpenburguesía. El vicecónsul polaco, lamentando los efectos de la feroz persecución de 1938 contra la legión, escribió: "El movimiento ya no está dominado por la juventud universitaria e idealista ni por una élite intelectual" (Watts 1993: 186).

Debería ser desconcertante para la tesis de la "sobreprducción" que Hungría tuviera probablemente las peores perspectivas laborales para la clase media, Rumanía las mejores - y sin embargo ambas produjeron fascismo entre los más afectados, los estudiantes y los trabajadores del sector público. Esto debe hacer tambalear la idea de que el fascismo fue una respuesta a la privación de la clase media. Por el contrario, parece una respuesta de las personas con un alto nivel educativo y del sector público, *independientemente* de sus perspectivas. El fascismo era ahora la ideología del futuro, supuestamente capaz de resolver los problemas de la sociedad moderna. Dado que sostenía que la salvación vendría de un Estado-nación fuerte, atraía especialmente a aquellos situados en el corazón del Estado-nación. Dado que en Rumanía sólo el campesinado podía constituir el cuerpo de la nación, y que al menos algunos de sus líderes ascendían de medios campesinos, el fascismo también sería probablemente campesinista. El fascismo daba un sentido aparente a la experiencia social sostenida de esta generación, no sólo al reciente bajón (o auge).

275

Tampoco se privó a los oficiales. Rumanía había desmovilizado menos de su ejército que la mayoría de los países (ya que estaba rodeada de países que querían recuperar sus territorios). No había referencias contemporáneas a hordas de soldados desarraigados (a diferencia de la Alemania o la Hungría de posguerra). Los ex oficiales figuraron en la primera fase del fascismo. En los años treinta, el ejército se había asentado y pocos soldados eran legionarios. Sin embargo, a medida que se acercaba la guerra y el rey Carol se hacía impopular, con la presión rusa, húngara y alemana en las fronteras, se produjo una segunda deriva militar hacia la derecha. Pocos soldados eran miembros formales de la Legión, pero los gobiernos en tiempos de guerra dudaban de la lealtad de oficiales y reclutas, impregnados (según creían) de simpatías legionarias (Vago 1987: 300; Watts 1993: 242, 284, 296). Cuando la legión se unió al gobierno de Carol en 1940, entre los miembros de su gabinete había dos generales. El fascismo resonaba entre los soldados y el militarismo resonaba en el fascismo. Codreanu modeló su legión (y su nombre) a partir de una versión romantizada de su propio entrenamiento militar: "El orden, la disciplina, la jerarquía inculcados en mi sangre a una tierna edad, constituyeron, junto con el sentimiento de dignidad de soldado, la pauta de toda mi existencia." Otro legionario escribió: "Sí, dictadura militar. Es decir, una dictadura de sangre auténticamente rumana, una dictadura de la disciplina y la moral del soldado, una dictadura de la espiritualidad heroica" (Ioanid 1990: 134, 114). Como de costumbre, no fue un ejército con carencias materiales el que se inclinó hacia el fascismo, sino los militares.

Disponemos de datos de varios cuadros dirigentes durante la década de 1930. La mitad de los dirigentes mencionados en una lista de 1937 eran reservistas o ex oficiales (los oficiales en activo no podían ocupar un puesto tan vacante), y el resto se repartía entre diversas ocupaciones de clase media. Ésta es la única lista en la que aparece algún capitalista: un industrial y un director de banco. En otros años, la mayoría de los líderes eran maestros y profesores, sacerdotes ortodoxos rumanos y abogados. Los candidatos parlamentarios de la Guardia de Hierro de 1937 eran profesionales en un 98%, liderados por sacerdotes (33%) y profesores (31%). Otros partidos conservaron un liderazgo notable más tradicional: El 40% de los diputados eran abogados y el 18% grandes terratenientes (Ioanid 1990: 39, 70-2). La primera fila de la tabla 8.1 del apéndice analiza una lista de líderes legionarios urbanos juzgados en 1934 por el asesinato de un antiguo primer ministro. Más de un tercio eran estudiantes, una cuarta parte tenían un empleo público (la mitad eran profesores) y una cuarta parte eran profesionales (en su mayoría periodistas, sacerdotes y oficiales).

Se trata de un liderazgo de clase media, pero de un tipo distintivo. Había muchos clérigos ortodoxos atraídos por la religiosidad de la legión (Nagy-Talavera 1970: 287). Los sacerdotes figuran en casi todas las listas de legionarios, sobre todo en las zonas rurales. La Iglesia ortodoxa era ahora la iglesia "establecida" del país, pero en

el siglo XIX había llegado a simbolizar la nación oprimida y ahora simpatizaba con el nacionalismo proletario, incluido el antisemitismo, expresado aquí por el propio patriarca:

276

la mayoría de los judíos... vivían en circunstancias fáciles, monopolizando todas las riquezas del país, el comercio, las casas, las ciudades, etc. En la cumbre del refinamiento instigaron y cultivaron el germen de la corrupción social y otros males; y habían adquirido el monopolio de la prensa que, con ayuda obviamente extranjera llevó a cabo una siniestra campaña contra el alma misma de Rumania.... Un gran número de judíos... llegaron como un torrente durante la guerra y después de ella, y así habían empezado a poner en peligro la existencia misma de todos los rumanos y cristianos.... El destino del pobre pueblo rumano, al que los judíos exprimían hasta el tuétano de los huesos, hacía llorar de compasión. Defenderse era un deber nacional y patriótico y no era antisemitismo.

Sugirió la deportación coercitiva, reasentando a los judíos en África, Australia, Asia o "alguna otra isla" (Vago 1975: 235 y ss.).

Codreanu afirma que al principio la mayoría de los sacerdotes se mostraron hostiles, pero a partir de mediados de la década de 1930 muchos acogieron a la legión en sus pueblos y aceptaron consagrar sus estandartes y desfiles (Vago 1975: 209; Veiga 1989: 264; Ioanid 1990: 71, 139-48). Los abogados también estaban sobrerrepresentados en algunas listas de líderes. La profesión jurídica estaba hinchada, lo que podría remediarse con la expulsión de los abogados judíos (como proponía la Legión). Pero hasta la mitad de los abogados fascistas eran en realidad funcionarios del gobierno, lo que nos lleva al grupo de clase media más sobrerrepresentado, los empleados públicos. Como en otras partes, se prohibió a los empleados públicos la afiliación fascista, aunque aquí no parece haber sido un factor disuasorio. Una red de "militancia secreta" ayudaba a la legión en ayuntamientos y comisarías de todo el país. El estado estaba profundamente dividido (Veiga 1989: 125-6) - otro estado dual. La embajada británica informó de que el poder judicial y la policía favorecieron a la legión durante toda la década de 1930 (Vago 1975: 181, 191, 209). Algo más que los tiempos difíciles empujaba a los empleados públicos hacia el fascismo.

Heinen (1986: 458) dice que el núcleo legionario eran "las capas medias orientadas al Estado". Sugar (1971: 150-3) subraya la importancia de los soldados, funcionarios, maestros, profesores universitarios y el clero en todos los fascismos de los "estados sucesores" de los Habsburgo. Según él, esto indicaba fuertes vínculos en toda la región entre el fascismo y los Estados burocráticos "sobrecargados", las escuelas ultranacionalistas, las iglesias "corporativo-cristianas" y los veteranos militares. Hemos observado el mismo núcleo en todos los fascismos europeos, aunque Rumanía parece haber sido su punto álgido. Sumando a los funcionarios, los

profesores empleados por el Estado y la mitad de los abogados, representarían entre el 25 y el 50 por ciento de las personas en todas las listas legionarias, excepto los insurrectos más bien proletarios de 1941 (véase más adelante). Los empleados públicos representaban menos del 10 por ciento de la mano de obra rumana. Por el contrario, en la legión había pocos de la burguesía productiva o de la pequeña burguesía: empresarios, directivos y trabajadores de cuello blanco del sector privado, y pequeños comerciantes (aunque ocasionalmente aparecen artesanos). Una vez más, vemos un fascismo profundamente estatista en su núcleo.

277

La legión también recibía un amplio apoyo entre los intelectuales. Ya existía mucho antisemitismo racial entre la intelectualidad del país, que a menudo veía al judío y a la nación rumana como diametralmente opuestos. La distinción entre las "clases productivas" rumanas y el "sucio mundo de los negocios", dominado por el capital judío "usurero", "bancario" y "vagabundo", era común, al igual que la solución: una Rumanía "descargada" o "desinfectada" de judíos. La legión tomó prestado todo esto, pero dio al antisemitismo un lugar en una lucha nacional más amplia contra el comunismo soviético y la explotación occidental. Como en otros países, los fascistas se apresuraron a explotar las técnicas modernas de propaganda. En la iconografía legionaria se eligieron cuidadosamente los símbolos del judaísmo: "primero fue el *rabino*, la fuerza oculta, después el *banquero* y luego el *periodista*" (Volovici 1991: 66).

A medida que el fascismo se extendía, atraía a más intelectuales destacados. Mihai Manoilescu fue uno de los economistas más famosos del siglo. Descendiente de una familia adinerada, fue director del Banco Central y Ministro de Industria en varios gabinetes de entreguerras. De ideas liberales, desarrolló la política arancelaria y de sustitución de importaciones de Rumanía, como explica en su libro *La teoría de la protección y el comercio internacional* (1931). En 1933 fundó un partido político, la Liga Nacional Corporativista, y explicó su filosofía en *El siglo del corporativismo* (1934). Allí proclamó célebremente: "El siglo XX será el siglo del corporativismo igual que el XIX fue el siglo del liberalismo". "El siglo XIX conoció la solidaridad económica de *clase*. El XX conocerá la solidaridad económica de *las naciones*" (un sentimiento bastante simplificado que muchos sociólogos contemporáneos parecen repetir ahora). Inspirándose en los derechistas alemanes e italianos, Manoilescu sostenía que las naciones más pobres de la periferia europea podrían alcanzar la libertad y el desarrollo mediante un corporativismo "puro e integral" dirigido por el Estado, una "obra de ingeniería planificada" que regulara autoritariamente todos los conflictos sociales. Esto inauguraría lo que él llamó "el socialismo de las naciones". Los "artificiales y temporales" conflictos de clase del siglo XIX serían trascendidos por una transformación nacionalista de "las escalas de valores morales y sociales". El corporativismo acabaría integrando "todas las fuerzas espirituales, morales y materiales de la nación."

278

Manoilescu siguió moviéndose hacia la derecha, al igual que su pequeño partido. Su libro de 1936 *El partido único* abandonó esta visión más bien inocente del corporativismo. Ahora el corporativismo "debe ser tutelado... [por] el partido único" ya que "la necesidad biológica que ordena a todo pueblo organizar su vida en su totalidad implica la idea de singularidad en el cuerpo político del poder supremo". Sus principales referencias ahora eran Alfred Rosenberg y Carl Schmitt (ya nazi), y también citaba a Mussolini, Hitler, Goebbels y Salazar. No está claro si Manoilescu se unió realmente a la legión, pero todos le veían ahora como su partidario. En 1940 expuso un "nuevo tradicionalismo" y un "retorno a las verdades ancestrales": "[La jerarquía, la unión y el amor entre hermanos de la misma sangre y credo] conducirían a una nueva era de "nacionalismo totalitario". Propuso la "romanización" del capital contra el "poder judío" y el "capital extranjero" (Volovici 1991: 159-62; Heinen 1986: 180-2).¹ Ahora era fascista. Durante un tiempo tuvo una relación incierta con la propia legión, ya que fue el ministro de Asuntos Exteriores que cargó con el odio de haber firmado el tratado de 1940 por el que Hitler despojó a Rumanía de la mayor parte de sus conquistas territoriales de 1918. Sin embargo, a principios de 1941 fue nombrado jefe del nuevo "Estado Mayor Económico" del gobierno legionario (Iancu 1998: 108).

El intelectual literario rumano más destacado fue Mircea Eliade, el teórico de la religión comparada (que más tarde tuvo una distinguida carrera en Estados Unidos). En 1934 apoyaba el "rumanismo", "el deseo de tener un Estado orgánico, unitario, étnico y equitativo". En 1936 era mucho menos equitativo: "Esperamos una Rumanía nacionalista, frenética y chovinista, armada y rigurosa, despiadada y vengativa". Al año siguiente publicó "Por qué creo en la victoria del movimiento legionario":

Mientras que el objetivo de todas las revoluciones contemporáneas *es la conquista del poder* por una clase social o por una persona, el objetivo supremo de la revolución legionaria es, como ha dicho el Capitán, *la salvación del pueblo*, la reconciliación del pueblo rumano con Dios. Por eso, el sentido del movimiento legionario no sólo conducirá a la restauración de las virtudes de nuestro pueblo, a una Rumanía valerosa, digna y poderosa; también creará *un hombre nuevo* en sintonía con un nuevo *tipo de vida* en Europa. (Volovici 1991: 85; subrayado de Eliade).

Tras la invasión alemana de Polonia en 1939, un amigo comentó en su diario: "Mircea es más germanófilo, más antifrancés y antisemita que nunca. Dice de Rumanía: 'Mejor un protectorado alemán que una Rumanía invadida por los yids'" (Iancu 1998: 17). Los muchos admiradores de Eliade en Occidente han ignorado

¹ Schmitter (1974: 117-23) se basa en gran medida en Manoilescu en su brillante revisión de las teorías del corporativismo - su título está tomado de Manoilescu. Pero minimiza con tacto las inclinaciones fascistas y antisemitas de Manoilescu.

con tacto su fascismo.

279

Emil Cioran, también destacado escritor rumano, era más extremista en sus opiniones. Muy influido por el nazismo, anunció:

La hostilidad hacia los extranjeros es tan característica del sentimiento nacional rumano que ambos serán siempre inseparables. La primera reacción nacional del rumano no es el orgullo por el destino de Rumanía, ni un sentimiento de gloria ... [como en] el patriotismo francés, sino la revuelta contra los extranjeros, a menudo aireada como una palabrota, y a veces cristalizada en un odio duradero... Llevamos 1.000 años viviendo bajo los extranjeros; no odiarlos y no eliminarlos demostraría una ausencia de instinto nacional.

Lo que se necesitaba era una "revolución nacional", cuya violenta misión de limpieza Cioran explicó con fruición:

El despliegue de las fuerzas irracionales, del fanatismo y de la violencia, la realización imperialista del destino nacional. Todos los medios son legítimos cuando un pueblo se abre camino en el mundo. El terror, el crimen, la bestialidad y la perfidia son viles e inmorales sólo en la decadencia, cuando defienden un vacío de contenido; si, por el contrario, ayudan a la ascensión de un pueblo, son virtudes. Todos los triunfos son morales.... Rumanía necesita una exaltación que llegue al fanatismo.... La fanatización de Rumanía es la transfiguración de Rumanía. (Volovici 1991: 128)

El fascismo parece haber atraído a más intelectuales en Rumanía que en ningún otro lugar. Se hizo con gran parte de la "Generación de 1922", un grupo de estudiantes de literatura que se convirtieron en destacados hombres de letras. Ehadé y Cioran se convirtieron en los fascistas más conocidos entre ellos. Dos del grupo no se unieron y han dejado descripciones de la conversión de los otros. Sébastien no se afilió porque era judío. Habló de la adhesión de sus antiguos amigos como "una conversión religiosa". Eugen Ionesco no se afilió porque culturalmente era más francés que rumano. Más tarde escribió una gran obra sobre sus amigos, aunque sin mencionar nunca el fascismo ni Rumanía. En *Rinoceronte* (1960), los habitantes de una pequeña ciudad aparentemente francesa se convierten absurdamente en rinocerontes. Este cambio surrealista es querido por los propios mutantes, simplemente porque desean conformarse a la manada. La única explicación que dan a su decisión son banalidades como: "¡Debemos avanzar con los tiempos!". En 1970, Ionescu confirmó que su sátira iba dirigida a sus antiguos amigos de Rumanía: "los profesores, los estudiantes, los intelectuales se convirtieron en nazis, en guardias de hierro, uno tras otro... Para empezar, no eran nazis... uno de nuestros amigos decía "No estoy de acuerdo con ellos, aunque en ciertos puntos reconozco lo que dicen,

como, por ejemplo, los judíos", etc. Y esa, esa era la señal. Tres semanas después, o dos meses después, este hombre se convirtió en nazi. Metió la marcha, lo admitió todo, se convirtió en un rinoceronte". (Iancu 1998: 14-17). Los eslóganes vacuos de la modernidad siguen dominando la política, por supuesto, pero ahora tienden a ser centristas: el "puente hacia el siglo XXI" de Bill Clinton, el "nuevo" todo de Tony Blair. Los fascistas funcionaron bien con esas banalidades en el periodo de entreguerras.

280

Durante el periodo 1934-7 la legión también fue madurando hacia la respetabilidad, empezando a atraer a figuras de la sociedad como el diplomático príncipe Michel Sturdza y el general Gheorghe Cantacuzino-Granicerul. Los gobiernos empezaban a robarle la ropa e intentaban "rumianizar" la economía estableciendo cuotas de empleo de judíos y otros extranjeros en todas las ramas de la economía. Incluso se iniciaron negociaciones entre la Legión y el Partido Nacional Campesino para buscar un programa político común socialmente progresista. Su líder, Luliu Maniu, fue testigo de la defensa en el juicio de Codreanu en 1938. Su influencia entre la intelectualidad dio al fascismo una poderosa influencia subterránea entre la clase gobernante en su conjunto. Estos gobiernos se sintieron cada vez más atraídos por las ideas fascistas, incluso mientras reprimían a los fascistas reales.

Sin embargo, la legión también se hizo cada vez más populista. Su activismo se centró en las llamadas Excursiones entre el Pueblo que se muestran en el mapa 8.2. El sucesor de Codreanu, Horia Sima, profesor de literatura de la provincia fronteriza de Banat, las describe en sus memorias (1967: 33, 199-205). Las primeras excursiones fueron sobre todo al corazón rural del país. A nadie se le permitía ningún rango oficial en el movimiento hasta que no hubiera participado en las excursiones. Algunos de los "nidos" de la legión se convirtieron en campos de trabajo que patrocinaban proyectos de desarrollo rural. Los campos de trabajo juveniles surgieron esporádicamente por Europa Central durante la década de 1930. Jóvenes urbanos idealistas salían a reparar caminos rurales, escuelas e iglesias. Los legionarios orientaron ese idealismo hacia la política del fascismo práctico. En sus campamentos trabajaban estudiantes y personas con conocimientos artesanales y de clase media: la primera cohorte de estudiantes de la posguerra. En un proyecto de construcción de una iglesia participaron 636 personas, de las cuales el 69% eran campesinos locales, el 11% obreros, el 8% artesanos, el 5% estudiantes y el 4% profesionales y funcionarios.² Los no locales de otro campamento estaban divididos a partes iguales entre estudiantes, profesionales y trabajadores. La Tabla 8.1 del Apéndice, fila 2, ofrece detalles de los no residentes en un campo de trabajo más grande. En este caso, un tercio eran estudiantes, una cuarta parte tenían un empleo

² Salvo que se indique lo contrario, los datos sobre los grupos legionarios proceden de Heinen 1986: 384-9 y Veiga 1989: 165-6, 262-6. En la actualidad, ninguna fuente en lengua inglesa ofrece estos datos.

público y había grupos de profesionales, trabajadores y campesinos. Los campesinos contrastaron los proyectos gubernamentales dirigidos por notables corruptos con el idealismo de estos hombres y mujeres jóvenes. Lo que parece retórica romántica tenía una presencia práctica. Estos fascistas eran bienhechores, para su propia y evidente autosatisfacción. Se tomaban a sí mismos en serio.

281

La segunda fase excursionista tuvo lugar en 1936-7, bajo el lema "Bajemos entre los obreros", desplazando el foco de atención a la clase obrera urbana. El socialismo rumano era débil, alcanzó su pico electoral del 6% en 1931 y luego decayó. Su asociación con los judíos y con la Comintern, que apoyaba las reivindicaciones rusas sobre Besarabia, lo frenó. El fascismo consiguió robarle gran parte de su electorado. Como en Hungría, el socialismo cedió incluso algunos "guetos" obreros al fascismo (aunque aquí los datos son más irregulares). En 1938, el Cuerpo de Obreros Legionarios de Bucarest tenía 8.000 miembros, con un "escuadrón de la muerte" de 3.000 personas. Se ha sugerido (aunque no he visto pruebas reales) que estos miembros fueron reclutados especialmente de la industria armamentística y el transporte (sobre todo taxis, tranvías públicos y ferrocarriles) y que la mayoría eran campesinos recién urbanizados (Weber 1966a: 548-9; Heinen 1986: 395-6; Vago 1987: 309; Ioanid 1990: 71,169).

Este fascismo proletario tenía un fuerte sentido de su enemigo como "extranjero" y "judío". Dorian (1982: 126) creía que pronto podría verse decepcionado:

Los obreros y el campesinado se unieron en torno a ella en la creencia de que sus quejas serían reparadas cuando desapareciera el capitalismo, sin saber que cuando la Guardia de Hierro hablaba de "explotadores" se refería simplemente a los judíos.

Algunos historiadores comunistas han afirmado que la legión dependía de las subvenciones de los capitalistas, pero esto es improbable. La mayoría de los capitalistas eran judíos o extranjeros. La legión recibió algo de dinero de Alemania (menos que su rival antisemita y profascista, el LANC) y algo de capitalistas proalemanes. Otros grupos del régimen, incluido el rey Carol en una ocasión, ayudaron cuando intentaron utilizar a la legión para sus propios fines. Pero la financiación procedía en su inmensa mayoría de los fieles al partido (Heinen 1986: 337-41; Watts 1993). Los eslóganes corporativistas de la legión sobre la armonía entre las clases productoras podrían haber resultado atractivos para los capitalistas si se hubieran sentido más amenazados por el socialismo, pero el resto de la clase alta favorecía un autoritarismo más conservador. A lo largo de su corta y sangrienta vida, la Legión fue utilizada y reprimida alternativamente por las élites gobernantes, que habían aprendido las lecciones de los golpes de Estado de Mussolini y Hitler.

VOTANTES LEGIONARIOS: CIRCUNSCRIPCIONES NACIONALES-ESTADISTAS

La Legión formó un partido de fachada, "Todo por el País" (TPT), para concurrir a las elecciones de 1937. Formó una alianza táctica con los partidos liberal y comunista, todos fuera del poder. Juntos atacaron la "corrupción" del régimen, convenientemente personificada por la propia laxitud moral del rey Carol. Sus estrechas relaciones con una rica *camarilla* de la corte y una amante judía eran de dominio público. Sima dijo que Codreanu había identificado a tres explotadores de las masas: primero el comunista, luego el judío y finalmente el "sucio político" (1967: 44). La legión era experta en propaganda electoral moderna, especializada en caricaturas escabrosas que representaban a comunistas, judíos y políticos como dragones, monstruos, demonios o arañas, enzarzados en una batalla con el Arcángel Miguel, normalmente dibujados con los apuestos rasgos de Codreanu. Mientras los legionarios marchaban por el país, cantaban:

282

El país nos llama, oh hermanos cristianos,
 Para luchar y liberarla de tantas sanguijuelas,
 Perversiones que se extienden por los palacios,
 Los yids que nos están robando nuestras riquezas.
 (Volovici 1991: 174-5)

Obsérvese la conexión entre religión y explotación clasista y étnica.

Tales técnicas dieron resultado. Sturdza (1968: 103) atribuye el éxito de su partido en las urnas de 1937 al idealismo legionario y a su promesa de limpiar las "corrupciones e impurezas" del país:

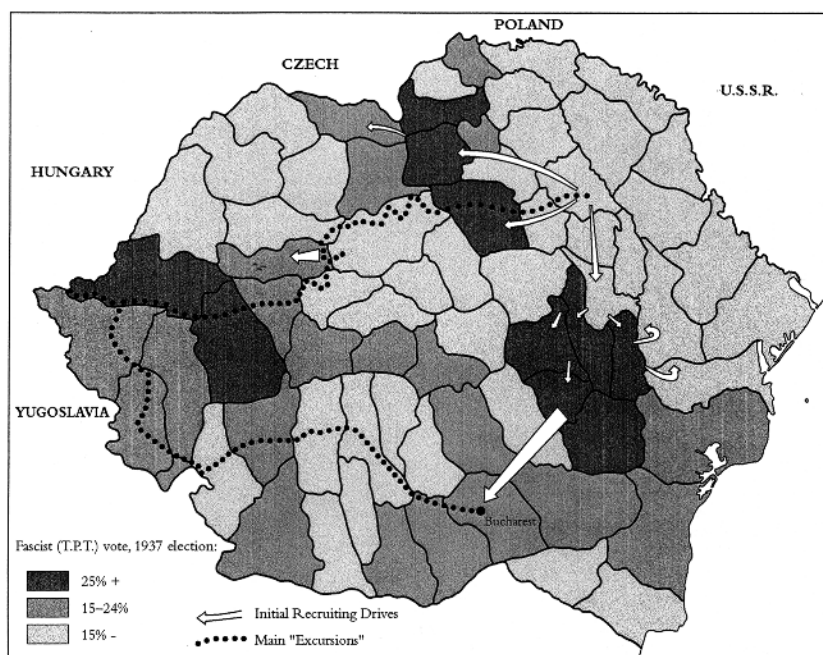
Entraron en los pueblos en formaciones ordenadas, se reunieron ante las iglesias locales, se arrodillaron y rezaron, luego se levantaron y cantaron. Los campesinos miraban con amor y admiración a estos jóvenes que no les molestaban con los discursos altisonantes de los políticos profesionales, sino que se contentaban con fervientes oraciones y cantos de fe y heroísmo que todos entendían y aprobaban.

Aunque Sturdza lo exagera un poco, esa autopresentación probablemente tuvo algún efecto. Vivían con sencillez y no eran corruptos, eran golpeados por la policía, una mitad de su mensaje era de piedad y progreso, mientras que la otra mitad era de odio a los opresores extranjeros. Las principales razones para no votarles fueron probablemente su ingenuidad y su falta de experiencia e influencia políticas. La legión no formaba parte de redes clientelares influyentes. La corrupción tenía su recompensa política.

La mayoría de las interpretaciones sobre quién votó a la legión se han basado en el análisis de Weber (1966a) de los votos emitidos en la mayoría de los condados de Rumanía (por ejemplo, Barbu 1980; Veiga 1989: 105-21; Ioanid 1990: 64). Weber señaló que la legión había "ido primero al pueblo" en las zonas pobres con "pueblos

libres" históricos, donde los campesinos tenían relativa libertad para organizarse. Ahí es donde cree que se concentró el voto legionario: en las comarcas más pobres y atrasadas del país. Sin embargo, utilizando datos más completos, Heinen (1986: 403-14) demuestra lo contrario: correlaciones ecológicas positivas entre el voto legionario y la alfabetización ($r = 0,27$) y la posesión de radio ($r = 0,22$), y una correlación negativa con la tasa de mortalidad infantil ($r = -,19$). También señala que once de los veintidós condados más industrializados eran bastiones legionarios, al igual que diez de los veinte condados más boscosos, en los que operaban industrias madereras a gran escala. En conjunto, cree que la legión atrajo votos de las zonas más desarrolladas social y económicamente. Fue el principal rival de la Legión en la derecha, el PNC (nacionalista autoritario y antisemita, pero no fascista), el que obtuvo mejores resultados en las regiones campesinas atrasadas. La Legión había crecido primero arrebatando votos en zonas rurales más avanzadas a los predecesores del PNC, el LANC y otros partidos antisemitas. Sin embargo, Heinen no encuentra ninguna relación entre el voto fascista y la densidad de población o la red de carreteras. La relación entre fascismo y nivel de desarrollo es positiva pero débil.

283



Mapa 8.2. Rumanía: condados de fuerza fascista.

Para comprender mejor la base social del voto fascista debemos volver al Mapa 8.2. Vemos que el voto legionario se produjo en tres agrupaciones regionales. El

primero estaba en el centro-norte: La provincia de Bucovina (junto a Polonia) votó desproporcionadamente a la legión, al igual que los condados adyacentes de los tres bandos del norte de Moldavia, Transilvania y Maramures. Esta había sido la zona de fuerza de la LANC mientras Codreanu aún formaba parte de ella. Los diez diputados elegidos en 1926 (incluido el padre de Codreanu) procedían del centro-norte. El segundo grupo estaba en el centro-oeste, abarcando gran parte del Banat y Crisana-Maramures y la parte occidental de Transilvania. El tercer grupo estaba en el sureste, a caballo entre el sureste de Moldavia y el noreste de Muntenia, incluida la capital, Bucarest (que votó un 22% a favor de la legión). Las partes septentrionales de este grupo también habían registrado los votos legionarios más altos en las primeras elecciones de la legión, en 1931 y 1932 (Codreanu 1990: 299, 321). No había condados legionarios aislados. Estaban agrupados.

284

La agrupación seguía los límites provinciales históricos, por lo que esto deprime en cierto modo las correlaciones lineales con índices de desarrollo, como los de Heinen (vemos el mismo efecto depresivo en España en el próximo capítulo). En realidad, el voto de dos provincias más la capital puede explicar las correlaciones económicas de Heinen. El voto provincial más alto de la legión, el 24%, se produjo en la bastante próspera Bucovina, mientras que Bucarest fue la más próspera de todas. Una provincia muy pobre, Besarabia, votó sólo un 5% de fascistas. Si se eliminan estas tres, la correlación entre fascismo y desarrollo económico desaparece por completo. En los cincuenta y siete condados restantes, el voto fascista no estaba relacionado con el consumo de azúcar per cápita, las radios per cápita, el consumo de electricidad per cápita, la tasa de mortalidad infantil y el porcentaje de trabajadores agrícolas. El nivel de desarrollo no explica gran cosa. Otras variables deben haber afectado al voto fascista.

Una explicación de la agrupación podría ser la organización legionaria. Como la legión tenía poco acceso a la radio o a los grandes periódicos, no podía llegar a todo el país a la vez. Tuvo que recurrir a redes de nidos, marchas, "excursiones", campos de trabajo y al boca a boca local y la distribución de folletos que los acompañaban. Cuando un nido superaba su Emit de dieciséis personas, formaba otro nido, y luego otro, de modo que los nidos se extendían gradualmente a lo largo de las Unes de comunicación. O un campo de trabajo montado por legionarios inmigrantes reclutaba a lugareños para formar sus propios nidos. El mapa 8.2 muestra una relación entre el proselitismo anterior y el voto fascista. La mayoría de las agrupaciones regionales de voto, fuera del extremo sureste, habían sido centros tempranos de actividad legionaria. La mayor parte de la franja meridional se desvió, habiendo visto pocas excursiones. Por supuesto, la legión elegía dónde hacer proselitismo en función de dónde creía que encontraría un público receptivo.

El mapa parece revelar dos tipos diferentes de receptividad: zonas de mezcla étnica distintiva y zonas bastante industrializadas (datos étnicos y económicos del Institut Central de Statistica 1939-40). Los efectos confusos de la etnicidad resultan

ser el principal factor que deprime la correlación del voto fascista con el desarrollo económico. El fascismo fue apoyado por los rumanos étnicos, más que por las minorías: alemanes, magiares, ucranianos, búlgaros, szeklers, gitanos o judíos. Donde había pocos rumanos, encontramos pocos votantes fascistas. Sólo en dos de los diecinueve condados en los que los rumanos representaban menos del 50% de la población, la legión obtuvo una media de votos (ligeramente) superior a la media, y en general en estos diecinueve condados la media de votos fue inferior a la mitad de la media nacional. No obstante, los diez bastiones legionarios (es decir, que recibieron el 25% o más de los votos) sólo tuvieron una media del 62% de rumanos, frente a una media nacional del 72%. Así pues, la legión tendía a obtener la mayoría de los votos en los condados donde había un número considerable *tanto* de rumanos como de etnias minoritarias que los nacionalistas rumanos consideraban una "amenaza" para ellos.

285

Heinen no encontró ninguna correlación significativa entre el voto fascista y el número de judíos locales. Los judíos vivían sobre todo en el norte, además de Bucarest. Representaban el 4% de la población nacional, sólo el 3% en Transilvania, el 2% en Muntenia y menos del 1% en Oltenia y Dobrogea. Pero eran el 12% en Bucarest, el 11% en Bucovina y el 7% en Besarabia. En estas zonas también eran urbanos: el 14 por ciento de la población de las ciudades rumanas, el 30 por ciento de las ciudades de Bucovina, el 27 por ciento de Besarabia, el 23 por ciento de Moldavia (sobre todo en el norte de Moldavia), el 12 por ciento de Bucarest y el 10 por ciento de las ciudades de Transilvania (sobre todo en el norte). Dominaban el crédito y el comercio: entre el 70% y el 80% de este sector en Bucovina, Besarabia y algunas ciudades del norte de Moldavia y Mamures. Sin embargo, el fascismo no era mayoritariamente norteño. Y en el norte, las provincias con más judíos -Bucovina, Besarabia y la mayor parte del norte de Moldavia- representaban los dos extremos del apoyo fascista: alto en Bucovina, bajo en las otras dos. Estas zonas compartían una larga tradición de antisemitismo, incluidos los pogromos. También tenían muchos rumanos (y en la no fascista Besarabia había más rumanos). ¿Por qué el fascismo era fuerte en Bucovina pero débil en Besarabia y el norte de Moldavia? El fascismo no pudo simplemente enfrenar a rumanos contra judíos.

Aunque los fascistas rumanos veían a los judíos como una "amenaza", los fascistas prosperaron sobre todo en zonas donde también había un segundo enemigo étnico asociado a una antigua potencia gobernante: Los magiares en las antiguas provincias húngaras y los alemanes en las zonas que formaban parte del Imperio Austrohúngaro. Los "austroalemanes" habitaban principalmente las ciudades de Bucovina oriental, de Arad en el Banato y de Nasaud en el noreste de Transilvania. Estas ciudades tenían alemanes, importantes comunidades judías y nacionalistas rumanos que movilizaban a los campesinos cercanos. El resultado fue un voto fascista relativamente alto.

Livezeanu (1995: caps. 2 y 3) muestra que a partir de 1918 el antisemitismo

bukovinense se fusionó con un nacionalismo rumano más reciente dirigido contra los antiguos gobernantes austro-alemanes, que habían impuesto su lengua en el Estado. Cuando los ejércitos austriacos se rindieron, los nacionalistas se apoderaron de las instituciones gubernamentales locales, exigiendo que Rumanía se negara a insertar los derechos de las minorías en la Constitución (como exigían los Aliados). Los nacionalistas fracasaron en su objetivo, pero se aseguraron el control de la administración local y acabaron con el dominio alemán y judío de la educación pública. Los profesionales, el ejército y los sacerdotes ortodoxos se lanzaron a enseñar y utilizar la lengua rumana en las instituciones públicas. Se trataba del habitual núcleo nacional-estatista del fascismo, enfrentado a sus antiguos "opresores", judíos y alemanes. El antisemitismo histórico se fusionó así con un nuevo estatismo nacional, fomentando el fascismo. De hecho, los movimientos antisemitas locales (LANG y PNC) empezaron a revestirse de fascismo para competir con la legión (Vago 1975: 167).

286

Pero no todos los germanoparlantes de Rumanía eran percibidos como enemigos. El este de Transilvania, en gran parte no fascista, contenía "sajones", en su mayoría comunidades rurales que habían emigrado de Alemania siglos atrás. Cerca de ellos residía otra minoría rural asentada desde hacía mucho tiempo y "poco amenazadora", los szeklers, un grupo étnico de origen desconocido. Como ninguno de los dos había estado vinculado en el pasado a un Estado opresor, sus relaciones con los nacionalistas rumanos eran ahora bastante cordiales. Ninguna de las dos minorías apoyaba el irredentismo, ni se consideraba que explotara a los rumanos. Los nacionalistas rumanos decían que los sajones eran antiguos rumanos "sumergidos" y potencialmente asimilables a la nación. Rumanos y sajones se habían comprometido a conceder cierta autonomía comunal local dentro de un Estado rumano no disputado. Los agricultores rumanos locales también atribuían en parte su prosperidad a que los agricultores sajones les habían enseñado técnicas agrícolas más avanzadas (Verdery 1983; Ronnas 1984: 127). En estas zonas, los nacionalistas rumanos eran moderados y pocos se convirtieron en fascistas. En los condados sajones era muy poco probable que votaran a la legión. Con el tiempo, los sajones se volvieron un poco más receptivos a las influencias nazis alemanas a medida que se acercaba la guerra, lo que impulsó a algunos hacia la legión y, durante la guerra, hacia las SS.

La otra "amenaza" étnica principal procedía de los magiares, antes gobernantes. En Transilvania occidental, Maramures y Crisana-Banat, los rumanos habían sido siervos de los terratenientes magiares durante siglos. Aquí muchos magiares apoyaban las reivindicaciones fronterizas revisionistas de Hungría. Así, los nacionalistas locales instaron a una romanización agresiva de las escuelas y a un Estado-nación unitario (Livezeanu 1995: cap. 4). Este conflicto se remontaba al siglo XVIII. El centro de la resistencia rumana al intento de los Habsburgo de imponer la "Iglesia uniata" en Transilvania se encontraba entonces en los condados de

Hunedora, Alba y Sibiu (Verdery 1983: 118).³ El mapa 8.2 muestra que estos condados eran ahora desproporcionadamente fascistas. Heinen encontró una correlación negativa en toda Transilvania entre el voto fascista y el tamaño de la congregación uniata local ($r = -,38$), un fascinante residuo histórico. Maramures había sido testigo de los primeros disturbios legionarios y antisemitas, y su capital contaba con la mayor proporción de hablantes de yiddish de Transilvania (Livezeanu 1995: 290-5). También tenía tantos húngaros como rumanos. Obsérvese el escaso voto fascista en dos condados húngaros fronterizos, Salaj y Satu Mare. Ninguno de los dos tenía muchos judíos, mientras que los rumanos representaban menos del 25% de su población urbana.

287

Así, la legión prosperó en la confrontación directa entre una gran población rumana y *dos* "enemigos" étnicos predominantemente urbanos, uno judío y el otro de una antigua nacionalidad dominante. Allí podía mezclar nacionalismo y antisemitismo en el fascismo. Así pues, Besarabia no era terreno fértil para el fascismo. No carecía de judíos ni de antisemitismo (tenía ambos en abundancia), sino de otros enemigos étnicos. Es cierto que había sido una provincia rusa antes de la guerra, casi declarada de nuevo para los soviéticos en 1918 y que volvió a caer en manos de los soviéticos en 1940, provocando la indignación nacionalista rumana. Pero aquí la burguesía rumana local no era muy nacionalista. La mayor parte de ella hablaba ruso y asociaba la lengua rumana con el campesinado local "atrasado". Ahora prefería Rumanía a la Unión Soviética, aunque por obvias razones de clase más que nacionalistas. Como los pocos comunistas eran desproporcionadamente judíos, esto alimentó el antisemitismo. Pero la burguesía rumana local en realidad quería más autonomía provincial y lazos más fuertes con la provincia vecina de Moldavia (las dos compartían una historia común) en lugar de con todo el Estado-nación rumano. Así pues, el nacional-estatismo permaneció atrofiado entre los rumanos de Besarabia. Apoyaban a los antisemitas LANC y PNC, pero no al fascismo (Shapiro 1974: mapa 1). Lo mismo ocurrió en el norte de Moldavia. El voto al LANC/PNC en toda Rumanía estaba correlacionado con la proporción de judíos en la población ($r = 0,23$; había sido de 0,46 en 1933). En estas dos zonas, el temor de los burgueses a la Unión Soviética también les hacía desconfiar de la legión "revolucionaria", en la que se rumoreaba que había comunistas infiltrados. Era la ideología fascista más amplia de la legión lo que atraía o disuadía, y su antisemitismo estaba conectado con una concepción más amplia del Estado-nación proletario.

Pero este argumento sólo sirve para las dos agrupaciones fascistas del norte y el oeste. El grupo del sureste era más sólidamente rumano: Aquí sólo Covurlui tenía muchos judíos (casi el 10%), y ninguna tenía otras minorías significativas. Tulcea

³ En Rumanía, esta iglesia sólo se encuentra en Transilvania, residuo de un intento de los Habsburgo durante el siglo XVIII de aumentar el control austriaco sobre Transilvania fusionando las doctrinas católica y ortodoxa.

tenía rusos y búlgaros, pero pocos judíos; mientras que la capital tenía muchos judíos, pero pocos de otras minorías. Un segundo tema, el estatismo, era probablemente más importante en la capital y en las regiones industriales. La industria más avanzada se aglutinaba en Bucarest y Brasov y la mayor parte de la industria petrolera estaba en Prahova, beneficiándose ambas de las políticas de sustitución de importaciones y favoreciendo la doctrina estatista (Ronnas 1984: 118-20). Weber (1966a: 110-11) dice que dos condados rurales de tendencia fascista (Putna y Covurlui) contenían muchos de los históricos "pueblos libres", capaces en la década de 1930 de organizar la resistencia local contra las empresas forestales y madereras (aunque otros dos condados de este tipo que nombra no ofrecieron mucho apoyo a la legión). Éstos se encontraban entre los condados legionarios más pobres, al igual que los condados meridionales de Valaquia, Dolj, Teleorman y Vlasca, que, según él, tenían antiguas tradiciones de socialismo campesino. En ninguno de estos condados meridionales había judíos. Aquí la legión enfatizaba un tercer tema, la lucha de clases entre campesinos pobres y el lejano capital "extranjero", una variante del nacionalismo proletario.

288

Puede parecer un poco ad hoc identificar tres razones específicas de cada región para votar fascista. Además, estos datos no permiten la certeza. Los condados rumanos eran grandes, algunos con condiciones económicas y étnicas variadas. La legión nunca obtuvo oficialmente más del 36% de los votos de un condado. Es arriesgado adivinar qué subgrupos locales votaron por ella, pero es probable que no "barriera" a ningún subgrupo grande en ninguna parte. No obstante, mi análisis tiende a sugerir que algunas partes del país podrían apoyar el fascismo como nacionalismo extremo. Allí donde los nacionalistas rumanos locales se enfrentaban a las "amenazas" de los judíos más una minoría nacional gobernante, muchos veían con buenos ojos el fascismo. En otras partes del país, muchos apoyaban el fascismo más como defensa del proletariado campesino, como estatismo extremo o como la defensa necesaria para que una nación "proletaria" resistiera la explotación extranjera. La clase era muy importante en el fascismo rumano, pero filtrada a través del estatismo-nación proletario de la legión.

FIN FASCISTA

Los resultados electorales fueron malas noticias tanto para la democracia como para el rey Carol (Shapiro 1974). El giro hacia el fascismo era inequívoco; de hecho, continuaba la deriva hacia la derecha iniciada en 1929. Los Campesinos Nacionales conservaron el 20% de los votos, pero ya no eran tan prodemocráticos ni tan multiculturales como antes. Los demás partidos cuasi democráticos y de minorías étnicas sólo pudieron reunir otro 10%. El bloque gubernamental semiautoritario de Carol obtuvo el 36%, el mayor bloque político, pero demasiado pequeño para formar

un nuevo ministerio. Lo que ocurrió a continuación no era inevitable. Carol *podría* haber retrocedido en la dirección de una democracia más liberal y formar una coalición entre estas agrupaciones. Pero no era demócrata ni quería serlo. Así que tuvo que inclinarse hacia la derecha, aunque allí tuvo que enfrentarse a la hostilidad de la legión. Tras complejas negociaciones secretas (¡incluido un aparente intento de asumir el mando de la legión!), invitó al rival de extrema derecha y antisemita Partido Nacional Cristiano (con sólo el 9% de los votos) a liderar el gobierno. Esperaba que pudiera gobernar con el apoyo de los antiguos partidos del régimen y algunos otros, sin demasiados cambios. Sin embargo, los nacionalcristianos habían tomado prestado el ropaje legionario, y el nuevo gobierno se declaró a favor de una política exterior proalemana, el corporativismo y "Rumanía para los rumanos". Ahora ampliaba la legislación anterior para prohibir completamente la participación de los judíos y otras minorías en la vida pública y profesional. Los rumanos avanzaban hacia soluciones organicistas, pero no muy violentas.

289

Sin embargo, los nuevos partidos del gobierno carecían de autoridad y pretendían pactar con la legión. Carol se alarmó, temiendo que su poder conjunto se volviera contra él. Disolvió el parlamento, asumió el poder total y se volvió violentamente contra la legión. No hubo resistencia paramilitar inmediata. Catorce líderes, entre ellos Codreanu, fueron arrestados, condenados a largas penas de prisión por sedición y luego estrangulados sumariamente en noviembre de 1938, con la increíble tapadera de que habían muerto al intentar escapar. La debilidad paramilitar de este movimiento había quedado al descubierto. Si bien se habían colocado fascistas individuales para asesinar a judíos y funcionarios, se suponía que otros fascistas podían seguir organizándose abierta y electoralmente. Sin embargo, ahora que el régimen era totalmente autoritario, podía cambiar las reglas del juego y acabar de un plumazo con los dirigentes fascistas. Sin embargo, no acabó con el fascismo. De hecho, Codreanu se convirtió en el mártir cristiano/fascista, influyente incluso después de su muerte. La legión pasó a la clandestinidad y asesinó al primer ministro responsable de las matanzas en septiembre de 1939 (el cuarto primer ministro en activo o antiguo que asesinaba). En represalia, unos 400 legionarios destacados y sus familias fueron ejecutados sumariamente, y muchos de sus cadáveres fueron colgados en las calles en postes de la luz. Tenemos datos sobre muchos de estos líderes: Eran profesionales (especialmente abogados), sacerdotes, maestros y otros empleados públicos. Otros militantes urbanos huyeron a Alemania y fueron internados. Los estudiantes formaban el grupo más numeroso de los internados, seguidos de los profesionales y empleados públicos habituales, aunque también con algunos obreros (filas 2 y 4 de la tabla 8.1 del apéndice). Fue en respuesta a esta segunda represión cuando la legión clandestina adoptó un verdadero paramilitarismo organizado, colectivo y violento.

Carol había erigido un régimen autoritario semirreaccionario con algunas pretensiones corporativistas, pero intentó mantener una política exterior neutral. En

1940 se encontraba bajo una considerable presión alemana. Con las potencias revisionistas como vecinos (una de ellas la URSS comunista), Rumanía necesitaba una alianza con Alemania o con las potencias liberales. Francia ya no existía, Gran Bretaña podría no sobrevivir mucho más. Carol se convirtió en aliada de Hitler a su antojo, la economía rumana se reorientó hacia el abastecimiento de Alemania y los numerosos alemanes que ahora trabajaban en Rumanía aumentaron la influencia del fascismo. Carol se volvió más corporativista. Formó un régimen de partido único, el "Partido de la Nación", atrajo a la legión e intensificó la legislación antijudía (esto y las consiguientes políticas de deportación y liquidación se tratan en mi próximo volumen).

290

Pero Hitler le traicionó. El tratado entre Hitler y Stalin, sumado a la política prohúngara de Hitler, hizo que Rumanía perdiera el norte de Bucovina y Besarabia en favor de la URSS y el norte de Transilvania en favor de Hungría. Con la política del rey en ruinas, el general Antonescu forzó su abdicación y se erigió en dictador. No era amante de Alemania, pero creía que Alemania ganaría la guerra y esperaba que Hitler acabara devolviéndole Transilvania. Como Antonescu tenía poco historial, Hitler aún no sabía si fiarse de él. Así que durante un tiempo el astuto general gobernó conjuntamente con los fascistas. El nuevo líder de la legión, Horia Sima (amigo de Himmler), se convirtió en vicepresidente del consejo, y los legionarios ocuparon cinco ministerios, la mayoría de las direcciones de los ministerios y cuarenta y cinco de las cuarenta y seis prefecturas regionales (indicativo de su fuerza en el sector público en todo el país). Conocemos las ocupaciones anteriores de cuarenta de estos prefectos legionarios. Diecinueve habían sido funcionarios abogados, doce habían sido profesores, seis habían sido oficiales del ejército y los tres restantes eran otros profesionales (Ioanid 1990: 201-2). La legión también siguió atrayendo a militantes jóvenes y cultos: Más de 18.000 estudiantes de secundaria y más de 1.100 profesores militaban en ella en 1941. La legión mostró especial interés por los estudiantes y aprendices de comercio. Con la supresión del Partido Comunista, la legión monopolizó también la organización obrera. El Cuerpo Obrero Legionario estaba activo en la mayoría de las empresas y organizó al menos una gran huelga minera (Ioanid 1990: 72; Hitchins 1994: 461).

A veces se describe al general Antonescu como un fascista. Su historial anterior sólo había revelado a un soldado eficaz, honesto pero represivo y ferozmente anticomunista. Aunque ahora apoyaba formalmente un autoritarismo corporativista, su lealtad última era hacia las instituciones existentes, no hacia un nuevo orden fascista (Watts 1993: 275). Era esencialmente un autoritario semirreaccionario, que robaba algunos ropajes corporativistas y fascistas para parecer que se movía con los tiempos. Su principal vínculo sustancial con los fascistas era su nacionalismo primitivo, revelado cuando se dirigió a su Consejo de Ministros en abril de 1941:

Tenemos que inspirar a los rumanos odio contra los enemigos de la nación. Así

crecí yo, con odio contra los turcos, los kikes y los húngaros. Este sentimiento de odio contra los enemigos de la nación debe llevarse hasta las últimas consecuencias. Asumo la responsabilidad de ello. (Braham 1998: 15)

291

Pero no se trataba de una familia de fascistas en armonía. Antonescu se alarmó por el radicalismo y la nueva violencia colectiva de sus aliados legionarios, y por el rumoreado movimiento de comunistas en la legión. En noviembre de 1940 se enfureció cuando unos legionarios asesinaron a sesenta y cinco políticos encarcelados. Los informes de la embajada de Vichy en Bucarest dan amplio testimonio de la lucha en curso entre Antonescu y su viceprimer ministro Sima. Antonescu pedía "calma y orden", Sima más "proezas". Sima estaba infiltrando "comités de vigilancia" legionarios en los ministerios, las universidades, los hospitales y, sobre todo, en la "Comisión de Romanización", y estaba añadiendo policías legionarios auxiliares a las fuerzas policiales para "purificar" por la fuerza la nación. Antonescu intentaba subordinar a todos estos legionarios a hombres leales a él. Sin embargo, Antonescu estaba cediendo terreno en política, promulgando medidas de nacionalismo proletario, fomentando la igualdad de sueldos y salarios, atacando a los "especuladores" capitalistas y, especialmente, limpiando el país de sus judíos. Los diplomáticos franceses percibieron una situación "revolucionaria" que conducía a un completo estancamiento y anarquía del gobierno. Esto, decían, alarmó a los políticos respetables y a los eclesiásticos, alentando a los legionarios "comunistas", la masa de cuyos miembros creían que ahora eran reclutados de "las clases más bajas", deseosos de saquear a los judíos y a otros ricos "traidores" (Iancu 1998: 73-84, 91-2).

No pudo durar. En enero de 1941 se produjo un intento de golpe legionario. Himmler simpatizaba con él, pero Hitler apoyó a Antonescu, creyendo que podría controlar mejor el país y garantizar así el flujo seguro del petróleo rumano a la maquinaria de guerra alemana. Los legionarios ocuparon brevemente la mayoría de los edificios públicos de Bucarest. Intentaron sin éxito asesinar a Antonescu. La legación británica envió una larga lista de unidades del ejército que habían desertado, pero la embajada francesa fue más escéptica y precisa en sus observaciones. Antonescu había convocado a los prefectos legionarios a Bucarest y se había hecho cargo de sus administraciones regionales en su ausencia. Era un general respetado y se había asegurado la lealtad de las unidades clave del ejército en torno a la capital. Si el rey Carol hubiera seguido gobernando, el resultado podría haber sido diferente. Pero este ejército, a pesar de cierta desunión, resistió y luchó. En tales circunstancias, el poder militar casi siempre puede derrotar al poder paramilitar, especialmente a uno con una familiaridad tan reciente con las tácticas militares como la legión. Tras un cierto retraso, Antonescu desplegó unidades leales del ejército para aplastar a los insurgentes, pero esperó a que la violencia de los legionarios los desacreditara a los ojos de los alemanes. El nuevo enviado alemán

Manfred von Killinger traía claramente consigo órdenes de Hitler de reprimir la revuelta, y las tropas alemanas hicieron una demostración de fuerza para intimidar a los legionarios (Ansel 1993: 228-31; Iancu 1998: 111-20). Murieron unos 250 legionarios y 9.000 fueron detenidos. Los estudiantes habían encabezado las manifestaciones que iniciaron la insurrección, aunque los arrestados eran predominantemente proletarios, y el resto estaba disperso entre la habitual clase media nacional-estatista (fila 4 de la tabla 8.1 del apéndice).

292

Los legionarios habían aprendido la misma amarga lección que la Cruz Flechada: El régimen nazi prefería autoritarios semireaccionarios y corporativistas ordenados a fascistas revoltosos. La legión aguantó más persecuciones y consiguió infiltrarse en muchos organismos gubernamentales hasta que se le permitió reaparecer y participar abiertamente en la Solución Final. Cuando la suerte de la guerra cambió, también lo hizo Antonescu, que acabó convirtiéndose en aliado de los soviéticos invasores. La legión se rebeló de nuevo, haciéndose con el control de la parte occidental del país, cometiendo su propia pequeña Solución Final hasta que fue arrollada por el Ejército Rojo. La vida de violencia legionaria -por ellos, contra ellos- parecía haber terminado.

El gobierno comunista de posguerra resultó sorprendentemente parco. Antonescu y algunos colaboradores fascistas fueron ejecutados, pero el régimen de Ceausescu utilizó posteriormente a muchos ex legionarios y mostró pronunciados síntomas legionarios: nacionalismo étnico extremo, eugenismo forzoso y culto a los campesinos. El fascismo estudiantil reapareció brevemente tras el colapso comunista, a principios de la década de 1990. Pero el Estado fuerte está de momento desacreditado y prácticamente no quedan judíos en el país. Sólo la presencia de una importante minoría magiar hace temer un renacimiento del nacionalismo rumano orgánico. Pero quizás por fin el fascismo rumano esté acabado.

CONCLUSIÓN

Hemos sido testigos de una historia ampliamente familiar en la Rumanía de entreguerras: un creciente estatismo autoritario y un nacionalismo orgánico. Sin embargo, los responsables eran un poco diferentes. Aquí las élites gobernantes no eran antiguas, pero habían sobrevivido intactas a la guerra. Radicalizándose un poco en direcciones nacionalistas y estatistas podían permanecer en el poder. El poder militar del Estado (por poco) se mantuvo firme frente al poder paramilitar fascista. Un rey y un general acabaron con la amenaza fascista desde abajo. Aunque identifiqué elementos de la habitual "conspiración de la clase dominante" contra la democracia, ésta trató de eludir no sólo la democracia sino también el fascismo. Y aunque identifiqué a los fascistas como el núcleo de esta oleada, los fascistas rumanos eran distintos. En realidad, había dos núcleos fascistas principales. El

primero era la ideología habitual del "estado-nación" y el grupo de dirigentes y militantes, aunque aquí se añadían muchos sacerdotes. Pero la legión también tenía una ideología y una base más bien proletarias, entre campesinos pobres y obreros industriales, aunque no en todas las regiones del país. Así pues, el fascismo rumano no era un movimiento de la burguesía en general ni de la pequeña burguesía en particular. Si no hubieran sufrido una represión incapacitante, los fascistas podrían haber obtenido el apoyo mayoritario del electorado. Sus tácticas eran más electorales que paramilitares, ya que hasta muy tarde la violencia de la legión era más bien individual y tenía como principal objetivo provocar una represión limitada por parte del Estado, lo que generaría más apoyo popular.

293

Sin embargo, la base de la legión parece una extraña alianza entre grupos dispares. ¿Qué les ha unido? La legión se benefició primero y sufrió después la incapacidad de las élites políticas para resolver los acuciantes problemas del país. En 1918, los rumanos habían obtenido vastos territorios nuevos y la promesa de una democracia moderna. Sin embargo, la realidad era que se trataba de un país desesperadamente pobre y de una destartada colección de instituciones provinciales. El cemento político lo proporcionaba un antiguo régimen gobernante, reforzado por la victoria en la guerra, de "partidos notables" clientelistas y una monarquía que dispensaba a sus clientes cargos estatales y proyectos de desarrollo. En el periodo de entreguerras, estos métodos semiautoritarios mostraban signos de tensión en todas partes, minados por la creciente densidad de las comunicaciones, asaltados por ideologías modernizadoras, especialmente el fascismo. La Gran Depresión reveló la incapacidad de estos regímenes para aliviar las penurias, especialmente en la agricultura. Y como en otros países, el resentimiento adoptó formas étnicas y de clase.

El rey y la mayoría de los notables preferían sistemáticamente una solución menos democrática que más democrática a los problemas de Rumanía. Por tanto, eran cómplices en la deriva hacia el autoritarismo nacional-estatista, como lo fueron agrupaciones similares en casi todos los países de Europa del Este y del Sur en el periodo de entreguerras. Sin embargo, no ayudaron a los fascistas a llegar al poder. Por el contrario, ellos mismos adoptaron parte de la visión fascista, en parte como un intento sincero de volverse más "modernos", pero en parte de forma oportunista, para preservar su propio gobierno mediante una mayor fuerza. Aunque los propios fascistas fueron manipulados y depurados, el fascismo triunfó parcialmente cuando el rey Carol y el mariscal Antonescu tomaron prestados los símbolos corporativistas y fascistas para convertirse, de hecho, en "compañeros de viaje fascistas". "

El mensaje fascista central era el de un nuevo, limpio y moderno comienzo por parte de un Estado-nación orgánico. Esto encarnaba un poco el mensaje habitual de la trascendencia de clase: "Golpearles la cabeza" con violencia paramilitar y luego utilizar instituciones corporativistas para lograr la armonía nacional. Pero el énfasis de clase aquí difería de la Europa más occidental. Los "bolcheviques" eran demasiado

débiles para amenazar la armonía nacional, excepto en la forma del imperialismo ruso en Besarabia. A nivel nacional, la mayor amenaza parecía ser la explotación capitalista "extranjera" de la nación. La explotación parecía centrarse en una élite económica extranjera, especialmente judía, y Carol, un monarca "alemán" con una amante judía y una *camarilla de corte* "extranjera", no podía evitar ser identificado con ella. La conjunción de "extranjería", "corrupción" y "explotación" fue la debilidad de este régimen, lo que permitió al fascismo casi superarlo. Pero el fascismo eligió más la vía electoral que la paramilitar para llegar al poder, hasta demasiado tarde. Como el régimen conservó el predominio del poder militar, sobrevivió por la fuerza.

294

Las ciudades, las instituciones ostensiblemente democráticas y la capital ocupaban así una posición ambigua en el nuevo Estado-nación: supuestamente representaban el futuro moderno de la nación, pero también su antítesis extranjera, cosmopolita y corruptora. Livezeanu (1990; cf. Nagy-Talavera 1970: 258-60) sostiene que un nacionalismo esencialmente rural, articulado por estudiantes de origen rural, se dirigía ahora contra la capital, su monarca, sus élites, su burguesía productiva y sus judíos. Los campesinos y los hijos de campesinos destruirían su poder y convertirían a Rumanía en un Estado-nación orgánico. Esto parece exagerado. Más campesinos permanecieron leales a partidos más democráticos que la legión, aunque ésta adquirió un apoyo rural considerable. Sin embargo, el fascismo no era exclusivamente rural. Resonaba en el sector estatal y en el ejército y también se hizo popular entre los trabajadores industriales. El socialismo era débil y "extranjero". Pero el capitalismo era judío, alemán, magiar y griego, y tomaba prestado capital francés. Los trabajadores rumanos, especialmente los de los alrededores de la capital, se habían beneficiado de las políticas estatistas. Apoyaban al Estado-nación, pero no al capitalismo. Los capitalistas eran judíos extranjeros. Al tomar el relevo de los socialistas, la legión se convirtió en la única organización colectiva viable abierta a los trabajadores. Los trabajadores se imbuyeron del fascismo como parte de la negociación colectiva.

En todo esto podemos encajar la fuerza distintiva del antisemitismo en Rumanía. Los nacionalistas podían encauzar un populismo radical hacia el antisemitismo. Pero sólo la legión añadía al principio una visión más amplia, supuestamente progresista y modernizadora: un sentido más pleno de la nación, que había que arrancar de la totalidad de sus enemigos explotadores, basado en una visión de la potencialidad del alma rumana enraizada en el pasado pero combinada con una visión fascista del futuro. Así, como vimos en los datos de las votaciones, el apoyo fascista dependía de la presencia *combinada* de nacional-estatistas locales más extranjeros étnicos relacionados con potencias extranjeras explotadoras. La "explotación" judía inspiraba antisemitismo, pero era insuficiente para generar fascismo. Dependía de la verosimilitud de una visión más total, de una nación proletaria "amenazada" por etnias y naciones explotadoras.

295

Para todos los grupos de clase dispares -clase media nacional-estatista, trabajadores y campesinos- el antisemitismo desempeñó un papel importante en la generación de apoyo al fascismo rumano, por razones más materialistas y "proletarias" que en el caso del nazismo alemán. Se creía que los judíos explotaban a la nación rumana. Así, el antisemitismo fascista resonaba entre quienes se consideraban el núcleo explotado del Estado-nación rumano. La legión hablaba en nombre de Rumanía como "nación proletaria". Pero sus opresores, aunque supuestamente "extranjeros", no estaban principalmente en el extranjero. La misión de los fascistas estaba en casa: Limpiar a los opresores extranjeros, reforzar las fronteras y lograr así la pureza nacional, la integración y el progreso. Mi próximo volumen sobre la limpieza étnica muestra hasta dónde llegaron los fascistas rumanos y sus compañeros de viaje.

9

La familia española de Autoritarios

Quisiera agradecer a la Fundación Juan March su generosidad al financiar una estancia de un año en el Instituto Juan March de Madrid, que hizo posible la investigación en la que se basa este capítulo.

España difería de los países antes mencionados, aunque no de algunos de los demás países del centro, este y sur de Europa. Toda la familia de autoritarios españoles - semiautoritarios, semirreaccionarios, corporativistas y fascistas - se unieron contra los demócratas y los izquierdistas. Pero estos últimos, únicos en Europa, no cedieron, sino que resistieron y lucharon. Su sangrienta guerra civil de tres años acabó en una limpieza política masiva (más que étnica) por parte de los vencedores y, posteriormente, en el régimen autoritario de derechas más longevo de Europa, que perduró hasta que el General Franco murió en su cama en 1975. Así pues, España fue testigo de un autoritarismo de base más amplia y más duradero, que llegó al poder después de que tanto autoritarios como demócratas hubieran elegido bando, no sólo en las elecciones, sino también en el campo de batalla. Como resultado, percibimos ciertas cosas con mayor claridad en España.

Desde la década de 1880 hasta 1923 España había sido "semiautoritaria", como se define en el capítulo 2, coexistiendo poderes autónomos parlamentarios y ejecutivos. Había elecciones con un sufragio restringido, pero el rey podía destituir ministros, promulgar leyes y declarar la ley marcial. A pesar de su multietnicidad, el país también estaba muy centralizado. El sistema *del turno* pacífico otorgaba al monarca poderes distintivos para alternar a voluntad ministerios conservadores y liberales. Cuando decidía un cambio, se comunicaba a los jefes políticos locales (los *caciques*) que el patrocinio del ejecutivo pasaría a la oposición. Esto socavó la mitad democrática del Estado, ya que los caciques, deseosos de seguir bebiendo del comedero, cambiaron debidamente su lealtad, asegurando la victoria de la oposición, normalmente con una baja participación y un tercio de los escaños sin disputar (Tusell Gómez 1976). Pero en las regiones más avanzadas, la industrialización, la alfabetización y el sufragio, que fomentaban la movilización política al margen de los *caciques*, acabaron minando *el turno*. El socialismo y el anarcosindicalismo agitaron al proletariado; aparecieron movimientos autonomistas regionales entre catalanes y vascos; las ideologías centristas modernizadoras agitaron a la clase media. A partir

de 1910, algunos políticos de derecha, centro e izquierda ofrecieron principios y programas auténticos, avanzando hacia una verdadera democracia liberal.

297

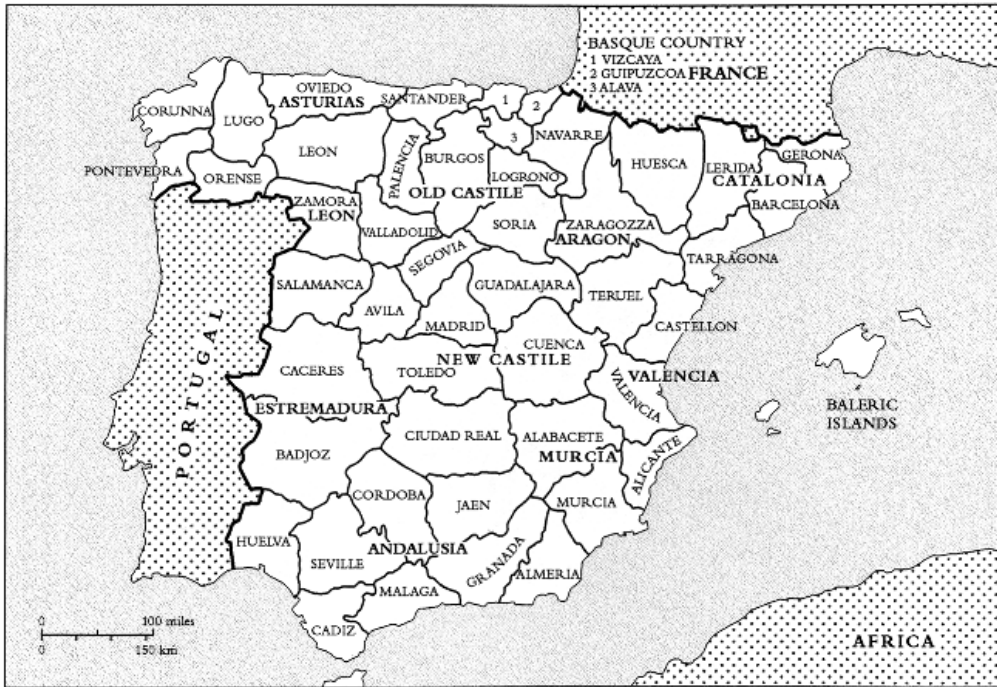
Sin embargo, el doble movimiento hacia la democracia fue sofocado. En 1923, el general Primo de Rivera hizo marchar a sus tropas e inició una dictadura de tendencia corporativista. Cayó en 1930 y al año siguiente se inauguró una república democrática, con objetivos liberales y socialdemócratas, que concedía importantes autonomías regionales. Pero la república sólo duró cinco años antes de que una rebelión militar desembocara en la guerra civil. Al final, entre 300.000 y 400.000 españoles murieron, casi la mitad asesinados a sangre fría, víctimas de la última y más violenta de las luchas de entreguerras entre la democracia liberal y la derecha autoritaria. El régimen franquista subsiguiente (aunque cambió con el tiempo) puede etiquetarse a grandes rasgos como una mezcla de autoritarismo semireaccionario y corporativista, altamente represivo y que mantenía a sus numerosos fascistas atados pero aparentemente satisfechos. Sólo flaqueó cuando el propio Franco flaqueó, en la vejez. Pero la democracia española no se aseguró hasta 1981, después de que fracasara otro intento de golpe militar.

En este capítulo se plantean dos preguntas principales. ¿Quién, en 1923 y especialmente en 1936, acabó con los avances hacia la democracia, y por qué? ¿Y por qué España se movió a lo largo del continuo derechista identificado en el capítulo 2, pero sólo hacia un autoritarismo que fue capaz de domesticar a sus fascistas?

ANTECEDENTES: CAPITALISMO Y ESTADO-NACIÓN EN ESPAÑA

Hay que empezar por los antecedentes económicos y políticos. Económicamente, España (junto con Portugal) era el país más atrasado de Europa Occidental. La industria estaba atrasada y pocos productos españoles podían competir internacionalmente. La neutralidad en la Primera Guerra Mundial permitió cierto crecimiento impulsado por las exportaciones, pero esto acabó en una recesión de posguerra seguida de un crecimiento muy lento. Con poco comercio exterior, España no sufrió mucho en la Gran Depresión. Las cosas empeoraron mucho en los pequeños sectores exportadores, especialmente el carbón asturiano y los productos agrícolas valencianos, y en la agricultura atrasada, que seguía empleando al 45% de la mano de obra. Los empresarios de estos sectores buscaban costes laborales más bajos, lo que intensificó el conflicto. El lento crecimiento frustró las esperanzas de modernización. Los españoles esperaban que la vida mejorara, pero esto ocurría con dolorosa lentitud y no ocurría en absoluto en muchas zonas agrícolas. Las tensiones de clase aumentaron. Como veremos más adelante, el conflicto de clases fue muy importante en el fracaso de la democracia española.

299



Mapa 9.1. Regiones y provincias de España.

Pero en España (véase el Mapa 9.1) las tensiones económicas y de clase siempre estuvieron entrelazadas con las regionales-nacionales. La economía variaba mucho de una región a otra, probablemente más que en ningún otro país de los aquí considerados. En la agricultura, la mayoría de las explotaciones del norte estaban en manos de pequeños campesinos independientes o arrendatarios. Siguiendo un arco a lo largo del norte, eran muy pobres en Galicia, en el noreste, apenas se las arreglaban en el centro de Castilla y eran más prósperas en el litoral mediterráneo catalán y valenciano. Los campesinos propietarios y arrendatarios tendían a favorecer la política centrista, mientras que los enanos propietarios y los jornaleros podían ser más radicales. Sin embargo, todos podían ser empujados hacia la derecha donde la Iglesia católica era fuerte (en el centro), y hacia la izquierda donde era más débil (a lo largo del Mediterráneo). Pero en el sur, en Andalucía y Extramadura y en partes de Castilla al oeste de Madrid, el 40% de la tierra pertenecía a grandes latifundios (más de 250 hectáreas). Dos tercios de la población carecían totalmente de tierras y se encontraban en una situación económica desesperada. Alrededor del 40% de todos los trabajadores agrícolas sin tierra dependían de los contratos de cosecha para su supervivencia (aunque algunos navegaban anualmente a Cuba para participar en una segunda cosecha, en las plantaciones de caña de azúcar). La mayoría de los terratenientes del sur eran propietarios ausentes que vivían en las ciudades.

La ausencia de terratenientes intransigentes, la explotación económica transparente y el control obrero de la vida cotidiana del pueblo son precisamente las condiciones sociológicas que garantizan la existencia de un conflicto de clases violento y reforzado por la comunidad en todo el sur, tan fuerte como en cualquier otro lugar de Europa. Así, en medio de muchas variaciones locales y regionales (demasiado complejas para enumerarlas aquí), podemos percibir una división norte-sur: centrismo campesino en el norte, insurreccionalismo de clase en el sur.

300

La región también importaba mucho en la industria, que había llegado tarde y de forma desigual a España. La industria había crecido sobre todo en regiones periféricas que poseían culturas regionales diferenciadas que resistían a la histórica dominación política de Castilla y su capital, Madrid. Había industria textil en Cataluña y Valencia, minería en Asturias, siderurgia y algo de banca en el País Vasco. Aunque en general no era un país muy industrializado, la industria española estaba muy concentrada, lo que fomentaba intensos "guetos proletarios" locales y luchas de clases. En ciertas partes de España surgió un movimiento obrero amenazador, incluso aparentemente revolucionario, tan extremo como cualquiera en Europa. Aquí quizás las clases altas tenían buenas razones para temer y quizás para arremeter con su propio extremismo. Pero ese enfrentamiento era regional más que nacional. El desarrollo de estas regiones también había traído consigo un contingente amplio y más moderno de clase media, no normalmente de izquierdas, pero a menudo liberal y laica, preocupada por librarse del yugo del antiguo régimen. Esta combinación de progresistas está detrás de lo que el Mapa 9.2 revela a continuación: El sur agrario, Cataluña y Asturias fueron las principales regiones republicanas en las elecciones.

El regionalismo no era lo suficientemente fuerte como para persuadir a muchos trabajadores de que apoyaran los movimientos autonomistas (que tendían a ser más bien burgueses). Las ideologías de clase se habían difundido entre los trabajadores antes del gran crecimiento de los sentimientos regionales. Pero hubo fuertes efectos indirectos de la región en la política de clase. Gran parte del núcleo del proletariado industrial gravitaba (como en otros países) hacia el socialismo. Sin embargo, los obreros catalanes y los trabajadores agrícolas del sur se sentían oprimidos por un Estado distante y podían concebir la vida sin él. De hecho, el Estado español era sobre todo una presencia represiva para las clases bajas, especialmente en estas regiones y sectores. Aquí los trabajadores se sintieron más atraídos por la visión anarcosindicalista de una huelga general, ignorando al Estado, que acabaría destruyendo tanto al capitalismo como al Estado. Hasta los años 30, el anarcosindicalismo también atrajo a numerosos trabajadores no cualificados, especialmente fuera de la industria pesada. Así, aunque la estructura económica española alimentaba una intensa lucha de clases agraria e industrial, el movimiento obrero estaba dividido entre socialistas y anarcosindicalistas, cada uno con bases regionales distintas, ninguno de ellos un movimiento verdaderamente nacional. Esto

debilitaría a la izquierda española y a la II República.

301

En contraste con su capitalismo tardío, España tenía un Estado muy antiguo, aunque también desigual regionalmente. La parte parlamentaria, *caciquil*, ya la he mencionado. La parte ejecutiva del Estado descansaba sobre tres pilares: la Iglesia católica, el ejército y la monarquía borbónica. El catolicismo era en la práctica la religión del Estado. ¿No habían "cristianizado medio mundo" esta Iglesia y este Estado juntos? El Escorial, a las afueras de Madrid, simboliza su relación: El gran palacio de Felipe II está envuelto por la cúpula de una enorme iglesia, cuyo altar es claramente visible desde su cama. La Iglesia siguió muy arraigada en las zonas más agrarias de España, especialmente entre los campesinos y la clase media de Castilla y León. En otras zonas estaba débilmente implantada, excepto entre los elementos del antiguo régimen. Allí las insurrecciones campesinas habían incluido asesinatos intermitentes de sacerdotes. La desigual implantación de la Iglesia y su amarga experiencia tendieron a hacerla bastante reaccionaria, recelosa de la modernidad, del "catolicismo social", de los sindicatos y de la democracia (Lannon 1987: 55-65, 183-94). El antiguo régimen podía movilizar un poder ideológico considerable a través de la Iglesia, pero variando según las regiones y al coste político de provocar una alianza opuesta entre el anticlericalismo tradicional y el laicismo más moderno.

El ejército era grande e importante, pero también algo regional. La mayoría de los oficiales procedían de la burguesía provincial algo pobre de Castilla, León y el sur. Más que ningún otro ejército europeo, reclutaba a los hijos de sus propios oficiales y suboficiales, incorporándolos jóvenes a las academias militares, sin apenas experiencia adolescente y mucho menos adulta. Franco ingresó a los catorce años. Era una casta, aunque con un sesgo clasista que ahora crecía. Aunque sus raíces decimonónicas habían sido liberales, sus amplios poderes de ley marcial se desplegaban cada vez más en defensa de las clases adineradas (Ballbe 1983; Alpert 1989: 51-2). Como los gobiernos de este país pobre no podían mantener adecuadamente las grandes fuerzas armadas que les había conferido su historia imperial, se produjeron desastres militares. En 1898-9 el imperio mundial de España se desintegró tras una breve guerra unilateral con Estados Unidos, y en 1921, en la última colonia que quedaba, un ejército español fue cortado en pedazos por miembros de una tribu marroquí en la batalla de Annual. En ambas ocasiones el ejército y los políticos se repartieron las culpas, abriendo una brecha entre el estado civil y el militar. La "generación de 1898" de oficiales empezó a abandonar el liberalismo y el conservadurismo tradicionales para coquetear con ideologías estatistas modernas (Busquets 1984: 94-111, 155-7; Ben-Ami 1983: 66-72; Gómez-Navarro 1991: 313-20). Privado de su imperio, el ejército se convirtió en un ejército de guarnición en la propia España, además de Marruecos. Pero se trataba de un ejército profesional, y España se mantuvo al margen de la Primera Guerra Mundial. Por tanto, España contaba con pocos jóvenes veteranos licenciados y con los ideales paramilitares que abrazaban. El estatismo militar siguió siendo conservador,

verticalista incluso cuando se modernizó, sin verse afectado por el paramilitarismo popular o el fascismo.

302

La monarquía borbónica era el más débil de los tres pilares ejecutivos. Alfonso XIII fue ampliamente culpado de la derrota de Annual. Fue marginado por el general Primo de Rivera y exiliado en 1931. La monarquía había sido persistentemente cuestionada, y no sólo por liberales y demócratas. La provincia más monárquica, Navarra, apoyó de hecho a la dinastía rival "carlista", dividiendo así a los monárquicos españoles. El estatismo español no tomaría una vía muy monárquica.

Dado que el núcleo de los tres pilares residía en las regiones e instituciones atrasadas, el Estado no era moderno. En algunos aspectos se parecía al típico Estado premoderno europeo: una corte, un ejército y una iglesia, con muy poco en cuanto a administración permanente. Su base tributaria era primitiva, sus infraestructuras educativas, sanitarias y de comunicaciones rudimentarias. Podía reprimir y se le consideraba razonablemente legítimo, pero no podía hacer las cosas, es decir, su poder infraestructural era débil. Ideológicamente, miraba hacia atrás, a la Edad de Oro de Felipe II para su mito nacionalista de la *Hispanidad*, la misión histórica de España en el mundo. De hecho, a menudo se enfrentaba a enemigos más modernos: los movimientos autonomistas centrados en la burguesía de las provincias avanzadas y las ideologías internacionales del liberalismo, el socialismo y el anarquismo. No obstante, el antiguo régimen recibió algunos apoyos más modernos de los industriales catalanes y los banqueros vascos, amenazados por los agresivos proletariados locales, por lo que también favorecían la unidad orgánica (siempre llamada en España "integral") frente al regionalismo.

Aunque este viejo Estado estaba decayendo y se abrían divisiones en su seno, su declive fue muy gradual. Se había estabilizado en la década de 1880 tras un periodo de cambios de régimen y guerras dinásticas carlistas. Las catástrofes militares quedaban lejos y España se mantuvo neutral durante la Primera Guerra Mundial. A diferencia de todos los demás estados considerados hasta ahora, no existía ninguna amenaza externa para el país, el régimen era muy antiguo y no se produjo una pérdida repentina de legitimidad. Una forma de estatismo del siglo XX más conservadora y débil desde el punto de vista infraestructural que la de los países examinados hasta ahora podría sobrevivir a las crisis del periodo. De hecho, la mayoría de los estudiosos han señalado que la durabilidad del antiguo régimen fue la razón más importante de que el auténtico fascismo fuera relativamente débil en España.

El "nacionalismo" español era aún más característico.¹ Como Estado muy antiguo, España no tenía fronteras disputadas con otros países, excepto en África. No había

¹ Los españoles suelen reservar el término "nacionalismo" para las aspiraciones de autonomía regional, basadas en la reivindicación de una etnia propia, que se dan sobre todo entre catalanes y vascos, pero también entre algunos gallegos, valencianos y otros.

revisionistas territoriales, ni refugiados enfurecidos (a menos que contemos a *los africanistas* que encontraremos más adelante). Las relaciones con Francia y Portugal eran totalmente pacíficas (una característica de los vecinos del noroeste europeo, no del centro, este y sur), y España se mantuvo al margen de la Gran Guerra. Así, muchos han dicho que el nacionalismo era débil porque el país se enfrentaba a pocas amenazas extranjeras. Payne (1962: 1), por ejemplo, argumenta que los fascistas españoles (como los de otros lugares) habrían prosperado con el conflicto internacional, pero que no pudieron agitarlo mucho. Aquí es donde discrepo. Es cierto que la mayoría de los españoles tuvieron el sentido común de aceptar su declive geopolítico, y los nacionalistas (incluidos los fascistas) mostraron poca agresividad hacia otras naciones. No obstante, España se enfrentaba a considerables divisiones internas y, como hemos visto en otros países, el nacionalismo orgánico tendía a prosperar tanto en ellas como en los conflictos exteriores. Así, la derecha española -como en otros países- llegó a movilizar un nacionalismo "integral" (orgánico) de masas contra supuestos "enemigos" interioristas internacionalistas y separatistas. El nacionalismo español era fuerte, pero tenía una orientación interna y no internacional. También era decididamente político y cultural más que étnico. De hecho, fueron los separatistas regionales quienes hicieron hincapié en la etnicidad. Los nacionalistas orgánicos llegarían a apoyar la limpieza política más que la étnica, ya que consideraban que sus enemigos representaban una amenaza esencialmente política (separatista y de izquierdas).

303

Así, un rápido recorrido por el país ha revelado una insurgencia de clase baja pronunciada pero variada regionalmente que se enfrenta a un Estado de tres pilares conservador y regionalmente arraigado y a un antiguo régimen, todavía intacto, aunque débil infraestructuralmente, que empieza a decaer, y que genera un nacionalismo de orientación interna. Así pues, a la derecha española no le faltaba un nacionalismo moderno, sino una versión moderna del estatismo, y así acabó consiguiendo un Estado más reaccionario que el fascismo, comprometido con la limpieza política violenta pero no étnica. Pero sólo un poco de esto había aflorado en el momento del primer encuentro de España con el autoritarismo en el siglo XX.

ASCENSO Y CAÍDA DEL GENERAL PRIMO DE RIVERA

Los antecedentes del golpe del general Primo de Rivera se sitúan en el "Trienio Bolchevique", tres años de conflicto de clases (1918-20) con huelgas masivas y ocupaciones similares a las que se producían en muchos países europeos en esa época. Sin embargo, aquí el conflicto estaba impregnado de la afición distintiva de los insurgentes españoles por las armas pequeñas y las bombas caseras. Los más agresivos fueron *los pistoleros* anarcosindicalistas de la CNT, *que* sólo en 1920 mataron a tiros a unos cincuenta empresarios, funcionarios y sindicalistas

moderados de Barcelona (Morego 1922). Como el ejército era ineficaz contra los asesinatos individuales, los empresarios también ayudaron a organizar milicias de voluntarios y sindicatos derechistas violentos, los más importantes de los cuales eran conocidos como los Sindicatos Libres.

Los Libres fueron en cierto modo los primeros coletazos del fascismo español. Estos sindicatos estaban dirigidos por trabajadores católicos, conservadores y carlistas (Navarra estaba cerca), hartos del anarquismo, el anticlericalismo y el improductivo "maximalismo" izquierdista. Se hicieron más violentos y más parecidos a los "sindicatos amarillos", ya que recibían subvenciones patronales para romper huelgas. Durante varios años igualaron a la CNT en agresiones y asesinatos. Reclutaban con mayor eficacia fuera de los "guetos proletarios" de la industria pesada y el gran textil, entre grupos como los especializados en oficios textiles, los empleados del ferrocarril, el gas y la electricidad, los barberos, los carreteros, los trabajadores de cafés, bares y cocinas, los panaderos, los lecheros, los albañiles, los carpinteros, los trabajadores del cuero, los artistas gráficos y los trabajadores del vidrio. Una lista de veintitrés "mártires" de Libres asesinados en la década de 1920 revela tres metalúrgicos, tres vidrieros, tres tipógrafos, dos cocineros, dos empleados de banca, un panadero, un camionero y ocho del sindicato de tintoreros textiles (Winston 1985: 178-87). Por su violencia y su arraigo entre los trabajadores de fuera de los guetos proletarios centrales, los Libres se parecían a los movimientos obreros fascistas de la época, aunque su ideología no estaba tan desarrollada ni era tan coherente.

304

Y 1920 resultó ser su punto álgido. La mayoría de los terroristas de la CNT fueron asesinados, dando el poder a los moderados, especialmente en Barcelona. Los sindicatos socialistas reformistas UGT también empezaron a expandirse a costa de la CNT. El número de días perdidos en huelgas descendió en 1921 y se mantuvo por debajo de la mitad del nivel de 1920 en los tres años siguientes, los últimos del régimen semiparlamentario. Hubo más huelgas relacionadas con los salarios y las condiciones laborales, y más ganadas por los empresarios (Payne 1970: 44-61; BenAmi 1983: 8-14, 34-40; Carmona 1989: 467-8, 495-6; Martin 1990: 226-30). Barcelona era, después de todo, una ciudad industrial moderna en la que el poder de un Estado legítimo se mantenía firme. La mayoría de los trabajadores se dieron cuenta de que la acción guerrillera contra él era inútil. La violencia de los Libres ya no era necesaria y decayeron. La economía se recuperó y los salarios reales aumentaron. El parlamento (las Cortes), aunque dividido en facciones y corrupto, también mostró signos de liberalismo. A finales de 1922, el gabinete anunció un programa de reforma electoral, arbitraje obligatorio y reparto de beneficios en la industria, reforma del ejército y fin de la guerra de Marruecos. La auténtica democracia parecía estar a la vuelta de la esquina.

Sin embargo, esto pareció alarmar a muchos conservadores. *Los caciques* se oponían a la reforma electoral, los empresarios a la conciliación laboral y el ejército

sentía amenazados sus propios intereses corporativos (Boyd 1979: 276). Recurrieron al poder militar y Primo hizo marchar a sus tropas. La iglesia no participó, el rey vaciló, pero hubo apoyo financiero de las grandes empresas. El golpe fue recibido con entusiasmo por multitudes bien vestidas y la bolsa subió. Fue un golpe predominantemente de clase, aunque en realidad se llevó a cabo a través de un ejército que perseguía sus propios intereses corporativos. Juntas, las élites que poseían el poder económico y militar acabaron con el primer intento de democracia.

305

Algunos estudiosos proponen una explicación de clase aún más fuerte, diciendo que el golpe era necesario para proteger los intereses de clase. "Una revolución desde arriba para evitar una desde abajo", dice Ben-Ami (1983: 45-7, 77-87, 401). Gómez Navarro (1991: 487-90) argumenta que el desarrollo económico tardío había desestabilizado el antiguo régimen, "requiriendo" un autoritarismo más moderno basado en las dos instituciones más eficientes, el ejército y la burocracia estatal. Pero el problema con esta explicación de clase funcionalista es que el golpe de Primo no se había producido cuando amenazaba la revolución, sino cuando la reforma estaba siendo aireada con cautela por los liberales burgueses. Aunque los derechistas afirmaban que estaban evitando el caos social, en realidad la violencia y las huelgas estaban disminuyendo. Una vez más, en la Europa de entreguerras, los derechistas estaban sacando la pistola demasiado pronto, con un toque de histeria, "presas del pánico" (Boyd 1979: 116-40) con un "miedo obsesivo a la revolución" (González Hernández 1990: 129). Incluso Ben-Ami (1983: 8-14) está de acuerdo, citando una burla contemporánea:

... la musa del miedo, la diligente compañera de las clases conservadoras, [genera]... madrigales y baladas en homenaje al orden social. ¡El orden social antes que nada! Todo debe sacrificarse en el altar del orden social.

Queda, pues, el enigma con el que nos hemos familiarizado en este libro. ¿Por qué los conservadores fueron tan temerosos y echaron mano de las armas tan pronto? ¿Eran irracionales o preferían ir sobre seguro antes que lamentarse? ¿Se oponían realmente no a la revolución sino a la democracia reformista de la variedad europea del noroeste? Dado que los conservadores mostraron temores similares durante la república, mucho mejor documentada, retraso mi respuesta.

Durante un tiempo, Primo satisfizo a sus partidarios. Suprimió las Cortes y sustituyó a los gobernadores civiles por capitanes generales militares. Reprimió a los regionalistas y a la CNT y rechazó la reforma agraria. Pero tenía un lado inesperado. Como modernizador militar se sintió atraído por el fascismo. Le dijo a Mussolini que "su figura no es sólo italiana, sino mundial. Eres el apóstol de la campaña que Europa ha emprendido contra la desintegración y la anarquía". Primo actuó de acuerdo con sus simpatías fascistas. Sustituyó las Cortes por una asamblea corporativista en la que se sentaba un único partido domesticado, la Unión

Patriótica. Empezó programas autárquicos de desarrollo económico. Una influencia más radical del fascismo fue el sindicalismo, y ofreció a los sindicatos socialistas UGT un papel igualitario en el arbitraje laboral obligatorio (mientras reprimía a la CNT). Los socialistas aceptaron, y en 1929 el sistema cubría casi la mitad de la mano de obra industrial, y los tribunales laborales fallaban más a menudo contra los empresarios que contra los trabajadores. Las huelgas disminuyeron. El ministro de economía de Primo era Calvo Sotelo, muy leído, atraído por las nociones fascistas del estado corporativo, que incluso intentó gravar a los ricos para financiar programas de bienestar (Ben-Ami 1983; Rial 1986). Buscaba aumentar la capacidad infraestructural del Estado y redistribuir mínimamente los recursos de poder entre las clases que se dejaran incorporar al régimen. Todo ello no equivalía a fascismo, sino a una mezcla idiosincrásica de autoritarismo semirreaccionario y corporativista.

306

El corporativismo de arriba abajo debilitó las posibilidades del fascismo desde abajo. Dado que Primo había reprimido a los anarcosindicalistas y domesticado a los socialistas, los Libres eran irrelevantes y decayeron definitivamente. Pero su propio partido UP y su domesticada Asamblea Nacional también eran organizaciones de arriba abajo, incapaces de movilizar realmente a los campesinos y a la clase media a los que "representaban" en su mayoría (véase el cuadro 9.2 del apéndice, fila 6, y Gómez-Navarro 1991: 207-304, 499-506). La falta de apoyo movilizado fue desafortunada para Primo, ya que sus extravagantes políticas habían multiplicado sus enemigos. La Iglesia y los capitalistas se habían opuesto a la mayoría de sus innovaciones. Gestionó mal una crisis fiscal y tuvo que buscar economías militares, lo que alienó a sus propios soldados. Sus antiguos aliados forzaron su dimisión. Pero se hizo precipitadamente, como suelen ser los golpes contra generales que tienen el mando de las tropas. No hubo acuerdo sobre qué régimen le sustituiría. Muchos de los que ostentaban el poder se negaron a respaldar al impopular rey y no pudieron ponerse de acuerdo sobre un régimen autoritario alternativo. En el vacío de poder estallaron manifestaciones populares masivas y, en respuesta, los políticos centristas proclamaron una república democrática. El ejército no pudo actuar contra tal insurgencia liderada por unos moderados. Primo había hecho que el antiguo régimen se dividiera inesperadamente, haciendo posible uno nuevo. Comenzó el segundo experimento democrático, más audaz y radical que el primero.

LA SEGUNDA REPÚBLICA: EL PROBLEMA POLÍTICO GENERAL

La república comenzó con grandes esperanzas, pero ha recibido la peor forma de censura histórica: la sentencia de que estaba condenada de principio a fin. Las memorias del político conservador José María Gil Robles (1968) afirman que la república quedó atrapada entre los inexorables extremismos de izquierda y derecha,

haciéndose inviable la democracia e inevitable el autoritarismo. Los historiadores Thomas (1977), Robinson (1970), Seco (1971), Juliá (1984) y Payne (1993) tienden a coincidir. Linz (1978) acusa a todos los partidos de valorar sus propios fines por encima de los medios democráticos. Estos autores distribuyen la culpa de forma bastante equitativa, aunque algunos culpan más a la izquierda (por ejemplo, Payne y Robinson), otros a la derecha (Jackson 1965; Montero 1977; Preston 1978). ¿Quién tiene razón?

La sociología histórica y comparada sugeriría un punto preliminar. El movimiento por la democracia nunca ha sido meramente "procedimental", buscando sólo un método particular de gobierno. También ha tenido un propósito sustantivo. Los movimientos populares se interesaron por los parlamentos sólo para obtener beneficios sustanciales de los antiguos regímenes. En los siglos XVII, XVIII y principios del XIX, lucharon contra los impuestos y el servicio militar obligatorio. A finales del siglo XIX, añadieron demandas de educación, bienestar y derechos para los trabajadores. La redistribución del poder y los recursos de las clases dominantes a las clases medias y bajas, de los Estados centrales despóticos a las provincias y regiones, y de los hombres a las mujeres, ha sido el *objetivo* del "gobierno del pueblo" en la era moderna. Así pues, la democracia liberal también se refiere a los cambios en los recursos reales de poder, que luego garantizan las constituciones.

307

Así pues, si las instituciones liberales no *hubieran* conseguido redistribuir el poder y los recursos, en ningún país los movimientos populares habrían seguido apoyándolas. En los países del noroeste, cuando se les presionó mucho, los antiguos regímenes habían concedido tanto instituciones democráticas como cierta redistribución de los recursos. La mayoría de los españoles esperaban que la flamante república aportara reformas. Pero el antiguo régimen español ni se había visto sacudido por la crisis ni había sido objeto de grandes presiones o reformas. Su anterior gobernante político había caído inesperadamente. Sin embargo, cuando las manifestaciones de masas desaparecieron, la mayor parte de la mitad ejecutiva seguía controlada por el mismo "viejo régimen" de antes, y muchos *caciques* permanecían en la mitad parlamentaria. Los movimientos populares, los políticos centristas y el ejecutivo del antiguo régimen diferían en sus expectativas. Los legisladores republicanos se encontraron con que el ejecutivo (respaldado por la derecha) no aplicaba sus leyes, y esto empujó a los reformistas hacia la izquierda; otros centristas se alarmaron entonces por la amenaza que las presiones populares suponían para el orden social. Los centristas -que proporcionaban los votantes indecisos clave- se volvieron ambivalentes, deseando la reforma *y la* estabilidad. Si una alianza de centro-derecha se hacía con el control del ejecutivo y el legislativo y rechazaba las reformas, la izquierda podría rebelarse. Si una alianza de centro-izquierda se hiciera con el control de "ambos estados", la derecha podría rebelarse. Si cada bando controlaba una parte del Estado, podía sobrevenir el caos. Por desgracia, la república osciló entre los tres escenarios.

Cualesquiera que fueran los fallos de la república, que se relatarán más adelante, tuvo un gran éxito. En Cataluña disminuyó el conflicto de clases, los empresarios aceptaron la conciliación y la Iglesia aceptó el compromiso con la modernidad secular. La asamblea regional catalana, a diferencia de las Cortes de Madrid, no se polarizó. A partir de 1933, el partido de centro-izquierda Esquerra formó el gobierno regional, mientras que la conservadora Lliga actuó más bien como una "oposición leal" (Molas 1973: 344-8; Barrull Pelegrí 1986: 342-5). Aquí el centro se mantuvo, alcanzando un acuerdo autonómico con Madrid que sólo vaciló cuando en 1934 apareció en Madrid un gobierno derechista *integralista* centralizador. El número de anarquistas se redujo a la mitad. Es cierto que los terratenientes recurrieron a Madrid contra las reformas de la tenencia rural promulgadas por la Esquerra, mientras que sus industriales y la iglesia favorecieron a Franco en 1936. Pero, abandonada a su suerte, y con la buena voluntad de Madrid, Cataluña transigió. La región más avanzada de España, hasta entonces atormentada por el enfrentamiento de clases, estaba adoptando prácticas democráticas liberales. También lo estaba la región vasca, cuya iglesia era también bastante liberal y cuyo partido conservador dominante, el PNV, se declaró a favor de la república en 1936. Ambas regiones vieron que una alianza de centro-izquierda en Madrid concedería más derechos regionales que la derecha *integralista*. Esta es la primera asimetría: la izquierda estaba sin duda más a favor de la democracia regional que la derecha. Y la consecuencia fue desactivar aún más la posibilidad de que las tensiones étnicas se convirtieran en algo peor.

308

Durante la república hubo tres gobiernos diferentes. Durante 1931-33 España fue gobernada por una coalición de centro-izquierda. Luego, las ganancias electorales trajeron una coalición de centro-derecha, hasta que las elecciones de febrero de 1936 trajeron el "Frente Popular" de centro-izquierda. Esto duró sólo hasta julio, cuando una revuelta militar dio paso a la guerra civil. Los tres gobiernos tuvieron que ser coaliciones porque había docenas de partidos. Aunque variados y cambiantes, tendían a agruparse en torno a cinco grandes tendencias políticas. Cerca del 10% de los españoles apoyaban a la izquierda anarcosindicalista, por lo que rara vez votaban. Alrededor del 20 por ciento apoyaba a la izquierda socialista (y comunista), el 20 por ciento a los republicanos de izquierdas, el 30 por ciento a los republicanos de derechas y el 20 por ciento a la derecha antirrepublicana; estos dos últimos porcentajes se invirtieron a partir de 1933. Pero en la mayor parte de este espectro había cerca de un 10% (sobre todo de Cataluña y el País Vasco) que no estaban interesados en una política de "izquierda-derecha", sino en una mayor autonomía regional. Aunque estas amplias tendencias tenían una fuerza de voto global bastante estable, el sistema electoral no lo reflejaba con exactitud. Pequeños cambios en el voto dieron lugar a grandes cambios en los escaños de las Cortes, como vemos en la

Tabla 9.1.²

Vemos que las Cortes se desplazaron sustancialmente hacia la derecha en 1933 y hacia la izquierda en 1936. Sin embargo, ninguna tendencia pudo dominar durante mucho tiempo: La república requería un compromiso entre muchos de sus partidos y fracasó cuando éste se derrumbó.

¿Qué grupos sociales movilizaron los partidos? En primer lugar, se observan pautas regionales de voto sorprendentes, como vemos en el mapa 9.2.

Vemos que el voto republicano/socialista se concentró fuertemente en el sur, Cataluña y Asturias, principales zonas de confrontación de clases en la agricultura y la industria. El Levante, Galicia y el litoral vasco se dividieron por igual. Castilla y León eran fuertemente derechistas, aunque la ciudad de Madrid era republicana/socialista. Vemos el doble efecto de regiones con diferentes niveles de conflicto de clases y regiones con diferente distancia política de la antigua iglesia y estado castellanos. No hubo zonas "fronterizas amenazadas" que se volvieran derechistas, sólo regiones periféricas de centro-oposición que se volvieron izquierdistas, a veces de forma transversal, a veces reforzando la composición de clase de esas regiones.

309

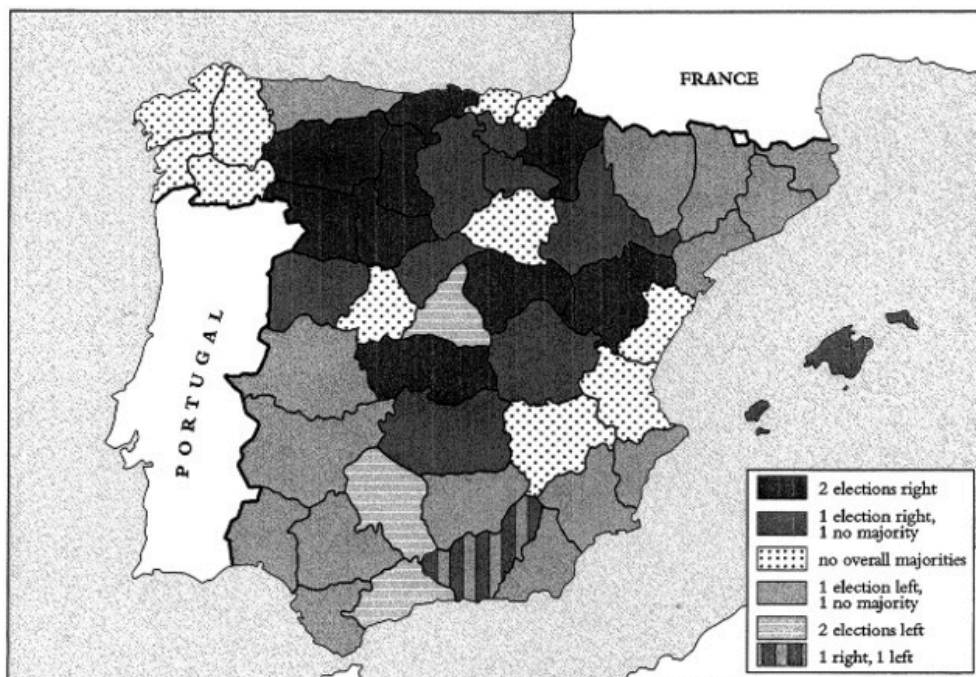
Tabla 9.1. *Elecciones nacionales en la Segunda República Española, número de escaños obtenidos por las principales formaciones políticas*

Agrupación de partidos	1931	1933	1936
Socialistas/Comunistas	118	63	119
Republicanos de izquierda	110	36	125
Regionalistas catalanes y vascos	53	56	58
Derecha Republicanos	164	113	30
Derecha antirrepublicana	25	180	142

Nota: Ninguna clasificación política de los numerosos partidos españoles puede ser totalmente fidedigna. He omitido de cinco a diez diputados en cada Cortes que eran especialmente difíciles de clasificar.

Fuentes: Varela Diaz 1978: 33, 69-74; Irwin 1991:269; Tusell Gomez et al. 1993: II; complementado por Montero 1988 como ayuda para agrupar los partidos.

² Con ello se pretendía evitar las circunscripciones uninominales (que podrían estar controladas por *los "caciques"*) y, al mismo tiempo, garantizar mayorías de gobierno viables. La Constitución preveía grandes circunscripciones plurinominales que abarcaban toda una provincia o su capital. Un partido que ganara la mayoría simple en la provincia o la capital obtenía entre el 67 y el 80% de los escaños, mientras que las listas minoritarias tenían garantizados los restantes. Así pues, la mayoría de los partidos intentaron formar pactos electorales, combinando listas de candidatos que pudieran así hacerse con la mayoría de los escaños. La derecha logró mejor dicho pacto en 1933, la izquierda en 1936. Así, ambos obtuvieron mayorías en las Cortes superiores a cualquier cambio real en el apoyo popular. Un sistema electoral diferente podría haber inducido un mayor compromiso entre los dos bloques, fortaleciendo el centro. A la república probablemente no le ayudaron sus leyes electorales.



Mapa 9. 2. Cómo votaron las provincias españolas en las elecciones de 1933 y 1936.

310

Pero carecemos de estudios ecológicos nacionales sobre el voto comparables a los de la República de Weimar. Debemos recurrir a un surtido de estudios ecológicos locales. Los principales son los de Madrid (Tusell Gomez 1970), Alicante (Garcia Andreu 1985), la provincia de Aragon (German Zubero 1984), Zaragoza (German Zubero et al. 1980), Logrono (Bermejo Martin 1984), Lleida, en Cataluña (Mir 1985; Barrull Pelegri 1986), y Cataluña en su conjunto (Vilanova 1986). Estos estudios muestran que la clase social solía estar fuertemente relacionada con el voto. Casi todos los distritos dominados por trabajadores urbanos, jornaleros rurales y agricultores más pobres votaban más a la izquierda. Muchos de ellos también tenían los patrones distintivos de baja participación que indicaban la presencia de un apoyo sustancial al anarcosindicalismo. Sin embargo, "izquierda" en este contexto no significa simplemente socialista o anarcosindicalista. Fuera de los principales "guetos proletarios" urbanos-industriales y latifundistas, los barrios obreros eran tan proclives a votar a los republicanos de izquierda dirigidos por la clase media como a los socialistas. Y especialmente en las zonas *caciquiles* atrasadas, entre un cuarto y la mitad de la clase trabajadora votaba a la derecha. Las mujeres de clase obrera, especialmente si trabajaban ellas mismas (la mayoría de las veces como sirvientas, influidas por sus empleadores conservadores), votaban más a la derecha, al igual que los trabajadores de los distritos más religiosos y los trabajadores de más edad. Los trabajadores del sector servicios y de las profesiones denominadas liberales también

votaron más a la derecha.

Así, por un lado, España contenía una política de clases directa. Aquí no hubo ningún movimiento fascista o populista significativo que confundiera esta relación proporcionando electorados básicos que trascendieran la clase en el conjunto del país. Por otro lado, el sector económico, la religión, el género, la edad y, especialmente, la región y la religión también tenían efectos que en algunos lugares podían rivalizar con los efectos de clase y que, si se sumaban, eran a nivel nacional tan importantes como la clase. Los movimientos políticos tenían que intentar apelar a todas, o al menos a la mayoría, de estas fuentes de identidad social. Ahora me muevo a través del espectro político, de izquierda a derecha, discutiendo las bases de apoyo de los grupos, sus políticas, su violencia y su responsabilidad en la caída de la república. Luego, en el caso de los derechistas (que son mi principal preocupación en este libro), abordo su papel en el frente de la guerra civil.

ANARCOSINDICALISMO

Los dos movimientos obreros españoles odiaban al capitalismo, pero también se odiaban entre sí. Como los anarcosindicalistas querían abolir el Estado, también odiaban la República. Al carecer de partido político, su principal organización era la federación sindical CNT. Estaba muy descentralizada y era capaz de movilizar intensamente a muchas comunidades locales, pero con una débil presencia nacional. Su número de afiliados era fluido y difícil de calcular, pero a mediados de los años treinta probablemente superaba el millón, el 13% de la población activa, aproximadamente el mismo que la UGT socialista (con los sindicatos católico y comunista organizando un 2% más cada uno). Cataluña aportaba el 30% de sus afiliados, Andalucía y Valencia el 15% cada una. El apoyo se centró en los trabajadores rurales del sector textil y de la construcción de Andalucía, Cataluña y Valencia, y en los campesinos enanos de los alrededores de Zaragoza. La industria pesada estaba infrarrepresentada. Sólo el 5 por ciento de los miembros eran trabajadores de cuello blanco y el 5 por ciento eran mujeres - aunque esto último es engañoso ya que había muchas más mujeres activas en sus actividades comunales. Se trataba, por tanto, de un movimiento abrumadoramente proletario, y la mayoría de los militantes destacados eran trabajadores. Esto lo vemos, por ejemplo, en una redada policial de activistas de Logroño: un pintor-decorador, un mecánico de taller, un tornero, un conserje, un zapatero, un barbero, dos trabajadores del metal, un albañil, un jornalero, un herrero y un vendedor (Bermejo Martín 1984: 253).

311

Sin embargo, el movimiento estaba dividido entre sindicalistas más moderados y anarquistas más jóvenes, más urbanos y más violentos, dirigidos por una organización distinta, la FAI. En 1933 la FAI tomó el control de la CNT cuando los sindicalistas se dividieron sobre si colaborar o no con la república. Pero su golpe fue

inoportuno. El gobierno derechista entrante no tardó en encarcelarlos o exiliarlos. Su indulto en 1936 por el gobierno del Frente Popular dio a las dos facciones de la CNT el tiempo justo para una reconciliación antes de que se produjera el levantamiento militar (Turion de Lara 1972: 718-19, 785-9, 873-81; Guinea 1978: 96ss; Bar 1981; Vega 1987; Kelsey 1991; Fraser 1994: 542-52). Así que durante la república el movimiento estuvo bastante desorganizado -¡quizás como deberían estarlo los anarquistas!

Pero la CNT llamó repetidamente a una huelga general revolucionaria. La retórica de los panfletos de la FAI era especialmente incendiaria, abogando por la "gimnasia revolucionaria", levantamientos violentos para entrenar a los trabajadores para la eventual revolución, cantada en el lenguaje de la limpieza política violenta:

¡Muerte a la policía! ¡Muerte a los soldados, hijos de nuestra clase, que se han levantado en armas contra nosotros! ¡Muerte a los astutos señores burgueses del capitalismo feudal! ¡Muerte a los miserables gorriones, a los curas, a los políticos de todo pelaje! Si hoy no os levantáis con fuerza y sin piedad, ¡mañana os matarán sin perdón ni cuartel! Endureced vuestros corazones en el momento del combate, tomad las armas. ¡Derribad iglesias, conventos, cuarteles, fortalezas, cárceles, ayuntamientos y barriadas! (Ramírez Jiménez 1969: 106)

Semejante retórica debió de parecer aterradora, especialmente a los clérigos, el único grupo expuesto e indefenso entre los "enemigos" antes mencionados. En la historia de España, los clérigos habían sido víctimas de insurrecciones populares durante mucho tiempo. Pero los enemigos de la CNT exageraron la realidad tras la retórica. Las autoridades afirmaban sistemáticamente haber descubierto complots y alijos de armas, y la prensa publicaba historias alarmistas muy exageradas. Estos "complots" se utilizaban para justificar la represión.

312

Examinemos lo que hizo realmente la CNT. Declaró tres "huelgas generales" durante la república: en enero de 1932, enero de 1933 y diciembre de 1933, aunque éstas tenían objetivos ambiguos, entremezclándose la intención revolucionaria con manifestaciones de protesta más limitadas. La mayoría de los militantes se contentaron con ocupar fábricas o terrenos y manifestarse ruidosamente por las calles. Sin embargo, unos pocos fueron mucho más lejos, cortando las comunicaciones, ocupando edificios públicos, destruyendo registros gubernamentales o incluso disparando contra cuarteles de la guardia civil o bombardeando algún que otro edificio. Las pocas muertes se produjeron más por accidente que por premeditación. La retórica del movimiento en su conjunto tendía a ser todo lo contrario de asesina. De hecho, a menudo era ingenuamente idealista, como en la revolución de un pueblo:

Se informa a todos los ciudadanos de que queda instaurado el régimen del

comunismo libertario y, en consecuencia, se suprime el uso del dinero. El comité revolucionario anuncia que todo el mundo puede obtener de las tiendas todos los productos que necesite, pero que debe tener mucho cuidado de no llevarse una cantidad mayor que la necesaria para sus necesidades diarias normales. (Kelsey 1991: 96)

Las tres insurrecciones fueron lamentables fracasos. Bandas dispersas de la CNT se alzaron, normalmente en pueblos más remotos o en barrios obreros de las ciudades, los ocuparon durante un día más o menos y huyeron cuando fueron atacados por la policía. No fueron revoluciones, aunque algunos pretendieron que lo fueran.

La mayoría de las acciones de la CNT comenzaron como conflictos laborales ordinarios. Pero como los empresarios eran hostiles y la CNT devaluaba la negociación colectiva, las negociaciones solían ser superficiales. Entonces la CNT intentaba coaccionar, movilizandando multitudes hostiles y bloqueando carreteras. A veces funcionaba. Si no, se producían actos de vandalismo y ocasionalmente incendios provocados o explosiones. Si intervenía la policía o la Guardia Civil, podían aparecer barricadas y pistolas. Los trabajadores de algunas industrias podían adquirir dinamita, y eso podía producir muertes. Pero la violencia tenía límites. A los militantes les importaba poco la propiedad, pero la violencia contra las personas rara vez era premeditada (a pesar de la retórica anarquista). Además, estaban mal armados. La CNT no formaba paramilitares, no entrenaba, uniformaba ni construía depósitos de armas. Eran agitadores. Es cierto que la mayoría había hecho el servicio militar y algunos tenían acceso a viejos rifles y pistolas. Pero éstos eran mejores para disparar a conejos que los guardias civiles, y cuando disparaban, la mayoría lo hacían al aire. Lo que los periódicos informaban como "fuego continuo" durante una hora o más, extrañamente no causaba bajas.

313

Intentemos estimar las muertes. Linz (1978), utilizando datos recogidos por Malefakis, inició el intento de cuantificar las muertes en conflictos políticos durante la república. Llegó a un gran total de algo menos de 2.000, que reconocía que era "una aproximación, sujeta a revisión, probablemente al alza". Mi propio cálculo, basado únicamente en las fuentes secundarias enumeradas para este capítulo, llegó a 2.500, lo que probablemente sigue siendo una subestimación. Unos 1.500 de ellos fueron asesinados en un único acontecimiento, la insurrección de 1934 en Asturias (de la que hablaré más adelante, cuando hable de los socialistas). Los 1.000 restantes fueron asesinados en unos 100 incidentes separados repartidos por toda España. Pero intenté esta recopilación de datos bastante rudimentaria porque las investigaciones anteriores que utilizaron fuentes primarias no intentaron establecer un hecho vital: quién mató a quién. No puedo estar seguro de ello en todos los casos y para todas las personas. Pero, por lo general, puedo distinguir entre "izquierdistas", "derechistas" y autoridades policiales o militares, aunque entre las víctimas "izquierdistas" (y, en menor medida, "derechistas") debe haber habido a menudo

personas que en realidad eran marginales a la disputa (como niños). También he intentado distinguir entre los anarcosindicalistas y los socialistas/comunistas (a veces medidos de forma bastante burda por si el incidente tuvo lugar en un bastión socialista o anarquista). A medida que los "fascistas" se hicieron prominentes, también los distinguí, así como a otros civiles de derechas. No pude identificar ni a las víctimas ni a los autores de unos 150 asesinatos, y he eliminado a veintinueve transeúntes y a un puñado de políticos centristas del cómputo de muertos. Los datos sobre los 812 asesinatos políticos restantes figuran en la tabla 9.2.

Quizás el primer punto a destacar se refiere a lo que está ausente de esta tabla: los actores étnicos. Sólo hubo un puñado de catalanes, vascos o carlistas que mataron o fueron asesinados por sus oponentes "españoles". En su inmensa mayoría, se trató de una limpieza política, siguiendo líneas ortodoxas de izquierda/derecha, aunque a veces se viera exacerbada por conflictos regionales.

Tabla 9.2. *Autores y víctimas de asesinatos políticos durante la Segunda República*

Autores	Víctimas					Total
	Anarcho-sindicalistas	Socialistas/Comunistas	Derechistas	Fascistas	Militar/Policía	
Anarcosindicalistas	1	4	20	18	70	113
Socialistas/Comunistas	2	0	42	56	61	171
Derechistas	4	19	0	0	0	23
Fascistas	10	75	0	0	0	85
Militar/Policía	252	177	0	1	0	430
Total	269	275	62	75	131	812

314

La tabla muestra que la mayor parte de la violencia mortal se produjo entre la policía/militares y la izquierda. Los fascistas entraron en acción en 1935 y principios de 1936, cuando también hubo otras víctimas de derechas y un puñado de autores de derechas (casi todos carlistas). Pero la policía y el ejército no eran realmente neutrales. Eran el núcleo del Estado del antiguo régimen, parte de la derecha española -como su participación en el levantamiento de 1936 iba a demostrar. Y eran más mortíferos que la izquierda: Tenían 3,3 veces más probabilidades de ser asesinos que asesinados, mientras que los socialistas y comunistas tenían 1,6 veces y los anarcosindicalistas 2,4 veces más probabilidades de ser víctimas. La violencia no fue uniforme: Hubo muchos más ataques contra la izquierda que por parte de la izquierda, y la mayoría de ellos fueron perpetrados por organismos estatales, no por fuerzas más "populares". Por eso rechazo algunas interpretaciones anteriores de la violencia asesina durante la República. Linz ofrece un relato "ecuánime". Payne (1993: 360-4) atribuye la mayor parte de la culpa a la izquierda por el recrudecimiento de los asesinatos que se produjo a finales de 1934 y, sobre todo, en 1936, bajo el gobierno del Frente Popular. Pero fueron los izquierdistas quienes

fueron asesinados de forma desproporcionada. Culpar a la víctima parece un poco duro.

La CNT fue la más victimizada. Cuando atacaron frontalmente a la patronal y al Estado, las represalias fueron mucho más letales. Así, en 1935 el anarcosindicalismo estaba en apuros, muchos militantes muertos, la mayoría de los líderes en la cárcel, el resto discutiendo enconadamente. Objetivamente, ahora no ponían en peligro el orden social. Hablar de una "amenaza revolucionaria" por su parte no era razonable. La CNT puede haber hecho más para socavar la república al negarse a ayudar en sus reformas. No participó en la conciliación laboral, la reforma agraria o las elecciones porque, como recordaría más tarde un militante,

Los que no creíamos en la política simplemente nos reíamos. Sabíamos que la política no era más que eso: política. Bajo la república, bajo cualquier sistema político, los trabajadores seguiríamos siendo esclavos de nuestro pedazo de tierra, de nuestro trabajo. (Fraser 1994: 97)

En 1933 la abstención de la CNT pudo haber dado el resultado al centro-derecha. Pero en 1936 los asustados dirigentes de la CNT abandonaron la abstención, y suficientes anarcosindicalistas votaron al Frente Popular para inclinar unas elecciones muy reñidas (Cancela 1987: 144-5, 194-7, 260-75). Ahora los militantes de la CNT también cooperaban con socialistas y comunistas (Balcells 1971; Forner Muñoz 1982). Pero ya era demasiado tarde. La hostilidad de la CNT fue una de las principales causas del fracaso de la república. De hecho, algunos anarcosindicalistas celebraron ese fracaso: Les permitiría comenzar "la revolución".

315

Sobre todo, el anarcosindicalismo era contraproducente. Los levantamientos locales descoordinados sin organización paramilitar trajeron inevitablemente la derrota, a menos que la policía y el ejército se negaran a disparar. Lo mismo ocurría con la creencia de que enfrentarse a todos a la vez traería la victoria. Su violencia, y especialmente su violencia retórica, parecía reivindicar las historias de terror de la derecha, alienando a la burguesía, al campesinado medio y a muchos trabajadores, especialmente a las mujeres, los ancianos y los más religiosos. Las tácticas anarcosindicalistas podrían, desde su propia perspectiva, haber estado justificadas si hubieran podido hacer realmente una revolución. Pero en medio de un movimiento obrero dividido, su principal efecto fue aumentar la fuerza, el extremismo y el fervor moral del derechismo autoritario. Al lado de ese logro debe desvanecerse toda nuestra simpatía por sus sufrimientos, toda nuestra admiración por su valentía e irreprimible optimismo.

SOCIALISMO

Como España sólo tenía un pequeño partido comunista (hasta la guerra civil), el principal partido de izquierdas (entonces como ahora) era el PSOE socialista. El PSOE contaba con entre 60.000 y 80.000 afiliados, y su núcleo eran trabajadores industriales cualificados, ampliados por una reciente afluencia de trabajadores agrícolas. Por tanto, el socialismo era también un movimiento predominantemente proletario, aunque la mayoría de sus dirigentes procedían del 15-25% de trabajadores no manuales. La mayoría de sus diputados a Cortes eran maestros y escritores, aunque había más obreros que entre los diputados de otros partidos (Apéndice Tabla 9.1, fila 9). Los líderes del partido en Sevilla eran empleados de todas las clases, la mayoría trabajadores de cuello blanco (Apéndice Tabla 9.2). Su movimiento juvenil era numeroso y ultraizquierdista, y los votantes socialistas eran más jóvenes que los de otros partidos. Votaban al partido menos mujeres que hombres, y las secciones femeninas sólo aportaban el 10% de los afiliados (Contreras 1981: 84-112; Aubert 1987: 181-2; Palomares Ibáñez 1988). Los sindicatos socialistas se federaron en la UGT, mucho más grande, que llegó a tener un millón de afiliados en 1932, de los que más del 80% eran trabajadores manuales (Guinea 1978: 38, 96, 401; Contreras 1981: 108-9). Los socialistas también organizaron *casas del pueblo* por toda España: sociedades locales sociales, educativas y de beneficio mutuo importantes para solidificar los "guetos proletarios" de las regiones más avanzadas.

Los líderes socialistas mezclaron el reformismo con el marxismo evolucionista, añadiendo una dosis distintiva española de socialismo "moral". La mayoría empezó con expectativas positivas de reforma de la república. Las elecciones de 1931 convirtieron al PSOE en el mayor partido de las Cortes, y sus tres ministros en el gobierno de centro-izquierda - Largo Caballero, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos - demostraron ser eficaces reformistas. Incluso la facción marxista ortodoxa del partido sostenía que éste debía cooperar, ya que la revolución burguesa debía completarse antes de que pudiera comenzar la proletaria. Al igual que otros partidos socialistas de la época, el partido no consideraba la "democracia burguesa" como un objetivo prioritario y estaba formalmente comprometido con la "revolución", aunque aparentemente sin mucha violencia. Los dos primeros años de la república fueron testigos de la cooperación entre los líderes republicanos y socialistas. Los nuevos comités de conciliación laboral, los Jurados Mixtos, se extendieron por las zonas de fuerza socialista, mientras que las reformas laborales aumentaron el número de afiliados a la UGT (Carmona 1989: 408; Bosch 1993).

316

Sin embargo, pronto se hicieron evidentes dos problemas. En primer lugar, los decretos y leyes reformistas del gobierno animaron a los trabajadores y campesinos pobres a exigir aún más, exacerbando las tendencias a la acción directa. El equilibrio del poder político y militar local parecía estar cambiando, con el aparente debilitamiento *del caciquismo* y la represión. Aumentaron las huelgas y las ocupaciones de tierras. Éstas se basaban en el peso del número más que en una

violencia altamente organizada, y su objetivo no solía ser la "revolución", sino reformas que garantizaran una adecuación material básica (Bosch 1993). Pero eran infracciones del orden público. En segundo lugar, la coalición republicano-socialista ni siquiera controlaba todo el Estado, y mucho menos el país. El crucial Ministerio del Interior -el corazón del ejecutivo del antiguo régimen en asuntos internos- estaba formado por republicanos conservadores. Esto no fue casual. Como en muchos regímenes democratizadores se tuvo cuidado de hacer aquí nombramientos que mantuvieran contentos al ejército y a la policía. Pero (como también es normal) también se tendió a nombrar administradores provinciales conservadores -en España los gobernadores civiles- dispuestos a ejercer poderes de emergencia contra los izquierdistas. Calvo Sotelo observó en 1935 que la república sólo había gobernado veintitrés días sin poderes de excepción (esto, para él, era un argumento a favor de su abolición). La legislación laboral se aplicó de forma especialmente irregular. La debilidad infraestructural del Estado español se vio agravada por sus divisiones políticas internas. En las zonas controladas por los terratenientes y la iglesia, a los izquierdistas se les espetó con acierto: "¡Vete a comer república!". Porque en esas regiones la república era sólo palabrería. Unas pocas administraciones socialistas locales fueron capaces de garantizar la reforma (Collier 1987), pero los izquierdistas se quejaban de que la legislación no se aplicaba en gran parte del país.

El año 1933 fue malo para la República.³ Comenzó con los levantamientos de la CNT, que culminaron con la terrible masacre de aldeanos en Casas Viejas, Andalucía. Todo el gabinete (incluidos los ministros socialistas) expresó al principio su satisfacción por la represión de una insurrección aparentemente violenta. Al difundirse la información de que el derramamiento de sangre de Casas Viejas había sido perpetrado en realidad por la Guardia Civil siguiendo órdenes de la administración provincial, los izquierdistas denunciaron la participación de sus dirigentes en el "terrorismo de estado." El sindicato agrario socialista dirigió las ocupaciones de tierras del sur que, según Julia (1989: 25), iniciaron una "invasión sindical de la esfera política", demasiado compenetrada con los turbulentos ritmos de las huelgas masivas como para permitir la formación de una política responsable. A medida que la coalición de centro-izquierda se debilitaba, la república dejaba de ofrecer reformas. En verano, las asociaciones patronales dejaron de cooperar con el gobierno y exigieron la derogación de las últimas reformas. Caballero, el Ministro de Trabajo, ya estaba recibiendo delegaciones de trabajadores que protestaban porque las reformas no se estaban aplicando. En agosto, su retórica giró hacia la izquierda: Si la reforma era imposible, declaró, los socialistas debían abandonar la democracia burguesa.

317

Los acontecimientos en Alemania, Portugal y especialmente en la católica Austria

³ Mi relato de la tragedia subsiguiente en la izquierda depende sobre todo de equilibrar los relatos divergentes de Julia 1977; Preston 1978: caps. 4, 5 y 7; Heywood 1990; y Payne 1993: 189-223.

(muy publicitados en España) estaban influyendo en los socialistas. Para proteger la reforma, decían algunos socialistas, había que hacer frente con la fuerza al "fascismo" que se apoderaba de la derecha española. Se trataba de una especie de reflejo de las reacciones que vimos en los dos últimos capítulos en los casos de Hungría y Rumanía. Allí era la derecha la que sentía que tenía que atajar el fascismo con la fuerza. Por supuesto, la derecha española no era fascista. Pero tampoco lo había sido Salazar, ni Dollfuss cuando llegó al poder, ni los gobiernos alemanes durante 1930-2. Los españoles podían percibir un patrón europeo que comenzaba con el autoritarismo reaccionario y terminaba en el fascismo. Ya estaban sufriendo la coacción de terratenientes, empresarios y gobernadores civiles, apoyados ruidosamente por los derechistas en las Cortes. Por tanto, parecía plausible que España también estuviera derivando hacia el fascismo. De hecho, cuando el centro-derecha ganó las elecciones de noviembre (por las razones que se exponen más adelante), el nuevo gobierno viró hacia la derecha, derogando algunas reformas y suavizando otras. No todas sus acciones fueron regresivas. Pero a partir de mayo de 1934 el gobierno empezó a dismantelar la reforma agraria y su ministro del Interior, de línea dura, y sus gobernadores civiles empezaron a disolver las administraciones y asociaciones locales de izquierdas. En junio, una huelga del sindicato agrario socialista se saldó con 7.000 detenciones y numerosas penas de prisión. La derecha controla ahora ambos estados y bloquea la reforma; algunos dicen que la derecha está incluso a punto de abolir la democracia, aunque probablemente no sea así.

Caballero argumentaba ahora que si la república estaba deshaciendo incluso sus leves reformas, la revolución y la dictadura del proletariado eran la respuesta. Julia (1983) ve a los "revolucionarios" de Caballero como meros corporativistas frustrados, buscando y ahora negando influencia dentro del estado a los sindicatos. Sin embargo, ahora estaban apareciendo auténticos revolucionarios en la izquierda de Caballero, especialmente en el movimiento juvenil. Los asesinatos perpetrados por socialistas (como vemos en el cuadro 9.2) se intensificaron ahora, implicando a una pequeña organización clandestina entre el personal izquierdista del ejército y la policía, aunque todavía no eran paramilitares entrenados. Aunque los reformistas mantuvieron sus mayorías en la ejecutiva del PSOE, no pudieron arrastrar a la UGT ni al movimiento juvenil. Los debates socialistas estaban saturados de la retórica marxista de la lucha de clases, en la que la superioridad moral la ocupaba la izquierda. En esta retórica se asignaba a cada clase su propio partido político. El "partido del proletariado" no debía aliarse con "partidos burgueses". Sin embargo, en muchas partes de España los republicanos de izquierda supuestamente "burgueses" atrajeron tantos votos obreros como los socialistas (muchos obreros también votaron a la derecha). Pero los llamamientos a otras clases, o a identidades no clasistas como la región, la religión o el género, fueron denunciados como "desviación oportunista." Con sólo el 20 por ciento de los españoles votando socialista, tales apelaciones eran sólo en realidad esenciales (como observa Turión de

Lara 1985: 151). El líder republicano de izquierdas Azaña recordó secamente a sus aliados socialistas: "El país no secundará una insurrección, porque cuatro quintas partes de él no son socialistas".

318

Probablemente, la mayoría de los simpatizantes socialistas siguieron siendo reformistas. Los miembros de UGT siguieron participando en los Jurados Mixtos; los socialistas vitoreaban con fuerza en los mítines de Azaña cuando pedía fervientemente el respeto absoluto a la Constitución; y los socialistas moderados solían obtener más votos que los extremistas (los candidatos moderados también obtenían más votos en la derecha). Sin embargo, el partido estaba muy dividido, y las acciones del nuevo gobierno de centro-derecha ayudaron a la extrema izquierda. En septiembre de 1934, toda la izquierda (socialistas, comunistas y pequeños partidos trotskistas) declaró inaceptable la rumoreada entrada del partido antidemocrático CEDA en el gabinete de centro-derecha. Las filas socialistas se cerraron en torno a esta exigencia. El partido incluso pidió al reformista Prieto que organizara un futuro levantamiento. Debía ponerse en contacto con soldados simpatizantes, aunque parece que no lo hizo. Sí adquirió algunas armas ya conseguidas por el gobierno de Azaña para ayudar a los rebeldes portugueses. Este podría haber sido el primer paso hacia el paramilitarismo organizado. Pero su objetivo parece haber sido meramente táctico: utilizar amenazas para disuadir al presidente de admitir a la CEDA en el gabinete. No funcionó: En octubre, los ministros de la CEDA entraron en el gabinete.

La UGT respondió declarando una huelga general. Muchos pensaron que el prelude de la revolución. Sin embargo, como observamos en otros países, los izquierdistas *hablaron* de una buena revolución, pero en realidad no la *hicieron*. Los dirigentes de UGT habían avisado obligatoriamente al gobierno de la huelga con veinticuatro horas de antelación, para favorecer la conciliación. En lugar de ello, el gobierno tuvo tiempo de encarcelarlos. La mayoría de los que quedaron en libertad dedicaron sus esfuerzos a intentar contener a unas bases cuyas expectativas su retórica había sacado a la calle (Julia 1984). El debilitado sindicato agrario poco pudo aportar en el campo. Algunos trabajadores catalanes se sublevaron, aunque no contaban con el apoyo de la CNT ni de la UGT, y la principal sublevación fue lanzada por el gobierno regionalista de Esquerra, horrorizado por la entrada del *integralismo* de la CEDA en el gobierno. Tal vez con la intención de adelantarse a los movimientos de la izquierda catalana (que supuestamente ahora estaba perforando destacamentos de trabajadores), la Esquerra declaró la independencia de Cataluña. Algunos han argumentado que se trataba simplemente de una moneda de cambio en el conflicto agrario con Madrid, otros que era una invitación a Madrid a traer las tropas. En cualquier caso, la Esquerra se rindió poco después de avistar destacamentos del ejército. Cincuenta personas habían muerto en Cataluña.

319

Sólo en el norte de Asturias se produjo una insurrección decidida, la primera en

Europa Occidental desde la Comuna de París de 1871. Fue lanzada y coordinada por mineros, y debe entenderse en términos del control defensivo espacial que los mineros pueden asegurar sobre sus propias comunidades ocupacionales aisladas. Sus sindicatos habían apoyado la legislación sobre seguridad en las minas, indemnizaciones por accidentes, condiciones de trabajo y pensiones. Sin embargo, los empresarios la habían bloqueado alegando los costes. La Depresión presionó a los empresarios para que llevaran a cabo despidos, cierres patronales y normas de seguridad más laxas, envalentonados por el cambio de gobierno. Como la CNT y los comunistas estaban reclutando entre los mineros enfadados, la UGT se radicalizó para competir. Se creó un frente común entre ellos, uno de los pocos "Frentes Populares" auténticos que hubo en España durante esos años. Los insurgentes se apoderaron de las minas, las fábricas y algunos edificios públicos, adquiriendo armas de la policía que se rendía y de las fábricas de municiones. Controlaron los valles mineros pero no consiguieron tomar los principales edificios de Oviedo, la capital de la provincia. Al igual que los izquierdistas de toda Europa, carecían de la planificación y la instrucción necesarias para una guerra ofensiva, incluso de este tipo rudimentario. Despreciaban y descuidaban el poder militar. Fueron capaces de defender tenazmente su territorio contra la policía y las tropas regionales, pero la llegada de 26.000 soldados, muchos de ellos con experiencia en la contrainsurgencia marroquí, supuso una desventaja abrumadora (Aguado Sánchez 1972; Preston 1978: 127-8; Shubert 1987).

Al cabo de dos semanas, el levantamiento se derrumbó. Unas 1.500 personas yacían muertas. Las autoridades habían matado a unas 1.200, algo más de la mitad en los combates, el resto en una oleada de represalias al final. Los insurgentes mataron a 281 policías y soldados y a unos 40 civiles, entre ellos 29 sacerdotes, asesinados a sangre fría. El gobierno de centro-derecha nacionalizó la represión, centrándola en la CNT, cuyo papel había sido en realidad marginal, azuzada por las exageraciones de la prensa sobre los acontecimientos. Sin embargo, se respetaron las formas legales de la ley marcial y hubo pocos asesinatos. Unos 20.000 izquierdistas y regionalistas fueron encarcelados, entre ellos la mayoría de los ejecutivos de la CNT, la UGT y el PSOE. Se cierran *las casas del pueblo* y los sindicatos locales. Más del 10% de los alcaldes españoles fueron sustituidos por decreto ejecutivo. Incluso Azaña fue acusado de complicidad, aunque las Cortes no procedieron con los cargos. Si la derecha hubiera sido decididamente autoritaria, ahora podría haber disuelto la república. Si hubiera contenido mucho populismo "radical" o fascismo, la represalia podría haber sido más asesina. Pero el objetivo principal era anular la reforma, de forma ordenada y legal. El control sobre ambos Estados y una izquierda derrotada le dieron la capacidad de hacerlo dentro de las instituciones republicanas.

320

El levantamiento de octubre no fue una revolución. Carecía de liderazgo y coordinación, excepto en Asturias. En otros lugares, militantes jóvenes, engañados por su propia ingenuidad y la retórica de Caballero, se habían lanzado a las calles,

sin organización, armas ni apoyo de masas, para ser rápidamente acorralados -al igual que una "revolución" de la CNT. El caso de Asturias era diferente, pero incluso allí los trabajadores carecían de poder militar ofensivo. Su fin era inevitable si no recibía apoyo en otros lugares. Prieto admitió que "vamos a merecer una catástrofe por culpa de nuestra estupidez", y los izquierdistas pedían ahora moderación. El número de huelgas violentas estaba disminuyendo, y CNT, UGT y los sindicatos comunistas empezaron a cooperar (Balcells 1971; Forner Munoz 1982). Calvo Sotelo confió días antes del levantamiento militar que las posibilidades de una insurrección izquierdista habían caído en picado durante el último año (Payne 1993: 352).

La violencia se mantuvo en el movimiento juvenil y en una guerra callejera a pequeña escala que ahora comenzaba con la Falange fascista y los carlistas. Esto explica la mayoría de los asesinatos perpetrados por socialistas y comunistas, detallados en la Tabla 9.2. A finales de 1935, pequeños grupos de socialistas, comunistas y anarcosindicalistas empezaron a formar grupos armados ad hoc. Pero éstos seguían siendo rudimentarios. El movimiento socialista no estaba ni remotamente preparado para la resistencia revolucionaria que pronto tendría que organizar. La respuesta de la UGT al levantamiento militar fue sólo una llamada a la huelga general. Se suponía que el poder militar se combatiría reteniendo el poder económico.

Así pues, la responsabilidad socialista en el colapso de la república fue triple. En primer lugar, su ideología saturada de clase y revolución dificultó la percepción de una realidad política en la que la conciencia de clase era sólo una entre varias fuentes importantes de identidad social. Así, alienó a los no comprometidos. El marxismo dijo al partido socialista que sólo él representaba al proletariado, y el partido evitó las alianzas políticas basadas en principios y los llamamientos a otros grupos, lo que en realidad era necesario para defender la república. Los reformistas individuales hicieron equilibrios con los republicanos "burgueses", pero no pudieron arrastrar al partido con ellos ni hacer florecer principios políticos que compitieran con el marxismo altanero dominante. Esta no era una debilidad peculiar de los socialistas españoles, ya que muchos movimientos socialistas de la época creían falsamente que tenían la única llave de la modernidad. De hecho, el marxismo pretencioso probablemente también impidió que la izquierda organizara una verdadera violencia paramilitar. En segundo lugar, el partido estaba muy dividido después de 1933, lo que impedía cualquier estrategia coherente frente a la república o la Depresión, así como la capacidad de disciplinar a sus propios partidarios (Preston 1978; Juha 1989; Macarro Vera 1989). También impidió que sus reformistas se unieran formalmente al gobierno del "Frente Popular" en 1936. En tercer lugar, una minoría ultraizquierdista, que ocupaba puestos de poder cruciales en el partido, se volvió antirrepublicana, alienando a muchos centristas. En 1936 los reformistas recuperaron el control, pero demasiado tarde. Estas debilidades socialistas contribuyeron a fomentar una conspiración militar.

Sin embargo, dudo que el partido estuviera tan entregado a los fines socialistas por encima de los medios democráticos como sugieren Linz, Payne o Robinson. El ala reformista seguía dispuesta a transigir para mantener vivo un gobierno centrista; la facción marxista de Besteiro apoyaba la "fase burguesa" de la revolución. Los movimientos caballeristas, de ultraizquierda y juveniles tienen una responsabilidad más directa, del tipo que hemos presenciado en toda Europa. Contribuyeron a socavar la república mediante un insurreccionalismo retórico, pero en realidad no la amenazaron. Muchos lo sabían, en la derecha y en el ejército. Los líderes derechistas discutieron repetidamente la intervención militar con los generales, que les dijeron que ni el ejército ni el público serían muy partidarios. Su solución podría ser provocar un levantamiento de la izquierda que fracasaría. El líder de la CEDA, Gil Robles, se sinceró más tarde:

Me hice esta pregunta: "Puedo dar a España tres meses de tranquilidad si no entro en el gobierno. ¿Si entramos estallará la revolución? Mejor que lo haga antes de que esté bien reparada, antes de que nos derrote". Esto es lo que hicimos, precipitamos el movimiento, salimos a su encuentro y lo aplastamos implacablemente desde el Gobierno.

Dado que la política real (especialmente en una crisis) es desordenada, emocional e impredecible, dudo que la derecha fuera en realidad tan astutamente maquiavélica como Gil Robles insinúa aquí. Sin embargo, los complots de la derecha eran más organizados que los de la izquierda. E implicaban la movilización decidida del poder militar. La responsabilidad no se distribuyó simétricamente, como veremos claramente a continuación cuando tratemos de la derecha.

EL CENTRO REPUBLICANO

Los partidos republicanos de centro tenían que ser el punto de apoyo de cualquier compromiso democrático, y sus maniobras provocaron ambos cambios de gobierno. De hecho, eran moderados: ningún movimiento del centro contribuyó a los asesinatos políticos descritos en el cuadro 9.2, ni organizó actos de violencia graves, ni contribuyó mucho a la insurrección militar. Llegado el momento, gran parte del centro sí apoyó a la república. Lo que fue único en España (entre los casos analizados en este libro) fue que la mayoría de los centristas "burgueses" no desertaron de la democracia. La defendieron y lucharon por ella.

322

A menudo se denominó "República burguesa" o, a veces, "República de los intelectuales", ya que éstos parecían dominar los partidos republicanos. Participaron los escritores más destacados de la época: Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Salvador de Madariaga. El principal partido de centro-izquierda, Acción

Republicana de Azaña, contaba con 140 padrinos originales, de los cuales 112 eran escritores o profesores. Surgieron revistas, clubes y logias masónicas para reivindicar su república, como en la Revolución Francesa (Espin 1980: 39, 288-92; Aubert 1987; Marco 1988: 171-5; Alvarez Rey 1993).

De hecho, la tradición del liberalismo laico militante iniciada por los revolucionarios estadounidenses y franceses pervivió en el celo democrático de estos intelectuales. En este país, la mayoría de los intelectuales -en reacción contra la Iglesia y el antiguo régimen- apostaron más por una democracia reformadora que por el autoritarismo, por no hablar del fascismo. Galvanizados por los desastres de 1898, con los que se encontraron a menudo cuando eran estudiantes, creían en rescatar a España "europeizándola" (Marco 1988: 100-2).

Los datos sobre los antecedentes sociales de los líderes de los partidos figuran en las filas 4-6 y 8 del cuadro 9.1 del apéndice y en las filas 7-9 del cuadro 9.2 del apéndice (véanse los estudios locales de Tusell Gómez 1970; Bermejo Martín 1984; Germán Zubero 1984; y Cancela 1987). Aparte de los republicanos de izquierda en las zonas rurales, los partidos de centro estaban dominados por profesionales, seguidos de empleados públicos y propietarios. Los líderes sevillanos (detallados en el cuadro 9.2 del apéndice) se repartían por toda la clase media: Los profesionales estaban mejor representados, luego el personal comercial, con los empresarios representados en el centro-derecha, los trabajadores de cuello blanco en el centro-izquierda. Las principales profesiones aportaron una política distintiva. Los maestros de escuela se extienden por toda la izquierda, pero son más importantes entre los socialistas y los republicanos de izquierda (los radicales-socialistas, como en Francia). Los médicos y veterinarios se situaban en el centro, los abogados en todo el espectro y la derecha antirrepublicana también. También sabemos que la mayoría de los abogados votaron al centro-derecha en las elecciones al Tribunal Supremo de 1933 (en las que podían votar). Los funcionarios eran en su mayoría derechistas, los agrónomos y sacerdotes derechistas de corazón. Profesores universitarios y periodistas proporcionaban dirigentes en todos los partidos.

En estos detalles vislumbramos "dos" Estados. Uno era civil y orientado al servicio. Tendía a ser laico y de centro-izquierda. El otro era militar, clerical y orientado al orden. Tendía a ser del antiguo régimen y de derechas. Había muy pocos trabajadores entre los líderes de estos partidos, y sólo los líderes republicanos de izquierda incluían a muchos trabajadores de cuello blanco. Los grandes empresarios eran pocos, los pequeños empresarios participaban a nivel local. Aunque en su mayoría eran partidos "burgueses notables", su laicismo, su postura modernizadora y su moderación en cuestiones de clase también les aportaron votos en las zonas más laicas de clase media y trabajadora.

323

Pero para gran parte del centro-izquierda, las cuestiones de clase importaban menos que el anticlericalismo y el antimilitarismo (Espin 1980: 106-12, 293-6; Farre 1985). Esta parece haber sido la razón principal por la que dichos activistas no

desertaran a la derecha, como en otros países. Cualquier solidaridad de clase potencial entre liberales y conservadores "burgueses" se vio socavada por sus desacuerdos fundamentales en cuestiones militares y religiosas. Sin embargo, tuvo la consecuencia de empujar hacia la derecha a los conservadores militares y religiosos más tradicionales. En España el abismo se abrió justo en el centro, en lugar de empujar a la mayor parte del centro hacia la derecha. Pero en las Cortes Unamuno predijo con exactitud las consecuencias:

En esta cámara hay demasiados profesores. Siempre que el ejército ha transgredido, forman un partido antimilitarista; siempre que el clero ha transgredido, forman un partido anticlerical. Nuestros hijos, nuestros nietos, encontrarán en España un partido antiacadémico. (Aubert 1987: 186)

Algunos culpan a los republicanos de izquierdas de provocar a la Iglesia para que ataque a la democracia (por ejemplo, Payne 1970). Sin embargo, esto parece exagerado. La Iglesia ya era reaccionaria, y las leyes de la República no eran más extremas que las ya aprobadas en otros países católicos (Jackson 1965: 48). Como en otros lugares, los republicanos separaban Iglesia y Estado, proclamando la tolerancia religiosa y declarando que el Estado no tenía religión oficial. El Estado dejaría de financiar al clero secular al cabo de dos años, y las órdenes religiosas tendrían que registrar sus propiedades, quedándose sólo con lo necesario para sus funciones. La Constitución obligaba a expulsar a los jesuitas (como en otros países) a menos que juraran obediencia incondicional al Papa (cosa que no harían). Más provocadora fue la prohibición de que las órdenes enseñaran, salvo para formar sacerdotes. Pero el principal problema fue que la legislación se presentó rápida y agresivamente contra una Iglesia reaccionaria, que veía a los republicanos como aliados del anticlericalismo más violento de la extrema izquierda.

El Papa no puso problemas. Buscó el compromiso y forzó la dimisión del intransigente primado, el cardenal Segura. Sin embargo, la jerarquía española siguió el ejemplo de su primado y pidió a los grupos de presión laicos que intensificaran la oposición a la república. Sus provocaciones fueron reflejadas por Azaña, que parecía deleitarse en el conflicto, proclamando en las Cortes que "España ha dejado de ser católica", y añadiendo -como un Robespierre o un San Justo- "Que nadie me diga que esto es contrario a la libertad, pues es una cuestión de salud pública". Desde luego, no supo apreciar el efecto de su retórica en los devotos católicos corrientes de todas las clases (Payne 1970: 92, 1993: 82-3). Los llevó (especialmente a las mujeres y a los ancianos) y a los partidos de centro-derecha más a la derecha. Como veremos más adelante, la Iglesia proporcionó el alma del derechismo autoritario español.

324

Las principales facciones de las coaliciones de centro-izquierda tendían a centrarse en distintos ámbitos políticos. En cuestiones de clase, los socialistas eran más extremistas pero también más responsables, al menos en el sector industrial, ya

que estas cuestiones le importaban enormemente. Pero aunque el centro favorecía la conciliación de clases, carecía de interés real y se echaba atrás si se enfrentaba a la oposición patronal. En cuestiones agrarias, ninguno de los dos estaba muy interesado, ya que ninguno había crecido en el campo ni estaba acostumbrado a representarlo (Heywood 1990: 139-43). En cuanto a la religión, algunos socialistas carecían de interés real. Así, la política rara vez era apoyada sin reservas por toda la coalición si se encontraba oposición en las Cortes o dentro de la administración del Estado. La incapacidad para llevar adelante la política, más que la falta de fe en la democracia, resultó ser el talón de Aquiles de la alianza de centro-izquierda.⁴

El centro-derecha tenía una debilidad diferente. Heredero de las tradiciones *del turno*, su principal preocupación eran los cargos y el clientelismo. El grupo más numeroso era el Partido Radical, formado por notables abogados más que por intelectuales, con activistas de clase media campesina e industrial y comercial. Inicialmente contó con un amplio apoyo, incluidos algunos trabajadores organizados. A diferencia del PSOE y la CEDA, carecía de una sólida base de apoyo regional. Originalmente liberal y anticlerical, había derivado hacia la derecha para abrazar un populismo fuerte en retórica, vago en política. Sus líderes abogaban por reformas para *todos los españoles y el pueblo* (su uso populista de "el pueblo" fue utilizado por republicanos y socialistas durante la guerra civil), pero no ofrecían ninguna fórmula para resolver las diferencias regionales y de clase. Aunque había atraído el apoyo de todas las clases, se aburguesó. Los radicales volvieron a derechizarse, empujados en parte por una afluencia de monárquicos moderados, conservadores en cuestiones de clase. La facción más liberal del partido abandonó el partido y se unió a Azaña (Manjon 1976:192-201,252ff, 403-8, 589-600,611-14, 681; Bermejo Martín 1984: 453-4; Townson 1988: 65-7).

La consiguiente salida de los radicales de la coalición de centro-izquierda precipitó las elecciones de 1933. El resultado les convirtió en el principal partido del nuevo gobierno de centro-derecha, que pretendía revisar la Constitución para proteger mejor el orden y la propiedad. El represivo ministro del Interior durante 1934 fue un radical. Pero los Radicales también eran oportunistas, pues creían (como muchos partidos modernos) que el acceso al poder y la influencia son más importantes que declamar principios abstractos. En una república con demasiados principios, ese pragmatismo podría ayudar a la democracia, ya que este partido de centro transigiría con casi cualquiera que le ofreciera puestos en el gabinete. Pero la corrupción es la tentación de un partido así y los escándalos surgieron en 1934 para quebrarlo. A finales de 1934 empezó a sufrir una hemorragia de apoyos, que se vio diezmada en las elecciones de 1936. Esto fue importante para la llegada al poder del

⁴ Es cierto que los republicanos de izquierda y los socialistas reaccionaron mal a su derrota en 1933 y pidieron al presidente que convocara nuevas elecciones (Payne 1993: 181-2). Pero se trataba de un pique del momento, que pronto remitió. En realidad, los republicanos de izquierdas nunca se organizaron contra la democracia.

Frente Popular.

325

Los radicales diferían de los partidos de derechas, entre los que abundaban los "principios": la propiedad, el orden, la jerarquía, la religión, la integridad de España. Sin embargo, ambos podían unirse en la despreocupación por la propia democracia. Tanto el acceso al poder como los principios conservadores podían elevarse por encima de la democracia. Este talón de Aquiles del centro-derecha le llevó a respaldar los llamamientos al ejército durante 1936. El centro-izquierda podía haber sido ineficaz en la búsqueda de reformas y en la defensa de la república, pero tendía a creer en la república y mantuvo su apoyo popular. El centro-derecha fue perdiendo votos hacia la derecha y se volvió ambivalente respecto a la república. Sus facciones más derechistas se unieron a los llamamientos a los militares para destruir la república.⁵ Un vaciamiento del centro-derecha más limitado que en la República de Weimar contribuyó a socavar la República española.

EL DERECHO

Sin embargo, el principal socio político del alzamiento militar era el conservadurismo español. Ambivalentes ante la nueva república popular, los conservadores habían obtenido malos resultados en las primeras elecciones. *El Debate*, el principal periódico conservador, instó entonces: "Todos debemos defender España y a nosotros mismos y nuestros bienes materiales y espirituales, nuestras convicciones... la conservación de la propiedad, la jerarquía en la sociedad y en el trabajo". Defendía así lo que se conoció como "accidentalismo": Cualquier constitución era menos importante que ("accidental a") estos objetivos políticos. La democracia sería aceptada como "el mal menor" *si* perseguía el conservadurismo. Sin embargo, los conservadores se dieron cuenta de que no tenían otra alternativa inmediata que incorporarse al proceso electoral con mayor vigor, intentando la movilización de masas a través de los partidos políticos modernos. Unos pocos coqueteaban con el fascismo o alimentaban conspiraciones militares, pero la mayoría sabía que por el momento el electoralismo era el único juego en la ciudad (Preston 1978: cap. 2; 1986: 111-26; Alvarez Rey 1993: 448).

Repasemos los distintos componentes del conservadurismo español. La clase capitalista española fue uno de sus bastiones, y gran parte de ella tuvo cierta responsabilidad en la caída de la república. Fuera de la agricultura, los empresarios

⁵ Payne (1993: 208, 255-6, 381-4) afirma que los radicales y otros "liberales centristas" eran los únicos verdaderos demócratas constitucionales. No aporta más pruebas que las efímeras negociaciones de Azana con el presidente en octubre de 1934 y una declaración de su movimiento juvenil ("[somos] izquierdistas, demócratas y parlamentarios en ese orden") para apoyar su exclusión de los republicanos de izquierda, mientras que muchos de sus "liberales centristas" estaban a favor de una severa represión de la izquierda. El relato de Payne también es blando con la CEDA y duro con los socialistas (al revés que el de Preston).

se enfrentaban a demandas de reforma, no de revolución, pero aun así se resistieron enérgicamente, creyendo que la reforma amenazaba sus derechos de propiedad. Sus declaraciones estaban marcadas por un "provincianismo reaccionario" que Cabrera cree que refleja una "agrarización de la burguesía española". Ante el descontento obrero, muchos se contentaron con recurrir a la represión legal haciendo intervenir a los gobernadores civiles, la policía, la Guardia Civil y el ejército. Así fue como se produjeron alrededor de un tercio de los asesinatos registrados en la Tabla 9.2. Presionados por la Depresión, los empresarios colaboraron a partir de 1933 con el gobierno de centro-derecha para debilitar a los Jurados Mixtos. Éstos fueron devueltos al Ministerio del Interior, donde encontraron más a menudo a los empresarios. La intransigencia patronal se endureció en 1936 por la victoria electoral del Frente Popular, por su incoherente política económica y por una oleada de huelgas para subir los salarios y reducir las horas de trabajo. Muchos creían ahora que no podían permitirse la república (Cabrera 1983: 251-86; Carmona 1989: parte 3; Macarro Vera 1989; Tusell Gómez et al. 1993).

326

Pero pocos industriales o financieros eran activistas políticos. Aunque esto hace difícil juzgar las opiniones de la mayoría de los capitalistas, probablemente habrían preferido una república semiautoritaria de "ley y orden" (como los regímenes anteriores al Primo o el régimen de 1934 y 1935) a una dictadura militar. Los empresarios eran más comunes en los partidos de centro-derecha que en la derecha antirrepublicana (Tabla 9.2 del Apéndice). Algunos capitalistas financiaron a la "accidentalista" CEDA y a las tradicionalistas y abiertamente autoritarias Acción Española y Renovación Española (Montero 1977; Cabrera 1983: 307-12; Morodo 1985: 48-52; Preston 1986). Sin embargo, las subvenciones a la Falange fascista disminuyeron una vez que su radicalismo se hizo evidente, aunque volvieron a aumentar en los meses inmediatamente anteriores al alzamiento militar. Aunque muchos acabaron apoyando la intervención militar, pocos estaban al tanto de la conspiración (Payne 1962: 61-2; Preston 1978: cap. 7). Los industriales y financieros no acabaron ellos mismos con la república, aunque su contribución fue negativa.

Los latifundistas eran accesorios más evidentes. Los rentistas residentes en Sevilla eran los más activos en los partidos antirrepublicanos de extrema derecha (Apéndice, Tabla 9.2, filas 1 y 2). Casi en todas partes los terratenientes se oponían a los sindicatos, a los Jurados Mixtos y, de hecho, a todas las reformas republicanas. Si se les presionaba mucho en las zonas más prósperas o de pequeños campesinos, la mayoría de los contratantes de mano de obra cedían (Bosch 1993). Pero los grandes terratenientes, especialmente en el sur, eran más intransigentes. Sus asociaciones les animaban a negarse a trabajar sus tierras (para que los trabajadores se sometieran por hambre) en lugar de aceptar salarios más altos o limitaciones a la libertad de contratación. Alrededor de un tercio de los asesinatos del cuadro 9.2 fueron consecuencia de su llamamiento a las autoridades para reprimir los disturbios. Gran parte de la agricultura del sur estaba en ebullición. Las

confiscaciones de tierras eran endémicas, y muchos políticos se dieron cuenta de que sólo una gran reforma agraria podría detenerlas. Pero esto no era fácil. Ni el Estado ni la Iglesia poseían tierras que pudieran redistribuirse. Dado que la burguesía del sur había comprado tierras a finales del siglo XIX, no se podía achacar el problema simplemente al "feudalismo reaccionario". Se trataba de relaciones de clase totalmente contemporáneas. El Estado, pequeño e infrafinanciado, no podía compensar a los terratenientes. El conflicto meridional sólo podía resolverlo un Estado fuerte, ya fuera mediante la represión de los jornaleros o mediante una reforma agraria impuesta a los terratenientes.

327

La república había empezado con buenas intenciones. Caballero extendió la legislación sobre accidentes, inspección y conciliación al sector agrario y prohibió la importación de esquiroleros de otras comarcas. Los salarios subieron mientras la Depresión reducía los precios, lo que tendió a alejar incluso a los pequeños agricultores que contrataban mano de obra. También se contempló la reforma arrendataria, aunque sólo Cataluña poseía una gran organización de arrendatarios capaz de presionarla. Pero el sur dominaba la cuestión agraria (Malefakis 1970; Turion de Lara 1985: 210-218). El primer gobierno de centro-izquierda prometió una reforma radical y presentó informes y proyectos de ley para llevarla a cabo. Pero los derechistas y los agricultores se opusieron a ellos con tanta fuerza que los centristas vacilaron. Tampoco fue fácil elaborar propuestas orientadas principalmente al sur que también funcionaran en otras regiones. Desgraciadamente, la atención del centro-izquierda se centró en otra cosa, los republicanos en el anticlericalismo, los socialistas en el conflicto de clases urbano-industrial. De 470 diputados, sólo 189 participaron en el crucial voto agrario. Entonces, el auge de la FNTT, el sindicato agrario socialista, presionó a los socialistas para que actuaran. Pero los grupos más interesados eran el reaccionario Partido Agrario y los anarcosindicalistas, ambos hostiles a la república.

Así, la primera reforma agraria fue una chapuza. Permitted confiscar tierras a más de 80.000 pequeños y medianos agricultores, así como a *latifundistas*. Por orden de prioridad, los que recibirían tierras serían los auténticos sin tierra, los miembros de dos años de las sociedades de trabajadores agrarios (principalmente UGT), los propietarios con menos de diez hectáreas y, por último, los arrendatarios o aparceros que cultivaran menos de diez hectáreas (aunque los pequeños arrendatarios de seis años podían adquirir sus tierras). Esto creó muchas desigualdades. Ni los republicanos de izquierda ni los socialistas trabajaron seriamente para desvincular a los pequeños campesinos de los terratenientes o de la Iglesia. La ley se aplicó de forma irregular, a menudo por gobernadores civiles y administraciones locales hostiles. La mayoría de las huelgas y confiscaciones de tierras de 1933 protestaron por la falta de aplicación de la legislación.

Las elecciones de 1933 dieron paso a un gobierno de centro-derecha dirigido por los radicales, con el apoyo de la CEDA y los agrarios (el partido de los

terratenientes). Los terratenientes estaban ahora dentro del gobierno, neutralizando las presiones reformistas procedentes de la pequeña ala socialcristiana de la CEDA. Los radicales parecían desinteresados y la mayoría de los diputados de la CEDA se unieron a los agrarios para bloquear todas las propuestas del ministro socialcristiano de Agricultura. El Partido Socialista recibe presiones de la FNTT para que se pronuncie a favor de la revolución agraria, no de la reforma. La Ley Agraria fue desechada y el fermento sureño se intensificó.

328

La victoria del Frente Popular en 1936 supuso el impulso enérgico de la reforma agraria. Tanto Azaña como los socialistas se dieron cuenta de que era la única forma de evitar el caos social. Se redistribuyó el cinco por ciento de todas las tierras de cultivo españolas, en medio de la presión popular para conseguir más. Los terratenientes se dieron cuenta de que el gobierno no enviaría tropas para reprimir nuevas ocupaciones de tierras (en las que participaban alcaldes socialistas). Ahora carecían de poder militar legítimo. Si yo fuera un terrateniente andaluz que pretendiera preservar mi buena y civilizada forma de vida, podría haber recurrido a los generales en ese momento. Pero el problema (como también encontramos con los terratenientes italianos) es cómo estos terratenientes persuadieron a otros para que lucharan por sus intereses. ¿Se "agrazizó" a los demás y por qué?

No es fácil comprobar si el conservadurismo español se agrarianizó. Tradicionalmente había estado vinculado a los tres pilares del Estado -monarquía, ejército e iglesia- y todos ellos tenían sus raíces en el campo, además de las antiguas ciudades administrativas. Pero la monarquía los dividió en diferentes partidos que apoyaban a distintas dinastías. El ejército era simpatizante, y las preocupaciones por el orden y la seguridad tenían claramente un último recurso: un golpe militar. Pero el ejército era una especie de casta separada, a distancia, políticamente quemada por el golpe de Primo y luego por posteriores complotos golpistas abortados, ahora recelosa de más. La Iglesia Católica iba a ser el unificador activo, el movilizador de masas y el proveedor de fervor moral. Los conservadores se cristianizaron más que se agrarianizaron.

La Iglesia era profundamente antirrepublicana, temerosa de las reformas anticlericales, con pesadillas de un resurgimiento de los asesinatos de curas del siglo XIX que los anarquistas parecían alentar (por desgracia, su propia intransigencia contribuyó a garantizarlo). Su influencia caló en la derecha. La mayoría de los notables conservadores hacían hincapié en su identidad cristiana y también participaban en grupos de presión católicos -de padres, madres, organizaciones de mujeres y jóvenes, asociaciones de publicistas, educadores, trabajadores sanitarios, etc.-. En Valladolid, por ejemplo, las organizaciones ubicadas en la izquierdista Casa del Pueblo contaban con 6.000 miembros, menos de la mitad de los organizados desde la Casa Social Católica. Las cooperativas católicas de consumo y las sociedades de beneficencia educativa y médica eran mucho mayores que sus rivales socialistas

(Palomares Ibáñez 1988: 58-77, 123). A nivel nacional, los sindicatos católicos crecieron hasta alcanzar el 10% de los sindicatos socialistas y anarcosindicalistas combinados, no masivos pero sí una fuerza movilizable.

329

Consideremos los partidos conservadores, empezando por los más mayoritarios. Entre los primeros más importantes estaba Acción Popular (AP), que era sorprendentemente diverso desde el punto de vista social. Los afiliados de Sevilla en 1932 (detallados en la fila 3 del cuadro 9.2 del apéndice) pertenecían a toda la estructura de clases, aunque estaban sobrerrepresentados en todos los grupos medios. En Zamora, el 26 por ciento de los miembros de AP eran obreros, artesanos o criados, y el 8 por ciento campesinos,

El 16% eran oficinistas, el 13% profesionales, el 18% sacerdotes y el 19% empresarios y comerciantes. De dos localidades rurales, una tenía un 70% de agricultores y un 20% de trabajadores (en su mayoría trabajadores agrícolas), y la otra era más diversa, con empresarios y trabajadores como grupos más numerosos. La iglesia fue fundamental en el reclutamiento de miembros de clase baja y media, como lo fue en la gran sección femenina (Mateos Rodríguez 1993). Fue la iglesia la que fundamentalmente aseguró el apoyo de todas las clases al conservadurismo español.

A principios de 1933, la mayoría de los partidos conservadores se unieron en la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas). Pronto contó con 735.000 afiliados, lo que (de ser cierto) la convertía fácilmente en el mayor partido de España. También fue (extraoficialmente) el partido más influyente en el golpe militar de 1936. Los líderes nacionales y regionales de la CEDA eran profesionales y grandes propietarios, con banqueros y clérigos destacados en algunas regiones. Más abajo, su composición se ampliaba entre las clases medias: De los setenta y siete miembros de los comités locales en toda España, el 33% eran profesionales, el 20% empleados públicos, el 13% empresarios, el 9% empleados de cuello blanco, el 9% propietarios/agricultores y el 12% trabajadores (apéndice, tabla 9.1, fila 4). Se dice que el gran movimiento juvenil de la CEDA, la JAP, estaba dominado por estudiantes de clase media, aunque no existen cifras reales.

Sin embargo, tan importantes como la clase social eran la religión, el género y la agricultura. La sección de Madrid afirmaba que sus miembros eran un 45% mujeres, un porcentaje sin parangón entre los partidos contemporáneos (Payne 1993: 168), mientras que en la mayoría de las provincias las familias de agricultores proporcionaban el grueso de los miembros. La iglesia era muy importante para movilizar tanto a las mujeres como a los agricultores, ambos muy implicados en la asistencia a la iglesia o en su organización. La CEDA hizo hincapié en la restauración de los privilegios eclesiásticos por encima de todo. Muchos locales de la CEDA eran declaradamente confesionales, surgidos de organizaciones católicas laicas - con más miembros que los sindicatos locales (para Murcia, véase Moreno Fernández 1987; para Salamanca, Vincent 1989: 83). La asociación católica de agricultores era el

mayor afiliado de la CEDA, con sede en Castilla. Sus organizadores trataban de reclutar a personas respetables de la comunidad de todas las clases, centrándose en los activos en asuntos religiosos y caritativos (Castillo 1979).

330

La CEDA no descuidó los intereses materiales. Enfatizaba el compromiso común de terratenientes y capitalistas y pequeñoburgueses con los derechos de propiedad. En su núcleo campesino enfatizaba el interés sectorial común que campesinos y terratenientes compartían en los altos precios de los alimentos y los salarios baratos (Montero 1977: 419-49). Pero los intereses de clase y sectoriales se interpretaban dentro de un orden moral más amplio, centrado en una ideología de nacionalismo integral, garante del orden y la seguridad, que pretendía "trascender y suprimir" los conflictos y desórdenes de clase y regionales. La preocupación social de su ala socialcristiana por los pobres fue ideológicamente importante en los llamamientos electorales, aunque su influencia práctica en la política de la CEDA no fue grande. Se tuvo cuidado con las etiquetas sociales. Los términos "*labrador*" (técnicamente, labrador) y "*agricultor*" (labrador o granjero), que a menudo ocultaban a un rentista ausente, transmitían un doble sentido de alguien de valía y sustancia que también se ensuciaba las manos. En los registros de la CEDA estos términos dificultan la identificación de la ubicación exacta de clase de los activistas, como era la intención. Aunque las sedes de la CEDA solían estar dominadas por el antiguo régimen, en las zonas más religiosas del campo y en las ciudades administrativas más antiguas del centro de Castilla, atraía votos de todas las clases. Así, el partido podía movilizarse ampliamente fuera de los "guetos proletarios", la burguesía laica y los movimientos autonomistas regionales.

La CEDA se mantuvo ideológicamente "accidentalista" respecto a la democracia. Esto se hizo en parte para evitar discusiones constitucionales entre sus distintas facciones principales: demócrata-cristianos, *caciques* y autoritarios (Tusell Gómez 1974). La CEDA discutía las constituciones más en términos de "posibilidades tácticas" que de principios, y a menudo consideraba la democracia simplemente como "el mal menor" (Montero 1988: 17; Preston 1986: 111-26). La constitución era menos importante que ("accidental a") los objetivos a los que servía -una creencia compartida por muchos en la izquierda, por supuesto. La CEDA insistió en que la república revisara su constitución en lo relativo a las relaciones Iglesia-Estado, y luego amplió las condiciones. Siempre que la república garantizara el orden, la propiedad, los derechos eclesiásticos, la armonía de clases y la integridad de España, la CEDA aceptaría la democracia. Si no, no se especificaba, pero la mayoría entendía que significaba un régimen instaurado por los militares. Sin embargo, la CEDA era paciente y estaba dispuesta a esperar al menos hasta el cuarto aniversario de la República (diciembre de 1935), tras el cual bastaría una mayoría simple de las Cortes para modificar la Constitución. El líder de la CEDA, Gil Robles, prefería una salida constitucional, ya que había apostado su liderazgo a la vía parlamentaria. Sin embargo, incluso él se arriesgó. En diciembre de 1933 declaró:

Hoy facilitaré la formación de gobiernos de centro; mañana, cuando llegue el momento, exigiré el poder y llevaré a cabo una reforma de la Constitución. Si no recibimos el poder, si los acontecimientos demuestran que no es posible una evolución de la política hacia la derecha, la República pagará las consecuencias. Esto no es una amenaza, sino una advertencia.

En octubre de 1935, su "advertencia" estaba teñida de fascismo:

Debemos fundar un nuevo estado, purgar la patria de masones judaizantes... Debemos proceder a un nuevo estado y esto impone deberes y sacrificios. ¡Qué importa si tenemos que derramar sangre!... Necesitamos pleno poder y esto es lo que exigimos.... Para realizar este ideal no vamos a perder el tiempo con formas arcaicas. La democracia no es un fin sino un medio para la conquista del nuevo Estado. Llegado el momento, o el parlamento se somete o lo eliminaremos. (Preston 1978: 98, 48)

Salvo por la característica obsesión católica por la masonería, podría tratarse de un discurso de Hitler o Mussolini.

Así, republicanos y socialistas empezaron a calificar a la CEDA de "fascista", declarando inaceptable su entrada en gobiernos de coalición. La CEDA no era fascista. Apoyaba las instituciones tradicionales del Estado y rechazaba expresamente el paramilitarismo. En realidad, la CEDA era tan variada como el Partido Socialista, pero con una diferencia: este partido centrado en la Iglesia era más disciplinado. Los republicanos intentaron dividir a la CEDA atrayendo a su "izquierda" a un gobierno de coalición, lo que habría sido una excelente solución para la supervivencia de una república democrática. Pero sus esfuerzos fracasaron: Los "izquierdistas" de la CEDA creían que no podrían sobrevivir por sí solos, fuera del manto protector de un partido cuyo núcleo no era fascista sino el catolicismo autoritario reaccionario. Pero para los socialistas, republicanos y autonomistas regionales la diferencia entre fascismo y autoritarismo reaccionario era insignificante. Sabían que la CEDA revertiría las reformas republicanas, reprimiría sus movimientos y los encarcelaría. Les interesaba menos el motivo -fascista o meramente reaccionario católico- que el hecho probable. "Fascista" se convirtió en la palabra estándar utilizada por la izquierda y el centro-izquierda europeos para referirse a los autoritarios que deseaban encarcelarles. En otros países, estas personas se convirtieron a menudo en verdaderos fascistas, y España, que iba a la zaga, era consciente de ello. Como sociólogo de carné, comprometido con la precisión terminológica, no llamo "fascista" a la CEDA, pero sus oponentes tenían (en un sentido muy personal) quizás derecho a hacerlo.

Una vez en control de los dos estados, a finales de 1934, la CEDA reveló inclinaciones semiautoritarias, pues encabezó la represión legal tras el levantamiento

de octubre. Sin embargo, el tiro le salió por la culata, alienando a los centristas no comprometidos (Montero 1977: II, 124 y ss.). Cuando los Radicales, plagados de escándalos, empezaron a derrumbarse, el líder de la CEDA, Gil Robles, asumió que (como líder del partido más grande de la coalición gobernante) se le pediría que formara el siguiente gobierno. Pero el temor al "fascismo" de la CEDA estaba tan extendido que el presidente Zamora se negó y convocó elecciones. La CEDA, aún confiada, montó una agresiva campaña electoral denunciando a sus oponentes como inmorales traidores a la nación. Esto alienó a algunos partidos conservadores republicanos y regionales, que revocaron su alianza con la CEDA. En las elecciones, esto aportó al Frente Popular un 5% más de votos. Los asustados anarcosindicalistas, que votaban por primera vez, probablemente aportaron más. Combinados, su peso le costó las elecciones a la CEDA. En un futuro próximo no podría alcanzar sus objetivos por medios democráticos o legales.

El compromiso era difícil para la CEDA, los ultraderechistas y la Iglesia debido a su tendencia a demonizar a sus oponentes. Sus periódicos, panfletos y discursos invocaban insistentemente la *reconquista*. Esta resonante palabra remite a la histórica reconquista de la España medieval al Islam. Ahora había que arrebatar por la fuerza la España moderna a lo que la CEDA denominaba *la "Anti-España"* de socialistas ateos, anarquistas y republicanos, ajenos a la nación integral (es decir, orgánica). La república había traído divisiones, muertes y anarquía. Los carteles electorales de la CEDA declaraban: "Votar a la República es votar a la Guerra Civil". Había que salvar a España de "marxistas, masones y separatistas [ocasionalmente también judíos], al servicio de los intereses de extranjeros internacionales. No son españoles". La Iglesia intervino, calificando esta lucha de "moral", no de política, entre "construcción y destrucción; entre la España de las antiguas tradiciones, los principios religiosos y la conservación de la sociedad y la anti-España de la demolición, la quema de iglesias y... la revolución". Su "Cruzada de Oración y Penitencia" instaba a rezar, ofrendar y hacer penitencia para derrotar a "los que contra Cristo [han] desplegado la bandera de la destrucción y el odio... los enemigos, apóstatas de su religión y de su patria". En las elecciones de 1936 la prensa católica denunció por primera vez a los republicanos conservadores como anticristianos (Vincent 1989: 80-6; Montero 1977; Bermejo Martín 1984; Lannon 1984; cf. Álvarez Chillida 1992; Álvarez Rey 1993: 334-6). Este fue un momento decisivo, el lanzamiento del peso de la iglesia detrás de un nacionalismo orgánico excluyente, prefigurando su descripción del levantamiento militar como una "cruzada contra la anti-España". En medio de una presión ideológica tan poderosa, era difícil para muchos españoles relacionar de forma calculada los programas de los partidos rivales con sus propios intereses privados. También era difícil para los capitalistas ajenos a la agricultura del sur relacionarlos con sus intereses de conservar sus propiedades o generar beneficios. El poder ideológico se estaba movilizandando con un efecto considerable, convirtiendo el sentido del poder y los

intereses económicos de los católicos más intransigentes. Es cierto que el objetivo de toda esta retórica era ganar unas elecciones democráticas. Pero, ¿y si las perdían? ¿Podrían consentir ser gobernados por personas a las que acababan de calificar de enemigos extranjeros y traidores?

333

El nacionalismo de derechas era, por tanto, mucho más coherente y más peligroso en su combinación de odio y moralidad que su estatismo. Su estatismo era realmente "accidentalista", ya que la derecha no sabía qué tipo de Estado autoritario quería. Algunos militantes de la CEDA se sintieron atraídos por una mezcla un tanto fascista de represión y la trascendente "tercera vía" del orden, la jerarquía y la armonía. Su movimiento juvenil, la JAP, adoptó rasgos fascistas, como la movilización de masas, la violencia callejera y la adulación al "Líder" (Montero 1977: I, 621ss, II, 81ss y 248ss; Preston 1986: 63-8). Pero ninguna tendencia dominaba en todas partes. En el partido de Sevilla había menos fascismo que una vuelta al *caciquismo* (Alvarez Rey 1993). La JAP adoptó un saludo fascista a medias, levantando el brazo derecho hasta la mitad y doblándolo por el codo hacia el pecho. Pruébalo: parece demasiado enclenque para ser fascista, un fascismo de armario, avergonzado de salir del todo. Tampoco había todavía muchos paramilitares de derechas. Algunos grupos de las JAP los reclamaban, pero la dirección de la CEDA no lo permitía. Salvo las levas carlistas y la pequeña Falange, la derecha buscaba la fuerza en el ejército. La CEDA no necesitaba un proyecto de sociedad futura; le bastaba con un *pronunciamento* militar. El accidentalismo de la CEDA se aplicó finalmente incluso a sí misma. Una vez que el ejército se alzó, la CEDA desapareció: El tiempo de los partidos había terminado. El personal de la CEDA simplemente se trasladó al nuevo régimen. Habían sido el principal destructor político de la democracia española. Su trayectoria "accidentalista" hacia ésta fue mucho más dañina que la supuestamente "revolucionaria" de los anarcosindicalistas o socialistas.

A su derecha, y solapándose con la propia derecha de la CEDA, estaban los que se autodenominaban partidos "tradicionalistas", que rechazaban abiertamente la república y la democracia: los Agrarios y la mayoría de los monárquicos alfonsinos y carlistas. Sin embargo, a lo largo de la república abrazaron cada vez más las ideas corporativistas autoritarias más modernas que propugnaba el grupo de presión Renovación Española. En la extrema derecha se difuminaban las Unes que separaban a los miembros de la familia autoritaria. Tenían núcleos regionales y religiosos diferenciados. Sus líderes solían ser terratenientes, abogados, sacerdotes y oficiales, pero podían movilizar a comunidades locales de fieles de distintas clases, a las que apelaban como "personas de fiabilidad moral, profundamente católicas, enamoradas de las tradiciones patrióticas." Los trabajadores simpatizantes eran calificados de "católicos, dignos y honorables". El elevado tono moral de estos ultras era uno de sus atractivos, atrayendo especialmente a los estudiantes (Álvarez Rey 1993: 307-11). Los carlistas ofrecían una combinación algo incómoda de democracia local populista y corporativismo monárquico verticalista. Dominaban Navarra y sólo

contaban con apoyos en otros lugares. Como no reconocían la legitimidad ni de la República ni de su principal alternativa, la monarquía borbónica, no tuvieron reparos en organizar su propia violencia armada. Formaron paramilitares carlistas, armándose y entrenándose para un eventual levantamiento. En 1936, sólo ellos, de entre todos los movimientos políticos, podían asegurar firmemente el control militar de sus zonas centrales. Su contribución en términos de poder militar al colapso de la república fue, por tanto, tan grande como su limitado número les permitía.

334

FASCISTAS

No había muchos fascistas de verdad en España hasta que empezó la guerra civil. Las instituciones autoritarias existentes del antiguo régimen español eran demasiado poderosas para dejar mucho espacio a un movimiento con una nueva teoría del autoritarismo. En su lugar, las nuevas teorías se mezclaron con las viejas instituciones. Pero no todas fueron absorbidas.

El grupo fascista dominante era la Falange, con un fascismo más bien italianizante. Pero tenía un joven líder inusual y carismático, José Antonio Primo de Rivera (hijo del ex dictador), asesinado por los republicanos en los primeros días de la guerra civil. Su estilo poético y sentimental, sus remilgos y su inocencia política tipificaban el tipo de "fascista moral" que rara vez sobrevivía en la cúspide de los movimientos fascistas. La Falange no alcanzó el 2 por ciento del voto nacional y antes de 1936 contaba con menos de 10.000 miembros. Como el Estado no se había visto envuelto en ninguna crisis repentina, el autoritarismo reaccionario seguía atrincherado, tomando prestadas las ideas corporativistas, lo que restringía el espacio para el fascismo populista. Los conservadores podían confiar en el ejército y la Guardia Civil en lugar de en los poco fiables luchadores callejeros. Las cosas cambiaron algo en 1936, cuando la Falange creció rápidamente hasta alcanzar entre 20.000 y 25.000 miembros al estallar la guerra civil, en parte porque los conspiradores militares querían aliados civiles para aumentar su legitimidad. En octubre, la Falange aportaba 43.000 de los 65.000 milicianos voluntarios a la causa nacionalista -los carlistas aportaban la mayor parte del resto (Casas de Vega 1974). La polarización política había aumentado el atractivo del fascismo paramilitar, especialmente para los jóvenes.

335

Aunque tenemos pocos datos sobre los fascistas, en general se asume que eran "pequeñoburgueses" (como muchos de los partidos fascistas más pequeños de Europa). Su voto era mayor en los distritos más acomodados y de derechas, pero como casi nunca recibían el 5% de los votos, no podemos acercarnos a los votantes fascistas reales mediante estudios ecológicos. Suárez Cortina (1981: 157) tiene datos limitados para Asturias, indicando que los líderes eran profesores, abogados,

empresarios y pequeños comerciantes, pero capaces de movilizar el apoyo de estudiantes y trabajadores católicos. Supone que su voto fue mayor en los distritos pequeñoburgueses. Se conservan detalles sobre 1.103 miembros en la provincia de Madrid. Como en todas partes, estos fascistas eran jóvenes, entre el 60 y el 70 por ciento menores de veintiún años. Un sorprendente 55 por ciento eran trabajadores, lo que puede ser engañoso, ya que probablemente había otros 1.000 o 2.000 estudiantes fascistas locales no registrados en esta lista (los estudiantes no podían afiliarse oficialmente a ningún partido si eran menores de veintiún años). Y la Falange era normalmente más fuerte en las ciudades universitarias (Payne 1965: 45, 63, 68-70, 81-3, 225-6; 1980: 423-6). En Cádiz, la recién formada Falange reclutó inmediatamente a veinte estudiantes y ochenta obreros, desilusionados con la actuación de todos los partidos de la república (Cancela 1987: 222). En Sevilla, los estudiantes formaron el núcleo, ayudados por trabajadores cualificados y después por trabajadores del sector hotelero y algunos trabajadores de cuello blanco del sector servicios (Alvarez Rey 1993: 385-92). Dado que la derecha católica-autoritaria ya movilizaba el apoyo de masas que en países como Alemania e Italia se fue al fascismo, puede que la Falange sólo movilizara a los que normalmente proporcionaban el núcleo duro de los fascistas paramilitares: jóvenes exaltados, entre los que destacaban estudiantes y trabajadores de fuera de los guetos proletarios.

Al principio, estos fascistas no fueron muy eficaces. Hasta la primavera de 1934 la Falange se encontraba en una situación inusual para un partido fascista: Aunque abogaba por la violencia, infligía menos muertes de las que sufría. Durante los dos años siguientes, sus propios *pistoleros* igualaron las cosas (véase el cuadro 9.2). Durante 1936 concentró su violencia en las principales ciudades, especialmente Madrid, causando un daño a la república desproporcionado a su tamaño, aumentando el temor de que el orden público se había derrumbado.

Pero la victoria electoral del Frente Popular en 1936 llevó a la derecha a tomar medidas desesperadas. Mientras los conservadores conspiraban con los generales y los militantes de la CEDA empezaban a desertar de sus líderes pragmáticos, la Falange se expandió enormemente. Se dice (basándose en pocos datos reales) que fue entre las clases medias cultas de las ciudades de Castilla y León, y luego entre los pequeños agricultores y el conjunto de las clases medias (Blinkhorn 1987: 335-9). Los dirigentes de la CEDA afirmaron que 15.000 de sus miembros de las juventudes de la JAP se unieron a la Falange durante la primavera, y la mayoría de los militantes nacionalistas entrevistados en la tercera edad por Fraser eran conversos recientes de la CEDA y la JAP. Socialmente eran bastante variados -varios pequeños agricultores, un trabajador de la imprenta, un abogado, un estudiante- pero todos procedían de ambientes fuertemente católicos, desesperados por la "cobardía" de la CEDA frente al "desorden" y los objetivos "anticristianos" de la república. Tendían a describir a sus enemigos como "bolcheviques". Algunos, como

este granjero, abrazaban el socialcristianismo radical:

336

Significaba redistribuir parte de la riqueza del país de una manera nueva, más justa; significaba que todos tendrían que trabajar, pero trabajar juntos en armonía; era evangelismo puro, la doctrina de Jesucristo de que todos deberían vivir mejor, no que unos deberían ser acomodados y otros pobres. (Fraser 1994: 87)

El estereotipo pequeñoburgués de la Falange parece demasiado simplificado, sobre todo porque la región y la religión también importaban. La Falange era más bien ambivalente respecto a la religión, pero fue en las provincias más derechistas y religiosas -Castilla, León y Navarra, especialmente- donde aumentaron los atractivos del autoritarismo y el fascismo entre todos los grupos sociales que no estaban aislados por una fuerte organización de izquierdas (y relativamente pocos lo estaban en estas regiones). Así es como seguramente debemos interpretar la respuesta de masas en estas regiones centrales al programa de alistamiento voluntario de las milicias falangistas y nacionalistas sólo unos meses después. Algunas regiones permitieron al fascismo reclutar más ampliamente entre las clases, pero no se trataba de un movimiento fascista que pudiera afirmar plausiblemente que trascendía las clases por méritos propios. Lo que importaba por encima de todo en casi todo el espectro político español era la tríada entrelazada de clase, región y religión.

PODER MILITAR, FRENTE MILITAR

Pero Franco nunca dependió de votos, partidos o movimientos de masas. Tampoco lo había hecho Primo antes que él. Dirigieron revueltas del ejército. Así pues, debemos analizar la organización específica del ejército para preguntarnos cómo perdió el Estado el monopolio del poder militar. La mitad de sus reclutas eran hijos de oficiales, y la otra mitad procedían de la gentil pero bastante pobre clase media de provincias, en su mayoría de Castilla y León. Así, los oficiales se sentían atraídos por el conservadurismo modernizado en forma de nacionalismo integral. Los intereses de casta corporativa de los oficiales también tendían a volverlos contra la república. Eran demasiados para las reducidas necesidades militares del país, lo que entraba en conflicto con los gobiernos civiles que pretendían mantener los salarios bajos, retrasar los ascensos y frenar la modernización. El ejército contraponía así la virtud militar al vicio civil. Un general rebelde lo resumió en sus memorias:

337

El ejército había desarrollado un estado psicológico característico: creerse solo en

un inmenso desierto, el único poseedor de la verdad en medio de miles de compatriotas descarriados; la única fuente de justicia y honor, el único patriota; y esta exaltación de un egoísmo particular le llevaba lógicamente a imponer sus opiniones a los demás por todos los medios, despóticamente, dictatorialmente, declarando la guerra al Estado. (Kindelan s.f.: 188)

Los gobiernos de centro-izquierda agravaron el conflicto, recortando los presupuestos y creando una fuerza paramilitar estatal, la Guardia de Asalto Republicana, controlada por las autoridades civiles, para sustituir la función de orden público del ejército. Esta fue la única fuerza paramilitar en la que pudieron confiar los republicanos en 1936. Los gobiernos de centro-izquierda intentaron entonces protegerse de un golpe promocionando a oficiales leales a la república, lo que obviamente suponía una desviación de la meritocracia estricta. Esto conllevaba el inconveniente a corto plazo de completar la transformación de los intereses de las castas corporativas en ideología de principios: modernidad tecnocrática autoritaria frente a democracia civil corrupta (Boyd 1979: 19-43, 276; Espin 1980: 183-201; Busquets 1984; Alpert 1989; Gómez Navarro 1991: 313-20). Pero hasta que la Iglesia exigió el apoyo moral y la intolerancia de todos los verdaderos españoles, la ideología del ejército siguió siendo un poco casposa, descontenta, hostil al republicanismo, pero temerosa de quedar aislada. Permaneció "leal" a regañadientes. El ejército se rebeló entonces, cuando sus propios intereses se entrelazaron con los principios políticos estatistas y corporativistas y con la moral cristiana y nacionalista.

Estos valores también habían adquirido un cariz más duro durante la sucia guerra de Marruecos, en la que España defendía la sagrada España frente a un "bárbaro" enemigo anticristiano. Franco desempeñó un papel importante en el desarrollo de las tácticas más modernas y asesinas que produjeron la victoria final en Marruecos del Ejército de África. En 1934 fue llamado por el gobierno de centro-derecha para más contrainsurgencia, dirigiendo unidades del Ejército de África en la supresión de la insurrección de Asturias. Describió esta acción en términos medio marroquíes, declarando: "[E]sta es una guerra fronteriza contra el socialismo, el comunismo y todo lo que ataque a la civilización para sustituirla por la barbarie" (Preston 1993: 105). Durante la guerra civil se mostró igualmente implacable. Muy notable en julio de 1936, en los primeros días del levantamiento, fue la determinación más despiadada de los oficiales rebeldes en comparación con los oficiales republicanos leales. Los rebeldes eran mucho más propensos a disparar inmediatamente o a ejecutar a sus oficiales superiores si percibían oposición. Entre ellos destacaban *los africanistas*, oficiales que habían servido durante largos periodos en Marruecos. He intentado cuantificar esto en la Tabla 9.3.

Lealtad a la guerra civil	Servicio africano			Total
	-5 años	5 años + (Africanistas)	Poco claro	
Republicano	13	5	1	19
Nacionalista	5	39	2	46
Total	18	44	3	65

Nota: La muestra es de oficiales generales listados por Suero Roca (1975, 1981) o indexados en Thomas (1977) cuyas hojas de servicios estaban claras en las fuentes utilizadas en este capítulo. De mi muestra, sesenta prestaron su servicio principal en el ejército, tres en la marina y dos en las fuerzas aéreas. Casi todos sirvieron al menos brevemente en África. Esta investigación podría reforzarse aún más utilizando los expedientes de servicio reales del cuerpo de oficiales.

La tabla muestra claramente la sobrerrepresentación de *africanistas* entre los rebeldes nacionalistas: El 87% de los generales rebeldes eran *africanistas*, frente a sólo el 26% de los generales republicanos. En cierta medida, esto se debía a que la República había intentado "exiliar" a los generales derechistas a Marruecos y las Islas Canarias. Pero la experiencia en África también había alimentado su sentimiento de odio moral hacia los enemigos extranjeros, fuera y dentro de España.

En cuanto el Frente Popular ganó las elecciones de 1936, comenzaron los preparativos para un levantamiento militar. Durante 1931-3 la derecha había llevado a cabo su campaña dentro de las Cortes y la administración estatal. Desde 1934 la represión legal dentro de las formas parlamentarias había sido suficiente. Ahora recurrió a su otra opción, la militar. Antes incluso de dejar el cargo, Gil Robles pidió al presidente que declarara la ley marcial y a los generales que intervinieran. Aunque Franco mostró cierto interés, el presidente se negó y la mayoría de los oficiales superiores dijeron que el ejército no estaba preparado. A partir de marzo hubo consultas entre generales, monárquicos y políticos de la CEDA. Gil Robles consideró oportuno mantenerse en un segundo plano. Sin embargo, admite que colaboró "con estímulos morales, con órdenes secretas de colaboración e incluso con ayuda económica, tomada en cantidades apreciables de los fondos electorales del partido." Intentó mediar en los desacuerdos de los conspiradores sobre una constitución posterior al golpe e instruyó a los miembros de la CEDA para que estuvieran preparados para alistarse en el ejército en lugar de formar paramilitares (1968: 719, 728-30, 798-802). Pero no participó en la guerra civil ni en el régimen de Franco.

En abril de 1936, los conspiradores reconocieron al general Mola como comandante clandestino del levantamiento que se avecinaba, aunque Franco era considerado el general rebelde más eficaz. Mola y Franco se esforzaron por evitar el error de Primo: Sabían que los objetivos políticos del golpe debían aclararse de antemano. Sin embargo, esto resultó imposible. Sólo algunos de los conspiradores eran monárquicos (y estaban divididos entre alfonsinos y carlistas); algunos querían una dictadura corporativista y otros sólo una república semiautoritaria. Sólo

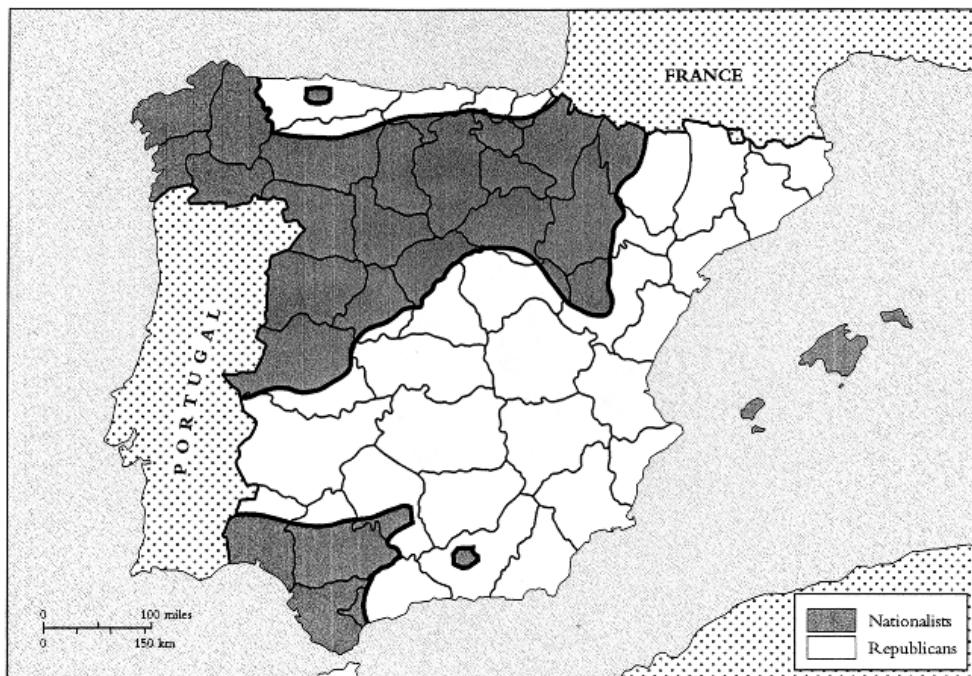
podieron ponerse de acuerdo en proclamar un levantamiento militar para rescatar a España de sus "enemigos", sin hacer mención a ninguna constitución. Su forma era realmente "accidental" respecto al objetivo real y sustantivo: derrocar la democracia por el autoritarismo, cualquier autoritarismo, y limpiar la tierra de enemigos políticos. Franco se apresuró a configurar una dictadura corporativista una vez que las muertes fortuitas de Mola y otros le dejaron al mando. Luego utilizó fascistas en su régimen, y a veces hizo alarde de fascismo, en la medida en que se lo dictaban sus necesidades políticas. Pero el alzamiento sabía más de la anti-España que atacaba que de la constitución política de la verdadera España.

339

La preparación en masa procedía de una sociedad militar semisecreta, la UME, que contaba con 3.436 oficiales (una cuarta parte del cuerpo de oficiales en activo), más 1.843 oficiales retirados y 2.131 suboficiales. Su homóloga republicana, la UMRA, sólo contaba con unos 200 oficiales, más suboficiales y policías de la Guardia de Asalto, la mayoría en Madrid. Su principal hazaña fue el asesinato a principios de julio del líder de Renovación Española (y antiguo ministro de Primo de Rivera) Calvo de Sotelo, una figura muy respetada en la derecha. Para algunos derechistas fue la gota que colmó el vaso, para otros fue el pretexto, ya que el complot llevaba madurando algunos meses. Comenzó el levantamiento militar. Una cuarta parte de la oficialidad permaneció leal a la República, mientras que dos terceras partes se declararon a favor de la sublevación. La Guardia Civil se dividió de forma similar, pero la mayor parte de la nueva y pequeña Guardia de Asalto republicana permaneció leal a la república.

El mapa 9.3 revela el frente inicial de la guerra civil, en el que se entrelazaron los patrones de logística militar y política. La división inicial en dos Españas, la nacionalista (es decir, rebelde) y la republicana, refleja en parte las áreas previas de fuerza política de izquierdas o derechas, y en parte las áreas de fuerza del ejército. Como era de esperar, los republicanos controlaban Cataluña, Valencia y la propia Madrid, además de las zonas rurales radicales del centro-norte. En estas zonas reclutaron a la mayoría de sus milicias socialistas y anarquistas. El corazón político nacionalista estaba en el resto de Castilla y León, que aportó más que su parte de reclutas del ejército, aunque menos voluntarios falangistas. Madrid estaba dividida, ya que incluía una parte desproporcionada tanto de la clase rica como de la clase trabajadora. También era la sede del antiguo estado y de la nueva república. Se declaró a favor de la república, con la considerable ayuda de las principales unidades de la Guardia de Asalto Republicana. La ideología cultural catalana y el industrialismo se habían reforzado mutuamente para generar el izquierdismo entre los obreros y el republicanismo liberal entre las clases medias, ambas recelosas de la centralización derechista. Barcelona se convirtió en un bastión revolucionario durante la guerra civil. En la costa, el autonomismo laico y moderado de Valencia se convirtió en republicanismo moderado.

340



Mapa 9.3. Guerra civil: áreas iniciales de control, julio de 1936.

En Andalucía los izquierdistas eran previsiblemente mucho más numerosos, pero fueron rápidamente derrotados por el invasor Ejército de África de Franco. La región aportó menos voluntarios nacionalistas y muy pocos falangistas.⁶ Hacia el oeste, donde Extremadura se encuentra con Castilla la Vieja, el catolicismo y el franquismo se fortalecen. En el noroeste, en Galicia, el catolicismo y *los caciques* fueron socavados por un regionalismo suave para producir un apoyo moderado a Franco. Proporcionó muchos reclutas del ejército nacionalista pero pocos voluntarios falangistas. En Asturias, muy marcada por 1934, los bandos parecen haber sido elegidos principalmente por clase: La mayoría de los trabajadores optaron por la república, la burguesía por los nacionalistas. Las élites vascas vacilaron. Desconfiaban de la izquierda, pero como la república ofrecía autonomía regional, la mayoría la apoyó. Sin embargo, en la vecina Navarra el regionalismo se derechizó, ya que era católico y carlista y había conseguido concesiones regionales de los nacionalistas. Consiguió proporcionalmente el mayor número de voluntarios falangistas, así como la mayoría de las milicias carlistas (Blinkhorn 1975; Payne 1980: 427-8).

Consideremos en particular las variaciones que encontramos en una fracción de

⁶ Una vez liberada del franquismo, esta región volvió a su política preferida. Ahora los bastiones del Partido Socialista (el PSOE) llegan al sur de Madrid para dominar Andalucía y Extremadura.

clase única pero muy numerosa, los pequeños propietarios campesinos. En general, sus asociaciones económicas colectivas consideraban que los partidos republicanos y socialistas favorecían a los jornaleros y a los consumidores urbanos a su costa. En Castilla, León y algunas otras zonas, la Iglesia también había sido capaz de implantar algunas de las infraestructuras económicas del "catolicismo social": bancos de crédito, cooperativas para proporcionar maquinaria y servicios de comercialización, y organizaciones profesionales y sociales. Cada vez más, la Iglesia y sus notables laicos lideraban todas las iniciativas sociales.

341

Así, las escuelas, la creciente religiosidad de las mujeres, los periódicos y los partidos políticos locales dirigieron a los campesinos católicos hacia la hostilidad al republicanismo laico y al socialismo (Montero 1977; Castillo 1979; Pérez Díaz 1991: 47-9, 96-100, 177). Estos campesinos habían constituido gran parte de la afiliación masiva al partido domesticado del dictador Primo de Rivera. En los años 30 fueron la columna vertebral de la CEDA. En 1936 se volcaron fatalmente con Franco, lo que supuso la mayor refutación de que el bando nacionalista era simplemente una tapadera de la burguesía. Sin embargo, los propietarios campesinos del Levante, de nivel medio-bajo, se inclinaron por una política diferente. Aquí los intereses económicos de clase y el catolicismo social se vieron socavados por el anticlericalismo y los sentimientos regionales anticastellanos. Estos campesinos habían votado mayoritariamente a los republicanos y ahora se declaraban a favor de la república. Los campesinos de ninguna de las dos regiones eran extremistas dentro de su campo, pero estaban en campos diferentes. También lo eran las clases agrarias de Cataluña y el País Vasco (republicanas) frente a las de Navarra (carlistas, luego nacionalistas). En estos casos los conflictos regionales-religiosos, más que las relaciones agrarias de producción, determinaron el bando elegido (véanse los ensayos de Blinkhorn, Fusi y Jones en Preston 1984). Los católicos conservadores fueron cruciales para Primo y Franco. El fracaso de Primo había empujado a muchos a coquetear con ideas corporativistas y fascistas. Entonces, la capacidad de Franco para reivindicar una "santa cruzada" fue fundamental no sólo para ganar la guerra civil, sino también para la posterior estabilidad de su régimen (Lannon 1984: 35-58; 1987: 203-34; Morodo 1985: 21-39, 52-7).

El ejército no era lo suficientemente castizo como para no estar influenciado por ninguna de

esto. Los oficiales y, sobre todo, los soldados rasos se veían afectados por los sentimientos de las zonas en las que estaban destinados. En las zonas más sólidamente conservadoras, cuando los oficiales se sublevaron, sus tropas les obedecieron, y los pocos leales al ejército y los combatientes callejeros republicanos fueron rápidamente reprimidos. Las ciudades de Zaragoza y Oviedo fueron excepcionales. Allí, un núcleo de rebeldes militares decididos se hizo con el control antes de que las grandes fuerzas populares pudieran movilizarse. Pero allí donde los rebeldes se enfrentaron rápidamente a multitudes locales hostiles y armadas,

muchos oficiales y hombres (y unidades enteras de la Guardia de Asalto) se declararon a favor de la República en lugar de atacar a las multitudes. Pero la postura de los soldados, y especialmente del cuerpo de oficiales, también importaba. Sin la minoría militar leal que apoyaba a la república, el levantamiento habría sido un mero golpe de estado, que habría conseguido hacerse con el gobierno en cuestión de días. Pero sin el apoyo de la mayor parte del cuerpo de oficiales, el golpe se habría desvanecido con la misma rapidez. En todo el sur, los destacamentos locales del ejército y la Guardia Civil defendieron con firmeza sus cuarteles contra el sentimiento mayoritariamente izquierdista, encabezado por multitudes armadas republicanas entusiastas pero no entrenadas, con la seguridad de que el Ejército de África de Franco, sin duda la fuerza de combate más eficaz, llegaría pronto para apoyarles. Este ejército conquistó rápidamente el sur.

342

Aunque las levas falangistas, carlistas y otras levas populares añadieron rápidamente efectivos medio entrenados al bando nacionalista (como las milicias anarquistas y socialistas hicieron con la república), la rebelión inicial tuvo un éxito a medias sólo gracias a su núcleo militar, y fracasó a medias sólo porque la república tenía sus propias tropas (Fraser 1994: 106-13). Los militares eran ahora el epicentro del derechismo autoritario español. Su superior organización militar (ayudada por la Italia y la Alemania fascistas, superando la contribución soviética a la república) fue decisiva para acabar ganando la guerra. Aunque los territorios de la República estaban más avanzados y, por tanto, contaban con una población y una base de recursos mucho mayor, su capacidad para organizarla en una fuerza militar concentrada era inferior. Los rebeldes tenían un ejército equipado, abastecido y con una estructura de mando unificada, precisamente los recursos de poder militar de los que ahora carecía la república. Las guerras, incluso las civiles, se ganan con un poder militar superior.

LA MAGNITUD DE LA LIMPIEZA POLÍTICA

Una vez iniciado el alzamiento militar, ambos bandos trataron de limpiar sus zonas de oposición política. Ambos desarrollaron ideologías que lo legitimaban. Los nacionalistas proclamaron una cruzada para "*limpiar*" España de la anti-España atea, comunista y "extranjera". Los republicanos desarrollaron un nacionalismo orgánico excluyente de izquierdas, privando al enemigo de la verdadera pertenencia *al pueblo*, palabra que significaba tanto pueblo como aldea, de la que estaban ausentes las clases altas. Muchos sacerdotes fueron asesinados en medio de profanaciones masivas de iglesias.

No podemos saber el número exacto de muertos de cada bando. Las estimaciones han variado considerablemente. Las estimaciones de asesinatos totales por parte de los republicanos varían entre 20.000 y 75.000, aunque la mitad inferior de este

espectro parece más plausible. Los asesinatos de los nacionalistas se estiman generalmente entre 50.000 y 200.000. Sin embargo, un reciente aluvión de estudios detallados de provincias individuales nos permite generar una estimación aproximada. Estos estudios han documentado 75.000 asesinatos cometidos por los nacionalistas en veinticuatro provincias y 38.000 por los republicanos en veintidós provincias. Entre los dos cubren la mayor parte de los asesinatos en la mayoría de las cincuenta provincias españolas (Julia 1999: tablas 1 y 3). Si aumentamos ambas cifras en un tercio, podríamos llegar a aproximaciones muy aproximadas del total de asesinatos de ambos bandos en toda España. Por supuesto, probablemente murieron más republicanos durante los trabajos forzados y no fueron contabilizados, y unos 165.000 republicanos huyeron al exilio extranjero, temiendo un destino similar. Los nacionalistas probablemente se vengaron de personas desarmadas dos o tres veces más que los republicanos. Por supuesto, ganaron, y por eso estaban en condiciones de hacerlo.

343

En el bando republicano, la guerra civil comenzó con una terrible oleada de asesinatos de sacerdotes. Más de 6.000 clérigos fueron asesinados, sobre todo en las primeras semanas de la guerra, principalmente en las zonas controladas por las milicias anarquistas (Moreno 1961: 758-68; de la Cueva 1998). Este hecho por sí solo fue significativo a la hora de convertir un levantamiento militar en una cruzada santa. Las atrocidades de los nacionalistas se agruparon en dos periodos, variando algo según la región. En primer lugar, a medida que sus fuerzas avanzaban, se producía la "liberación" inicial de un distrito de la república, seguida de la matanza sistemática de los izquierdistas capturados, rodeada de una penumbra de carnicerías y violaciones menos discriminatorias. Esta matanza tendió a disminuir en escala a lo largo de la guerra, ya que los izquierdistas huían cada vez más a medida que se acercaba la derrota. En Granada, los derechistas asesinaron a unas 5.000 personas, en tandas durante varios meses, prácticamente todas a sangre fría, conducidas al cementerio por la noche y fusiladas sin juicio previo, incluido el poeta Federico García Lorca. El principal verdugo de Granada, Ruiz Alonso, suele ser descrito como un psicópata en decadencia con una venganza privada contra la República. Sin embargo, es probable que se le malinterprete. Su venganza nació de sus principios: Como impresor, se negó a afiliarse a un sindicato de izquierdas. De esta postura política se derivó su movilidad descendente, ya que el sindicato lo incluyó en una lista negra de empleos. Esto le llevó al activismo en sindicatos de derechas y, finalmente, a la limpieza política asesina (Gibson 1979). A falta de detalles biográficos de otros perpetradores, sólo podemos adivinar si su combinación de celo ideológico y odio salvaje al enemigo era típica.

En segundo lugar vinieron las largas represalias de la posguerra, los fusilamientos masivos, los trabajos forzados en condiciones espantosas, los malos tratos sistemáticos y la malnutrición de los prisioneros republicanos. Bajo la "Ley de Responsabilidades" de Franco en febrero de 1939, el mero apoyo a la república

expresado después de 1934, la pertenencia a organizaciones republicanas o logias masónicas, e incluso la "pasividad grave" se convirtieron en delitos. Republicanos, izquierdistas, autonomistas catalanes y otros sólo podían esperar un juicio superficial y una justicia arbitraria. Unos 23.000 republicanos fueron ejecutados oficialmente por el régimen franquista una vez finalizada la guerra. Franco tuvo que firmar todas las sentencias de muerte y casi invariablemente lo hizo. En marzo de 1943, el ministro de la Gobernación admitió que aún había 75.000 presos políticos, sin contar los batallones de trabajos forzados y los que se encontraban en prisiones militares. Alrededor del 45 por ciento del presupuesto estatal de 1946 se dedicó a la policía, la Guardia Civil y el ejército. Semejante presupuesto era necesario para un régimen medio paranoico, medio vengativo. Ningún otro régimen en Europa -ni siquiera el de Hitler- mató a una proporción tan alta de sus enemigos políticos (no étnicos).

344

Sabemos algo de la motivación del responsable último. La fe de Franco en la jerarquía y la autoridad era absoluta, su anticomunismo era paranoico, sus métodos estaban impregnados de sus experiencias en la salvaje guerra colonial. Creía, contra toda evidencia, que el levantamiento de 1934 había sido planeado y ejecutado al detalle por agentes soviéticos. A partir de entonces creyó que la izquierda republicana estaba inundada de oro y dinero soviéticos robados a las clases acomodadas en 1934. En 1937 declaró a un periodista francés: "[N]uestra guerra no es una guerra civil.... sino una Cruzada.... Sí, nuestra guerra es una guerra religiosa. Nosotros... somos soldados de Dios y no luchamos contra los hombres, sino contra el ateísmo y el materialismo". Esto era negar la humanidad básica a sus enemigos políticos. Renegó de los acuerdos alcanzados a través de negociadores extranjeros para intercambiar prisioneros de guerra, entregando en su lugar a delincuentes comunes. Cuando la resistencia republicana se derrumbó en 1939, Franco dijo a sus asesores que una paz negociada era imposible "porque los criminales y sus víctimas no pueden convivir". Quienes compartían la obsesión de Franco por los "enemigos" - como los primeros ministros Carrero Blanco y el carnicero de Málaga, Arias Navarro- también eran partidarios de continuar la represión (Preston 1995: 16, 104-5, 114, 146, 225-7, 290, 315-6, 436, 527, 549). Franco estaba comprometido con una limpieza política más extrema que Mussolini o Himmler porque su política incorporaba elementos religiosos y casi raciales. Podían ver a los "bolcheviques" como compatriotas, si se retractaban. Pero la España de Franco era políticamente más pura. En 1940 pocos españoles querían reanudar la guerra civil. La república había perdido. Franco podría haber sido mucho más conciliador; de hecho, esto habría ayudado a la recuperación del país. Pero él veía el bien contra el mal, y el mal debía morir.

Algunos nacionalistas se opusieron a la magnitud y el salvajismo de las matanzas. La oposición fue especialmente expresada por los oficiales tradicionalistas. El general Kinderlan creía que la represión estaba destruyendo el

prestigio del ejército. El coronel Yagüe, que defendió el salvajismo de sus propias tropas durante la guerra civil, abogó después por la conciliación. La oposición fue inesperadamente expresada por Heinrich Himmler, de visita en España en 1940. Sorprendido por las ejecuciones y el desbordamiento de las cárceles, comentó que tenía más sentido incorporar a los militantes obreros al nuevo orden que aniquilarlos (Preston 1993: 392, 449). No parecía darse cuenta de que los militantes obreros eran para Franco lo que los judíos eran para él. Franco rechazó las repetidas peticiones de Hitler y Himmler de entregar a los judíos españoles, pero con los izquierdistas fue despiadado. Esta es la diferencia entre limpieza política y étnica.

345

EL RÉGIMEN FRANCO

Los historiadores y sociólogos de España han discutido durante mucho tiempo sobre cómo etiquetar el régimen franquista y cuánto poder poseían Franco y las diversas "familias" del régimen (por ejemplo, Miguel 1975; Giner 1977; Jerez Mir 1982; Chueca 1983; Fusi 1985; Preston 1990: caps. 4-6; 1993). Pero aquí bastarán pinceladas generales. En septiembre de 1936, la repentina muerte de sus principales rivales dejó a Franco como jefe de Estado indiscutible, Generalísimo y Caudillo,⁷ de las fuerzas nacionalistas. Dirigir una guerra de tres años seguida de una represión sostenida de los perdedores le proporcionó unas infraestructuras institucionalizadas de gobierno personal de las que carecían la mayoría de los demás dictadores de entreguerras. Mantuvo la estabilidad manteniéndose al margen de la Segunda Guerra Mundial, quizás como resultado de su propio sentido común, pero más probablemente debido a la negativa de Hitler a pagar el precio en territorios franceses del norte de África que exigía por su alianza (véase Preston 1993: cap. 15). Su régimen nunca tuvo una constitución formal, lo que permitió a Franco gobernar durante más de tres décadas como un gobernante absolutista arbitrario, dividiendo y gobernando entre las diversas "familias" que habían ganado la guerra civil. Nunca permitió a ninguna de ellas el poder completo, destituyó a los ministros que discutían entre sí, permitió a los ministros cumplidores la autonomía administrativa y la longevidad, y mantuvo las reuniones del Consejo de Ministros al ámbito administrativo y no al político. Su propio estilo parecía perezoso, desconfiado ante el cambio, sin visión de futuro. El régimen podía ir a la deriva sin objetivos más allá de mantener a sus familias en el poder y a sus enemigos reprimidos. Dado que las familias también compartían muchos valores, entre ellos el deseo de seguir tragando en el abrevadero, el acto de equilibrio no era tan difícil.

Es habitual distinguir tres "familias" principales: el ejército, la Falange y los

⁷ Suele traducirse como líder, jefe militar o jefe de Estado, pero también busca relacionar a Franco con figuras históricas sagradas como el Cid y los reyes medievales de Asturias, héroes y mártires cristianos.

católicos -algunos estudiosos subdividen la última familia en la iglesia, los tradicionalistas/carlistas y/o los monárquicos-. Franco reconoció que dependía del ejército para el poder militar y de la iglesia para el poder ideológico. Los ministerios de estado estaban dominados por generales y coroneles, el ministerio de educación estaba dominado por católicos, el ministerio de trabajo estaba compartido entre católicos y la Falange, y los carlistas consiguieron el control de Navarra más el ministerio de justicia nacional hasta 1973. El Alto Mando discutía colectivamente sólo asuntos militares, no políticos, y Franco lo mantenía con un presupuesto reducido. En 1939 Franco incorporó voluntarios de Falange y carlistas al cuerpo de oficiales para debilitar su solidaridad y como contrapeso específico a los oficiales monárquicos. Franco planteó a los monárquicos la posibilidad de que un rey le sucediera a él mismo (lo que de hecho ocurrió), pero pospuso indefinidamente cualquier acuerdo sucesorio. La Iglesia tenía una fuerte vida colectiva, pero no solía interferir directamente en el Estado. En cambio, su influencia era más difusa, expresada a través de la fuerte religiosidad de muchos conservadores.

346

Se sentía menos a gusto con algunos falangistas. Habían sido necesarios durante la guerra y poco después, proporcionando una movilización popular muy necesaria. Le proporcionaron la mayor parte de los adornos de su régimen a partir de 1937, cuando la Falange se fusionó con los carlistas en un único partido con un título increíblemente largo y poco informativo. Abreviado F.E.T. y de las Jons, popularmente se le llamaba simplemente el Movimiento - un "movimiento" cuyo carácter no podía definirse. Mientras la marea de la guerra giraba hacia Hitler y Mussolini, la ideología de Falange era prominente, aceptada por Franco como la retórica del futuro. No obstante, Franco reprimió sin piedad a los falangistas más populistas y desde 1947 aproximadamente los falangistas fueron relegados a puestos visibles pero subordinados, dirigiendo sindicatos sin poder, programas de bienestar sin dinero y un ministerio de agricultura sin poder. La unión de las familias se produjo a través de intereses compartidos, valores superpuestos y estructuras corporativistas verticalistas dirigidas por un déspota decididamente reaccionario. Así pues, etiqueto este régimen como una mezcla de dos de las categorías presentadas en el capítulo 2: como autoritario semireaccionario y corporativista.

El régimen era también profundamente clasista. Fue reclutado desproporcionadamente entre las clases altas y las más educadas, y reprimió severamente toda organización independiente de las clases bajas. Sin embargo, curiosamente, ni los industriales, ni los banqueros, ni siquiera los terratenientes desempeñaron un papel muy colectivo en el régimen. Y sus objetivos olían más a rentistas reaccionarios que a capitalistas con ánimo de lucro. Sus derechos de propiedad estaban garantizados por una feroz represión del trabajo. Luego se opusieron de forma suave e ineficaz a la posterior política de integración de los trabajadores en el Estado corporativo a través de los sindicatos de Falange. Parecían satisfechos con obtener rentas de sus propiedades y de los cargos y el patrocinio del

Estado en lugar de perseguir un capitalismo racional de búsqueda de beneficios. Esto convenía a Franco, que estaba interesado en el capitalismo como orden, no en el capitalismo como desarrollo económico. España se estancó bajo sus políticas de "autarquía cuartelaria", su pueblo siguió sumido en la pobreza, sus oficiales burgueses, fascistas y otros favoritos del régimen recibieron sinecuras en los consejos de administración de empresas públicas y privadas. Los tecnócratas capitalistas permanecieron ignorados hasta el ascenso de la organización católica Opus Dei en la década de 1960. España acabó modernizándose más por estar en Europa Occidental que por los esfuerzos del régimen. La Comunidad Económica Europea y el Vaticano II fueron finalmente grandes influencias liberalizadoras. A medida que la Iglesia se alejaba de Franco, el régimen perdía su alma. El cuerpo de oficiales y la Falange permanecieron leales hasta después de su muerte, impidiendo la insurrección -que gran parte del país temía de todos modos, temiendo otra guerra civil. Pero en la Europa occidental de 1975 la mayoría de las élites españolas, tanto de derechas como de izquierdas, sabían que un régimen moderno tenía que ser una democracia liberal. La forma más prudente de conseguirlo era a través de una monarquía borbónica restaurada pero constitucional. El Rey Juan Carlos, enfrentado en 1981 a un golpe militar llevado a cabo en su nombre, vaciló durante algunas horas. Se dice que pidió consejo a Valérie Giscard d'Estaing, el presidente francés. Giscard le preguntó si quería ser el último de los reyes Borbones de Europa. Si no, elige la democracia, le dijo. Juan Carlos repudió el golpe, que se desmoronó rápidamente.

347

CONCLUSIÓN

En este capítulo se plantearon dos pares de preguntas principales. La primera era: ¿Quién mató a la democracia española y por qué? Vimos que se ha desatado una polémica sobre si hubo un extremismo conjunto de izquierda y derecha que condenó a la república. La respuesta debe ser "sí" en el agro sureño y en un momento importante en Asturias. La intransigencia de los terratenientes sureños tuvo su reflejo en los jornaleros insurrectos y ávidos de tierras. Para ambos, la posesión de la tierra importaba más que cualquier constitución. La reforma agraria de compromiso sólo era posible si se imponía desde fuera. Como los terratenientes controlaban el Estado regional, podían quedarse tranquilos. Como los trabajadores controlaban los pueblos, podían apoderarse de la tierra si no había represión estatal. Esta fue la situación bajo el Frente Popular a principios de 1936. Del mismo modo, en 1934

Los mineros asturianos habían creído brevemente que también tenían el poder local para tomar su región. Se trataba de situaciones cuasi-revolucionarias en las que el conflicto de clases se estaba volviendo incontrolable sólo con las fuerzas policiales locales. El sur necesitaba un despliegue sostenido de Guardias Civiles, además de

guarniciones estratégicas de unidades del ejército regular; Asturias necesitaba divisiones de tropas regulares. Si esto hubiera constituido toda España, podríamos concluir que el intento de revolución, la guerra civil y la limpieza política masiva fueron principalmente escaladas de la lucha de clases. Las relaciones de poder económico habrían determinado en última instancia los resultados políticos.

Pero en otras partes del país la intransigencia de clase no era simétrica ni infranqueable. Ni la mayoría de los capitalistas industriales ni los sindicatos, terratenientes, campesinos y trabajadores rurales de otras regiones estaban empeñados en la victoria de clase a cualquier precio. La mayoría de los empresarios eran partidarios de un republicanismo de "ley y orden", a lo sumo semiautoritario. La mayoría de los trabajadores organizados apoyaban las variedades reformistas del republicanismo, el socialismo y el sindicalismo. Se produjeron compromisos entre estas fuerzas de clase, en los Jurados Mixtos, en la reforma agraria y en el gobierno de coalición nacional y local. Así pues, el conflicto de clases económico en el conjunto de España -aunque algo desestabilizador- no dictó la caída de la república, ni mucho menos los asesinatos en masa que la siguieron.

348

En efecto, los enterradores de la república no tenían la simetría que confería la dialéctica de la lucha de clases. La izquierda seguía profundamente dividida en cuanto a medios y constituciones. La mayoría de sus dirigentes eran reformistas, pero también había revolucionarios influyentes. La mayoría de los obreros y campesinos militantes (incluso quizás en el sur) parecían querer la reforma. Saludaron a la república afiliándose desproporcionadamente a sindicatos con dirigentes reformistas. La mayoría de sus huelgas y ocupaciones con objetivos políticos iban dirigidas a asegurar la aplicación y culminación de las reformas republicanas. Y sólo un puñado de la izquierda desesperaba tanto de las instituciones democráticas que se pasó al paramilitarismo antes de que empezara la guerra civil. Como entre la izquierda de toda Europa, su violencia era más bien retórica, además de manifestaciones y marchas multitudinarias con una franja dispuesta a romper ventanas y narices. El centro republicano también estaba a favor de la reforma y apoyaba más uniformemente el parlamentarismo.

Estos grupos, con el consentimiento a regañadientes de la mayoría de los empresarios y sindicalistas, podrían haber forzado la aprobación de un programa de reformas sustanciales que hubiera aplacado el descontento popular y salvado la república. Que fracasaran fue en parte culpa suya. La izquierda estaba dividida y era irresponsable, fomentando una retórica salvaje y cierta violencia entre sus bases. En las divisiones, el poder ideológico desempeñó un papel clave. El marxismo y el anarcosindicalismo parecían poderosas teorías de la modernidad, que llegaban con gran autoridad intelectual, haciendo que los pragmáticos parecieran menos principistas, más "corruptos". Sin embargo, estas teorías eran inadecuadas en su aplicación a las relaciones de clase españolas y contraproducentes para quienes las propugnaban. El centro-izquierda puede haber sido demasiado celoso e imprudente

a la hora de perseguir sus objetivos ideológicos de un Estado laico y un ejército controlado por civiles, aunque éstos eran (en términos comparativos) objetivos modernizadores normales. La izquierda y el centro-izquierda también tenían prioridades diferentes, y no lograron apoyarse mutuamente de forma adecuada contra una oposición atrincherada especialmente en la "mitad" ejecutiva del Estado. En *el* centro-derecha las tradiciones *clientelistas* de *turno* disminuyeron el compromiso con la democracia liberal, trayendo el hedor de la corrupción y su propio colapso. Todos estos espantosos errores no fueron accidentales, sino que estaban profundamente arraigados en estos movimientos políticos de izquierda y centro. Pero no dejaron de ser errores, ya que pocos de los implicados se propusieron deliberadamente acabar con la democracia.

Las cosas diferían en la derecha. Los derechistas tradicionalistas y corporativistas y los pocos fascistas buscaban insistentemente poderes ejecutivos incompatibles con la democracia republicana. Los "accidentalistas" de la CEDA, mucho más numerosos, no tenían un objetivo tan claro, pues estaban profundamente divididos en cuestiones constitucionales. Pero estas diversas facciones eran más respetuosas con la jerarquía y estaban más decididas a conservar los privilegios del viejo orden. Así, accidentalistas y ultras unieron sus fuerzas para oponerse a las reformas sustantivas de la república, utilizando su control sobre los organismos ejecutivos estatales para bloquear la aplicación de la legislación. Finalmente, frente al gobierno del Frente Popular y la acción directa de obreros y campesinos, intentaron destruir la república por la fuerza militar y sustituirla por otra autoritaria.

349

En esta clase los intereses económicos eran importantes. En primer lugar, intentaron defender las relaciones de propiedad con medidas de "ley y orden" ligeramente semiautoritarias, incluido el aumento de los poderes ejecutivos y el despliegue rutinario de paramilitares estatales. Pero también estaban profundamente entrelazados con el poder ideológico, político y militar. La derecha contó con la enorme ayuda de una iglesia reaccionaria, que tenía sus propios intereses materiales e ideales y cuyo poder ideológico era la mayor fuente de popularidad de masas de la derecha. Esto aumentó su sentimiento de indignación moral y contribuyó a persuadirles de que había objetivos de orden superior a las constituciones o al pragmatismo político. También utilizaron el poder político del brazo ejecutivo del Estado a través del control predominante del antiguo régimen sobre la policía, el ministerio del Interior y los prefectos. A continuación, escalaron aún más, recurriendo a su "último recurso" de una alianza decididamente no democrática con una casta militar. Esta casta era autoritaria, partidaria de la represión de los descontentos de clase y regionales y con sus propios intereses creados. Así, la mayoría de los conservadores acabaron invocando a un poder militar que compartía muchos de sus valores.

Los que culpan "ecuanímente" a la izquierda y a la derecha ignoran la evidente disparidad de poder militar entre ambos bandos. Suponiendo que la parcialidad

política no sea la explicación de esto, debe ser parte del descuido general en las ciencias humanas de las relaciones de poder militar. Debemos comprender que hay niveles muy diferentes de "violencia" en las luchas por el poder. La república contenía las luchas normales de las democracias que se enfrentan a graves crisis: elecciones turbulentas, multitudes y manifestaciones; la presión de huelgas, ocupaciones y cierres patronales acompañados de cierta intimidación física; y la presión entre bastidores para desplegar policías, rompehuelgas y escuadrones de matones (en ambos bandos). Los principales partidos contendientes probaron estas técnicas y, en ocasiones, todos se saltaron las normas de los procedimientos democráticos y constitucionales. Fue una lucha simétrica tanto de la izquierda como de la derecha, que se convirtió intermitentemente en violencia física, dirigida principalmente con fines de clase. Pero nada de esto destruyó la república. Tendía a reforzar la moral del propio núcleo de apoyo, pero alienaba a suficientes moderados como para inclinar las elecciones hacia el otro lado. Este nivel de violencia era electoralmente contraproducente, que es como se supone que deben funcionar las democracias.

350

La república cayó ante un nivel de violencia cualitativamente diferente. Cayó en más de la mitad de España a manos de una revuelta militar, y fue expulsada del resto del país por un ejército mejor organizado y más profesional, ayudado por las fuerzas armadas de las dos principales potencias fascistas. El discurso izquierdista de camaradería, lucha, fuerza y revolución palideció al lado de la organización militar derechista. Me parece extraño que Payne (1993: 383-4) dedique las últimas páginas de su libro, que resumen las causas generales de la caída de la república, a detallar la agresión verbal de su principal defensor, Manuel Azaña. ¿No distingue entre la retórica política y las descargas de artillería como formas de violencia? En el último caso, que llegó realmente durante 1936-9, se impuso el poder militar derechista, derrocando una república democrática (más turbulenta que la mayoría, pero indudablemente una democracia), provocando asesinatos en masa e instaurando una dictadura represiva de treinta años.

Mi segundo par de preguntas se referían al régimen victorioso. ¿Por qué adoptó la forma de una colaboración bastante armoniosa entre autoritarios reaccionarios y corporativistas, y por qué los fascistas fueron tan bien domesticados por Franco? Gran parte de la respuesta no es difícil de encontrar y ya se ha dado muchas veces. El antiguo régimen español sufrió muy pocas dislocaciones en el siglo XX. Aunque sus tres pilares -iglesia, ejército y monarquía- estaban en cierto declive, y la monarquía era decididamente inestable, los territorios nacionales no estaban ni remotamente amenazados, los gobiernos se mantuvieron al margen de las guerras europeas, e incluso la Depresión no fue realmente una "gran" depresión. Un movimiento contra la democracia liberal probablemente adoptaría formas conservadoras, incluso reaccionarias. No hubo crisis suficiente para abrir espacio a una derecha radical capaz de atraer a las fuerzas populares hacia un fascismo

movilizador de masas. Cuando el fascismo se expandió enormemente en 1936, sus principales adeptos procedían de la derecha conservadora. Había muy pocos socialistas convertidos en fascistas en España. Pero esto significaba que la derecha tenía poco poder de movilización de masas (excepto los domingos y días festivos). Para derrocar a la democracia se necesitaba el ejército, que además favorecía métodos de gobierno más conservadores, ordenados y verticalistas que el fascismo.

Esta alianza se soldó aún más, y adquirió un poco más de movilización fascista "de abajo arriba", con la decisión de librar una guerra contra el gobierno republicano-izquierdista. Vemos la importancia del compromiso común de la derecha con el orden y la jerarquía en el hecho de que se mantuvieron mucho más unidos que el bando republicano. Prácticamente no hubo fratricidio entre los nacionalistas durante la guerra civil, al contrario que en el bando republicano. Después de la guerra, las instituciones de la autoridad indiscutible de Franco ya estaban en marcha, y éste se encargó de que las distintas "familias" del régimen compartieran los beneficios. De nuevo, el régimen se mantuvo neutral en la década de 1940 y no experimentó crisis graves, aunque sí un estancamiento persistente. A los fascistas no les quedaba otro camino que abandonar el poder y tal vez ir a la cárcel. Fueron domesticados por el poder militar y político y por el incentivo económico, y por el hecho de que sus ideologías se solapaban considerablemente. Así, la derecha española desarrolló un "estatismo" en gran medida reaccionario y limitado, no moderno y ambicioso, como solución a la crisis social. Pero su nacionalismo orgánico fue tan feroz como cualquiera de los que hemos presenciado, salvo en el ámbito del antisemitismo. Llegó a respaldar la limpieza política a gran escala. Resulta aleccionador darse cuenta de que si otros antiguos regímenes no se hubieran visto debilitados por las crisis que rodearon a la Primera Guerra Mundial, y si sus regímenes autoritarios sucesores no hubieran sido primero dislocados por las crisis económicas y el avance de las Potencias del Eje durante la década de 1930 y luego destruidos por la Segunda Guerra Mundial, entonces los regímenes de tipo franquista podrían haberse prolongado de forma cómoda, desastrosa y represiva durante décadas en gran parte de Europa.

351

Queda un enigma importante. Es el de siempre, con un matiz diferente en España porque se trataba de un régimen autoritario tan "exitoso", que sobrevivió durante casi cuarenta años. Se trataba de un país con un conflicto de clases muy pronunciado, en el que el recurso al autoritarismo tenía motivos de clase particularmente manifiestos por parte de las clases adineradas. Sin embargo, desde el punto de vista de la obtención racional de beneficios capitalistas, esto fue desastroso. La combinación de la reacción franquista, la represión y el corporativismo supuso el declive económico y social durante un largo periodo. Tendríamos que ser muy pesimistas sobre la II República para suponer que su supervivencia más allá de 1936 habría tenido un peor resultado para la burguesía que el que trajo el régimen de Franco. Si alguien se benefició realmente del régimen

de Franco, fueron su familia y sus redes personales (y más tarde la familia Borbón y sus conexiones) y algunos en la iglesia, el ejército, la Falange y la clase terrateniente. Pero entre los beneficiarios no estaban los capitalistas españoles ni la clase media en general. En lugar de preservar la civilización occidental, el régimen excluyó efectivamente a España de ella durante más de una generación, excepto por la visión de europeos bronceados tumbados en sus playas. Tal vez esa visión fuera demasiado para el régimen. En los últimos años de Franco, su régimen abandonó todo vestigio de fascismo y esperó a que muriera. Esto fue, en palabras de Payne (1998), "defascificación desde dentro".

Aunque no pretendo estar seguro de mi respuesta al enigma, las circunstancias especiales de la agricultura española, desgarrada por el conflicto de clases y con los terratenientes bien atrincherados en el Estado del antiguo régimen, "agrarianizaron" parcialmente el capitalismo español. Así, la burguesía española exageró la amenaza a su propiedad y elevó este temor por encima de la búsqueda calculadora de beneficios. Pero en su reacción exagerada se vieron sustancialmente alentados por una minoría de izquierdistas del país y por los poderes ejercidos por dos de los tres pilares del Estado del antiguo régimen. Pues la iglesia y el ejército tenían temores mejor fundados respecto a sus propios privilegios. La combinación fue un movimiento de poder ideológico capaz de convencer a muchísimos capitalistas -y, de hecho, a personas de todas las clases sociales temerosas del desorden y la inseguridad- para que definieran a los oponentes como enemigos y traidores y vieran la salvación como algo que llegaría a través de un poder militar capaz de imponer un nacionalismo orgánico trascendente. Una vez más, fue un error gigantesco el que cometieron los derechistas, esta vez dejando entrar no al fascismo sino a un dictador corporativista reaccionario que perjudicó enormemente sus intereses materiales. Tampoco fue sólo un "error", ya que llevó a muchos de ellos a cometer grandes maldades. Pero eso es lo que hacen los seres humanos cuando se enfrentan a crisis complejas, entrelazadas e implosivas que afectan a varias fuentes de poder social a la vez, como demuestra sobradamente el siglo XX.

10

Conclusión

Fascistas, vivos y muertos

Primero resumo mi explicación del ascenso del fascismo. Luego pregunto si el fascismo es sólo historia o si puede volver para atormentar de nuevo al mundo. ¿Están todos los fascistas muertos?

FASCISTAS MUERTOS

Ofrecí una explicación en dos partes del ascenso del fascismo. La primera tiene que ver con el avance de una amplia familia de derechistas autoritarios que se hicieron con el poder en la mitad de la Europa de entreguerras, además de algunas franjas del resto del mundo. En Europa, la oleada llevó a los regímenes más allá del espectro que identifiqué en el capítulo 2, del semiautoritarismo al semirreaccionismo y de ahí al corporativismo. Algunos fueron más allá, hacia el fascismo.

El derechismo autoritario fue una respuesta tanto a los problemas generales de la modernidad como a las crisis sociales particulares que dejó la Primera Guerra Mundial. La modernización fue perseguida conscientemente por la mayoría de los autoritarios: crecimiento y reestructuración industrial, más ciencia y planificación económica, más integración nacional, un Estado más ambicioso y más movilización política de las masas. Tras algunas vacilaciones iniciales, la mayoría de los derechistas adoptaron la mayor parte del paquete modernista, al tiempo que rechazaban la movilización democrática de las masas. Sin embargo, también se vieron presionados por una serie de crisis -económica, militar, política e ideológica- provocadas o exacerbadas por la guerra. Sin estas crisis, y sin la propia guerra, no se habría producido un auge autoritario importante, y el fascismo habría seguido siendo una serie de sectas y grupúsculos más que un movimiento de masas.

Al final de la guerra se produjeron graves crisis económicas, que se repitieron con la Gran Depresión de 1929. Entre medias, a mediados de la década de 1920, se produjeron crisis inflacionistas menores. Sin embargo, pocas economías de entreguerras fueron muy boyantes. Como ahora se esperaba que los gobiernos

tuvieran políticas económicas para paliar las dificultades, las crisis económicas desestabilizaron a los gobiernos. Los "viejos regímenes" también tenían la tendencia económica secular del periodo, ya que muchos miembros vivían como rentistas de los beneficios de las partes menos modernas de la economía. La modernidad y la reestructuración inducida por la crisis podían ser su némesis. Los regímenes gobernantes, especialmente los "antiguos", sintieron que tenían que hacer algo.

354

La guerra produjo crisis militares, derrota para algunos y dislocación y desmovilización repentina para todos. La crisis se dejó sentir con mayor intensidad en el centro y el este del continente, donde se encontraban la mayoría de las potencias derrotadas. Pero la crisis militar también perduró allí donde los "revisionistas" continuaron desafiando los términos de los tratados de paz y buscando la restauración de los "territorios perdidos". Los refugiados amargados y los movimientos nacionalistas agresivos mantenían la olla revuelta. ¿Triunfarían los revisionistas en Austria, Alemania y Hungría, sobrevivirían los numerosos nuevos regímenes sucesores de los imperios multinacionales vencidos, conservarían Francia o Rumania sus conquistas territoriales, mantendría Serbia su dominio yugoslavo? Después, la crisis militar se hizo más general, a medida que se avecinaba una segunda guerra mundial y crecían la amenaza y la influencia de la Alemania nazi revisionista.

La crisis política era distinta en el centro, este y sur del continente. El noroeste ya había estabilizado regímenes liberales antes de 1914. Sus gobiernos y electorados afrontaron las crisis económica y militar con cambios ordenados de gobierno que dejaban inalterada la constitución básica de la democracia liberal. Sin embargo, el centro, el este y el sur estaban en ese mismo momento intentando una transición hacia parlamentos democráticos liberales mientras dejaban intactos muchos poderes estatales del antiguo régimen. Allí la crisis se enfrentaba a Estados duales, mitad democráticos liberales, mitad autoritarios. Dado que los conservadores del antiguo régimen solían controlar la parte ejecutiva del Estado, incluidos el ejército y la policía, tenían la opción de utilizar la represión para resolver la crisis, reduciendo o anulando el poder de la mitad parlamentaria del Estado. De hecho, la guerra había aumentado la resonancia del militarismo, mientras que un breve estallido de conflictos de clase en la posguerra había normalizado el despliegue de tropas en los enfrentamientos civiles. Sin embargo, la mayoría de la derecha consideraba que la represión ya no era suficiente para mantener el poder en la era moderna. También era necesario socavar la democracia con formas alternativas de movilizar a las masas. Los conservadores respondieron de forma diferente en las dos mitades de Europa. En el noroeste, el predominio de las instituciones liberales empujó a los conservadores a crear partidos políticos más populistas que jugaban según las reglas de la democracia electoral. Pero en el centro, el este y el sur, los conservadores lanzaron golpes de Estado de su mitad ejecutiva vinculados a movimientos autoritarios más movilizadores. Permítanme insistir: El fascismo no fue una crisis

del liberalismo, ya que el liberalismo institucionalizado capeó todas estas crisis sin desestabilización grave. El fascismo fue producto de un intento repentino y a medias de liberalización en medio de crisis sociales.

355

Estas crisis se vieron exacerbadas por una crisis ideológica. En la derecha, aunque sólo en una mitad de Europa, esto se convirtió en una sensación de que la modernidad era deseable pero peligrosa, que el liberalismo era corrupto o desordenado, que el socialismo significaba el caos, que el secularismo amenazaba los absolutos morales - y así acumulativamente que la civilización necesitaba ser rescatada antes de que la modernización pudiera avanzar más. Así surgió una visión derechista más autoritaria de la modernidad, que hacía hincapié en un nacionalismo populista más verticalista, el estatismo desarrollista, el orden y la jerarquía. Tales valores empezaron a circular ampliamente, especialmente entre los jóvenes moralistas -jóvenes de clase media en institutos, universidades y academias militares, así como en las iglesias "establecidas" que de todos modos se inclinaban hacia el nacionalismo o el estatismo. Así, en la mitad del mundo más desarrollado se produjo una ofensiva política conservadora por parte de las clases adineradas, dirigida por un antiguo régimen que ejercía la represión estatal al tiempo que patrocinaba partidos políticos de masas con ideologías nacionalistas y estatistas. Este derechismo autoritario insurgente no era puramente reaccionario (como sugiere Mayer 1981), ya que esgrimía novedosas visiones de la modernidad.

Tampoco era una mera estrategia de clase, explicable en términos marxianos directamente funcionales. Ni siquiera era la estrategia económicamente más racional de que disponían las clases poseedoras. Éstas tenían dos motivos económicos alternativos: "defensa de la propiedad" y "maximización del beneficio". El estallido temprano de la lucha de clases de la posguerra podía amenazar la propiedad privada, lo mismo que algunos revolucionarios españoles posteriores, lo mismo que una proximidad demasiado estrecha a la Unión Soviética. Pero después de 1921 no se vislumbraba ninguna amenaza fundamental para la propiedad en toda Europa. La izquierda revolucionaria había sido derrotada. La mayor parte de la ofensiva derechista ocurrió *después de* que cualquier amenaza revolucionaria sería desde abajo hubiera desaparecido. Durante el periodo en cuestión no fue necesaria ninguna defensa decidida de la propiedad. La "maximización del beneficio" es un motivo más probable, aunque también es más complejo. Es menos de suma cero, ya que no es necesariamente el caso que para que un lado gane, el otro debe perder. También es más difícil calcular beneficios alternativos. Algunos gobiernos de izquierdas y las presiones de la Gran Depresión provocaron una reducción de los beneficios, y podría tener cierto sentido a corto plazo que los capitalistas equilibraran la balanza obligando a los trabajadores a soportar una mayor parte de los costes, es decir, reprimiendo a los trabajadores. Pero las élites políticas de los países del noroeste y más allá estaban ideando estrategias mucho mejores de maximización de beneficios: liberalismo corporativo en Estados Unidos, compromiso socialdemócrata en

Escandinavia, división del Partido Laborista en Gran Bretaña. La primera de estas políticas puede haber beneficiado a ambos bandos en la guerra de clases, la segunda sin duda lo hizo, mientras que la tercera probablemente sólo benefició a los capitalistas. Se trataba de estrategias democráticas eficaces para proteger la supervivencia y la rentabilidad del capitalismo, y éste era el principal objetivo del principal economista del noroeste, Keynes.

356

¿Por qué las clases poseedoras eran tan hipersensibles a la oposición de la izquierda que echaron mano del arma autoritaria tan rápidamente, cuando ni la propiedad ni los beneficios estaban muy amenazados? He encontrado cinco razones para sus reacciones exageradas, que abarcan todas las fuentes de poder social.

(1) Las últimas décadas han revelado que la revolución es una posibilidad real en las sociedades modernas. Ahora parece que la perspectiva se aleja, pero los propietarios no pueden estar seguros de ello. Una versión del "dilema de la seguridad" subrayada por politólogos recientes sugiere que la gente puede reaccionar de forma exagerada ante una amenaza que "pone en peligro la vida", incluso si la amenaza tiene una baja probabilidad de hacerse realidad. La probabilidad de que se produzca una revolución bolchevique en Alemania después de 1922 podría ser baja, pero los capitalistas alemanes podrían reaccionar exageradamente ante los izquierdistas siguiendo el principio de "más vale prevenir que curar". Para la derecha política, "certeza", "seguridad" y "orden" eran valores vinculados.

(2) Una determinada fracción de clase tenía más motivos para temer. Los derechos de propiedad de los terratenientes agrarios *eran* más vulnerables. La reforma agraria se consideraba deseable en gran parte de la Europa de entreguerras; también existía cierta amenaza directa contra ellos desde abajo en varios países; y su dominio sobre los Estados del antiguo régimen probablemente no duraría mucho más. Por el momento, sin embargo, seguían poseyendo un poder político ejecutivo inusual, especialmente a través de los cuerpos de oficiales y los ministerios del interior. Los sistemas de patronazgo *caciquil* también les conferían aún cierta fuerza parlamentaria en zonas relativamente atrasadas. Para ellos, la "seguridad" de la posesión podía garantizarse mediante una combinación de represión y poder político desproporcionado en el conjunto de las clases propietarias. ¿Por qué arriesgarse a la incertidumbre cuando la preservación de la propiedad podía *garantizarse* mediante el derechismo autoritario? Nótese, sin embargo, que mientras que la propia motivación del antiguo régimen era económicamente racional, la de sus aliados entre las clases poseedoras probablemente no lo era. El poder político y militar del antiguo régimen, especialmente los terratenientes agrarios, les llevaba de las narices.

(3) Algunos cuerpos de oficiales militares razonaron de forma similar. Su autonomía de casta, vinculada al antiguo régimen, se veía amenazada por las demandas de control civil sobre los militares por parte de los liberales y la izquierda. Sus presupuestos se veían amenazados. Algunos cuerpos de oficiales estaban acostumbrados a dar golpes de estado, otros no, pero la aparición de movimientos

derechistas de mentalidad más militar parecía ofrecerles socorro.

(4) Algunas iglesias razonaron de forma similar. Se enfrentaban a un laicismo de izquierdas que amenazaba su propiedad y su riqueza, además de su control sobre la educación, el matrimonio y otras prácticas sociales. También formaban parte del antiguo régimen y su énfasis en el "orden" y la "jerarquía" también conllevaba un poder ideológico más difuso entre la comunidad de fieles, especialmente en las zonas más rurales. Estos poseedores de poder ideológico favorecieron el derechismo autoritario para proteger sus propios intereses materiales y morales.

357

(5) El "orden" y la "amenaza" no eran meros problemas de relaciones de clase internas, sino también de geopolítica. Esto hacía que algunas minorías étnicas, religiosas o políticas parecieran especialmente amenazadoras por estar vinculadas a potencias extranjeras. La derecha se caracterizó por fusionar supuestos "enemigos" nacionales y extranjeros: los izquierdistas eran vistos como "bolcheviques" (rusos) y "bolcheviques judíos"; el capital extranjero, financiero y judío y los separatistas liberales, etc., eran vistos como amenazas nacionales y extranjeras.

Combinados, estos temores empeoraban la sensación general de amenaza. A medida que las amenazas se hacían más difusas, parecían más vagamente amenazadoras, por lo que la respuesta fue "erradicarlas", "sofocarlas en su origen". Así que los objetivos se desplazaron de una estrecha racionalidad instrumental que calculaba sobre el interés económico a una "racionalidad de valores" más amplia en el sentido en que Max Weber utilizó el término. El orden, la seguridad, la jerarquía, lo sagrado en lugar de lo secular, el interés nacional en lugar del interés de clase se convirtieron en los lemas principales, mientras que el enemigo fue degradado, incluso demonizado, como la antítesis de todos estos valores, indigno de un trato democrático o (en casos extremos) humano. Lo que podría haber comenzado como un comportamiento motivado económicamente de las clases adineradas se desplazó a través de la mediación de la sensación de amenaza de los demás hacia objetivos mucho más difusos de nacionalismo y estatismo. Así, las clases propietarias (incluso quizás los terratenientes agrarios) no siguieron el curso de acción más racional desde el punto de vista instrumental. El consiguiente derechismo autoritario desarrolló entonces su propia racionalidad económica al ser pionero en políticas económicas estatistas útiles tanto para el desarrollo tardío como para combatir la depresión. Pero la búsqueda del orden, la jerarquía y la evitación de riesgos hizo que la mayoría de los derechistas bajaran sus miras por debajo de lo que los países del noroeste empezaban a lograr con una mayor capacidad de movilización democrática.

Así pues, aunque la lucha de clases desempeñó un papel sustancial en el auge de la familia derechista autoritaria, también debemos vincularla en nuestra explicación a las relaciones de poder político, militar e ideológico. Cuando múltiples crisis generan múltiples objetivos entre actores colectivos que se solapan y entrecruzan de formas complejas, las acciones resultantes rara vez siguen una racionalidad estrecha de grupos de interés. Esto llevó a los regímenes autoritarios de derechas a zonas

peligrosas que amenazaban su propia supervivencia. Confiar en un Estado-nación más militarizado y más sagrado, "amenazado" por enemigos internos y externos, tuvo consecuencias peligrosas. Hizo más probable la guerra, y la guerra total moderna produce muchos más perdedores que ganadores. Algunos de estos regímenes provocaron guerras con el potencial de destruirlos a todos. Así ocurrió en 1945. Apoyar valores autoritarios de derechas también les hizo vulnerables a ser flanqueados por derechistas más radicales.

358

Entran los fascistas. Llegamos a la segunda parte de la explicación, ya que los fascistas se sumaron a todo esto. No habrían crecido sin las crisis inducidas por la guerra a las que se enfrentaban los estados duales y los viejos regímenes en pánico y que poseían clases que generaban valores nacional-estadistas. Los fascistas no crecieron allí donde se produjeron las crisis sin Estados duales y viejos regímenes en pánico, en el noroeste del continente. Los fascistas se nutrieron entre los derechistas autoritarios y siguieron manteniendo con ellos estrechas relaciones familiares. Como en todas las familias, sus relaciones podían implicar amor u odio. Así pues, la segunda parte de la explicación consiste en explicar qué ocurrió y dónde.

He hecho hincapié en que los fascistas eran distintivos. Ni su organización ni sus valores les permitían ser simplemente un vehículo para los intereses de clase. Desde el punto de vista organizativo, no se parecían a otros autoritarios, ya que eran un movimiento "de abajo arriba", no de arriba abajo. Y sus valores fundamentales les impulsaban en direcciones "radicales": Creían en un Estado-nación paramilitar, trascendente y purificador. El fascismo no estaba comprometido con el Estado existente ni con su brazo militar, sino que pretendía revolucionarlos, "golpear las cabezas de las clases", limpiar la nación de sus enemigos y trascender así el conflicto político y de clases. Como se veían a sí mismos como un movimiento "popular", no eran reacios a las elecciones como estrategia para llegar al poder. La mayoría luchó enérgicamente contra las elecciones, siendo pioneros en las técnicas electorales de masas de manipulación ideológica. Sólo en Italia, donde llegaron muy rápidamente al poder, la campaña electoral no fue una parte central de la actividad fascista. A diferencia de los derechistas autoritarios más conservadores, los fascistas no podían utilizar el poder del Estado para manipular y amañar las elecciones (hasta después de llegar al poder). Aunque los fascistas no creían en la democracia, ésta era vital para su éxito.

Pero el electoralismo convivía con una segunda forma de lucha popular. Su núcleo activista consistía en formaciones paramilitares voluntarias comprometidas con la violencia callejera organizada. Esto tenía tres propósitos. Era "provocativa", pretendía producir una reacción violenta de sus rivales políticos. Esto permitiría a los fascistas declarar que su propia violencia era "autodefensa". En segundo lugar, reprimiría a los enemigos, ya que el paramilitarismo fascista confería superioridad logística en la guerra callejera, permitiéndoles poner "orden" en las calles. Se esperaba que tanto la "autodefensa" como el "éxito" aportaran más apoyo y

legitimidad a la idea de que la "violencia ordenada" fascista podía acabar con el caos social. Esto se explotó electoralmente. En tercer lugar, el paramilitarismo podía, en última instancia, dar un golpe de estado, siempre y cuando el ejército también estuviera inmovilizado (ya que la mayoría de los fascistas sabían que su paramilitarismo era inferior al poder militar del estado).

359

Este activismo paramilitar aportó al movimiento reclutas y valores distintivos. La primera cohorte de reclutas, sin la cual el fascismo nunca habría despegado, estaba formada en gran parte por jóvenes veteranos militares que transmitían los valores bélicos de camaradería, jerarquía y violencia a un movimiento político en tiempos de paz. En este sentido, el fascismo como movimiento de masas nunca habría pasado de ser una camarilla de intelectuales sin la Primera Guerra Mundial. De hecho, los activistas fascistas seguían siendo bandas de jóvenes de todas las clases para quienes la combinación de manifestarse, marchar y pelearse tenía un atractivo especial. Por lo tanto, eran desproporcionadamente estudiantes, cadetes, atletas y jóvenes de clase trabajadora (que también están bien representados entre los autores de atrocidades en mi próximo volumen sobre limpieza étnica). El fascismo también reflejaba los efectos de la modernización en los jóvenes: la liberación de los varones jóvenes de la disciplina familiar y de las mujeres jóvenes de gran parte de la carga de la maternidad, el crecimiento de los deportes organizados y el crecimiento de las profesiones que requerían una amplia educación superior, especialmente la profesión de la guerra. Los estudiosos del fascismo (o del siglo XX en general) no han prestado suficiente atención a estos efectos de la cohorte de edad que contribuyeron a la aparición de una característica general del siglo XX, el culto a la juventud. El fascismo fue la primera gran manifestación política de este culto.

El nacionalismo de abajo arriba y el estatismo eran valores fascistas en todas partes, que atraían a grupos de apoyo popular específicos. El fascismo resonó especialmente entre los refugiados amargados, las regiones "fronterizas amenazadas", los empleados del Estado (incluidas especialmente las fuerzas armadas), las industrias de propiedad estatal o protegidas por el Estado y las iglesias que se veían a sí mismas como "el alma de la nación" o "la moralidad del Estado". Como han observado los teóricos de las clases, el fascismo no habría surgido sin el auge previo del conflicto de clases, y no habría surgido tanto sin la Revolución Bolchevique. Pero no se deduce -como han argumentado los teóricos de las clases- que los fascistas representaran sólo a un bando en esta lucha de clases o, de hecho, a una sola clase. Su electorado reflejaba el atractivo del objetivo de trascender esa lucha. El fascismo no solía atraer ni a la clase obrera organizada ni a las personas de clase media o alta que se enfrentaban directamente al trabajo organizado. En cambio, atraía más a los marginados de ese conflicto, personas de todas las clases y de diversos sectores, en industrias más pequeñas o más nuevas y en el sector servicios, personas propensas a gritar "una plaga en vuestras dos casas". El núcleo fascista, especialmente los militantes fascistas, se apoyaba preponderantemente en

una juventud machista receptiva al paramilitarismo y en entornos sociales receptivos al mensaje del estatismo nacional extremo o de la trascendencia de clase.

360

Sin embargo, los regímenes fascistas no consiguieron trascender las clases. Como en realidad no eran anticapitalistas, podían llegar a acuerdos con la clase capitalista; como eran promilitaristas, podían llegar a acuerdos con las fuerzas armadas; y como a la mayoría de ellos les importaba poco la religión, estaban dispuestos a firmar concordatos con poderosas iglesias. Así, en la práctica, y una vez que se acercaban al poder, los movimientos fascistas se volvían parciales en cuestiones de lucha de clases. Se inclinaron hacia la clase capitalista, las clases adineradas en general y el antiguo régimen en particular. Sin embargo, de los principales valores fascistas, la trascendencia de clase fue el que más varió entre los distintos movimientos nacionales. El fascismo italiano tuvo un resultado más bien conservador y burgués, el rumano se hizo decididamente proletario.

Dado que los grandes movimientos fascistas fueron variados y surgieron en circunstancias bastante variadas, no es tan fácil generalizar sobre su ascenso como lo fue para toda la familia de derechistas autoritarios. Primero resumo sus variaciones caso por caso, y luego paso a sus similitudes generales.

El fascismo italiano surgió y se hizo con el poder muy pronto, en los años inmediatos a la posguerra, cuando el conflicto de clases apenas empezaba a declinar (y seguía haciendo estragos en la agricultura). Por lo tanto, tenía un componente de clase más directo que los otros casos. Existía una evidente alianza de clase fascista/propietaria, por lo que el fascismo italiano puede explicarse parcialmente en términos marxistas funcionales: Las clases altas recurrieron a los fascistas para que las rescataran de la revolución de clases. Pero la cercanía de la Primera Guerra Mundial también propició una contribución militar/paramilitar más directa al fascismo a través de jóvenes veteranos militares varones. Casi se podría decir que el paramilitarismo fue el medio y la represión de clase dirigida por los agrarios el objetivo del fascismo italiano. Sin embargo, esto sería simplificar demasiado, ya que el paramilitarismo también aportó reclutas y objetivos distintivos. Aunque no estaba orientado al electoralismo, la combinación de "autodefensa" y éxito del fascismo italiano (destruyó el poder socialista y *popular*) aumentó la popularidad del fascismo entre quienes valoraban el orden social. Los amplios objetivos nacional-estatistas del fascismo también fueron populares y minaron la voluntad de resistencia del antiguo régimen y del ejecutivo estatal. Las relaciones de poder geopolíticas y políticas también influyeron. Dado que Italia tenía unas fronteras prácticamente incontestadas y no estaba amenazada desde el exterior, su nacionalismo contenía pocas agresiones externas o racismo dentro de Europa (África era otra historia).

El Estado italiano también era dual, y ambas mitades del Estado estaban debilitadas. Esto lo hacía vulnerable a un golpe de estado. El parlamentarismo liberal no fue desafiado directamente por el fascismo, ya que el repentino ascenso del fascismo se produjo entre elecciones. Pero el parlamento se había debilitado por

la tradicional hostilidad de la iglesia y la rapidez de la transición hacia la democracia plena. Socialistas, *populares* católicos, liberales y conservadores aún no se habían socializado en las reglas del juego parlamentario y no consiguieron formar las coaliciones que mejor les habrían servido a ellos y a la democracia. Pero como hasta entonces la Iglesia se había mantenido al margen de la política y como Italia se caracterizaba por un desarrollo económico desigual, el país carecía también de un antiguo régimen homogéneo. Los terratenientes, los grandes capitalistas, el ejército y la iglesia no podían subvertir la transición a la democracia con su propio autoritarismo conservador. Algunos se vieron rápidamente empujados hacia los fascistas (que a menudo eran sus propios hijos). Hubo, pues, tres causas del triunfo del fascismo italiano: la intensa lucha de clases, el paramilitarismo de posguerra y un antiguo régimen debilitado.

361

El nazismo alemán surgió más tarde, tras un intento sostenido de hacer funcionar la democracia de Weimar. De nuevo, el estado del antiguo régimen era extremadamente importante. La derrota de la guerra había desbancado a la monarquía y a sus leales partidos conservador y nacional-liberal, y había reducido enormemente las fuerzas armadas. El antiguo régimen ya no podía gobernar. A medida que la democracia se tambaleaba a partir de 1930, el autoritarismo conservador tenía poco apoyo fuera del propio ejecutivo estatal.

En segundo lugar, el paramilitarismo volvió a ser importante, aunque su papel fue distinto al del caso italiano. Los veteranos militares fueron importantes para la primera cohorte de nazis y otros extremistas populistas, pero necesitaron el refuerzo de cohortes posteriores de alemanes que no habían luchado en la guerra. A partir de 1928, los nazis prosperaron en el proceso electoral de la república, a diferencia de Italia. Esto significaba que su paramilitarismo estaba más orientado a ganar apoyo electoral y arrollar a sus enemigos en peleas callejeras que a hacerse con el Estado.

En tercer lugar, el conflicto de clases, aunque relevante, no fue dominante. Creció durante la Gran Depresión, pero fue mucho menos grave que en la inmediata posguerra y resultó insuficiente para amenazar los derechos de propiedad capitalistas. Sin embargo, se produjo una compresión de los beneficios, y una solución sería reprimir el trabajo. Hubo, pues, cierta complicidad en el golpe nazi por parte de las clases propietarias, aunque mucho menor que en Italia.

En cuarto lugar, el nazismo también era un movimiento electoral popular, a diferencia del fascismo italiano, que hacía dos llamamientos de masas principales a los votantes. El aparente "estancamiento de clase" durante la Depresión hizo atractivas las pretensiones nazis de trascendencia de clase, sobre todo porque el movimiento nazi era el más clasista de Alemania. En segundo lugar, su estatismo nacional populista se nutría de la amargura geopolítica y étnica de Alemania. Una gran potencia resentida por la pérdida de territorios, absorbida por las tensiones centroeuropeas (antes centradas en los Habsburgo) de los pueblos germánicos, judíos y eslavos, Alemania tenía refugiados, "fronteras amenazadas" y "enemigos"

étnicos dentro y fuera del país. El nacionalismo de limpieza orgánica tenía un atractivo bastante amplio. El estatismo del nazismo se limitaba al culto al Führer y al militarismo. Pero su nacionalismo era más intenso y racista. Así, el nacional-estatismo trascendente nazi fue lo suficientemente popular como para llevarlo al borde del poder. Su propio paramilitarismo y la debilidad (a veces la complicidad) del antiguo régimen le llevaron a la cima. Se trata de una explicación amplia que entrelaza relaciones de poder ideológicas, económicas, militares y políticas.

362

El fascismo austriaco estaba dividido entre dos movimientos fascistas rivales. Aunque la monarquía y el imperio habían desaparecido, había mucha continuidad con respecto a los tiempos de preguerra en las instituciones del parlamento, el ejecutivo estatal y la Iglesia católica, y el antiguo régimen pervivía en los gobiernos socialcristianos. Tanto el "austrofascismo" como el movimiento nazi austriaco surgieron como rivales de los paramilitares revisionistas de posguerra y siguieron prosperando gracias al descontento expresado a través del proceso electoral. Ambos movimientos explotaron la intensidad de la antipatía austro-alemana hacia los eslavos y los judíos. El austrofascismo era el menos populista y radical de los dos movimientos, más verticalista y precapitalista. Se fortaleció cuando el suave semiautoritarismo de los socialcristianos pareció incapaz de superar el estancamiento de clases de Austria, que la Depresión contribuyó a perpetuar. Pero el ascenso de Hitler en la vecina Alemania fue el factor decisivo. Esto intensificó el atractivo del fascismo, socavó el austrofascismo y dio el premio a los nazis austriacos. Los paramilitares de ambos partidos intentaron dar golpes de estado, pero sólo llegaron al poder con la ayuda del poder militar de un Estado (Austria y Alemania, respectivamente). El resultado final fue *el Anschluss* entre dos movimientos nazis, aunque habían llegado al poder de formas diferentes, y uno era mucho más poderoso que el otro.

Los fascismos húngaro y rumano diferían sustancialmente de los demás. Los dos países habían luchado en bandos opuestos en la guerra, Hungría emergiendo como gran perdedora, Rumanía como gran vencedora. Sin embargo, el contraste se vio debilitado por la posterior guerra civil en Hungría, que tuvo como resultado el aplastamiento de la izquierda húngara y permitió el resurgimiento del antiguo régimen húngaro, aunque de forma amargada y radicalizada. Gobernaba un Estado dual compuesto por el ejecutivo y la burocracia tradicionales y un parlamento dominado por la alta burguesía. Sin embargo, el antiguo régimen contaba ahora con muchos derechistas radicales más jóvenes, que hacían llamamientos más populistas, revisionistas (es decir, exigiendo la devolución de los "territorios perdidos") y modernos al país. Rumanía era algo diferente. Su nobleza terrateniente (principalmente extranjera) había sido desposeída, pero esto y la victoria en la gran guerra permitieron al monarca, la burocracia y el ejército resurgir, como un régimen más nacionalista aunque todavía corrupto. Así pues, los antiguos regímenes sobrevivieron bastante bien en ambos países, aunque algo radicalizados y luego

desestabilizados por otros radicales que surgieron dentro de ellos y a su alrededor. La competencia política de la derecha fue especialmente feroz en las universidades y escuelas militares y a través del proceso electoral. Los grandes movimientos fascistas no surgieron hasta mediados de la década de 1930, mucho después de que la amenaza de la izquierda hubiera remitido. Así pues, los fascistas no tenían un sesgo capitalista; de hecho, su composición era más bien proletaria. En ambos casos, el paramilitarismo se utilizó más como herramienta electoral que para reprimir a sus rivales o tomar el poder. Se produjo una desigual danza de la muerte, en la que los militares triunfaron sobre el poder paramilitar, y los autoritarios radicalizados del régimen triunfaron sobre los fascistas. Sólo el caos de los últimos años de guerra permitió a los fascistas una breve y condenada victoria.

363

El fascismo español también fue diferente. Neutral en la Primera Guerra Mundial, el antiguo régimen español experimentó la menor perturbación de todos mis estudios de caso, por lo que dominaron los autoritarios conservadores, no los fascistas. De hecho, éste, y no el fascismo, fue el resultado más común en el centro, este y sur del continente. Portugal, Bulgaria, Grecia y el núcleo serbio de Yugoslavia se parecían a España en este aspecto. Los nuevos Estados sucesores de los imperios que se derrumbaron -las tres repúblicas bálticas, Polonia y Albania- también evolucionaron en la crisis hacia un autoritarismo reaccionario o corporativista. Aunque sus regímenes políticos no eran "viejos" sino completamente nuevos, tenían el poder y la legitimidad de ser "libertadores nacionales". Ellos, no los fascistas, desarrollaron asociaciones de veteranos y partidos populistas.

El antiguo régimen español tenía un elemento débil, un monarca impopular, que dio paso al régimen militar del general Primo de Rivera. Su fracaso condujo a la Tercera República democrática, cuya ruptura acabó produciendo un importante movimiento fascista, con paramilitares formados apresuradamente. Pero éstos quedaron subordinados al ejército nacionalista en la guerra civil y fueron marginados bajo el régimen de Franco. Sus principales apoyos fueron el ejército, la iglesia y las "viejas" clases acomodadas. Su régimen puede explicarse en gran medida en términos de mi anterior explicación general del auge de la familia derechista autoritaria.

Todos estos casos eran diferentes. Explicarlos exigía un análisis en sintonía con las historias y estructuras sociales locales. No obstante, a través de la variedad percibo fuerzas comunes que determinan el poder de los fascistas. Una causa potencial desempeñó en realidad un papel relativamente pequeño: la amenaza del movimiento obrero. Esto no estaba correlacionado con la fuerza fascista. La amenaza fue probablemente mayor en España, donde no había mucho fascismo. La amenaza puede haber parecido sustancial (aunque ya había tocado techo) en Italia; parecía sustancial aunque en realidad era más formal que real en Austria; Alemania tenía un movimiento obrero grande pero mayoritariamente moderado; Rumanía y Hungría tenían unas izquierdas insignificantes en el momento en que el fascismo asomó -de hecho, el propio fascismo proporcionó sus principales movimientos obreros. El

fascismo fue apoyado en un grado limitado y variable por las clases adineradas para salvarse del trabajo, pero ésta no es una explicación general muy poderosa del fascismo.

364

El principal atractivo del fascismo era la intensidad de su mensaje. Esto siempre atrajo el apoyo comprometido de gente principalmente joven, dispuesta a dar más de su tiempo y energía que los activistas de cualquier otro movimiento político. La militancia fascista, siempre con un componente paramilitar, era necesaria para el éxito fascista. Con su energía y violencia, los miles podían esperar atraer y derrotar a los millones. Esta militancia se centraba en la capacidad de atrapar a jóvenes solteros dentro de "jaulas" de camaradería, jerárquicas y violentas. Los partidos fascistas y los paramilitares eran casi "instituciones totales". El fascismo también atrajo un apoyo electoral sustancial (aunque no mayoritario), atraído por diversas combinaciones de estatismo, nacionalismo y trascendencia de clase, aunque menos por el paramilitarismo y la limpieza. Como hemos visto, las tres primeras de mis cinco características fascistas tenían mucha mayor verosimilitud en los países que generaron grandes movimientos fascistas.

Pero la popularidad del fascismo también se vio muy afectada por la fuerza política y la estabilidad del conservadurismo del antiguo régimen, que (más que la democracia liberal o social) era el principal rival del fascismo. Sólo los viejos regímenes debilitados y divididos en facciones permitieron la entrada de grandes movimientos fascistas. Los viejos regímenes unidos los reprimieron o subordinaron, los más débiles permitieron a los fascistas encontrar un espacio de organización militar y política. La Primera Guerra Mundial proporcionó el espacio para el paramilitarismo legítimo, proporcionado inicialmente por veteranos de guerra descontentos. Sus valores se transmitieron después a otras dos generaciones de reclutas, en su mayoría jóvenes estudiantes, cadetes y trabajadores. Las elecciones democráticas proporcionaron el segundo espacio. Los fascistas prosperaron en una lucha electoral a tres bandas, enfrentando a la izquierda con un centro conservador/liberal y radicalizando a los conservadores. Los fascistas podían entonces engullir a parte o a toda la derecha radical mientras el centro se vaciaba y la izquierda era reprimida. Así fue como los fascistas lograron el éxito electoral.

Como ellos mismos decían, los fascistas no eran meros "reaccionarios" ni "títeres" del capitalismo ni de nadie. Ofrecían soluciones a las cuatro crisis económica, militar, política e ideológica de la modernidad de principios del siglo XX. Propusieron soluciones plausibles a las luchas de clases y a las crisis económicas del capitalismo moderno. Transmitieron los valores de la guerra ciudadana de masas al paramilitarismo y al nacionalismo agresivo. Fueron un producto de la transición de los Estados duales hacia el "gobierno del pueblo", proponiendo una versión menos liberal y más "orgánica" de este gobierno. Por último, tendieron un puente sobre el cisma ideológico de la modernidad. Por un lado estaba la tradición de la Ilustración, "el partido de la humanidad", que ampliaría constantemente la esfera de la razón, la

libertad, la ciudadanía democrática y la planificación racional en la sociedad humana. Por otro lado, estaba la renovación modernista del Romanticismo: la percepción de que los seres humanos también poseían sentimientos, emociones, almas y un inconsciente, y que las formas modernas de organización -las multitudes, los movimientos de masas, la guerra total, los medios de comunicación de masas- podían fomentarlos tanto como fomentaban la razón. Los fascistas afirmaban haber fusionado estos dos aspectos del comportamiento humano y de las masas. Puede que no nos guste ninguna de sus cuatro soluciones, pero debemos tomarlas en serio. Los fascistas eran y siguen siendo parte del lado oscuro de la modernidad.

365

Así pues, los fascistas se generaron en gran número por las crisis de posguerra en las relaciones de poder ideológico, económico, militar y político, para las que una ideología trascendente de Estado-nación encabezada por paramilitares "populares" ofrecía una solución plausible. El fascismo sólo se produjo cuando gobernaban Estados duales con ejecutivos del "antiguo régimen" debilitados y parlamentos democráticos vibrantes pero institucionalizados a medias. Los Estados duales con antiguos regímenes más estables produjeron formas más conservadoras de autoritarismo. El fascismo fue el resultado del proceso de *democratización* en medio de profundas crisis provocadas por la guerra. El fascismo proporcionó una versión claramente estatista y militarista del "gobierno del pueblo", el ideal político dominante de nuestro tiempo. Los regímenes plenamente parlamentarios (en el noroeste) sobrevivieron a las cuatro crisis con sus instituciones intactas y los fascistas como pequeñas minorías.

¿FASCISTAS VIVOS?

¿Hay todavía fascistas entre nosotros, dispuestos a resurgir y dominar una vez más? ¿Volveremos a encontrar tales condiciones y consecuencias? ¿O fue el fascismo "epocal europeo" más que "genérico"? Está claro que algunas de las causas que identifiqué no eran meras condiciones específicas del periodo de entreguerras, sino que siguen siendo posibilidades perennes de las sociedades modernas. Habiendo identificado cinco características como claves del fascismo -nacionalismo, estatismo, trascendencia, limpieza y paramilitarismo-, es obvio que encontraremos algunas de ellas dispersas por el mundo, probablemente en combinaciones variadas. Los movimientos pueden ser más o menos fascistas. Sin embargo, es dudoso que movimientos comparables que aparezcan en el futuro se llamen a sí mismos fascistas. Como palabra de uso actual, aparece en gran medida como la exclamación "¡Fascista!" - un término de abuso impreciso lanzado a la gente que no nos gusta. Sólo unos pocos chiflados y matones se llaman a sí mismos fascistas o nazis. Como algunos italianos y rumanos tienen una visión un tanto romántica de Mussolini y Codreanu como víctimas bienintencionadas, se han autodenominado "neofascistas".

Pero las etiquetas no son necesariamente la realidad. Actualmente existen en el mundo movimientos con más de un parecido pasajero con el fascismo, a los que dedicaré unos últimos momentos.

366

Sin embargo, hay pocos en el corazón original del fascismo, Europa. El fascismo fue derrotado, sus máximos dirigentes ejecutados o encarcelados y muchos otros purgados. La democracia liberal y el comunismo triunfaron e impusieron sus órdenes en Europa. No hubo movimientos masivos de veteranos, ni políticas de revisionismo territorial después de 1945. Hubo un crecimiento económico prolongado en Europa Occidental y la institucionalización de un autoritarismo comunista bastante eficaz en el Este. En Occidente hubo una competencia democrática estable entre partidos "comodín" de amplia base de centro-izquierda y centro-derecha. Como el presente era claramente superior al pasado, el fascismo se marchitó. Para la inmensa mayoría de los europeos, el fascismo sigue evocando imágenes del mal. En España y Portugal, los regímenes corporativistas fueron decayendo desde dentro y desaparecieron en 1975, sin lamentarlo. A partir de 1989, el autoritarismo empezó a alejarse del Este. El fascismo parecía acabado.

A partir de la década de 1970, sin embargo, pareció producirse un cierto renacimiento en Europa Occidental. En primer lugar, en los márgenes exteriores, muchos pequeños pero violentos grupos autodenominados neofascistas y especialmente neonazis alcanzaron cierta prominencia. Son revisionistas históricos (niegan el Holocausto) e imitan el estilo y los rituales del fascismo tradicional. Proclaman su lealtad a las doctrinas fascistas: hipernacionalismo basado en el racismo biológico, limpieza de extranjeros foráneos, estatismo antidemocrático, la "tercera posición" (aunque enunciada de forma no demasiado convincente) y violencia disfrazada de llamamiento a la "acción" más que a las palabras. La mayoría de estos pequeños grupos cumplen en cierta medida cuatro de mis cinco criterios de fascismo, aunque todavía no ha surgido un paramilitarismo abierto. Pero son minúsculos y es probable que sigan siéndolo. Son un reflejo de los pequeños grupos de extrema izquierda: muy fragmentados, sin apoyo popular, que prosperan principalmente a costa de los demás. Proporcionan información sensacionalista a los periodistas y tienen más peso en la realidad virtual de Internet que en la realidad de la calle, y menos aún en los mítines electorales.

Más amenazadora ha sido una serie de aumentos desiguales de nuevos partidos de derecha radical, normalmente seguidos de descensos, pero en una curva secular ligeramente ascendente. En sus momentos álgidos, estos partidos han recibido hasta ahora entre el 10% y el 27% de los votos electorales en varios países. Siguiendo a Ignazi (1997), distingo dos tipos principales. El primero consiste en los que se autodenominan neofascistas. Muestran algunos de los cinco atributos fascistas, aunque no todos. Sin embargo, sólo dos de estos partidos neofascistas han alcanzado alguna vez relevancia electoral, el MSI italiano y el NDP alemán, herederos de las dos principales tradiciones nacionales del fascismo. Otros

movimientos neofascistas, como el BNP británico y el CP'86 holandés, han seguido siendo minúsculos. Pero sólo el MSI alcanzó incluso el 10% de los votos, y el apogeo de estos partidos neofascistas se produjo en las décadas de 1970 y 1980 (Taggart 1995). El MSI obtuvo un apoyo desproporcionado (al igual que los fascistas italianos de entreguerras) de los sectores público y de servicios y de la clase obrera más marginal (Ferraresi 1998; Weinberg 1998). Pero ambos decayeron durante la década de 1990. El PND alemán decayó ante el RepubHkaner no fascista, y en 1994 Gianfranco Fini rebautizó el MSI como Alianza Nacional y lo declaró no neofascista sino postfascista. Bajo su liderazgo, el partido se ha convertido en un importante partido conservador del "sistema", aunque algunos incondicionales del partido no están contentos con esta transformación. Sigue existiendo un grupo disidente neofascista del MSI, pero se ha marchitado. Durante la década de 1990, el neofascismo se retiró a los márgenes de la política europea y actualmente es insignificante.

367

Ahora dominan la extrema derecha los partidos normalmente denominados "populistas" o "populistas radicales". Taggart (1995) dice que surgieron al "final del acuerdo de posguerra", en respuesta a los problemas asociados a la globalización y el posindustrialismo. Ignazi los considera "postindustriales": La globalización, el final de la Guerra Fría y el declive de la extrema izquierda y del conflicto de clases crearon nuevos problemas sobre los que la derecha populista podía movilizarse. Pero es el aumento de la inmigración en Europa Occidental lo que ofrece la mayor oportunidad a estos partidos durante las últimas décadas. Los principales partidos de este grupo han sido el Frente Nacional de Le Pen en Francia, los Republikaners alemanes, el Partido de la Libertad austriaco de Haider, y los flamencos Volksunie y Vlaams Blok. Aún más reciente ha sido el ascenso de movimientos populistas radicales en Dinamarca (el DPP) y Noruega (el FrP), que han recibido entre el 12% y el 15% de los votos recientes, y la Lista antiinmigración del difunto Pim Fortuyn en los Países Bajos. Por el momento, sólo Irlanda, Portugal y España parecen totalmente inmunes a este tipo de partidos. Ahora son una minoría persistente en la política de Europa Occidental.¹

Sin embargo, siguen siendo ambiguos sobre tres de las características clave del fascismo. Denuncian en términos muy generales "el sistema" y "el establishment", así como la "farsa" de una democracia liberal dominada por partidos del establishment que, según ellos, han perdido el contacto con la vida real de los ciudadanos de a pie. Pero rara vez denuncian la democracia en sí, y sus objetivos son estrictamente electorales. Incluso forman un pequeño bloque en el Parlamento Europeo. También son ambivalentes respecto al Estado. Como suelen representar a algunos de los ciudadanos más vulnerables, quieren que el Estado los proteja, a veces incluso con

¹ La Liga Norte italiana se clasifica a veces junto con éstas, pero en realidad sólo es extrema en su postura antiinmigración. Véase Diamanti 1996.

ayudas sociales. Siempre exigen que el Estado aplique con más dureza la ley, el orden y la moral tradicional, porque, según afirman, los inmigrantes dominan la delincuencia, la prostitución y el tráfico de drogas. Sin embargo, están resentidos con un Estado controlado por los grandes partidos, las grandes empresas y los grandes sindicatos, y a menudo dicen que quieren que el Estado les deje en paz. Algunos incluso apoyan las políticas neoliberales. En Austria, Haider dice que quiere una desregulación radical de las empresas, un tipo impositivo único del 23% y una reducción de dos tercios de la función pública. En conjunto, esto suena más parecido a la derecha republicana que odia al Estado en Estados Unidos que al fascismo que adora al Estado. En tercer lugar, su *ninismo* -ni de derechas ni de izquierdas-, a veces influido por la "tercera posición" del neofascismo, es bastante vago y dista mucho de la trascendencia de clase que ofrecían los fascistas de entreguerras. Pero el principal problema aquí es que la pérdida de relevancia en la lucha de clases ha restado fuerza a estos principios. Las democracias liberales la han institucionalizado con éxito. Estas tres ambigüedades y debilidades de principio y política también generan inestabilidad, ya que los extremistas o los moderados tratan de imponer una línea más coherente que luego da lugar a escisiones y expulsiones, como el cambio de imagen del MSI italiano y la desintegración de los Republikaner alemanes a mediados de la década de 1990.

368

Aunque los más duraderos de estos partidos tienen un complemento completo de políticas, su principal atributo es un nacionalismo xenófobo y excluyente derivado de una única cuestión: el deseo de acabar con la inmigración reciente en Europa (aunque esto es menos cierto en el caso de Italia). El enemigo son los inmigrantes no blancos, no cristianos o de Europa del Este, y los solicitantes de asilo, variando la mezcla según el país. Esto cumple mis criterios nacionalistas y de limpieza del fascismo. También les permite conectar con una serie de otros problemas -orden público, decadencia moral, desempleo y vivienda- supuestamente planteados por los inmigrantes. Pero su xenofobia nacionalista es distinta de la de los fascistas o neofascistas, ya que rara vez deriva de una teoría jerárquica general de la voluntad colectiva, la cultura o la identidad racial. Wieviorka (1994) ha descrito esto como un cambio dentro del racismo de una "lógica de inferiorización [jerárquica]" a una "lógica de diferenciación". Todo lo que se afirma es que los inmigrantes son incompatibles con la cultura y las tradiciones de Francia, Alemania, Austria, Dinamarca, etc., y que por tanto deberían marcharse o ser deportados. Algunos incluso afirman que ellos son los verdaderos multiculturalistas: Todas las culturas y etnias deben ser libres de desarrollarse como quieran, pero por separado. No quieren gobernar sobre ellas ni sobre ningún extranjero. No apoyan el revisionismo territorial ni la agresión a otras naciones, como ocurría con el fascismo de entreguerras. De hecho, también reclaman lealtad a la "civilización europea", amenazada por una avalancha de inmigrantes. Su *enemigo* internacional es el imperialismo estadounidense. Ellos mismos están muy lejos del militarismo.

Por último, no existen auténticos paramilitares organizados por ninguno de estos partidos de Europa Occidental. Grupos marginales bastante pequeños, muy poco organizados, compuestos sobre todo por jóvenes con escasa formación y desempleados, los llamados cabezas rapadas, alimentados por el alcohol, cometen actos de violencia, aunque esporádicos, dirigidos casi exclusivamente contra los inmigrantes. La gran mayoría de los que cometen delitos contra el orden público no están afiliados a ningún partido de extrema derecha o grupo neonazi. Las direcciones de los partidos tampoco ven con buenos ojos su violencia, por considerarla una pérdida de votos. Hay más personas que muestran cierta simpatía por su violencia, pero suelen ser personas con escasa formación y en su mayoría de edad avanzada (Willems 1995; Gress 1998: 238-50).

369

Las encuestas muestran que el electorado principal de los partidos populistas de derechas está formado por personas que se sienten traicionadas como ciudadanos, supuestamente legitimados en sus propios estados, pero que en realidad están siendo presionados por las élites, las grandes empresas y los inmigrantes recién llegados. Suelen ser hombres con menos estudios, menos cualificados, de mediana edad a ancianos, de clase trabajadora de pequeñas ciudades, pequeños empresarios y pequeños agricultores, lo que difiere de los principales electores del fascismo clásico. Así pues, su xenofobia no es una mera respuesta a la competencia directa de los inmigrantes en materia de empleo o vivienda, ni a ninguna incompatibilidad cultural "objetiva", ni a la prevalencia del racismo en la sociedad en general. Todo ello está mediado por un sentimiento de traición de los derechos ciudadanos que es especialmente fuerte entre los ciudadanos más desfavorecidos (Betz 1994; Wimmer 1997). Como señala Eatwell (2001), su apoyo es más sectorial que de clase, ya que parecen atraer a los sectores de cada clase más amenazados económicamente en la actualidad (aunque "globalización" es una etiqueta demasiado trillada para las diversas fuentes de las amenazas actuales). El Partido de la Libertad austriaco se desvía un poco, ya que cuenta con un apoyo de base más amplia derivado de la tercera gran tradición fascista que no fue totalmente destruida en 1945 (Bailer-Galanda 1998).

Pero los mayores éxitos electorales de estos partidos se producen cuando pueden ampliar sus limitados electorados básicos captando un descontento más amplio con los partidos gobernantes tradicionales. Este "voto de protesta" es mayor cuando hay agravios regionales contra la capital, como en el caso de los partidos flamencos y austriacos y, si contamos, la Liga Norte italiana. El hecho de que este voto de protesta vaya hacia la derecha y no hacia la izquierda se debe probablemente (fuera de los países con fuertes tradiciones fascistas) a la cuestión racial, que los partidos de izquierda evitan (a veces a pesar de los sentimientos de sus partidarios). Sin embargo, su apoyo fluctúa considerablemente, tanto entre distritos como entre momentos. Pueden conseguir muchos votos en lugares muy concretos, desde Burnley a Amberes o Carintia (Eatwell 2001). Esto es probablemente consecuencia

de su dependencia de un voto de protesta amplio, pero no profundo, que sólo tienen los militantes necesarios para movilizar en unos pocos lugares.

Sin embargo, sus problemas aumentan con el éxito. Su vacuidad ideológica y política (al margen de la inmigración) se somete entonces a un escrutinio y una crítica más minuciosos. Si tienen el éxito suficiente para participar en gobiernos de coalición (como en Austria) o gobernar distritos locales (como en Bélgica), su actuación en el cargo también se somete a un escrutinio crítico. Hasta ahora, los principales partidos del sistema han remontado. En 2002, el partido conservador austriaco obtuvo un gran éxito electoral a costa del Partido Liberal. Los ciclos de subidas y bajadas continúan, lo que me lleva a dudar de que puedan seguir una trayectoria ascendente. De hecho, si los principales partidos respondieran al recrudecimiento de la xenofobia restringiendo severamente la inmigración, probablemente se desplomarían el apoyo a los partidos de derecha radical. Esto es lo que ocurrió en el primer caso europeo de posguerra, Gran Bretaña en la década de 1960. El acuerdo tácito entre los partidos Conservador y Laborista para restringir la inmigración de no blancos acabó con la amenaza electoral de la derecha radical.

370

Los partidos populistas de derechas son nacionalistas y apoyan la limpieza étnica en la forma relativamente suave de deportaciones ordenadas y voluntarias u obligatorias. Pero no son estatistas; sólo en el sentido más vago pretenden "trascender" el conflicto de clases -y éste ya no es un tema candente en Europa- y no tienen paramilitares. Sobre todo, la importancia de su principal tema, la inmigración, tiende a socavar cualquier *Weltanschauung* general, ya sea fascista o de otro tipo. Por estas razones no son seriamente fascistas en los términos de mi definición ni en los términos de las definiciones que he citado de Nolte, Payne, Eatwell o Griffin.

En este libro he argumentado que la democracia liberal institucionalizada es una prueba contra el fascismo. La Europa Occidental de posguerra ha afianzado la democracia liberal con demasiada fuerza como para ofrecer mucho apoyo a los neofascistas o a los populistas de derechas por motivos más generales que la cuestión de la inmigración. Europa Occidental ha institucionalizado con éxito el conflicto de clases que contribuyó a generar el fascismo clásico. Es capaz de institucionalizar la mayoría de las formas de conflicto, como hizo en el noroeste de Europa en el periodo de entreguerras. Sólo la inmigración plantea una cuestión potencialmente irresoluble, ya que el capitalismo fomenta la inmigración mientras que la ciudadanía liberal democrática o social democrática puede inclinarse fácilmente a privilegiar a los ciudadanos nacidos en el país. Esta contradicción permite que florezca el populismo de derechas. Puede hacer la vida desagradable a los inmigrantes, pero es improbable que genere ni fascismo ni ninguna otra ideología totalizadora. Estos partidos populistas radicales pueden ser inquietantes, pero siempre que los "partidos del sistema" europeo se adapten al macroentorno cambiante, permaneciendo receptivos a las demandas ciudadanas, el fascismo

europeo está derrotado, muerto y enterrado.² Después de su terrible siglo XX, los europeos pueden al menos consolarse con esto.

La zona ex comunista de la Gran Europa tiene sus propios problemas. Allí la democracia liberal sólo existe desde hace poco más de una década y sigue siendo frágil. El autoritarismo persiste entre los antiguos regímenes comunistas, y algunos focos de conflicto étnico se entremezclan con los conflictos entre Estados. Como hemos visto, Rumanía tuvo el mayor movimiento fascista de entreguerras. Como era de esperar, tiene el mayor movimiento neofascista. El Partido de la Gran Rumanía, nacionalista y más bien estatista, cuyo linaje se remonta a la Guardia de Hierro, es neofascista y obtuvo casi el 30% de los votos en 2000. Sin embargo, esto es poco frecuente en la región. Hungría, más próxima a la Unión Europea, no parece dispuesta a recrear su trayectoria de entreguerras. El autoritarismo no se proclama abiertamente en Europa del Este; se niega. Tampoco es probable que se proclame abiertamente mientras los regímenes deseen entrar en la UE o la OTAN o mientras deseen recursos de la UE, Estados Unidos o las instituciones financieras internacionales. En la periferia del continente, el requisito de democracia para entrar en la UE ha seguido teniendo influencia. Aunque en cierto sentido volvemos a tener "dos Europas", la parte occidental es ahora más grande, combina democracia social, cristiana y liberal, y domina ahora sobre la otra Europa de Estados duales.

371

Es posible prever (por ejemplo, en Rusia) un futuro movimiento de derecha radical que combinaría elementos del nacionalismo y el comunismo para proclamar con orgullo un estatismo nacional extremo. Esto estaría mucho más cerca del fascismo, aunque casi seguro que sin el nombre. El fascismo hizo un daño terrible a la región y luego soportó cincuenta años de abusos por parte de los regímenes comunistas. Pocos lo apoyarán ahora.

En algunas partes del sur del mundo, el estatismo y el nacionalismo son a menudo más importantes que en el norte. Aunque algo mermados por el reciente neoliberalismo, la mayoría de los países del Sur aceptan que los Estados deben desempeñar un papel sustancial en la promoción de su desarrollo social y económico. En algunos de ellos, el nacionalismo movilizador de masas, normalmente etnonacionalismo dirigido a minorías internas asistido por un Estado "patrio" vecino, se ve reforzado por el revisionismo territorial y la agresión militar. Muchos de estos Estados tienen también la doble forma desestabilizadora que observamos en el periodo de entreguerras, que combina instituciones parlamentarias y un fuerte poder ejecutivo. Los militares desempeñan un papel especialmente importante en gran parte del Sur. Cuando los Estados se debilitan y se dividen en facciones, también suelen surgir paramilitares, especialmente en África.

² Lo mismo dicen Larsen 1998 y Linz 1998. Eatwell parece no estar de acuerdo, ya que concluyó un libro reciente con la afirmación de que "el fascismo está de nuevo en marcha" (1995: 286) - aunque sus propias pruebas parecían sugerir lo contrario.

Pero estos diversos elementos, que todos contribuyeron al fascismo, casi nunca se encuentran juntos. El estatismo de países como Argentina, Brasil y México se originó en regímenes corporativistas muy influidos por el fascismo. Sin embargo, incluso en el apogeo de Perón, Vargas y el PRI, nunca añadieron el paramilitarismo ni el nacionalismo agresivo, y trataron de incorporar y pacificar a las masas, no de movilizarlas. Hoy su estatismo se ha vuelto conservador, un remanente de las políticas de sustitución de importaciones del pasado más la provisión institucionalizada de oportunidades de empleo y negocios para los clientes, matizado en algunos casos (como en otros países, como India) por el keynesianismo. Muchos regímenes estatistas son conservadores y precapitalistas, como Corea del Sur o Singapur. Los regímenes militares tienden a la represión interna, los etnonacionalistas a monopolizar los recursos del Estado para su propio grupo étnico. Pocos regímenes militares o etnonacionalistas tienen programas macroeconómicos serios. Unos pocos entrelazan el estatismo y el populismo en la retórica del desarrollo, pero esto genera más populismo de izquierdas que de derechas, como en la América Latina actual (ejemplificada por Hugo Chávez en Venezuela). Todo el paquete fascista de estatismo, nacionalismo y paramilitarismo está ausente, al igual que cualquier teoría actual ambiciosa de la sociedad y el progreso. No hay una Tercera Vía utópica, no hay trascendencia.³

372

Tal vez el fascismo es lo que más se ha acercado a la resurrección con un sorprendente ropaje religioso. *Teodemocracia* fue el término utilizado por el erudito fundamentalista islámico Madoudi para indicar el gobierno no de los sacerdotes (que sería teocracia), sino de toda la comunidad de fieles que siguen los preceptos de su religión.⁴ Este populismo suele tener tintes fascistas, sobre todo en los movimientos políticos islámicos e hindúes. Algunas de estas cepas fueron históricamente contingentes, producto del apoyo de las grandes potencias a sus luchas por la independencia. Árabes e indios lucharon contra la dominación británica y francesa. Se impregnaron de ideologías anticoloniales liberales y socialistas de sus propios opresores. Pero pudieron extender el socialismo al comunismo con ayuda de la Unión Soviética y China. Todas ellas eran ideologías laicas, hostiles o indiferentes al islam y al hinduismo.

Pero las potencias fascistas, Alemania e Italia, también estaban dispuestas a apoyar sus luchas de liberación para debilitar a los imperios liberales. Pero nazis, fascistas, musulmanes e hindúes también se vieron sorprendidos por la compatibilidad de algunas de sus ideas. Los nacionalistas de Oriente Medio y la India estudiaron en Berlín y Roma durante el periodo de entreguerras, y algunos afirmaron que sus propios movimientos podían adaptar el fascismo a sus

³ Y ésta es la conclusión general de los diversos ensayos contenidos en Larsen 2001.

⁴ Trataré la teodemocracia y la India con más detalle en mi próximo libro. Véanse también Jaffrelot 1996: 53-62; Gold 1991; Prayer 1991; y Larsen 2001: 749-58.

necesidades. Los teóricos nazis respetaban el hinduismo como religión aria pura, y la jerarquía *varna* (casta clásica) hindú también encajaba bien con el elitismo fascista. Todos estos movimientos creían que el Estado debía expresar la esencia espiritual del pueblo, y todos hacían hincapié en la historia marcial y el espíritu de su pueblo. Los teóricos nacionalistas hindúes hacen hincapié en *el hindu rostra* (nación hindú) y el *hindutva* (hinduismo), ambas ideas bastante *völkisch*. Los nacionalistas musulmanes e hindúes de la década de 1930 también adaptaron explícitamente las organizaciones fascistas, haciendo hincapié en la jerarquía, la disciplina, el paramilitarismo y la segregación de los activistas masculinos y femeninos. Los líderes del gran paramilitar nacionalista hindú, el RSS, elogiaban a menudo el fascismo y el nazismo. Su teórico más destacado, Savarkar Gowalkar, señaló sobre la "purga" de los judíos llevada a cabo por Hitler en 1939: "El orgullo racial en su máxima expresión se ha manifestado aquí... una buena lección que nosotros en el Indostán debemos aprender y aprovechar". Las tendencias fascistas eran más evidentes en las formaciones militares indias: la Legión India en Alemania y el ejército indio de liberación nacional, el INA, organizado por los japoneses, ambos luchando contra los británicos en la Segunda Guerra Mundial.

373

Pero apoyaron al bando perdedor y fueron destruidos. India no fue liberada por ellos ni por islamistas de tendencia fascista, sino por movimientos laicos moderados indios y pakistaníes. En cualquier caso, las similitudes no pueden exagerarse. Estos movimientos consideraban exagerado el estatismo italiano y se sentían incómodos con el racismo nazi, prefiriendo considerar la nación hindú como una "sociedad" en la que se podían asimilar los demás. Pero en la India, el hinduismo, religión de la inmensa mayoría, se ha inclinado hacia un estatismo-nación que rivaliza con el nacionalismo laico indio proclamado por los partidos del Congreso, Socialista y Comunista. Por supuesto, desde que el partido nacionalista hindú BJP llegó al poder en la India en la década de 1980, ha imbuido parte de la moderación laica de gobiernos anteriores, aunque el BJP también defiende políticas económicas neoliberales. Su oposición al estatismo del Partido del Congreso se debe en parte al hecho de que las redes de clientela del Estado favorecían a los partidarios del Congreso. En general, el nacionalismo hindú no ofrece ningún papel distintivo para el Estado en asuntos seculares, y sólo ofrece trascendencia espiritual, no secular. No existe una Tercera Vía en el sentido fascista. Los paramilitares siguen activos, aunque en los últimos años el RSS se ha visto flanqueado por paramilitares hindúes locales más radicales pero menos ideológicos. El nacionalismo hindú desprende algunas tendencias fascistas, pero no es realmente fascismo.

El término "fascismo islámico" se ha extendido recientemente, sobre todo entre estadounidenses e israelíes que denuncian la *yihad islamista* lanzada contra ellos. La etiqueta no carece de fundamento. Los nuevos *yihadistas* (popularmente llamados "fundamentalistas") sí pretenden crear un régimen monocrático y autoritario que imponga un ideal coránico utópico. Este régimen creará una nueva forma de Estado

y un nuevo hombre (y mujer). Su organización predominante es la paramilitar, que adopta formas diversas pero siempre dominantes: brigadas internacionales de guerrilla en la guerra contra los soviéticos en Afganistán, bandas armadas de ejecutores del terror bajo el régimen talibán y los islamistas iraníes (más bien como las SA o las SS), y redes terroristas clandestinas en otros lugares. Todo esto es decididamente fascista.

Sin embargo, también hay algunas desviaciones importantes. El islamismo no es nacionalista. El Islam es mucho más amplio que un solo Estado o su pueblo: actualmente hay cincuenta y cuatro Estados miembros de la Conferencia Islámica. Por ello, los islamistas se oponen a los nacionalistas y los consideran entre sus enemigos más mortíferos: líderes como Sadam Husein y Hosnei Mubarak. En principio, los islamistas aspiran a un Estado musulmán gigante, el califato, que constituiría una especie de Estado pannacional. Pero casi todos reconocen que éste puede ser un ideal imposible. Tampoco consideran que el único papel del Estado sea hacer cumplir su concepción de la sharia. Tenemos tres regímenes islamistas reales como ejemplo. Los talibanes eran feroces en cuestiones culturales como el burka o los vídeos, pero no tenían ninguna política en materia de economía, sanidad o educación. Afganistán degeneró materialmente bajo su administración. Los islamistas sudaneses, en su apogeo en la década de 1990, ofrecieron algunos proyectos de desarrollo, junto con ataques a cristianos y paganos y, por tanto, una guerra civil interminable, que también degradó el país. Los ayatolás iraníes no eran tan destructivos, pero sus políticas económicas parecían en gran medida ajenas a sus políticas de pureza moral. Al Qaeda no ha dicho nada en absoluto sobre políticas económicas. Los yihadistas no tienen en su doctrina ningún papel de principio para el Estado o para su pueblo, fuera del ámbito sagrado.⁵ Una vez más, no encontramos el paquete fascista completo.

374

Está claro que el término "fascismo islámico" no es en realidad más que una instancia particular de la palabra "ifascista!" - un término de abuso para nuestros enemigos. Es el término de abuso más poderoso en el mundo de hoy -mucho más fuerte que "iComunista!" - y por eso es comprensible que estadounidenses e israelíes, tambaleándose bajo el impacto del terrorismo, lo utilicen. Pero ni el islamismo ni el nacionalismo hindú son realmente fascistas. Y ello por una sencilla razón: A diferencia del fascismo, *son* realmente religiones políticas. Ofrecen una ideología sagrada, pero no secular. Se parecen más al fascismo en el despliegue de medios de asesinato moral, pero la trascendencia, el Estado, la nación y el hombre nuevo que buscan no son de este mundo. Podríamos llamar a esto "fascismo sagrado", por supuesto, aunque quizá sea mejor reconocer que la capacidad humana para la violencia feroz, la limpieza y los objetivos totalitarios puede tener diversas

⁵ Hablo del islamismo y *los yihadistas* en mi libro *Imperio incoherente* (2003), caps. 4 y 5; véanse también los importantes estudios de Roy 1994 y Kepel 2002.

fuentes y formas, a las que deberíamos dar diferentes etiquetas -fascista, comunista, imperialista, religiosa, etnonacionalista, etc.-.

Así pues, no parece que el fascismo, tal y como yo y otros estudiosos lo hemos definido, esté floreciendo en el mundo actual. El fascismo se generó en un momento histórico mundial en el que surgieron guerras ciudadanas masivas junto con transiciones masivas hacia la democracia en medio de una crisis capitalista global. El fascismo pretendía resolver estos problemas mundiales en un mundo nuevo en el que la nación, el Estado e incluso la guerra podían considerarse portadores del progreso. Ese momento ha pasado. La guerra es ahora ampliamente denostada (fuera de Estados Unidos y partes del sur del mundo) como portadora de retroceso social. El capitalismo siempre generará crisis, mientras que la transición a la democracia sigue siendo difícil. Pero en general se considera que las combinaciones de capitalismo, democracia y socialismo aportan soluciones y progreso. Las grandes crisis se repetirán. En un mundo cada vez más globalizado, es menos probable que se considere que una combinación de estatismo-nación trascendente, purificador y paramilitar aporte la mejor solución.

375

Sin embargo, lo más probable es que los movimientos de tendencia fascista vuelvan a surgir en el sur del mundo si el norte, con Estados Unidos a la cabeza, sigue empañando los atractivos del estatismo nacional moderado y democrático en el sur mediante su explotación capitalista, el imperialismo militar estadounidense y el aumento de las desigualdades entre el norte y el sur. Puede que entonces nuestros descendientes tengan que enfrentarse a nuevos movimientos sociales que tengan algo más que un parecido pasajero con el fascismo, mezclados con tintes socialistas y con cualquier fuente ideológica local de resistencia que también puedan movilizar, como hace hoy el islamismo. Pero por ahora los fascismos están muertos y su resurrección no es inminente. Hasta ahora, el fascismo de entreguerras no ha sido un fascismo genérico, sino un fascismo "europeo de época". Su legado pervive actualmente sobre todo en otro tipo de movimiento social: los etnonacionalistas que buscan una limpieza asesina. En los últimos años, las versiones étnicas, religiosas y más nacionalistas del "gobierno del pueblo" han suplantado a las versiones más estatistas y militaristas del fascismo. Pero esa historia es para otro libro.

Anexo

Apéndice Tabla 3.1: *Antecedentes profesionales de los fascistas italianos (%)*

Muestra	Propietarios	Campesinos	Trabajadores agrícolas	Empresarios	Profesional	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	Estudiantes	N
Población activa italiana		31	22	1	1	2	1	12	26	1	151,
PNF (Partido Fascista), Italia, 1921	-	12	24	3	7	6	10	9	16	13	644
PNF, Udine, 1922	1	3	-	3	8	c18	cl2	10	25	16	539
PNF, Reggio Emilia, 1922	5	7	3	-	13	c8	c8	33	18+	2	265
<i>Squadristi</i> , Bolonia y Florencia, ciudades, 1921-22	4	0	0	3	10	11	13	6	5	46	381
<i>Squadristi</i> , Bolonia Provincia, 1922	2	13	c25	5	2	5	8	5	c22	10	281
Mártires" fascistas, Italia Paramilitares del MVSN, 1923-33	?	8			9	19	5	5	27	27	145
Diputados del PNF, 1924	3	11	-	0	1	29	6	17	18	12	374
Partido católico PPI diputados, 1921	4	1	5	6	68	17	2	1	0	0	313
	3	3	6	5	60	21	3	3	3	0	117

Fuentes: Fila 1: Sylos Labini, 1978: 61, Weiss, 1988: 33; Filas 2 y 6: Revelli 1987. En la fila 5 el sector público incluye un 18% de militares, y los autónomos son casi todos artesanos. Fila 3: Preziosi 1980: apéndice 1. "Empleados" distribuidos al 50 por ciento en el sector público y al 50 por ciento en el privado. Fila 4: Cavandoli 1972: 132-4. Los trabajadores de cuello blanco públicos y privados no están separados en la fuente. Los he dividido en 50 por ciento públicos, 50 por ciento privados. La cifra de trabajadores es probablemente una subestimación; véase el texto. Fila 5: Suzzi Valli 2000: 136-7. "Panadero", "mecánico", etc. divididos en 50 por ciento pequeño burgueses, 50 por ciento obreros. Filas 6 y 7: Reichardt 2002: 279-81, 306-7, 344. Los trabajadores de la agricultura y la industria no siempre pueden distinguirse, mientras que en el caso de los mártires se agrupa a las "clases altas". Filas 8 y 9: Linz 1976: 57-8.

Apéndice Tabla 4.1: *Antecedentes profesionales de los miembros nazis alemanes (%)*

Distrito	Agricultores	Trabajadores agrícolas	Empresarios	Profesionales	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	Otros	N
Múnich, 1921	1	-1	2	12	14	14	20	28	11	2,222
Ruhr occidental, 1925-6	-1	-	1	5	6	23	9	52	4	698
Westfalia del Sur, 1925-8	1	-	1	7	8	16	25	41	1	672
Hannover, 1925-32	3	-	3	6	5	12	23	39	2	427
Hannover-Brunswick, 1925-33	8	4	2	8	11	12	18	34	2	2,241
Wurtemberg, 1928-30	5	2	2	6	6	9	26	43	3	4,099
Hesse-Nassau, 1929-31	7	1	2	7	5	12	22	41	2	9,773
Principalmente Baviera, 1923	8	2	2	7	8	13	20	36	5	4,450
Alemania, 1925	4	0	1+	4+	13	21-	19	37	5	23,000
Alemania, 1927	6	-	1+	2+	5	19-	17	46	3	15,900
Alemania, 1929	18	-	1	2	6	15	19	37	3	61,000
Alemania, 1930-2	13	-	2	7	6	11	22	36	3	1,954
Alemania, 1933	9	-	5	7	15	11	22	31	2	3,316
Alemania, 1937	7	-	3	6	18	17	14	35	1	3,997

Fuentes: Filas 1 y 8: Mühlberger 1987: 55, 66, 131; Douglas 1977; y Madden 1982b: 42. En la fila 1 "otros" son estudiantes. Filas 2 y 4-7: Mühlberger 1991: 34, 77; filas 3 y 9-14: Kater 1983: 248-53. En estas filas se combinan todas las ocupaciones agrarias. En las filas 9 y 10, los profesionales de nivel inferior y los directivos de nivel superior se clasifican como trabajadores de cuello blanco.

Apéndice Tabla 4.2: *Antecedentes profesionales de los líderes nazis alemanes (%)*

Nivel de liderazgo	Agricultores	Empresarios	Profesionales	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	N
Reich sleiter	8	12	16	50	4	4	0	24
Gauleiter, 1925-30	0	15	18	45	9	8	7	92
Altos funcionarios, 1929	7	5	7	19	16	21	23	246
Jefes de sección, 1923-31	23	2	7	8	12	26	21	285

Candidatos de Reich, 1928	21	4	13	30	6	8	16	126
Candidatos del Reich, 1930	15	6	14	18	13	14	18	380
Oficiales de las SA, 1930-4	8	1	8	11	12	11	47	75
Oficiales de las SA, 1935	7	6	2	16	41	13	13	951
Oficiales de las SS, 1938	6	1	15	10	31	1	25	1,895

Fuentes: Filas 1-3: Kater 1983; Filas 4-6: Muhlberger 1987: 98-101, 106. La fila 4 es la suma de ocho sucursales locales repartidas por Alemania. Obsérvese que la mitad de estos líderes de rama proceden de dos ramas bastante rurales. Fila 7: Muhlberger 1991: 171; Fila 8; Jamin 1984: 194-5. Parece que la amplísima categoría "empleados de cuello blanco" incluye tanto a profesionales como a directivos. Fila 9: Ziegler 1989: 104-5. Se trata de medias de sus tres muestras de funcionarios. "Otros" son estudiantes.

Apéndice Tabla 4.3: *Formación profesional de los soldados alemanes de las SA y de las SS (%)*

Muestra	Agricultores	Trabajadores agrícolas	Empresarios	Profesionales	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	Otros	N
SS, anterior a 1933	8	2	1	7	5	15	14	41	4	496
SS, 1933	4	2	1	5	4	16	12	53	3	802
SA Berlín, 1931	0	0	0	8	3	27	2	54	7	1,824
SA, 1929-32	3	0	0	3	7	17	3	58	9	1,306
SA, 1933-4	2	0	0	3	7	15	2	68	3	3,925
SA, 1931-4	6	2	1	4	7	7	11	55	7	924

Fuentes: Filas 1,2 y 6: Mühlberger 1991: 189, 178. "Otros" son estudiantes; Fila 3: Bessel y Jamin 1979: 113; filas 4 y 5: Fischer 1978: 138-9. En la fila 4, un 5 por ciento de "asalariados manuales" clasificados como empleados públicos; en la fila 5, un 4 por ciento.

Apéndice Tabla 4.4: *Perfil profesional de los miembros y dirigentes de otros partidos políticos alemanes (%)*

	Proprietarios	Agricultores	Trabajadores agrícolas	Empresarios	Profesionales	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	Otros	N
Dirigentes del DNVP, 1927	17	1	1	14	12	34	8	3	3	9	106
Candidatos del DNVP, 1924		13		7	15	38	c7	17	c4	0	418
DNVP, Düsseldorf, 1928	0	1	0	14	9	31	12	21	11	0	178
DNVP, Osnabruck, 1928	0	1	0	4	14	39	7	32	2	0	202
Miembros de la DVP, 1919-33		4		7	7	25	1	19	1	5	3,298
Ejecutiva nacional del SPD, 1890-1933	0	0	0	4	8	4	16	0	63	8	27
Miembros del SPD, 1930		1		0	1	3	9	4	66	17	70,000
KPD central comité, 1924-9	0	0	1	1	4	9	11	1	68	4	91
Cuadros dirigentes del KPD, 1924-9	0	0	0	2	0	12	11	4	63	6	504
Presos del KPD y mártires, 1933-45	0	0	1	0	5	2	7	16	67	1	612

Fuentes: Filas 1, 3 y 4: Bacheller 1976: 321-3, 365-80, 453-67. "Otros" son mujeres en esta fila. Las mujeres están excluidas de las filas 3 y 4. Fila 2: Liebe 1956: 77. Trabajadores manuales y de cuello blanco, un total del 11%, no separados en la fuente. Fila 5: Dohn 1970: 79. Muestra nacional de afiliados. Contabilización doble de empleos ocupados por una misma persona. Nueve por ciento de "mayoristas" contados como empresarios (como sugiere Mühlberger). "Otros" son funcionarios del partido. Filas 6 y 7: Guttsman 1981: 160; Hunt 1964: 103. "Otros" son mujeres o amas de casa, y las mujeres formaban el 25 por ciento de los afiliados del SPD. Filas 8 y 9: Weber 1969: 38, 27. Todos los empleados públicos son profesores, "otros" son estudiantes. En la fila 9, "otros" son "revolucionarios profesionales". Fila 10: Kater 1983: 253.

Apéndice Tabla 4.5: *Antecedentes profesionales de los activistas políticos en Marburgo (%)*

Fiestas	Empresarios	Profesionales	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	Otros	N	% mujeres
Nazis, antes de 1933	1	5	16	22	22	16	17	246	18
Partidos burgueses	6	7	36	6	35	3	6	155	16

Partidos con intereses especiales	3	5	21	11	41	7	12	225	11
Partidos socialistas:									
SPD, USPD, KPD	0	0	10	20	4	63	3	70	7
Población activa de Marburgo			13	23		30	20		

Fuente: Koshar 1986: 238-9. "Otros" son jubilados o amas de casa.

Estudiantes excluidos de la mesa de Koshar, pero que formaban el 55% del Partido Nazi local.

Apéndice Tabla 4.6: *Procedencia profesional de los diputados alemanes del Reichstag (%)*

Fiestas	Agricultores	Empresarios	Profesionales	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	<i>N</i>
Nazis, 1930-marzo 1933	14	8	22	18	9	14	15	727
Nazis, noviembre de 1933	14	6	17	28	11	15	13	547
DNVP, 1919-32	32	10	15	30	5	1	5	-
Centro Católico, 1919-32	14	10	26	28	9	4	15	176

Fuentes: Filas 1 y 2: Mühlberger 1987: 106-7. Se excluyen los que no tienen un estatus claro y los funcionarios del partido a tiempo completo. Filas 3 y 4: Linz 1976: 63-6 y Morsey 1977: 35. La mayoría de los "trabajadores" son funcionarios de sindicatos cristianos.

Apéndice Tabla 6.1: *Antecedentes profesionales de los activistas políticos austriacos (%)*

Fiestas	Agricultores	Empresas directivos	Profesionales	Público empleados	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	Otros	<i>N</i>
Miembros nazis, 1923-5	0	-	2	11	26	8	44	9	167
Nuevos miembros nazis, 1926-32	10	0	5	27	18	18	19	4	158
Nuevos miembros nazis, 1934-8	11	0	1	14	13	22	35	1	438
Candidatos nazis, 1930 Heimwehr	4	1	6	53	17	8	14	0	80
(Austrofascista)	26	10	7	19	7	20	17	0	90

candidatos, 1930									
Líderes de la Heimwehr, 1930-4	23	22	7	30	-	-	15	2	324
Militantes de la Heimwehr, 1930-1	28	-	5	21	3	22	21	1	58
Nazis militantes	0	0	2	10	29	9	40	10	150
Marxistas militantes	0	0	0	11	5	2	82	0	66
Nazis militantes, 1934	3	0	3	7	19	23-	38+	7	301
Socialistas militantes, 1934	1	0	3	19	14	14-	48+	0	457
Miembros socialistas, 1929	-	-	-	9	12	6	51	23	416,170
Socialistas de Viena, 1927	0	2	1	~10	~10	3	74	2	274
Socialistas de Viena, 1934	-	-	-	16	10	4	48	21	122
Nazis de Viena, 1938	1	-	5	19	22	9	25	20	260
Población activa austriaca, 1934	11	0	1	11	11	12	54		

Fuentes: Fila 1: Bukey 1978: 305. "Otros" son estudiantes. Filas 2-5 y 16: Botz 1987a: 258. Filas 4 y 5 = Candidatos de Alta y Baja Austria. Obsérvese que los estudiantes representaban el 0,6% de la población activa nacional. Fila 6: Wiltschegg 1985: 277-8. Agregado de comités y candidatos del Heimwehr. Los trabajadores de cuello blanco se combinan con los funcionarios, y los autónomos con los empresarios. Los agricultores son un 20 por ciento campesinos y un 3 por ciento terratenientes. Los líderes no se solapan con los de la fila anterior. Fila 7: Bukey 1986: 81, a partir de dos listas del Heimwehr para Alta Austria. Filas 8 y 9: Botz 1980a. Nazis, socialistas y comunistas en los archivos policiales por violencia. Los "otros" son en su mayoría estudiantes. Filas 10 y 11: Jagschitz 1975: 150-1. Militantes encarcelados por el gobierno de Dollfuss en el campo de concentración de Wollersdorf. Algunos trabajadores cualificados por cuenta ajena pueden estar clasificados erróneamente como autónomos (véase el texto). "Otros" son estudiantes. Filas 12-14: Botz 1983: 156-7, 254. La fila 12 corresponde a la afiliación nacional al Partido Socialista. "Otros" son mujeres. La fila 13 son manifestantes detenidos, heridos y muertos, julio de 1927. Empleados públicos y privados no separados, distribuidos al 50%. La fila 14 corresponde a los detenidos tras el levantamiento socialista del 12 de febrero de 1934. Fila 15: Botz 1988: 218. "Otros" incluía amas de casa (7%), estudiantes (4%) y pensionistas (4%).

384 Anexo

Apéndice Tabla 6.2: *Antecedentes profesionales de los activistas políticos en Linz (%)*

Activistas	Agricultores	Profesionales	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	Orthers	N
Nazis, 1923-33	0	11	37	24	5	18	3	212
Nazis, 1933-8	1	16	23	14	14	28	4	74

Sociales cristianos, 1918-34	20	6	34	5	22	10	5	107
Nacionalistas alemanes, 1918-34	0	13	31	16	21	4	9	102
Socialistas, 1918-34	0	4	32	12	9	35	9	130
Comunistas, 1929-33	0	0	2	8	5	81	5	62
Heimwehr, 1927-31	5	5	41	14	19	11	6	81
Fascistas de Dollfüss, 1934-8	2	3	31	19	15	27	4	126
Población activa de Linz	3	5	13	20	8	50		

Fuente: Bukey 1986. Bukey no separa la agricultura ni las empresas grandes o pequeñas. Los porcentajes de población activa son aproximados: Los he estimado a partir de los datos parciales de Bukey sobre ocupaciones y sectores. "Otros" son amas de casa, jubilados, estudiantes y personas insuficientemente descritas.

Apéndice Tabla 7.1: *Antecedentes profesionales de los activistas políticos húngaros (%)*

Muestra	Proprietarios	Campesinos	Empresarios	Profesionales	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	N
Líderes fascistas de los pueblos, 1940-1	0	46	2	6	2	2	19	21	150
Dirigentes fascistas, 1940-1	4	3	4	18	4	5	3	2	43
Candidatos fascistas, 1939	12	16		32	16	0	16	8	75
Candidatos del partido gubernamental, 1939	22	0		20	52	0	0	0	-
Líderes fascistas, 1939-45	-	14		24	36	6	12	8	157
Gobierno Liberal-Conservador diputados, 1921-32	-	29		26	35	1	6	0	314
Gobierno Nacional-Radical diputados 1935-9	-	30		22	35	6	6	-1	348

Fuentes: Filas 1 y 2: Szollosi-Janze 1989: 136-47. "Fascistas" en toda esta tabla se refiere a los miembros del Movimiento de la Cruz Flechada. Los "maestros artesanos" se sitúan en la pequeña burguesía, los demás artesanos en los obreros. Cuando se indica el tamaño de las propiedades de los campesinos, normalmente son muy pequeñas. Los "obrerros" de la fila 1 incluyen a dos guardabosques asalariados. Filas 3 y 4: Janos 1970: tabla 6.6. Los grandes y pequeños empresarios no están separados en el original. Filas 5-7: Janos 1982: 280-5. Los dirigentes fascistas son candidatos y diputados de la Cruz Flechada de 1940 y ministros nacionalsocialistas y miembros del Consejo Nacional de 1944-5. Las filas 6 y 7 dan detalles de la "maquinaria gubernamental" en la Cámara de Representantes, primero en el periodo "liberal-conservador" y luego en el periodo "nacional-radical". Como Janos no da los

totales de estos dos periodos por separado, mis porcentajes son medias de los correspondientes a tres años en el primer periodo y a dos años en el segundo. No se separaron los grandes y pequeños propietarios agrícolas, ni las grandes y pequeñas empresas. La categoría "periodistas y profesores" se divide a partes iguales entre profesionales y empleo público

Apéndice Tabla 8.1: *Antecedentes profesionales de los fascistas rumanos (%)*

Grupo legionario	Propietarios	Campesinos	Empresarios	Profesionales Empleados públicos	Cuello blanco Pequeños bourgeois	Trabajadores	Estudiantes	N		
Detenido, 1934	1	3	0	25	24	5	2	3	37	73
Activistas del campo de trabajo, 1936	0	9	2	10	25	8	8	5	33	630
Rendición o fusilamiento, 1939	0	2	0	48	20	2	7	5	15	383
Insurrectos, 1941	0	22	0	4	8	6	13	44	2	2,143
Internado en Alemania, 1942	0	3	-1	20	24	8	7	11	27	249

Fuentes: Filas 1 y 2 de Heinen 1986: 386-9. En la fila 1 figuran los detenidos en relación con el asesinato de Duca. La fila 2 detalla los activistas masculinos del campo de trabajo de Carmen-Sylva. En todos los datos rumanos he asignado a los "licenciados" (de institutos o universidades) sin profesión declarada la mitad a los empleados de cuello blanco y la otra mitad a los funcionarios. Filas 3 y 4 de Veiga 1989: 263-5. Fila 3: Legionarios, principalmente urbanos, rendidos o fusilados por el gobierno en 1939. Sastres, carpinteros, etc. asignados a autónomos. Entre los profesionales hay un 13% de sacerdotes. Fila 4: Legionarios encarcelados tras su fallida insurrección de 1941. Fila 5: Heinen 1986: 457. Weber 1966a: 108 ofrece una versión ligeramente diferente y menos detallada de la misma lista.

Apéndice Tabla 9.1: *Antecedentes profesionales de los activistas políticos españoles (%)*

Fiestas	Agricultores	Empresarios	Profesionales	Empleados públicos	Cuello blanco	Pequeños burgueses	Trabajadores	Otros	N
Fascistas de Madrid (Falange), 1936	0	0	10	2	29	2	55	3	1,103
Nacionalistas vascos (PNV), 1931-6	20	-	5	5+	11	17-	36	4	1,700
Derechista (CEDA) comisiones, 1931-5	9	6	34	19	9	10	12	0	77
Comités CEDA Murcia, 1931-3	17	11	23	12	10	19	5	4	151
Centro-derecha (Radical) delegados nacionales, 1932	0	18	44	14	5	13	5	1	474
Centro-izquierda (republicano) comités urbanos, 1930-6	2	-	48	-	15	29-	5	2	-
Republicano rural comités, 1930-6	41	-	13	-	7	24	13	2	-
Diputados de la CEDA, 1933, 1936	5	3	64	19	2	4	2	0	186
Diputados del centro, 1933, 1936	1	2	68	20	1	6	3	0	542
Diputados socialistas, 1933, 1936	1	0	33	23	11	2	28	0	111

Fuentes: Fila 1: Payne 1962: 82. "Otros" son estudiantes. Fila 2: de Pablo 1995. Dada la imprecisión de los totales, asumo que "más de 200" son 210, y que Vitoria y el resto de Álava contribuyeron por igual a su total combinado. Alrededor del 16% de los agricultores eran pequeños propietarios o arrendatarios, y el 4% eran jornaleros. Los grandes empresarios se incluyen dentro de los pequeños burgueses, los administradores superiores dentro de los profesionales. Filas 3 y 8-10: Montero 1977: 449. La fila 3 corresponde a los miembros de nueve comités locales. Fila 4: Moreno Fernández 1987: 156. Alrededor del 50% de los agricultores son pequeños propietarios; "otros" son estudiantes. Fila 5: Partido Republicano Radical 1932: 48-59; Manjon 1976: 594. Filas 6 y 7: Farre 1985: 343. Dado que los totales y los N están incompletos, he calculado la media de los partidos urbanos y rurales. No hay cifras separadas para grandes o pequeñas empresas o funcionarios.

Apéndice Tabla 9.2: *Procedencia profesional de los militantes de partidos políticos de Sevilla (España) (%)*

Fiestas	Propietarios	Empresarios	Profesionales	Petty burgués	Bianco cuello	Artesanos Y los trabajadores	Otros	N
Extrema derecha antirrepublicana (CT, RE) dirigentes, 1931-6	48	1	38	7	5	1	0	128
"Accidentalista" conservador (AP, CEDA) dirigentes, 1931-6	37	6	43	10	1	3	0	78
Miembros conservadores de AP, 1932	12	12	?	25	22	15	13	2,585
Partes centrales (PC, PL, CD), 1914-23	41	2	46	9	2	0	0	283
Régimen de Primo de Rivera líderes del partido (UP), 1929	25	11	27	25	11	2	0	334
Republicano de centro-derecha dirigentes, 1931-6	16	19	34	21	10	0	1	101
Radical de centro-derecha dirigentes, 1931-6	8	14	43	16	11	4	4	139
Republicano de centro-izquierda dirigentes, 1931-6	6	5	28	17	33	7	4	174
Líderes socialistas (PSOE), 1931-6	0	12	22	17	34	12	2	54

Fuentes: Álvarez Rey 1993. Fila 1: los profesionales son en su mayoría abogados y oficiales del ejército; fila 2: los profesionales son en su mayoría abogados; fila 3: la calidad de esta fuente de datos es cuestionable. Los profesionales se clasifican presumiblemente en otra parte. Los demás son *dependientes*.

Bibliografía

- Abel, T. 1938. *Por qué Hitler llegó al poder*. New York: Prentice-Hall.
- Abse, T. 1986. "El ascenso del fascismo en una ciudad industrial: El caso de Livorno 1918-1922". En D. Forgacs (ed.), *Rethinking Italian fascism*. London: Lawrence & Wishart.
- 1996. "Los trabajadores italianos y el fascismo italiano". En Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany*.
- Aguado Sánchez, F. 1972. *La revolución de octubre de 1934*. Madrid: San Martín.
- Aideroft, D., y S. Morewood 1995. *Economic Change in Eastern Europe since 1918*. Aidershot, Hants: Edward Elgar.
- Alexander, M. S., y H. Graham (eds.) 1989. *The French and Spanish Popular Fronts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Allen, M. 1995. "Ingenieros y gestores modernos en las SS: La oficina principal de administración de empresas". Tesis doctoral, Universidad de Pensilvania.
- 2002. *El negocio del genocidio: Las SS, el trabajo esclavo y los campos de concentración*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Allen, W S. 1965. *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1930-1935*. Chicago: Quadrangle.
- Alpert, M. 1989. "El ejército español y el Frente Popular". En Alexander y Graham (eds.), *French and Spanish Popular Fronts*.
- Álvarez Chillida, G. 1992. "Nación, tradición e imperio en la extrema derecha española durante la década de 1930". *Hispania* 52/3.
- Álvarez Rey, L. 1993. *La derecha en la II república: Sevilla, 1931-1936*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- Ancel, J. 1993. "Antonescu y los judíos". *Estudios Yad Fashem* 23. Ashman, C., y R. Wagman 1988. *The Nazi Hunters*. Nueva York: Pharos.
- Aubert, P 1987. "Los intelectuales en el poder (1931-1933): Del constitucionalismo a la Constitución". En M. Tuñón de Lara (ed.). *La segunda república España: El primer bienio*. Madrid: Siglo XXI
- Augustinos, G. 1977. *Conciencia e historia: Crítica nacionalista de la sociedad griega, 1897-1914*. Boulder, Colo: East European Quarterly y Columbia University Press.
- Bacheller, C. 1976. "Clase y conservadurismo: La cambiante estructura social de la derecha alemana, 1900-1928". Tesis doctoral, Universidad de Wisconsin-Madison.
- Bailer-Galanda, B. 1998. "¿Vieja o nueva derecha? Desnazificación jurídica y extremismo de derechas en Austria desde 1945". En Larsen y Hagtvvet (eds.),

- Modern Europe after Fascism.*
- Bairoch, P. 1976. "El producto nacional bruto de Europa: 1800-1975." *Revista de Historia Económica Europea* 5.
- Balakrishnan, G. 2000. *El enemigo: un retrato intelectual de Carl Schmitt*. London: Verso.
- Balcells, A. 1971. *Crisis económica y agitación social en Cataluña de 1930 a 1936*. Barcelona.
- Ballbé, M. 1983. *Orden público y militarismo en la España constitucional*. Madrid: Alianza.
- Bar, A. 1975. "La Confederación Nacional del Trabajo frente a la II República". En M. Ramírez (ed.), *Estudios sobre la II república española*. Madrid: Technos.
- 1981. *La CNT en los años rojos*. Madrid: Akai.
- Baldwin, P. 1990. "Interpretaciones sociales del nazismo: Renovando una tradición". *Revista de Historia Contemporánea* 25.
- Barany, G. 1971. "Los dientes del dragón: Las raíces del fascismo húngaro". En Sugar (ed.), *Native Fascism*.
- Barbagli, M. 1982. *Educación para el desempleo: Politics, Labour Markets and the School System Italy, 1859-1923*. Nueva York: Columbia University Press.
- Barbu, Z. 1980. "Perspectivas psicohistóricas y sociológicas sobre la Guardia de Hierro, el movimiento fascista en Rumanía". En Larsen et al. (eds.), *¿Quiénes eran los fascistas?*
- Barkai, A. 1990. *Nazi Economics*. Oxford: Berg.
- Barrull Pelegrí, J. 1986. *Las comarcas de Lleida durante la segunda república (1930-1936)*.
Barcelona: L'Avenf.
- Ben-Ami, S. 1983. *Fascism from Above: The Dictatorship of Primo de Rivera in Spain, 1923-1930*. Oxford: Clarendon.
- Batkay W. 1982. *Authoritarian Politics in a Transitional State: Istvan Bethlen and the Unified Part in Hungary, 1919-26 (La política autoritaria en un Estado de transición: Istvan Bethlen y el partido unificado en Hungría, 1919-26)*. Nueva York: Columbia University Press.
- Berend, I. 1998. *Décadas de crisis: Central and Eastern Europe before World War II*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Berend, L, y G. Ranki. 1979. *Economic Development in East-Central Europe in the 19th and 20th Centuries*. New York: Columbia University Press.
- Berezin, M. 1997. *Making the Fascist Self*. Ithaca, N.Y: Cornell University Press.
- Bermejo Martín, E 1984. *La Ila república en Logroño: Relaciones y contexto político*. Logroño: Comunidad Autónoma de la Rioja.
- Bernardini, G. 1989. "Los orígenes y el desarrollo del antisemitismo racial en la Italia fascista". En M. Marrus (ed.), *The Nazi Holocaust*, vol. 4: *"The Final Solution" Outside Germany* Westport, Conn.: Meckler.

- Bessel, R. 1984. *Political Violence and the Rise of Nazism*. New Haven: Yale University Press.
- 1986. "La violencia como propaganda: El papel de las tropas de asalto en el ascenso del nacionalsocialismo". En Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency*.
 - 1988. "La Gran Guerra en la memoria alemana: Los soldados de la Primera Guerra Mundial, la desmovilización y la cultura política de Weimar." *Historia alemana* 6.
- Bessel, R. (ed.). 1996. *Fascist Italy and Nazi Germany: Comparisons and Contrasts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bessel, R., y M. Jamin. 1979. "Nazis, trabajadores y los usos de la evidencia cuantitativa". *Historia Social* 4.
- Betz, H.-G. 1994. *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. London: Macmillan.
- Binchy, D. A. 1941. *Church and State in Fascist Italy*. Londres: Oxford University Press.
- Birn, R. 1991. "Los altos mandos austriacos de las SS y la policía y su participación en el Holocausto en los Balcanes". *Holocaust and Genocide Studies* 6.
- Bibliografía* 397
- Blinkhorn, M. 1975. *Carlismo y crisis en España 1931-1939*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1987. "Los Estados Ibéricos". En D. Muhlberger (ed.), *The Social Basis of European Fascist Movements*. London: CroomHelm.
 - 1990. *Fascistas y conservadores*. London: Unwin Hyman.
- Boak, H. 1990. "Las mujeres en la política de Weimar". *European History Quarterly* 20.
- Borchardt, K. 1982. *Wachstum, Krisen, Handlungsspielraume der Wirtschaftspolitik*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Bosch, A. 1993. "Sindicalismo, conflictividad y política". En Bosch et al. (eds.), *Estudios sobre la segunda república*. Valencia: Edicions Alfonso el Magnánimo.
- Botz, G. 1980. "Introduction" and "The changing patterns of social support for Austrian National Socialism (1918-1945)". En Larsen et al. (eds.), *Who Were the Fascists?*
- 1982. "La violencia política, sus formas y estrategias en la Primera República Austriaca". En W. Mommsen y G. Hirschfeld (eds.), *Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth and Twentieth-Century Europe*. Nueva York: St. Martin's Press.
 - 1983. *Cewalt in der Politik*, 2ª ed., Múnich. Munich: Fink.
 - 1985. "Estrategias de violencia política: Hechos fortuitos y efectos estructurales como factores causales en el levantamiento de febrero de los socialdemócratas austriacos". En Rabinbach (ed.), *Austrian Socialist Experiment*.
 - 1987a. "Austria". En D. Muhlberger (ed.). *The Social Basis of European Fascist Movements*. London: CroomHelm.
 - 1987b. "Los judíos de Viena desde el Anschluss hasta el Holocausto". En Oxaal et al.

- (eds.), *fews, Antisemitism and Culture*.
- 1988. *Nationalsozialismus in Wien*. Viena: DVO.
- Boyd, C. 1979. *Praetorian Politics in Liberal Spain*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Bracher, K. D. 1971. *La dictadura alemana*. Harmondsworth: Penguin.
- Brademas, J. 1974. *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*. Barcelona: Ariel.
- Braham, R. 1981. *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary*, 2 vols. Nueva York: Columbia University Press.
- 1998. *Los nacionalistas rumanos y el Holocausto: The Political Exploitation of Unfounded Rescue Attempts*. Nueva York: Columbia University Press.
- Brooker, P. 1991. *The Faces of Fraternalism*. Oxford: Clarendon.
- Broszat, M. 1981. *The Hitler State*. London: Longman.
- 1987. *Hitler and the Collapse of Weimar Germany*. Leamington Spa: Berg.
- Brown, J. 1989. "El NSDAP de Berlín en el *Kampfzeit*". *Historia Alemana* 7.
- Brubaker, R. 1992. *Citizenship and Nationhood in France and Germany*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Brustein, W. 1988. "La geografía política del fascismo belga: El caso del rexismo". *American Journal of Sociology* 53: 69-70.
- 1991. "La 'amenaza roja' y el ascenso del fascismo italiano". *American Sociological Review* 56.
- 1996. *La lógica del mal: los orígenes sociales del Partido Nazi, 1925-1933*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
- Bukey, E. 1978. "El Partido Nazi en Linz, Austria, 1931-1939: Una perspectiva sociológica". *Revista de Estudios Alemanes* 1.
- 1986. *La ciudad natal de Hitler: Linz, Austria 1908-1945*. Bloomington: University of Indiana Press.
- 1989. "La opinión popular en Viena tras el Anschluss". En Parkinson (ed.). *Conquering the Past*.
- 1992. "El régimen nazi en Austria". *Anuario de Historia de Austria* 23.
- Burleigh, M. 2000. *The Third Reich*. Nueva York: Hill & Wang.
- Busquets, J. 1984. *El militar de Carrera en España*. Barcelona: Ariel.
- Cabrera, M. 1983. *La patronal ante la II república: Organizaciones y estrategia (1931-1936)*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Caldwell, L. 1986. "Reproductoras de la nación: Las mujeres y la familia en la política fascista". En Forgacs (ed.), *Rethinking Italian Fascism*.
- Campbell, A. 1998. "The invisible welfare state: Las luchas de clases, la Legión Americana y el desarrollo de las prestaciones para veteranos en los Estados Unidos del siglo XX". Tesis doctoral, Universidad de California, Los Ángeles.
- Campbell, B. 1998. *The SA Generals and the Rise of Nazism*. Lexington: University of Kentucky Press.
- Campos, M. 1986. *El socialismo español y la cuestión agraria (1890-1936)*. Madrid:

- Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Cancela, D. 1987. *La segunda república en Cádiz: Elecciones y partidos políticos*. Cádiz: Diputación Provincial.
- Caplan, J. 1986. "Speaking the right language: El partido nazi y el voto de los funcionarios en la República de Weimar". En Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency*.
- 1988. *Government Without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*. Oxford: Clarendon.
- Cardoza, A. 1982. *Elites agrarias y fascismo italiano: The Province of Bologna, 1901-1926*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Carmona, A. 1989. *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*. Barcelona: Anthropos.
- Carsten, F. 1976. "Interpretaciones del fascismo". En W Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press. 1977. *Movimientos fascistas en Austria*. Londres: Sage.
- 1980. *The Rise of Fascism*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Casas de Vega, R. 1974. *Las milicias nacionales en la guerra de España*. Madrid: Editora Nacional.
- Castillo, J. J. 1979. *Propietarios muy pobres: Sobre la subordinación política del pequeño campesino*. Madrid: Ministerio de Agricultura.
- Cavandoli, R. 1972. *Le origini del fascismo a Reggio Emilia*. Roma: Editori Riuniti.
- Ceva, L. 2000. "La estrategia de la Italia fascista: Una Premisa". *Movimientos totalitarios y religiones políticas*, número 2.3.
- Childers, T. 1983. *The Nazi Voter*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- 1984. "¿Quién, en efecto, votó a Hitler?". *Historia de Europa Central* 17: 45-53.
- 1990. "El lenguaje social de la política en Alemania: La sociología del discurso político en la República de Weimar". *American Historical Review* 95.
- 1991. "Las clases medias y el nacionalsocialismo". En D. Blackbourn y R. Evans (eds.), *The German Bourgeoisie*. London: Routledge.
- Childers, T. (ed.) 1986. *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*. London: CroomHelm.
- Chirot, D. 1978. "Teorías neoliberales y socialdemócratas del desarrollo: El debate ZeletinVoinea sobre las perspectivas de Rumanía en los años veinte y su importancia contemporánea". En K. Jowitt (ed.), *Social Change in Romania, 1860-1940*. Berkeley: Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de California.
- Chueca, R. 1983. *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco*. Madrid: C.I.S.
- Clark, M. 1988. "El squadristismo italiano y el vigilantismo contemporáneo". *European History Quarterly* 18.
- Close, D. H. 1984. "La policía en el Régimen del Cuatro de Agosto". *Revista de la Diáspora Helénica* 13.
- Close, D. 1990. "Conservadurismo, autoritarismo y fascismo en Grecia, 1915-1945". En

- M. Blinkhorn (ed.), *Fascists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in Twentieth-Century Europe*. Londres: Unwin Hyman.
- Codreanu, C. 1990. *Para mis legionarios*, 2ª ed. Reedy, W.V.: Liberty Bell.
- Collier, G. 1987. *Socialists of Rural Andalusia*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Collins, R. 1998. *The Sociology of Philosophies: Una teoría global del cambio intelectual*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Contreras, M. 1981. *El PSOE en la II república*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Corner, P. 1975. *Fascism in Ferrara, 1915-1925*. London: Oxford University Press.
- Craig, G. 1994. "El verdadero creyente". *New York Review of Books*, 24 de marzo.
- Cruz, R. 1984. "La organización del PCE (1920-1934)". *Estudios de Historia Social* 31.
- 1987. *El partido comunista de España en la II república*. Madrid: Alianza.
- Dahl, O. 1999. *Syndicalism, Fascism and Post-Fascism in Italy 1900-1950*. Oslo: Solum Forlag.
- Dahl, R. 1977. *Polyarchy*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
- Deak, I. 1966. "Hungria". En H. Rogger y E. Weber (eds.), *The European Right: A Historical Profile*. Berkeley: University of California Press.
- 1992. "Supervivientes". *New York Review of Books*, 5 de marzo.
- De Felice, R. 1966. *Mussolini el fascista: La conquista del potere 1921-25*. Turín: Einaudi.
- 1974. *Mussolini il Duce: Gli anni del consenso 1929-1936*. Turín: Einaudi.
- 1977. *Interpretations of Fascism*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- 1980. "El fascismo italiano y las clases medias". En Larsen et al. (eds.), *¿Quiénes eran los fascistas?*
- 1995. *Mussolini il rivoluzionario 1883-1920*, 2ª ed. Turín: Einaudi.
- De Grand, A. 1978. *The Italian Nationalist Association and the Rise of Fascism in Italy*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- De Grazia, V. 1992. *How Fascism Ruled Women: Italy 1922-1945*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- de la Cueva, J. 1998. "Persecución religiosa, tradición anticlerical y revolución: Atrocidades contra el clero durante la Guerra Civil española". *Revista de Historia Contemporánea* 33.
- Del Boca, A. 1969. *La guerra de Etiopía 1935-1941*. Chicago: University of Chicago Press.
- Delzell, C. 1970. *Mediterranean Fascism 1919-1945: A Documentary History*. Londres: Macmillan.
- De Pablo, Santiago. 1995. *Historia del nacionalismo vasco*. Vitoria-Gasteiz: Fundación Sancho el Sabio.
- Diamanti, I. 1996. "La Liga Norte: De partido regional a partido de gobierno". En S.

- Gundle y S. Parker (eds.). *The New Italian Republic*. The New Italian Republic. Londres: Routledge.
- Diehl, J. 1977. *Paramilitary Politics in Weimar Germany*. Bloomington: University of Indiana Press.
- Döhn, L. 1970. *Politik und Interesse: Die Interessenstruktur der Deutschen Volkspartei*. Meisenheim am Main: Anton Hain.
- Dorian, E. 1982. *La calidad del testimonio: A Romanian Diary 1937-1944*. Philadelphia: Jewish Publication Society of America.
- Douglas, D. M. 1977. "La célula madre: Algunas notas informáticas sobre la composición del primer grupo del Partido Nazi en Munich, 1919-21". *Historia de Europa Central* 10.
- Downing, B. 1992. *The Military Revolution and Political Change: Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Dunnage, J. 1997. *The Italian Police and the Rise of Fascism*. London: Praeger. Eatwell, R. 1995. *Fascism, a History*. Londres: Chatto & Windus.
- 1996. "Sobre la definición del mínimo fascista: La centralidad de la ideología". *Revista de Ideologías Políticas* 1.
- 2001. "¿Fascismo universal? Enfoques y definiciones". En S. U. Larsen (ed.), *Fascism outside Europe*. New York: Columbia University Press.
- Edmondson, C. E. 1978. *The Heimwehr and Austrian Politics, 1918-36 (El Heimwehr y la política austriaca, 1918-36)*. Athens: University of Georgia Press.
- 1985. "La Heimwehr y febrero de 1934: Reflexiones e interrogantes". En Rabinbach (ed.), *Austrian Socialist Experiment*.
- Elazar, D. 1993. "La formación del fascismo italiano: La toma del poder, 1919-1922". Tesis doctoral, Universidad de California en Los Ángeles.
- Eley, G. 1980. *Rethinking the German Right*. New Haven, Connecticut: Yale University Press. 1983. "¿Qué produce el fascismo: ¿Tradiciones preindustriales o crisis del Estado capitalista?". *Política y Sociedad* 12.
- 1986. *De la unificación al nazismo: Reinterpreting the German Past*. London: Routledge.
- Epelbaum, D. 1990. *Alois Brunner: La Haine Irreductible*. París: Cahnann-Levy.
- Espín, E. 1980. *Azaña en el poder: El partido de Acción Republicana*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Falter, J. 1986. *Wahlen und Abstimmungen in der Weimarer Republik*. Munich: Beck.
- 1991. *Hitlers Wahler*. Munich: Beck.
- 1993. "Die Jungmitglieder der NSDAP zwischen 1925 und 1933. Ein demographisches und soziales Profil". En W. Krabbe (ed.), *Politische Jugend in der Weimarer Republik*. Bochum: Universitätsverlag.
- 1998. "Patrones recurrentes del comportamiento electoral en Alemania Occidental: Continuidades y discontinuidades 1928 a 1953". En S. U. Larsen y B. Hagtvat

- (eds.), *Modern Europe after Fascism, 1943-1980s*. Nueva York: Columbia University Press.
- Falter, J., y H. Bomermann. 1989. "Die Entwicklung der Weimarer Parteien in ihren Hochburgen und die Wahlerfolge der NSDAP". En H. Best (ed.), *Politik und Milieu*. St. Katharinen: Scripta Mercaturae.
- Fargion, L. 1989. "La política antijudía de la República Social Italiana (1943-1945)". En Marrus (ed.), *El Holocausto nazi*, vol. 4.
- Farre, J. 1985. *La Izquierda Burguesa en la II república*. Madrid: Espas-Calpe.
- Ferenc, T. 1988. "Los austriacos y Eslovenia durante la Segunda Guerra Mundial". En Parkinson (ed.), *Conquering the Past*.
- Ferraresi, F. 1998. "La derecha radical en la Italia de posguerra". En Larsen y Hagtvet (eds.), *Modern Europe after Fascism*.
- Fischer, C. 1978. "Los antecedentes profesionales de los miembros de base de las SA durante los años de la Depresión, 1929 a mediados de 1934". En P. Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State*. London: CroomHelm.
- 1983. *Stormtroopers*. London: Allen & Unwin.
- 1991. *Los comunistas alemanes y el ascenso del nazismo*. Nueva York: St. Martin's Press. 1995. *El ascenso de los nazis*. Manchester: Manchester University Press.
- Fischer, C. y C. Hicks. 1980. "Las estadísticas y el historiador: el perfil ocupacional de las SA del NSDAP". *Historia Social* 5.
- Fischer-Galati, S. 1971. "El fascismo en Rumanía". En Sugar (ed.), *Native Fascism*.
- 1989. "Fascismo, comunismo y la cuestión judía en Rumanía". En M. Marrus (ed.), *The Nazi Holocaust*, vol. 4: "The Final Solution" *Outside Germany*. Westport, Connecticut: Meckler.
- Flora, P. 1983-87. *State, Economy and Society in Western Europe, 1815-1975*. Chicago: St. James Press.
- Fogarty, M. 1957. *Christian Democracy in Western Europe, 1820-1953*. London: Routledge.
- Forgacs, D. 1986. "La izquierda y el fascismo: Problemas de definición y estrategia". En Forgacs (ed.), *Rethinking Italian Fascism*.
- Fornier Muñoz, S. 1982. *Industrialización y movimiento obrero: Alicante 1923-1936*. Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo.
- Francini, M. 1976. *Primo dopoguerra a origini del fascismo a Pistoia*. Milán: Feltrinelli.
- Franco Rubio, G. A. 1982. "La contribución de la mujer española a la política contemporánea: De la Restauración a la Guerra Civil (1876-1939)". En R. M. Capel Martínez (ed.), *Mujer y sociedad en España 1700-1975*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Franzosi, R. 1996. "Procesos de movilización y contramovilización: De los 'años rojos' (1919-20) a los 'años negros' (1921-22) en Italia. Un nuevo enfoque metodológico para el estudio de los datos narrativos". Ponencia inédita, Trinity College, Oxford.

- Fraser, R. 1994. *Blood of Spain*, 2ª ed. London: Pimlico.
- Friedlaender, S. 1986. "Nazismo: ¿Fascismo o totalitarismo?". En C. S. Maier et al. (eds.), *The Rise of the Nazi Regime. Historical Re-assessments*. Boulder, Colo: Westview.
- 1997. *La Alemania nazi y los judíos*, vol. 1: *Los años de persecución, 1933-1939*. Nueva York: HarperCollins.
- Fritzsche, P. 1990. *Ensayos para el fascismo: Populism and Political Mobilization in Weimar*. Oxford Oxford University Press.
- 1998. *Germans into Nazis*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Frye, B. 1985. *Liberal Democrats in the Weimar Republic*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Fusi, J. P. 1985. *Franco: Autoritarismo y poder personal*. Madrid: El País. Gaillard, J. 1990. "Los atractivos del fascismo para la Iglesia de Roma". En J. Milfull (ed.), *The Attractions of Fascism*. Oxford: Berg.
- Gallagher, T. 1990. "Conservadurismo, dictadura y fascismo en Portugal, 1914-45". En M. Blinkhorn (ed.), *Fasitists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in Twentieth-Century Europe*. Londres: Unwin Hyman.
- Gao, Bai. 1997. *Economic Ideology and Japanese Industrial Policy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- García Andreu, M. 1985. *Alicante en las elecciones republicanas 1931-1936*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Geary, D. 1983. "La élite industrial y los nazis en la República de Weimar". En P. Stachura (ed.), *The Nazi Machtegreifung*. London: Allen & Unwin.
- 1990. "Empresarios, trabajadores y el colapso de la República de Weimar". En I. Kershaw (ed.), *Weimar: Why Did German Democracy Fail?* Nueva York: St. Martin's Press.
- Gentile, E. 1989. *Storia del Partito Fascista, 1919-1922*. Roma: Laterza.
- 1990. "El fascismo como religión política". *Revista de Historia Contemporánea*
- 1996. *La sacralización de la política en la Italia fascista*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- 2000. *Fascismo e antifascismo: I partito italiani fra le due guerre*. Florencia: Le Monnier.
- Germin, L., et al. 1980. *Elecciones en Zaragoza-Capital durante la II república*. Zaragoza: Diputación Provincial.
- Alemán Zubero, L. 1984. *Aragón en la II república*. Zaragoza: Institución Fernando El Católico.
- Geyer, M. 1990. "El pasado como futuro: El cuerpo de oficiales alemán como profesión". En G. Cocks y K. Jarausch (eds.), *German Professions, 1800-1950*. New York: Oxford University Press.
- Gibson, I. 1979. *The Assassination of Federico García Lorca*, 2ª ed., Londres. London: W. H. Allen.

- Gil Robles, J. M. 1968. *No fue posible la paz*. Barcelona: Ariel.
- Giles, G. 1978. "El ascenso de la Asociación de Estudiantes Nacionalsocialistas y el fracaso de la educación política en el Tercer Reich". En P. D. Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State*. Londres: CroomHelm.
- 1983. "El nacionalsocialismo y la élite culta en la República de Weimar". En Stachura (ed.). *La Machtergreifung nazi*.
- Giner, S. 1977. "Sociología del franquismo". Barcelona, papers, nº 6. Giolitti, G. 1923. *Memorias de mi vida*. London: Chapman & Dodd.
- Gold, D. 1991. "Hinduismos organizados: De la verdad védica a la nación hindú". En M. Marty y R. Appleby (eds.). *Fundamentalisms Observed*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gómez-Navarro, J. L. 1991. *El Régimen de Primo de Rivera*. Madrid: Catedra.
- González-Hernández, M. 1990. *Ciudadanía y acción: El conservadurismo maurista, 1907-23*. Madrid: Siglo XXI
- Gordon, S. 1984. *Hitler, Germs and the Jewish Question*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Gosztony, P. 1985. "Annual Statistic al Romaniei". Bucarest: Institut Central de Statistica, 1939-40.
- Gramsci, A. 1971. *Selecciones de los Cuadernos de la cárcel*. New York: Internacional.
- Gregor, A. J. 1979. *Italian Fascism and Developmental Dictatorship*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Gregor, J. 1969. *La ideología del fascismo: The Rationale of Totalitarianism*. New York: Free Press.
- 2000. "Fascismo, marxismo y algunas consideraciones sobre la clasificación". *Movimientos totalitarios y religiones políticas*, número 3.2.
- Gress, F. 1998. "El extremismo de derechas en la historia de la República Federal de Alemania". En Larsen y Hagtvet (eds.), *Modern Europe after Fascism*.
- Griffin, R. 1991. *La naturaleza del fascismo*. London: Routledge.
- 1995. *Fascism*. Oxford: Oxford University Press.
- 2001. "Atrapado en su propia red: El fascismo de posguerra fuera de Europa". En Larsen (ed.), *El fascismo fuera de Europa*.
- 2002. "La primacía de la cultura: El actual crecimiento (o fabricación) del consenso dentro de los estudios fascistas". *Revista de Historia Contemporánea* 37.
- Grill, J. 1983. *El movimiento nazi en Baden, 1920-1945*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Gruber, H. 1985. "La cultura del Partido Socialista y las realidades de la vida obrera en la Viena Roja". En Rabinbach (ed.), *Austrian Socialist Experiment*.
- Guinea, J. 1978. *Los movimientos obreros y sindicales en España: De 1833 a 1978*. Madrid: Ibérico Europea de Ediciones.
- Gulick, C. 1948. *Austria from Habsburg to Hitler*, vol. 2: *Fascism: Subversion of*

- Democracy*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Guttsman, W. L. 1981. *El partido socialdemócrata alemán, 1875-1933*. London: Allen & Unwin,
- Hagtvet, B. 1980. "La teoría de la sociedad de masas y Weimar". En Larsen et al. (eds.), *¿Quiénes eran los fascistas?*
- Hamann, B. 1999. *La Viena de Hitler: A Dictator's Apprenticeship*. New York: Oxford University Press.
- Hamilton, R. 1982. *¿Quién votó a Hitler?* Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- 1997. "Reseña de *La lógica del mal*, de W. Brustein". *Contemporary Sociology* 26.
- Hanisch, E. 1989. "El catolicismo austriaco: Entre la acomodación y la resistencia". En Parkinson (ed.), *Conquering the Past*.
- Heberle, R. 1964. *De la democracia a los nazis*. Baton Rouge: University of Louisiana Press.
- Heilbronner, O. 1990. "El papel del antisemitismo nazi en la actividad y propaganda del Partido Nazi. Un estudio historiográfico regional". *Anuario 38 del Instituto Leo Baeck*.
- Heinen, A. 1986. *Die Legion "Erzengel Michael" in Rumanien: Soziale Bewegung und politische Organisation*. Munich: Oldenbourg.
- Helmreich, E. C. 1979. *The German Churches under Hitler*. Detroit, Michigan: Wayne State University Press.
- Herf, J. 1984. *Reactionary Modernism*. New York: Cambridge University Press.
- Hesse, S. 1990. "El fascismo y la hipertrofia de la adolescencia masculina". En J. Milfull (ed.), *The Attractions of Fascism*. Oxford: Berg.
- Heywood, P. 1990. *Marxism and the Failure of Organised Socialism in Spain, 1879-1936*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hitchins, K. 1994. *Rumania 1866-1947*. Oxford: Clarendon.
- Hider, A. 1940. *Mein Kampf* Nueva York: Reynal & Hitchcock.
- Hobsbawm, E. 1994. *The Age of Extremes: Una historia del mundo, 1914-1991*. Nueva York: Pantheon.
- Holtfrerich, C.-L. 1990. "Las opciones de política económica y el fin de la República de Weimar". En Kershaw (ed.), *Weimar*.
- Hughes, H. S. 1967. *Consciousness and Society: La reorientación del pensamiento social europeo*. London: Macgibbon & Kee.
- Hunt, R. N. 1964. *La socialdemocracia alemana, 1918-33*. Chicago: Quadrangle Books.
- Huntington, S. P. 1991. *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Ianciu C. 1996. *Les juifs en Roumanie (1919-1938): De l'emancipation a la marginalisation*. París/Louvain: Peeters.
- 1998. *La Shoah en Roumanie*. Montpellier: Universite Paul-Valery.
- Ignazi, P. 1997. "La extrema derecha en Europa: Un estudio". En P. Merkl y L. Weinberg (eds.). *El renacimiento del extremismo de derechas en la década de 1990*. London: Frank Cass.

- Ioanid, R. 1990. *La espada del arcángel*. New York: Columbia University Press.
- Ionesco, E. 1960. *Rhinoceros*. New York: S. French.
- Instituto Central de Estadística. 1939-40. *Anuarul Statistic Al Romaniei*. Bucarest: autor.
- Irwin, W. 1991. *The 1933 Cortes Elections*. Nueva York: Garland.
- Jackson, G. 1965. *La República Española y la Guerra Civil 1931-1939*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Jaffrelot, C. 1996. *El movimiento nacionalista hindú en la India*. New York: Columbia University Press.
- Jagschitz, G. 1975. *Vom Justizpalast zum Heldenplatz*. Viena: DVO.
- James, H. 1990. "Razones económicas del colapso de la República de Weimar". En Kershaw (ed.), *Weimar*.
- Jamin, M. 1984. *Zwischen den Klassen: Zur Sozialstruktur der SA-Führerschaft*. Wuppertal: Peter Hammer.
- Jarausch, K. 1990. *The Unfree Professions: German Lawyers, Teachers and Engineers, 1900-1950*. Oxford: Oxford University Press.
- Janos, A. 1970. "El Estado de partido único y la movilización social: La Europa del Este de entreguerras". En S. Huntington y C. Moore (eds.), *Authoritarian Politics in Modern Society*. Nueva York: Basic.
- 1982. *The Politics of Backwardness in Hungary, 1825-1945*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- 1989. "La política del atraso en Europa Continental, 1780-1945". *World Politics* 61.
- Jedlicka, L. 1979. "La Heimwehr austriaca". En G. Mosse (ed.), *International Fascism: New Thoughts and New Approaches*, 2ª ed., Londres: Sage. Londres: Sage.
- Jerez Mir, M. 1982. *Élites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*. Madrid: C.I.S.
- Jones, L. 1988. *German Liberalism and the Dissolution of the German Party System, 1918-1933*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Jowitt, K. 1971. *Revolutionary Breakthroughs and National Development: The Case of Romania, 1944-1965*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Juliá, S. 1977. *La izquierda del PSOE (1935-1936)*. Madrid: Siglo XXI
- 1979. *Orígenes del frente popular en España (1934-1936)*. Madrid: Siglo XXI.
- 1983. "Corporativistas obreros y reformadores políticos: Crisis y escisión del PSOE en la II República". *Studia Histórica* 1.
- 1984. *Madrid, 1931-1934: De la fiesta popular a la lucha de clases*. Madrid: Siglo XXI
- 1989. "Orígenes y naturaleza del Frente Popular español". En Alexander y Graham (eds.), *French and Spanish Popular Fronts*.
- 1990. "Guerra civil como guerra social". En *La iglesia católica y la guerra civil española*. Madrid: Fundación Friedrich Ebert.
- Juha, S., et al. 1999. *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Temas de Hoy Historia.
- Karady, V. 1993. "El antisemitismo en la Hungría del siglo XX: A socio-historical overview". *Patterns of Prejudice* 27.

- 1997. "Estrategias de identidad bajo coacción antes y después del Holocausto". En R. Braham y A. Pok (eds.), *The Holocaust in Hungary: Fifty Years Later*. Nueva York: Columbia University Press.
- Kallis, A. 2000. "El 'régimen-modelo' del fascismo: Una tipología". *European History Quarterly* 30.
- Karsai, L. 1998. "La última fase del Holocausto húngaro: El régimen de Szalasi y los judíos". En R. Braham y S. Miller (eds.), *The Nazis' Last Victims: The Holocaust in Hungary*. Detroit, Michigan: Wayne State University Press.
- Kater, M. 1975. *Studentenschaft und Rechtsradikalismus in Deutschland 1918-1933*. Hamburgo: Hoffmann & Kampe.
- 1983. *The Nazi Party*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Kele, M. 1972. *Nazis and Workers*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Kelikian, A. 1986. *Town and Country under Fascism: The Transformation of Brescia, 1915-1926*. Oxford: Clarendon.
- Kelsey, G. 1991. *Anarchosyndicalism, Libertarian Communism and the State: The CNT in Zaragoza and Aragon, 1930-1937*. Amsterdam: Kluwer.
- Kepel, G. 2002. *Yihad: El rastro del islam político*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Kershaw, I. 1990. "Introducción: Perspectivas del fracaso de Weimar". En Kershaw (ed.), *Weimar*.
- 1991. *Hitler*. London: Longman.
- 1998. *Hitler. 1889-1936: Hubris*. New York: Norton.
- 2000. *La dictadura nazi*, 4ª ed., Londres. London: Edward Arnold.
- Kershaw I. (ed.) 1990. *Weimar: ¿Por qué fracasó la democracia de Weimar?* Nueva York: St. Martin's Press. Kindelan, A. (Teniente General), s.f. *Ejército y política*. Madrid: Aguilar.
- Kirk, T. 1996. *Nazism and the Working Class in Austria*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kitchen, M. 1976. *Fascism*. London: Macmillan.
- Kluge, U. 1984. *Der Osterreichische Ständestaat 1934-1938*. Viena:
- Knight, M. 1952. *The German Executive 1890-1933*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Knox, M. 1996. "Expansionist zeal, fighting power and staying power in the Italian and German dictatorships". En Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany*.
- Kofas, J. 1983. *El autoritarismo en Grecia: The Melaxas Regime*. New York: Columbia University Press.
- Kolb, E. 1979. "Zur Sozialbiographie einer Führungsgruppe der SPD am Anfang der Weimarer Republik". En *Herkunft und Mandat: Beiträge zur Führungsproblematik in der Arbeiterbewegung*. Frankfurt y Colonia: Europäische Verlagsanstalt.
- Konrad, H. 1989. "La deriva de la socialdemocracia hacia el nazismo antes de 1938". En

- Parkinson (ed.), *Conquering the Past*.
- Koshar, R. 1986. *Vida social, política local y nazismo. Marburg, 1880-1935*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Kovacs, M. 1991 "The ideology of offliberalism in the professions: Leftist and rightist radicalism among Hungarian doctors, lawyers and engineers, 1918-45". *European History Quarterly* 21.
- Kratzenberg, V 1989. *¿Arbeiter auf dem Weg zu Hitler?* Frankfurt/Main: Peter Lang.
- Kuhr, H. 1973. *Partien und Wahlen im Stadtund Landkreis Essen in der Zeit der Weimarer Republik*. Düsseldorf: Droste.
- Lacko, M. 1969. *Los hombres de la Cruz Flechada, nacionalsocialistas. 1935-1944*. Budapest: Akademiai Kiado.
- Lannon, F. 1984. "La cruzada de la Iglesia contra la República". En P. Preston (ed.), *Revolution and War in Spain*. London: Methuen.
- 1987. *Privilegio, persecución y profecía: La iglesia católica en España. 1875-1975*. Madr Alianza.
- Laqucur, W. (ed.) 1976. *Fascism: A Reader's Guide*. Berkeley: University of California Press.
- Larsen, S. U. 1998. "Superar el pasado al configurar el futuro". En Larsen y Hagtvet, *Modern Europe after Fascism*.
- 2001. "¿Hubo fascismo fuera de Europa? Difusión desde Europa e impulsos internos". En Larsen (ed.), *Fascism outside Europe*.
- Larsen, S. U. (ed.). 2001. *Fascism outside Europe*. New York: Columbia University Press. Larsen, S. U., y B. Hagtvet (eds.). 1998. *Modern Europe after Fascism 1943-1980*\$. Nueva York: Columbia University Press.
- Larsen, S., et al. (eds.). 1980. *¿Quiénes eran los fascistas? Raíces sociales del fascismo europeo*. Oslo: Universitetsforlaget.
- Ledeem M. 1977. *El Primer Duce: D'Annunzio at Fiume*. Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press.
- 1989. "La evolución del antisemitismo fascista italiano". En Marrus (ed.), *The Nazi Holocaust*, vol. 4.
- Lee, S. 1987. *Las dictaduras europeas, 1918-1945*. London: Methuen.
- Lewis, J. 1991. *Fascism and the Working Class in Austria, 1918-34*. Oxford: Berg. Oxford: Berg. Liebe, W. 1956. *Die Deutschnationale Volkspartei, 1918-1924*. Düsseldorf: Droste.
- Lindstrom, U. 1985. *Fascism in Scandinavia, 1920-1940*. Stockholm: Almquist & Wiksell.
- Linz, J. 1976. "Algunas notas hacia un estudio comparativo del fascismo en perspectiva histórica sociológica". En W. Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*. Berkeley: University of California Press.
- 1978. "De las grandes esperanzas a la guerra civil: La quiebra de la democracia en España". En

- Linz y A. Stepan (eds.). *The Breakdown of Democratic Regimes: Europe*. Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press.
- 1980. "El espacio político y el fascismo como recién llegado". En S. U. Larsen et al. (eds.). *¿Quiénes eran los fascistas?* Bergen: Universitetsforlaget.
 - 1998. "El fascismo ha muerto. ¿Qué legado ha dejado?". En Larsen y Hagtvét (eds.), *Modern Europe after Fascism*.
- Lipset, S. M. 1963. *Political Man*. Londres: Heinemann.
- Luebbert, G. 1991. *Liberalism, Fascism or Social Democracy: Social Classes and the Political Orig of Regimes in Interwar Europe*. Nueva York: Oxford University Press.
- Livezeanu, I. 1990. "Fascistas y conservadores en Rumanía: dos generaciones de nacionalistas". En M. Blinkhorn (ed.). *Fascists and Conservatives*. London: Unwin Hyman.
- 1995. *Cultural Politics in Greater Romania*. Ithaca, N.Y: Cornell University Press.
- Loewenberg, P. 1983. "Los orígenes psichistóricos de la cohorte juvenil nazi". En Loewenberg, *Decoding the Past*. Nueva York: Knopf.
- 1985. "Otto Bauer como líder ambivalente de un partido". En Rabinbach (ed.), *The Austrian Social Experiment*.
- Losche, P. 1992. *Die SPD: Klassenpartei - Volkspartei - Quotenpartei*. Darmstadt: Wiss. Buchges.
- Lyttleton, A. 1982. "Fascismo y violencia en la Italia de posguerra: Estrategia política y conflicto social". En Mommsen y Hirschfeld (eds.). *Protesta social, violencia y terror*.
- 1987. *La toma del poder: Fascism in Italy, 1919-1929*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
 - 1996. "La 'crisis de la sociedad burguesa' y los orígenes del fascismo". En Bessel (ed.), *La Italia fascista y la Alemania nazi*.
- Macarro Vera, J. M. 1989. "Políticas sociales y económicas de la izquierda española en la teoría y en la práctica". En Alexander y Graham (eds.), *Frentes populares francés y español*.
- Madden, P. 1982a. "Aspectos generacionales del nacionalsocialismo, 1919-1933". *Social Science Quarterly* 63.
- 1982b. "Algunas características sociales de los primeros miembros del Partido Nazi, 1919-23". *Historia de Europa Central* 15.
- Maddison, A. 1982. *Fases del desarrollo capitalista*. Oxford: Oxford University Press.
- Maier, C. 1975. *Recasting Bourgeois Europe*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Malefakis, E. 1970. *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
- Mallett, R. 2000. *The Italian Navy and Fascist Expansionism, 1935-1940*. London: Frank Cass.

- Manjón, O. 1976. *El partido republicano radical 1908-1936*. Madrid: Tebas.
- Mann, M. 1986. *The Sources of Social Power*, vol. 1: *A History from the Beginning to 1760 AD*. Nueva York: Cambridge University Press.
- 1988. "El poder autónomo del Estado: Sus orígenes, mecanismos y resultados". En M. Mann (ed.). *Estados, guerra y capitalismo*. Nueva York: Basil Blackwell.
 - 1993. *The Sources of Social Power*, vol. 2: *The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*. Cambridge University Press: Cambridge University Press.
 - 1995. "Fuentes de variación en los movimientos obreros en la Europa del siglo XX". *New Left Review*, nº 212.
 - 1997. "Las contradicciones de la revolución continua". En I. Kershaw y M. Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism: Dictatorship in Comparison*. Cambridge: Cambridge University Press.
 - 2003. *Imperio incoherente*. London: Verso.
 - De próxima publicación. *El lado oscuro de la democracia: explicación de la limpieza étnica...*
- Manoilescu, M. 1937. *Le Parti Unique*, 2ª ed. París: Alcan.
- 1938. *El siglo del corporativismo: Doctrine du corporatisme integral et pur*, 2ª ed., París. París: Alcan.
- Maravall, J. M. 1997. *Regimes, Politics, and Markets: Democratization and Economic Change in Southern and Eastern Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Marco, J. M. 1988. *La inteligencia republicana: Manuel Azaña 1897-1930*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Marcuse, P. 1985. "La política de vivienda de la socialdemocracia: Determinantes y consecuencias". En Rabinbach (ed.), *Austrian Socialist Experiment*.
- Marshall, B. 1988. "Politics in academe: Gottingen University and the growing impact of political issues, 1918-33". *European History Quarterly* 18.
- Martin, B. 1990. *La agonía de la modernización: Labor and Industrialization in Spain*. Ithaca, N.Y: Cornell University Press.
- Mason, T. 1972. "La primacía de la política y la economía en la Alemania nacionalista socialista". En H. A. Turner (ed.), *Nazism and the Third Reich*. Nueva York: Quadrangle.
- 1993. *Política social en el Tercer Reich*. Oxford: Berg.
 - 1995. *Nazism, Fascism and the Working Class*, ed. Jane Caplan. Jane Caplan. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.
- Mateos, Rodríguez. 1993. "Formación y desarrollo de la derecha católica en la provincia de Zamora durante la Segunda República". En J. Tusell et al. (eds.), *Estudios sobre la derecha española contemporánea*. Madrid: Unea.
- Mayer, A. 1981. *The Persistence of the Old Regime*. London: CroomHelm.
- Mayeur J.-M. 1980. *Des partis catholiques a la democratic chrétienne, XIXe-XXe siecles*. Paris: Colin.

- Meaker, G. 1988. "Una guerra civil de palabras: El impacto ideológico de la Primera Guerra Mundial en España, 1914-18". En H. Schmitt (ed.), *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-19*. Charlottesville: University of Virginia Press.
- Melograni, P. 1965. "Confindustria e fascismo tra il 1919 e il 1925". *Il Nuovo Osservatore* 6 (nov.): 834-73.
- 1972. *CH industriali e Mussolini: Rapportifra Confindustria efascismo del 1919 al 1929*. Milán: Longanesi.
- Mendelsohn, E. 1983. *The Jews of East Central Europe between the World Wars*. Bloomington: University of Indiana Press.
- Merkel, P. 1975. *Political Violence under the Swastika*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- 1980. *The Making of a Stormtrooper*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Michaelis, M. 1995. "El debate actual sobre la política racial fascista". En Wistrich y DellaPergola (eds.). *Antisemitismo fascista*.
- Miguel, A. de 1975. *Sociología del franquismo*. Barcelona: Euros.
- Milatz, A. 1965. *Walher und Walhen in der Weimarer Republik*. Bonn: Bundeszentrale für Politische Bildung.
- Mintz, J. 1982. *Los anarquistas de Casas Viejas*. Chicago: University of Chicago Press.
- Mir, C. 1985. *Lleida (1890-1936): Caciquisme polític i lluita electoral*. Montserrat: l'Abadia de Montserrat.
- Misefari, E., y A. Marzotti. 1980. *L'Avvento del Fascismo in Calabria*. Cosenza: Pellegrini.
- Mitchell, B. 1993. *Estadísticas históricas internacionales: The Americas 1750-1993*. Nueva York: Grove.
- 1995. *Estadísticas históricas internacionales: Africa, Asia, and Oceania 1750-1993*. Nueva York: Grove.
- 1998. *Estadísticas históricas internacionales: Europa 1750-1993*. New York: Grove.
- M6csy, I. 1983. *The Effects of World War I. The Uprooted: Hungarian Refugees and Their Impact on Hungary's Domestic Politics, 1918-1921*. Nueva York: Columbia University Press.
- Molas, I. 1973. *Lliga Catalana: Un estudi d'estasiologia*, 2ª ed. Barcelona: Edicions 62.
- Molony, J. 1977. *The Emergence of Political Catholicism in Italy*. Londres: CroomHelm.
- Mommsen, H. 1991. "La posición de Hitler en el sistema nazi". En Mommsen, *From Weimar to Auschwitz*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Mommsen, W. 1990. "Las variedades del Estado-nación en la historia moderna: Nocións imperialistas liberales, fascistas y contemporáneas de nación y nacionalidad". En M. Mann (ed.), *The Rise and Decline of the Nation State*. Cambridge: Basil Blackwell.

- Mommsen, W. J., y G. Hirschfield (eds.) 1982. *Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth and Twentieth-Century Europe*. New York: St. Martin's Press.
- Montero, J. R. 1977 *La CEDA: El catolicismo social y político en la II república*, 2 vols. Madrid: Ediciones de la Revista de Trabajo.
- 1988. "Las derechas en el sistema de partidos del segundo bienio republicano: Algunos datos introductorios". En Tunon de Lara (ed.). *La II república española*.
- Moore, B. 1966. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*. Harmondsworth: Penguin.
- Morego, J. M. F. 1922. *Los atendidos sociales en España, las teorías, los hechos, estadísticas*. Madrid: Casa Faure.
- Moreno, A. M. 1961. *Historia de la persecución en España*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Moreno Fernández, L. 1987. *Acción popular murciana: La derecha confesional en Murcia durante la II república*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Morodo, R. 1985. *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*. Madrid: Alianza.
- Morsey, R. 1977. *Der I intergang des Politischen Katholicizismus*. Stuttgart: Belser.
- Mosse, G. 1964. *La crisis de la ideología alemana: Los orígenes intelectuales del Tercer Reich*. Nueva York: H. Testig.
- 1966. "La génesis del fascismo". *Revista de Historia Contemporánea* 1.
- 1970. *Alemanes y judíos: La derecha, la izquierda y la búsqueda de una tercera fuerza en la Alemania prehazi*. Nueva York: H. Testig.
- 1999. *La revolución fascista*. Nueva York: Howard Fertig.
- Mühlberger, D. (ed.). 1987. *The Social Basis of European Fascist Movement*. London: CrooinHelm.
- 1991. *Los seguidores de Hitler*. London: Routledge.
- Mussolini, B. 1976. *La doctrina política y social del fascismo*. New York: Gordon Press. Publicado originalmente en 1932.
- Myklebust, J. y B. Hagtvet. 1980. "Regional contrasts in the membership base of the Nosjonal Samlung". En S. Larsen et al. (eds.), *Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism*. Oslo: Universitets Forlaget.
- Nagy-Talavera, N. 1970. *Los camisas verdes y los otros: A History of Fascism in Hungary and Romania*. Stanford, Calif: Hoover Institute Press.
- Neebe, R. 1981. *Grossindustrie, Staat und NSDAP 1930-1933*. Gottingen: Vanenhoeck y Rupricht.
- Newman, K. 1970. *European Democracy between the Wars*. London: George Allen & Unwin.
- Niessen, J. 1995. "El nacionalismo rumano: Una ideología de integración y movilización". En P. Sugar (ed.), *Eastern European Nationalism in the Twentieth Century*. Washington: American University Press.
- Noakes, J. 1971. *The Nazi Party in Lower Saxony 1921-1933*. Oxford: Oxford University Press.
- Noakes, J., y G. Pridham. 1974. *Documentos sobre el nazismo, 1919-1945*. London:

- Cape. Nolte, E. 1965. *Three Faces of Fascism*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- O'Sullivan, N. 1983. *Fascism*. London: Dent.
- Oxaal, L, et al. (eds.). 1987. *Judíos, antisemitismo y cultura en Viena*. London: Routledge.
- Ozsvath, Z. 1997. "¿Pueden matar las palabras? Anti-semitic texts and their impact on the Hungarian La catástrofe judía". En Randolph Braham y Attila Pok (eds.), *The Holocaust in Hungary* (Nueva York: East European Manographs, 1997).
- Palomares Ibáñez, J. M. 1988. *El socialismo en Castilla*. Valladolid: Universidad.
- Parkinson 1989. "Epílogo". En Parkinson (ed.), *Conquering the Past*.
- Parkinson F. (ed.). 1989. *Conquering the Past: Austrian Nazism Yesterday and Today*. Detroit, Michigan: Wayne State University Press.
- Parming, T. 1975. *The Collapse of Liberal Democracy and the Rise of Authoritarianism in Estonia*. Beverly Hills, California: Sage.
- Partido Republicano Radical. 1932. *Asemblea nacional extraordinaria*. Madrid: Imprenta Zolia Ascasibar.
- Passchier, N. 1980. "La geografía electoral de la avalancha nazi". En Larsen et al. (eds.), *Who Were the Fascists?*
- Passerini, L. 1987. *El fascismo en la memoria popular: The Cultural Experience of the Turin Working Class*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Patton, C. 1994. "El mito de la moderación: German chemical employer responses to labour conflict, 1914-24". *European History Quarterly* 24.
- Pauley, B. 1980. "Nazis y fascistas de la Heimwehr: La lucha por la supremacía en Austria, 1918-1938". En Larsen et al. (eds.). *¿Quiénes eran los fascistas?*
- 1981. *Hitler y los nazis olvidados*. Chapel Hill: Universidad de Carolina del Norte Prensa.
- 1987. "El antisemitismo político en la Viena de entreguerras". En Oxaal et al. (eds.), *Jews, Antisemitism and Culture*.
- 1989. "El Partido Nazi austriaco antes de 1938: Algunas revelaciones recientes". En Parkinson (ed.), *Conquering the Past*.
- Paxton, R. 1994. "Radicales". *New York Review of Books*, 23 de junio.
- 1996. "Los usos del fascismo". *New York Review of Books*, 28 de noviembre.
- 1998. "Las cinco etapas del fascismo". *Revista de Historia Moderna* 70.
- Payne, S. 1962. *Falange: A History of Spanish Fascism*. London: Oxford University Press.
- 1970. *La revolución española*. New York: Norton.
- 1980a. *Fascism: Comparison and Definition*. Madison: University of Wisconsin Press.
- 1980b. "Composición social y fuerza regional de Falange Española". En S. V. Larsen et al. (eds.), *Who Were the Fascists? Raíces sociales del fascismo europeo*. Bergen: Universitetsforlaget.
- 1993. *La primera democracia española: La Segunda República, 1931-1936*. Madison:

- University of Wisconsin Press.
- 1995. *Historia del fascismo, 1914-1945*. Madison: University of Wisconsin Press.
 - Peirats, J. 1971. *La CNT en la revolución española*, 2ª ed., 3 vols. París: Ediciones CNT.
 - Pérez Díaz, V. 1991. *Estructura y Cambio de las Comunidades Campesinas Castellanas*. New York: Garland.
 - 1993. *El retorno de la sociedad civil*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
 - Petersen, J. 1975. "Elettorato e base sociale del fascismo italiano negli anni venti". *Studi Storici*, anno 16.
 - 1982. "La violencia en el fascismo italiano, 1919-25". En Mommsen y Hirschfeld (eds.), *Protesta social, violencia y terror*.
 - Peterson, L. 1983. "Un análisis social de los simpatizantes del KPD: Los insurrectos de Hamburgo de octubre de 1923". *Revista Internacional de Historia Social* 28.
 - Peukert, D. 1989. *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition, and Racism in Everyday Dfe*. Trans. R. Deveson. London: Penguin.
 - Polonsky, A. 1975. *Los pequeños dictadores: The History of Eastern Europe since 1918*. London: Routledge.
 - Ora, M. 1991. "Régimen fascista italiano e India nacionalista 1921-1945". *Estudios Internacionales* 28.
 - Preston, P. 1978. *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Republic*. London: Routledge.
 - 1986. *Las derechas españolas en el siglo XX: Autoritismo fascismo y golpismo*. Madrid: Sistema.
 - 1990. *La política de la venganza*. London: Unwin Hyman.
 - 1995. *Franco: A Biography*. Londres: Fontana.
 - Preston, P, ed. 1984. *Revolución y guerra en España, 1931-1939*. London: Methuen.
 - Preti, L. 1968. "Imperialismo fascista y racismo". En R. Sarti (ed.), *The Ax Within: El fascismo italiano en acción*. New York: New Viewpoints.
 - Preziosi, A. M. 1980. *Borghesia efascismo in Friuli negli anni 1920-1922*. Roma: Bonacci.
 - Pridham, G. 1973. *Hitler's Rise to Power: The Nazi Movement in Bavaria, 1929-33*. Londres: Hart-Davies, McGibbon. Londres: Hart-Davies, McGibbon.
 - Poulantzas, N. 1974. *Fascism and Dictatorship*. London: New Left Books.
 - Pulzer, P. 1993. "La tradición del antisemitismo austriaco en los siglos XIX y XX". *Patterns of Prejudice* 27.
 - Rabinbach, A. (ed.). 1985. *El experimento socialista austriaco: Social Democracy and Austromarxism, 1918-1934*. Boulder, Colo: Westview.
 - Ramírez Jiménez, M. 1969. *Los grupos de presión en la segunda república española*. Madrid: Technos.

- Ranki, G. 1971. "El problema del fascismo en Hungría". En Sugar (ed.), *Native Fascism*.
- 1980. "El voto fascista en Budapest en 1939". En Larsen et al., (eds.), *¿Quiénes eran los fascistas?*
- Rath, J, y C. Schum. 1980. "El régimen Dollfuss-Schusnigg: ¿Fascista o autoritario?". En Larsen et al. (eds.), *Who Were the Fascists?*
- Reichardt, S. 2002. *Faschistische Kampfbünde*. Kbln: Bolilau Verlag. Renton, D. 2000. *Fascism: Theory and Practice*. London: Pluto.
- Revelli, M. 1987. "Italia". En D. Mühlberger (ed.). *The Social Basis of European Fascist Movements*. London: CroomHelm.
- Rial, J. 1986. *La revolución desde arriba: The Primo de Rivera Dictatorship in Spain, 1923-1930*. Fairfax, Virginia: George Mason University Press.
- Riley, D. 2002. "Hegemonía y dominación: sociedad civil y variación de régimen en la Europa de entreguerras". Tesis doctoral, Universidad de California en Los Ángeles.
- Roberts, D. 1980. "El fascismo pequeñoburgués en Italia: Forma y contenido". En Larsen et al. (eds.), *Who Were the Fascists?*
- Robinson, R. 1970. *The Origins of Franco's Spain: The Right, the Republic and Revolution, 1931-1936*. Newton Abbot: David & Charles.
- Rogowski, R. 1977. "El *Gauleiter* y los orígenes sociales del fascismo". *Estudios Comparados de Sociedad e Historia* 19.
- Rokkan, S. 1970. *Citizens, Elections, Parties: Aproximaciones al estudio comparativo del proceso de desarrollo*. Oslo: Scandinavian University Books.
- Ronnas, P. 1984. *Urbanization in Romania*. Stockholm: Instituto de Investigación Económica, Escuela de Economía de Estocolmo.
- Rosenhaft, E. 1982. "El KPD en la República de Weimar y el problema del terror durante el 'Tercer Periodo', 1929-33". En Mommsen y Hirschfeld (eds.). *Protesta social, violencia y terror*.
- 1983. *¿Golpear a los fascistas? Los comunistas alemanes y la violencia política 1929-33*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1987. "Los parados en el barrio: Desarticulación social y movilización política en Alemania 1929-1933". En R. Evans y D. Geary (eds.), *The German Unemployed: Experiences and Consequences of Mass Unemployment from the Weimar Republic the Third Reich*. Londres: CroomHelm.
- Rothschild, J. 1974. *East Central Europe between the Two World Wars*. Seattle: University of Washington Press.
- Roy, O. 1994. *The Failure of Political Islam (El fracaso del islam político)*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Rueschemeyer, D., E. Stephens y J. Stephens 1992. *Capitalist Development and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sagvari, A. 1997. "¿Lo hicieron bajo órdenes?". En R. Braham y A. Pok (eds.), *The*

- Holocaust in Hungary: Fifty Years Later*. Nueva York: Columbia University Press.
- Sakmyster, T. 1994. *El almirante húngaro a caballo: Miklos Horthy 1918-1944*. Boulder, Colo: Colombia University Press.
- Saladino, S. 1966. "Italia". En H. Rogger y E. Weber (eds.). *The European Right: A Historical Profile*. Berkeley: University of California Press.
- Salvatorelli, L. 1923. *Nazional-fascismo*. Turín: Gobetti.
- Salvemini, G. 1973. *Los orígenes del fascismo en Italia*. Nueva York: Harper & Row.
- Santacreu Soler, J. M., et al. 1986. "El anarcoindicalismo alicantino durante la Segunda República". En Instituto de Estudios Juan Gil-Albert (ed.), *El anarquismo en Alicante (1868-1945)*. Alicante: Diputación Provincial.
- Sarti, R. 1971. *Fascism and the Industrial Leadership in Italy, 1919-1940*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- 1990. "El fascismo italiano: Radical politics and conservative goals", en M. Blinkhorn (ed.). *Fascists and Conservatives*. London: Unwin Hyman.
- Schleunes, K. 1990. *The Twisted Road to Auschwitz: Nazi Policy toward German Jews, 1933-1939*, 2ª ed. Urbana, Ill.: University of Illinois Press.
- Schmidt-Hartmann, E. 1988. "La democracia popular: La emergencia de un concepto político checo a finales del siglo XIX". En S. J. Kirschbaum (ed.), *East European History*. Columbus, Ohio: Slavica.
- Schmitt, H. (ed.). 1988. *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-1923*. Charlottesville: University of Virginia Press.
- Schmitter, P. 1974. "¿Todavía el siglo del corporativismo?". *Revista de Política*.
- Schneider, W. 1978. *Die Deutsche Demokratische Partei in der Weimarer Republik 1924-1930*. Munich: Wilhelm Fink.
- Schorske, C. 1981. *Fin-de-Siecle Vienna: Politics and Culture*. New York: Vintage.
- Schwartz, R. 1989. "El cortejo nazi a la socialdemocracia austriaca entre el Anschluss y la guerra". En Parkinson (ed.). *Conquering the Past*.
- Seco, C. 1971. "Introducción" a Gil Robles, *Discursos parlamentarios*. Madrid: Taurus.
- Segre, C. 1987. *Italo Balbo: A Fascist Life*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Sereny, G. 1995. *Albert Speer: Su batalla contra la verdad*. London: Macmillan.
- Seton-Watson, C. 1967. *Italy from Liberalism to Fascism*. Londres: Methuen.
- Seton-Watson, H. 1967. *Eastern Europe between the Wars, 1918-1941*. Nueva York: Harper.
- Shapiro, P. 1974. "Preludio a la dictadura en Rumanía: El Partido Nacional Cristiano en el poder, diciembre de 1937-febrero de 1938". *Canadian-American Slavic Studies* 8.
- Shubert, A. 1987. *El camino hacia la revolución en España*. Urbana: University of Illinois Press.
- Siegfried, K. J. 1979. *Klerikalfaschismus: Zur Entstehung und Sozialen Funktion des Dollfussregim in Osterreich*. Frankfurt: Lang.

- Silverman, D. 1988. "National Socialist Economics: The *Wirtschaftswunder* Reconsidered". En B. Eichengreen y T. Hatton (eds.), *Interwar Unemployment in International Perspective*. Dordrecht: Kluwer.
- Silvestri, C. 1969. "Storia del fascismo di Trieste dalle origini alla conquista del potere (1919-1922)". En *Fascismo, guerra, resistenza, lotte politiche e sociali nel Friuli-Venezia Giulia 1918-1943*. Udine: Del Bianco.
- Sima, H. 1967. *Histoire du mouvement legionnaire*. Rio de Janeiro: Editora Dacia.
- Snowden, F. 1972. "Sobre los orígenes sociales del fascismo agrario en Italia". *European Journal of Sociology* 13.
- 1989. *La revolución fascista en Toscana, 1919-1922*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Soucy, R. 1991. "El fascismo francés y la Croix de Feu: Una interpretación discrepante." *Journal of Contemporary History* 26, n° 1: 159-88.
- Southern, D. 1982. "Terror antidemocrático en la República de Weimar: The Black Reichswehr and the Feme-murders". En Mommsen y Hirschfeld (eds.), *Social Protest, Violence and Terror*.
- Speier, H. 1986. *German White-Collar Workers and the Rise of Hitler*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
- Stachura, P. 1975. *Nazi Youth in the Weimar Republic*. Santa Bárbara, California: Clio Books.
- 1983a. "La juventud alemana, el movimiento juvenil y el nacionalsocialismo en la República de Weimar". En Stachura (ed.). *La Machtergreifung nazi*.
- 1983b. "Los nazis, la burguesía y los trabajadores durante *el Kampfzeit*". En Stachura (ed.), *The Nazi Machtergreifung*. 1993. "El nacionalsocialismo y el proletariado alemán, 1925-1935: Viejos mitos y nuevas perspectivas". *Historical Journal* 36.
- Stachura P. (ed.) 1993c. *The Nazi Machtergreifung*. London: Allen & Unwin.
- (ed.). 1986. *El desempleo y la Gran Depresión en la Alemania de Weimar*. London: Macmillan.
- Stadler, K. 1981. "Austria". En S. Woolf(ed.), *European Fascism*, 2ª ed., Londres. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- Steinberg, J. 1986. "El fascismo en el sur italiano: The case of Calabria". En Forgacs (ed.), *Rethinking Italian Fascism*.
- Steinhoff, J., et al. 1989. *Voces del Tercer Reich: Una historia oral*. Nueva York: De Capo.
- Stephan, W. 1973. *Aufstieg und Verfall des Linkoliberalismus 1918-1933*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Stephens, J. D. 1989. "Democratic transition and breakdown in Western Europe, 1870-1939: A test of the Moore thesis". *American Journal of Sociology* 94.
- Sternhell, Z. 1976. "La ideología fascista". En Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*.
- 1986. *Neither Right nor Left: Fascist Ideology in France*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.

- 1994. *El nacimiento de la ideología fascista*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Stühlpfarrer, K. 1989. "El nazismo, los austriacos y los militares". En Parkinson (ed.). *La conquista del pasado*.
- Sturdza, P. 1968. *El suicidio de Europa: Memorias del príncipe Michel Sturdza, ex ministro de Asuntos Exteriores de Rumanía*. Belmont, Massachusetts: Western Islands.
- Suárez Cortina, M. 1981. *El fascismo en Asturias (1931-1937)*. Madrid: Biblioteca Julia Somoza.
- Suero Roca, T. 1975. *Los generes de Franco*. Barcelona: Bruguera. 1981. *Militares republicanos de la guerra de España*. Barcelona: Península.
- Sugar, P. 1971a. "Conclusion". En Sugar (ed.), *Native Fascism*.
- Sugar, P (ed.). 1971b. *Native Fascism in the Successor States, 1918-1945*. Santa Barbara, Calif: Cho Press.
- Sühl, K. 1988. *SPD und öffentlicher Dienst in der Weimarer Republik*. Opladen: Westdeutscher. 414 *Bibliografía*
- Sully, M. 1989. "La conexión Waldheim". En Parkinson (ed.), *Conquering the Past*.
- Suzzi, Valli R. 2000. "El mito del escuadrismo en el régimen fascista". *Revista de Historia Contemporánea* 35.
- Sylos Labini, P. 1978. "Sviluppo economico e classi sociali". En M. Paci (ed.), *Capitalismo e classi sociali in Italia*. Bologna: Il Mulino.
- Szelenyi, B. 1998. "Los burgueses alemanes en la Hungría del siglo XVI-XIX". Tesis doctoral, Universidad de California, Los Ángeles.
- Sznajder, M. 1995. "El régimen fascista, el antisemitismo y las leyes raciales en Italia". En Wistrich y DellaPergola (eds.), *Fascist Antisemitism*.
- Szöllösi-Janze, M. 1989. *Die Pfeilkreuzlerbewegung in Ungarn*. Munich: Oldenbourg.
- Szymanski, A. 1973. "Fascismo, industrialismo y socialismo: El caso de Italia". *Estudios comparativos de sociedad e historia*, 15.
- Taggart, P. 1995. "Nuevos partidos populistas en Europa occidental". *European Politics* 18.
- Tapia, A. R. 1990. "La justificación ideológica del 'Alzamiento'". En Tapia, *Violencia y terror: Estudios sobre la guerra civil española*. Torreón de Ardoz: Akai.
- Tasca, A. 1976. *El ascenso del fascismo italiano, 1919-1922*. New York: Gordon Press. Publicado originalmente en 1938. Esta edición, una reimpresión, se publicó bajo el seudónimo de A. Rossi.
- Therborn, G. 1977. "El dominio del capital y el auge de la democracia". *New Left Review*, nº 103.
- Theweleit, K. 1987,1989. *Male Fantasies*, 2 vols. Minneapolis: University of Minnesota Press. Thomas, H. 1977. *The Spanish Civil War*. London: Eyre & Spottiswoode.
- Tilly, C. 1975. *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton, N.J.:

- Princeton University Press. 1990. *Coercion, Capital and European States*. Oxford: Blackwell.
- Townson, N. 1988. "Algunas consideraciones sobre el proyecto 'republicano' del Partido Radical". En Turión de Lara (ed.), *La II república española*.
- Treptow, K., et al. 1996. *Historia de Rumanía*. Nueva York: Columbia University Press.
- Tuñón de Lara, M. 1972. *El movimiento obrero en la historia de España*. Madrid: Taurus.
- 1978. *Luchas obreras y campesinas del siglo XX: Jaén (1917-1920), Sevilla (1930-1932)*. Madrid: Siglo XXL
 - 1985. *Tres claves de la segunda república*. Madrid: Alianza.
- Tuñón de Lara, M. (ed.). 1988. *La II república española: Bienio rectificador y frente popular, 1934-1936*. Madrid: Siglo XXL
- Turner, H. A. 1985. *German Big Business and the Rise of Hitler*. New York: Oxford University Press.
- Turner, H. A. (ed.). 1984. *Hitler-Memoir of a Confidant*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
- Tusell Gómez, J. 1970. *La segunda república en Madrid: Elecciones y partidos políticos*. Madrid: Technos.
- 1971. *Las elecciones del frente popular en España*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.
 - 1974. *Historia de la democracia Cristiana en España*. Madrid:
 - 1976. *Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Tusell Gómez, J., et al. 1993. *Estudios sobre la derechas española contemporánea*. Madrid: UNED.
- Vago, R. 1987. "Europa del Este". En D. Mühlberger, (ed.), *The Social Basis of European Fascist Movements*. London: CroomHelm.
- Vago, R. (cd.) 1975. *La sombra de la esvástica*. Londres: Saxon House.
- Varela, Díaz, S. 1978. *Partidos y parlamento en la II república española*. Madrid: Fundación Juan March.
- Vega, E. 1987. *Anarquistas y sindicalistas 1931-1936*. Valencia: Edicions Alfons el Magnanim.
- Veiga, F. 1989. *La Mística del Ultranacionalismo*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Verdery, K. 1983. *Transylvanian Villagers: Three Centuries of Political, Economic and Ethnic Change*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Vilanova, M. 1986. *Atlas electoral de Catalunya durant la segona republica*. Barcelona: Magrana.
- Vincent, M. 1989. "La Iglesia española y el Frente Popular: La experiencia de la provincia de Salamanca". En Alexander y Graham (eds.), *French and Spanish Popular Fronts*.
- Volovici, L. 1991. *Ideología nacionalista y antisemitismo: The Case of Romanian Intellectuals in the 1930s*. Oxford: Pergamon.

- Watts, L. 1993. *Romanian Cassandra: Ion Antonescu and the Struggle for Reform, 1916-1941*. Nueva York: Columbia University Press.
- Weber, E. 1964. *Varieties of Fascism*. Princeton, N.J.: Van Nostrand.
- 1966a. "Los hombres del Arcángel". *Revista de Historia Contemporánea* 1.
- 1966b. "Rumanía". En H. Rogger y E. Weber (eds.), *The European Right: A Historical Profile*. London: Weidenfeld & Nicholson.
- 1976. "¿Revolución? ¿Contrarrevolución? ¿Qué revolución?" En W. Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*.
- Weber, H. 1969. *Die Wandlung der deutschen Kommunismus*, 2 vols. Frankfurt: Europäische Verlagsanstalt.
- Webster, A. 1986. "El movimiento legionario rumano". *Carl Beck Papers, Center for Russian and East European Studies, Universidad de Pittsburgh*, no. 502.
- Wegner, B. 1990. *The Waffen-SS*. Oxford: Blackwell.
- Weinberg, L. 1998. "El MSI y la herencia fascista en Italia: La persistencia de un partido neofascista en el contexto posfascista". En Larsen y Hagtvet (eds.), *Modern Europe after Fascism*.
- Weiss, L. 1988. *Creating Capitalism*. Oxford: Blackwell.
- Weisbrod, B. 1996. "La crisis de la sociedad burguesa en la Alemania de entreguerras". En R. Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany: Comparisons and Contrasts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wessely, A. 1991. "Del movimiento obrero al gobierno fascista: El final del camino de Lajos Kassak". En S. Larsen et al. (eds.), *Fascism and European Literature*. Berna: Peter Lang.
- Whiteside, A. 1966. "Austria". En H. Rogger y E. Weber (eds.). *The European Right: A Historical Profile*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Wickham, J. 1983. "Movimiento obrero y vida obrera: Fráncfort del Meno durante la República de Weimar". *Historia Social* 8.
- Wieviorka, M. 1994. *Racisme et xenophobic en europe: Une comparaison internationale*. Paris: La Devouverte.
- Willems, H. 1995. "¿Extremismo de derechas, raza o violencia juvenil? Explaining violence against foreigners in Germany". *Nueva Comunidad* 21:501-23.
- Willson, P. 1996. "Las mujeres en la Italia fascista". En Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany*.
- Wiltschegg, W. 1985. *Die Heimwehr*. Munich: Oldenbourg.
- Wimmer, A. 1997. "Explicar el racismo y la xenofobia: una revisión crítica de los enfoques de investigación actuales". *Ethnic and Racial Studies* 20:17-41.
- Winston, C. 1985. *Workers and the Right in Spain, 1900-1936*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Wistrich, R., y S. DellaPergola (eds.). 1995. *El antisemitismo fascista y los judíos italianos*. Jerusalem: Centro Internacional Vidal Sassoon.
- Wohl, R. 1979. *The Ceneration of 1914*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University

- Press.
- Yavetz, Z. 1991. "Una nota de un testigo ocular: Reflexiones sobre la Guardia de Hierro rumana". *Revista de Historia Contemporánea* 26.
- Zach, K., y C. Zach. 1998. "Romanian fascism and communist take-over". En S. U. Larsen y B. Hagtvet (eds.). *Modern Europe after Fascism 1943-1980s*. New York: Columbia University Press.
- Zamagni, V 1979-80. "Distribuzione del reddito e classi sociali nell'Italia fra le due guerre". *Annali della Fondazione Giuglielmo Feltrinelli* 20.
- Ziegler, H. 1989. *La nueva aristocracia de la Alemania nazi. The SS Leadership, 1925-39 (La nueva aristocracia de la Alemania nazi. Los líderes de las SS, 1925-39)*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Zofka, Z. 1986. "Entre la Bauernbund y el nacionalsocialismo: La orientación política de los campesinos en la fase final de la República de Weimar". En Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency*.
- Zuccotti, S. 1987. *Los italianos y el Holocausto*. New York: Basic Books.

Índice

- Abel, Theodore, 144
- Action Française, 86
- terratenientes agrarios, 52; papel en la Italia fascista, 125; papel en la Alemania de Weimar, 52
- Alfonso XIII (Rey de España), 302
- Legión Americana, 70
- anarcosindicalismo, 35, 310; eficacia de, 314; número de miembros de, 310-311; en España, 310, 314
- Andorfer, Herbert, 223
- Anschluss* (unión con Alemania), 207, 208, 211, 219, 220, 244; capitalismo y, 229; efecto sobre el austrofascismo, 214, 222, 362; efecto sobre los niveles de desempleo, 222; Gestapo y, 219; desempleo y, 221; funcionariado vienés, 220
- antisemitismo: en Austria, 84, 224-228; en Alemania, 184; trasfondo histórico de, 228; Hitler y, 247; en Hungría, 238, 250, 253, 254; explicaciones materialistas de, 228; en *Mein Kampf*, 184-185; en las campañas del Partido Nazi, 180, 183, 185; político, 224; papel en el conflicto de clases, 228; en Rumanía, 238; estereotipos y, 226-227; nacionalismo *udlkisch* y, 84
- Antonescu, Mariscal, 293
- Arditi del Populo, 103
- Argentina, 24; movimientos autoritarios en, 24
- Los tigres de Arkan, viii
- Ejército de África, 337, 340; *Africanistas* en, 337
- Movimiento de la Cruz Flechada (Hungría), 237, 239, 248, 249, 255, 256, 269, 292; apoyo del Partido Comunista a, 255; declive de, 244; demografía económica de, 248, 249; demografía electoral de, 255; linaje étnico dentro de, 250; fascismo y, 386; ideología de, 245-247; paramilitarismo como parte de, 247; población de, 237; apoyo electoral a, 256, 258; demografía electoral de, 238
- formas de arte. *Ver* propaganda
- Austria, 1, 25, 30, 34, 36, 207; antisemitismo en, 207, 219, 224, 225; monarquía austrohúngara y, 208; autoritarismo en, 41, 220; Partido Social Cristiano en, 45, 208, 215, 217, 362; situación económica de, entreguerras, 221-222; efecto de la Gran Depresión en, 221, 230; efecto del socialismo en, 219; fascismo en, 87, 208, 235, 362; Partido del Frente de la Patria en, 209; Partido Nacionalista Alemán en, 224; *Heimwehr* paramilitar, 208, 213; Hitler y, 207, 235, 362; judeobolchevismo en, 228; Juramento de Korneuburg y, 210; Programa de Linz en, 34; militarismo en, 36, 213; movimientos nacionalistas en, 36, 83, 211; autoritarismo orgánico

- en, 213; demografía de la población en, 208; protestantes en, 216; historia religiosa en, 215; papel de la Iglesia en, 362; Partido Social Cristiano en, 224; darwinismo social en, 82; Partido Socialista de, 212, 223, 224, 229, 231; niveles de desempleo en, 222. *Véase también* Viena
- Legión austriaca, 28
- Partido Nazi austriaco, 211; *Anschluss* y, 212; efecto del conflicto de clases en, 221; efecto de Hitler en, 212; efecto en el desempleo, 219; apoyo de las élites a, 229-230; fundamentos de, 211, 222; papel del paramilitarismo en, 236
- autoritarismo: en Austria, 10; conservadores y, 43; corporativista, 46-47; versiones actuales de, 370; vs. matrícula educativa (democrática), 88; vs. nación democrática demográfica, 50; teoría económica y, 56; efecto del conflicto de clases en, 58; como efecto de las crisis políticas, 77, 353; efecto en la Europa de entreguerras, 54, 66; efecto en el estatismo nacional, 56; épocas de, 57; demografía política europea y, 41-42; fascistas y, 43, 47-48; Franco y, 44; en Hungría, 10; teoría del desarrollo tardío y, 49, 51, 55; versiones modernas de, 44, 353; en Rumanía, 10; semirreaccionaria, 45-46; desarrollo social bajo, 54; Unión Soviética y, 43
- Azaña, Mateo, 350
- Bauer, Otto, 17, 232; sobre el fascismo, 17; sobre el fascismo italiano, 125
- Bildung* (educación culta), 166
- Conspiración del "Reichswehr negro", 198
- Blair, Tony, 14
- Blanco, Carrero, 344
- Revolución bolchevique, 59, 63, 76, 130, 356; derechos de propiedad durante, 63
- Bolchevismo, 23, 117, 125, 132, 204; en Alemania, 61; el Partido Nazi y, 174, 187; en la República de Weimar, 144
- Monarquía borbónica, 301-302, 347 "naciones burguesas", 6, 192; efecto sobre el Partido Nazi en, 192; pérdidas electorales por, 193; materialismo dentro de, 7
- Brasil, 24; movimientos autoritarios en, 24
- Brunner, Alois, 215
- Cuerpo de Obreros Legionarios de Bucarest, 281
- Partido Caballerista, 321
- caciques*, 71, 297, 304; oposición a la reforma electoral, 304; papel en los sistemas políticos europeos, 356
- Angka camboyano, viii
- capitalismo: "autonomía bonapartista" y, 20; conflicto capital/trabajo como parte de, 59; conflicto de clases como resultado de, 7; efecto del autoritarismo sobre, 77; fascismo y, 15, 119; Franco y, 346; imperialista, 20; industrial, 35; apoyo de entreguerras a, 53; derechos laborales y, 125-126; Marx sobre, 62; monopolista, 20; nacionalismo y, 4; "organizado", 54; derechos de propiedad bajo, 62; papel en

- la República de Weimar, 201; sindicalización y, 63
- Carlos, Juan (Rey de España), 347 Carol (Rey de Rumanía), 57, 264, 275, 281, 288, 289, 291, 293; Hitler y, 289
- Fiesta de la Casa del Pueblo, 328
- Casa Social Católica Party, 328 Casa Viejas, 316
- Partido del Centro Católico, 160, 164, 186, 187, 200
- Opus Dei católico, 346
- Catolicismo, 42, 85, 126, 129; austrofascismo y, 209, 215; autoritarismo y, 232; fascismo y, 126, 127, 136; en Alemania, 187-188; sindicatos y, 86; nazismo y, 148, 187; social, 86, 126, 209, 301, 341; en España, 301, 329, 345, 349; transnacionalismo y, 187
- CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas): demografía de, 329, 335-340, 341; disolución de, 309, 333, 335; Partido Falange y, 335; fascismo y, 332, 333; Gil Robles y, 330-331, 338; ideología política de, 330, 331; papel de la Iglesia Católica en, 329, 331; tendencias semiautoritarias de, 332; Partido Socialista frente a, 331
- El siglo del corporativismo* (Manoilescu), 277
- Chiang Kai-Shek, 46
- China, 39; autoritarismo en, 39
- Partido Social Cristiano: en Austria, 45, 208, 223; autoritarismo en, 232; efecto de la Gran Depresión en, 233; paramilitarismo *Heimwehr* y, 210
- Partido Christus Rex, 41, 269
- sistemas eclesiásticos, 85; catolicismo, 85-86; ortodoxia oriental, 85; fascismo y, 86-87; protestantismo, 85
- ciudadanía: política, 37; social, 37
- "sociedad civil", 7, 33, 51; étnico/político
- limpieza en, 171; Italia y, 106; marginalidad social en, 170
- teoría de clases: burguesía, 189; capitalismo como parte de, 20, 21, 55, 59; conflicto como parte de, 13, 58, 59-60, 63-64; fascismo y, 5, 15, 53, 96, 124; "sociedad de masas", 170; medios, 17, 19-20, 21, 58; nazismo y, 20; partidos políticos y, 53; radicalismo como parte de, 20; papel de los sindicatos en, 53; papel de la Primera Guerra Mundial en, 96-97; bases sociales y, 21
- Codreanu, Corneliu, 265, 268, 271, 272, 275, 276; antisemitismo de, 266, 271; antecedentes biográficos de, 265; "Credo del socialismo nacionalcristiano" y, 266; teoría democrática de, 267; nacionalismo orgánico y, 267; Programa de la Legión y, 267; ideología religiosa de, 267; estatismo y, 267
- colectivismo, 11
- Colombia, democracia en, 39 redes de comunicación: efecto sobre el fascismo de, 130; macrorregional, 78; estados-nación, 78; papel de las iglesias en, 85; transnacional, 78, 81
- Partido Comunista: en Austria, 230; Legión del Arcángel San Miguel y, 277; Partido

- Maximalista y, 124; Nazismo y, 187
- autoritarismo corporativista, 46, 277; jerarquía bajo, 46; reglas parlamentarias bajo, 46-47; papel de las fuerzas armadas bajo, 46
- Cortina, Suárez, 335
- Costa Rica, democracia en, 39
- "Credo del Socialismo Nacional Cristiano", apoyo a la Iglesia Ortodoxa Oriental, 266
- Checoslovaquia, 41, 244; divisiones étnicas en, 41; Partido de los Sudetes alemanes en, 41
- El lado oscuro de la democracia: Explicación de la limpieza étnica* (Mann), viii, 4, 171
- democracia, 51, 53; efecto de la industrialización capitalista sobre, 52; efecto del desarrollo económico sobre, 51-52; efecto de la renta per cápita sobre, 54; papel en la Alemania de Weimar, 205
- "impugnación" democrática, 71; sistemas de partidos competitivos como parte de, 71; efecto de la dominación de los partidos políticos en, 75
- la "participación" democrática, 71; los movimientos sufragistas como parte de, 71
- estados duales, 73, 74; fascismo y, 77; semiautoritarismo y, 73
- Ortodoxia oriental, 85, 276; nacionalismo y, 86, 276; estatismo-nación y, 85
- Eatwell, Roger, 11; sobre el fascismo, 11; la "tercera vía" y, 14
- Eberl, Irmfried, 223
- desarrollo económico, 48-49; efecto sobre el autoritarismo, 56; efecto sobre la democratización, 51-52; factores para, 49, 137; capitalismo industrial y, 49; durante el periodo de entreguerras (Europa), 58
- Eichmann, Adolf, 141, 223
- Eliade, Mircea, 278, 279; "rumanismo" y, 278
- Época de la Ilustración, 80, 81
- Partido Esquerra, 307, 308, 319
- ceguera étnica, 74
- limpieza étnica/política, vii, 4, 16, 122, 370; el conservadurismo como parte de, 370; los "enemigos" y, 16; el Partido Nazi y, 179; el nazismo y, 16; el nacionalismo orgánico y, 16; en España, 344
- UE (Unión Europea), 371; requisitos para la democracia de, 371 eugenesia, 82
- Europa: dominación por el fascismo, 31; efecto del autoritarismo en, 54, 357; efecto del bolchevismo en, 357; efecto del conservadurismo en, 354, 355; Gran Depresión en, 23; crisis de entreguerras en, 23-24; mapa de entreguerras de, 38; reforma agraria en, 356; democracia liberal en, 31, 37, 38; culturas macrorregionales en, 43; militarismo en, 356; democracia multipartidista en, 38; geografía política de, 39; modernismo político en, 355; papel político de la iglesia en, 356-357, 361; nacionalismo populista en, 355; socialdemocracia en, 37; sindicalización en, 60-61; demografía del voto en, 37, 42

Iglesia Evangélica de Alemania, 188; el Partido Nazi y, 188

Partido Falange: CEDA y, 335; Franco y, 345, 346; papel de la religión en, 336; en España, 313, 334, 335-338

elementos de combate, 95

fascismo: activismo como parte de, 28, 141; políticas agrarias bajo, 115; en Austria, 47; autoritarismo y, 47; barbarie y, 8; Bauer, Otto, sobre, 125-126; capitalismo y, 15; Iglesia católica y, 126, 127, 361; causas de, en Alemania, 152; ejércitos ciudadanos como parte de, 2; conflicto de clases y, 111, 120; teorías de clase sobre, 5, 15, 17, 19, 53, 100; Partido Constitucionalista como parte de, 119; electorados centrales para, 3, 15, 19, 23, 79, 89, 107, 113, 119; definición de, 5, 13, 63-64, 365; ideología del desarrollo como parte de, 130; demografía económica para, 107, 113; efecto del conflicto de clases sobre, 58; efecto del corporativismo sobre, 306; como efecto del modernismo, 1, 13, 80; efecto de la sobreeducación en, 112; electoralismo bajo, 47, 358; etimología de, 9, 93; en Europa, 31, 358; demografía femenina, 108; fundamentos de, 99, 358; jerarquía dentro de, 29; ideología, 2, 3, 4; internacionalismo vs. internacionalismo, 2, 3, 4, 132; islámico, 373; reacción del gobierno italiano a, 124, 125; Italia y, 47, 105 (*véase también* fascismo italiano); teoría del desarrollo tardío y, 56; democracia liberal y, 8, 77, 136; redes de comunicación macrorregionales dentro de, 78; "mínimo" para, 10; "asesinato moral" como parte de, 8; redes de comunicación de los estados-nación dentro de, 78; estatismo-nación y, 4, 137, 358; nazismo vs. , 104; "hombre nuevo" como parte de, 12; estructura organizativa de, 358; paramilitarismo y, 47, 102, 121, 123, 127, 275, 359; teoría de preguerra, 68; radicalismo como parte de, 15; modelo de "actor económico racional" de, 158; teoría "revolucionaria" para, 124; papel de los intelectuales dentro de, 7; papel de las ligas campesinas en, 116; papel de los estudiantes en, 108, 359; papel de la violencia en, 3, 114, 116, 121, 122; papel de la clase obrera en, 110; implicación rural en, 113, 116, 117, 118; definiciones académicas de, viii; "jaulas sociales" en, 3; socialismo y, 108, 111, 130; sociología de, 3-4, 21; "trascendencia" y, 16; redes de comunicación transnacionales en, 78; sindicatos como parte de, 117; implicación urbana en, 110, 113; vs. dictaduras, 16-17; papel de la clase obrera en, 16; papel de los sindicatos en, 117; papel de los estudiantes en, 108, 359. dictaduras, 16-17

Partido del Frente de la Patria, 210; *Heimwehr* paramilitar, 210

"La solución final", 62, 207, 212; papel de Austria en, 225; papel de Hungría en, 244; en Rumanía, 292

Fini, Gianfranco, 367

Movimiento Lapau finlandés, 41

Fitzhum, Josef, 226

Fortuyn, Pim, 367

- Francia, 40, 59; autoritarismo en, 40; Partido Comunista en, 59; conservadurismo en, 83; paramilitarismo temprano en, 70; estatismo nacional en, 84; nacionalismo orgánico en, 83; Partido Republicano Radical en, 35
- Franco, Francisco, 44, 62, 345, 363; capitalismo y, 346; Partido Carlista y, 345; autoritarismo corporativista y, 346; limpieza étnica/política por, 344; importancia del ejército para, 345; importancia de la Iglesia Católica para, 345; importancia del Partido Falange para, 345, 346, 350; "Ley de Responsabilidades" y, 343; fuerzas nacionalistas de, 345; oportunismo político de, 339, 351; política semireaccionaria de, 346; títulos de, 345
- Escuela de Fráncfort, 19
- Partido de la Libertad de Haider (Austria), 367, 368, 369
- Freikorps* paramilitares, 153
- Revolución Francesa, 32, 54; capitalismo industrial durante, 32, 54; jacobinismo, 32
- Freud, Sigmund, 227
- generación del "frente", 149, 213; fascismo austriaco y, 213; en Hungría, 247; en Rumanía, 272
- Partido del Frente Nacional, 367
- Gauleiter* (dirigentes regionales), 151, 160, 163; movilidad social en, 168
- "Generación de 1914", 149, 283; la generación del "frente" como parte de, 149; la generación del "hogar" como parte de, 149; papel del Führer para, 149
- George, Lloyd, 36
- Partido Socialcristiano alemán, 34
- Partido nazi alemán: profesionales académicos como parte de, 165, 166; demografía por edades para, 148-149, 150, 155; apoyo agrario para, 190; políticas agrícolas de, 180; campañas antisemitas de, 180, 184; "principio de autoridad" en, 197; partidarios obreros de, 156-157, 172; católicos en, 186, 187; funcionarios en, 163, 191; demografía de voto de clase dentro de, 189-190; constitución de, 155; circunscripciones básicas para, 147, 203; ascenso temprano de, 361-362; políticas económicas de, 181, 191, 197; efecto de la Gran Depresión sobre, 185, 361; estrategia electoral de, 177-179, 184-185, 186; Disposiciones sobre poderes de emergencia y, 185; limpieza étnica/política y, 179; Iglesia Evangélica Alemana y, 188, 203; expansión alemana y, 178; política exterior alemana y, 178; importancia de los rituales para, 173; demografía militar de, 151; células de movilización en, 173; estatismo-nación y, 155; nacionalismo orgánico en, 178, 180, 362; Constitución del Partido de, 155, 285; patriarcado como parte de, 148; socialismo productivista en, 182; protestantes en, 186-187, 203; programas de obras públicas de, 181; demografía religiosa en, 155; papel de las fuerzas armadas en, 199; papel de los paramilitares en, 167-168, 361, 362; papel de la propaganda en, 178; papel de las mujeres en, 147-148; Ejército de las SA como parte de, 167; activismo social en, 170; marginalidad social en, 168, 170, 172; movilidad social

- en, 168; "Socialismo de acción", 181; Ejército de las SS como parte de, 167; paramilitares *Stahlhelm* y, 150; *Fblkspartei* y, 172; demografía electoral, 186; partidarios de cuello blanco de, 161. *Véase también* Nazismo
- Partido Popular Alemán, 34; nacionalismo como parte del, 34
- Protestantismo alemán, nazismo y, 26 Partido Socialdemócrata Alemán, 34 Partido Socialista Alemán, 160
- Partido alemán de los Sudetes, 41
- Alemania, 1, 15, 22, 25, 30, 40, 55, 56, 59, 363; autoritarismo en, 41; bolchevismo en, 61, 356; liberalismo burgués en, 59; catolicismo en, 139, 155; Partido Social Cristiano en, 34; conservadurismo en, 36; efecto del conflicto de clases en, 204, 361; efecto del sistema educativo en, 84; efecto de la Gran Depresión en, 139, 204; efecto del paramilitarismo en, 152, 153-154, 364; efecto de la Primera Guerra Mundial en, 139, 361, 364; paramilitarismo *Freikorps* en, 152; genocidio, efecto en, 22; capitalismo industrial en, 32, 195; judíos en (demografía), 141; movimientos obreros en, 363; organización militar en, 154-155; estatismo-nación en, 188; nacionalismo orgánico en, 83; Partido Panalemán en, 34; parlamentarismo en, 205; Partido Popular en, 34; modelos proteccionistas en, 55; protestantismo en, 139, 155; teoría racial en, 184; papel de los terratenientes agrarios en, 52; papel de la Iglesia Evangélica en, 139, 188; papel de la religión en, 27; papel de las organizaciones de veteranos en, 152; Rumanía y, 264; Romanticismo en, 365; Darwinismo social en, 82; Partido Socialdemócrata en, 34; socialismo en, 182; *Sonderweg* en, 42; desempleo en, 152; nacionalismo *völkisch* en, 84, 141
- Gil Robles, José María, 306, 321, 338;
- CEDA y, 330, 332
- Giscard d'Estaing, Valérie, 347
- PNB: efecto de las medidas per cápita sobre, 49; teoría del desarrollo tardío y, 49; efecto del estatismo nacional sobre, 32
- Goebbels, Paul Josef, 151, 182, 199
- Goldman, Lucien, 80
- Goring, Hermann, 21, 152, 182; Hitler y, 243
- Gran Bretaña: Huelga general de 1926 en, 60; Partido Laborista en, 72; Nuevo Partido Liberal en, 35, 72; Unión de Fascistas en, 70
- La Gran Depresión, 20, 23, 24, 57, 90, 135, 353; autoritarismo durante, 57; efecto sobre Austria, 233; efecto sobre el nacionalismo alemán, 233; efecto sobre Hungría, 254; efecto sobre NPR 264; efecto sobre Rumanía, 264, 293; efecto sobre el Ejército SA (Partido Nazi), 167; nazismo y, 182
- Grecia, 45; golpe de Metaxas en, 45, 61
- Griffin, Roger, 11, 12; sobre el fascismo, 12; sobre el "renacimiento nacional", 13
- producto nacional bruto. *Véase* PNB

- Dinastía de los Habsburgo, 33, 225; Hungría y, 241, 249, 250
- Heimwehr* paramilitar, 208, 209, 210, 211, 216, 217, 220, 232; representación de las fuerzas armadas en, 217; "Asociación de Combatientes del Frente" y, 213; Partido Social Cristiano y, 210, 233; núcleo electoral de, 213; manifestaciones de, 231; apoyo de la élite a, 229; Frente de la Patria y, 210; formación de, 209-210; demografía de género de, 212-213; Marxismo y, 209; edad media en, 212; infiltración nazi en, 233; *New York Times* y, 216-217; agresividad política de, 232; demografía de la población, 210; populismo de, 222; radicalismo de, 209; papel de la mujer en, 213-214; representación urbana en, 217; violencia y, 218; representación de la clase blanca en, 223
- Himmler, Heinrich, 344
- hindu rastra* (nación hindú), 372
- Hitler, Adolf, 9, 15, 21, 24, 41, 61, 66, 90, 142, 143, 204; Austria y, 207, 224; bolchevismo y, 61; capitalismo y, 183; antisemitismo temprano de, 184, 206; primeros tiempos de, 233, 234; política económica de, 180; estrategia electoral de, 185, 199-200; fascismo y, 48; principio del Führer y, 143, 267; Goring y, 182, 243; Hungría y, 250, 257; el rey Carol y, 289; historia militar de, 152; Mussolini y, 134; socialismo nazi y, 143, 183; leyes raciales de Nuremberg y, 229; trasfondo religioso de, 155; papel de los "enemigos" para, 142; marginalidad social de, 170; oportunismo social de, 146; Strasser y, 183; uso de la propaganda por, 79
- Juventudes Hitlerianas, 149, 174
- Holocausto, 6, 9; papel de Hungría en, 253
- generación "patria", 149, 153, 213; fascismo austriaco y, 213; en Hungría, 247; en Rumanía, 272
- "burguesía humanista", 79, 112, 131, 132; valores nacional-estatistas y, 112
- Hungría, 1, 25, 30, 59; antisemitismo en, 245, 251, 252-253, 258; causas de perturbación económica en, 242, 259; civil guerra en, 241, 245, 257, 362; gobierno comunista-socialista en, 240; sistema de mercado dual en, 251; principios del nazismo en, 243; principios de la tolerancia racial en, 238, 250; efecto de la Gran Depresión en, 242, 245, 252; efecto del nacionalsocialismo en, 246; efecto de la Primera Guerra Mundial en, 238; orígenes étnicos en, 249-250; "Asociación de Héroe" en, 240; población judía en, 251-252; política económica de desarrollo tardío y, 55; "Lumpenguardistas" en, 253; Credo Maygar en, 242; militarismo en, 36; apoyo militar en, 246; Partido Radical Nacional en, 249; nacionalismo orgánico en, 245, 257; movimientos protofascistas en, 240, 255, 257, 362-363; Ejército Rojo en, 245; papel en Holocausto, 244, 253; papel de la geopolítica en, 245; principio espiritual de, 246;

- ideales estatistas de desarrollo en, 245; "Idea de Szeged" en, 240; "terror blanco" en, 59, 243
- Hussein, Saddam, 373
- Hutu Interahamwe, viii
- poder ideológico, 78-87, 137; conservadurismo y, 79; institucionalizado, 78; liberalismo y, 79; sistemas de significado como parte de, 78; papel de las iglesias en, 85, 126-127; socialismo y, 79
- India, 24; fascismo en, 373; Gowalkar en, 372; nacionalismo hindú en, 372-373; Partido Nacionalista Hindú BJP en, 373; *rastra hindú* en, 372; *Hindutva* como parte de, 372; Hitler y, 24; Legión India en, 372; estatismo nacional en, 373
- nacionalismo integral. Véase nacionalismo orgánico
- Integralismo Lusitano*, 86
- Partido de la Alianza de Intereses, 191, 192; efecto del Partido Nazi sobre, 191
- Ionesco, Eugen, 279
- Irlanda, 42; papel del catolicismo en, 42 Guardia de Hierro, 265, 275, 371; LANC y, 265. Véase también Legión del Arcángel San Miguel
- "La ley de hierro de la oligarquía", 160
- fascismo islámico, 373, 374; Al Qaeda como parte de, 374; *yihadistas* como parte de, 373; nacionalismo y, 373; sudaneses, 374
- Confederación Italiana de Industria, 120
- Fascismo italiano, 7, 21, 66, 96, 100, 130, 133, 358; surgimiento temprano de, 360-361; efecto de las crisis capitalistas en, 95; facciones dentro de, 133; Gran Consejo Fascista y, 134; enfoque del nacionalismo en, 130, 131; marxismo y, 360; Ministerio de Corporaciones y, 134; radicales dentro de, 134; demografía regional, 105-107; papel de la Iglesia católica en, 94, 115; papel del parlamentarismo liberal en, 93, 95; papel del proletariado en, 94; papel de los sindicatos dentro de, 134; Partido Socialista en, 93; sindicalistas en, 94, 98; Sindicatos y, 134
- Italia, 1, 25, 30, 54, 60, 87, 93; recesión económica en, 57; efecto de la guerra ciudadana en, 95; efecto de la Primera Guerra Mundial en, 139; tasas de mortalidad infantil en, 384; huelgas laborales en, 60, 123; movimientos obreros en, 94; insurgencia izquierdista en, 121; sufragio masculino en, 93; militarismo en, 36; socialismo municipal en, 124; nacionalismo en, 115; renta per cápita (entreguerras), 54
- Jacobinismo, 32, 35; Revolución francesa y, 32
- Japón, 24; autoritarismo en, 39; corporativismo en, 46; estatismo nacional en, 24
- Jurados Mixtos*, 318, 326, 347
- Kaiserreich*, 150, 187, 188, 192, 200, 204; semiautoritarismo y, 205
- Kaltenbrunner, Ernst, 226

- Kautsky, Karl, 225, 227
- Keyser, John, 239, 253
- Kreisleiter (líderes subregionales), 163
- Kun, Bela, 59, 254, 256; derrota de, 240; en Hungría, 59, 240, 251
- LANC (Liga de Defensa Nacional Cristiana), 265, 283; antisemitismo de, 287; Guardia de Hierro y, 265
- teoría del desarrollo tardío: autoritarismo y, 49, 51, 55; conflicto de clases como resultado de, 64; fascismo y, 56; democracia liberal y, 54-55; tasas de alfabetización y, 51; modernismo y, 51; estatismo nacional como parte de, 49; papel del PNB en, 49; papel de la mortalidad infantil en, 51; semiautoritarismo y, 64
- Liga de Defensa Nacional Cristiana. *Véase* LANC (Liga de Defensa Nacional Cristiana)
- Ledesma Ramos, Ramiro, 11
- Legión del Arcángel San Miguel, 8, 237, 265, 269, 272, 275, 280, 288, 290, 292, 295; antisemitismo en, 269, 277; edad media en, 272; "ciudadelas" como parte de, 272; Partido Comunista y, 290; fuerza electoral de, 268; formación de, 273; iconografía y, 282; estatismo-nación y, 273; nidos y, 267, 280, 284; población de, 237; nacionalismo proletario y, 288, 291; ideología religiosa de, 268, 280; papel de la propaganda para, 268; papel de la mujer en, 272-273; 424 *Índice* Apoyo szekler a, 286; "La solución final" y, 292; violencia y, 268; apoyo de los votantes a, 282; apoyo de la clase blanca a, 276, 280, 281
- democracia liberal: mineros británicos y, 72; impugnación como parte de, 71; efecto de la monarquía en, 73; efecto en Europa, 24, 37, 82, 90, 354; fascismo y, 8, 119, 128, 136; apoyo gubernamental (italiano) a, 129, 360; estatismo-nación y, 35; nazismo y, 73, 173; participación como parte de, 71
- liberalismo. *Véase* democracia liberal
- "Lib-Labs", 72
- Linz, Austria, 233; Hitler en, 233-234; papel de la Iglesia Católica en, 234; Partido Social Cristiano de Alta Austria, 234
- Linz, Juan, 11; sobre el fascismo, 11
- Programa de Linz, 34, 230, 232
- List, Friedrich, 32, 180
- Partido Lliga, 307
- Luxemburgo, Rosa, 82
- Man, Henri de, 7
- Manoilescu, Mihai, 277; antecedentes de, 277; teorías políticas de, 277
- Marcha sobre Roma, 48, 106, 120, 127, 130, 133
- Marx, Karl, 62
- Marxismo, 17, 34, 117; socialismo y, 34
- Partido Maximalista, 121, 122, 124, 128; Partido Comunista y, 124

- Mein Kampf* (Hitler), 141, 177;
antisemitismo en, 184-185, 206
- Merkl, Peter, 144
- Meyszner, agosto, 216
- poder militar, 64-70, 137; efecto del autoritarismo en, 77; fascismo y, 66-67; "judeo-bolcheviques" y, 66; "ejércitos de masas" como parte de, 75, 76; poder social como resultado de, 64, 356; movilización de tropas y, 65; Primera Guerra Mundial y, 65
- middlestand* (estado medio), 18, 161, 162, 163; demografía económica de, 161; trabajadores de cuello blanco y, 163
- modernismo: fascismo y, 1, 13, 80; teoría del desarrollo tardío y, 51
- Moore, Barrington, 51, 52, 65
- Mosley, Oswald, 7; sobre el socialismo frente a la democracia.
- nacionalismo, 7
- Mosse, George, 2; sobre el fascismo frente al nazismo, 9
- Mubarak, Hosnei, 373
- Mussolini, Benito: Agresión africana por, 134-135; sobre el bolchevismo, 125, 132; Iglesia católica y, 126; sobre la democracia, 97; desarrollo del estado totalitario por, 98, 102; efecto sobre el conflicto de clases italiano, 120; limpieza étnica/política por, 344; *fasti di combattimento* y, 95; paramilitarismo *Heimwehr* y, 229; Hitler y, 134; fascismo italiano y, 7, 9, 14, 15, 21, 61, 93, 95, 97, 133, 243; Marcha sobre Roma de, 48, 129; nacionalismo orgánico y, 130, 131; paramilitarismo y, 97, 99, 105; parlamentarismo y, 98, 128; oportunismo político de, 100, 111, 137; sobre el fascismo rural, 118; policía secreta y, 135; catolicismo social y, 126; sobre el socialismo, 117; tribunales especiales y, 135; uso de la ideología populista por, 131; uso de la propaganda por, 79; belicismo por, 99
- Partido Nacional Cristiano, 288
- Liga Corporativista Nacional, 277
- Partido Nacional Campesino. Véase NPP (Partido Nacional Campesino)
- Nacionalsocialismo, 6, 246; en Hungría, 258; sindicatos en, 6; sindicalismo y, 6
- nacionalismo, 2, 13-14, 34, 90; capitalismo y, 4; cívico, 34; diversidad cultural y, 13; ortodoxia oriental y, 86; económico, 58; efecto del autoritarismo en, 56; étnico, 34; crecimiento de, europeo, 33; efecto del imperialismo en, 33; en Italia, 115; Partido Nazi y, 202; orgánico, i, vii, 13; "renacimiento" como parte de, 13; papel de los "enemigos" en, 13; escuela para, 4; en España, 302-303
- estatismo-nación, i, 2, 3, 4, 27-28, 36, 58, 64, 90, 91, 203; austrofascismo y, 234; autoritario, 31; circunscripciones fascistas centrales como parte de, 3; fuerza despótica de, 31; extremo, 128; fascismo y, 4, 113, 118; en Alemania, 6; promedios del PNB como efecto de, 32; importancia de la juventud en, 87-88; fuerza infraestructural de, 31; durante el período de entreguerras, 54; Japón y, 24; judeo-bolchevismo y, 235; teoría del desarrollo tardío y, 49; liberalismo como

- parte de, 35; minorías y, 34; versiones modernas de, 37; nazismo y, 155; papel de la ciudadanía en, 32; papel de la propiedad en, 35; papel de la religión en, 27; en Rumanía, 292-293; semiautoritarismo y, 44; "soberano", 31; demografía de apoyo para, 27; vs. transnacionalismo, 187
- Navarro, Arias, 344
- Constitución del Partido Nazi de 1920, el cristianismo positivo como parte de, 155
- Nazione*, 128
- Nazismo, viii, 9, 14, 22, 40, 139; *Anschluss* y, 218; antisemitismo y, 142, 183; capitalismo y, 183; teoría de clases y, 171, 201; estado corporativo y, 143; desarrollo de, 84, 201; políticas económicas bajo, 158; efecto sobre la democracia liberal, 73; fascismo y, 47, 218; fuerza de trabajo femenina durante, 147; principio del Führer como parte de, 143; protestantismo alemán y, 26; enfoque ideológico de, 202, 227; importancia de la propaganda en, 165-166; importancia de los rituales en, 173; internacionalismo y, 142; reforma agraria como parte de, 142; democracia liberal y, 173; miembros, perfiles sociales de, 22, 156-160; nacionalismo en, 178; estatismo-nación y, 171; paramilitarismo y, 28; programa de partido de, 141, 285; policracia en, 14; protestantismo y, 165; papel de la clase media en, 161-167; papel de la religión en, 187; papel de la violencia en, 142, 174, 175, 198; papel del *völkisch* en, 9; implicación rural en, 171; activismo social como parte de, 170; atracción social hacia, 146; marginalidad social y, 170; socialismo como parte de, 142, 143, 146, 149; socialización dentro de, 170-171; desempleo y, 159, 181-182; universidades y, 150; vs. marxismo, 140, 142; movimiento *Wandervogel*, 150. *Véase también* Partido Nazi Alemán
- El Partido Nazi: Un perfil social de miembros y dirigentes, 1919-1945* (Rater), 156
- neofascismo, 136, 365, 366, 374-375; Unión Europea y, 371; inmigración y, 370; interculturalismo en, 368; imperialismo militar y, 375; OTAN y, 371; cabezas rapadas y, 368; en Europa Occidental, 366
- jefes de nido, de la Legión de San Miguel Arcángel (Rumanía), 267
- New York Times*, 216; *Heimwehr*
demografía en, 216
- Nueva Zelanda, 38
- Nohel, Vinzenz, 223
- Partido de la Liga Norte, 369
- Noruega, 73
- NPP (Partido Nacional Campesino), 263, 272, 280, 288; efecto de la Gran Depresión sobre, 264; en Rumanía, 241, 263
- numerus clausus* (cuotas judías): en Hungría, 241, 254; en las universidades vienesas, 226
- Leyes raciales de Nuremberg, Hitler y, 229
- Declaración oficial sobre los agricultores y la agricultura*, 180

nacionalismo orgánico, i, vii, 2, 4, 6, 34, 43; autoritarismo y, 43; características de, 34; democracia como parte de, 2, 34; en Hungría, 245; liberal frente a, 34; papel de la religión en, 27; violencia como parte de, i

Dinastía otomana, 33

Partido Panalemán, 34

paramilitarismo: activismo como parte de, 28; demografía por edades para, 26; "de abajo arriba", 47, 359; desarrollo temprano de, 69; efecto de los niveles educativos en, 26; como efecto de la Primera Guerra Mundial, 68; efecto en el austrofascismo, 208; democracia electoral y, 16-17; fascismo y, 16, 29, 104, 119, 136; en Alemania, 153; militarismo vs., 26; vs. poder militar, 17; Mussolini, Benito, y, 97, 98-99; nazismo y, 28, 206; papel de la ciudadanía en, 68; papel de la camaradería en, 69 26; frente al poder militar, 17; Mussolini, Benito, y, 97, 98-99; nazismo y, 28, 206; papel de la ciudadanía en, 68; papel de la camaradería en, 69, 104; identidad social como parte de, 104; Ejército de las SS (Partido Nazi) y, 175; estatismo como parte de, 359; "de arriba abajo", 47; ligas de veteranos como resultado de, 68; violencia como parte de, 16, 198; Primera Guerra Mundial y, 36

Comuna de París de 319

Partido Nacional Fascista. *Véase* PNF (Partito Nazionale Fascista)

Payne, Stanley, 10; sobre los fundamentos del fascismo, 10-11

ligas campesinas: Iglesia católica y, 116; crecimiento de, 116; bolsas de trabajo de, 116; efecto del Partido Nazi sobre, 191; papel en el fascismo, 116

"pequeña burguesía", 18, 22; fascismo y, 18, 108; papel en el nazismo de, 161 Pío XI, Papa, 126

PNF (Partito Nazionale Fascista), 95, 101, 111, 113, 119; demografía por edades de, 102; financiación de, 119-120; grupo Reggio Emilio en, 102; papel del catolicismo social en, 101; papel de la violencia para, 114; papel de la mujer en, 101-102; social

demografía de, 101; papel de los estudiantes

en, 108; demografía electoral y, 115

teoría del desarrollo político, 73, 137; autoritarismo y, 77; Estados del Eje y, 74

geografía política (Europa), 39; anglosajona, 39; lengua como parte de, 39; zona del Bajo País, 39; zona nórdica, 39; autoritarismo orgánico y, 40; religión como parte de, 39; zonas socioculturales como parte de, 40

poder político, 70-78; autoritarismo, 70; efecto del periodo de entreguerras sobre, 70; efecto sobre las crisis económicas, 70; "teorías de élite" de, 70; teoría estatista institucional y, 70

Doctrina política y social del fascismo (Mussolini), 97

Partido "Frente Popular": victorias electorales de, 299, 328, 332, 335, 338; actos insurgentes de, 319; papel en el gobierno español, 308, 311, 314, 319, 321, 325, 347, 349

- Portugal, militarismo en, 36
- Primo de Rivera, José, 7, 57, 298, 302, 303, 305, 334; antecedentes biográficos de, 303; efecto del Trienio Bolchevique en, 303; en España, 57, 363; demografía de apoyo a, 341
- "naciones proletarias", 6, 55; fascismo y, 116; resistencia en, 6
- propaganda, 5, 79
- derechos de propiedad: bajo el autoritarismo, 63; bajo el capitalismo, 62, 355; bajo el fascismo, 120-121
- Protestantismo, 85; en Alemania, 188; Nazismo y, 148, 165, 187, 189
- Protocolos de los Sabios de Sión*, 78
-
- Radek, Karl, 18; sobre el fascismo, 18-19 estatismo radical, vii
- Guardias rojos, viii camisas rojas, 104
- Reggio Emilio, 109; PNF y, 102; papel de los trabajadores en, 109
- Reichsleiter* (dirigentes nacionales), 151, 160
- Partido Renovación Española: Sotelo, Calvo, y, 339; en España, 326, 333
- Guardia Republicana de Asalto, 337, 339; partidos de centro-izquierda y, 337
- Partido Republicano de Centro, 321-325; facción Acción Republicana dentro de, 322; centristas "burgueses" dentro de, 322; "República burguesa" como parte de, 322; Republicanos de Izquierda dentro de, 322; principales facciones dentro de, 322; compromisos políticos de, 321; Partido Radical dentro de, 324, 325, 327; papel de la iglesia en, 323, 349; "República de los Intelectuales" como parte de, 322; demografía de voto de, 322; apoyo de los trabajadores de cuello blanco a, 326
- Partido Republicano, 367, 368
- Rerum Novarum*, 86, 126
- Rheinisch-Westfälische Zeitung*, 197
- Rinoceronte* (Ionesco), 279
- Rodesia, 38; CEDA y, 330, 332
- Rumanía, 1, 25, 30, 45, 56; antisemitismo en, 238, 270, 277, 285, 286, 294; austro-alemanes en, 285; autoritarismo en, 57; demografía de la propiedad del capital en, Partido Comunista en, 270; efecto de los tratados de paz en, 261; fascismo en, 87, 271-272, 276, 283, 288, 362-363, 370; condados fascistas en, 283; política exterior de, 271; formación de, 261; "Generación de 1922", 279, 286; Alemania y, 264; PNB per cápita en, 263; "gobierno por turnos" en, 263; Partido Gran Rumano en, 370; Hitler y, 265; desarrollo industrial en, 263; regímenes de entreguerras en, 45; judíos en, 269-270; judeobolchevismo en, 270; rey Carol en, 57; (*véase también* Carol (rey de Rumanía)); reforma agraria en, 262; política

- económica de desarrollo tardío y, 55; Cuerpo de Obreros Legionarios en, 290; aumento de la tasa de alfabetización en, 265; mapa de, 262; Maygars en, 286; estatismo nacional en, 292; NPP en, 241, 263; nacionalismo orgánico en, 262, 272, 286; pogromos en, 270, 285; papel de los terratenientes agrarios en, 52; papel de la Iglesia Ortodoxa Oriental en, 262, 271; papel de la educación en, 265; papel del ejército en, 275; socialismo en, 294; movimientos sufragistas en, 263; Szeklers en, 286
- Dinastía Romanov, 33
- Rosenberg, Alfred, 278
- Rusia: Bolchevismo en, 37; guerra civil en, 37, 59; militarismo en, 36; intelectualidad del Zemstvo en, 35
- Ejército SA (Partido Nazi), 167; demografía económica para, 167; efecto de la Gran Depresión en, 167-168
- Schmitt, Carl, 201, 278; sobre la caída de la República de Weimar, 200; antecedentes religiosos de, 76-77; papel en la República de Weimar, 200; sobre las prestaciones sociales, 76
- Schutz bund* paramilitar, 219, 231, 232; formación de, 229; población de, 231
- Schwammberger, Josef, 223
- Segura, Cardenal, 323
- semiautoritarismo, 44-45, 77, 193; CEDA y, 332; desarrollo del nazismo y, 76; "estados duales" y, 44; proceso electoral bajo, 44; políticas fiscales/sociales bajo, 45; pogromos judíos y, 44; desarrollo económico tardío y, 64;
- estatismo nacional y, 44; papel de las monarquías en, 44
- autoritarismo semireaccionario; ideología fascista en, 45; paramilitarismo y, 45; papel de las minorías en, 45
- Sima, Horia, 280, 281, 290, 291
- Sindicatos Libres*, 303, 304, 306; fascismo y, 303-304
- Partido único, El* (Manoilescu), 278
- Darwinismo social, 6, 82; en Alemania, 83
- poder social: control dentro de, 5; fuentes de, 5, 137
- bienestar social, 76
- socialismo: violencia fascista y, 114-115; en Alemania, 182; ideología de, 35; huelgas laborales y, 116; partido maximalista y, 117; aumento de miembros de, 124; organización militar dentro de, 122; desarrollo decimonónico de, 81; ligas organizadas dentro de, 117; proletariado como parte de, 119; papel del paramilitarismo en, 121; papel de la revolución para, 121; en España, 315; principios de, 230; transnacionalismo y, 81; demografía del voto y, 115, 124; frente al fascismo, 117
- Nacionalismo socialista, 6

"Socialistas de la cátedra", 35

Sonderweg, 42, 139

Sotelo, Calvo, 305, 316

Fuentes del vertedero social, *The* (Mann), vii, 48, 78

Sudáfrica, 38

Unión Soviética. *Véase* Rusia

España, 1, 37, 41, 42, 54, 297; Partido Acción Española en, 326; Partido Acción Popular en, 329; anarcosindicalismo en, 300, 314-315, 327, 348; Ejército de África y, 337; autoritarismo en, 41, 57, 306, 324; capitalismo en, 62, 325; CEDA en, 329, 348; partido de centro-izquierda en, 315, 317, 322, 323, 324, 327, 348; partido de centro-derecha en, 318, 322, 323, 324-325, 326, 337, 339, 349; Guardias Civiles en, 347; guerra civil en, 297, 334, 348; corporativismo en, 306; historia económica de, 298; efecto de la independencia catalana en, 319; efecto de la Gran Depresión en, 298; efecto del desarrollo económico tardío en, 305; efecto de la ideología de la revolución en, 320; efectos de la violencia política en, 313, 320, 335, 349; demografía electoral de, 309, 335; procesos electorales de, 309; limpieza étnica/política en, 342; Partido Falange en, 313, 334, 335-336, 338; Franco, Francisco, en, 339; crecimiento del fascismo en, 303, 317, 334, 350-351, 363; *Guardia Guile* en, 326; importancia de *la Hispanidad* para, 302; crecimiento industrial en, 300; regímenes de entreguerras en, 45; jesuitas en, 323; *Jurados Mixtos* en, 316, 326; sindicatos laborales Stangl, Franz, 220 en, 311-312; reforma agraria en, 327, 328; marxismo en, 315, 320, 348; militarismo en, 36, 337, 342; y Marruecos, 337; Partido Nacionalista en, 342; estructura parlamentaria de, 301; renta per cápita (entreguerras), 54; conservadurismo político en, 325, 329; geografía económica regional de, 299-300; regionalismo en, 300, 302; regiones/provincias de, 299, 335; Partido Renovación Española en, 326, 333, 339; regímenes republicanos en, 298; Partido Republicano de Centro en, 321-322; auge del nacionalismo orgánico en, 16, 302, 303, 332, 333, 339, 387; papel del Partido Agrario en, 327, 333; papel de las fuerzas armadas en, 301; papel de la monarquía borbónica en, 301, 302; papel de la Iglesia católica en, 299, 301, 324, 328-329, 332, 346; papel del proceso democrático en, 325; papel del *integralismo* en, 307, 308, 318; papel de *los latifundistas* en, 326, 327; semiautoritarismo en, 297; socialismo en, 315, 317, 320-321; Partido Socialista en, 328; demografía del voto en, 308-309; durante la Primera Guerra Mundial, 302, 345

Ejército español, 301; estatismo militar y, 301

Guerra Civil Española: represalias políticas durante, 343-344; total de muertos durante, 342-343

Confederación Española de Derechas Autónomas. *Ver* CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas)

Spann, Othmar, 220

- squadristi*, 102, 103, 104, 112, 115, 117, 120, 122; apoyo gubernamental a, 115; idealismo de, 112; liderazgo de, 111; demografía social de, 103
- Ejército de las SS (Partido Nazi), 167; demografía económica de, 167; disciplina paramilitar de, 175; movilidad social dentro de, 169; uso de la violencia por, 175
- paramilitares *Stahlhelm*, 151, 155, 198; organización en su seno, 151; activismo social en su seno, 171
- Stalin, Leo, 61
- estatismo, 14; autoritarismo como parte de, 14; principio de liderazgo dentro de, 14; totalitarismo frente a, 14
- Sternhell, Zeev, 2
- Strasser, Gregor, 21, 181, 183, 196
- Strasser, Otto, 183
- Sturdza, Miguel (Príncipe de Rumanía), 280
- Sturzo, Dom, 126
- "estados sucesores", 67
- movimientos sufragistas: "participación" democrática y, 71; desarrollo de, 72; en Italia, 95; en Rumanía, 263; Schmitt, Carl, sobre, 75
- Szalasi, Ferenc, 244, 245, 246; ideología de, 247; teorías raciales de, 246-247
- "Idea de Szeged", 240, 241
- Talibanes, 374
- Partido de los Inquilinos, efecto del Partido Nazi sobre, 191 "La solución final", vii
- teo-democracia, 372
- Teoría de la protección y comercio internacional*,
El (Manoilescu), 277
- guerra "total", 68
- totalitarismo, estatismo vs., 11-14
- trascendencia, 14-15, 16, 34; demografía económica y, 26-27
- relaciones transnacionales de poder, 35
- Transilvania, fascismo en, 286 "poder de trinchera", 102
- Trianon, Tratado de (1920), 74, 240
- Fuerzas Especiales turcas de viii, 283
- turno pacífico* (cambio pacífico), 297, 324
- Unamuno, Cortes, 323
- Unión Patriótica*, 305
- sindicatos, 60; comisiones internas y, 123; demografía regional, 117; papel en Italia, 94; "esquiroles" y, 116, 117
- Versalles, Tratado de, 74
- Viena, Austria, 215, 219, 225; población judía en, 225; juventud nazi en, 226; *numerus*

- clausus* en, 226
- Partido Vlkaams Blok, 367
- Volk*, 6, 9; "Generación de 1914" y, 149, 150, 283
- nacionalismo *völkisch*, 150, 164; agrario
representación, 180;
antisemitismo y, 84
- Partido Popular, 367
- Waldheim, Kurt, 207
- Movimiento *Wandervogel*, nazismo y, 150
- Weber, Eugene, 77, 239
- Weber, Max, 8, 69, 201, 357
- República de Weimar, 40, 75, 139; antisemitismo y, 144; autoritarismo y, 194;
bolchevismo y, 144; capitalismo durante, 194; capitalistas como parte de, 201;
Constitución de, 183; caída de, 200, 201; efecto de la Gran Depresión en, 194,
195-196; clases elitistas en, 194; leyes laborales durante, 195; Partido Nazi
durante, 199; población de, 140; papel de las organizaciones de noticias en, 197;
fiscalidad durante, 195. *Véase también* Alemania
- Weltanschauung* (visión del mundo), 10, 11-14, 79, 140, 144, 181, 370
- Por qué creo en la victoria del movimiento legionario* (Eliade), 278
- Wilson, Woodrow, 37
- mujeres: Ideología nazi y, 147; papel en la Legión del Arcángel San Miguel, 272; papel
en el nazismo, 147-148; papel en el PNF, 101-102
- Primera Guerra Mundial: Austrofascismo y, 208; teoría de clases y, 97; efecto sobre la
guerra ciudadana, 65; efecto sobre Alemania, 139; efecto sobre Hungría, 238;
efecto sobre la cultura juvenil, 149; fascismo como resultado de, 360; militarismo
Volksgemeinschaft (comunidad orgánica), 143, 181; en Hungría, 247; ideología
de, 190, como efecto de, 36, 89; desarrollo parlamentario soberano después de,
72, 73; "estados sucesores" y, 67
- Segunda Guerra Mundial, vii, 135; efecto en Italia, 136; fascismo durante, vii
- Yugoslavia, 38
- Zog (Rey de Albania), 45